PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

RUTAS / P A S E O S
POR LOS CAMINOS Y SIN ELLOS

EL ÚLITMO EDÉN -13 © José Gómez Muñoz.

POR LA SOLANA DE
COTO RIOS 19-11-94 ~
TORRE DEL VINAGRE, EL CORTIJO-1

Pasadas las colmenas, entre los romeros de esta ladera, la pista sigue cortando la solana por la mitad y se va dirección a la Torre del Vinagre, museo. Según avanzo y baja, se aleja del Arroyo torre del Vinagre y antes de llegar al collado, se divide en dos. A la izquierda queda un ramal que sigue subiendo y según la dirección, creo que es el que lleva hasta el Cortijo de la Hortizuela cerca del pequeño cauce que baja por entre Peña Corba y Piedras Rubias. Sigo por el ramal de la derecha que, a partir de aquí, desciende más rápido buscando el collado. Justo en el collado da una gran curva, se divide otra vez en un trozo que sigue al frente el cual me llevaría al museo y el otro que vuelve para atrás y sigue bajando por la cañada buscando el cauce del arroyo que antes despedía.

Sé que por aquí está el cortijo que da nombre al cauce de esta ladera y al museo de ahí más abajo. No he estado nunca por la zona y por eso me pica la curiosidad. Pero antes de encontrarme con lo que vengo buscando, en la vaguada, oigo rumor de agua. Del arroyo no es, porque aún queda lejos; miro a mi derecha y lo veo: es como un gran cauce que brota aquí mismo, en el centro del extenso romeral, en la zona que ha quedado dentro de la curva que va trazando mi camino; donde hay una especie de hondonada. Es una barbaridad la cantidad de agua que mana por aquí. Hasta han construido una alcantarilla para que cruce el camino. Algo más abajo la civilización humana le ha salido al encuentro. Obras de cemento y tubos lo aprisionan para llevarlo a las urbanizaciones del valle. ¡Qué pena, hombre! ¡Con lo bonito que me ha resultado el descubrimiento de este caudaloso manantial entre romeros tan floridos y ladera tan majestuosas! Pero tenía que haberlo pensado: los del valle, para esa civilización de lujo que por ahí están montando necesitan de éste manantial y de otros muchos. Ellos lo han descubierto antes que yo y se lo han apropiado con otro fin. ¿Sería mejor que siguiera como en aquellos tiempos? Yo diría que sí, pero si le pregunto a ellos sin duda que me van a responder que no.

Ya cayendo la tarde yo he llegado al cortijo. La pista que baja viene derecho a él, pero no puede acercarse sino hasta cierta distancia. Se lo impide una fuerte alambrada, con hierros metálicos y muy alta. Busco un agujero y lo encuentro, porque la puerta está cerrada con cadena y candado. No pretendo allanar propiedades de nadie, sino que según me voy acercando llamo por si el dueño anda por ahí; lo saludaré, le diré lo que hago por aquí y si puedo hablaré un rato con él para ver qué es lo que yo personalmente saco de todo esto. Me gustaría tener información directa para contrastarla con lo que me cuentan otros.

Mi pretensión no se puede realizar. Según me acerco me voy cerciorando de la soledad que, por lo menos hoy, existe en el edificio. Canales de cemento para regar la huerta que desde un pilar por la parte de arriba, salen y empiezan a surcar las tierras por el lado en que yo he entrado, muchos árboles junto a las regueras, algunas vides pero en forma de parras, nogales, perales, cerezos toda la tierra llana, que a simple vista se ve, son hortales.

No es este cortijo un solo cuerpo de casa. Es decir, voy descubriendo que todo es como un pequeño bloque de muchos edificios, cerca unos de otros, pero algo separados. La vivienda principal, que enseguida se adivina cual es, el corral para los animales, el gallinero, el pajar, la cuadra, otro cobertizo y por entre unos y otros

como una pequeña calle aunque muy corta y estrecha. Todo un conjunto de edificios en el mismo centro de las tierras que encierra la cerca de malla metálica.

Está habitado porque hay cajas de cerveza vacías amontonadas por la paredes, una cortina de tiras de plástico en una de las puertas y paredes blancas como recién pintadas. Pero las puertas están bloqueadas con grandes candados y aunque ladra un perro ahí encerrado en unos de los cobertizos, nadie aparece por ningún lado. La hiedra crece casi en la misma puerta y siento que es una pena no haberme encontrado con alguna persona. Quizá me habría quedado por aquí charlando con ella todo lo que queda de tarde, pero, después de tanto como he oído hablar de Torre del Vinagre, estar en estos momentos, por fin, pisando la tierra y tocando las paredes de la casa, tiene para mí como una emoción especial.

Me alejo, pidiendo antes disculpas al dueño de este rincón por este atrevimiento mío sin su permiso y recorro otro buen trozo de tierra que se adivina fértil y rico, por la parte baja. Ya sí está cerca el arroyo porque mientras voy recorriendo el bosque de encinas y robles que, desde aquí hasta la carretera me van cubriendo con su sombra, lo oigo. Debe llevar mucha agua porque el ruido que hasta mí llega es eso lo que indica.

TORRE DEL VINAGRE, EL MUSEO -2 ~

No tenía yo pensado hablar ahora de este lugar que es el museo, escaparate. Pero como hoy pasaba por aquí en la dirección que me lleva a la ruta correspondiente a esta jornada, sin pensarlo mucho, me paré.

En el fondo sí tenía que llegar para comprar algún libro. Bueno, no exactamente por esto. Lo que sucede es que como de vez en cuando alguien escribe y publica algo sobre estas sierras y como todo lo que se escribe y publica lo suelen vender aquí por la razón de que es por aquí por donde pasan la mayoría de los turistas, me paré a ver. También tenía claro que deseaba comprar dos libros que tengo desde hace mucho tiempo y conozco bien. Ambos forman parte, desde hace mucho tiempo, de la biblioteca particular que sobre estas sierras tengo. Unos ochenta títulos entre pequeños y grandes, libros y artículos. Los dos que hoy deseo comprar de tan usado, pronto los tendré que arrinconar y por eso pretendo reemplazarlos así que he decidido tener un ejemplar nuevo de cada uno.

Tengo, pues, una buena razón para parar y al mismo tiempo echo un vistazo por si hay algo nuevo. No hay nada nuevo excepto un par de boletines de ecología que edita el grupo de ecología de Linares. En uno de los números que compro se habla del censo de buitres en el parque, en otro, el número treinta, de los sabinares de la sierra y en el número treinta y uno hay un artículo sobre la situación actual de la conservación de este parque. Ojeo también los videos que por cierto, ya venden tres distintos, que hablan de estas sierras y como el último que ha salido, me parece bueno, me quedo con él. "Video al-andalus, marca registrada", es el grupo cordobés que lo edita; " Un amplio recorrido por los más bellos rincones del mayor de nuestros espacios protegidos es lo que se ofrece en este documento. Paisajes de ensueño, dominados por los pinos salgareños". Todo me sirve como bibliografía e información.

Creo que es bueno ver, leer y oír lo que otros dicen y hacen por y de estas tierras para no construirme yo un mundo a mi manera. Quizá este centro de interpretación, información y museo para los turistas debería orientarse más en esta línea: hacia la señas de identidad e historias de estos montes y no tanto en muestrario, casi idílico.

Pensaba yo esto mientras compraba el video y se acercó, al mostrador de unos de los empleados que aquí da información, un turista de los de verdad.
- Para una excursión por la sierra ¿qué tenemos que hacer?
- Yo le vendo aquí los tiques. Un todo terreno completo vale doce mil quinientas todo el día y por persona, cuatro mil.
- ¿Adónde nos lleva y qué es lo que se ve?
- Por la zona alta y se ven maravillas.

- Pero por ejemplo: ¿Se va por carretera o por el campo? ¿Se ven animales o sólo montañas?

En este caso, el que contrata el viaje, después de oír, se limita a exclamar:
- ¡Guapísimo! ¿De dónde se sale y a qué hora?
- De aquí mismo y a las ocho de la mañana, pero es norma pagar por adelantado un tanto por ciento.
- Eso está hecho.

COTO RIOS -3 ~

Tan poco yo tenía pensado hablar de este poblado, en esta ocasión concreta porque esperaba otro momento, pero da también la casualidad que el otro día salió el tema este del Coto Ríos en el periódico de la provincia. Lo leí yo con gran curiosidad y ahora que paso por aquí, me acuerdo de lo que allí se decía. Lo transcribo por cuanto creo que es interesante. “Coto Ríos es uno de los poblados de colonización creados en la época de los cincuenta en la provincia como consecuencia de las expropiaciones que sufrieron pequeños anejos afectados por algún proyecto de infraestructura. Las viviendas les fueron facilitadas a los vecinos en régimen de cesión por un período de 50 años, plazo que expira esta misma década. Esta circunstancia había llevado la preocupación a los vecinos, sobre todo ante el crecimiento progresivo de este núcleo de unos 600 habitantes, en parte porque debido a su privilegiada situación estratégica en el interior del Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas, donde la mayor parte de sus habitantes desarrollan su actividad laboral. Para el alcalde de Santiago-Potones, la situación es angustiosa toda vez que las familias ven como se casan sus hijos y no pueden facilitarles vivienda alguna, lo que está produciendo que la mayor parte de las familias vivan en situación de hacinamiento.

Para intentar solucionar esta situación, el Ayuntamiento aprobó el año pasado una revisión de las normas subsidiarias, paso previo para poder actuar en la zona. Posteriormente, al inicio de este año, la Comisión Provincial de Urbanismo y la Comisión de Infraestructuras del Parque Natural aprobaron la dotación de 31.000 metros cuadrados de suelo urbanizable en esta pedanía de Santiago-Potones. Si embargo, el expediente tenía que ser finalmente aprobado por la Junta de Andalucía, circunstancia que aún no se ha producido pese a serle enviado el mismo en el mes de marzo.

Por todo ello, el alcalde se ha entrevistado recientemente con la secretaría general técnica de la Consejería de Medio Ambiente para pedirle que la Junta agilice de manera urgente el proceso de cesión de la titularidad de los terrenos con el fin de que el ayuntamiento o los propios vecinos puedan acometer la construcción de las viviendas. El Alcalde ha destacado la ‘buena disposición’ mostrada por la Consejería de Medio Ambiente y confía en que en 1995 pueda hacerse realidad la solución a este conflicto.

El alcalde ha destacado la prioridad que recibirán a la hora de concederse los permisos de construcción de los vecinos de Coto Ríos, así como las de otros pequeños núcleos próximos como las ericas o Loma de María Angela. Esta afirmación despeja cualquier duda sobre supuestas especulaciones inmobiliarias en esos terrenos, temor expresado recientemente por los representantes empresariales en la Comisión de Infraestructuras del Parque Natural, que han exigido que esta acción se ejecute en los mismos términos del acuerdo”. (Diario Jaén)

LA GOLONDRINA -4 ~

Es ave muy conocida por todos nosotros por la cantidad de veces que la hemos visto surcando el cielo desde el comienzo de la primavera hasta los primeros días del mes de septiembre. Agil y veloz voladora de larga cola con los extremos laterales largamente afilados, vuela a menudo a ras de tierra. Su parte superior es negra con reflejos metálicos y la frente y garganta algo roja. Se alimenta de insectos cazados al vuelo y cría de mayo a septiembre en dos o tres puestas.

Con ser también muy abundante en estas sierras alguien, algún día, cogió su nombre para ponérselo al puente que cruza el Guadalquivir por la zona del camping de los Llanos de Arance. Más tarde construyeron allí cerca una venta que luego se convirtió en hostal y pensión con el mismo nombre. De este rincón precisamente quiero yo hablarte hoy y tengo varias razones para ello. La primera es la ruta que desde aquí mismo he trazado esta mañana y que lleva hasta la Hoya de Miguel Barba y desde aquí a los pies mismos del pico Blanquilla. La segunda está relacionada con la venta que mencionaba arriba, pero va más directamente a la guía turística que habla de esta ruta. Y la tercera, que la dejaré para lo último de todo, viene otra vez aquí, al Hostal de la Golondrina que por primera vez hoy lo he visto algo más despacio.

Con la primera, que es la ruta, voy a empezar diciendo que también es la primera vez que hago una ruta con una guía de turistas en la mano. Y es que ojeando la guía que el otro día cayó en mis manos vi una ruta que desconocía por no haberla hecho aún y entonces me dije: “voy a recorrerla”. Me la leí bien, miré todo lo que puede en otras fuentes, me aprendí de me memoria el lugar y hoy me he venido hasta aquí.

LA TERRAZA DE LOS NOGALES -5 ~

Pues tú dejas el coche ahí, por la venta de la Golondrina e incluso frente al comienzo de la pista. Sin hacerle caso a la guía, ponte en marcha pista arriba. Disponte sólo a dar un buen paseo y a dejar que tu alma se impresione con cada detalle encontrado en la ladera. Parecen más tuyas las cosas cuando eres tú el que las vas descubriendo por sorpresa.

Así que en cuanto subes un poco, porque todo es remontar desde este momento, ya empiezas a ver lo Llanos de Arance. Hoy es un camping y en él sólo se ven dos o tres tiendas. En otros tiempos esto era eso: un llano. Lo conocí yo cuando aún estaba libre de toda instalación y el acampar ahí o irte por él era una auténtica experiencia. Estrellas limpias en las noches silenciosas, conciertos de grillos entrelazados con el cascabeleo de la corriente, gruñir de jabalíes por entre los juncos buscando sus lombrices entre la húmeda tierra y sobre todo, olor a poleo. Toda una gran llanura llena de pequeñas matas de poleo con perfume de menta que por el mes de agosto se llenan de florecillas aterciopeladas entre azules y violetas. “Todos los años vengo a este lugar para recoger mi ración de esta aromática planta que a lo largo del año luego me la voy bebiendo en pequeños sorbos en forma de infusiones”. Me ha dicho más de una vez ese amigo mío de Ubeda. Los llanos hoy no son lo mismo.

Como es otoño, estación de muda, de borrón y cuenta nueva, es la sublimación de un mundo en cambio. Tiempo de luz escurridiza, de calientes templados, de colores ocre, de alas migratorias, del momento y del lugar. Un día como el de hoy es un día de suerte porque te puede atrapar, con toda su belleza, un decorado especial tendido sobre estos llanos. Bosques dormidos con piel de otoño, robles y álamos expresándose en maravillosas policromía. Así que, en un abrir y cerrar de ojos, en quince minutos te encuentras que la pista gira a la izquierda, miras y lo que hay ante tus ojos, te parece un sueño. Es un bosque encantado, en miniatura y además de nogales.

Sin advertirlo y sin que nadie te lo haya dicho te das de bruces con la llanura, que es una pequeña terraza que más bien parece un juguete, pero que está aquí y como su tierra es negra y muy fértil, en el lugar plantaron nogales. Ochenta y tantos he contado yo y algunos con troncos gruesos como el muslo de una persona. No son muy viejos ni tampoco grandes, esa es la verdad y por esto me temo lo que no me gusta: Quizá estos nogales no fueron plantados por aquellos serranos sino por una de las administraciones no lejanas. ¿Que por qué digo esto? Sé yo bien que en otros tiempos aquí había un manantial y que desde tiempos muy lejanos este lugar se ha llamado Fuente de la Tobilla; casi como otros en estas sierras, pero distinto. La fuente era un manantial que brotaba en la parte alta de la llanura y sus aguas regaban generosamente todo este rodal de tierra. Como los nogales no son muy grandes intuyo que en tiempos remotos aquí se sembraba y se cultivaba otra

cosa.

¿Qué es lo que ha pasado? Bastantes cosas y entre ellas que el manantial ya no existe. Y no es porque llueva menos que antes, sino por algo que más adelante sacaré. Pero unos años atrás, no demasiados, donde brotaba el manantial construyeron una fuente de piedra que nada más verla te dices: ¡Icona! La obra es preciosa, con dos tubos para el agua, un pilar y algunos poyos a los lados. Intuyo que los nogales son de la época de la fuente. Le quitaron las tierras a los que la cultivaban, destruyeron el manantial levantando la fuente y rompieron la tierra sembrando nogales. La fuente hoy está totalmente seca, los nogales son bastante raquíticos y desde luego no tienen nueces. Como es otoño las hojas ruedan por el suelo y las ramas aparecen por completo desnudas.

Cuando llegues al rincón te olvidas de lo de la fuente y demás y dedícate de lleno a sacarle al lugar todo su partido. Es un balcón precioso sobre el valle del Guadalquivir que con su paz, su silencio, sus bosques de nogales y por arriba, de pinos, te llenará de agradables sensaciones. Descansa largamente aquí porque hay que gozar a fondo y despacio el perfume de la mejorana abundante entre los nogales y el viento fresco que por el rinconcillo siempre corre. Son muy querenciosas estas tierras para las perdices. Lo sé, porque hoy, tanto al subir como al bajar, se me han levantado algunas bandadas casi de los pies. Es lugar de piedras y tierra arenosa ideal para que las perdices se afilen el pico, pues tiene tal roca un componente silicio que le da consistencia y dureza.

LA LEYENDA -6 ~

He descansado en el terreno de la terraza dejándome refrescar por el vientecillo que corre y aunque he deseado beber agua de la fuente no he podido. He descansado un rato mientras gozaba de la gran panorámica. Al otro, lado el río Aguamulas, La Campana y el Arroyo de Aguarrocín. Después he seguido y al llegar a la primera gran curva que esta pista traza en su serpentear hacia la cumbre, me he tropezado con el pastor de Coto Ríos. Arriba, en lo más alto que hay un poco de monte quemado, ya hace rato que vengo viendo las cabras. Como son blancas, la raza de estas sierras, se ven desde lejos.

Lo saludo y como él también sube porque viene desde el poblado a darle una vuelta al ganado, nos vamos juntos. Conoce bien todo este terreno y como, además, me dice que incluso se acuerda de cuando vivía gente en el cortijo de la Hoya, le hago dos o tres preguntas y con esto es suficiente para que no pare de hablar durante todo el rato.
- Tan acostumbrado como ya estaba a ver siempre ahí gente viviendo, cuando los echaron del cortijo no me fue fácil adaptarme a la soledad, casi absurda, en que todo quedó.
- ¿Tenías por aquí raíces?
- Muchas y otros aún más que yo. Por aquellos años una tarde subí esta ladera y me vine hasta la llanura por donde aún crecían las habas que se mecían verdes, altas, llenas de flores e igual que los garbanzos y el trigo. Sus dueños ya no vivían aquí, pero después de irse, durante varios años más estuvieron sembrando estas tierras. Este año estaba siendo uno de esos buenos años para el campo porque las cosechas y las hierbas crecían vigorosas prometiendo abundantes frutos.

Son como las cuatro de la tarde y hace un día hermoso. Me acerco a la vieja casa que se alza casi en el mismo centro de la llanura, sobre el pequeño montículo. Al aproximarme una vez más compruebo que sigue abandonada. Tiene sus puertas cerradas y las maderas descoloridas y astilladas por la lluvia y el sol. También las ventanas están astilladas y en las paredes crece el musgo, el beleño, el trébol y las ortigas cuelgan suspendidas en el aire. Descubro, por la parte de arriba que es por donde todavía crecen los olivos, se desmorona la alberca, el manantial y las regueras para llevar el agua por todo la llanura, un huerto. Mas bien algunos frutales que también están abandonados. Parece que ningún ser humano ha pasado por aquí desde hace mucho tiempo. Sin embargo, sigo viendo los frutales, y aunque ya nadie los cuida, de sus ramas cuelgan las peras, las almendras, los higos, las uvas. Entre ellos descubro un peral con frutas gordas y maduras. Cojo un palo y me

acerco. Es un árbol grande y viejo que también tiene el tronco casi podrido y astillado. Pero no todas sus ramas están secas; algunas de ellas siguen verdes y de aquí es de donde cuelgan sus frutos.

Las derribo con el palo y luego las recojo; me siento en la sombra del mismo árbol y me pongo a comerlas. Son buenas, es una fruta sana y rica. Pasa un rato y de pronto, por la parte del arroyo, oigo que se acerca alguien. Miro y lo reconozco enseguida. Es una de las personas que tiempos atrás vivía en la casa de la llanura.
- ¡Hola!
Lo saludo con gusto porque de verdad me alegra verlo. Le ofrezco una fruta y entonces él saca un trozo de pan de su zurrón y me lo da diciendo:
- Con esto sabrá mejor. Si no te importa voy a quedarme contigo un rato.
- Yo no voy a ningún sitio.

Algo más tarde se empieza a ocultar el sol. El campo se llena de sombras y silencios. Las puestas de sol desde las llanuras de esta casa son de lo más bello en estas sierras. Tendrías tú verlas y vivirlas como las tengo vividas yo. Subimos hasta la mitad de la ladera del cerrillo frente a la casa; el cerro está lleno de monte tupido, gris. Bajo una encina, junto a un peñasco casi blanco, nos paramos. Recogemos un puñado de troncos viejos, raíces de pino, ramas de encinas y encendemos una hoguera. A su alrededor nos sentamos. Por un rato observamos el sol ocultándose al otro lado de la cordillera, por Peña Corba y Peña Rubia.
- Fíjate en la casa.
Atento la observo y cuando ha pasado un rato, le digo:
- Tú la conoces bien.
- Desde pequeño; bajo su techo, al calor del fuego y en la compañía y el amor de ellos, viví mi niñez y mi juventud. Tristes, duros y alegres días de sol, lluvias y nieves. Horas enteras me las pasaba sentado en el peñasco charlando y jugando con la niña del dueño de estas tierras. Recuerdo que aquellos días eran deliciosos cuando por aquí brotaba la primavera con tantas flores, tantos pájaros, tanta agua por los arroyos y las cascadas. Recuerdo que fueron unos días de esos que se te clavan en el alma y ya no se te borran jamás.

La casa que es medio cortijo, medio mundo por tener casi todo lo necesario para subsistir lejos de los pueblos y las ciudades, se alza algo al final de la ladera, pero todavía dentro de ésta, en el mismo montículo rocoso. Corre por allí cerca el arroyo que primero se despeña, por la llanura se hace casi remanso y luego se despeña otra vez para caer ya al valle y al Río Guadalquivir. En la primera ladera, a la izquierda, por donde se despeña también por primera vez el arroyo, brota el manantial que metido en regueras, los tubos de aquellos tiempos, trae y esparce el agua por la llanura y el cortijo. Allí mismo, donde brota el manantial, sembraron los olivos, álamos blancos siguiendo el curso de las regueras, parras que como son plantas trepadoras, se agarran a las encinas y a los robles y salen incluso por encima de sus copas más altas.

Durante lago rato aquel hombre me habla de ésta casa y sus recuerdos por todo este mundo hasta que consigue que mi cariño y curiosidad por él aumente por momentos. Estoy escuchando extasiado sus palabras cuando de pronto, ya entre dos luces, se oye un gran ruido. Son las paredes y las piedras del cortijo que se desmoronan. La parte de delante, toda la pared en bloque cae hacia la llanura; luego las dos de los lados y los muros de otras.
- Fíjate lo que está ocurriendo.
Le digo. No se mueve; sigue fijo en la casa de piedra y a mis palabras, unos segundos más tarde, responde diciendo:
- ¿Por qué se hunde? Quizá no pueda comprenderlo, pero lo que sí está claro es que se muere. La presencia de la muerte como elemento amable para hacernos sentir la belleza y el gozo de la vida, del presente. Todas las cosas, hasta las más amadas y fuertes, desaparecen; igual que aquellos amigos; igual que nuestras ilusiones. Pero, además, el hundimiento de esta casa ahora mismo, aquí delante de nosotros, es un símbolo en el mismo corazón de estas sierras. Todo o parte de muchas cosas tienen que morir para que de esa muerte surja otra vez la vida, el cambio y hasta puede que la belleza.

- Pero según tú me decías habéis sido echados por la fuerza de este rincón. Todos os fuisteis llenos de dolor porque, además, ni siquiera fueron amables ni humanos en aquel momento.
- Mas tú sabes que la mayor riqueza de los pobres, los de sin raíces ni tierra propia y sin aprecio, son las heridas de su alma y como precisamente eso es dolor, estamos acostumbrados a no hacer casi nada en esta tierra y sí todo en la otra dimensión. Esta casa ha llegado a su fin aún en contra y por encima de nuestro amor por ella. Quizá cuando todas las cosas lleguen también a su fin, sólo tú y yo quedamos por estos montes atravesando campos y besando flores.
- Pero, sin embargo, la explicación del derrumbe de esta casa es sencilla: este año ha llovido mucho, sus paredes están húmedas y ya es muy vieja.
- En parte es algo de eso, pero en parte es también otra cosa. Las paredes de esta casa son de piedra auténtica. Trozos de rocas arrancados a las montañas de estas sierras que una a una, en aquellos tiempos, nosotros fuimos juntando desde todos los alrededores y después de hacer los cimientos, piedra a piedra levantamos la casa. Y, además, como en el Evangelio: sobre roca viva para que resistiera bien todos los temporales. Las ventiscas de nieve, las tormentas del verano, las escarchas del invierno y los aguaceros del otoño. Esta casa no se hubiera caído de no haber sido rota primero por las manos de los hombres.

Pronunciadas estas palabras guardó silencio. Se recostó sobre la tierra de la ladera desde donde se ve toda la llanura, los robles y la casa y a lo largo de toda la noche no volvió a pronunciar palabra. Cuando amaneció se bajó por el barranco que configura el arroyo de la fuente que es, además, por donde siempre existió la senda que lleva y trae a la casa del valle, la hoya, por ser más exacto. Esto de la pista fue después para subir con los coches hasta el cortijo, pero en aquellos tiempos se iba y se venía con mulos usando la senda que arranca en el valle, cerca del Guadalquivir. Pues por allí se fue él y desde entonces no lo he visto más. Consigo se llevó un mundo lleno de vida que se le adivinada saliendo por todos los poros de sus carnes y queme hubiera gustado mucho descubrir y compartir con él hasta el final. Pero así son las cosas, las personas y las historias de estas sierras. Sabes que existen, que laten y gritan y que están ahí desafiando la muralla del tiempo y aunque a veces desearías llegar hasta el último rincón de su alma, te cierran sus puertas porque ya no se fían.
- Quizá conviene que sea así para que nunca se descubra por completo el misterio de estas sierras a fin de que jamás pierdan su sello propio. Lo mejor de uno mismo nunca sale a la luz sino que nace y muere con uno mismo.
Le respondí al pastor.

EL MACHO BLANCO -7 ~

Mientras el pastor me ha ido desgranando su recuerdo, como no hemos dejado de subir hacia el collado, al llegar a la segunda curva se despide de mí. Sus cabras, que las hemos venido viendo durante todo el rato, andan sobre la cumbre de la derecha y precisamente al llegar a este punto me dice que deja la pista para irse hacia el cerro donde carea la manada. Aunque no conozco aún el terreno, pienso que si en lugar de apartarse aquí de la pista, se viene conmigo hacia el collado, desde allí le será más fácil entrarle a la manada faldeando el monte mejor que subir casi en línea recta pendiente arriba. Se lo digo porque, además, deseo que me siga acompañando, pero no acepta; más bien lo que desea es irse de mí.

Le sucede esto mucho a la gente de la sierra. Parece timidez, pero también en el fondo creo que les huyen algo a los turistas. En estos últimos tiempos ellos deben de estar bastante cansados por tanta gente como andan buscándoles para que les cuenten cosas y vivencias por estos montes. Parece como si últimamente, los pastores y todos aquellos que siempre han vivido en el campo, se hayan convertido de pronto en personajes importantes para todos los que venimos de las ciudades y los pueblos grandes.

Desde esta curva al collado hay un respiro y es más corta aún porque ya notas el gozo de la cumbre. La cuesta sigue muy empinada, pero en cuanto se avanza un poco, aparece la pequeña hondonada del arroyuelo que por aquí comienza a fraguarse. Aprovechando este surco bastante suavizado porque más bien parece

una pradera que arroyo, la pista se pega a la hondonada y sube más ligeramente. Entras por aquí y se te llena el alma de emoción al ver la ladera de enfrene que se pega a ti y te va acompañando hasta casi el final de la cuesta. No tiene otra vegetación que enebros, romeros, carrascas y lentiscos y como es otoño, muchas de estas plantas andan ya cambiadas de color. Por ejemplo: la cornicabra, que al ser pequeña y estar aplastada por entre las rocas, chorrea anaranjada como trocitos de atardeceres dándole al paisaje un tono especial. La solana y esto son dos paisajes diferentes aunque vivan en la misma ladera y se den la mano uno y otro.

Más arriba, la diferencia sigue agrandándose. Es otra la especie de pinos, los segundos en importancia y belleza por estas sierras y luego las encinas. Por aquí ya se ven muchas encinas lo cual me dice que por esta zona no hubo incendios. Y por aquí, por entre las encinas que ya crecen sobre las tierras de lo que es un poco la cumbre, me encuentro con el macho blanco. Como la manada va desde la hoya hacia la cumbre que es por donde se ha ido el cabrero, el macho sería el último; es decir, que se ha quedado atrás y por una razón lógica: anda buscando bellotas por debajo de las encinas. Es uno de los bocados que más apetecen tanto las cabras como las ovejas.

Lo llamo y mi sorpresa es ver como no sólo no se muestra arisco sino que me busca. Saco la barra de pan que traigo en el zurrón y en cuanto se la muestro se viene a buscarla. De las manos me quita el primer trozo, luego el segundo, el tercero y así hasta acabar con toda la barra. No tengo más y él sigue queriendo más y entonces se me ocurre darle bellotas. Me agarro al tronco de las encinas más jóvenes, las zarandeo y como ya por esta época, además de estar maduras se despegan con facilidad del cascabillo, caen y en cada zarandeo cojo un buen puñado. Se las pongo en la mano y con mucho más interés en un santiamén, acaba con ellas.

El macho blanco es precioso. Tendrá como año y medio o así, pero ya le cuelga la barba y lo sobre sale dos buenos cuernecetes. No huele, porque los machos cabríos, cuando te acercas a ellos, notas su olor, pero eso es cuando están en celo. Ahora, blanco es casi como la nieve. Todo el día por estos montes, que no manchan sino que limpian, no es posible que él puede tener un pelo sucio. Si estos montes fueran jaras, sería distinto. Mi machete blanco del collado de las encinas está limpísimo y, además, como tengo que seguir la ruta, en cuanto intento dejarlo se quiere venir conmigo. Se ve que como le he dado pan y bellotas me ha cogido cariño y quiere seguirme. Bonito detalle por su parte que ahora yo recuerdo con agrado y por eso lo escribo. De aquí que también ahora recuerde el collado tan lleno de emoción, tan en silencio precisamente por la presencia del macho blanco.

LOS ARRENDAJOS -8 ~

En cuanto estás sobre el collado la cuesta se suaviza. Primero hay como una pequeña llanura que se hace muy agradable recorrerla no ya por el respiro de caminar por una llanura después de la subida tan fuerte y casi dura, sino por el bosque, el vientecillo y el mismo clima que por aquí te vas encontrando. El bosque que está formado casi de Quercus, es espeso, sombrío y desde luego repleto de vida. El viento por aquí ha de ser muy distinto según el día y la época del año. Hoy, como ni hace frío ni calor, es de lo más confortante y delicioso. Y por último, el nuevo climas que desde luego resulta de lo más significativo de todo este lugar.

En cuanto remontas la curva del collado comienzas a bajar y eso hace que vayas entrando en una zona algo umbrosa. Como el bosque es espeso y, además, encinas y robles, la humedad es altísima. Se nota a simple vista por la cantidad de musgo en todas las rocas, los troncos de los árboles y por cualquier sitio. Buen rincón para las setas que como hoy es otoño precisamente las voy viendo por cualquier trocito de tierra. Níscalos sólo veo un par de ellos porque da la casualidad que este año no hay muchos.

Pero además de todo esto el rincón te sorprende por algo muy concreto: los arrendajos. En cuanto comienzas a cruzar el bosque se echan a volar, mostrando sus alas negras, azules y blancas y dejando oír sus desagradables chirridos.

Aunque prefieren los robledales, los linderos de los bosques de coníferas y las pequeñas concentraciones de árboles, se ve que este rincón es también atractivo para ellos. En cuanto me descubren llenan todo el barranco de gritos y todo el aire de revoloteos. Su presencia me trae a la mente la figura de aquel niño hijo de los habitantes de la cortijada de la llanura.

Andando por el bosque que ahora mismo atravieso un día dio con un nido de arrendajo a escasa altura en un gran matorral. Sería sobre mediado de mayo y tenía cinco huevos. Veinte días más tarde nacieron los polluelos y unos veinte días después tres de aquellos polluelos salieron volando y se fueron con la bandada. Los otros dos se los llevó al cortijo, les cortó las alas y se puso a jugar con ellos.
- Voy a enseñarles a hablar.
Le dijo el niño a su madre. Aunque el muchacho no había ido a la escuela sí sabía que el arrendajo es un maestro en el arte de imitar. Sabía, porque mil veces lo había oído por todos aquellos alrededores, que esta ave tiene tal habilidad para la imitación que se le considera como uno de los pájaros más sorprendentes y grotescos. Mil veces lo había oído remedar a la perfección los gritos del mirlo negro, del cárabo, de la corneja y sobre todo el maullido del ratonero común.

Pues él se dedicó a jugar con las aves y cada día se las llevaba por la llanura. Por entre las piedras, los olivos y las hortalizas que los mayores tenían por allí sembradas, él se dedicaba a buscarle su alimento que consistía en coleópteros, grillos, orugas, arañas y avispas. Los llamaba y al principio las aves acudían sin responder y luego poco a poco, a cada llamada del niño, contestaban ellos con un grito casi, casi similar al que el niño había emitido. Los mayores observaban aquel fenómeno y como consideraron que aquellas aves casi eran benéficas para ellos, le dijeron al niño:
- Llévatelos por los olivos, la sementera y todos los sembrados a ver si acaban con todos lo insectos que por ahí hay. Y Es que habían descubierto que algunas de las plagas que destruían sus cultivos eran precisamente el bocado predilecto de aquellas aves.
- El grande hoy se ha comido casi doscientos insectos y el pequeño algunos menos, pero pocos menos.
Le decía cada día el niño a los mayores.

Pero además de esta curiosidad que fue bien vista y aceptada por aquella gente, ocurrió otra aún todavía mayor; los otros arrendajos, la bandada que andaba por el bosque a su aire, en cuanto sentían a los que eran amigos del niño, se venían por la llanura y en un par de horas limpiaban las plantas de parásitos y plagas.
- ¡Pues si estas aves resultan ser en mejor insecticida natural que existe!
Decía aquella gente. Ellos por la casa, saltaban desde la cama a la silla, a la mesa, por la puerta y el tejado. El niño los llamaba y respondían y su sonido era muy parecido a las palabras que los humanos usaban para entenderse. En el otoño se iban por el bosque y en cuanto veían una bellota se la llevaban para esconderla. Cogían cinco o seis, las almacenaban en la garganta y se las llevaba a otra parte del bosque donde las enterraban bajo el musgo. Al llegar el invierno las bellotas germinaban porque al parecer los pájaros, una vez enterradas, se olvidaban de ellas.

Hoy, al pasar por aquí, en cuanto he comenzado a cruzar el bosque, una bandada de arrendajos se ha alzado en vuelo llenando toda la llanura de escandalosos gritos. Me ha venido al recuerdo la historia de aquel niño y ahora hasta me parece ver, en estas encinas que se mecen sobre el limpio collado, las bellotas que aquellas aves escondieron. Los pájaros hoy se asustan a mi paso no son los de aquellos tiempos, pero los árboles sí creo que son aquellos.

¡POR FIN LA LLANURA! -9 ~

En cuanto bajas un poco mientras vas a atravesando el bosque de la umbría que te deja suspendido entre dos sorpresas: el sueño y la fantasía, ya se ve la llanura. Por fin esta es la Hoya de Miguel Barba, la llanura que rodeada de montañas, era un vergel. La despensa del huerto natural más bello del mundo y en

aquellos tiempos. Por eso, en cuanto la vas descubriendo, toda hoy verde, con los olivos rodeándola por la parte de arriba, lo primero que intuyes es la figura de aquellos hombres encorvados sobre sí mismos, con la azada en la mano y labrando la tierra para que ésta les dé sus frutos.

Poner huerto y atarearse con él era tan convencional y repetitivo, en aquellos tiempos y por aquí, como hoy ir a jugar a las cartas al bar tras la siestecilla del verano. Casi todos los que vivían por estas sierras tenían una mayor o menor parcela donde criar las verduras y hortalizas para el consumo. Y sin saberlo, tal vez incluso sin quererlo, se alimentaban mucho antes de engullir el tomate, la patata o el pimiento. En primer lugar, porque aprendían a mantener unas buenas relaciones con otros seres vivos. Los veían crecer desde la semilla al fruto. Entraban, pues, en un tiempo diferente al de los relojes. Y así comenzaban un pacto constantemente renovado: porque la agricultura es más alianza que dominio, por lo menos, hasta la grosera química, la ingeniería genética y las semillas híbridas de hoy. Con el día a día de la huerta se aprende, por contagio, un castillo de auténticos sabores: los que tienen relación con las múltiples, delicadas y complejas relaciones de los vivos. Ellos reconocían que el suelo también es un organismo que se le debe dar de comer correctamente. La fertilidad natural o lo más parecida posible a lo que inventó el bosque, es el único modelo de la famosa economía ecológica que todos andamos cacareando hoy. Y, además, ellos coqueteaban con la autarquía, autonomía, capacidad para gobernarse a sí mismo, situación de la economía de un país que le permite prescindir de las importaciones, y pasaban de los mercados y las tiendas. Porque lo del huerto vale tanto que mejor no ponerle precio y menos a las horas empleadas en él. Pero ¡Qué bendición no vender, no comprar! En el huerto ellos aprendían realismo y práctica: a manejar el agua, las manos, la mirada, la paciencia. Cultura natural, cultura física.

Ya van quedando pocos huertos y los comercios de comida, ultramarinos, al fin con verdadero sentido de la palabra, pues los garbanzos son mexicanos, las lentejas chinas, los tomates marroquíes. Nada que objetar a la exportación de los productos de cualquier lugar del mundo, pero sí al desplome de una forma de comunicación. Porque el huerto nos pone en contacto con nuestras propias raíces y si ellas se callan, nos quedamos sin esa sabiduría no escrita porque no puede encerrarse en el lenguaje. Vamos olvidando y es una pérdida para todos, como se hacen algunas de las más cruciales tareas; por ejemplo, la de procurar o procurarse alimento de forma independiente, sana, armónica con la naturaleza como lo hacían ellos.

Ahora, algunos, incluso los atareados en la conservación de su poder, ponen tres surcos en la parcela de su chalé y casi siempre fracasan por no conocer el lenguaje de la naturaleza. No fue pequeño para ellos el placer de ver crecer durante días y años los frutos que les mantenían vivos. Es casi seguro que aquella gente, los que construyeron este cortijo y vivieron en él cultivando las cosechas en la tierra de esta llanura, lo hacían simplemente por esto: porque necesitaban comer y de la tierra se saca el alimento cuando a la tierra se le sabe tratar y pedir sólo aquello que es necesario para vivir. Para ellos, la tierra era como hoy para nosotros los supermercados con la diferencia que allí no se compraba sino que se cultivaba lo que se necesitaba.

Ni siquiera sabían que tantos años después aquella forma de vida suya, tan compenetrada con la tierra, iba a ser apetecida, deseada y soñada por la gran mayoría de la gente de la ciudad. Ni siquiera sabían que lo suyo, su forma de ser y vivir, era y es el camino correcto para todos los que hoy nos consideramos seres racionales. Ni siquiera sabían el valor y la riqueza que poseían con sólo esta pequeña casa de piedra en el centro de la nava, rodeada de montañas, perfumada de tomillo y besada por tantas nubes limpias. Ellos vivían dejando el sudor en la tierra que les daba el fruto y eran felices como lo habrían seguido siendo hasta hoy si los hombres de la civilización moderna no les hubieran complicado la existencia.

Una vez más se cometió un error haciendo pagar a personas inocentes y hoy pasa lo que siempre: se quiere conseguir, se quiere volver otra vez a lo de antes sin

comprender que eso ya es imposible. Si alguno volviera a esta llanura con el proyecto de sacar de ella patatas, tomates, trigo o aceite como lo hacían en aquellos tiempos, no sería posible. No es lo mismo. La cultura, los principios, las motivaciones ya son otras. Hasta la tierra lo sabe y de ahí que ella tampoco sería la misma ni podría comportarse igual. Esto es una verdad sencilla que a mi modo de sentir es profunda porque nos va en ello mucho a todos los humanos que ahora respiramos y más a los que vendrán después. Uno, nada más acercarse a esta llanura siente estas cosas y como uno anda un poco informado de lo que le pasa a la sociedad y sabe lo que ocurrió en aquellos tiempos, quisiera poner un granito de arena para que el futuro sea algo distinto. La gente de este cortijo tenía su felicidad y tesoro por aquí y se lo machacaron y ahora se les quiere rehabilitar diciéndoles que sí. ¿Por qué no hay algo más de cordura en las acciones de los hombres comprendiendo de una vez que en lo pequeño está la verdad cierta?

NACIDO EN LA MISMA ROCA -10 ~

La pista esta que he venido subiendo hasta llegar al rincón no es real. Bueno, real sí es, pero falsa. Este no ha sido nunca un camino en serio que sirviera para entrar y salir al cortijo. La pista la hicieron también ellos, los que tampoco son reales y de aquí que todo sea artificial. Se nota enseguida porque conforme vienes por ella ves que, al llegar a la buena tierra, la llanura de la hoya, no tiene la dignidad, no se atreve, sabe que es extraña y en lugar de irse por la tierra de la llanura, se aparta para venirse por el lado. Rodeándolo le entra al cortijo por la parte de atrás sin llegar a él. Una vergüenza de camino que parece que sólo sirve para remontar la solana dando mil curvas, rompiendo un montón de naturaleza y al llegar a lo que realmente es un núcleo bello, ni se atreve rozarlo. Como si se avergonzara de ir por estas sierras. Quizá sabe que no es serrano y por eso se esconde con tanta timidez.

Quiero hacer la prueba y conforme voy llegando, aunque veo la casa y la llanura y me dan ganas de acercarme para conocerla en todos sus detalles, sigo por la pista. Rodea la casa casi grotescamente y busca el arroyo para ocultarse detrás de un montecillo y seguir subiendo. Por la llanura he visto un rebaño de ovejas pastando y por la parte baja del cortijo, en el roble de la roca, me encuentro al pastor. Lo saludo, pero nada más llegar al lugar lo que me llama la atención es el árbol. Aunque se parece tanto a otros en estas sierras por su corpulencia con ramas que se abren y cogen media fanega de tierra, el grueso del tronco que necesita más de una persona para rodearlo, lo mejor de todo, lo más original es el lugar donde ha nacido: justo en la misma roca. La única roca que bajo todo el roble hay, es donde él está clavado. Porque parece eso: que ha sido expresamente clavado en el centro de esta roca. Pero, además, la corteza del mismo se ha adherido de tal forma a la piedra que por encima de ella se extiende hacia un lado y otro envolviéndola hacia el corazón de su tronco. Una maravilla de roca y árbol mostrando la aspereza y potencia de estas sierras y al mismo tiempo la firmeza de la vida abriéndose paso, amorosa y bellamente, hasta en lo más duro de la tierra.

- ¡Que curioso ¿Verdad?!
Exclamo lleno de sorpresa al llegar a Gerónimo que es como se llama el pastor.
- Se ve que eres otro de los muchos que en esta época escapa de las ciudades y se echa a andar por los montes buscando no sé qué. Lo digo por tu admiración ante este roble. La naturaleza por cualquier sitio da fenómenos como éste y más raros y bellos, según se mire.
- Tienes toda la razón al decir que soy otro de los muchos escapados y desorientado por estas sierras. Aunque en el fondo no deseo parecerme a ellos, tú nos igualas a todos en un mismo punto porque en realidad, somos extraños en estos montes. Ni siquiera sé lo que busco y hago como ellos, andar y andar como si coleccionara paisajes, puestas de sol, cascadas o cortijos abandonados.
- Pero, además, en cuanto veis un pastor os entran ganas de preguntarle de todo; como si fuerais periodistas, como si todos estuvierais escribiendo el mejor de todos los libros o qué sé yo.
- Sigues dando en la diana. Porque, por ejemplo, ahora mismo al pasar por ahí y ver a las ovejas en la llanura me acordé que hace tiempo deseaba encontrarme con un

pastor para preguntarle algunas cosas relacionadas con los corderos.
- ¿Ves como he acertado?
- Sí, pero antes de la pregunta quería decir que yo tengo entendido que los cabritos, carneros, corderos y otros ovinos fueron las primeras ofrendas que el hombre hizo a los dioses. Aquellos sacrificios de animales asados en la leña que nos cuentan los libros clásicos y el cine fueron, en cierto modo, precursores de nuestras barbacoas.

Pero estas ofrendas religiosas tenían no sólo aspectos claramente espirituales sino también otros de orden práctico y nutritivo. Los oficiantes tras las ceremonias, se comían la carne asada. Así, entre los judíos y cristianos, la fiesta de la Pascua terminaba siempre con un banquete, en el que el centro del mismo era un cordero asado. Para darse cuenta de la importancia del cordero en estas culturas, basta decir que los censos de población en aquella Palestina ocupada por los romanos se realizaban en función de los corderos sacrificados durante la Pascua. La regla aritmética era fácil, multiplicarlos por diez; cada animal asado nutría a ese número de personas. Además, hay algo que siempre me ha parecido muy curioso: cómo muchas de las normas religiosas encierran interesantes consejos dietéticos. Es el caso de la grasa: condenada por impura se quemaba en los sacrificios, consumiendo sólo las carnes magras. Algo que sigue siendo válido hoy en día es no comer la grasa, pero sí utilizarla para asar el cordero, puesto que hace que su carne no se reseque ni pierda gusto. Esta cita histórica no hace más que confirmar la calidad y la consideración de la carne de cordero desde tiempo inmemorial.

Y ahora me gustaría aclarar algunas cosas más.
- Pregunta lo que quieras que aunque nosotros no somos gente de letras porque en aquellos tiempos no había tanta facilidad para ir a la escuela, de tanto andar toda la vida en los montes aprende uno algo.
- Son cosas simples, pero importantes que tú conoces bien. La fuente que surte a la alberca ¿Dónde está?
- Ya no existe.
- ¿Qué pasó?
- Con tanta sequía ni por la fuente sale agua.
- Y la pista que continúa ascendiendo ¿A dónde va?
- Es verdad que sube hasta el collado, pero no se queda ahí sino que nos lleva a la otra hoya, la del Aserraor.
- De la alfalfa, que según la guía debería crece en la llanura y por ahí sólo veo a tus ovejas ¿Qué ha pasado?
- Tú mismo lo estás viendo; no hay alfalfa.
- Este rodal de tierra donde nosotros estamos es una hoya ¿A qué cosa llaman los serranos hoya?
- E la sierra llamamos hoya a los polles, que esto sí me lo sé. A los calares que son rocas calizas rotas por la acción de las lluvias y las nieves.

- ¿Y este roble?
- Una maravilla que es el guardián del valle casi desde que existe el valle. Pero para que lo sepas, no hace ni dos horas que he visto por ahí a cuatro turistas así como tú. Dos parejas de ellos y ellas que después de recorrer la llanura, se han puesto a comer ahí mismo, en lo alto del cerrillo donde se han desmoronado las paredes de la casa y sobre sale una roca. En cuanto se fueron me he dado una vuelta por el lugar porque a uno le entra su curiosidad y ¿sabes lo que he visto?
- No. ¿Qué has visto?
- En el mismo pequeño rodalito de hierba verde que ya empieza a crecer han montado su mesa para comer. Una gloria para ellos que toda la vida se la pasan metidos en pisos que más bien son jaulas, pero como parece que no tienen educación o creen que en la sierra se pueden permitir todo lo que les apetezca porque es muy grande y ni se ve el dueño ni nadie te regaña, en ese mismo rodalito de hierba verde han dejado todas sus basuras. Tres botellas grandes de cerveza, litronas vacías; cuatro vasos de plástico, dos latas de cerveza, otras dos de coca cola, un par de latas más de esas de conservas, cigarros, papeles y trozos de pan es la señal que por ahí han dejado ellos. ¿Qué te parece?
- Pues que los he visto cuando iba yo para arriba y me parece muy mal que hagan

estas cosas. Tienes toda la razón en eso de que no son ni educados.
- Digo yo que antes de venir a estas sierras deberían darse una vuelta por aquellos sitios donde enseñan los modales porque eso que veo en ellos ni siquiera lo hacemos nosotros los pastores que somos gente ignorante y con poca cultura. Ya que vienen a una tierra que no es suya que al menos nos den un poquito de ejemplo.
- Sigo creyendo como tú que eso es lo que deberían de hacer.

Y es que este pastor tiene toda la razón del mundo. Muchos de ellos no van a volver más por aquí y de ahí que no les importe dejar latas por cualquier sitio. Pero muchos de los que son de aquí, como esta es su tierra, aquí van a seguir hasta que mueran y no hay derecho a que vengan otros a romperles sus tierras y dejar en ella tanta basura. Bastante les rompieron y quitaron ya en aquellos tiempos, para que ahora todavía nosotros sigamos maltratándolos.

Y LA ETERNIDAD- 11 ~

Como parado, como escondido entre el viento
para el gozo de aquellos que no tienen
su tesoro en este mundo.
Porque pasado el tiempo todo vendrá a su verdad.

Que en cuanto llegas a la hondonada te envuelve como un aroma, como un hálito invisible que te hace sentir la realidad que hay más allá de lo que ves y tocas. Por ejemplo: viniendo senda arriba que, por el arroyo viene desde el gran valle, ves a un grupo de personas que se acerca. Han tardado un día entero en llegar desde la otra cortijada y ahora, aunque van casi al borde del precipicio, no sienten ni miedo ni cansancio. Es como si no pisaran la tierra; como si su camino, su presencia y su figura estuviera fuera del tiempo.

Llegando al roble de la roca, el nacido en la misma roca, se tropiezan con las cinco ciervas. Son las mismas que todas las tardes sestean entre las hojas secas de las encinas. Se paran junto a ellas y como los animales les conocen y ellos conocen a los animales, lo primero, sólo se levantan tranquilamente, sin asustarse y se van hacia la espesura del bosque. Es como si no tuvieran miedo, como si aquí hubieran estado toda la mañana esperando que llegaran para darles la bienvenida.

Cae la lluvia y como se refugian bajo las ramas del roble, frente a ellos, a un lado y otro, toda la llanura es visible. Pero la lluvia no es como la que nosotros vemos. Las gotas son notas musicales que aunque no son cristales, si lo parecen, pero en forma de sonidos. Por la llanura el agua se amontona en charcos alargados y redondos que al pisarlos ellos se abren como las alas de las mariposas. El chapoteo de los niños resuena quebrándose en la ladera.

Por entre los olivos se mueve una bandada de zorzales que saltan de un lado a otro y como la lluvia los ha mojado parece como si jugaran el juego del viento, las gotitas blancas y la tarde que se va. Lanzan sus cantos asustado un poco y divertido el resto y en cuanto el grupo de personas pasa a la estancia de la casa el abuelo coge a la niña, la sienta en sus piernas junto al fuego de la chimenea y acerca sus manos a las llamas para calentarlas.

Todo es un trozo de eternidad que silencioso y escondido ha bajado del cielo para quedarse en este rincón. Ni siquiera la humanidad entera, con todo su trabajo junto, es capaz de crear algo tan bello. Menos aún las inquietudes, obras, sueños y problemas de una persona aislada pueden compararse ni en valor ni en belleza a este pequeño puñado de realidad celeste. La eternidad escondida y trascendiendo el tiempo en este valle de cumbres, como un regalo que sólo algunos pueden gozar.

6-3-88
SUBIDA AL ALMAGREROS DESDE EL CEREZUELO Y LAS LAGUNILLAS ~

"Antes de llegar al Pantano del Tranco, en la cuneta de la carretera hallamos varias flores bellas; la Escila monopyllo, Ranunculas graminea anémonas y varias orquídeas. Todas están florecidas a pesar de lo poco avanzado de la primavera

y el mucho frío. Subiendo desde el cortijo del Cerezuelo encontramos la cornamenta de un ciervo. Ya arriba, sobre la cumbre del Almagreros, fui observando, lleno de curiosidad, el narciso enano florecido bajo la fría nieve caída la noche pasada. Todas las cumbres del Picón, Banderillas y Yelmo, están blancas. Por aquí me encuentro la hermosa Draba hispánica y un detalle que no sabía: pequeños tallos de sabina cuyas ramas bajas aparecen llenas de espinas y las ramas altas, suaves y sin pinchos como suele ser la sabina.

Por el lado izquierdo del Arroyo del Cerezuelo, el bosque es espeso formado por encinas, robles, madroños y lentiscos. Por los peñascos que hay cerca de la carretera de Bujaraiza, crece, en cantidad, la azul escila; fósiles hay pocos por aquí.

Las Lagunillas es una cortijada abandonada y en ruinas, sobre las faldas de la cordillera a 1200 m. de altura. Las casas se levantan sobre un pequeño cerrillo rodeado por una verde llanura donde se observa que en otros tiempos, los que habitaban aquí, cultivaban hortalizas, cereales y demás. Actualmente es una pradera limpia con abundante agua y nieve y por donde pastan las manadas de ciervos y cabras monteses. El rincón es ideal para descansar por aquí o para, desde este trozo de ensueño, dedicarse a estudiar la flora y fauna del lugar que por otro lado es muy rica. Seria también bonito conocer la historia de las personas que construyeron y vivieron en estos parajes ¿Por qué época? Desde aquí, desde Las Lagunillas, parte una senda que faldeando la cordillera, cae al barranco donde nace el arroyo del Cerezuelo y luego vuelca hacia otro arroyo un poco más arriba. A media falda, por el barranco del Cerezuelo creo que se desvía una senda que sube hasta lo alto de la cordillera, la cruza y cae hacia el barranco donde nace el Arroyo de María. Al principio de este arroyo, existen unos grandes veneros llamados "Los Chortales" donde también, en otros tiempos, vivían varias familias. El verano pasado, un día, subí por el cauce del arroyo desde el Charco del Aceite hasta Los Chortales, el lugar atrás mencionado.

Llegué hasta estas casas y pude comprobar que son semejantes a las que existen en Las Lagunillas, unas cinco o seis, todas ahora medio destruidas por las lluvias, junto al borde mismo de un gran acantilado por donde se despeña y cae el Arroyo de María. Junto a estas casas hay grandes trozos de tierra que, en aquellos tiempos, fueron cultivados y por donde hoy aún crecen muchos árboles frutales: Nogales, cerezos, membrilleros, perales manzanos. En verano las frutas son alimentos exquisitos de los pájaros, los jabalíes y las cabras monteses. Muchos días he llenado mis bolsillos con las ricas nueces de estos viejos nogales.

La senda que mencioné atrás, creo que atraviesa la cordillera para ir de Las Lagunillas a Los Chortales, camino usado por los habitantes de ambas aldeas para comunicarse. El pueblo más cercano era Bujaraiza. Seria curioso estudiar la historia de las dos cortijadas enclavadas en Las Sierras de Las Villas en zonas profundas y salvajes donde es casi imposible llegar. Estos dos rincones están hoy rodeados de profundos silencios en medio de espléndidos parajes de vegetación pura y limpia.

Vivirlos y meterlos dentro del alma, resulta de lo más emocionante en cuanto a contacto con los montes de este Parque. Es una pena que sean conocidos por pocos y que tengan tan difícil acceso, pero por otro lado, creo que es bueno cuidar que estos paisajes no se rompan ni los invada el ser humano como ha pasado con tantos otros en este planeta. La paz que aquí se respira, la soledad y la belleza que de aquí mana, hoy día no es fácil encontrar. Merece la pena conservarlos como un privilegio más de este hermoso Parque".

3-1-88
SUBIDA AL NACIMIENTO DEL RIO AGUASCEBAS GRANDE ~

"Hemos pasado por el pueblo de La Puerta de Segura y cuando ya caía la tarde subimos por la carretera hacia Cortijos Nuevos. Hoy es un día de esos que parecen sueño o fantasía. Sobre las cumbres de Yelmo, las nubes vuelan dejando mil

sábanas de copos blancos que poco a poco van cubriendo el bosque y las laderas. De los valles suben redondos vellones algodonosos que, dando tumbos por el viento, se van por los barrancos, crestas y bosques y se alejan hacia el infinito. ¡Qué día, Dios mío, el de hoy! Me entra por los ojos hacia lo hondo del alma y al llegar al corazón me agarra con fuerza al tiempo que me dice:

"Vente conmigo. Fíjate que con nosotros dejas de pertenecer a esta tierra. Sabemos que siempre deseaste ser viento, nieve, agua, nubes y luz; hoy es el día. Hemos venido a por ti; tú mismo estás viendo el traje de gala que lucimos y la fiesta que estamos celebrando. Un espectáculo único y sólo para ti, para recibirte. Mil veces nos dijiste que no te gusta el mundo de los humanos; mil veces oímos que nos llamate porque necesitabas de nosotros para vivir. Hoy por fin estamos aquí. ¿ No ves nuestra hermosura? Es el momento; vente ya".

Y como no puedo irme porque soy carne mortal como tantos humanos padeciendo y rodando por este mundo, les digo: "Ya veis cuánto sufro encerrado en esta cárcel, de la cual, con toda mi alma, deseo salir y no puedo. Ojalá esta tarde se rompiera mi cuerpo y me fuera de una vez. Es mi deseo, ha sido mi gran sueño desde que vivo y como bien decís, me siento atraído por vosotros con fuerza irresistible pero no sé pasar, no lo sé. Veo el puente entre mi mundo terrestre y vuestro mundo celeste y aunque con toda mi alma quiero, Dios mío, no puedo".

Y así, sobrecogido por este enorme y bello sentimiento, llegamos al sitio donde pasaremos la noche: En los álamos de la Cueva del Peinero, justo donde están las cascadas del Río Aguascebas Grande. Bajo los pinos, entre arrayanes, ponemos la tienda. Antes de terminar, la lluvia comienza a caer. Nos metemos dentro y un poco chorreando y otro poco cansados y con sueño, nos quedamos dormidos. Oigo la lluvia; al caer sobre la tienda produce un sonido especial.

Al amanecer nos levantamos, desayunamos brevemente, salimos fuera y nos preparamos para remontar hasta lo más alto de la cordillera. Sigue lloviendo aunque menudamente. Sobre la cresta de los cerros se amontona las nieblas; más arriba, de vez en cuando, se alzan las nubes y se ve el cielo azul. A nuestra izquierda está el cauce del río que deseamos remontar. Arriba, en lo más alto de la cordillera, hay unas pequeñas praderas, "Los Tableros" donde el río se divide en dos; aquí nace. A nuestra derecha se ve la cresta de la cordillera sobre cuyas cumbres se alza el Pico Blanquilla. Remontamos siguiendo el cauce de la izquierda. Nuestros ojos se van llenando de asombro ante el paisaje de cascadas, arrayanes y remansos por donde baja el cauce agazapado entre playas blancas y limpias. Las rocas de las laderas al romperse por las lluvias y el hielo, ruedan hasta lo hondo del barranco. Aquí las arrastra el agua lavándolas y depositándolas en pequeñas playas junto al cauce que de tan limpio, parece cristal. A nuestro paso varios jabalíes huyen.

Descubrimos sus camas bajo las rocas entre troncos viejos de arrayanes y sorprendemos a las ardillas saltando por las ramas de los pinos. El día se abre y mientras subimos, nuestras almas se ensanchan y palpitan de gozo. El paisaje impresiona de bello, entre silencioso, puro y recio. ¡Qué sensaciones tan extrañas y dulces encierra este Parque y qué pocas personas lo gozan como nosotros hoy! Quizá esto sea lo mejor para su conservación. Es medio día cuando remontamos la cordillera. Por las praderas descansamos, relajados con los paisajes del gran valle del Guadalquivir con el Pantano del Tranco en lo hondo y la cordillera de Las Banderillas con sus cumbres blancas. Más cerca se ve la extensa llanura de Bujaraiza, los Arroyos de "La Cabañuela" y el redondo Cerro del Almendral. Por esta zona hemos llegado a una altura de 1700 m. En esta misma dirección por Bujaraiza, sólo llega a 700 m. Por la Cueva del Peinero, que es desde donde hemos comenzado la ruta, hay una cota de l.000 m.

Durante rato respiramos el aire puro de estas cumbres. Cuando reemprendemos el regreso, seguimos el camino forestal que pasa por Los Tableros y viene a salir al Collado del Ojuelo. Atravesamos un espeso bosque de

pinos mezclados con robles en cuyos viejos troncos encontramos varias especies de setas grandes y recias. Antes de llegar al Collado del Ojuelo, por los barrancos, vemos subir vellones de niebla espesa, fría y blanca que nos envuelven llenando los campos de oscuridad. La noche se cierra en tinieblas cuando llegamos al Collado del Ojuelo. Es aquí donde nos tropezamos varios pastores que andan acarreando sus ovejas hacia la manada. Por esta zona de Las Sierras de Las Villas, es por donde más pastores hay. Los saludamos, seguimos en compañía de la noche que ya se nos ha echado encima. El rumor de la corriente del Río Aguascebas Grande, nos va recreando deliciosamente. El canto lúgubre del cárabo acentúa el misterio y la extraña belleza del caminar de las noches por los montes de este Parque".

DESDE EL MIRADOR RODRIGUEZ DE LA FUENTE ~

Me voy y al pasar por el Mirador Rodriguez de la Fuente, de nuevo por ahí te veo, frente al gran valle con el Guadalquivir en lo hondo. Tampoco aquí hay nadie hoy y, sin embargo, el oscuro cerro del Almendral sí es el mismo. Al verlo, una vez más siento rabia y pena. Es la pequeña cárcel que los humanos han construido para encerrar a los animales que vivían en libertad por estas montañas. Los hombres, siempre son los hombres los que tienen que romper y destruir lo que Dios ha creado para que viva en libertad y en sus mundos. Aquí en este rincón encerraron, hace tiempo, una pequeña manada de animales sólo para que otros humanos puedan verlos mientras dan un paseo por un camino adornado con fuentes y bancos. Nunca visité este parque ni tampoco nunca me gustó este rincón a pesar de la hermosura de sus paisajes, sus luces y sus contrastes. La presencia humana lo estropea todo como tantas cosas en el planeta tierra. Siempre desde luego, desde razonamientos de bien para la humanidad. Sin embargo, con qué brutalidad descubro una y otra vez la enorme diferencia que hay entre tus juegos de bosques y sus obras de hombres adultos.

Paso de largo, remontando el collado, y a la izquierda, me deslumbran las paredes blancas del edificio que da entrada al Parque; bajo los pinos, color metal, brillan los coches. Algo más adelante un gran letrero anuncia el Hotel Bujaraiza, el centro de rehabilitación de toxicómanos y apartamentos.

Es bello, muy bello este pequeño barranco a pesar de las blancas construcciones y el sol que lo quema a estas horas del día. Cuando el pantano se llena, por la llanura que hay más abajo del Hotel Bujaraiza, se remansa el agua en playas preciosas. Hoy, la sequedad acentúa la aridez de este extraño día cargado de tu ausencia. Al otro lado del río están las Sierras de Mirabueno. Para mí uno de los rincones más bellos de todo este Parque. Se extienden por la cordillera de Las Banderillas, desde el Río Aguamulas hacia el pueblo de Hornos y las cumbres del Pico Yelmo. Los bosques de estas sierras son la prolongación de los que existen por Roblehondo, el barranco del Río Borosa, el Arroyo y el Alto de La Campana, el Río Aguamulas, El Arroyo del Hombre, Arroyo de Las Grajas que es en realidad el que atraviesa la Sierra de Mirabueno teniendo por cabecera los picos de Puntal, 1483 m. Picón, 1541 m. y Monte del Hombre con 1626 m. En la ladera Norte del Pico Puntal, ya casi en las cumbres, existe un gran bosque de espesos robles todos centenarios. Entre ellos, en unas pequeñas praderas, nace un limpio manantial conocido por Fuente del Roble. Cerca hay un comedero de buitres leonados donde varias veces he subido para fotografiarlos. Arriba, en todo lo alto del monte, se alza el pequeño refugio para el vigilante de incendios casi dándose la mano con el que hay en la cumbre del Banderillas.

Al Este del Pico Puntal, cae el gran Barranco del Lobo por donde nace el Arroyo de Las Espumaredas y entre los picos de Pedernaleros con 1544 m. Tolaillo con 1609 m. El propio Barranco del Lobo tiene por cabecera los Picos Cuevas con 1495 m. y Picón atrás mencionado. Todo este gran barranco está lleno de multitud de cortijos y aldeillas muchas de ellas abandonadas desde hace tiempo. Son conocidas con los nombres de: Las Canalejas, rodeada por cuatro grandes y hermosos picos; Puntal, Canalejas, Picón y Aguaciles todos ellos con más de 1500 m. Más en lo hondo del barranco está la aldea de Cortijo de la Puerca, Las

Espumaredas más hacia el Este y multitud de cortijos por todo el barranco por donde corre el arroyo. Por detrás del Pico Puntal, junto al Cerro del Lobo con 1774 m. se esconden las pequeñas aldeas de Los Archites y Casas del Rincón.

En el Arroyo de Fuente del Roble, más abajo de donde nace el manantial, en el mismo cauce del arroyo, existen siete u ocho casas en ruinas donde en otros tiempos debieron vivir varias familias. El tiempo ha destruido todo, pero aun se conserva por allí, entre pinos y encinas, el olivar que cultivaban y pegado al cauce se pueden ver los bancales de tierra donde sembraban sus huertas. Tanto este rincón como los otros que he mencionado atrás, están rodeados de bosques riquísimos y salvajes de madroñeras, quejigales, robledales, brezales, pinares y densos romerales. Vuelvo a repetir que este trozo del Parque, no pequeño sino de gran extensísimo, es quizá el más hermoso de todas las sierras que conforman el gran Parque natural.

Hoy, junto al Guadalquivir, juega un grupo de niños y otros se van por la llanura persiguiendo mariposas. Por la carretera encuentro un grupo de exploradores cargados con sus mochilas y tiendas. Suben hacia la Torre del Vinagre. Dos enormes cerros van apareciendo ante mí; espeso el monte chorrea por sus laderas y se hunden hacia el barranco del Río Aguamulas, el Valle del Guadalquivir. Recuerdo este rincón. En mi cuaderno de campo dejé anotado lo siguiente:

I2-8-86
SUBIDA A LAS BANDERILLAS ~

"Ya hace bastante tiempo que deseo subir al Pico y a las cumbres de Las Banderillas. He oído hablar mucho de este lugar y aunque he preguntado a mucha gente, la información que me dan es escasa. Incluso las personas que son de por aquí conocen poco los rincones de este Parque. Por la tarde, preguntamos al que tiene el chiringuito junto al Badén de la piscifactoría y nos orienta algo, pero poco. Por encima de todo nos destaca los peligros que existen en toda esta zona. En los Llanos de Aracne, ponemos las tiendas y al amanecer comenzamos la subida. La pista forestal pasa por el Camping y se alarga Guadalquivir abajo hacia el pantano. A cuatro kilómetros ya está el Río Aguamulas; hay un control cuatro casas y junto a ellas una piscifactoría que recibe agua del río y cuyo cultivo de truchas se dedica a la venta al público. Cualquiera puede comprarlas adquiriendo un vale en la Venta de la Golondrina, la entrada de esta pista forestal. Al cruzar el control el encargado nos dice que antes de las diez de la noche tenemos que regresar. Esto es porque todo este rincón pertenece a la zona del Coto Nacional dándose por aquí muchas cabras monteses, muflones y ciervos. De aquí esta vigilancia y la exigencia de volver antes de las diez de la noche. Es una medida contra los furtivos.

Retorciéndose, el coche sube el carril de tierra siguiendo la cuenca del río. Los pinos pinaster por aquí se espesan y forman sotobosques densos tejidos por sabinas, enebros, romeros, madroños, cornicabras, brezos y algunas manchas de robles, encinas, quejigos y acebos. Conforme subimos, ala derecha, surge la imponente mole del Alto de La Campana. Por lo hondo del barranco brama el río rasgando el viento encajonado entre rocas y oculto en la oscuridad de espesos bosques verdes; lanza su grito de cascadas salvajes y se aplasta por las peñas buscando el pantano. La cuenca de este río no es muy grande pero su cabecera recoge aguas que procedentes de los Campos de Hernán Pelea, se filtran y atravesando la cordillera de Las Banderillas, vienen a brotar en lo que se llama La Cueva del Nacimiento: inmensos paredones rocosos por cuyas grietas fluye a chorros el limpio líquido. Por esta zona hay bastante fósiles, nadie nos lo ha dicho, pero nosotros los descubrimos antes de llegar al final de la pista, en los cortes de las rocas que rompieron para abrir el carril. Son gasterópodos que se observan bien, incrustados en la masa rocosa; cogemos algunos, respiramos el aire de la mañana, gozamos de los paisajes y seguimos. La pista termina al llegar al llamado cortijo de La Fresnedilla. Hay un pequeño barranco por el arroyuelo que desciende por la ladera izquierda. Un poco antes, donde este arroyo se junta

con el río, están estos cortijos.

Hay una pequeña casa cerca de la pista, otra más arriba, pegada al arroyo y la otra está en este mismo arroyo pero más cerca del río. Alrededor de estas casas hay grandes trozos de terrenos cultivados, como huertas, en otros tiempos, y por donde todavía pueden verse muchos árboles frutales aunque comidos por las zarzas y las parras silvestres. Llamamos a los habitantes y nadie contesta. Junto al arroyo, entre la vegetación, ladra un perro. Un hombre lo llama mientras sube hacia la casa. Nos vamos hacia el lugar, lo saludamos, le preguntamos por la ruta que lleva a las cumbres. Nos aclara que no hay senda, que es muy difícil y que, además, hace tan sólo unos días, dos muchachas se han matado por los "volaeros" que existen en la zona. Miramos hacia las paredes y desde luego, sobrecogen. Se alzan desde el barranco en vertical hacia la cordillera formando escalones. Le hacemos caso, creemos que por aquí es imposible subir; sin conocer el lugar sé que el peligro es grande. Lo pensamos; nos lanzamos tomando la senda que sube por el arroyo de la izquierda. Comienza bien, pero poco a poco se inclina, el monte lo borra; crece espeso junto a él y las mil piedrecillas y tierras arrastradas por las aguas de las lluvias casi lo hacen impracticable.

Paramos de vez en cuando. Es dura la subida. Aprovechamos los descansos para recrearnos en el gran barranco que bajo nosotros va quedando. En uno de estos respiros, al mirar al suelo, descubro un fósil. Es una pequeña almeja marina. Entusiasmado por el hallazgo a partir de este momento, la subida se nos suaviza. Buscamos con interés y uno detrás de otro vamos hallando gran cantidad de pequeños animalillos marinos convertidos en auténticas piedras. Al coronar el cerro, sobre una pequeña vaguada tapizada de hierba, encontramos muchos más casi todos incrustados en grandes piedras. Durante una hora casi, nos dedicamos a recoger todo lo que encontramos inclinándonos por las almejas, ostras y algún caracol raros. Descansamos un buen rato a la sombra de los pinos y respiramos el aire puro que a estas horas de la mañana se pasea por las cumbres. Algo más arriba encontramos una "Tiná" para las ovejas. Tomamos por la derecha y coronamos la cordillera justo por Pinar Negro. Sin buscarla vamos a salir a una pista forestal que seguimos dirección poniente sin saber con seguridad a dónde puede llevarnos. Cruzamos por hermosas dolinas, bosques de pinos, llanuras, grandes karst y deliciosas praderas de zamarrilla.

Ya son las dos de la tarde. El sol quema con fuerza, la soledad de los paisajes se nos mete dentro, la sed nos acosa y como no sabemos con certeza a dónde vamos a salir, la preocupación empieza a dar vueltas por nuestra mente. Y de pronto, al salir de lo hondo de una gran dolina frente a nosotros, aparece una casa. Es la famosa casa de Pinar Negro. Como es la primera vez que llegamos a estos parajes, nuestro asombro crece de momento en momento. En la casa no hay nadie. Bebemos del agua del pozo que hay por detrás junto al hoyo depósito excavado en las rocas y después de comernos un bocadillo, reemprendemos la subida derechos a las cumbres. Tampoco estamos seguros que estas sean las cumbres de Las Banderillas, pero nos guiamos por la intuición. Toda la ladera, desde la casa hasta la cumbre, es escabrosa, con poca vegetación y llena de mil piedras erosionadas y sueltas. Entre una de estas piedras me encuentro lo que parece la masa encefálica de un cerebro humano. Es una roca de cuarzo cristalizado. La echo en mi mochila. Algo más arriba me encuentro más pero no tienen interés para mí.

Son casi las tres de la tarde cuando coronamos la cumbre del pico de Las Banderillas. Descubrimos una pequeña casa donde vive Alfonso. Es el encargado de vigilar, a lo largo de todo el verano, los incendios en este Parque. Desde este punto se divisa una gran extensión de tierra. En caso de avistar algún incendio, Alfonso da la noticia por radio y desde Vadillo, sale un helicóptero y en pocos minutos pone en marcha los retenes contra incendios. Al borde del acantilado, nos sentamos con él y durante rato charlamos de mil cosas. A Nuestros pies, el inmenso barranco o cuenca donde se embalsa el Pantano del Tranco, más al fondo, el Yelmo y todo el gran Valle de Segura. Más acá, la vertiente de la cordillera sobre cuyas cumbres estamos nosotros con los barrancos llenos de espesos bosques de

pinos. Casi a nuestros pies, el barranco de Aguamulas con la pendiente de la cordillera y las cumbres del Alto de la Campana más próxima a nosotros. La panorámica es de ensueño. En días claros, desde aquí se ven cientos de kilómetros a la redonda. Hoy está algo brumoso, pero merece la pena haber subido. En las grietas de las rocas encontramos pequeñas florecillas. Es el Erodium daucoide; las fotografío y algo más tarde, comenzamos el descenso, según la información de Alfonso, siguiendo la raspa de la cumbre. A la altura del nacimiento del Río Aguamulas nos dejamos caer en picado hacia el barranco. Nada más comenzar la bajada entre una sabina, descubrimos la boca de una oscura sima. Uno del grupo, al saltar, por poco cae dentro. Despacio, inspeccionamos el agujero y comprobamos que puede tener de noventa a cien metros. Algo más abajo es un espeso bosque de robles, lo que casi nos impide seguir descendiendo. A partir de aquí, la bajada se nos va complicando cada vez más. El peligro está en los voladeros que el anciano de las casas de nacimiento nos anunció. Además de los impresionantes cortes rocosos, es pronunciadísima la pendiente. Se espesa el bosque y no hay manera de encontrar senda para seguir. No recomiendo a nadie ni la subida ni la bajada por este lugar.

Nosotros, al final, logramos regresar gracias a que se nos ocurre seguir las pequeñas sendillas que trazan los animales al bajar de las cumbres en busca del agua de los arroyuelos del barranco. Es de noche cuando llegamos al río. Nos bañamos, bebemos con ansiedad, pues estamos deshidratados y en cuanto llegamos a las casas, plantamos las tiendas. Entre mil comentarios, en minucioso repaso por la aventura del día, nos abraza el sueño para dormir toda la noche de un tirón".

* **EL RIO GUADALENTIN**
POR LOS PRADOS DEL MESTO

CORTIJO DEL MOLINILLO ~

Lo primero que voy a hacer es apuntar aquí los datos para que no se me olviden. Altitud entre 985 y 1150; hora, 5 de la tarde del 28 de agosto de 1994; temperatura, 21 grado. Vegetación, abundante cornicabra con enebros piramidales preciosos. Luego, el Cortijo de la Herradura, Cerrada de la Herradura, Cortijo de Los Tontos, cortijo y casa forestal del Puntal de Ana María, Cortijo de las Acebadillas en lo hondo del río junto al puntal, casa forestal de Prado Arredondo por encima del Arroyo de Guazalamanco y casa forestal de La Yedra arriba, casi en la cumbre. Queda sólo el Arroyo de Los Almiceranes, los puentes sobre el Río Guadalentín y la fuente de este río.

Todos los otros han caído y éste, además de permanecer casi intacto, todavía es útil. El pastor Pedro vive en él, guarda ahí a sus ovejas y cabras y hasta tiene sembrada una noguera en la puerta. Como en todo aquello que tiene auténtica solera de sierra, ennoblecida, además, por la presencia humana, aquí no podía faltar la noguera. Es pequeña todavía, de unos tres metros y protegida con alambres para que no se la coman las cabras. Este pastor es tan cuidadoso de la sierra como lo fueron toda aquella otra tropa de serranos.

Por eso digo que este rincón además de ser bello por su historia y estar levantado en el lugar exacto, junto al río y al borde de los caminos, para mí es ya un símbolo. Una pieza de museo que vale mucho. Alguien, no sé quién, debería hacer todo lo posible para que jamás se toquen ni sus paredes ni sus tejas ni sus aposentos. Que ya para siempre quede así, tal como hasta hoy lo hemos venido viendo y si algún día se rompe que sea el tiempo, la lluvia y la nieve los que lo quiebren.

Aquí, al borde del río más silencioso, limpio y bello de estos parajes, junto al puente que corona la corriente del cauce, junto a las ruinas de lo que según dicen en aquellos tiempos fue un molino movido por las aguas, junto al camino y el legendario arroyo de Guazalamanco, desde que fue construido este cortijo hasta hoy ¿cuánto es lo que ha visto y oído? ¿cuánto es lo que guardan sus paredes, las celosías de las ventanas y el dintel de la puerta? Tú lo miras y a primera vista te parece poca cosa. Tan pequeño entre el magnífico bosque de cornicabras, en

una llanura casi insignificante de tierra roja, salpicada aquí y allá de rocas que son conglomerados de grabas que hace muchísimos años el río fue dejando por aquí, ahí se aplasta o se alza, según se mire, en silencio. Impávido ante nuestra presencia o mirada, pero como todo lo de esta sierra, impresionando con su sencillez y el peso de la vejez que sobre sus espaldas lleva. Miras y ves que es hermoso todo este rincón, pero enseguida descubres que como perla en el centro de esta joya nada podría ser más bello que este pequeño cortijo que se asoma y se refleja en las aguas limpias del Guadalentín.

EL CAMINO ~

La ruta comienza justo al lado o en la puerta del Cortijo del Molinillo, cerca de donde el Arroyo de Guazalamanco vierte sus aguas al río. La senda baja buscando el puente, no el viejo, sino el nuevo, que casi colgado en la misma Cerrada de la Herradura, sostiene en el vacío, sobre el azul del agua, la senda que llevamos. El puente viejo, el que realmente es de solera, queda a la derecha algo más abajo y ya casi sin utilidad. En otros tiempos hubiera pensado que por aquí cerca andaría la fuente del Guadalentín. Hoy no pienso esto por lo que luego diré. Pero sí conviene adelantar que llevo mucho tiempo buscándola y aún no la han visto mis ojos.

Cae el sol de pleno por la ladera derecha del río que es por donde va el camino, senda en otros tiempos, hoy una pista forestal a medias que no han querido terminar del todo a fin de no abrir otro paso más por esta zona de la sierra. Por eso no es posible hacer esta ruta completa montado en un coche cosa que me agrada. Así por lo menos los que quieran cruzar la sierra siguiendo estos caminos tendrán que sentir las molestias de la caminata, de las subidas y bajadas, del sudor, quizá algo de sed y también de la ausencia de establecimientos para comprar cosas. Esto es bueno aunque otros dirían que vaya fastidio. Aunque le ha faltado poco para que la pista haya quedado completada y lista para que la surquen los automóviles. Solo un trozo que va desde el Cortijo de los Tontos hasta el del Molinillo. Un kilómetro y medio poco más o menos. Por arriba, por donde está el Vado de Las Carretes, se pueden entrar hasta casi donde se alza aún la casa forestal del Puntal de Ana María. Por abajo, Arroyo de Guazalamanco, se llega cómodamente hasta el Molinillo. Así que sólo quedan unos pocos metros sin terminar y que son los que impiden entrar por un lado y salir por el otro sin dejar el coche. Bien por haber dejado este trozo sin acabar. Queda más bonito y se evita la avalancha.

Desde la cerrada de la Herradura la senda sube una pequeña cuestecilla, que no es tan pequeña según se mire y quien la mire, luego un trozo de pista y enseguida vienen las ruinas del cortijo de la Herradura. En un pequeño rellano sólo quedan algunos trozos de pared de piedra, nogueras y tierras ordenadas donde sembraban sus hortalizas y sementeras los dueños y habitantes de estas ruinas cuando todavía eran cortijos llenos de vida. Sentir y gozar a fondo la sensación de estos paisajes tan llenos de latidos y recuerdos nos lo impide el sol que nos llega por las espaldas. Aunque ya es tarde quema y como el camino sube y, además, sube por la solana nos da aún con mucha más fuerza. Se nos cae el sudor por la cara pero nos gusta.

Este barranco, ladera por donde vamos, puntal o cumbre más arriba a la derecha y cauce del río por lo hondo, no es propiamente el barranco del Guadalentín aunque orograficamente sí lo sea. Por aquí se llama Cañada del Mesto, vereda de trashumancia con el nombre de Vistas pintorescas. Mas adelante hablaré un poco más de este asunto.

Porque ahora, como no dejamos de subir, ya estamos saliendo de una mancha de pinos de repoblación, carrascos, y nos encontramos de frente a un gran álamo que los corona. Hay también algunas nogueras y sobre una lomilla muy hermosa, de poca monda que se adentra algo hacia el río, las ruinas de otro cortijo. Es el de los tontos. A un lado y otro crecen encinas milenarias y entre ellas, preciosos enebros que buscan la sombra de las mismas encinas y algunos, la de los robles que a mi parecer son mucho más viejos que sus milenarias compañeras. Sus troncos son gruesos, retorcidos, anudados, llenos de agujeros y robustos como las

mismas montañas que le rodean. Y veo que sucede lo de siempre: aquella gente amaba y respetaba al bosque hasta en la misma puerta de la casa donde vivían. De no ser así ¿cómo estarían aquí estos tan nobles ejemplares rebosando de años por todos los costados?

Llegado a este punto y antes de seguir nuestra ruta quisiera hacer una breve reflexión sobre el nombre de Cortijo de los Tontos. Leyendo el libro de Los Hornilleros, de J. L. González Ripoll, escrito ya hace muchos años y donde se narran las costumbres y vida de los primeros pobladores de la Sierra de Segura, en el capítulo titulado 'EL CAMINO DE VILLANUEVA' se dice: "al pasar por los ruedos del cortijo grande, me dijo mi abuelo: 'ese es el Cortijo de los Tontos ¿quieres que bajemos a verlo?' ¿pues no iba a querer? Le dije que sí y nos desviamos del camino metiéndonos por una boca carril que iba a parar a la puerta del cortijo. En medio de la era, como dos estatuas, estaban sentados los tontos, como si nos estuvieran esperando. Al vernos se pusieron en pie y empezaron a hacernos morisquetas y a echar unos gritos muy recios: ruii-rruiii, como hacen los pastores cuando llaman a las ovejas a las salegas, pero mucho más fuertes que retumbaban en los barrancos".

Mi pregunta ahora es la siguiente: ¿es real el cortijo de los Tontos que aquí se describe? Me parece que en toda la sierra no existe otro cortijo con este nombre que este del barranco del Guadalentín. Pero creo también que es casi imposible hacer un recorrido desde los campos de Montiel, la Montiela que es de donde venían nuestros protagonistas, hasta Villanueva y encontrarse en el camino el cortijo del Río Guadalentín y que se llama de los Tontos. No lo tengo muy claro.

Siguiendo con la ruta cuando, uno ya está por entre las ruinas del Cortijo de los Tontos, si mira en la dirección en que sube el camino, ya empieza a ver el Puntal de Ana María. Sobresale desde la ladera y parece que se quiere clavar en el río. No lo consigue porque éste lo ha limado cortándolo casi en picado y dejando al descubierto un gran tajo rocoso que cae recto desde lo alto. Y es ahí, en lo más elevado del puntal, donde se desparraman las piedras del otro cortijo, el de Ana María.

Este cortijo lo fueron a construir justo donde más azota el viento, la lluvia y la nieve. Algo más abajo, pegado ya casi el paredón rocoso de la Lastra del Sabinal, es donde también se rompe la casa forestal del mismo nombre. Al verla te entra cierta curiosidad ante unas ruinas como estas. Te acercas con cierto respeto, pero con el deseo de olisquarlo todo. Y lo primero que te impresiona es, por la parte donde estaría la puerta, el roble centenario. Luego las paredes que de tan rotas ya casi no son paredes, la chimenea que aunque no se ve se adivina, el corral, las habitaciones, la buhardilla y las escaleras de madera para subir. Sin mucho esfuerzo compruebas que fue muy suntuosa esta casa. Si la comparas con la modestia y pobreza de los cortijos, tuvo que ser un palacio. Aquellos serranos de casuchas diseminadas por los parajes, seguro que se sentían mal ante la presencia de una construcción como esta, señas de identidad de una administración prepotente al lado de sus cortijillos de miseria. Cortijillos que lo más que tenían eran dos o tres habitaciones, algo de corral, una sola planta de piedras sin tallar y troncos en su estado más natural.

Por esto decía que la Casa forestal del Puntal de Ana María tuvo que ser un gran palacio en medio de estas sierras salvajes. Todavía hoy puedo ver, en lo que fue corral entre los dos cuerpos, una higuera que está bastante comida por las cabras y liada a sus ramas zarzas llenas de moras. Por el lado de abajo, la pila de cemento con su lavadera, el pequeño pozo a donde caía el chorro de agua que venía de arriba, de las rocas de la Lastra. Hoy, tanto la ladera como el pozo, la pila y el manantial del espigón rocoso, están secos; sin una gota de agua y según dicen, esto en aquellos tiempos era todo un puro venero.

*** BAJO EL ROBLE MILENARIO ~**

Como tantas otras cosas en estas sierra a veces tienes la impresión que se repite. Crees que este roble lo has visto ya por otros sitios; por Fuente del Roble entre el Río Aguamulas y el Arroyo de las Espumaredas; por Roblehondo entre el Río Borosa y Arroyo Frío, por Peñón Quemado, cerca del Cantalar; por Peña Rubia, entre Las Albaldas y Peña Corva o por el Barranco del Guadalentín cerca del Vado de Las Carretas. Pero si te paras y observas despacio siempre descubres que no son iguales; que se parecen, pero son diferentes en muchos detalles. Ningún roble es igual a otro ni los pinos y menos aún los manantiales.

Nuestro roble, el que al ver esta tarde me ha llenado de asombro, crece en la misma puerta de la que fue casa del Puntal de Ana María. Pegado mismamente a las paredes de la casa. Y esta tarde, aunque el edificio ya está abandonada, casi caído y lleno de zarzas por doquier, yo lo he visto pleno de vida. Precisamente aquí, bajo la sombra espesa que tiembla al paso del viento, juegan los niños.

Bueno, el hermano mayor juega con ese casi trocito de cielo que es la hermana pequeña. Como el hermano ya tiene casi quince años, se conoce, porque lo tiene muy andando, estupendamente todo el rincón. Sabe por donde va la senda que desde aquí baja al Cortijo de las Acebadilla, sabe cual es la subida más fácil para llegar a lo alto de la Lastra y sobre todo se conoce a fondo el bosque, las praderas y los enebros. Por eso él, esta mañana, antes de ponerse a jugar con la hermanita lo primero que ha hecho es cortar un buen manojo de hierba fresca. Bajo el roble la ha amontonado y cuando el trocito de cielo con ojos de viento y sonrisa de manantiales se ha venido al juego del hermano, éste lo primero que hace es casi comérsela. La tumba en la blandura de la primavera que para ella ha amontonado bajo el roble y le dice que se la quiere comer toda entera empezando por la nariz, por la cara y por la barriga. La niña se deshace en risas y gritos gozosos y como es todavía tan frágil, tan casi copo de nieve cayendo suave, casi no sabe defenderse. Ríe, alza sus manos y de vez en cuando llama a la madre.

En la pila de cemento que por la parte de abajo del roble construyeron, lava la madre. No le hace mucho caso porque sabe que no pasa nada; todo es un juego. Pero ella tiene un ojo en el agua y la ropa que lava y otro en los hijos que juegan envueltos en la caricia del viento que recorre la montaña. La madre, aún en este mundo de soledades, rocas y bosques, es feliz. Más feliz que ninguna madre de todas las que viven en la tierra. El chorrillo de agua limpio que baja de las cumbres, el roble que se mece, el río que canta y el cielo azul mañana y tarde, no es gran cosa, pero sirve como palacio para que sus niños crezcan, rían, jueguen y estén llenos de vida. Por eso la madre, que en lo material si es pobre, en lo espiritual y bendición del cielo, hoy se siente profundamente rica y es feliz.

EL PASTOR ~

El pastor del lugar aún por estas tierras con sus ovejas, me lo encuentro junto a las viejas ruinas del cortijo. Como está cayendo la tarde, empieza a mover su rebaño para que aprovechen el fresco antes que llegue la noche.
- Por lo que adivino, en aquellos tiempos, esto no era lo que ahora veo.
- Esta ladera, veinte años atrás, era un paraíso de agua, de sementeras, de cortijos, de caminos y de gente todo el día ocupados en sus cosas.

- ¿Y Las Acebadillas?
- Mírala ahí abajo; al otro lado del río sobre la ladera de la vertiente del Cabañas y rodeada aún de hortales. Yo nací allí y de niños recuerdo lo mucho que me gustaba mirar, al levantarme cada mañana, hacia esta ladera y verla toda convertida en un hermoso trigal. Desde el puntal para abajo y para arriba no se veía otra cosa que trigales de más de dos metros de alto ondeados por el viento y luego dorados por el sol.
- ¿Cómo puedo creer lo que dices? Por esta ladera ahora sólo veo bosques de raquíticos pinos repoblados, algunas encinas y robles grandes que sabe Dios por qué milagro todavía siguen vivos.
- Nos quitaron las tierras y las repoblaron. ¿No ves que están todos en hileras como si los hubieran dibujado?
- Y, además, a dos metros el uno del otro; sin limpiar por la parte baja y sin una brizna de hierba.
- Bajo estos pinos no crece nada. Yo creo que al menos podrían talarlos porque sin

un día hay un incendio por aquí todo arderá como la pólvora. La verdad es que no sé qué les pasa a estos que mandan ahora. No cortan madera, no quieren que tengamos ganado, no quieren que sembremos y ellos ni siquiera limpian el bosque.
- Como en aquellos tiempos ¿Verdad?
- Por aquí siempre andaban cuadrillas de hacheros cortando troncos. Los ajorraban al barranco y los echaban al río; como llovía tanto y era tanta el agua que por estos arroyos bajaba con toda facilidad podían sacar los troncos que a un lado y otro cortaban. Aquello daba mucho trabajo y la gente ganaba dinero.
- Pero cuando nevaba...
- Cuando nevaba, a veces hasta dos y tres meses se tiraba sin parar. Llegaba el mes de mayo y aún no podías sacar las ovejas por el campo. Por allí, por los ventisqueros del Torcal de Linarejos, aún en el mes de junio podías coger la nieve con la mano. Recuerdo una vez, cuando vivía en el cortijo de Las Acebadillas que al final de mayo, amaneció un día de sol que daba gloria. Cuando en aquellos tiempos venía un día de sol te parecía que estabas soñando. Pues aquel día, como el río no tenía mucha agua, desde Las Acebadillas me crucé al lado del Puntal; para donde estamos nosotros ahora. Cuando por la tarde volví no podía cruzar la corriente de la tromba de agua que bajaba. Lo que pasó es que con el calor del sol la nieve de la Sierra de la Cabrilla se derritió y al caer la tarde el río bajó lleno. Y esto en el mes de mayo. Era tanta la lluvia, la nieve y el agua en aquellos tiempos que todos los barrancos bajaban llenos y hasta el ganado se te quedaba ahogado en cualquier sitio.
- ¿Qué pasó con el cortijo?
- Que lo tiraron como esta casa, aquel cortijo, el otro y el otro.
- Sin embargo, el del Molinillo sigue en pie.
- Porque cuando vinieron a por él, estaba lleno de ovejas y no se atrevieron; volvieron otra vez y otra y siempre lo vieron con el rebaño allí dentro y aunque querían, los animales les frenaba y así parece que se ha salvado por ahora y hasta hoy.

- Pero ¿el desalojo?
- Fue muy simple, pero de eso mejor no hablar.
- ¿Y el escrito?
- Un recado que contenía la muerte. Como mi padre no sabía leer pidió que se lo leyeran. Rasgó el sobre, estiró el papel y leyó: 'Según lo acordado en el consejo y por orden gubernamental, estas tierras y el cortijo quedan expropiadas pasando a ser patrimonio del estado. Se le concede una semana para que abandone la vivienda y las tierras llevándose consigo todo sus enseres y animales propios'.

Dobla el papel y se lo da a mi padre.
- ¿Qué es lo que pasa?
- Según he oído, dicen que aunque durante mucho tiempo vosotros lo habéis hecho bien, ahora empieza una nueva etapa con un nuevo empuje para estos montes y creen que lo mejor es la renovación total. Hay que empezar por cambiar a las personas; tenéis que iros todos para que venga otra gente nueva, otro equipo; su gente que estaremos a su servicio para llevar adelante, con garantía de éxito, la nueva planificación sobre los montes. Si os quedáis vosotros, dicen que seréis conflictivos, que impediréis el buen desarrollo del nuevo proyecto. Esto es lo que sé y he oído.

Dos o tres días tardamos en irnos del cortijo y lo que más nos dolió, que nos dolió todo porque es duro arrancarse de donde uno tiene sus raíces, era saber que nos echaban porque venían otros. Algo así como en el evangelio que teníamos que morir para que otros vivieran. Ni siquiera uno podíamos quedar no sea que fuéramos a contagiar a los que llegaban de fuera. Y lo que pasa es que uno tiene su corazón y como hay injusticias en la vida que duelen mucho, enseguida lo tomamos con los nuevos que nos suplantaron.

Así que nos fuimos y desde la añoranza de este rincón y las tierras, no podíamos creernos que fuera verdad lo sucedido. Hasta despierto nos parecía sueño, pero despertamos del todo cuando, unos cuantos días después de haber dejado el cortijo, apareció otra vez. Venía con un mulo que traía cargado de cosas

y nos entregó otro escrito. De nuevo lo leyó y decía esto: 'Os envío los objetos que os habéis dejado aquí. Esta es la relación: una piel de oveja, varias latas vacías, botellas, un cubo, zapatos de esparto, un hacha, trozos de alambre y otras menudencias que a nosotros no nos sirven, pero sí ensucian y contaminan el cortijo y las tierras que le rodean'.

Y aunque no pudimos comprender nunca por qué fueron tan duros con seres como nosotros, el tiempo siguió adelante. Han pasado los años y todo se ha transformado sin saber todavía si para mejor o peor, cosa que ya no importa aunque el recuerdo sigue ahí.

Las ovejas ya empiezan a moverse en dirección al río. Lo de la fuente hoy sí me ha convencido y pienso que si me da tiempo me acercaré a verla. Lo voy a despedir, pero antes le pregunto:
- ¿Qué vas a hacer ahora?
- Lo primero, llevar las ovejas hasta el río para que beban, luego me quedaré por ahí con ellas toda la noche; los animales con el calor no puede ni moverse, es por la noche cuando aprovechan para comer lo que pueden del campo.
- Pero hoy es domingo ¿Tú sabes lo que hace la gente los domingos por las tardes y por las noches?
- Aquí, para mí todos los días son iguales.

Cuando ya me voy a despedir le regalo un buen racimo de uvas moscatel que traía para merendar esta tarde. Ya me buscaré otra cosa y si no meriendo tampoco pasa nada. Me lo agradece, nos despedimos y lo veo que empieza a llevarse a las ovejas para que beban agua. Yo regreso desde el Puntal de Ana María. Ya refresca y ahora como voy para abajo no tardaré en llegar al coche.

Y antes de seguir tengo por aquí algunas cosas que quisiera aclarar. Voy con la primera: ¿Por qué le llaman a este barranco la Cañada del Mesto? Quizá porque tenga relación con la Mesta y es verdad que por aquí va una de las muchas vías de trashumancia que surcan estas sierras. Su denominación es la de cordel de Vistas Pintorescas. Es decir, no es una cañada real que ésta tiene más de setenta y cinco metros de ancho y el cordel sólo tiene treinta y siete metros. Por lo tanto, lo que por aquí va es un cordel y no una cañada. El nombre de cañada también se le da cuando nos referimos a un accidente geográfico. Espacio de tierra entre dos alturas poco distantes entre sí; como si fuera un arroyo sin llegar a serlo, pero por donde van las aguas de las lluvias. Casi siempre suelen ser zonas suaves, llenas de vegetación, pequeñas praderas o llanuras que se abren suavemente desde el centro hacia los lados. Bueno, pues, nuestro barranco, este del Río Guadalentín que sube desde el pantano hacia el centro de la sierra, desde luego no se parece a una cañada real. Es un rincón muy abrupto, profundo y escarpado. Se parece más a un cañón que a una cañada. Cañón es un valle cortado a modo de garganta con paredes casi verticales que avanzan y retroceden en forma de espuela. Se encuentra sobre todo en las zonas tubulares de estratos horizontales.

Nuestro barranco tiene más parecido con un cañón que con una cañada. Y es aquí ahora donde empieza la segunda cuestión.

RECUERDO A UN AMIGO ~

Tengo que reconocer que de este río guardo recuerdos hondos. No he llegado todavía a completar su recorrido desde las cumbres, donde nace de verdad, hasta el pantano ni tampoco a la inversa. Primer recuerdo incompleto. Aquel amigo mío que en solitario y por primera y última vez recorrió un trazo de su cauce, murió. Segundo recuerdo tronchado. Junto a otros amigos yo he intentado varias veces hacer el trayecto que va desde la Cerrada de la Canaliega hasta la casa del Molinillo. Nunca lo pude completar. Tercer recuerdo sesgado.

Por lo tanto, este río y en concreto este trozo, no lo tengo aún registrado en mis experiencias como algo que conozca y domine bien, sino todo lo contrario. El primer día que lo intentamos nos asustó. Bajamos por el Arroyo Frío ya cayendo la tarde después de haber recorrido toda la parte alta del Arroyo de Guazalamanco y nos

paramos a comer. Justo donde el Arroyo Frío quiere unirse al río, pero allí, antes de fundirse con él, en el mismo cauce hay un montón de rocas. Es complicado aquel paso y lo que hicimos fue pararnos y mientras comíamos lo fuimos estudiando. Cuando ya arrancamos decidimos no seguir por el arroyo sino irnos por la senda que baja paralela al río, pero bastante alzada sobre la ladera. Es el camino que viene a salir a la casa del Molinillo.

Pero aquel amigo mío, el más entusiasta de todos ante la montaña y el que nunca se dejaba vencer por nada, se empeñó en venirse por el cauce del río. La ruta que habíamos planeado, pero descartamos por miedo. Temimos encontrar dificultades grandes superiores a las que estábamos acostumbrados y a las fuerzas que llevábamos en aquel momento. Nos pareció prudente no meternos en aquel cañón que ya nada más mirarlo producía respeto. Mi amigo se fue a pesar de nuestra oposición. Se metió por las rocas del arroyo que son como una cerrada en forma de escalón o cascadas con dificultades tremendas.
- Te esperamos en el coche.
- Llegaré antes que vosotros

Y nos despedimos y subimos un poco buscando el camino y luego empezamos a bajar ladera adelante siguiendo el cauce del río derechos hacia el Molinillo. Desde arriba se veía el río, aunque no exactamente el río sino el surco por donde adivinábamos iba la corriente y también el compañero valiente que se había empeñado en desafiar aquel gigante desconocido y en poner en evidencia nuestra cobardía. Sentíamos miedo porque de verdad todo ese barranco imponía un poco.
- Pero Juanma es de los que vencen bien todas las dificultades que se presenten.
- Seguro que llega.
- Llegará pero eso de ir solo por zonas tan complicadas no es para quedarse tranquilo.

Un ahora más tarde llegamos nosotros al coche que por la mañana habíamos dejado entre las cornicabras que rodean el cortijo del Molinillo. Aunque esperábamos encontrarlo allí no lo esperábamos porque éramos cocientes de la dureza e intrincado de la ruta. No estaba allí. Lo esperamos un rato y ya nos pusimos a dar voces. Sabíamos que no podía oírnos porque adivinábamos que el ruido del agua por donde él bajaba ahogaría nuestras llamadas. Pero lo llamamos sin parar y como no sabíamos por qué punto o rincón aparecería, venga dar voces.
- Si nos siente sabrá que al llegar aquí tiene que dejar el río porque es el punto donde lo esperamos. Desde abajo no ve nada.

Casi dos horas duró la espera y en todo este tiempo no dejamos de llamarlo. Por fin apareció. Por lo hondo del barranco, con el río de fondo y aprovechando la entrada al cauce de un pequeño regato. Por aquí se vino para arriba en busca nuestra que desde lo alto del montículo lo esperábamos llenos de impaciencia. Sentíamos que había recorrido el río a lo largo de todo el trozo que para nosotros era el más enigmático, el más misterioso de cuantos barrancos conocíamos de la sierra y ahora él tenía en su haber una experiencia, unos paisajes que ni por remota idea conocíamos nosotros. Cuando ya estuvo a nuestro lado intentó contarnos cuanto pudo, pero nos dimos cuenta que no era igual. La experiencia, el conocimiento, la realidad la tenía él registrada en su mente y en las fibras del alma. Nos llenó de envidia y desde aquel momento lo empezamos a considerar superior a nosotros al menos en su desafío y conquista final con triunfo rotundo de aquel rincón que aún sigue dándonos respeto.

Este amigo nuestro, joven, con dieciocho años, unos meses después murió en Ubeda. De la forma más tonta y en el lugar más absurdo que nada tenía que ver con aquellos rincones fantásticos que a lo largo de tantos años había recorrido una y otra vez siempre triunfante. El que había sido el más competente y entusiasta de todos los montañeros que conmigo han pisado las sierras de este parque, se llevó en su alma el secreto de este misterioso trozo del río Guadalentín. Nunca nos pudo contar plenamente su experiencia porque "hay que recorrerlo para saber lo que ahí se encierra", según nos decía. No pudimos compartir con él aquel trozo del río que tan animosamente recorrió ante nuestra cobardía. Desde entonces, desde que se

fue para recorrer con su entusiasmo aquellos otros lugares que son eternos y Dios tiene reservados a los buenos como él, no he vuelto a venir por este rincón.

Pero, además, ahora tengo decidido una cosa: Nunca jamás aceptaré la idea de recorrer este tramo del río que él pisó. Creo que le pertenece; que encierra un secreto que sólo mi amigo gozó y por eso ahora es mejor que para siempre siga siendo misterio para nosotros. Este trozo de río, hoy más que antes, lo miro y lo veo lejano, oculto, inaccesible y misterioso. Tiene que ser así y así ha de quedarse en mi sueño para siempre.

Todos los trozos que del cauce conozco, en su corriente, en sus cascadas y en sus charcos son transparentes. Es verdad que tiene pequeñas cantidades de tierra que de las laderas o barrancos la lluvia ha arrastrado y que casi siempre se queda perdido entre tantas rocas y charcos. Por que eso sí: en este río lo que existe en cantidades bastantes grandes son las rocas. Paredes de calizas que desde que nace hasta que llega al pantano lo escoltan a un lado y otro haciendo que sea imposible entrar o salir en muchos de sus tramos. Si te adentras por el cañón de la Cerrada de la Canaliega todo es casi un continuo peñasco. A los lados, por el fondo y por las cumbres que lo corona. Esta particularidad es la que me ha impedido una vez y otra que lo recorra en toda su totalidad. Por aquí sólo hay rocas limpias, blancas y complicadas. Otra cosa puede ser del pantano para abajo. Desde ahí para adelante no lo conozco y como anda fuera de lo que son las sierras del parque me interesa menos recorrerlo.

Y como llevo mucho tiempo buscándola y unos me dicen que por encima del puente viejo, otros me dicen que por ahí, justo a donde llegan las aguas del pantano y luego otros me dicen que ya no hay fuente, que esto era antes de la construcción del pantano; cuando llovía como era debido ¿tú qué dices?
- La Fuente del Guadalentín está de verdad por debajo del puente que ya no se usa. Cuando el pantano está lleno la cubre. Hace por lo menos veinte años que no la hemos visto y muchos andamos pensando que ya no la vamos a ver jamás. Sin embargo, la sequía de este verano ha dejado el pantano casi sin agua y ahora sí se ve. Si quieres hoy puedes verla.
- Ya no me da tiempo; fíjate que hora es.
- Todavía puedes llegar a ella antes de que se haga de noche.

Y la verdad que yo ahora mismo tampoco sabría decir en qué punto exacto se encuentra este manantial y menos aún puedo afirmar o comentar sobre su abundancia, limpieza o belleza. No la he visto con mis propios ojos; no he tocado con mis manos sus aguas ni tampoco he bebido de su cristal y aún menos he tenido la suerte de sentarme junto a ella y en silencio dar gracias a Dios de esta maravilla rodeada de bosques. No la he visto y aunque ya intuyo que he estado bastante cerca de donde brota, no he llegado a gozar más de lo que aquí estoy diciendo.

Pero, además, es que sucede una cosa: ahora que parece que por fin, con solo un pequeño esfuerzo más, me sería fácil encontrarme con ella, abrazarla, besarla y bebérmela; ahora que parece que todo lo tengo al alcance de mi mano después de tantos años buscándola por la sierra, soñándola por las noches y anotándola, creo que llegado a este punto debo pararme. Siento y, además, lo intuyo que será mucho más bello no llegar jamás al borde de sus mismas aguas. No llegar nunca jamás a saber dónde está o si es redonda, profunda, grande o cristalina.

Aprendí hace mucho y andando por los rincones de estas sierras que todo lo intuido y soñado es infinitamente más bello y profundo que la más exuberante realidad. Aprendí esto hace tiempo ya y como esta fuente mía en mi grandioso y querido río Guadalentín la llevo en mi alma tan honda, tan clavada, tan rumorosa, tan silenciosa y transparente, creo que ahora es mejor dejarla así para la eternidad. No quiero verla con los ojos materiales de mi cuerpo. No quiero tocarla con mis manos ni quiero beber de sus aguas ni quiero saber de su celeste música. No quiero pisar la tierra que le rodea ni rozar el monte que le da sombra. No quiero saber del punto exacto ni de la cueva o roca donde brota. Deseo que para mí, ella

siga ahí: oculta en el corazón del monte de las cumbres más altas de la sierra, para que al mismo tiempo también siga aquí, dormida interiormente y dulce en la cuna que en mi alma tiene. Precisamente por eso: porque en sueño la he visto tan bella e inmaculada, me ha gustado tanto y me ha dado tanto gozo, que es imposible gozarla con más encanto de ninguna otra manera.

Pero, además, hay otra cosa: como para mí es importante el perfume de aquel amigo mío que un día anduvo por aquí y hoy ya no respira entre nosotros sino que anda allá por las lagunas eternas, el misterio de esta fuente, el agua que de ella mana y no conozco es como si fuera un pequeño regalo, una pincelada dulce por entre las sierras que tanto amó. El pisó y recorrió en solitario las aguas de este río. El vivió y dejó su emoción desparramada en las cascadas de aguas blancas que se despeñan por estos barrancos. El lo hizo bien porque palpitó subiendo y bajando estas sierras. Nada mejor, en recuerdo a su amistad, podría tener yo en mi corazón que un secreto tan fino como este y en ofrenda a su paso por estos parajes. La fuente, la que es bella y tiene transparencia de viento, inmaculada ahí, en su rincón y en mi alma como latido silencioso en memoria a su presencia eterna.

Quizá algún día, en su momento, Dios permita que volvamos de nuevo por aquí para recorrer y gozar, a fondo, el perfume de este edén suyo. Quizá, llegado el momento, hasta puede que esta fuente, la oculta y misteriosa fuente, sea nuestro gozo sin fin. Quizá aquel día sí sepamos bien dónde está y cómo es porque nos pertenezca y seamos sus dueños para siempre. Quizá quiera Dios llenar plenamente nuestro amor a estos ríos y cumbres dándonos para siempre en posesión este paraíso u otro similar. Esto es lo que yo siento, intuyo y sé de la fuente.

DESDE EL PUERTO DE LAS PALOMAS /23.10.94 ~

He cogido, para apoyar el papel donde escribo, un trozo de corteza de pino. Es un laricio que parece crecer sobre la misma casa forestal que han construido donde terminan las rocas que forman el montículo sobre cuya cúspide crece el laricio. Desde abajo parece poca cosa, pero sentado aquí, sobre su tronco y con los pies colgando hacia la casa, lo miro y es grandísimo. También parece poca cosa lo que desde aquí se ve, pero ahora que observo, estoy viendo casi el infinito entero. Medio mundo y la casa que está debajo mismo de mí; tengo que agachar no sólo la cabeza sino los ojos para verla.

Esto es lo que yo siempre he dicho y he pensado: la sierra no se conoce ni se sabe a fondo con dos o tres visitas a ella y por los sitios clásicos que siempre son los mismos. Puede que mi visita de esta tarde, mi subida otra vez al Puerto de Las Palomas, sea por lo menos la número mil doscientas cinco. Puede que sea así o quizá más. Bueno pues, la de esta tarde parece como si fuera la primera vez. ¿Por qué? Son tantas cosas que no me resultan fácil poner aquí y ahora mismo. Pero por ejemplo: Nada más salir de Cazorla y enfilar por la carretera que nos trae a la sierra, la sierra de siempre me ha sorprendido. Frente a mí, allá a lo lejos, un rayo de sol sale por entre las nubes. No se derrama en todo el monte a la vez sino sólo en unos cuantos cerros. Pero da la casualidad que esos cerros son los que ardieron este verano. El gran incendio que fue en terrenos del pueblo de la Iruela y parece que llegó o casi, al Hotel Sierpe porque de allí se fueron todos los turistas.

El caso es que ahora, esta tarde, el rayo de sol sólo alumbra ese monte; el que se quemó en verano por las sierras próximas al Pantano de Aguascebas. Todos los demás montes, a un lado y otro, quedan en la sombra de las nubes y esto hace que precisamente los picos rocosos con el bosque color chocolate, que es el color que el fuego ha dejado por allí, resaltan con más fuerza. Como si los hubieran pintando de ocre tirando a rojo. Y, además, como si alguien hubiera puesto unos focos muy grandes y los dirigiera sólo a ese lugar para que queden bien iluminados y se vean perfectamente. Un cuadro primoroso que nunca jamás he visto antes y mira que he pasado veces por aquí; pero es que también hace mucho la hora del día, el color del cielo, el brillo de las nubes y la época del año. Quizá parte de todo este espectáculo es sólo esto: que son las cuatro de la tarde del día 23 de octubre.

Desde luego no es ni una hora ni un día cualquiera porque el sol parece que sale de detrás mismo de la Peña de los Halcones y como es un rayo mágico todo entero se va a esos montes llenos de cenizas y árboles tostados.

Y está claro, que como el otoño ya ha dejado sus buenas lluvias sobre estas sierras, además de mojadas, lavadas y llenas de humedad, están verdes. No sólo verdes sino preciosamente verdes que es aún más bonito cuando chorrea por las rocas. Esas grandes rocas que te aplastan al pasar por ahí, por el pueblo de la Iruela. Estás todo el verano viéndolas secas, grises, ásperas y ahora las miras y empiezas a verlas verdes, teñidas de aguas, limpias y tupidas de musgo. No te lo crees porque el cambio se ha dado en dos o tres semanas y, además, casi sin anunciarlo.

Y eso es lo que quería decir, que hoy al salir del pueblo de Cazorla por la carretera que viene al Puerto de las Palomas, me he encontrado con un espectáculo alucinante. Venía subiendo lentamente sin dejar de mirar a un lado y otro y todo era nuevo. Diferente por completo a lo demás días que por aquí he pasado. Hasta he visto cerros que nunca antes había visto y rocas que ni siquiera sabía que estaban allí. ¿Cómo es posible esto? ¿Quién o qué me lo presenta con esta belleza tan diferente? Puede que hasta sea mi propio estado espiritual, pero desde luego que llego a la misma conclusión: La sierra no se conoce ni se sabe a fondo con dos o tres visitas a ella y por los sitios clásicos de siempre. Es todo tan profundo y tan grande que se necesita una vida entera para medio decir que conoces algo de estos montes. Digo que esto es así porque lo acabo de vivir esta tarde.

EL SAGREO ~

Y porque ya que esta tarde me parece haber visto la sierra por primera vez desde este rincón, también tengo algo que decir de la casa. La que está a la derecha en la penúltima curva antes de remontar el puerto. Se ve sólo un poco desde la carretera y como por aquí a nadie se le ha pasado por la cabeza traer a los turistas, aún no hay huellas de ellos. No sé cómo será porque el rincón le da mil vueltas a muchos otros trozos de estas sierras.

Voy a empezar diciendo que cada vez que hemos pasado por el lugar tanto al ir hacia la sierra como al volver de ella, al ver la construcción, siempre me quedaba intrigado. ¿Qué será eso? ¿Qué habrá ahí? Casi oculta entre los pinos, las nogueras y las rocas, a dos pasos de la carretera nos llamaba continuamente y nunca nos parábamos.
- Un día tenemos que explorar toda la zona.
Le decía al amigo que ya no existe.
- Tenemos que pararnos un día para conocer y hacer nuestro también este rincón que tan orgulloso se nos presenta cada vez que por aquí pasamos.
Y un día paramos a coger té de roca, Jasonia glutinosa, que es abundante en las rocas de la zona.

Pero el caso es que hasta esta tarde no me he planteado seriamente andar esta zona y hacerla mía ya para siempre. Hay una pequeña pista que sale de la carretera y después de dar una revuelta enfila resta a la casa. Nada, cinco minutos echas andando y enseguida llegas a la roca de la fuente, porque este edificio es la casa forestal de la Fuente del Sagreo. La fuente se ve bajo la roca cien metros antes de llegar a la casa. Sin apenas agua, por lo menos hoy, con una pequeña pila de cemento donde cae el chorrillo y que sirve tanto para coger agua de aquí como para que beban los animales. Te llama la atención enseguida los tubos de plástico negro; por lo menos tres que vienen desde más arriba, por la cañada de la parte alta de la roca y no sabes si para traer el agua hasta la pila o para quitársela al manantial y llevarla a las casas que hay por ahí abajo. Es una pena porque los tubos afean y seca la sierra de su propia sabia. No es lo mismo ver un chorrillo de agua saliendo del tubo de plástico que de una roca con toda su espontaneidad.

A continuación de la fuente tres olmos, luego uno, otro más a la derecha, ya pasando la casa, un pequeño cobertizo entre el edificio y la carretera y la casa con

una pequeña llanura, dos arriates anchos a los lados que seguramente sirvieron como tierra para sembrar hortalizas y la puerta en el centro. Tiene un candado con una débil cadena oxidada y por las rendijas se ve el patio; a un lado y otros dos cuerpos de casa y por encima de la puerta, un letrero que en letras negras, se puede leer el nombre del lugar en que está enclavada y la utilidad para la que fue usada.

Así que esta tarde, después de haber explorado y curioseado el lugar y llenarme de nostalgia de tanto como hubo por aquí, me voy hacia la derecha. Hay por este lado una llanura que bien podría haber sido una era o algo parecido y bajo los pinos parece que crecen los níscalos. No ha llovido este año por el mes de agosto y todavía o quizá ya no broten. Aunque los sigo buscando recorriendo la zona mientras el sol, allá por la Sierra de Mágina, se tiñe de oro. Magnífico es el rincón este y resulta delicioso perder toda una tarde enredado en sus sombras y silencios.

POR LA LADERA NORTE DEL PICO VIÑUELA ~

Desde el Sagreo, la casa, tú sigues la pista y enseguida remontas un montecillo de pinos; no tardas ni cinco minutos. Si es otoño, como hoy, puedes venirte ocupado en buscar setas puesto que el lugar es propio de ellas. La verdad que hoy yo no he encontrado nada más que algunas que son poco aprovechables para la alimentación, pero la ilusión de dar con un buen rodal de níscalos, te entretiene porque eso de ir mirando y encontrarte de vez en cuando alguno, te levanta el ánimo. No dejas de creerte que lo verás de un momento a otro porque todo parece estar preparado para ello. El suelo húmedo, la espesura de los pinos, el sol de la tarde que caldea la solana. En fin, todo huele, respira y hasta sabe a 'guíscanos' aunque no haya ni uno.

Pues en cuanto remontas el cerrillo estás encima de la hoya. Una depresión en la ladera norte del Pico Viñuela que más bien parece una dolina. No lo es porque forma una terraza trazando medio círculo con un espeso bosque de pinos aprovechando la tierra fértil que por aquí hay. Mas pegando a la ladera que cae hacia Burunchel pasa la pista. Tú la has dejado y te dedicas a recorrer la depresión de esta hoya donde encontrarás un pino doblado, otro lleno de musgo, pelusas que es como lo llaman los de la sierra, diez o doce que se curvan hacia la cumbre, otros tantos hacia el Guadalquivir que va allá por entre los olivos, mil matas de mejorana, rastros de jabalíes, silencio y tú que te sientas al final de la hoya por donde la pista se va. ¿Por qué te sientas aquí? En está época, al caer la tarde, a las cinco, es el lugar ideal para una visión redonda del rincón.

Por detrás crecen algunas encinas, carrascas las llaman por la sierra, porque aún no se han desarrollado como árboles y están muy atusadas de los animales; a la izquierda y frente dos o tres matas de enebros junto a una roca pequeña que apenas sobresale del suelo, pero que el musgo la cumbre por completo; una gran capa verde que en estos días se recupera de los calores del verano y se viste con el color más bonito y profundo de estos montes. Por encima te cubre por completo el cielo azul surcado, de vez en cuando, por algunas de las últimas palomas todavía en estos montes y varios cuervos negros revolotean por entre las ramas de los pinos de donde salen los trinos de dos pajarillos que parecen empiezan a despertar al otoño. Es este también un rincón ideal para oír los motores de los aviones que surcan el firmamento. Si te quedas aquí mucho rato los oídos se te llenan de un sonido que nunca jamás percibes cuando andas por las calles de los pueblos o de las ciudades. Los aviones comerciales o de transporte surcan sin parar por encima de nosotros y es una cosa muy curiosa comprobar como a cualquier hora del día o de la noche, cada cinco o diez minutos pasa uno que va dirección Madrid-Barcelona o al revés. Descubrí esta realidad aquella vez que acampamos por el Valle del Sinclinal, en esta misma cordillera y al lado norte próximo a la cumbre del Gilillo. Por allí el silencio es de lo más profundo y en plena noche, que aún se hace mucho más denso, lo único que lo enturbia es precisamente las explosiones del motor de estos aviones surcando el cielo por entre las nubes y el brillo de las estrellas.

"Una de las cosas que recomendaría a la gente es mirar el cielo porque es un hábito que hemos perdido. Si recobráramos un poco esa actitud de ver el cielo, que tuvieron algunos antiguos, recobraríamos un espectáculo infinitamente más atractivo que las mejores películas del cine. Yo me lo paso muy bien, primero porque desde hace mucho tiempo estoy mirando al cielo de noche y me he aprendido gozosamente algo de lo que ocurre allá arriba; conozco la génesis del cielo y eso es fascinante y cuando te harta, al cabo de una o dos horas, te vas a la cama más tranquilo que Dios. Yo no siento mucho más que eso. Si lo estudio ya es otra cosa; si ya vas con telescopio a mirar una nebulosa determinada y a sacar fotos de algo concreto con algunos amigos astrónomos, ya es distinto, pero mirarlo sin más es un placer de dioses. El cielo es un espectáculo fascinante y habría que recobrar ese placer por completo". Del Sinclinal, que es singularmente bello entre todas las demás cosas de estas sierras, el universo de silencio que te envuelve, cuando por allí andas, no tiene comparación con nada de lo que conoces. Un día tengo que contarte algo de aquello y de las horas que por el lugar vivimos.

Lo que ahora quisiera también decirte, volviendo de nuevo a la hoya de los pinos en la ladera norte del pico Viñuela, se refiere a la nieve que en invierno por aquí cae. Esta hoya siempre se llena con mucha más nieve que en otros sitios porque el aire la arremolinea formando en ella un gran montón. Cuando la nieve se funde da lugar luego a los más de mil veneros que brotan tanto en la ladera norte como en la parte sur, porque el Viñuela tiene más de 1384 m. de altura. Un almacén de nieve en invierno y un gran depósito de agua a lo largo de todo el año, pero lo que pasa es que los habitantes de estas zonas vienen a llevarse esa agua casi al mismo sitio en que ella está depositad. Por la parte norte se la llevan los del pueblo del Burunchel y por el lado sur los cortijos de la zona del Valle. Una maraña de tubos y canalizaciones que por aquí han ido metiendo para hacerse cada uno con la suya y si puedan alguna más.

De aquí deduzco yo, por mí mismo, que el pueblo de Burunchel quizás deba su origen en este lugar precisamente a los veneros que salen de estas cumbres; a los manantiales de agua que fluyen de las entrañas de este gran pico. Cuando en aquellos tiempos construyeron los pueblos, aldeas y cortijos de que hoy pueblan las sierras, siempre buscaban asentarse junto a manantiales de agua. Era casi el elemento principal. Claro que esto fue así antes, no ahora.

Por lo demás, desde esta hoya, la pista sigue un poco hasta la otra hoya o terraza natural algo más pequeña donde se divide en dos. La que se va para abajo, hacia el pueblo, buscando un paso por entre el escalón rocoso a media ladera sobre la cordillera y el otro trozo que en cuanto sube un poquillo se asoma al Barranco Perona por la parte alta. Aquí nace, pero si tú sigues puedes ir a encontrarte con la senda que viene desde Prado Redondo y por esta zona atraviesa hacia el Valle y el Collado del Oso. Desde donde muere la pista se extiende una gran panorámica que coge todo el barranco, el Pico Escribano y la parte alta del Arroyo Rechita.

CERRO DE LA TORQUILLA ~

También desde aquí se ve o lo que más se ve, es precisamente el Cerro de la Torquilla y el de la laguna que están entre los 1638 m. de altura. Por la cumbre nacen los dos arroyos que te decía atrás, uno que va por el Barranco Perona y el Arroyo Rechita más próximo al pueblo de la Iruela. Porque luego, por el lado sur, nacen los arroyos que bien conocen todos los turistas, fundamentalmente uno: el del Valle. Pero en fin, hay que situarse muy bien en estos puntos y conocer las sierras de este parque para desde aquí descubrir, sin error, todo lo que te estoy diciendo.

Por el lado norte, entrando por la casa del Sagreo, es bastantes complicado y duro llegar hasta el Cerro de la Torquilla. ¿Sabes lo que hicimos nosotros aquel día que la niebla llenaba todos los valles y dejaba los picos flotando sobre las nubes? Te lo voy a contar para que conozcas algo más de estas sierras. Empleamos todo un día y lo pasamos bastante mal por la gran distancia y lo duro que es yendo por donde fuimos. Sin senda alguna, atravesando el campo, siguiendo toda la raspa

hasta el mismo pico del Escribano y volviendo por el gran lapiaz que hay por encima del collado del Oso. Hasta nos perdimos y todo y, además, desde el Empalme del Valle hasta el Puerto de las Palomas, tuvieron que traernos en coche porque ya no podíamos más. Te lo puedes imaginar.

Dejamos nuestro vehículo en el mismo Puerto de las Palomas; justo donde ahora han construido un monolito rocoso para poner un letrero que escrito en negro se puede leer: "Paso del aire".

Trazamos la ruta directamente a la cumbre del Viñuela. Lo subimos de un tirón y en menos de media hora creyéndonos que era pequeño según se ve, pero descubrimos que no es nada sencillo ni tampoco fácil por lo inclinado de la ladera. Ibamos en plan de andar un poco por la satisfacción de tener recogido en nuestro registro de experiencias la zona derecha de este puerto. Nos decidimos por la cuerda de la cordillera y como el plan era andar cuanto más mejor, al coronar el pico, paramos un buen rato para darnos un respiro del empujón que en tan poco tiempo habíamos dado. No sólo esto fue lo que nos paró sin también el rebaño de ovejas que justo en lo más alto del cerro descansaba encamado sobre las rocas. Vamos algo convencido de que hasta el lugar no llegarían nada más quela águilas y el ver a las ovejas descubrimos otra realidad.

- Y por las señales parece que el sitio es un punto querencioso para los animales.
- Debe ser que en la altura se siente más segura que por los barrancos o las laderas.
Toda la cumbre estaba llena de cagarrutas, unas recientes y otras más antiguas, lo cual nos indicaba que no era la primera vez que allí pasaban la noche.

Como íbamos con las prisas de llegar cuanto más lejos posible para conocer cuanto más cosas mejor, no paramos mucho. Bajamos rápido por la ladera, siguiendo la raspa en busca del collado. Pero aunque fue rápido más de una hora tardamos y ocurrió que como aquel día era de los primeros días de otoño, la noche antes toda ella había estado lloviendo. Al medio día se alzaron las nubes y como se quedó un gran cielo azul comenzamos a gozar de un grandioso espectáculo. Desde la cuerda que llevábamos se ve bien tanto el valle del Guadalquivir por la zona de Cazorla, el Pantano de la Cerrada, Ubeda y, además, también se ve el otro valle del Guadalquivir que va por la sierra desde Vadillo hasta Coto Ríos. Cuando ya llegó el medio día, por ambos valles, la niebla empezó a levantarse. Pero debió ocurrir algún fenómeno meteorológico especial porque ante nuestros ojos se presentó lo que nunca antes habíamos visto.

Todo el cielo se quedó totalmente limpio de nubes, azul por completo, pero, sin embargo, los dos grandes valles ni se veían. La niebla que era blanca, espesa y en forma de vellones de algodón, no dejaba ver ni siquiera un olivo. Rellenaba ambos valles de tal modo que no se percibían para nada los barrancos. Sólo se veía una gran llanura blanca que arrancaba desde nuestros pies y se alargaba hasta la gran loma de Ubeda. Es decir, no quedaba al descubierto más tierra que la cuerda por donde nosotros íbamos y la otra loma de los olivares. Pero con la impresión de que ambos montes surgían como de la niebla, como si nos hubiésemos subido más arriba de las nubes. Algo muy parecido a cuando vas en avión. Exactamente igual, pero con la diferencia que en este caso nuestro, de entre las nubes surgían los montes por donde andábamos.

Como aquella visión era nueva para nuestros espíritus y como de verdad resultaba un fascinante espectáculo, cuando llegamos al collado, que es puerto porque atraviesa la cordillera y por allí se cruzan muchos caminos, nos paramos. Queríamos gozar despacio el singular escenario de la niebla y los cerros flotando. Es ya tarde. Decidimos comer y lo primero que hacemos es un fuego. Una candela entre unas rocas y con ramas de pino secas. Es la época de los níscalos y como por aquí sí se da bien, en poco rato cogemos un buen puñado. Los asamos en las ascuas y mientras nos calentamos sentados frente alas llamas saboreamos la comida de los macutos acompañada de las setas.

Es aquí en esta cumbre del Cerro de la Torquilla donde en aquella ocasión vivimos unas horas que jamás vamos a olvidar nunca. Con días nublados o con días despejados desde este lugar se extiende una grandiosa panorámica. Y lo más agradable es la soledad, el silencio, lo apartado que queda de la ruta de los turistas. Claro que en invierno es imposible llegar hasta este collado. Son de campeonato las nevadas sobre estas cumbres. Pero tú vete preparando porque un día tengo que traerte hasta el lugar para que veas la belleza desde este rincón de la sierra.

EL VALLE DEL SINCLINAL ~
LOS CAMINOS -1

- Parece una postal.
Me decía el otro día un amigo cuando le enseñé la foto.
- Es que postal es toda la sierra.
Le dije yo.
- De todas maneras este rincón parece más postal que otros.
Y en eso sí tiene razón.

Pero según por donde le entres se te presenta majestuoso, majestuoso-sublime o simplemente de ensueño. Nosotros lo tenemos gozado desde todos los ángulos y le hemos entrado por todos los extremos posibles. Porque otra cosa es la época del año. Con nieve, en otoño, con nieve e hielo, en verano y cuando la primavera estalla; todas las épocas son bellas, pero cada una tiene su marco y personalidad propia. Tampoco es el mismo sinclinal al amanecer, al medio día o poniéndose el sol.

El sinclinal se encuentra en la misma cumbre de la cuerda del Gilillo a unos veinte minutos al levante de este pico mismo siguiendo la ruta por lo más alto de la cumbre aunque volcando un poco hacia el nacimiento del Guadalquivir. Y a la cumbre se puede llegar al menos desde siete puntos diferentes. Si te acercas desde el lado de Cazorla, ya en cuanto llegas al pueblo parece que se te va a caer encina la muralla de rocas que presenta la cuerda. En la misma Iruela sale la pista que llega a la ermita y sigue para Riogazas. Por la ermita va una senda que llega hasta Prado Redondo, gira a la derecha, remonta el Puerto del Tejo, gira a la derecha siguiendo ya la cima que va por la misma cumbre hasta dar de bruces con el sinclinal.

Pero antes de llegar a Riogazas, justo en el Arroyo de la Escaleruela, por un lado y otro se remonta hasta donde comienza a caer la cascada; puedes continuar arroyo arriba y después de una hora o así te lo encuentras llegándole por la parte más sorprendente. Desde el lado pequeño porque al ser barranco no se te muestra sino con un esplendor modesto. Me vine yo por aquí un día y fue una experiencia de las más gratificantes. La otra subida es desde el mismo arroyo de Riogaza hasta coronar el pequeño collado donde se junta o dividen las sendas, una que viene de la casa del Chorro, otra que entra por la misma vertiente que subimos nosotros, pero pasando por las rocas de la hiedra y desde aquí se remonta, en una sola senda, a lo que se llama el Puerto del Gilillo. Cuando llegas a él hay que giran a la izquierda, tardando unos veinte minutos en encontrarte con el punto en que se divisa el valle.

Aquel día de la gran nevada que nosotros le entramos exactamente por este ángulo, vivimos una experiencia imborrable. Al llegar al pequeño collado hay una mancha de pinabetes de repoblación todavía con mediana estatura y que aún no han sido podado nunca. Como las ventiscas de nieve, en este punto, azotan siempre desde el Gilillo raspa adelante, en la zona de los pinabetes el viento se quiebra porque es donde empieza la depresión hacia el valle y la nieve se amontona en cantidades mucho más grandes que en otros sitios. No lo esperábamos y al tropezarnos con él, metidos que íbamos de nieve hasta la rodilla, quedamos atrapados con nieve hasta la cintura. Después del esfuerzo de toda la mañana subiendo aquello, más que desanimarnos nos resultó divertido. Ya teníamos ante nuestros ojos el amplio valle en cuyo centro se alzaba grandioso el

singular trozo de roca; sinclinal desmantelado porque precisamente esto es lo que le da ese aspecto de belleza única. Ha quedado al descubierto, desmantelado y alzado sobre unas cuantas rocas más como si gritara al cielo, en el centro del valle que no es valle sino una depresión casi en forma de hoya, entre llanura algo inclinada y pradera remansada.

Allí mismo nos quedamos y animándonos unos otros pusimos mano a la obra e hicimos un gran muñeco de nieve. Yo creo que el más bello muñeco que se ha hecho nunca sobre las cumbres de estas sierras, porque nos salió redondo, tan grande como nosotros mismos y para quedarnos con el recuerdo de aquel tan especial momento, rodeados de tanta nieve, los pinos que solo se les vía las copas, el valle al fondo y la cumbre del Escribano más al fondo, nos hicimos unas fotos. Además, el muñeco fue vestido con el gorro de uno de nosotros, el guante de otro y la bufanda de un tercero. Total, todo un gran señor que hasta nosotros llegamos a creernos que estaba allí dormido en el collado esperando que llegáramos y nos pusiéramos a darle vida. Luego, aquel día, al llegar a la laguna, mucho más adelante, nos pusimos a patinar sobre su hielo sin más instrumentos que nuestras botas de montaña y el gran río de entusiasmo que por nuestras almas corría. Comimos allí cerca, bajo los pinos, junto a la lumbre y frente a la cumbre de la Mesa.

Al sinclinal también se le puede llegar viniendo desde el Puerto de Lorente, por la zona oriental. Desde allí mismo parte una senda, mas o menos siguiendo los rastros de lo que en otros tiempos fue camino de trashumancia y después de muchas curvas y arroyuelos, asciende resta hasta el Puerto del Gilillo. Y desde la casa forestal de Los Rasos, también hay sendas y alguna pista que desde el Guadalquivir asciende ladera arriba en busca de la gran cordillera del Gilillo, siempre barrera entre el pequeño valle del Río que nace y el gran valle del río que se va.

EL TOBOGAN -2 ~

Sin embargo, también por la misma ruta que lleva a Riogazas, un trozo mayor todavía antes de llegar a este sitio, nos dejó un compañero nuestro allá en la navidad de hace unos años. Allí mismo preparamos las mochilas y comenzamos a subir por la ladera en busca de los pinos piñoneros y que son de los pocos que de esta especie crecen en la sierra. Como sabíamos exactamente donde estaba ese lugar enseguida dimos con ellos y trepamos por sus troncos a por las piñas. Cogimos tantas como creíamos que íbamos a ser capaces de transportar teniendo en cuenta que la ruta, hasta el mismo sinclinal, era todo casi un puro paredón rocoso que más andar había que escalar. Desde los pinos se distingue la senda que al principio zigzaguea ladera arriba hasta el pequeño collado por detrás de una enorme roca. Aquí comienza la lengua por donde bajan las aguas del deshielo y de las tormentas y como era pleno invierno, toda esta lengua que es como un desagüe en forma de tobogán, está helado. Un puro bloque de hielo que impresiona sólo verlo.
- Mucho ojo con poner un pie en nada que no sea un trozo de roca sin hielo, una sabina o algún otro arbusto.
Les digo.
- ¿Por qué tanta precaución?
- Atravesamos una pared que tiene mucho riesgo; en cuanto pisemos la placa de hielo el resbalón es seguro. Caeremos al final de la montaña por lo menos cuarenta metros más abajo.
- Si eso sucede nos tendrán que recoger con pinzas.

Y aquello sucedió, aunque por un milagro, el montañero Bernardo no rodó hasta el final. En un descuido pisó el hielo, perdió el equilibrio, giró sobre sí mismo y cayó de espaldas y tobogán abajo se deslizó con los brazos abiertos. Oímos el grito y el corazón se nos paró al ver lo que ocurría. Pero como todo fue en menos de quince segundos, el corazón siguió latiendo exclamando un potente gracias a Dios al ver que se salvaba. A los dos tumbos y tres metros o así quedó enganchado en el enrevesado bosque de ramas y troncos de la vieja sabina clavada en la misma roca.
- ¡No te muevas! Quédate ahí quieto, recobra la calma y antes de hacer ningún movimiento conviene estudiar bien la situación para no dar ni un paso en falso.

Durante unos minutos allí se quedó tumbado contra la sabina mientras estudiábamos un poco el terreno. Se movió luego dando la vuelta, se agarró a las ramas, cogió una piedra que también había rodado con él y golpeó el hielo. Hizo el primer pequeño escalón. Luego otro y otro y así hasta un total de diez. A cada escalón nuevo, que era sólo un paso rampa helada arriba, un eslabón más de esperanza en nuestros corazones. Se sujetaba en el nuevo escalón y ahí se quedaba hasta que terminaba el siguiente. Golpeando el hielo y subiendo por él, de escalón en escalón, fue escalando la cascada hasta llegar a nosotros que lo esperábamos sobre la roca firme. Fue un respiro para todos y aunque en esos momentos necesitábamos sentarnos allí y quedarnos un buen rato todos juntos frente al barranco y sin decir nada, en cuanto lo abrazamos por el gozo de tenerlo vivo otra vez junto a nosotros, seguimos subiendo.

- Tenías razón cuando nos pediste cuidado al pisar el hielo.
- De todos modos, la experiencia es el mejor método para conocer las cosas siempre que, como en este caso, quedes vivo para poder luego contarlo.
- Una gran suerte la que hemos tenido.

EL CANCHAL -3 ~

El escalón rocoso, todo cubierto de hielo, que por fin hemos logrado remontar nos deja al final de un amplio canchal. Se llama canchal a un peñascal o sitio de grandes peñas descubiertas. Montón de piedras generalmente angulosas, frecuente en las zonas de glaciares.

Nosotros fuimos a salir al final del canchal. Bueno al final empezando por abajo, porque desde donde estamos el final sería la parte alta, donde comienza la ladera. Resulta que si tú entras por la llanura del sinclinal abajo, al llegar al borde de este cortado rocoso, primero te encuentras un declive terroso o semi terroso mezclado con trozos de rocas. Los primeros cincuenta metros están formados por una ladera muy inclinada toda cubierta de trozos de rocas pequeños. Canchal que es como se llaman estas laderas. Al final de esta torrentera se juntan todas las piedras y es donde están los primeros metros de la canal o tobogán tallado ya en roca viva. Cualquier trozo de piedra que en su rodar llegue hasta esta rampa, irremisiblemente, sigue rodando por ella y va a caer al final de la montaña, allá por donde pasa la pista. A veces, cuando por aquí caen algunas rocas gordas forman un escándalo de mil demonios. Las piedras se quiebran saltan en mil pedazos, echan chispas, después polvo, rompen monte y cuando llegan al fondo ya van convertidas en multitud de trozos.

Pues al salir de la rampa encontramos el canchal que es el último tramo de la subida antes de la llanura que acoge al sinclinal. Ya por aquí no hay hielo, pero tampoco senda. La subida tiene que ser a discreción. Cada uno por donde quiera y pueda teniendo cuidado sólo de apoyar los pies en las rocas más gordas que son las que ofrecen más seguridad. Si pisas en los trozos pequeños te resbalas y bajas más que subes. Pero como nosotros no tenemos prisa, nos dedicamos a buscar el mejor camino hasta que de pronto descubrimos la emoción: un fósil que es de ammonites. Entre las rocas rotas es donde quedan más el descubierto tanto el positivo como el negativo. A continuación de éste vemos otro, luego otro y así hasta más de treinta. Nos viene muy bien porque aunque no los coleccionamos, el irlos encontrando, nos distrae y así la subida se nota menos. Nos animamos a ver quién se lo encuentra más grande, entero y bonito. Y como son tantos seleccionamos sólo unos cuantos que sí nos llevamos con nosotros.

EL CONFIN DEL MUNDO -4 ~

Está ya bastante avanzada la mañana cuando por fin acabamos de remontar el embarazoso canchal. Lo coronamos y estamos en lo alto de la cordillera, al comienzo del valle que ni es lo más alto de la cuerda ni es el valle. Pasa lo siguiente: que visto desde abajo, desde la pista de Riogazas que es donde nosotros hemos comenzado la ruta, exactamente el punto donde ahora estamos es la máxima altura. Como si fuera la cima de la cuerda. Pero en realidad no es así. La

máxima altura queda más arriba del sinclinal, una distancia muy considerable desde donde ahora mismo estamos, visto el rincón desde la cima máxima, el trozo éste que vamos a empezar a recorrer dentro de un rato, es un valle. Pero ya ves, ni es valle, porque no está totalmente llano ni es una cima porque más arriba tiene otra altura. Y precisamente esto es lo que ahora mismo nos emociona. ¡Hoy por fin hemos conquistado el confín del mundo! ¿Sabes por qué?

Resulta que nosotros tenemos muy recorrida toda la zona siguiendo la pista que viene desde el Chorro, pasa por Riogazas y llega a la Iruela o al revés. Como la pista va a media ladera buscando el paso más fácil y luego se hunde cada vez más hacia el valle para meterse por el centro de los pueblos, la Iruela y Cazorla, desde ahí, cuando tú vas por la pista, miras para arriba y la punta de esta cuerda es el fin del mundo. Siempre te parece el confín del mundo. Ves en primer plano la gran pared de rocas y por lo alto la raya del horizonte donde termina la cumbre que no termina.

Si es un día de sol, de cielo despejado y azul que siempre está azul, no pasa casi nada. Aunque tengas la sensación deque en cualquier momento se te puede caer la cumbre encima por la altura tan completamente a plomo y tan casi imposible de ascender por ella, no pasa nada más que esto. Pero si es otro día sin sol, por ejemplo, de semi niebla porque hay niebla por las partes más altas, pero por las zonas bajas, el valle y las laderas, no hay niebla ninguna sino que está todo limpio y se ve perfectamente hasta los montes más lejanos, tampoco hoy pasa nada, sólo que la cumbre es como una cumbre mágica. Parece mucho más grande porque la niebla unas veces la oculta y otras la destapa. La ves y te dices que subir hasta lo alto no es posible de ninguna manera y menos aún con los paredones chorreando y la sombra casi borrando los caminos.

Si cuando tú pasas por aquí no es ninguno de los dos días que hemos visto atrás sino que unos días antes le ha caído una gran nevada y ahora está toda blanca o en todo caso casi blanca y algunas rocas o rodales, desnudos, sin el vestido de la nieve, la cordillera sigue siendo la misma, pero infinitamente más imponente. No es posible ascenderla por ningún punto que te lo propongas. Todo se te presenta señorial, majestuoso, grandioso, sublime, misterioso, solemne y, además, inconquistable. No hay montañero en el mundo que se atreva con ella y si alguno lo intentará, no sería capaz de coronar su cumbre.

Ahora, no creas que ya te he dicho todo lo que se puede decir de esta cumbre. Te he puesto un ejemplo sólo de algunos de los días y aspecto del año; en total son casi tantos como el asombro de los horizontes que la orlan. Y lo que nos ha pasado a nosotros es que siempre la hemos visto tan grande, tan superior, tan inconquistable que hoy, cuando por fin la hemos coronado, se nos ha llenado el alma de profundo gozo. La que tan inaccesible y majestuosa se nos presentaba, por fin está bajo nuestros pies y precisamente por aquí, por la cara norte y el punto exacto más complicado de todos. Rozamos el horizonte sobre el horizonte de sus cumbres y ahora lo que realmente nos parece pequeño es el camino pista que surca la ladera, el pueblo de Cazorla y el valle de los olivos por donde va el Guadalquivir. La panorámica, a parte de todo el otro gran esplendor, es magnífica y especialmente de la ladera donde se asienta este pueblo de Cazorla que significa orla precisamente por esta cumbre que tenemos dominada que es la que lo circunda o corona.

Hacemos nosotros aquí un pequeño alto no ya tanto para descansar sino para, mientras gozamos la visión, desayunar y tomar fuerzas antes de proseguir. No podemos disimular el gozo, la alegría que nos corre por el alma y el placer que supone tomar nuestro desayuno sobre un tan privilegiado escenario. Tanto tiempo soñándolo y deseándolo y por fin ahora mismo se ha realizado el sueño.

EL VALLE -5 ~

Desde donde hemos establecido nuestro rato de descanso seguimos remontando todavía un poco más y salimos al arroyuelo que viene por el centro del barranco. Es esto ya el valle y no lo es porque tiene algo de barranco, de rambla,

de hoya, de nava y de llanura. A veces, en estas sierras, sucede esto: muchos accidentes geográficos no son puramente una sola cosa; las vaguadas pueden ser cañadas, praderas, arroyuelos, barrancos, valles, llanuras...

Las aguas salvajes proceden de las lluvias y de la fusión de la nieve y, como sucede en este lugar, discurren sin cauce fijo por la superficie. Son aguas superficiales puesto que circulan por la superficie. Para que se originen aguas salvajes es preciso que el aporte del agua, tanto en precipitación como por fusión de la nieve, sea superior a la capacidad de absorción de agua del terreno. Estas cualidades se dan claramente por toda la zona que vamos recorriendo. Las aguas salvajes, también en este lugar concreto, actúan como agente geológico modelando el paisaje puesto que las corrientes por aquí circulan a gran velocidad y el terreno es fácil de erosionar.

Hay por aquí escasa vegetación. Sólo majoletos, almohadillas espinosas, alguna sabina y enebros y poco más. La pendiente de las laderas, a un lado y otro, es muchísima. Las rocas, al ser calizas y estar rotas por lo que se llama gelivación, rotura de las rocas debido a la formación de cristales o cuñas de hielo entre sus poros, están todas erosionadas. Forman muchos materiales sueltos que andan disgregados por toda la zona. Así que nuestro rincón podría ser un precioso barranco encima de la misma cumbre por donde el flanco de la derecha es la misma ladera de la cumbre próxima al Gilillo y que es un extenso lapiaz. Por el centro viene el cauce principal que tiene más bien forma de vaguada ancha y casi seca todo el año excepto en los meses de invierno y primavera. Por donde vamos nosotros es otra ladera con pequeñas colinas por donde la tierra predomina sobre las rocas y hacia donde subimos, hay algunas llanuras del sinclinal y al final del todo, por donde construimos nuestro muñeco de nieve, las cárcavas. Hoya o zanja grande excavadas pendiente abajo y aunque parezca raro, se han originado sobre areniscas y margas.

En fin, una maravilla de paisaje en el que nos vamos adentrando con la emoción a flor de piel. Aunque conocemos algo el lugar, con los matices que ahora mismo lo estamos descubriendo, es la primera vez que lo gozamos.

LA TIENDA Y EL CHORRILLO -6 ~

Nada, un rato subiendo por el pequeño arroyuelo, otro rato superando la ladera de la izquierda hacia el sinclinal, cuatro regatos por entre los majuelos y damos en el lugar.
- Aquí plantamos la tienda.
- Parece que nos lo han preparado para nosotros.
Y en realidad eso es lo que parece. Es un delicioso rellano entre muchos majoletos color chocolate porque están despoblados de hojas y tanto las ramas como las bayas que cuelgan de ellos, el frío las tiñe de color otoño. Por aquí mismo pasa el chorrillo de agua que viene del complejo rocoso donde se alza el sinclinal y por donde todavía hay algunos rodales de nieve. Se está derritiendo y el líquido se descuelga ladera abajo, parte en un pequeño chorrillo y parte en veneros que brotan por aquí mismo.

Mientras ellos preparan el campamento me dedico a construir una cascada en el chorrillo que hemos procurado pase a dos metros de la tienda.
- La música que de él brota será esta noche la canción de cuna que relaje nuestro sueño.
- El chapoteo de un chorrillo de agua, toda la noche sonando junto a la misma cabecera, es el mejor sedante natural que existe.
Y me queda bien la cascada que además de caer desgranando pequeñas notas de cristales líquidos nos sirve como fuente o grifo donde coger el agua par las necesidades. He aprovechado un pequeño escalón en la tierra y donde cae el chorrillo he excavado un remanso de un metro o así de diámetro. Por la parte de abajo le pongo unas piedras buscando que forma canal y por ahí corre el agua que al caer, en otra pequeña poza que tengo abajo, desgrana su cascabeleo.
- ¡Casi de ensueño!
- Parece de juguete porque fíjate que casi todo cabe en un puño, pero al mismo

tiempo mira que sensación de seriedad y plenitud imprime.

El chorrillo es lo más bonito, junto con la tienda pegada a los majoletos y del mismo color. Todo nos ha salido redondo y no pretendíamos nada. Sólo venir por aquí y gozar un poco el rincón.

LOS JABALIES -7 ~
Reinó toda la noche una gran calma. Ni el viento sopló y fue extraño porque en estas zonas siempre azotan las corrientes y con fuerza, en muchas ocasiones. Toda la noche estuvo el cielo lleno de estrellas brillantes.

La limpieza de la atmósfera que cubre las sierras del parque es de una transparencia tal que en los días sin nubes el cielo aparece teñido de azul intenso y oscuro. Por la noche, este mismo cielo contemplado desde las cumbres de cualquier cordillera, muestra miles y miles de estrellas brillantes como ascuas. Los amaneceres y atardeceres se cargan igualmente de preciosos tonos y contrastes. Gozar y contemplar el cielo desde estas sierras, mientras se recorren, es también un espectáculo de los que cada día van siendo más raros en el Planeta Tierra.

Como es que, en cuanto cae la noche, sobre estas cumbres hace mucho frío, nos metemos nosotros en la tienda enseguida y en poco rato, con el chorrillo cantándonos su canción de cuna, nos dormimos. Personalmente quiero madrugar para encontrarme frente a frente con el amanecer desde el centro de estas cumbres.

Y a las cinco o así me salgo de la tienda sin dejar el saco y junto al rescoldo de las ascuas que todavía chisporrotean, busco un sitio. Aunque hace frío, del cuello para abajo, el saco me mantiene calentito y la cabeza la tengo protegida con un pasamontañas grueso. No sólo el silencio con la música del chorrillo es emocionante sino el brillo de las estrellas fugaces que de vez en cuando atraviesan el cielo y el dorado intenso del lucero del alba. Ellos duermen dentro y aunque el momento que estoy gozando es de los que sinceramente me gustaría compartir con ellos, no los despierto. Quizá el momento tiene su encanto especial por eso, por la soledad del momento que es donde el alma encuentra el camino libre para comunicarse con el Creador y la Creación entera.

Ya está amaneciendo y brota el nuevo día por lo alto de la pared gemela del sinclinal. De pronto, oigo que el silencio es roto por un gran ruido de carreras en forma de tropel. Arranca de donde se alza la pared de rocas y por momentos se acerca. Lo que sea o los que sean, vienen desde arriba hacia el barranco y van a tropezar con la tienda y conmigo sin no cambian su rumbo. Intuyo que pueden ser animales salvajes que andan pastando por la zona. Intuyo esto, pero como no los veo por la poca luz que hay y, además, los majoletos me quitan la visión hacia la llanura, por un momento siento miedo, pero enseguida me digo que si no me muevo, si me quedo quieto tal como estoy y donde estoy, el animal que venga por ahí corriendo, no me atacará si es esto lo que pretende.

Justo cuando ya están a dos metros de la tienda los descubro. Son cuatro jabalíes que bajan embalados, como huyendo del algo o alguien. No me han visto ni tampoco a la tienda y esto lo noto en que se me echan encina. Vienen rectos hacia mí y sino se desvían van a tropezar conmigo, la tienda y todo lo que por aquí hay. Pero no; los animales me descubre a unos tres metros antes de llegar. Sin detener la carrera giran sin tener claro hacia dónde ni de qué. Ya sé lo que ha pasado: se han asustado. Los animales estaban pastando por su sitio de siempre y como el aire va desde la tienda hacia donde ellos estaban, les ha llegado el olor de nuestra presencia. No han visto nada, pero el olfato les ha avisado de la presencia de algo extraño y se han puesto a huir hacia el lado que para ellos es más seguro: el barranco y a continuación la ladera norte de la cumbre.

- ¿Qué pasa?
Preguntan los compañeros saliendo de la tienda apresurados y con el sueño chorreándoles por los ojos.

- Los jabalíes.
- Pero ¿qué jabalíes?
Ellos sólo han oído el tropel y como les ha cogido entre sueño, tardan un rato en orientarse. Intento explicarles la escena y para convencerlos salimos a ver la huellas. Como el suelo está húmedo, las pisadas han quedado perfectamente clavadas y marcadas en el barro. Se ven con mucha mayor claridad el momento en que han frenado para girar por detrás de la tienda. Son estos unos surcos arañazos mucho más grandes y profundos.
- ¡Qué suerte has tenido!
Comentan ellos y ya no vuelven a la tienda.

EL AMANECER -8 ~
Aquello fue como una explosión de luz; teníamos todavía nuestros ojos enmarañados por lo de aquellos animales y algo llenos de sueño y nos sucedió como con los jabalíes: nos cogió de repente, si esperarlo.

Estábamos nosotros sentados alrededor del rescoldo porque el amanecer era fresco y reconfortaba aquel calorcito. Estábamos allí, un poco al silencio, reponiéndonos algo de aquella presencia tan en forma de huracán huyendo por lo que de siempre había sido su ladera y por nuestro deseo de naturaleza, hoy la teníamos invadida, cuando ocurrió la maravilla.

Primero fue como una flor de vistosos colores en el momento en que está a punto de reventar. Una flor que, en aquellas horas, todavía era capullo que llenaba todo el espacio-cielo que nuestros ojos podían dominar. Creció hasta ponerse a punto de abrir sus pétalos, como el capullo, ya con todos sus colores y formas, que no le queda sino extenderse para recibir la luz. Y así fue. En un abrir y cerrar de ojos, todo como un sueño, el cielo se convirtió en flor grande. Con los pétalos arrancando desde el centro, por encima de nosotros lucían todos los horizontes que al mismo tiempo se derraman desde la cumbre de nuestra montaña hacia los valles.
- Yo vi esto una vez en el cine con una rosa que fue fimada a cámara lenta. Es lo mismo, pero infinitamente más bello.
Comenta Bernardo.
- Yo lo vi un día en un libro.

Me acordé , en aquel momento, de algo que había leído en algunos libros de ciencias hablando de estos amaneceres o aquellos atardeceres. “Lo que da color al cielo es la reflexión de la luz sobre las partículas de la atmósfera. La luz blanca del sol es una suma de luces coloreadas y como las moléculas del aire difunden más el azul que el rojo el cielo es azul. A la hora del crepúsculo el sol, visto a través de una gruesa capa de atmósfera, se ve rojo porque la capa de la atmósfera desvía más el azul que el rojo: es empujado hacia los bordes. El cielo que rodea al sol se enrojece y también se tiñen de color zonas más lejanas cargadas de polvo sobre las que el rojo se refleja mejor que el azul”.

- Sí, pero no es lo mismo verlo como lo estamos viendo nosotros ahora.
- Es lo que sucede siempre; la viva realidad es otra cosa.
Poco a poco luego el cielo se fue llenando de más rayos dorados que era el sol ya reventando desde el centro de la cascada de colores. No se apagaba; según empezaba a levantarse la mañana, vimos que se transformaba y la impresión que tuvimos justo en el primer momento, se nos confirmaba: el centro de la flor, el núcleo, el corazón estaba justo allí, en el sinclinal a cuyo resguardo habíamos puesto nosotros la tienda y junto a ella nos encontrábamos rodeando el rescoldo. Una visión que parecía un sueño y nosotros dentro de él sin pretenderlo.

LOS BERROS -9 ~
Un poco más arriba de donde hemos acampado, por el lado occidental del sinclinal, brota un venero. Es una fuentecilla preciosa que viene a manar algo por debajo de las cárcavas de arenisca y casi en el centro de una pradera. En este manantial, que en cuanto aflora, ya abre un pequeño surco que va llenándose, primero de charquillos y luego de chorrillos que caen en forma de cascadas muy disminuidas, crecen los berros; Nasturtium officinale. Les digo yo a ellos que hoy

vamos a desayunar un plato especial y nos preparamos para ello. En una mochila metemos pan amasado y cocido en los hornos particulares de las aldeas de los Teatinos y El Cerezo, aceite de oliva de los olivares del pueblo de Génave que es el que llaman ecológico, tomates de esos que venden en cualquier sitio y se ven tan bonitos porque son transgénicos, con los genes manipulados, un tenedor para cada uno y para usar como plato, una fiambrera. Subimos por la ladera que es casi pradera toda repleta de majuelos y mientras vamos andando, recogemos vallas silvestres; principalmente, majoletas.

Por la tierra, tapizada de hierba, alrededor del manantial, paramos. No es precisamente la mejor época para recoger estas plantas, pero hay bastantes y aunque no están muy tiernos, sí se puede comer. El berro es planta perenne de cuatro a diez palmos de altura. Tiene las hojas de un verde intenso, partidas en segmentos que llegan hasta la vena de en medio. Las flores son blancas, pezqueñitas, con cuatro pétalos. Florece en abril hasta bien entrado el verano. Se cría esta planta, que es muy apetitosa usada como ensalada, en los arroyuelos y fuentecillas de aguas frías, muy claras y finas en las que forma a menudo grandes céspedes. En las que son muy calcáreas así como en las encharcadas y sucias, no vive el berro o se desarrolla mal.

Recogemos nosotros una buena porción, cortando sólo las puntas de los tallos más tiernos, los lavamos en el mimo chorrillo, los troceamos un poco mezclándolos con los tomates, les ponemos aceite, algo de sal y a comer. Este es el único planto de nuestro desayuno de hoy. Recolectadas las plantas en el momento mismo de comerlas que es cuando están apetitosas y se aprovechan todas sus propiedades.

Es que esto es una de las cosas que también nosotros practicamos. Sabemos que un buen desayuno, no es exactamente lo que tanto nos bombardean por la televisión y los comercios. Mucho menos es un desayuno bueno el que nos quieren vender los países desarrollados como los americanos. Creemos nosotros que no hay nada mejor para el organismo que alimentarse, sobre todo en la primera comida del día, sólo con frutas. Sí, digo bien: sólo frutas y nada de chorizo, jamón, tocino o cosas parecidas. Desayunar sólo frutas y luego al medio día ingerir otros alimentos, por la tarde y por la noche, es lo mejor para la salud.

- Pero nosotros hoy no es fruta lo que estamos comiendo.
- Casi como la fruta, los berros contienen esencia de mostaza y gran cantidad de vitamina A, C, D y E. Según investigaciones recientes los berros pueden contener de 19 a 88 centgr. de vitamina C por cada kilo de planta fresca. También tienen pequeñas caridades de yodo.
- Total, que es lo mismo o casi lo mismo que si estuviéramos tomándonos unas cuantas naranjas frescas.
- Casi porque, además, los berros son buenos para combatir el escorbuto y para todos los casos de avitaminosis o de deficiencias en el organismo de la vitamina C aunque no es conveniente abusar mucho de ellos porque pueden llegar a irritar el estómago y las vías urinarias. No se deben comer los berros florecidos porque son dañinos. "A parte de sus otras cualidades dícese que los berros limpian el vientre, mata las lombrices intestinales, provocan la orina y combaten el reuma, la bronquitis y toda suerte de enfermedades catarrales. Comidos en cantidades moderadas limpian el estómago y abren el apetito". El que va a por berros ha de guardarse de las berrazas que tienen cierto parecido. Crecen éstas en los mismos sitios que el berro aunque es menos exigente en cuanto a la pureza del agua. Se distinguen por las flores y las hojas y sino, su sabor, bien distinto al de los berros, nos sacará de duda.

No es que nosotros defendamos que nuestro desayuno es el mejor de todos, pero alguna vez en la vida, si es bueno para todo y ahora que tenemos la oportunidad, porque el Creador nos los ha puesto en estas sierras casi en bandeja para nosotros, los aprovechamos con sumo placer. Y para completar nuestra deliciosa y mágica comida matutina cada uno caemos a un buen puñado de majoletas. Verdaderamente están exquisitas y más aún porque estamos paladeando sabores nuevos; algo que jamás vamos a encontrar en la civilización

en que habitualmente vivimos.

LOS MACHOS MONTESES -10 ~

Nos ha llamado la atención no porque, como les sucede a muchos, sean animales salvajes, sino por la gran manada. Monteses hemos vistos muchos en muchos sitios de estas sierras, pero una manada como ésta, es la primera vez.

Ya es media mañana o más bien, comenzada la media mañana, cuando nosotros dejamos el venero y subimos un poco más. Por la parte alta del sinclinal, como si fuéramos a rodearlo, torciendo un poco a la izquierda. Volcamos una lomilla y descendemos con el máximo sigilo. Sabemos que esta cuerda es un lugar muy querencioso para las monteses. Sabemos que al otro lado de esta lomilla existe una pequeña hondonada donde crecen hierbas muy finas. Y sabemos que, o más bien intuimos, hoy es un día de cabras pastando en estas cumbres. Así que remontamos la pequeña ondulación y damos comienzo al avance lento al mismo tiempo que nos vamos tapando tras las matas y rocas.

- ¡Allí están!
Anuncia Jaunma que es uno de los más expertos montañeros del grupo.
- ¿Dónde?
- Tras aquellas sabinas hay un macho tumbado.
Lo descubrimos enseguida y cerca otro y luego varios más.
- ¡Madre mía, si hay toda una gran manada!
Exclama ahora Bernardo.

Aunque llevamos mucha precaución los animales nos huelen enseguida. Se alzan emitiendo su peculiar silbido de alarma y la manada corre primero hacia el centro de la llanura y luego, después de otear el horizonte, se van hacia la colina de enfrente. ¡Un montón! Casi cincuenta o más. No salimos del asombro y más porque vemos que los animales no se comportan como en otras ocasiones. No huyen apresurados y veloces. Todo lo contrario: aunque nosotros ya nos hemos descubierto frente a ellos, no nos temen; no se van. Parece como si esperaran a ver nuestros movimientos y como nuestros movimientos son irnos hacia ellos lentamente, con esa misma lentitud ellos se van moviendo hacia la lomilla de enfrente.

Un espectáculo fascinante verlos recortados sobre el horizonte con sus recias cornamentas, sus pechos negros que en algunos les coge casi toda la barriga y tantos que casi cubren el cerrillo.
- Todos machos.
- Todos machos y, además, de medalla de oro, dirían los que los cazan.
El momento es tan bello que lo único que se nos ocurres es gozarlo profundamente y sacarlos en una foto para quedarnos con su recuerdo.

LAS PERDICES -11 ~

Cuando yo subí aquella mañana por el arroyo que desde la Escaleruela viene a salir justo al mismo sinclinal se me levantaron varias bandadas de perdices. De aquí sé que precisamente este es un rincón que lo toman muy bien estas aves. Se lo comentaba yo el otro día a un amigo mío que es aficionado a la caza y hablando del tema, me decía:

"Durante el último decenio hemos asistido a una disminución alarmante de la caza menor, y con especial preocupación en el caso de la reina del deporte: la perdiz roja. Los estudios realizados sobre los factores incidentes vienen a demostrar que la culpa está, en buena media, repartida entre los diferentes agentes negativos participantes: la pertinaz sequía que produce como resultado una importante bajada en la densidad de las poblaciones, limitando la subsistencia de las polladas a los alrededores de los contados puntos de agua, manantiales, fuentes, charcas; la concentración parcelaria con su correspondiente eliminación del anterior entramado de ribazos, lindes y arroyos, cubiertos antes de matorral arbustivo, que convierten al campo en grandes extensiones planares de monocultivos; la construcción de una gran red de caminos de concentración, vías

de acceso para el furtivismo, hacen mucho más vulnerables a las especies cinegéticas; las quemas de indiscriminadas de rastrojos, que eliminan insectos y semillas, desapareciendo los escasos recurso alimenticios necesarios para afrontar el largo y duro invierno, quedando un campo estéril, casi desierto, donde la falta de la más mínima cobertura facilita la acción de los depredadores e impide cobijarse a las especies cuando aprietan los rigores atmosféricos;

- ¿Realmente afectan de un modo tan grave a las cadenas de poblaciones faunísticas y concretamente a aquellas especies que habitan entre los campos cerealistas?
- No deja de ser curioso y en buena medida, sintomático, que los agricultores se quejen ahora de los herbicidas afirmando que han incrementado el precio y no son tan fuertes o eficaces desde hace uno o dos años y que a su vez el sector cinegético haya experimentado desde la mismas fechas una notable recuperación en las poblaciones de perdiz roja y liebre.
- ¿Qué ha ocurrido, las marcas comerciales han llegado a un acuerdo para reducir algunos componentes tóxicos o se ha legislado al respecto prohibiendo determinados aditivos?
- Desde siempre la divulgación de este tipo de información, desde un punto de vista técnico y detallado, ha sido muy escasa, cuando no nula. La caza se considera un producto secundario de la tierra y tiene prioridad la agricultura por lo que primaban intereses económicos en la pugna. Todos, en mayor o menos medida, nos hemos sentido siempre preocupados ante los posibles efectos perniciosos que pudieran producir los biocidas en la fauna, por la simple evidencia de tratarse de productos tóxicos lanzados de forma masiva al campo".

Así que nosotros ahora esta mañana, desde el rincón donde hemos visto a los machos monteses, nos hemos venido un poco a la izquierda y en lugar de irnos para el sinclinal nos hemos introducido por el arroyo. No el que nace en el mismo sinclinal sino el otro, el que se encuentra entre el Puerto del Tejo y el valle. Bajamos por él y ya que hemos descendido bastante torcemos más a la izquierda. Anda ya muy avanzado el día y con este trozo que vamos recorriendo casi, casi completamos el círculo en torno a nuestra hermosa roca del sinclinal.

Pues no hacemos nada más que empezar a bajar y una bandada de perdices. Alzan su vuelo desde una lomilla primero restas hacia arriba y luego trazan una línea horizontal dirección a las faldas del Pico Escribano que aunque para nosotros queda lejos para ellas es poca cosa.
- Ves lo que te decía, este rincón es querencioso para estas aves.
Y uno del grupo que es un poco incrédulo por aquello de andar algo desinformado de las cosas de la sierra y algo más relacionado con el campo, dice:
- Si no lo veo no lo creo.
- ¿Y por qué?
- Es que perdices aquí en estas cumbres no se lo espera cualquiera. Ten en cuanta que rozamos casi los dos mil metros y por aquí lo que más abunda es viento, nieve y agua.
- Quizá los animales busquen lugares solitarios lejos de la presencia humana o quizá sólo sea que también estas cumbres son sitios buenos para ellas.
- De todos modos lo que sí está claro es que estas sierras son punto y a parte en muchas cosas.

No acabamos de terminar estas palabras cuando otra bandada se nos arranca de algo más abajo, de casi lo hondo del barranco.
- A ver si tienen el nido por aquí.

Comenta de nuevo el compañero despistado.
- Las perdices, como casi todos los animales del campo, tienen su época de reproducción al comienzo de la primavera. Sabia que es la naturaleza porque la primavera es la mejor estación del año por el buen tiempo para las nuevas crías y la abundancia de alimento. La perdiz hace su nido entre cualquier matojo, en el mismo suelo y yo me he encontrado nidos de hasta quince huevos que en aquellos tiempos, cuando estas sierras estaban llenas de cortijillos y gente viviendo en ellos,

el que se encontraba un buen nido de perdiz se llenaba de gozo ese día. Con sus huevos hacía una tortilla de espárragos que quitaba en sentido o se los ponía a las gallinas cluecas para que los "engüerara".

En fin, un mundo y formas distintas de interpretarlo el de aquella gente y estas cumbres tan llenas de perdices que ni se parece a este mundo actual y a esas cuatro perdices por los olivares y los sembrados de trigo. Y, además, estas cumbres frente al sinclinal, un mundo fascinante dentro del conjunto de todos los mundos.

EL SINCLINAL -12 ~

El universo de la naturaleza no es ni una prisión ni una decadencia sino nuestra morada auténtica hasta el momento de la consumación final que Dios dará a su obra. Ya un poco cayendo la tarde acabamos casi de completar, de cerrar el círculo que hemos trazado alrededor de la gran roca. Subimos por el cauce que brota ahí mismo, pero que se va hacia el Pico Escribano y llegamos al venero. Este es el tercero junto al sinclinal, una intuición que por fin hemos comprobado. Tres vertientes tiene esta roca y en cada una de ellas su venero correspondiente. El de la tienda, el de los berros y éste último que por brotar en el lado donde las perdices tienen sus querencias, sólo para nosotros, lo llamamos precisamente así: el venero de la perdices.

Y es que la roca en sí es mucho más que una gran muralla pétrea. Se apoya en lo alto de una pequeña colina donde la tierra es abundante y como todo este complejo es un gran laberinto de placas, canales, agujeros y hendiduras cuando en invierno por estas cumbres nieva, todo el montículo del sinclinal y él mismo se convierte en un gran receptor de nieve. Se derrite ésta y al empaparse la tierra enseguida sale, en forma de agua, a la superficie por los tres bellos veneros que hoy hemos visitado. Además, los manantiales también reciben agua de la cumbre que corona esta roca.

Junto al tercero observamos nosotros las huellas de los jabalíes. Esta noche han estado por aquí y luego se fueron para el lado de las tiendas. Se han bañando en los charcos de este venero y en las rocas que hay algo más arriba se han rascado dejando el fango y las cerdas por ahí pegadas. Llegamos a lo alto y estamos a dos pasos del sinclinal: junto a su gemelo que aunque no es tan imponente también es bello. Entre ambos existe como una pequeña depresión que se va hacia el lado de la tienda. Por esta cisura se rompe, queda interrumpida la muralla rocosa y luego ya sigue empezando a mostrar toda su gran majestad. Es ese ya el auténtico sinclinal. Pero por aquí, por la depresión, donde todas la rocas están rotas y la tierra se desmorona ladera abajo, aún queda gran cantidad de nieve. Se está derritiendo y los chorrillos que de ella van saliendo comienzan, poco a poco a formar el pequeño caudal que sigue bajando hasta pasar por donde tenemos la tienda. Aquí nace el venero y el arroyuelo de mi cascada cantarina.

Por lo demás, una vez junto a nuestra piedra soñada, nos dedicamos sólo a remontarla por las zonas que ella nos permite. Nos gustaría subir hasta lo más alto. A la misma cúspide, pero es muy complicado y nosotros venimos poco preparados para escalar. Sus laterales son tan bellos o más que la misma cumbre. Los vamos saboreando poco a poco y como ya no tenemos prisa, por aquí nos quedamos todo el resto del día.

Sólo dos cosas finales: que nos alegramos por lo poco conocido y promocionado que está este lugar. No vemos a nadie por aquí y, además, sabemos que en las guías para los turistas no se habla de esta roca para nada. Nos alegramos sentirnos casi los únicos, en todo este año, interesados y abrazados a esta piedra y quisiéramos que con el correr del tiempo todo siguiera igual.

Y la otra cosa es que vienen aquí muy bien, para rematar, aquellas palabras de Peter Habeler pronunciadas al coronar la cima del Pico Everest: "Nos sobrevino una especie de intoxicación de gozo. El sol brillaba por encima de la roca y más arriba el cielo tenía un azul tan intenso que parecía casi negro. Estábamos muy cerca del cielo. El impulso humano de seguir subiendo para llegar siempre más lejos y

alcanzar la cumbre más elevada hoy por fin lo teníamos colmado".

EL GUADALQUIVIR POR ARROYO FRIO Y LA REJONA 28-12-94
CERRO DE LA CUEVA -1 ~

Arroyo Frío es un arroyo, terminado el valle, el primero que con caudal y personalidad, le entra al Guadalquivir por la izquierda, que dio nombre a un cortijo que después se hizo aldea y ahora... Pero puestos a definirlo de alguna manera, puediera ser un punto de encuentro para los que llegan a estas sierras desde el lado de Cazorla, junto a la carretera, con la fuente, el supermercado y un complejo de hoteles y campings. Total, todos lo conocemos por Arroyo Frío, pero en la sierra ya no es lo que era y, además, ahora mismo rompe lo que siempre fue bello.

La Rejona es o más bien fue, una gran finca privada, al final, donde el arroyo del Valle se rinde al Guadalquivir y el Valle se entrega al otro valle, aquí empieza la finca. Era una finca muy grande que poco a poco la han ido dividiendo y en estos días está más dividida aún.

Pero la ruta de hoy no comienza por aquí. Resulta que pasado Arroyo Frío, la aldea y después el arroyo, la carretera que nos adentra en la profundidad del valle, traza una recta. A la izquierda se ve enseguida una casa de piedra que es de tiempos lejanos y en su origen fue casa de peones camineros. Ahí vive gente ahora mismo que hoy he estado buscando para hablar con ellos, pero al pasar no los vi. La casa estaba cerrada y sin nadie. Bueno, pues, en cuanto recorres esta recta y dejas la casa atrás empieza a fraguarse un pequeño montículo lleno de pinos y entre ellos, abundante encinas y robles. El Cerro de la Cueva creo que se llama este monte según me decía mi amigo Juan luego al caer la tarde.

Cuando pasas por esta zona en coche ni siquiera percibes la gran belleza que este pequeño monte tiene. Hasta puedes creer que el cauce del río lo llevas por el lado de la derecha y no es verdad porque va por la izquierda, al otro lado del Cerro de la Cueva. Mi ruta de hoy empieza por este cerro, pero remontándome a bastantes días atrás. Resulta que como la carretera pasa por aquí mismo, desde ella, en un rasete del Cerro de la Cueva, se ve un cortijillo derrumbado, pero por sus paredes y sus formas adivinas enseguida que es de los de aquellos tiempos. Cada vez que he pasado por aquí, al verlo me decía: "tengo que ir un día y recorrer esa zona". Y como ahora estamos en las vacaciones de la navidad, anoche estudié un poco el rincón y hoy me pongo rumbo a este trozo del valle con la idea de perderme por el Cerro de la Cueva y su viejo cortijo.

Vengo yo reflexionando estas cosas cuando me tropiezo con la alambrada. Una cancela de hierro que me corta el paso cerrando la pista y desde aquí, a un lado y otro, arrancan unas mallas metálicas cercando todo el barranco y dejando en el centro los edificios que descubrí antes y que ya tengo casi al alcance de mi mano. Me siento incómodo porque me gustaría llevar a cabo el recorrido que tanto he planificado, pero que esta barrera me lo impide. Busco algún paso y no lo encuentro. La alambrada es muy alta y está muy tupida. No hay manera de pasarla a no ser saltándola por encima que además de tener su peligro, parece como una invasión.

Sin pretenderlo, sin que lo quiera, todo mi ser me remite inmediatamente a otros momentos donde las situaciones eran a la inversa. Una casa pequeña, de piedra y madera, al comienzo del valle. En el flanco derecho del valle un bosque de árboles autóctonos manchados con árboles frutales que los habitantes del cortijo cultivan y cosechan. Por el centro del valle corre el arroyo y en las praderas pastan las ovejas. En el flanco derecho del valle, unos linderos por donde crecen las parras, los nogales, perales y otros muchos árboles frutales. Algo más a la izquierda, sobre la ladera, el otro cortijillo donde viven los habitantes que cultivan y cosechan los árboles del lindazo y los hortales de la llanura.

El pastor carea a sus ovejas y cuando, en cualquier época del año, pasa por las huertas o los lindazos, si le apetece coger fruta u hortalizas de los bancales, las

coge y no tiene problemas ninguno. El dueño le dice:
- Las tierras son tan tuyas como mías siempre que las cuides como las cuido yo.
- Es verdad que en ocasiones me entran ganas de coger algunas nueces o tomates para la comida de mi familia.
- Sin problemas, porque lo mismo de pobre o rico voy a seguir siendo con tres tomates más o menos.
- Pues igual te digo: si algún día tú necesitas un cordero para ti, tu familia o para comértelo con tus amigos, me lo dices. Lo mismo si necesitas unas calabazas o tres kilos de patatas de las que tengo el hortal.
- Tú tranquilo, que no tienes que pagar nada.

Las ovejas y el pastor van y vienen por el valle aprovechando las hierbas frescas y cuando el hombre siente hambre, se acerca a los lindazos y de por allí coge lo que encuentra. Hasta moras que algunas son gordas como castañas por ser buena tierra esta de los ribazos.

Pasan los años y los lindazos cambian de dueño. Uno de la ciudad que lo primero que hace es arreglar la casa dejándola más tipo chalé que cortijo. Le pone paneles para captar la energía solar y antenas para las televisiones. Lleva agua a todos los aposentos a través de tubos de plástico negro dejando el manantial de la ladera seco, pone alambradas en las tierras de los lindazos y los hortales. Pasa por allí una tarde el pastor y al ver que sus árboles, los manzanos sobre todo, están cargados de apetitosas frutas amarillas, coge unos kilos. Se las está comiendo sentado en uno de los ribazos, frente a la llanura, cuando hasta él se acerca el nuevo dueño.
- Qué ¿merendando?
- Unas manzanas que he cogido del árbol.
- Ya tenía yo ganas de encontrar al ladrón.
- Hombre, no es para tanto. Si quiere te las pago.
- Me las devuelves y me las pagas; así quedas escarmentado.
- Pues aquí tienes las manzanas; sólo falta una, pero a cambio, pongo en su lugar este puñado de nueces que aún guardo de la cosecha que el año pasado me dieron mis cuatro nogales.
- Pero ¿y quién me las paga?
- Y por lo menos yo no, porque te las he devuelto todas. ¡Ah! Y si algún día necesitas algo no tienes nada más que decirlo. Lo digo, porque como eres un vecino nuevo... Hombre, uno no tiene gran cosa, pero lo que tiene es de todos. Un borrego más que menos, tres kilos de patatas o unos panes recién amasados tampoco me van a poner rico ni a dejar en la miseria.

El pastor luego aquella tarde sigue careando a sus ovejas por la llanura y desde lejos mira a los lindazos. Ahora no les parecen los mismos. El ha recibido el raro mensaje y ahora tenía una gran tristeza dentro de su alma. Los mira y los ve como si ya los lindazos no fueran los mismos y de ahí que hasta le resulten menos bellos, menos familiares y esto es lo que le desconcierta, porque ¡los tiene tan dentro después de tantos años pisándolos y sintiéndolos suyos! Eso de cerrar en alambres las tierras y meterse en el centro en un edificio de lujo diciendo "esto es mío y de nadie más", él no lo entiende. Por muy modernos que sea, no son las costumbres de estas tierras y por eso él no lo entiende.

ARROYO FRIO -2 ~

Se me ha pasado casi la mañana entre asuntos de los humanos y lo que yo buscaba hoy era darme un buen paseo por el Cerro de la Cueva. Miro en mi mapa y veo que en cuanto la carretera cruce el cauce, ahí tengo que pararme. Y me sucede algo nuevo.

Pues al llegar al punto me paro, en el rellano de la izquierda, por donde sale una pista, aparco junto a una vigas grandes de hierro. ¿Qué hará esto aquí? Llevo un montón de años viéndolas en el mismo sitio. Al caer la tarde, mi amigo Juan me aclara el por qué de estos hierros junto al puente. Así que miro el mapa para asegurarme y no, esto no es el Puente del Hacha que lo conozco por la de veces que he pasado por él, pero aún no lo sitúo exactamente. Desde luego, éste no es. Sigue una recta, un cerro, una pequeña curva y ahí está. Es decir, al final de este

primer cerro que es el de Molinillo y del otro segundo que es el Cerro de la Cueva.

Pero es la una de la tarde, el cortijo abandonado que deseo recorrer, queda cerca, mi mapa dice que por aquí, también cerca, existe una piscifactoría que se llama La Rejona y, además, allí enfrente, sobre la ladera, estoy viendo el famoso chalé. Digo famoso para mí porque cada vez que paso por aquí lo veo allá lejos, sobre el montículo y como es fastuoso, siempre me pregunto de quién será. Ahora mismo lo estoy viendo, lo tengo a dos pasos, pero como, además, esto de la Cruz del Muchacho parece que no está muy lejos de aquí, ojeo un poco el entorno y me pongo en marcha pista abajo.

A los cien pasos me encuentro con la primera sorpresa: este cauce corre en sentido contrario. ¿Cómo puede ser? Estoy desorientado. Si el Guadalquivir cruza la carretera por aquí y desciende valle abajo y yo ahora voy para arriba ¿Cómo es posible que la corriente vaya en mi misma dirección? Cien pasos más adelante y la segunda sorpresa: hay otro cauce más grande. Enseguida deduzco que el primero no es el Guadalquivir, lo es el segundo y se juntan aquí mismo. Ya sé: éste primero es el auténtico Arroyo Frío. Ese otro arroyo que atraviesa la aldea que tiene el mismo nombre del arroyo, no es Arroyo Frío. Ya decía yo que nunca tenía agua y el verdadero Arroyo Frío nace por Guadahornillos, un poco al poniente y allí mismo, casi en la cumbre, ya tiene manantiales. Donde aquel día nos encontramos a los jabalíes con los dos rayones y tuvimos que salir corriendo de ellos.

Claro, si allá en todo lo alto tiene ya agua, por aquí, si esto es el valle y desde aquel punto hasta éste ha descendido casi mil metros, figúrate lo que sucede. Está claro, éste es Arroyo Frío, que al llegar a la aldea, se la deja a la derecha y luego busca al río para rendirse a él al comienzo del Cerro del Molinillo. Y otra incógnita más despejada: tampoco este primer puente está sobre el río sino en el arroyo. Como por aquí ya el valle todo lo va dejando llano, hasta que no conozcas bien todos los rincones, puedes creerte que este último trozo del arroyo corre para arriba, pero no es así. Corre como siempre han corrido y correrán todos los arroyos del mundo: desde arriba hacia abajo.

Y lo más curioso es la cantidad de veces que he pasado por el lugar y lo desorientado que ando esta mañana. Tú fíjate. No me extraña porque ahora mismo empiezo a darme cuenta que este valle es algo más que los cuatro hoteles ahí junto a la carretera. La pista se acaba porque es sólo un trozo que no va a ningún sitio y sigo una estrecha senda. Cruzo el cauce del arroyo y enseguida está el río. No veo puente porque sin puente por aquí es imposible cruzar el este cauce del Guadalquivir. Hablo de puente porque sobre la ladera estoy viendo las ruinas de un cortijillo, un transformador de luz y el famoso chalé más a la izquierda. Hasta el lugar deben llegar caminos, pero como yo no voy por ninguno de ellos es normal que me encuentre sin puente para atravesar esta corriente. Por aquí el río se remansa en las ramas de los tarayes y de la hierbecilla cuelga el hielo. Hoy hace mucho frío.

A ocho grados bajo cero estuvimos anoche en Granada. Todos los bordes de la corriente y las ramas que rozan el agua están recubiertas de placas de hielo. Fíjate que cuando pasaba esta mañana por el embalse de la Cerrada de San Miguel, por primera vez en mi vida, lo he visto todo helado. Como si fuera una auténtica pista de hielo. Y aquello está ya en el valle por donde el Guadalquivir sólo atraviesa olivares, llanuras sembradas de cereales y campiñas, así que imagínate esta zona de la sierra, que aunque no es muy alta, 800 metros, sí resulta mucha más fría. Me arrepiento de no haberme traído hoy la máquina de fotos. Sobre algunas rocas en la orilla de las aguas el hielo ha formado extrañas figuras, tan llenas de belleza, que merecería la pena inmortalizarlas.

LOS PUENTECILLOS DE TABLAS -3 ~

Este remanso, tan cuajado de hielo que ahora mismo contemplo, no es Vado Ancho. Ese lugar queda más a la altura de la Aldea de Arroyo Frío, entre el Cortijo del Haza y la junta de este arroyo que ahora mismo tengo a mis pies.

Seguro que estas ruinas que estoy viendo sobre la ladera son las de ese cortijo. Pero para llegar hasta el lugar tengo que cruzar el río y como no veo ningún puente, aunque el cauce no trae mucha agua, no se puede cruzar sin mojarte bastante. Hace mucho frío y un remojón me dejaría helado a pesar de la subida que me espera hacia el cortijo. Miro, subiendo y bajando un poco por la corriente y mientras voy buscando la manera de cruzar me doy cuenta de dos realidades: no hay por aquí ningún turista a pesar de estar este lugar cerca de los hoteles de la aldea. Como hace mucho frío los turistas han llegado a sus hoteles y ahí se quedan metidos, junto al fuego de las chimeneas que para ellos han preparado. No lo gozan gratis que en los apartamentos tienen que pagar 600 pesetas por la leña de cada día y me parece muy bien. Que se pague, que paguen por todo para que el dinero corra, pero que nadie se prive de nada mientras el bosque y los campos resista y cuando todo escasee como en las ciudades, que le parta un rayo a este mundo. Total, muchos de nosotros ya no viviremos para verlo. Ahora que todavía hay algunos recursos sobre el planeta, a gastar mientras haya gente que pague.

Y la otra cosa es el sosiego, el rumor de la madre naturaleza que por este rinconcillo late. Cuán delicioso es seguir la senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido. La soledad sonora de andar otro día más por el paraíso y esta mañana todo aparece engalanado en un trozo nuevo.

Estoy buscando y entre unos juncos veo un puentecillo. Son cuatro palos, troncos de pinos, tendidos de un lado a otro y sujetos entre sí por viejas tablas también de pino. Es un puentecillo estrecho, viejo, rústico que sirve sólo para esto: para cruzar andando poniendo mucha prudencia por si acaso las tablas ya están podridas y al pisar se rompen. Lo intento y aunque alguna cruje aguantan dando la impresión que no por mucho tiempo.

Ya al otro lado mira a la ladera y veo una pista que zigzaguea pecho arriba. Me voy a buscarla y otra sorpresa: un nuevo puentecillo también de tablas muy similar al primero, pero mucho más corto y estrecho. Me llama a atención el descubrimiento porque ya por aquí no hay río. No corre agua, pero el puente lo que intenta salvar no es el río sino una gran zanja. ¿Y esto qué es? Me pregunto y en unos segundos yo mismo me doy la respuesta. Es una acequia, una reguera que parece un canal, hoy en desuso porque está comida por los pinos y no lleva agua, pero que en otros tiempos sí debió servir. Desde el charco de este vado entraba el agua a la zanja y por su propio pie seguía corriendo elevándose por la ladera. ¿Hasta dónde?

Esto es mi otra duda que también despejo en un instante. O va a tierras que en otros tiempos serían huertos o a la piscifactoría que, según mis cálculos, deber caer por aquí abajo. Y seguro que va a la piscifactoría que dicen se llama La Rejona, igual que la gran finca y la que, por la aldea de Arroyo Frío, me han dicho “hace por lo menos catorce años que la cerraron”. He preguntado por qué y no lo saben. Mi amigo Juan me lo dirá luego esta tarde cuando ya el sol esté cayendo y él salga a buscar cornamentas de ciervo por el Cerro del Molinillo y el Cerro de la Cueva. Así que ya parece que tengo claro otra cosa más. La piscifactoría que hoy deseo descubrir por aquí, siguiendo el cauce del río, aunque no me la esperaba tan cerca. Quería yo entrar por abajo, por el Puente del Hacha y subir río arriba y ahora resulta que todo lo estoy descubriendo al revés que también vale, pero desde aquí al Puente del Hacha creo que la distancie es grande.

ALFOMBRAS DE HOJAS SECAS -4 ~

En cuanto comienzas a bajar, por la carretera, antes de llegar a la aldea de Arroyo frío, enseguida lo ves. Yo lo he visto tantas veces que siempre me ha llamado la atención. Es tan espectacular y resalta tanto en el fondo del valle que aunque no quieras tienes que fijarte en él. Cualquiera no tiene dinero para hacerse un edificio de esta categoría y en este sitio, porque la normativa para construir dentro del Parque es muy rígida. Y este chalé no está dentro sino en lo más agreste y bello de la zona.

Y esto no lo digo yo, que sin duda lo he pensado también más de una vez, sino la

misma gente de esta aldea. Ya dije que toda esta zona es una gran finca privada, pero el cortijo lo compró un alemán y después de arreglarlo se ha venido a vivir a él.
- La casa del alemán está ahí mismo; un poco detrás de la aldea y entre el río, pero eso ya no es cortijo.
Me decía mi amigo Juan al tiempo que me indicaba por dónde cae la casa.
- ¿Pero entonces es es chalé?
- No lo sé, pero como puedes ver es de construcción moderna.

En fin, que yo esta mañana, después de cruzar el río, comienzo a subir por la ladera. Veo una caseta de transformador de luz un poco a mi derecha, las ruinas del antiguo cortijo de Caravacas casi al frente mía y el chalé a la izquierda, río arriba, pero todo sobre la ladera; entre el cauce del río y la gran pared de rocas que la montaña presenta por este lado. Una lluvia de hojas secas inunda todo el bosque que aunque por aquí no es muy espeso, sí es profundamente bello. Muchas encinas y robles aislados que son grandísimos y algún que otro pino aunque hay zonas donde predominan los pinos con Quercus mezclados entre ellos.

Cada año, con la llegada del otoño, las plantas de hojas caducas comienzan a despojarse de su vestidura. Lentas, pero continuamente van desprendiéndose las hojas de sus tallos no sin antes haber cambiado el color. Del verde al ocre, rojo o amarillo, la señal de salida es el acortamiento de los días, aviso que el frío se aproxima. Las plantas entonces y con el objetivo de ahorrar toda la energía posible, retiran la sabia de las hojas para almacenarla en el tallo; desaparece la clorofila y en consecuencia, el color verde y las hojas mueren por inanición; el peciolo se seca y al fin caen al suelo donde van a empezar a formar parte del nuevo alimento orgánico. El bosque come a sus propias hojas y así no queda deshechos ni basura.

Todo se transforma y comienza el nuevo ciclo, Es ahora la ocasión para que animales y plantas preparen sus estrategias de combate contra el frío. Así que mientras voy subiendo cruzo una alfombra de lluvia de hojas secas de roble. Una delicia sentirlas crujir bajo mis pies y verlas todas amarillas, anchas y estiradas. Por aquí me encuentro una pista que lleva directamente a la caseta del transformador. No es que lleve sino que más bien baja desde el transformador buscando el río. En cuanto remonto la cuestecilla descubro que la pista entra río arriba y es lógico: si por ahí abajo está la piscifactoría, la pista viene hasta ella y luego sigue subiendo. Como si quisiera buscar otra salida por este puente y así parece que fue. Mi amigo me decía que esos hierros grandes que he visto junto al puente del cauce del arroyo donde he dejado el coche, eran para esto:
- El que construía el chalé tenía pensado abrir una entrada por aquí y levantar un puente en el río. Aquí tienes los hierros que llevan en el mismo sitio un montón de años.

Ya tengo algunas piezas encajadas. Y si eso hubiera seguido adelante, estos dos puentecillos de tablas sobre el río y el canal, ya no estarían. Me va encajando lo que tantas veces he pensado del chalé. Su dueño, ama la naturaleza y quiere venirse a vivir en medio de ella, pero sin perder ninguna de las comodidades que la civilización le ofrece y él puede comprar porque para eso tiene dinero. Si hay que romper media montaña para construir la casa, se rompe y si hay que trazar pistas por el monte y puentes sobre el río para llegar cómodamente con el coche, se hace sin ningún problema.

CORTIJO DE CARAVACAS -5 ~

Me he situado en lo más alto del carrete donde se desmorona el cortijo. Según me decía mi amigo "se llama de Caravacas porque antes, en todo lo alto, tenía una cruz de Caravacas".
- ¿Sabes tú quién y por qué pusieron allí esa cruz?
- Eso ya no lo sé. Verla la he visto yo allí muchas veces, más no sé.
Pero mi amigo sí sabe más. Por ejemplo, situado ya en este pequeño carrete, detengo mi marcha y me dedico a contemplar el panorama. Bonito como un cuento de hadas todo. El barranco, en lo hondo por donde va el río, el cerro al otro lado

todo lleno de monte y que me oculta la aldea y los hoteles, el acantilado rocoso a mis espaldas y el valle hacia un lado y otro por donde el río viene y se va. Un paraíso en miniatura, pero que me sobra porque es infinitamente más grande que mi propia persona. Un auténtico mundo hasta con los matices más insospechados.

- ¿Pues sabes lo que pretendían?
- ¿Qué pretendían?
- Hubo por aquí el otro año gente de la administración y decían que en este valle iban a construir una estatua.
- ¿Qué clase de estatua?
- Una obra de arte que decían iban a esculpir ahí en las rocas. Un monumento histórico a un personaje que yo no sé quién es, pero según ellos, era muy importante y no había ningún otro lugar en el mundo para esa escultura que éste.
- ¿Y qué pasó?
- Pues qué iba a pasar. Alguien les dijo que este rincón por sí mismo ya era una auténtica obra de arte y que si lo tocaban lo estropearían todo.
- Normal ¿verdad?
- Sí, menos mal, porque ya ves que maravilla.
- Lo es de verdad, pero aun así lo han estropeado bastante. ¡Mira que venir a construir un transformador de luz y ponerlo donde lo han puesto! Y no te digo nada del chalecito ahí, entre la ladera y el farallón rocoso.

Rodeo un poco las ruinas del cortijo y como llevo en mi mano la fotocopia de la leyenda me gustaría, ahora, ver dónde está esa cruz. Mi amigo no lo sabe con exactitud, pero cree también como yo que se encuentra por aquí cerca. En cualquier roca de estas que tengo a mis espaldas. La leyenda dice que: "Manos piadosas grabaron un la roca una tosca cruz que desde aquel día se llama la Cruz del Muchacho".

Si tuviera tiempo hoy me dedicaría a buscarla todo el rato que fuera necesario, pero es que en esta ocasión a cada instante voy cambiando el plan de mi excursión. Un poco, las circunstancias de cuanto voy viendo y encontrando en este recorrido, me van forzando a no cumplir casi nada de lo planificado. Ahora mismo, por ejemplo, como no dejo de ver el gran chalé aquí, a dos pasos de mí, me arde la emoción por llegar hasta él.

Por detrás del cortijo sale una sendilla que ya no es pista. Voy a despedirme de este cortijillo para volver dentro de un rato en mi ruta río abajo que es por donde ahora deseo seguir trazando mi camino de hoy. Pero antes de alejarme, de entre las ruinas de la parte alta se me levantan cinco o seis mirlos. Llenan, con sus gritos, todo el barranco.

Cuando en aquellos tiempos fue construido este cortijillo y a lo largo de años fue ocupado por seres humanos, no pretendían otra cosa que eso: comer para vivir. Pedir prestado a la naturaleza el alimento necesario para la vida y al mismo tiempo vivir con ella lo más en armonía posible. De aquí que me guste tanto encontrarme con trozos de cortijillos aunque ya estén rotos. Ellos son pedazos reales de la misma naturaleza en la que están insertos y no heridas sangrantes por donde entra la muerte.

LA FUENTE Y LOS CABALLOS - 6 ~

El ser humano se convierte en animal
que vive en la naturaleza y hasta
incluso se opone a ella.

Sigo la sendilla y enseguida me encuentro con el manantial. Cada cortijillo de aquellos tiempos tiene su manantial allí mismo. Es lo normal y lo contrario es la excepción. Entonces ya no es cortijillo sino establo o tinada para el ganado que puede construirse en cualquier rasete del monte aunque no haya un venero cerca. Las construcciones de la cultura actual por estas sierras, se montan donde interesa y después se llevará el agua como sea. Siempre es con tubos y motores. Según mi mapa, la Fuente del Cocón, que es un manantial, cae por aquí cerca. Lo que pasa

es que más arriba, sobre la cumbre, aunque nada tiene de extraño que aquel agua, el depósito de donde se alimente aquel venero, sea el mismo depósito también para esta agua.

Una vez más mi teoría se me confirma. A un lado y otro del Guadalquivir, a lo largo de todo el valle, brotan mil manantiales de aguas limpias. Este valle es depresión natural para que desagüen todas las cordilleras que lo circundan. En esta fuentecilla mía, hoy por hoy libre todavía de los ataques de los humanos, veo muchos juncos. También veo rastros de jabalíes y algunos charcos que parecen de juguete. Aunque hace mucho frío, esta agua, chorrillos y charcos, no están helados. Incluso al tocarlo noto que está mas bien templada. Señal esta de que brota aquí mismo. También es señal de ello las ranas, que al verme, se zambuyen en las limpias aguas. Si fuera agua estancada, con el frío que hoy hace, estaría helada y de ninguna manera podrían vivir en ella estas ranas.

Bebo un sorbo y sigo la sendilla que me resulta agradable porque tiene toda la pinta de ser un camino de aquellos tiempos. La vía de comunicación, para entrar y salir, por aquellas épocas, al cortijillo, ya hoy no es lo mismo. Hoy casi no puedes andar por ella. Toda está pisoteada por cascos de caballos y como además de la fuentecilla, toda esta ladera rezuma agua por cualquier sitio, la senda es un puro barrizal. Estos dichosos caballos que les alquilan a los turistas hay que ver lo que estropean por todos sitios. Los he visto en un cercado junto al hotel y enseguida pensé lo que ahora estoy sufriendo. Será muy romántico eso de ir dando un paseo por aquí montado sobre un caballo, pero tampoco estaría de más dar un paseo a pie y dejar los caballos en paz aunque sólo fuera para no romper más estas sierras.

LOS CERDOS-7 ~

La crisis ecológica actual no es el resultado de un simple fracaso: es mas bien el efecto perverso de un éxito demasiado grande.

Los veo subir por el barranco siguiendo el curso del río. Es una piara completa, unos cuarenta o así que suben esparcidos por entre los juncos, los tarayes, las rocas y los charcos del cauce. No van a ningún sitio; ellos andan buscando sus alimentos por entre la tierra, los charcos, los quejigos y la ladera de ambos lados del río. El joven los sigue a cierta distancia y desde la ladera de la umbría los va observando. No tiene que hacer nada; sólo vigilarlos, estar junto a ellos y procurar que sea por este rincón donde los animales busquen su alimento y no por otro.

Todos los días él le da su careo por este valle y aunque hay aquí suficientes alimentos para que los animales se sacien plenamente a lo largo de todo el año, a él le gusta llevarlos también por el valle al otro lado del río. Pero en esta época es cuando aquí son abundantes las bellotas. Es éste todo un gran trozo de sierra rico en alimentos para ellos precisamente por eso: por el agua de este río que es el principio y fuente de flora y fauna de este valle.

Ya llegando el medio día los animales llegarán hasta donde el río se cierra y es casi una cascada. Por aquí detendrá la marcha la piara. El joven les saldrá al encuentro, intentará reunirlos y los volverá para atrás. Los conducirá río abajo siguiendo las sendillas que los mismos animales van trazando a través del monte y sorteando rocas y los llevará hasta el cortijillo. Esta pequeña piara de cerdos, las ovejas y las huertas, es la riqueza de toda la familia. De aquí sacan ellos para poder comer cada día y así irán tirado escondidos en este trozo de sierra.

¿Quién les diría a ellos que pasado el tiempo aquí, junto a su mismo cortijillo, alguien les iba a construir un chalé como el que ahora mismo piso? Pero el chalé, en estos momentos, más que ninguna otra cosa, estoy viendo que sobra aquí. No pertenece a este mundo ni tiene nada que ver con la realidad de la naturaleza que aquí respira. Estoy yo moviéndome por estos raros aposentos tan llenos de basura humana y me siento extraño, incómodo, desencajado. Sigo mirando por el hueco de la ventana y como la piara de los cerdos sigue desparramada por ahí, como si la misma eternidad los hubiera dejado recogidos entre sus manos, siento como si

el mundo de ellos fuera el de verdad real y no el que ahora palpo con mis manos. Como si sólo algunas cosas sí fueran seleccionadas para quedar eternas en el río del tiempo y otras sean totalmente rechazadas para que no dejen ni rastro en el camino que, a través de los días, conducen a la meta final. Como si unas sirvieran y otras no sirvieran y al llegar a ese estado es cuando las primeras pasan a la categoría de bellas y las segundas, no.

EL TESORO-8~

¿Es necesario detestar a la humanidad para amar a la naturaleza?

Me alejo del chalé. Ya lo conozco y ha perdido para mí todo su misterio. Todo ese misterio respetuoso que mi ignorancia me hacía concebir. Bajo por la senda, dejo atrás las ruinas del cortijillo, llego a la altura del transformador de luz y sigo por la pista que va a media ladera en la dirección del río. A ver si ahora ya por fin empiezo a desarrollar el plan de ruta que me había trazado porque hasta este momento, me estoy moviendo como forzado, como arrastrado por circunstancias no controladas por mí y por lo tanto, casi me siento un poco violentado en mi interior.

En cuanto cojo este camino entro de lleno en la espesura de un gran bosque de pinos. Lo de otras veces: este bosque, su sombra, el verde de sus ramas, la humedad y hasta el mismo clima, lo tengo visto. Es una copia de algo que ya he visto muchas veces en estas sierras y no es así. Porque nunca hasta este momento he pisado yo éste rincón. Y sé bien que tampoco esto es igual a nada de lo que existe en otros sitios. Pero sí, se parece al pequeño rincón de la CURVA DEL PINAR allá por el Arroyo de Montillana; aunque solamente se parece.

Y al adentrarme por su sombra, un pensamiento que esta mañana se me ha cruzado dos o tres veces por la mente, ahora se me convierte en una honda sensación: es verdad que este barranco está lleno de leyendas. Parece que hasta la misma luz del bosque lo anuncia. La que me contaron el otro día tenía relación con el tesoro. Y es cierto que en estas sierras esta leyenda se repite en más sitios. Por ejemplo: Juan Pedro, un amigo mío que nació en Pontones y que ahora vive sus días de jubilado en el pueblo de Villanueva del Arzobispo, una de las cosas que recuerda con más fuerza, es la leyenda del tesoro de Peña Amusgo. Según él, su padre le dijo un día que un moro tenía escondido el tesoro cerca de esta peña y que cuando el abuelo de su padre fue por allí a buscarlo se encontró sólo las vajillas de barro rotas. Alguien había llegado antes, había descubierto tal tesoro y se lo había llevado dejando por el suelo restos de lo que no servía.

Otro tesoro parecido a éste, según mi amigo el pastor del cortijo del Vado de las Carretas, está escondido allí mismo: en la Cueva del Tesoro un poco encima del Caballo de Acero. Lo han buscado muchos, pero él cree que nadie lo ha encontrado aún. Mi tesoro, la leyenda de mi tesoro por este barranco, se remonta a tiempos casi perdidos o por lo menos a mí me dice eso. Y dicen que había un viejecito por estas sierras que ni tenía cortijo ni lugar seguro para morar. Alguien le dijo a él que en unas rocas de este barranco estaba el tesoro escondido. Se vino el viejecito por aquí y para que nadie lo viera no fueran a descubrir que buscaba un tesoro y se lo pudieran quitar, se quedaba a dormir por alguna cueva que había muy al final del barranco. Se ponía a vigilar y cuando él creía que nadie iba a subir por el camino, se metía por el monte a buscar su tesoro.

Sabía dónde estaba, pero no le era fácil dar con él. Así se pasaba el día escarbando con la ilusión de encontrarlo y al mismo tiempo con el corazón en un puño por el miedo a que en eso momento apareciera por allí un pastor y lo descubriera. Si esto sucedía él estaba seguro que le quitaría su tesoro y justo esto fue lo que sucedió.

Dicen que una mañana de primavera, con un sol espléndido luciendo sobre los montes, subió él hasta el poyete sobre el voladero rocoso de la margen derecha del

río. Vio allí una covacha y unas piedras grandes y su corazón enseguida le dijo que aquel era el lugar del tesoro. Movió las piedras y lo vio. Allí estaba el tesoro que eran muchas vasijas de barro llenas de monadas de oro y plata. Tantas que no podía con todas ellas y como en aquel momento tampoco sabía qué hacer con aquel tesoro, lo único que se le ocurrió fue coger un puñado de aquellas monedas y volver a enterrar todo lo demás. Bajó después de la repisa y se puso a caminar por la senda que desciende río abajo. No había andado trescientos metros cuando detrás de unas rocas se tropezó con el pastor.
- Que ¿has encontrado ya el tesoro?
Le dijo. El viejecito se quedó mirándolo y creyendo que todo estaba descubierto, lo único que acertó a decir fue:
- Y tú ¿cómo lo sabes?
- He oído sonar las monedas que llevas en el bolsillo.
- Sólo tengo un puñado, pero si te doy la mitad ¿guardarás el secreto?
- Por supuesto que sí; sólo tú y yo lo sabemos.

El que me contó a mí esta historia dice que su abuelo todavía conserva esas monedas. Y dice que al día siguiente ya no se volvió a ver más al viejecito por este barranco. Nada más se supo ni de él ni del tesoro, aunque mucha gente, desde entonces para acá, ha oído hablar de la leyenda de este tesoro por el barranco.

LA ALAMBRADA -9 ~

¿ Somos señores del mundo? Ciertamente. Dueños un poco a la manera de Dios no para destruir, sino para desarrollar, no para la muerte sino para la vida.

En cuanto avanzo un poco dejo atrás el pinar del rincón. La pista desciende hacia el barranco y al mismo tiempo se acerca al río. Por entre los pinos enseguida veo los tejados y las paredes blancas de unos edificios. Mi intuición me dice que por aquí ha de estar la piscifactoría. Pero como no he venido nunca por el rincón ni conozco estas instalaciones no me siento demasiado seguro. Mas la configuración del terreno aquí recogido bajo la falda rocosa de la cordillera, la oscuridad del barranco por donde se hunde y corre el río, todo parece anunciar que este punto es el lugar ideal para una piscifactoría. Y como estoy viendo los edificios, ya casi doy por seguro que es aquí donde se encuentra esta construcción. Además, los edificios son bajos, de una sola planta y alargados, propios de lo que en realidad puede ser una piscifactoría.

Bajo yo pensando que me está costando menos de lo que en un principio creía, recorrer todo este rincón, porque si esto es la piscifactoría, se encuentra mucho más cerca y todo está bastante más recogido en el barranco, de lo que esta mañana creía. También recuerdo que el mapa que traigo conmigo, lo amplié un poco y claro, ya no es la escala que estoy acostumbrado a manejar.

Vengo yo reflexionando estas cosas cuando me tropiezo con la alambrada. Una cancela de hierro que me corta el paso cerrando la pista y desde aquí, a un lado y otro, arrancan unas mallas metálicas cercando todo el barranco y dejando en el centro los edificios que descubrí antes y que ya tengo casi al alcance de mi mano. Me siento incómodo porque me gustaría llevar a cabo el recorrido que tanto he planificado, pero que esta barrera me lo impide. Busco algún paso y no lo encuentro. La alambrada es muy alta y está muy tupida.

No hay manera de pasarla a no ser saltándola por encima que además de tener su peligro, parece como una invasión. Siento, de verdad, lo fastidioso que es una alambrada en las tierras de estos montes porque inmediatamente uno reacciona pensando en que nadie tiene ningún derecho a ponerme una valla en mi camino.

Sin pretenderlo, sin que lo quiera, todo mi ser me remite inmediatamente a otros momentos donde las situaciones eran a la inversa. Una casa pequeña, de piedra y madera, al comienzo del valle. En el flanco derecho del valle un bosque de árboles autóctonos manchados con árboles frutales que los habitantes del cortijo

cultivan y cosechan. Por el centro del valle corre el arroyo y en las praderas pastan las ovejas. En el flanco derecho del valle, unos linderos por donde crecen las parras, los nogales, perales y otros muchos árboles frutales. Algo más a la izquierda, sobre la ladera, el otro cortijillo donde viven los habitantes que cultivan y cosechan los árboles del lindazo y los hortales de la llanura.

El pastor carea a sus ovejas y cuando, en cualquier época del año, pasa por las huertas o los lindazos, si le apetece coger fruta u hortalizas de los bancales, las coge y no tiene problemas ninguno. El dueño le dice:
- Las tierras son tan tuyas como mías siempre que las cuides como las cuido yo.
- Es verdad que en ocasiones me entran ganas de coger algunas nueces o tomates para la comida de mi familia.
- Sin problemas, porque lo mismo de pobre o rico voy a seguir siendo con tres tomates más o menos.
- Pues igual te digo: si algún día tú necesitas un cordero para ti, tu familia o para comértelo con tus amigos, me lo dices. Lo mismo si necesitas unas calabazas o tres kilos de patatas de las que tengo en el hortal.
- Tú tranquilo, que no tienes que pagar nada.
Las ovejas y el pastor van y vienen por el valle aprovechando las hierbas frescas y cuando el hombre siente hambre, se acerca a los lindazos y de por allí coge lo que encuentra. Hasta moras que algunas son gordas como castañas por ser buena tierra esta de los ribazos.

Pasan los años y los lindazos cambian de dueño. Uno de la ciudad que lo primero que hace es arreglar la casa dejándola más tipo chalé que cortijo. Le pone paneles para captar la energía solar y antenas para las televisiones. Lleva agua a todos los aposentos a través de tubos de plástico negro dejando el manantial de la ladera seco, pone alambradas en las tierras de los lindazos y los hortales. Pasa por allí una tarde el pastor y al ver que sus árboles, los manzanos sobre todo, están cargados de apetitosas frutas amarillas, coge unos kilos. Se las está comiendo sentado en uno de los ribazos, frente a la llanura, cuando hasta él se acerca el nuevo dueño.
- Qué ¿merendando?
- Unas manzanas que he cogido del árbol.
- Ya tenía yo ganas de encontrar al ladrón.
- Hombre, no es para tanto. Si quiere te las pago.
- Me las devuelves y me las pagas; así quedas escarmentado.
- Pues aquí tienes las manzanas; sólo falta una, pero a cambio, pongo en su lugar este puñado de nueces que aún guardo de la cosecha que el año pasado me dieron mis cuatro nogales.
- Pero ¿y quién me las paga?
- Por lo menos yo no, porque te las he devuelto todas. ¡Ah! Y si algún día necesitas algo no tienes nada más que decirlo. Lo digo, porque como eres un vecino nuevo... Hombre, uno no tiene gran cosa, pero lo que tiene es de todos. Un borrego más que menos, tres kilos de patatas o unos panes recién amasados tampoco me van a poner rico ni a dejar en la miseria.

El pastor luego aquella tarde sigue careando a sus ovejas por la llanura y desde lejos mira a los lindazos. Ahora no les parecen los mismos. Él ha recibido el raro mensaje y ahora tiene una gran tristeza dentro de su alma. Los mira y los ve como si ya los lindazos no fueran los mismos y de ahí que hasta le resulten menos bellos, menos familiares y esto es lo que le desconcierta, porque ¡los tiene tan dentro después de tantos años pisándolos y sintiéndolos suyos! Eso de cerrar en alambres las tierras y meterse en el centro en un edificio de lujo diciendo “esto es mío y de nadie más”, él no lo entiende. Por muy modernos que sea, no son las costumbres de estas tierras y por eso él no lo entiende.

EL LUGAR SOÑADO -10 ~

El problema ecológico sí es un problema esencialmente humano.

La pista que traigo viene bajando y aunque aquí la corta una cancela de hierro

desde la cual, hacia los lados, se extiende la valla metálica para recoger todo el rincón en torno a los edificios, yo quiero seguir bajando. Entre otras cosas porque la pista no muere aquí sino que sigue y va realizando exactamente el plan que traigo: quiero salir por el Puente del Hacha y torcer luego carretera arriba.

Como la cancela me corta el paso, miro a ver si encuentro cómo seguir y lo encuentro: por la parte de arriba, la que pega al paredón rocoso de la ladera de la montaña, hay un paso. Lo uso y ya he dejado atrás la cancela. Por otro lado, la alambrada sigue a mi derecha que es el lado del río. En los terrenos que se hunden en el barranco hacia el cauce, quedan los edificios. Los voy viendo mientras sigo bajando casi resto ahora y lo que ya sí descubro con claridad es la piscifactoría. Me voy asombrando, pero con toda seguridad descubro que este rincón es el mismo que ciertamente veo en mis sueños.

No sé si está cerca de un colegio, pero debe de estarlo porque los jóvenes así me lo anuncian. Salen ellos todos los días a su recreo. Son muchos y de edad entre catorce a veinte años. Llevan todos sus libros y como el recreo es a media mañana, tienen que comerse sus bocadillos. En grupos de dos, tres, cuatro o seis, atraviesan esta ladera, se internan por entre la vegetación y bajo los fresnos, entre las rocas y la corriente del río, se van sentando. Charlan ellos animados mientras comienzan a comerse sus bocadillos. Casi siempre los veo acompañados de algún profesor que, como ellos dicen, no es un profesor sino un amigo.
- Ya sabéis, no dejad ni señales de vuestro paso por este rincón.
Les dice el profesor, pero no con tono de orden sino como el que recuerda algo que todos aman y desean cumplir.
- ¿Cómo vamos a estropear, dejando basuras, un rincón como éste?
- Sé yo bien que lo sentís vuestro y lo queréis casi como algo que os pertenece. Nadie rompe lo que ama.
- Señor profesor, si es que no hay gozo más grande en el mundo que el de sentarse en este rincón, junto a la corriente del cauce y el agua limpia que por aquí corre.

Y ellos tienen toda la razón: el agua es tan cristal que hasta el mismo viento tiene miedo de mancharla. Y a ellos, sabe Dios por que razón profunda y noble, no se les ocurre tirar ni una colilla. Cada cual lleva su bolsa con el bocadillo y cuando se les termina el recreo, vuelven por la ladera donde ni siquiera hay ni cemento ni asfalto sino tierra pura, y en los contenedores dejan sus desperdicios. No para en todo el día el trasiego por este rincón; mas, aún así, parece que cada día está más bonito, con tanta agua corriendo limpia, con tanta vegetación, con tantas sombras de árboles, con tanto viento siempre meciendo las ramas y con tantos pajarillos por allí saltando.

Yo los veo ir y venir tan orgullosos ellos y más orgullosos aún se sienten cuando algún compañero de otros colegios les dice:
- ¡Jo! Qué suerte la vuestra. Ya quisiéramos nosotros tener cerca de nuestro colegio un rincón tan hermoso como ése para no tener que ir todos los días a tomarnos las litronas al bar, a bebernos el refresco en medio de la calle o a fumar a la discoteca. Ya quisiéramos nosotros una cosa tan limpia donde sólo se respirara un aire tan puro como el que ahí se respira y no se oyera nada más que música de agua y silencios de bosques.
- ¡Categoría que tenemos nosotros porque nuestro colegio es así de chulo!

En otros momentos de mi sueño veo que el rincón es también compartido con la gente que sale de su trabajo. A comerse su comida siempre se vienen al lugar y si es verano, por aquí se quedan a echarse sus siestecillas porque ellos saben que nadie les va a molestar. Vienen también por aquí enfermeras y médicos que en lugar de juntarse para irse al bar y tomarse su café, cogen y se dan un paseo, se sientan junto a la corriente a gozar de la sombra y son ellos mismos los que dicen que no necesitan de tantos bares y tantas historias para pasar un rato con los amigos.

Yo no sé si está cerca de un colegio o cosa parecida, pero el caso es que lo veo continuamente en mi sueño y siempre hay en él el mismo trasiego. Ahora que bajo

por la pista rumbo a la piscifactoría me digo que sí, es el lugar con el que siempre sueño.

LA PISCIFACTORIA -11 ~

Quisiera también encontrar a alguien por aquí, pero según voy bajando voy viendo que tampoco, al menos hoy, hay nadie en estas casas. Porque son dos y muy pegadas una a la otra, con un buen trozo de tierra por la parte alta de donde han quitado toda la vegetación autóctona y han puesto árboles frutales. Debe ser este el hobby de los habitantes de las casas cuando están por aquí. Porque, además, también parece que siembran algo de hortalizas en estas tierras.

Enseguida sé de donde cogen el agua. No es del río que corre más por lo hondo. En la ladera brotan bastante veneros. Algunos de ellos, los dueños o habitantes de estas casas, los han canalizado y los reparten, fundamentalmente, entre tres cosas: unos tubos de plástico, que en esto caso son verdes, van a los mismo edificios; otros se quedan por las tierras del jardín y otros van a las piscinas que son cinco, las que estoy viendo. Una piscina, la grande, está en el primer edificio, con su agua que le entra y le sale, dos más veo en el segundo edificio y luego encuentro otras dos abajo, en las instalaciones de lo que en realidad es la vieja piscifactoría. Todo un lujo lo que esta gente tiene aquí y parece como si lo tuviera oculto al resto de los seres humanos detrás del monte Cerro del Molinillo y bien metido en el barranco, pegadito al río. El Guadalquivir, el que lleva el agua a otras poblaciones y vegas, pero después de que haya pasado por estas piscinas.

Por cierto, uno de estos edificios, quizás el más grande, fue en otros tiempos un molino. Por este valle, todavía muchos lo conocen como el molino.
- ¿Y qué se molía ahí?
Le pregunté al pastor.
- Pues de todo; trigo, cebada, centeno y hasta pimentón. Recogíamos las cosechas y en lugar de tener que llevarlas para su molienda al pueblo de Cazorla, lo llevábamos a este molino y de ahí nos traíamos la harina.

Junto a las casas veo mesas, asientos de cemento y ladrillos y hornillas para guisar. En la otra, en la segunda, entre el edificio y la parte de arriba, una explanada acondicionada con dos bellas fuentes llenas de culantrillo y chorreando el agua por todos sus lados. Más adelante ya está la piscifactoría. Es este el trozo que más me interesa ver, aunque la verdad es que me interesan todos y entre ellos, el viejo molino. Es una pena no encontrar alguna persona por aquí para preguntarle por todo lo que ahora mismo ignoro. Ya sé que estos edificios que ahora mismo veo y que se parecen más chalés que a cortijos, han sido reconstruidos sobre los restos de aquellas antiguas construcciones. Maravilloso recinto reservado sólo para unos cuantos aunque sean sus propietarios legales.

La piscifactoría está aquí mismo. En una amplia explanada y según estoy viendo, es grande y también grandes albercas tiene y dos de ellas, en el centro, llenas de agua. El pilón el centro total, es el que más rebosa y por la escalera que veo en uno de sus lados, deduzco que sirve de piscina. Alguien de por aquí lo ha adaptado y en los meses de verano, lo usa para darse sus buenos baños. En el otro, uno de los más pequeños, el frío de esta noche ha dejado toda su agua hecha un gran bloque de hielo; tanto, que ahora mismo parece una auténtica pista de hielo para patinar. Sembraron por aquí cipreses y al verlo ahora, por su corpulencia, casi puedo sacar los años que han pasado desde aquellos días hasta hoy. Muchos años son, porque el grueso de los troncos de los árboles y su altura es bastante considerable. Según me dijo mi amigo estas instalaciones fueron abandonadas como fábrica de truchas, por la escasez de agua en el río y porque, además, no era la apropiada para estos peces. El mismo dueño construyó la del Río Aguamulas que esa sí funciona hoy en día.

Por cierto, aquel canalillo-reguera que veía al comienzo de esta ruta cuando atravesaba los dos puentecillos de tablas, era para lo que intuía: es el que trae el agua a estas instalaciones. Arranca de algo más abajo de Vado Ancho y siguiendo el curso del río, se viene por la ladera, pasando por entre las dos casas que vi al

principio y viene a desembocar justo a estos compartimientos. Ya hace años que por este canal no baja agua. Tampoco hay por aquí truchas y del río también creo que han desaparecido. "Peces sí hay, pero truchas no", me dicen los serranos que distinguen entre peces y truchas. En aquellos tiempos sí las había porque yo, hasta no hace muchos años, las he visto por allá arriba, más abajo de la casa forestal de Los Rasos e incluso en el mismo Puente de las Herrerías.

Sigo mi ruta y doy por finalizada mi presencia por este rincón y estos edificios en la esquina de abajo. Justo donde existe esta pequeña vivienda que seguro sería usada por las personas que cuidaban a los peces de estos pilones. También tienen señales de ser habitadas de vez en cuando porque están blanqueadas y se conservan casi nuevas. Miro y veo que por aquí el río se va hundiendo en el barranco y la pista sigue bajando. Aunque más bien por lo que observo la pista sube por el barranco y viene expresamente a estas instalaciones. Sigue un trozo más por donde he bajado, pero podría decirse que es la prolongación disminuida de la verdadera que es la que llega hasta el lugar.

CAMINO DEL CARRASCAL -12 ~

¿De quién es el silencio y el rumor del río
que se va, cayendo la tarde?

Dejo atrás las viejas instalaciones de fábrica de peces y como por aquí sí tengo muy claro la senda a seguir, me voy por la pista, Muy usada se ve que está y, además, en buenas condiciones. Va en la misma dirección que el cauce del río. Hay por aquí un coche aparcado y como no veo a nadie intuyo que anda por el monte. Se desvanece enseguida mi intuición porque nada más avanzar treinta metros, en la curva por donde baja un arroyuelo que seguro es el pequeño, pero bello Arroyo del Zorro, me encuentro con la persona dueña del coche. Es un joven y viene vestido casi, casi exactamente a un militar. Sube por la pista y al cruzarnos lo saludo y como tiene apariencia de conocer el rincón, me paro y le pregunto:
- ¿Adónde lleva esta pista?
- Es este el camino del Chaparral, un cortijo y chalé que hay en la curva del Puente del Hacha.
- Tengo yo entendido que la pista viene expresamente a esta piscifactoría y que se llama así aunque yendo en la dirección que llevo puedo encontrarme con el Carrascal.
- ¿Qué quieres decir que éste no es el camino del Carrascal sino que pasa por allí?
- Así lo tengo entendido.
- Pues te lo han explicado mal; además, debes saber que los caminos en la sierra son todos iguales. No hay ninguno que vaya a ningún sitio concreto sino que pasan por aquí o por allá.
- Claro porque la categoría del camino de tal sito o lugar es de mucho mayor solera que eso de un camino que pasa por aquí o por acá.
- Exactamente. Para mí todos los caminos de la sierra son iguales. Van por el monte, atraviesan un arroyo o suben una cumbre y lo único que los diferencian es que los árboles son otros, que las rocas no son las mismas y uno atraviesa un arroyo y el otro un río.
- Sin embargo, yo pienso que los caminos tienen su solera. Los de aquí, los de la sierra, son realmente caminos que van a sitios concretos y todos arrancan precisamente de ahí: de la profundidad de la sierra, de su corazón mismo y cuando ya entran por esas zonas de los pueblos y las carreteras es donde se pierden y dejan de tener categoría. Por ejemplo: una autovía no va a ningún sitio, pasa por muchos lugares, pero sin arrancar de un sitio y morir en otro. Son como sin identidad, sin personalidad propia, sin ese sabor único que te da el ser de un sitio concreto.
- Dirás lo que quieras, pero precisamente lo que pienso es que los caminos serranos son los que de verdad no tienen valor propio.
- Este que yo llevo, por ejemplo ¿pasa por sitios bellos o no?
- Va por este monte; luego se hunde en el río y ahí se junta con la carretera. ¿Adónde va y qué es en sí el camino? Sólo una franja de terreno para caminar, construida expresamente para eso y formado por el uso.
- Es que los caminos de la sierra han sido todos así: formados por el uso para ir al cortijo tal, a la fuente o a la cañada. Los rompieron cuando hicieron las pistas y

echaron asfalto en ellos; entonces es cuando fueron construidos expresamente para caminar o pasar con el coche. Ahí es donde perdieron su identidad.
- En fin, por si vas al Carrascal y quieres saber algo de aquel lugar te diré que allí hay un cortijillo que ya está casi en ruinas porque junto a él acaban de levantar un gran chalé con paneles solares y agua corriente. Estos días andan por allí vareando las bellotas que ahora ya no las varean como antes, al menos en aquella finca.
- ¿Qué hacen entonces?
- El dueño del chalé ha vallado las tierras que circunda el edificio y como algunas de las encinas las ha cortado, cuando llega esta época, las echa abajo de los árboles con una manguera de agua conectada a un compresor.
- ¡Qué cosa más rara! ¿Cómo funciona ese sistema?
- Recoge agua de los manantiales que siempre hubo allí, la hace pasar por una bomba y luego la mezcla con el aire del compresor. Apunta con la manguera a la encina y como el agua sale con mucha fuerza, las bellotas caen todas mezcladas con el aire y el agua. Así de esta manera termina enseguida, no daña ni al árbol ni a los frutos y hace pruebas para ver si el invento funciona. Lo quiere patentar.
- Pero yo soy del Valle, la tierra del cerdo criado con bellotas y nunca he mi vida ni en visto ni he oído que las bellotas se vareen con una manguera de agua a presión.
- Quizá eso se pasó de moda. Quizá lo moderno ahora sea lo de este señor.

Bastante extrañado por todo lo que he oído a este hombre, lo despido. Sigo pista adelante y precisamente ahora lo que más me llama la atención es el ruido del río que lo llevo a mi derecha por lo hondo del barranco.

DUEÑA DE LA LADERA -13~

El poder de los hombres es todavía
irrisorio y el ser humano se siente tan aplastado
por la naturaleza que tiende a dosificar sus fuerzas.

Voy yo descubriendo el barranco por la tan flamante pista forestal y se me va llenando el alma del día ya un poco avanzado, del rumor del río saltando las cascadas del cauce y el perfume esencial que sube por la ladera. El camino, primero sigue recto a media ladera y como se aleja del cauce, llega un momento en que traza una gran curva hacia la derecha y luego a la izquierda y empieza a hundirse buscando el río. No sé por qué, pero tengo la sensación que en esta curva debería existir una desviación que se fuera hacia el barranco del Cerro de Las Albaldas y al cortijo de la Cruz del Muchacho. Miro y por más que busco, no veo ni pista ni senda.

Y estoy yo empeñado en encontrar un camino sin que ni siquiera venga indicado en el mapa que tengo, cuando me sorprende el escándalo. Miro hacia la solana y lo descubro: desde los cantiles del farallón rocoso de la ladera el águila perdicera se ha lanzado a por su presa. Una chova que busca su alimento por entre las encinas de la solana. Se ha lanzado a tierra en picado y sobre la presa localizada desde lejos y durante unos segundos hábilmente la persigue por entre los pinos y las encinas. Su esbelta silueta y sus alas relativamente finas llenan de elegancia el vuelo.

No es la primera vez que yo las veo por estas sierras persiguiendo a sus presas y por eso las conozco bien. El águila perdicera ocupa el lugar del águila real en la región mediterránea y en algunas comarcas semiáridas del Este. Como ella, es sedentaria en la edad adulta y permanece en su territorio, que ocupa 10.000 hectáreas o incluso más. Los jóvenes vagabundean y algunos individuos europeos se van hasta Africa. En el Sur del Europa frecuenta los carrascales secos salpicados de arbustos bajos, pero también los matorrales espesos; construye su nido en acantilados que domine estos paisajes. Como otras rapaces diurnas, tales como el águila vocinglera y el águila calzada, la perdicera presenta dos tipos de coloración que no tiene nada que ver con la edad ni con el sexo. Algunos ejemplares tienen la parte inferior del cuerpo blanca, marcadas de pavesas pardo negro sobre el pecho, mientras que en otras esta parte del plumaje es leonada.

Se ha dicho que las rapaces diurnas atrapan sus presas por sorpresa. A veces, les es preciso perseguirla largo tiempo, acecharlas y espiarlas pacientemente sobre las montañas, sobre las praderas o sobre los bosques. Para eso, debe ser aptas para volar muy rápidamente o, en otro caso, para planear durante horas. Sus alas tienen, por lo tanto, una forma diferente según su género de vida. Las de los halcones, aves rápidas, son generalmente estrechas y puntiagudas; las de los gavilanes y azores, mucho más anchas. Estos últimos se desplazan aprovechando corrientes de aire caliente ascendente. En unos diez minutos, pueden pasar de 1.500 a 3.500 m. Después de tomar altura, descienden en vuelo planeado a una velocidad que alcanza 80 km/hora. En Africa, uno de ellos recorrió 32 km. de este modo perdiendo solamente 520 m. de altitud durante este largo descenso.

Aves de presa, rapaz o depredador, estos son los tres nombres dados generalmente a las águilas, los ratoneros, los halcones, las lechuzas y los búhos. En realidad, también podrían aplicarse perfectamente tales denominaciones a las golondrinas, a los papamoscas y a las currucas: unos y otros se alimentan de animales vivos. La diferencia estriba en el tamaño de la presa: un águila captura pequeño mamíferos o aves; una curruca come insectos. Es una costumbre generalizada la de llamar rapaces a las aves de pico ganchudo y patas provistas de garras aceradas. Pero para el ecólogo, la golondrina común y el gavilán forman parte de la misma categoría: son todos depredadores, es de decir, animales que se alimentan a expensas de otras especies.

Al darme cuenta de lo que está ocurriendo ahí, a muy pocos metros de donde estoy, me quedo parado. Me oculto tras los troncos de un pino y como me arropan varias ramas de carrasca y enebros creo que quedo tapado a los ojos del ave. Espero un rato y no tardo en verla remontar vuelo. Desde el mechón de monte donde ha atrapado a su presa, alza el vuelo y con la chova entre sus garras se eleve en el aire. Arranca hacia el barranco y como el animal no me ha visto me cruza por delante casi rozándome.

Me quedo con el aliento contenido ante la visión de tan impresionante espectáculo. Como si de toda una montaña entera se tratara su figura, solemne y grandiosa, desciende por el viento lenta y suavemente. Sin apena esfuerzo ni movimiento ninguno. Sólo abriendo sus alas y dejándose llevar por el viento. Sin quererlo, del corazón se me escapa un ¡qué maravilla, Dios mío! Y luego que bella figura va descendiendo hacia el barranco al tiempo que remonta, aprovechando la corriente de aire para, sobre las cumbres de mi Cerro del Molinillo, girar hacia los cantiles de la ladera donde estoy, sin prisa me dejo empapar de la realidad que ante mis ojos tengo. Nunca en mi vida he vivido un momento tan emocionante. Nunca en mi vida se me ha mezclado con tanta fuerza la imagen de la realidad y el sueño. Nunca en mi vida podría yo creer que aves tan sencillas encerraran tanta belleza.

Durante un rato todavía sigo ahí, sentado en la roca, junto al camino y cuando quiero regresar es como si de pronto, todo el barranco se hubiera transformado en un mundo nuevo. Hasta el murmullo del río me parece otro. Chapoteando por espacios inaccesibles que más se parecen a sensaciones soñadas que a mundos terrenales.

CERRO HUECO -14 ~

Nuestro cuerpo conserva la memoria de
un mundo que late desde siempre.

Me lo habían dicho, pero yo no me lo creía demasiado.
- Si el cerro está hueco será que hay ahí una cueva.
- Quizá sea una cueva, pero hazte a la idea que no es la cueva clásica que normalmente se conoce. En esa gran bóveda no existen ni estalactitas ni estalagmitas ni corrientes de agua ni trozos de rocas caídas que te impidan el paso ni angosturas ni galerías.
- Entonces, ¿Cómo es ese agujero?
- ¿Tú sabes lo que es un iglú?
- Es una vivienda esquimal fabricada con bloques de hielo, dispuesta en forma de

cúpula y con una sola abertura.
- Pues así parecido es el Cerro Hueco.
- Pero es que no acabo de creerme que en estos montes exista un fenómeno así. Las grutas que por aquí pueden darse serán siempre galerías formadas por las corrientes de las aguas subterráneas que por lo general son muy caprichosas, muy irregulares y de ninguna manera se parece a lo que tú me dices.
- Te pasará como a mí: yo no me lo creía y hasta que no lo vi no quedé convencido del todo. Lo que pasa es que nadie sabe o muy poca gente sabe que existe esta cavidad y menos aún conoce en qué lugar se encuentra y por dónde tiene la entrada.
- Claro, porque ¿te imaginas la cantidad de turismo que vendría a ver un fenómeno como éste?
- Un fenómeno que por otro lado es una auténtica maravilla. No hay otro en toda España y yo creo que en el mundo entero no existe nada parecido. Puedes comprender ahora por qué este descubrimiento se mantiene tan en secreto y se habla tan poco de él.
- Pero ¿Tú lo has visto?
- Más de una vez y muy despacio.
- Al menos podrías decirme algo de esa tan bella cueva que conoces.

- La entrada está al lado norte, escondida entre mucho monte y muy cerca de una gran pared de rocas. Se encuentra casi al final de la ladera, muy cerca del río y casi en la base del cerro. Es una puerta pequeña que para entrar por ella tienes que agacharte. No cabe más de una persona por el agujero que es algo redondo aunque más alto hacia arriba que por los lados. Hasta la misma entrada no llega ninguna senda ni camino ni nada parecido. Es decir: que tú vas por allí andando y el que sabe dónde está el punto exacto sí lo encuentra, pero el que no lo sabe difícilmente puede llegar a la entrada. A un lado, al oriente, queda el barranco del río con un buen trozo de ladera todavía desde la entrada hasta lo hondo y al otro lado, al occidente, se alza la gran cordillera con toda la cumbre llena de castellones, rocas y arroyos que corren para ambos lados.
- Y por dentro ¿Qué se ve?
- Una vez dentro, lo primero que te sorprende es precisamente eso: su grandiosidad. El primer vistazo te deja la sensación de que todo el cerro está hueco. Una pura gran cúpula que te sobre coge por su amplitud hacia arriba y a los lados. Todo está lleno de humedad aunque no corre agua por ningún sitio y esto hace que las paredes estén recubiertas de mil plantas raras que casi nadie conoce ni sabe qué tipo de plantas son.
- ¿Y a dónde va esa gran cueva?
- Eso es lo que te preguntas enseguida y enseguida buscas. No encuentras que vaya a ningún sitio aunque sí: parece que va al río. Cuando entras por el agujero de la ladera sigues andando, sin subir ni bajar sino como si siempre fueras en el mismo plano y cuando acuerdas vas a salir al río. Por ese lado la gruta tiene una salida que tampoco nadie conoce.

Voy yo esta tarde llegando al río y antes de torcer la última curva que me deja exactamente en el mismo cauce y sobre el puente que lo cruza me acuerdo de lo que él me dijo. Por lo visto, cuando la gente salía desde la gruta, como en aquellos tiempos por aquí el río no tenía puente, para atravesarlo, siempre tenían que mojarse. Sobre todo en aquella época en que el río bajaba muy crecido. Por lo visto dentro de esta gigantesca cueva existe un filón de rocas blancas muy bellas. Quizá sean esas rocas de calcita blanca aunque creo que no son calcita sino otro tipo de mineral. Para protegerse de enfermedades por los remojones del agua en el río la gente cogía estas rocas y se juntaba todo el cuerpo con ellas. Podía luego irse con la seguridad de estar inmunizados para durante mucho tiempo, de muchas clases de enfermedades. Ya en aquellos tiempos sabían ellos que la tierra cura las heridas y también las enfermedades. Un baño de barro elimina toxinas a través de la piel, que los emplastos de arcilla mitiga dolores e inflamaciones, que el simple contacto de los pies desnudos con la tierra canaliza hacia el suelo el exceso de electrones que altera nuestro equilibrio energético.

Esto de la cueva, que ni siquiera sé cómo se llama ni tampoco en qué sitio del

parque puede estar, me tiene algo intrigado desde hace tiempo. ¿Qué podría yo hacer para descubrirla un día y comprobar, hasta donde se pueda, si todo o parte de aquello es verdad? Me tiene intrigado la cueva esta y ni siquiera sé por qué, cuando ahora esta tarde voy bajando hacia el río, me viene a la memoria tan particular historia.

EL ULTIMO TROZO DEL RIO -15 ~

Algunos hacen de la tierra
una simple metáfora.

Cuando ya la pista se encuentra con el río, lo que podría ser una maravilla y sin duda lo fue en otros tiempos y aún hoy, a pesar de todo lo sigue siendo, queda tronchado. Justo aquí mismo, sobre una roca de la derecha al borde de la pista, han escrito un mensaje. Primero pintaron de blanco toda la roca y sobre ese fondo en blanco, en negro han rotulado lo siguiente: "pista sin salida, prohibido el paso". Era de prever puesto que todas esas casas de la piscifactoría y el chalé más arriba son de propiedad privada. ¿Cómo van a querer y muchos menos gustar que los turistas andemos por entre sus tierras y sus cosas? Es suyo y sobra todo lo demás. Este es el primer impacto aquí en el mismo puente que ya ni siquiera es suyo y mucho menos el río, pero ¡qué más da!

Aquí me paro un rato dejándome llenar de esta corriente cantarina y dulce que parece no importarle nada ni mi persona ahora por aquí ni la de ellos con sus cosas, coches, alambradas y demás. Gozo despacio el aire fresco que sube de la corriente, el silencio y la soledad y pasado un rato sigo mi camino. Va la pista subiendo un poco por el otro lado del río y como ya por aquí he entrado en zona de umbría, veo que la vegetación es otra. Las pelusas, musgo trabado en los troncos y ramas, cuelgan por doquier. Es ello indicio de mucha humedad reflejada también en la espesura del bosque y la belleza de los pinos buscando la luz. Porque a ellos el sol les llega muy sesgado y en los meses invernales casi no les llega. Un rincón bello, muy bello, este del río que según mi orientación debe ir a parar exactamente al Puente del Hacha, por donde yo esta mañana quise trazar mi ruta, entrando en la dirección contraria en que al final he venido. Creo que ya no me queda lejos la carretera del asfalto por donde, si he calculado bien, debe encontrarse el puente.

Pero junto a la pista, en un rinconcillo, todavía antes de que aparezca la carretera, veo un coche aparcado. Algún turista, me digo y me aproximo. Bajo la encina que derrama su sombra un poco en la misma corriente del río y otro poco en un rodal de tierra en la misma orilla, lo veo sentado. Ha montado aquí casi una oficina. Una pequeña mesa plegable, un asiento también plegable, sobre la mesa un ordenador portátil, una impresora, algunas botellas de bebidas y muchos papeles. Como me llama la atención y veo que se me presenta una buena oportunidad de hablar con alguien sobre cosas de estas sierras, me acerco; Lo saludo y enseguida me dice:
- Aquí que estamos pasando el día y me he traído el ordenador para escribir todo lo que pueda.
Noto que me confunde. Como vengo vestido con tonos verdes, se ha creído que soy otro. No es la primera vez que me ocurre esto y desde luego nunca los saco de su confusión porque en el fondo ello tiene su pequeña gracia. Los aparatos que tiene montados aquí entre la corriente del río, son de los más modernos y sofisticados.
- Quizá te pueda resultar raro el que para escribir de estas tierras haya que venirse aquí, a la orilla del río Guadalquivir y ponerse bajo las ramas de una encina, muy cerca de la corriente, pero es que con todas estas cosas modernas uno se inspira más. La naturaleza tiene otro sabor. Les voy a demostrar yo a más de uno como deben comportarse con la naturaleza sin hacerle daño y sacar un buen partido de ella.

Algo más abajo, entre unas rocas que el río rodea con su corriente, veo que juegan varios niños.
- ¿A qué juegan?
- Son mis hijos que como se aburren entre estos montes, se han traído los videos juegos y ahí se han buscado un sitio para entretenerse en sus cosas sin molestarme a mí. No hay cosa mejor para los niños que el estar rodeados por la corriente de un río, sentados sobre unas rocas y dedicarse a jugar con todos sus aparatos modernos.
No termina de darme estas explicaciones cuando, por la parte de la solana, al otro lado del río, asoma un grupo de jóvenes que da voces.
- Papá, no vemos ni un espárrago.
- Pues seguid buscando.
Les dice el del ordenador. Lo miro y entonces se pone otra vez a darme explicaciones.
- Son los amigos mayores de mi hijo que para dejarme tranquilo les he dicho que se vayan a buscar espárragos. Por estos sitios debe haber muchos y lo que me gustaría es verlos asomar con un gran manojo en las manos. ¡Te imaginas qué cuadro más bonito para meterlo enseguida en el ordenador! Todo en vivo y sobre el terreno.

Lo sigo mirando sin atreverme a decirle lo que pienso. La verdad sobre esto de los espárragos en el mes de diciembre y en este rincón de la sierra. La otra verdad de estos niños con sus aparatos de juegos electrónicos sentados en la roca de la corriente del río y sobre todo, la verdad del escritor de naturaleza bajo la sombra de una encina junto al Río Guadalquivir. No me atrevo a decirle lo que pienso y sigo mi ruta dejándolos con sus cosas.

EL PUENTE DEL HACHA-16 ~

El ser humano pone el nombre
a los animales y a las plantas
y no encuentra su igual.

Ya esto y por el Puente del Hacha. Es este un paso sobre el Guadalquivir y el nombre hace referencia a una herramienta muy utilizada en estas sierras y que se relaciona directamente con la madera de los bosques. Hacha: herramienta cortante formada por una especie de pala con filo sujeta a un mango. Precisamente de este instrumento, más bien del uso de esta herramienta, es de donde deriva el oficio de hachero.

He pasado por este puente muchas veces, pero con la tranquilidad y el interés que ahora mismo tengo, es la primera vez. Y es que hoy, a partir de aquí, quiero irme hacia la solana del lado izquierdo que es por donde, según la fotocopia de mi mapa, está el cortijo de la Cruz del Muchacho. Desde esta mañana tenía yo previsto esto y ahora que ya estoy en el puente, que era como un punto importante en la ruta, me siento como si por fin hubiera logrado mi objetivo. Así que me quedo por aquí como si en el fondo quisiera o tuviera necesidad de empaparme bien de este puente, su río, el sol que lo besa y los paisajes que lo rodean.

Hoy es todo un puente moderno soportando el ruido de los coches que de vez en cuando lo surca, pero a través del tiempo me parece ver aquel primer paso en esta angostura del cauce. Entonces no había ningún puente. Pero como sí era esto un paso que la gente utilizaba para moverse por este valle, lo primero de todo fueron unas rocas para saltar de una a otras, hasta alcanzar la orilla opuesta. No existía más puente que estas piedras que era necesario sortear con mucho cuidado para no caer al agua. Aun así, cuando el río bajaba lleno, cosa muy frecuente en aquellos tiempos, no era posible cruzar este río por donde hoy se alza el puente. Digo vadear y la verdad que junto a este puente no existía ni existe ningún vado sino una pequeña cerrada. Aunque tan lejanos estén aquellos días me parece ver con claridad la gente acercándose al lugar, dar algunas vueltas por la lomilla y entre dudas y observaciones por fin bajar hasta el mismo borde de las aguas, dar un primer salto para aproximarse y ayudándose del compañero, entre palabras de ánimo y algún pequeño problema, atravesar la corriente y llegar a la senda.

Después fueron las tablas que también unían ambas orillas con algo más de comodidad, pero sin dejar de tener su riesgo. Trazaron luego la carretera y entonces hicieron el puente de acuerdo a los tiempos y las necesidades. Tiene su interés aquellos proyectos para la construcción de la carretera longitudinal por este valle.

Ultimamente alguien me ha dicho y no sé dónde, que aquí, junto al mismo puente, a uno de ambos lados o quizás incluso a los dos lados, podrían construir un gran supermercado.
- ¿Te imaginas lo que sería una hipermercado moderno en este sitio de la sierra aprovechando estos cerros para hacer aparcamientos subterráneos?
Y dije que no; que no me lo imaginaba, porque me costaba mucho ya que estos montes están dentro de las tierras de un parque natural y en la cabecera de un río. Quizá sea necesario dejar que durante un tiempo más, las aguas que corren por aquí, sigan limpias aunque ahora mismo estoy viendo algunos letreros que alguien ha arrancado y están tirados en el mismo cauce por la parte de abajo del puente.

CORTIJO LA CRUZ DEL MUCHACHO-17 ~

Las costosas declaraciones de espacios naturales y protegidos, esa garantía demasiadas veces desvencija, incluso por sus responsables, no se merece tantos golpes bajos, tanta traición.

Tengo que dejar claro que el cortijo que lleva el nombre de la Cruz del Muchacho no es este que ahora mismo estoy viendo, mientras voy cruzando el Puente del Hacha. Pero como desde esta mañana lo vengo buscando como objetivo central de esta ruta mía, éste que ahora veo aquí mismo, me llama la atención. Es por esta zona y no muy lejos de este punto donde debe encontrarse el cortijo que busco. Mi fotocopia de mapa así me lo indica, teniendo en cuenta que entre el mapa, los mapas y la realidad siempre encuentras diferencias muy notables.

El caso es que como por entre las encinas de la ladera estoy viendo las paredes blancas de un edificio y es por aquí por donde creo debe de estar el cortijo, en cuanto termino de cruzar el puente, dejo la carretera. Ni siquiera busco la entrada, el camino que intuyo desde la carretera debe apartarse y subir al cortijo. Debe ser así porque un edificio como el que estoy viendo y tan cerca de la carretera nadie se cree que no tenga una pista que lleve hasta la misma puerta. Yo lo intuyo, pero cojo y me vengo monte a través nada más terminar de cruzar el puente. No hay senda por aquí y aunque dejo de ver el edificio en cuanto me interno en la vegetación, como sé por donde está, subo rápido y en cinco minutos ya estoy a menos de diez metros de él.

Y enseguida mi sorpresa: no es un cortijo sino un gran chalé lleno de placas solares, antenas, ventanas con cristales, aparcamientos para coches y tubos de plástico que vienen desde la parte de arriba. Por ahí, por la parte de arriaba, sí veo el cortijillo. Una construcción pequeña, derrengada, casi escondido en la depresión del arroyuelo y muy bien arropado por las grandes encinas. Sin buscarla, también me doy de bruces con la pista que ya intuía y en muchas mejores condiciones de lo que podría esperar. La han arreglado muy recientemente y enseguida adivino que ha sido para subir a este chalé con la máxima comodidad. Desde lejos lo observo y un poco desconfiado, porque ya he dicho que no me hacen mucha gracia estas construcciones en medio de los parajes de este Parque Natural y no tardo en descubrir que aunque quisiera acercarme, no puedo. Fea, soberbia fría, la valla metálica casi nueva, se me pone delante impidiéndome el paso. Recoge dentro de sí un buen trozo de tierra, la mejor que por aquí veo, una pequeña llanura fértil, bella y llena de encinas y en su centro, justo en el centro del cercado, se alza el flamante edificio.

Tomo la pista, que además de subir a este soberbio edificio, sigue ladera arriba como si pretendiera llegar hasta la misma cumbre de las Albaldas. No llega hasta ese punto ya que se queda por la mitad de la ladera justo en la puerta de otro edificio que por ahí arriba también alguien se está construyendo. De esto me he enterado unos días más tarde y luego más adelante hablaré de ello. No hace mucho que han metido por aquí máquinas para dejar flamante la pista. Lo han conseguido. La tierra está casi recién movida y, además, le han puesto una capa de graba y albero. Mientras la subo voy descubriendo todos estos detalles y al mismo tiempo

me vengo diciendo que si fuera más temprano, seguiría subiendo hasta llegar al final para ver así a dónde lleva y por dónde acaba este camino.

Me he remontado tanto que el reluciente edificio se me ha quedado bastante atrás y ya por aquí dejo de tener alambrada que me impida irme en la dirección que llevo. Así que cuando ya estoy casi a la altura del derrengado cortijillo, dejo la pista y por el lado derecho me aparto de ella buscando la ladera verde que veo por entre las encinas. Hay por aquí muchos juncos porque es aquí mismo donde brota el manantial que ha sido recogido en tubos para que el agua vaya al chalé. Lo que me esperaba: como el cortijo es uno de los buenos, de los que tienen identidad porque es de los de aquellos tiempos, no podía faltar el manantial que le daba la vida. Avanzo unos metros y sobre el viejo y podrido tronco de una encina caída, sin duda por el peso de aquellas nevadas grandes de años atrás, me sitúo frente a las ruinas del pequeño cortijo. El paraje es bellísimo y extasía contemplarlo desde aquí. Los silencios, los murmullos blandos de la naturaleza, el batir de las aguas del río algo en lo hondo, el rumor de las hojarascas y todo resulta magnífico. Sobra todo, una cosa: la blanca casa que tengo por debajo de mí y todo lo que alrededor de ella y sobre ella han montado. Sobra por aquí eso y el destrozo que sobre el paisaje han tallado para modelarlo.

LAS CIERVAS -18 ~

Desde luego que tenían razón cuando pensaban que los habitantes de estos cortijos serranos tenían que irse y dejarlos abandonados. Digo esto porque ellos sabían mejor que nadie que la gente de estos cortijos eran una amenaza para los animales de las sierras y en las zonas del coto más aún. Habían visto muchas cosas y aunque algunas las callaban, aquello se lo guardaban dentro y tarde o temprano salían fuera de las formas más inesperadas y casi siempre orientadas a la expulsión de más gente de sus cortijos.

Por ejemplo: aquella mañana se fueron a dar un paseo por el campo y lo primero que hicieron fue acercarse al cortijillo de las encinas. Querían ver el pequeño sembrado de trigo que el dueño del cortijo tenía en la laderilla del manantial. Empezaba entonces a alzarse el sol y como el barranco de la sementera era querencioso para las ciervas, toda la noche por allí habían estado pastando una manada de seis o siete. Pero el dueño del cortijo madrugó más. Sabía él también que por allí estaban las ciervas y como, además, sabía que una de las cosas que los animales buscaban por aquellas tierras era la sementera, uno de sus intereses era precisamente eso: proteger aquel trigo suyo de la depredación de las ciervas. En cuanto se acercó a la sementera las vio. Les había entrado por la parte de abajo y por el lado del manantial ellas estaban liadas con el trigal.

Un poco más abajo, por donde ellas siempre huían, el dueño del cortijo les había puesto un lazo. Ya estaba harto de sembrar trigo y criarlo a lo largo de todo el año y que luego vinieran las ciervas y se lo comieran. Estaba harto y como no quería liarse a tiros con ellas, lo que ideó fue poner un lazo de alambre de acero a ver si así cogía alguna y las otras escarmentaban. Y fue justo en aquella mañana y en aquel momento cuando una de ellas quedó enganchada en el lazo. En cuanto salió del cortijo la vio y se fue por la parte de arriba. Iba ya muy cerca de ellas cuando por la lomilla asomaron ellos. Los vio él también y en estos momentos las ciervas salieron huyendo por el lado de donde estaba el lazo.

Tal como iban corriendo una de ellas se enganchó y empezó a dar grandes saltos por entre el sembrado. El hombre del trigal se encontró en un gran apuro porque ellos estaban allí mismo y la cierva no dejaba de dar saltos por el trigal enganchada en el lazo. Por unos momentos no supo qué hacer. Si no cogía a la cierva la descubriría y vería lo que allí estaba sucediendo y por supuesto, cogido infragantis, con el delito en la mano, sería motivo para complicarle la vida casi para siempre. Pero si cogía a la cierva para que ésta no diera más saltos y dejara de verse lo que allí pasaba, el problema aún podría ser más gordo. Lo pensó unos segundos y enseguida actuó. Se fue hacia la cierva, la sujetó y hábilmente le asestó unos golpes dejándola sin vida. "Ya está, si ellos no me han visto, aquí no ha pasado nada. Me quedo quieto durante un rato sentado entre el trigo y cuando se

vayan me llevo a la cierva al cortijo y ya tengo carne para mí y mi familia durante una temporada". Se dijo.

Pero no saldría todo tan redondo. Desde la lomilla los dos lo habían visto todo. Entre sí, se dijeron:
- Luego dicen que no; tú has visto como yo lo que acaba de ocurrir ahí, en la laderilla. Si ahora mismo bajamos y lo multamos y empezamos a complicarle la vida para que abandonen estas tierras y el cortijo, todos los de los otros cortijos dirán que los ingenieros somos unos tales y unos cuales.
- Tiene razón el señor ingeniero ¿Qué hacemos?
- Desaparecer. Dar media vuelta e irnos por donde hemos venido y así creerá que no hemos visto nada. Ya veremos luego qué hacer con este caso y otros como éste.
Así que ambos pusieron en marcha lo que habían pensado: dieron media vuelta, se ocultaron tras la lomilla y en poco rato se alejaron del lugar.

El hombre de la cierva los vio y por un momento creyó que ya estaba salvado. Vio el cielo abierto aunque enseguida cayó en la cuenta que aquel comportamiento no era normal. Pensó él que no tardarían en volver y para que si esto sucedía y no vieran la cierva allí, enseguida puso mano a la obra para ocultarla dentro del cortijo. Mientras trabajaba intentando borrar las pruebas el miedo se lo iba comiendo por dentro y para darse ánimos a sí mismo se puso a madurar en su mente las palabras que pronunciaría a su favor.

"El trigo es el trozo de pan tanto para mí como para mis hijos y mi mujer; si las ciervas se lo comen yo me moriré de hambre. No estoy contra el coto ni los animales del coto, lo que pasa es que ¿dígame ustedes qué hago yo para salvar mi trigo? ¿Dejo que se lo coman todo y nosotros nos morimos de hambre?"

Esto o cosas parecidas es lo que el hombre pensaba decir en su defensa cuando lo acusaran de aquel delito. Pero ellos, sabían que uno de los castigos más grandes que a aquella gente se les podía infringir era precisamente este: hacer que se sintieran culpables en su propia tierra y casa y dejar que aquella culpabilidad se los fuera comiendo por dentro.

EL AVISO -19 ~

Estoy exponiendo estas reflexiones porque aquel día, una vez más, se repitió la escena. Al cortijo no fueron ellos. Sólo uno fue a otro cortijo cercano cuyo dueño era amigo de la familia que vivía en el cortijo del trigal y a los habitantes del segundo cortijo el guarda les dijo:
- Te acercas al cortijo de tu amigo y le dices que de parte del sabes, que vaya el lunes a verlo al pueblo.
- ¿Qué es lo que pasa?
- Ni siquiera lo sé, pero a ninguno de los dos nos importa mucho. Sólo se nos pide que cumplamos.

Aquella misma tarde el del cortijo de la llanura subió al cortijo del trigal y le transmitió el mensaje al hombre de la cierva.
- ¿Para qué me quiere?
Preguntó.
- Por lo que he podido sacar creo que tienes que poner unos sellos en unos papeles y firmar no sé qué. Parece que es un asunto relacionado con algo de cuando estuviste en la mili.
El del cortijo de la llanura se fue y éste otro del cortijo del trigal se quedó lleno de preocupación. ¿Para qué me querrá? ¿Será para echarme fuera de este terreno? ¿Por qué no ha venido él a decírmelo? ¿Por qué tengo yo que ir al pueblo? ¿Qué me pasará ahora? Porque sí él viene aquí podríamos hablar y como dice el refrán: "hablando se entiende la gente".

Todo el día y toda la noche estuvo el pobre hombre con su temor acuestas. Con su inquietud, su desolación y ya empezó a vivir esa situación de indigencia e injusticia que le destrozaba como persona. Temía que lo echaran de las tierras y como él también era persona de sentimientos y corazón ya estaba experimentando

lo más doloroso de aquel drama: el sentirse no ya maltratado injustamente sino hasta despreciado en su propia condición de persona. Le iban a dar un gran palo precisamente donde más podía humillarlo. "¿Será esto para que me entere de una vez y me someta a lo que ellos quieren y deje de lanzarme a mis cosas personales?"

Fue al pueblo al otro día por la mañana. En cuanto amaneció se puso en camino y ya cayendo la tarde llegó a la casa del que le había llamado. Llamó a la puerta y le dijeron que no estaba allí, pero que le habían dejado dicho que si venía ese hombre del cortijo de la sierra que firmara los papeles y se fuera.
- Aquí están. Sólo tienes que firmarlos y poner unos sellos aquí en esta esquina.
- Pero si firmo ¿qué me va a pasar?
- No te va a pasar nada. Son cosas que hay que hacerlas porque según dicen, son buenas para vosotros.
- ¿Y dónde está él? Quisiera verlo para hablarle.
- Es que se ha tenido que ir.
- Lo que pasa es que este hombre siempre fue un buen amigo mío. Si lo pudiera ver creo que podríamos arreglarlo todo porque, además, lo que me preocupa es precisamente esto: que no dé la cara. Que no me lo diga él personalmente; que me explique qué es lo que pasa. Si lo pudiera ver hablaríamos y seguro que las cosas podrían arreglarse.
- Lo siento, pero ya te he dicho que no está.
- ¿Y cuándo va por la sierra?
- Eso es cosa suya.
- Es que si no va por ahí ¿a quién voy a acudir yo para contarle la preocupación que tengo?
- Lo siento, pero eso no es asunto mío.

Dos o tres horas estuvo recorriendo todas aquellas calles del pueblo para arriba y para abajo con el deseo de verlo para hablar con él. No lo encontró por ningún sitio aunque más de una persona le dijo que lo habían visto en su casa.
- Que allí no está porque es lo que me han dicho a mí.
- Pues allí lo he visto yo esta mañana y no hace mucho.
- Entonces ¿Por qué me han dicho a mí que no está?
- Te habrán metido, pero yo lo he visto.
- Pero si está, ¿Por qué no quiere verme?
- Eso tendrás que saberlo tú.
- Es lo que deseo saber, pero si no lo veo ¿cómo voy a salir de esta duda?
- Pues en su casa sí está.

El hombre pensó quedarse aquella noche por allí y esperar a ver si lograba hablar con él. Pero no, ya oscureciendo el hombre del cortijo del trigal salió del pueblo. Cansado, triste, desolado, se alejó de aquellas casas y se adentró por los caminos de la sierra con el deseo de llegar al cortijo sobre media noche. Pero cuando él llegara a su cortijo, a su trocito de tierra, en medio de la soledad de aquellas cumbres ¿qué iba a decirle a su familia? ¿Cómo iba a poder seguir viviendo en aquellos campos con aquella inquietud tan grande? ¿con qué ilusión, con qué motivación, esperanza o alegría se iba a poner a trabajar en las tierras que tanto quería y él sentía como suyas?

LAS CIERVAS DE ESTA TARDE -20~

Subía yo esta tarde pista adelante, nueva para mí porque es la primera vez que vengo por aquí, y en cuanto he visto el cortijillo de la ladera bajo las encinas, me he querido ir hacia él. No he podido porque la valla del chalé de las antenas y las placas solares me lo impide. Así que subo un poco más y cuando ya tengo rebasada la alambrada, dejo la pista y por el lado derecho me vengo atraído por las paredes blancas del cortijo, las encinas que lo arropan y la pequeña laderilla que estoy viendo. Nadie me lo dice, pero enseguida me digo a mí mismo que esta ladera es aquella donde las ciervas cada noche se comían el trigal. No sigo ninguna senda sino que por entre los juncos, las encinas, los majoletos y las zarzas me vengo tapando por si acaso hubiera gente en la vivienda. No es que tenga que

ocultarme de nada, sino que si hay gente tengo la necesidad de presentarme en actitud de respeto y cariño hacia ellos. Si no vive nadie aquí, da igual. Sólo necesito aproximarme y observar también lo que me apetezca, respetando por supuesto, aquello que haya que respetar.

Tengo una intuición y enseguida se me confirma: al ver la hierba tapizando todas las tierras que rodean el cortijo y la ladera que baja hasta los juncos del arroyo, enseguida pienso en ciervas o jabalíes pastando en el lugar. Me voy tapando con las encinas y desde el repecho de enfrente las veo. Seis ciervas plácidamente comen su hierba en las mismas paredes del cortijo. No me ven ellas a mí y como les voy entrando en contra del aire, tampoco les da el olor. Me aplasto por entre los juncos y casi arrastrando consigo ponerme a menos de diez metros de la pequeña manada. Y ahí me quedo; en la misma depresión del terreno por donde el arroyo y el manantial se quiebra. Las observo despacio porque siento una emoción especial y enseguida en mi mente se me amontonan los pensamientos. No son estas, desde luego, las ciervas de aquel día del trigal y tampoco parece que lo sea el cortijillo, pero la imagen es casi la misma. Este cortijo que ahora mismo tengo ante mis ojos está abandonado, no vive nadie en él y las tierras que le rodean sí fueron tierras de cultivo en aquellos tiempos aunque ahora mismo no son nada más que erial. Todo se ha quedado aquí sólo para gozo y disfrute de estos animales. Nadie en el cortijo a fin de no perturbar la vida de los ciervos porque así es mucho mejor según ellos. ¿Sería esto lo que pretendía?

- ¿Pero y el chalé casi en las mismas tierras donde aquel día estuvieron las huertas del cortijo?
- Eso es otra cosa. Aquella gente tenía que irse porque así lo mandaban las leyes del momento.
- Y ahora vienen otros y se hacen el chalé pegado al cortijo y, además, lo vallan para que sea más suyo.
- Pero esto ya es otra cantar.
- Lo dirás tú, porque yo opino otra cosa.
- Opinarás que han sido demasiado crueles con unos y demasiado benevolentes ahora con otros, pero tienes que entender que son épocas distintas y, además, esta gente no son como aquella gente.
- ¿Por qué no?
- Aquellos eran pobres; no sabían ni leer y por no tener ni siquiera tenían amigos en la administración. ¿Quién les iba a proteger a ellos?
- Pero es que esos principios...
- Lo serán, pero es lo que funciona y vale en esta época y sociedad.
- Mas yo creo que si se trata de respetar, cuidar y conservar el monte, su aire y sus aguas, la obligación y el cumplimiento de las leyes es para todos.
- Para todos, pero con excepción. Siempre fue así.
- No lo entiendo ni lo entenderé nunca.
- Pues tendrás que aguantarte porque como tú hay muchos y se aguantan, porque a ver ¿Qué solución le darías tú?

POR LAS TIERRAS DEL CARRASCAL -21 ~

En el ambiente de la tarde
flota ese aroma de ausencia,
que dice al alma lastimosa:
nunca y al corazón: espera.

Una vez que ya mi pequeña manada de ciervas se ha espantado y me han dejado solo frente a la soledad del cortijo, de la tarde que ya va cayendo y del aroma de ausencias sobre esta pequeña ladera, después de curiosear las ruinas de la chimenea, las habitaciones, la pila de la puerta y la pequeña entrada, me vengo hacia la parte de atrás. El establo está separado del cuerpo de la vivienda y también en ruinas. Hay un montón de piedras por el lado Este y sobre ellas me sitúo. Por el agujero lateral que hacía, y ya casi no sirve para nada, las veces de ventanuco, me asomo a ver qué puedo encontrar por aquí. Porque parece como si quiera encontrar lo que ya es imposible que exista. Como es la parte más alta aquí descubro las alpacas de paja todavía ahí amontonadas. La parte del establo para

los animales es abajo y sobre las vigas del techo, en lo que podría ser la buhardilla, es donde se guardan las alpacas. Es así para que la humedad no las pudra aunque ahora las esté pudriendo el tiempo y la soledad.

Me voy luego para la parte del chaparral que es el lado Este por donde descubro un camino y antes de adentrarme en la espesura de las encinas, me tropiezo con la era. La era se necesitaba para trillar y aventar las mieses y como en todos los otros cortijos de la sierra, en éste no podía faltar. Aquí la excavaron en la misma ladera, totalmente redonda, pequeña y en el mejor sitio para que le entre bien el aire porque se necesita para separar el grano de la paja. Desde aquí mismo, desde la era, sigue el camino, que es bueno, casi con trazado de pista, pero sin llegar a serlo y por él me voy yendo yo. Según la fotocopia de mi mapa, por aquí debe caer el cortijo del Carrascal, si es que no es éste mismo que voy dejando a mis espaldas que como otros tantos nombres en esta sierra y más en este valle, en los tiempos en que vivimos, ha pasado a otras cosas además de cortijo.

La senda es de lo más emocionante puesto que sigue la misma dirección que la carretera, pero elevada sobre la ladera, rodeada de silencios, de sombras por los encinares y con una visión espléndida. Las encinas le da aún mas grandiosidad. Son centenarias con troncos enormes y vuelos que cubren un montón de tierra. Con razón veo por aquí tanta fauna: aves y ungulados y porque es invierno que si no, todo el rincón estaría lleno de mariposas, culebras y un montón más de micro fauna terrestre. Como ya es tarde, casi las cinco y media, y como a estas horas aún no me he parado a comer y como, además, ya no puedo seguir alejándome más del coche porque tengo que regresar y el día va cayendo, decido parar. Me siento en el borde del camino y bajo el amplio bosque que por encima de mí tejen las encinas, me pongo a comer. Mi comida, desde hace mucho tiempo en mis visitas por estas sierras, se compone de: trocitos de pechuga de pollo fritos al ajillo. Se prepara rápido y me las hago yo mismo, se transporta con bastante comodidad en una pequeña fiambrera o en un bote de cristal, es nutritiva y evito perderme en una montaña de productos como nos pasaba al principio y sucede a tantos por estos montes. Si te descuidas, a veces te traes, se traen una tienda entera de comida aunque sólo estés unas horas por estas montañas.

En viente minutos he completado mi comida que ya he dicho consiste sólo en unos pequeños trozos de pechuga al ajillo, pan integral y agua. Nada más y es más que suficiente para una sola comida que es lo que me va a dar tiempo hoy, pero mientras me voy comiendo estos deliciosos bocaditos, como me encuentro remontado sobre el valle y la carretera de los turistas pasa por abajo, al verla y ver los coches se me viene a la mente el recuerdo del aquel proyecto de “camino longitudinal del Río Guadalquivir”. Fue por el año 1941 y como precisamente guardo por aquí algunos textos de él los leo y veo que dicen lo siguiente:

“Es de importancia extraordinaria la construcción de este camino, por ser la única vía de saca de la masa forestal del estado y particulares, enclavadas en la cuenca del Río Guadalquivir, así como de sus principales afluentes Borosa y Aguamulas, especialmente la zona comprendida entre la Cerrada de Utrero y el Pantano del Tranco. Antiguamente los procedimientos utilizados para verificar la saca era la flotación a lo largo del Guadalquivir, pero en la actualidad se halla cortada por la construcción del pantano antes citado, que si bien no sería obstáculo infranqueable, es preferible la saca por carretera a la efectuada por flotación, aun teniendo en cuenta el bajo coste de esta última, puesto que no sufre depreciación la madera.

El itinerario de los productos del monte será hacia el Tranco, de aquí a Villanueva del Arzobispo para enlazar con el futuro ferrocarril Baeza-Utiel y con la carretera de Jaén a Albacete, pudiendo por este medio contar en el punto final de esta carretera con una posibilidad de 18.000 m.c. anuales. Su importancia aumenta por servir de unión entre las Sierras de Cazorla y Segura, de sumo interés forestal, comunicando o enlazando los comercios de los pueblos de ambas serrerías.

Nos ocupamos en la presente memoria de la descripción del trazado del trozo II.

La composición o naturaleza del terreno por donde se desarrolla nuestro camino es de arcilla y marga del Tríasico con algunos crestones de rocas calizas, unas veces en franca descomposición, otras presentando caracteres tobáceos y otras, no menos abundantes, en bloques duros que servirían para suministrar excelente piedra a la construcción de las abundantes obras de fábrica que necesariamente han de efectuarse a lo largo de su itinerario. Se desarrolla el citado camino por la ladera derecha del Guadalquivir con rasantes horizontales que suman más de la mitad de longitud del trozo y el resto con diversas pendientes, siendo la máxima la de 6'10%. Comienza a la terminación del primer puente sobre el Guadalquivir, punto extremo del trozo primero, siguiendo una media ladera de fuerte pendiente transversal, parte más dificultosa del trazado; continúa después por la vega del río que ensanchándose en este lugar forma múltiples lomas y depresiones y que el camino atraviesa cruzando una serie de propiedades particulares a partir del vértice 36 para llegar a la orilla del río pasándolo aguas abajo del denominado "Vado de los Carreros" en la propiedad del Chaparral.

Trazado horizontal. El comienzo del trazado viene fijado, como antes se ha dicho, por el punto final del trazado primero; sigue después por la derecha del Río Guadalquivir, escarpada y rocosa, y así llega hasta el Cortijo de Vado Ancho el cual bordea por su parte superior pasando por una zona de dicha ladera en la que existen corrimientos; llega al Arroyo Frío que cruza por la parte posterior del cortijo del mismo nombre; abandona entonces la ladera para entrar en la parte llana y dirigirse a salvar el puerto que forma la ladera general con el Cerro del Molinillo, masa rocosa de ladera escarpada de situación inmediata al río. Desde este puerto y ciñéndose siempre al terreno rodea un mogote que sirve de ladera al Arroyo Salobre, cruzando éste pasa a los Prados de Molina, cuyo cortijo bordea, se dirige hacia el cortijo de Los Pastores de Polaino que deja a su derecha, atraviesa después, en la llanada que a continuación existe, dos profunda barrancadas o cárcavos producidos por avenidas invernales, acercándose después al río, de cuya orilla se había separado desde poco antes del Cortijo de Vado Ancho en la proximidades del Vado de los Carreros, propiedad del Chaparral, atravesando el río con un puente de hormigón, aguas abajo de dicho puente.

Las características de los radios de sus curvas son los siguientes: radios menores de 40 m. 5. Mayores de 40 m. y menores de 100 m. 30. Mayores de 100. 38 y las de sus alineaciones. La mayor alineación recta es de 358 m. La mayor alineación curva es 79 m. La suma total de alineación recta es de 3.577 m. y la suma total de alineación curva es de 2.610 m.

El perfil longitudinal tiene una rasante horizontal en 2.156 m. y se inicia después de una subida de 9'62 m. en 579 m. de longitud con el objeto de disminuir el desarrollo del trazado, con rasantes de las cuales la máxima tiene 2'5% en 273 m. Comienza el descenso alcanzando seguidamente el puerto del Molinillo a partir del cual se encuentra la pendiente máxima del 6'10% en 319 m. Pendientes suaves y tramos horizontales intercalados nos conducen al punto elegido para el paso sobre el río. Después del Cortijo de Vado Ancho y entre los perfiles 83 y 90 existen algunos deslizamientos que necesitan muros de contención. En el vértice 61 y entre los perfiles 199, 200 y 201 son necesarias obras para la visibilidad, que como ya indicamos en el primer trozo de este camino, supone un desmonte de 1 m. de profundidad en la dirección de la secante y 0'70 de altura sobre la calzada.

La anchura de la explanación se distribuye del modo siguiente: 6 m. de ancho de vía, de los cuales 5 m. son de afirmado y dos paseos laterales de 0'50 m. cada una. Las cunetas tienen forma trapecial con 0'80 m. de base mayor, 0'50 m. de base inferior y 0'40 m. de altura. El volumen total del desmonte es de 48.192'954 m3. de los cuales 31.359'814 m3. son de tierra franca. Para el paso de los múltiples arroyos y regatos empleamos tajeas modelos 1 de la colección oficial. Y sifones modelos 1 y utilizando, además, en el alcantarillado modelo 1 en el perfil 12, o sea, en el Arroyo Frío.

El río lo cruzamos mediante un puente en hormigón de 18 m. en tramos recto con estribos de 1'51 m. de altura colocados en las márgenes y fundados sobre

terreno rocoso. Por la inclinación de la ladera se hace preciso muros de sostenimiento que han sido calculados para cargas de 20 Tm. en el caso más desfavorable. Son de mampostería en seco con un talud vertical en su parte interior y una pendiente hacia el exterior. Al igual que en todo el trazado la piedra se encuentra en abundancia en todo el terreno que atraviesa, pero existen buenas canteras distribuidas a lo largo del trozo que determina una distancia media de transporte de 400 m.

Para la conservación de las obras durante el plazo de garantía de un año se asignan dos auxiliares con jornales de 9'04 ptas. La valoración total de las obras es de 638.483 ptas. incluyendo el puente sobre el río. Todas ellas se harán por la Administración. El coste medio por k. incluido el puente es de 103.173'50 ptas".

LA PISTA Y EL QUEJIGO -22 ~

Pasadas ya tantas horas y andando ya tanto terreno desde que este mañana me puse en marcha en Arroyo Frío, ahora me pongo en camino para regresar. Lo que he venido pensando y lo que voy a hacer es irme carretera arriba desde el Puente del Hacha hasta el coche. No he cumplido mi proyecto inicial. Bueno, lo he logrado un poco a medias y no exactamente tal como lo había pensado, porque al Cortijo de la Cruz del Muchacho no he llegado aunque sí intuyo que no me he quedado muy lejos. Tendría que seguir por la pista que he dejado al llegar a este cortijo de las ciervas. Intuyo que es por ahí, más arriba, donde se encuentra las ruinas que busco. Tendré que regresar otro día y recorrerme toda esa zona que, además, ya, desde aquí y esta tarde, me parece interesante.

Ahora desciendo y como desde donde estoy sí descubro con claridad la pista que sube al chalé este de la valla y las placas solares, ahora me echo por ahí. Así me cercioro desde qué punto de la carretera se aparta ese camino. Y el punto es precisamete la primera curva después del Puente del Hacha a la izquierda. El trazado se ve reciente y, además, como era de suponer, cerrado con la gruesa cadena y el candado típico ya en tantos otros caminos. Y como precisamente nada más arrancar desde la carretera hay un buen repecho han extorsionado violentamente el trazado para subir por la ladera en busca del chalé. En el repechillo que está un poco reguardado hacia el levante, aunque toda la ladera sea claramente solana, crece un pequeño bosque de viejos quejigos. Centenarios como tantos otros y majestuosos como no muchos otros. Cuando el trazado de la pista ha llegado a ellos ¿qué ha pasado? ¿algún problema?

Sin problemas. Las máquinas y después las sierras tienen potencia para cargárselos. Y eso es lo que han hecho. A unos pocos las ramas y a uno grande, desde la raíz, se lo han cargado. ¿Quién ha sido? Sea quien sea es un animal, porque ya se sabe que es sólo un quejigo, pero es que por este valle, cuando no es un árbol es una pista, un chalé, un manantial entubado, un trozo de pradera pisoteada por los caballos, un chorro de agua sucia cayendo al río o una valla. ¿Qué es lo que pasa aquí? Con el dinero todo se arregla y una vez el árbol cortado ¿A ver quién lo restituye?

Me acerco y como los troncos de los quejigos, robles para los serranos, cuando son tan viejos como estos, siempre están llenos de agujeros por donde se les pudre la madera seca, miro a ver si veo alguna ave rapaz. A los mochuelos y a los búhos les gusta mucho estos troncos viejos. Pero no. ¿Cómo va a vivir aquí un mochuelo si el tronco está tumbado en el suelo, con las ramas cortadas y destrozado el resto?

Lo que voy a hacer es escribir una carta al periódico de Jaén y contar esto del quejigo. No servirá de mucho, pero al menos alguno la leerá a ver así alguien siente vergüenza y se frena algo la desolación por este valle. Sé que estas cosas se leen porque el otro día me encontré con una sorpresa. Escribí yo este verano una carta al periódico y la publicaron. Resulta que ayer mismo cayó en mis manos el número 14 de la revista cultural de Cazorla "Clavileño". Empecé a ojearla y en la sección "Cazorla en la prensa, crónica de mayo a agosto", leí lo siguiente: "El Parque de Cazorla y las Villas. En la sección de cartas al director hemos leído con mucha

atención y participando en algunos de los puntos, una carta que remite José Gómez de Ubeda. Sus puntualizaciones van especialmente dirigidas a lo que él llama VALLE DE LOS TURISTAS, en donde >los hoteles rompen la belleza de estos paisajes, los chiringuitos vierten sus aguas sucias directamente al río, discotecas que en nada tienen que ver con el silencio bajo las estrellas y el chorrillo de agua que corre, lagos artificiales que se alimentan de las aguas que algo más arriba pisotean y llenan de excrementos los caballos en los que pasean a los turistas, coches y más coches y, además, precios que ni en hoteles de la máxima categoría en primera línea de playa< Termina su exposición con una relación de lo que le gustaría que fuese la sierra. No es difícil suponer conociendo lo arriba expuesto. Todo esto viene a confirmar una opinión, que hace años ya se expresó por varios colectivos, de la necesidad de que las plazas hoteleras se instalasen en los núcleos de población de la periferia del parque preservando el interior del impacto urbano que producen estos edificios. Hoy el tema está fuera de control".

Así que sobre esto del roble y la pista voy a escribir otra carta al periódico donde diga que "uno de estos días me di una vuelta por el valle de los turistas. Acostumbrado como esto yo, cada vez que por esta zona voy, a encontrarme toda clase de atentados contra la naturaleza, no me iba a coger de sorpresa lo que hoy viera por el lugar, pero una vez más me equivoqué: sí me sorprendí de nuevo.

Un puente, el histórico y hermoso Puente del Hacha en el Río Guadalquivir, algo más abajo de lo que fue la aldea del Arroyo Frío hoy extraño complejo turístico, sin personalidad, sin raíces y sin identidad. Pasando el puente, dirección al Pantano del Tranco, en la primera curva a la izquierda, movimientos recientes de tierra. ¿Qué se construye? Una amplia pista que en principio va a un chalé también reciente con varias plantas, placas solares, vallas metálicas flamantes y tubos de plástico para llevarse el agua de los manantiales que algo más arriba surtían al cortijillo abandonado y casi en ruinas. Una vez aquí, la pista sigue, pero da la impresión que en principio viene para traer la comodidad al chalé. ¿Y qué pasa aquí? Por ejemplo, con la pista: como tiene que subir por ahí mismo y no por otro sitio y como da la casualidad que ahí mismo hay un pequeño bosque de quejigos, centenarios casi rozando la categoría de milenarios, algunos estorban para que la pista pase. ¿Hay problemas? Se coge una gran máquina, la misma que rompe tierra, sabinas, enebros y rocas y se arremete contra el quejigo.
-¡Pero hombre que eso es un crimen!
- Hay muchos por estas sierras y uno menos no se va a notar.
¿Por qué yo voy a privarme de una pista para ir a mi chalé y de una piscina para bañarme en verano con el agua del manantial de la ladera?
- ¿Quién o quienes son entonces los que pueden ordenar un poco tanto desastre por este valle antes de que sea demasiado tarde?
- Quizá la administración, pero... si tu supieras lo que yo sé. Sino veo ejemplos ¿Por qué voy a tener que cumplir unas leyes que se hacen para todos menos para algunos?

Concluyo diciendo que el quejigo ahora está ahí, arrancando, troceado, para todo el que lo quiera ver como lo he visto yo. También la pista con su flamante cadena y candado, el chalé y otras cosas más. ¿Quiénes son los depredadores de estas maravillas por este precioso valle? Me dijeron que un día me contarán todo lo que saben, pero por si acaso es demasiado tarde ¿Por qué alguien no toma medidas eficaces poniendo algunos frenos por aquí para que todavía, cuando pasen diez años, nos quede un poco de aquel espléndido valle de hace diez años atrás? Porque según me dicen, antes de que esto fuera Parque Natural, el valle sí era casi el corazón de un majestuoso mundo natural y no ahora que a lo que más se parece es a una extraña creación artificial".

Esta será la carta que mandaré al periódico para que la publiquen a ver qué pasa. Pero mientras tanto, quizás como contraste y paradoja, el otro día, el director de este Parque decía lo siguiente en el mismo periódico donde yo pienso mandar mi carta: "La Unesco ha admitido la ampliación de la declaración de Reserva de la Biosfera a la Sierra de las Cuatro Villas. En el año 1983 había otorgado tal título a las Sierras de Cazorla y Segura, pero desde la declaración del Parque Natural, en

1986, los responsables de este espacio protegido venían solicitando que se extendiera dicha declaración a Las Villas, como así ha sucedido ahora. El director y otros responsables del Parque asistirán, el próximo mes de marzo, en Sevilla a la segunda conferencia Internacional sobre Reservas de la Biosfera, convocada por la Unesco y a la que asistirán más de 400 especialistas del todo el mundo para analizar el actual estado de conservación de los principales ecosistemas del planeta.

Cazorla, Segura y Las Villas es la reserva de la Biosfera de mayor extensión de las 31 existentes en España, cinco de las cuales se encuentran en Andalucía. En todo el mundo son 324 reservas de la Biosfera, localizadas en 82 países. Para el director de este Parque el objetivo de este congreso mundial no es sólo abordar temas relacionados con la conservación sino hacer compatible el desarrollo de los pueblos con la conservación de esos lugares estableciendo para ello estrategias al respeto. En su opinión, es preciso que de este congreso salgan compromisos serios al tiempo que reivindica mayores ayudas económicas de la Unión Europea a las zonas declaras Reserva de la Biosfera".

EL ARROYO -23 ~

Voy ya preparándome para el regreso y como frente a este cortijillo y la pista que rompe el monte, no puedo hacer nada, me vuelvo hacia las llanuras que tengo a mis espaldas. Está por ahí el campamento del El Chaparral, finca y cortijo con el mismo nombre y por donde tengo pesando ir un día de estos. Más abajo cae el Cantalar, hoy vivero de la Junta de Andalucía y cortijo lleno de ganado en tiempos pasados. Queda por ahí cerca el Arroyo de la Teja y el Cerro de Cabeza Rubia donde también tengo pendiente un detallado recorrido para empaparme de esa hermosa leyenda de la pastora herida de amores.

El Arroyo de la Teja baja rasgando la llanura la cual desciende desde el pico de Roblehondo a 1375 m. y roza o atraviesa la finca de la Albaida, cortijo de Collado Verde y las minas también con el mismo nombre. Pues como todo el terreno es una gran llanura, con sus montículos, sus cortijillos y huertos, en una ocasión plantaron por aquí una gran alameda y fue entonces cuando esto empezó a llamarse "Los Llanos de la Olmea". Dentro de todo este complejo amplio y maravilloso mundo, existe un trocito, un rincón especialmente soñado y amado por mí.

Es por donde el arroyuelo cruza una pequeña llanura, roza una ladera que mira al poniente, se besa con el otro arroyuelo que también abraza a la llanura, pero por el lado del poniente y donde hay un pequeño vado, arropado por la sombra de las viejas encinas y se introduce por la espesura del bosque barranco abajo. Este es quizá el rincón más bello de toda la sierra y el que se te mete dentro del alma sin sentirlo. Es aquí precisamente donde aquel muchacho, pastorcillo de estas llanuras, todos los años amontonaba sus bellotas. Las recogía de acá y de allá, recorriendo todos los encinares de la llanura y a cada instante volvía a la llanura del pequeño vado. Primero soltaba un puñado, luego otro y otro y en unos pocos días el montón crecía como la espuma del río. Frente al delicioso montón de bellotas él se sentaba y cuando sus ovejas se acercaban por allí a cada una les iba dando su puñado correspondiente. Así que aquel punto resultaba el más querido por los animales y el más bello de toda la llanura. Y como las bellotas también son buenas para los humanos, las mejores, las más dulces, las de la encina del arroyuelo pequeño, siempre se las quedaba para él. De ellas llenaba los bolsillos y mientras contemplaba el rebaño, el arroyo y las otras bellotas allí amontonadas, se las iba comiendo. Un manjar fantástico que no olvido jamás y que cada vez que piso el arroyo por la zona del valle se me hunde hasta el corazón.

"A veces paseo por los alrededores de la casa en silencio, siempre meditando. Y en mis paseos me acerco hasta el rincón de las cuatro encinas, junto al arroyo. Como en aquellos tiempos, vuelvo a llenar mis bolsillos de los frutos de estos árboles. Las encinas crecen entre mi ventana y el arroyo que corre antes de llegar a la llanura. A ellas no llegó la destrucción cuando el desmantelamiento del terreno para la nueva construcción. Una de estas encinas, la más vieja y de tronco

retorcido, da bellotas gordas y redondas cuya parte comestible es dulce casi como las castañas. En otros tiempos, cuando existía la casita y yo vivía con mis padres en libertad por estos campos, mil veces había trepado el tronco de este árbol buscando su fruto. En cuanto llegaba el invierno y las bellotas maduraban, mañana y tarde visitaba este árbol y en él llenaba mis bolsillos de bellotas. Ahora, la encina se ha salvado y ha venido a quedar cerca de la ventana en que vivo.

Cuando voy dando mis paseos y me llego hasta ella, recojo del suelo o de sus ramas lo que tanto me gusta. Pero ahora, al ver esta encina, al sentirme de nuevo bajo la sombra de sus ramas, al contemplar en sus tallos sus negros frutos, al gustar al mismo tiempo la música que brota del arroyo que corre por debajo de ella, me pongo triste. Ya nada es como en aquellos tiempos y parece que cada día las distancias son más grandes. Cuanto late ahora en este rincón me remite a los días pasados, me lleva a las tardes de primavera cuando estaban aquí mis padres, ahora lejanos y perdidos en el tiempo. Hasta los frutos del árbol me parecen otros. Siento emoción sólo tocarlos, llenar con ellos mis bolsillos, cuando los parto con mi boca. Ellos no me saben como antes. Sus sabores son distintos, contagian sensaciones nuevas cargadas de significado. Quisiera compartirlos con las personas que estoy amando en mi corazón y al no poder siento pena. También siento pena cuando los pongo en las plantas de mis manos dejando que mi alma guste las emociones que ellos desprenden. Igual me pasa con las encinas cada vez que las observo". (Sueño de Juventud, J. Gómez)

REGRESANDO -24 ~

Es fundamental advertir que tu supervivencia, tu misma existencia depende de otros.

Así que esta tarde, reventando ya mi corazón de tanto bosque, sus silencios y este fantástico universo de eternidad, me voy viniendo carretera arriba en busca del coche. Puede parecer que ya me lo traigo todo conmigo, que ya me he empapado profundamente y lo único que queda por aquí es el cascarón de las cosas y es por completo al revés: no me traigo nada ni me vuelvo herido por haber sido tocado, una vez más, por el hálito de dulzura y belleza que en cuanto pisas, late. Y me quisiera traer conmigo no sólo el mundo que entra por mis ojos sino todo su pasado y algo de su presente. Quisiera cogerlo en mis manos y modelarlo según mis sueños y el latido de mi alma. Y quisiera, además, poderlo aislar del resto de los humanos para que no lo sigan rompiendo. Pero no sé siquiera para qué deseo y sueño tanto porque en cuanto me despisto y toco la tierra que estoy pisando, hasta el alma se me hunde. ¿Cómo es posible que puedan dañar tanto a lo que es tan bello y tanto amor ofrece? ¿Cómo es posible que entre nosotros los humanos quepa tanta mediocridad de pensamientos, sentimientos y obras? ¿Cómo es posible que con toda nuestra cultura aún seamos tan pequeños y tan poca cosa y tan cobardemente miserables ante estos bosques y arroyos?

"El campo está en silencio. Sobre los árboles de los huertos a las espaldas de mi casa, las nubes se apiñan. De las hojas de las higueras que hay en la puerta cuelgan las gotas de agua. Sobre los pinos, frente al barranco, en la ladera del cerro, las nubes como esponjosos algodones, se deslizan lentas. Parecen recoger de la tierra el alma de alguién que se va. Sin embargo, la tarde es hermosa y el viento frío contagia gozo. Los pajarillos revolotean por las ramas y rompen el silencio llenándolo de belleza y misterio. Todo se me revela como un mundo amado, íntimo. Lo siento con fuerza, me acaricia el alma, late con mi propia vida, existe fundido a mí. ¡Qué dulce, qué honda la tarde!".

Ahora, esta tarde, cuando ya voy subiendo por la carretera por la curva que la carretera va trazando por entre el bosque de encinas y quejigos, me tropiezo con algunas de las heridas que arriba decía: en las ramas de uno de estos bonitos quejigos veo que cuelga algo de colores vivos. ¿Qué será? Me pregunto. Y miro con interés según me voy acercando. Es una lata vacía de esas bebidas que venden en los bares. Alguien ha pasado por aquí, mejor, a cualquiera de los muchos que en cada momento del día pasan por aquí, se le ha ocurrido la brillante idea de beberse

su lata y lo mejor, para que todo el mundo la vea, es coger esa lata vacía y colgarla en las ramas del quejigo más cercano a la carretera. ¡Y luego dicen!

Pero estoy intentando convencerme de que esto es algo aislado cuando me adelanta un coche. Quizá es porque me ha visto mirando la lata o quizá es porque él también ha visto la lata colgada en las ramas, el caso es que quince metros más arriba se para junto a otro buen quejigo. Alguien abre la ventanilla y desde dentro del coche, sin ni siquiera tomarse la molestia de bajarse, agarra la rama y en ella cuelga otra lata.
- ¡Hombre que son dos y esta segunda de un color distinto a la primera!
- Para que haya variedad.
Y luego dicen; en tres minutos el coche arranca y se pierde dirección al pueblo de Cazorla.
- Nosotros no tenemos la culpa de que los turistas no sepan comportarse.
Dirán luego, algunos serranos, algunos del pueblo.
- Tendremos o no culpa, pero claro, hace años, estas cosas no sucedían en las tierras que ahora son Parque Natural y reserva mundial de la Biosfera.
- Es que habría que dar clase de buenos modales a mucha gente.
Digo que sí y también digo que...

POR EL CERRO DEL MOLINILLO -25 ~

No debes tener las cosas que posees legalmente como si te pertenecieran en exclusiva.

Bueno, pues hasta hace sólo un rato yo tenía creído que el Cerro Campanilla era este mismo. Mi amigo, el otro día me decía que: "En el cerro Campanilla hay un montón de cortijos abandonados". Cosa que me extrañó porque hasta hoy que empiezo a conocer algo el lugar, no tengo yo muy claro que exista un montón de cortijo por aquí. Claro que hasta hoy yo también tenía confundido el Cerro Campanilla con este que voy recorriendo ahora que es el Cerro del Molinillo. Y por aquí yo sólo conozco y veo un cortijo nada más. Desde la carretera se ve y siempre que paso por ella me llama la atención sin que hasta esta misma tarde me haya acercado a verlo desde ahí mismo.

Y como no me apetece seguir subiendo por la carretera por lo de las latas colgadas en las bajeras de los quejigos y los coches que pasan sin parar hacia ambos lados, en cuanto recorro treinta metros desde el Puente del Hacha en dirección al coche, me salgo de la carretera. Me voy por entre el monte Cerro Molinillo arriba buscando la parte más elevada. Como me traigo un pellizco dentro por no haber podido llegar al, para mí importante, Cortijo de la Cruz del Muchacho, no me resisto alejarme de aquí sin al menos saber por qué punto cae. Así que atravieso el bosque y antes de subir más me vuelvo buscando el punto más elevado que pueda tener este cerrete. No tardo en remontarlo y desde lo más alto busco y veo el cortijo. Es como lo intuía: se encuentra por la parte baja del Cerro de las Albaldas y casi al final de la pista que ha roto el quejigo para subir.

Se me hace de noche y por más que quiera hoy no puedo saber más de este lugar. Creo que subir por la pista, llegar al rincón del cortijo y toda la zona esa de las Albaldas, necesita otra excursión entera. Volveré otro día y lo conoceré por completo. Ahora, después de un rato recorriendo la ladera, me bajo del montículo y atravesando el bosque me dirijo al puerto por donde creo puede caer este otro cortijo que tanto veo desde la carretera. Creo que ya sé hasta como se llama; es el Cortijo de Julia y a través del espeso bosque de quejigos, encinas y pinos, no tardo en verlo. Queda como tantas veces lo he visto cuando por la carretera he pasado: sobre el cerrete, despoblado de vegetación y un poco caído en la ladera sur.

Antes de alcanzarlo tengo que atravesar una pequeña llanura, un poco en la hondonada y ahí están las otras ciervas. Seis hembras que aprovechando la hierba del lugar, pastan apacibles al resguardo del bosque y del monte que las protege. La carretera pasa algo más abajo, pero se ve que los animales ya están acostumbrados tanto a la presencia como a los ruidos de los coches. Y ante la

escena de ciervas, bosque y coches, como me suele pasar tantas veces, uno no sabe por qué, se acuerda de aquello que un día leyó o escuchó en tan poco se sabe qué sitio.

Ocultándome en la espesura del bosque dejo que los animales sigan su pastoreo en la pequeña llanura y me voy derechamente al cortijo. No es tan grande como desde la carretera parece. Además, ni quiera tiene la forma de un cortijo serrano sino de una tinada para el rebaño. Digo esto porque me extraña que esté tan remontado en el cerrete y alejado de cualquier venero. No he visto yo por aquí ni siquiera señales de manantiales y si los hay desde luego queda lejos del cortijo. Que aunque parece que no es importante sí lo es. El cortijo siempre se edificaba junto al manantial que era como la sangre de cuanto allí respiraba y vivía. El manantial le daba la vida y por eso toda la actividad giraba en torno al manantial.

Ya es entre dos luces. Se ve sólo a una distancia de dos metros y esto hace que no me detenga mucho. Sólo casi de paso para poder tener ya dentro de mí la imagen de este edificio y vivir con la sensación de saber lo que es y lo que encierra. Claro que se ve perfectamente desde la carretera; ahora mismo las luces de los coches me llegan nítidamente y al comprobarlo ya no me parece tan misterioso ni distante. También como me pasa con el otro cortijo de la Cruz del Muchacho, éste se queda para otra ocasión que con más tiempo venga por aquí. Porque, además, tengo que comprobar lo que me dijo el guarda joven de Cazorla. Aunque lo de tantos cortijos por aquí me parece que se equivoca. Y la verdad es que de él no me fío demasiado porque a simple vista no me cuadra lo que me dijo y la realidad de las cosas por estos montes.

LOS HOTELES -26 ~

El interés lleva al conocimiento, el conocimiento al amor y el amor a las obras.

Así que ya, desde este pequeño cortijo llamada de Julia, construido de piedra y alzado sobre la lomilla pelada del Cerro del Molinillo, me bajo a la carretera, la remonto hasta la pequeña ondulación donde a la derecha me dejo la casa de peones camineros y a la izquierda la cancela con su letrero de "Finca la Albaida", y comienzo a recorrer la resta final que me dejará en el coche. Como ya está oscureciendo en cuanto llego suelto el zurrón y los mapas y me preparo para venirme por fin de este rincón. Miro hacia el arroyo por donde se va la pista que esta mañana recorría en mis primeros pasos por esta ruta. Subiendo por ella veo a un joven que ya me ha visto él a mí antes e intenta esconderse entre los pinos.

Como estoy un poco frustrado por no haber encontrado, a lo largo de toda la ruta, a nadie con quien poder hablar de las cosas de estas sierras, al verlo ahora, enseguida pienso que si es un serrano se me presenta la oportunidad que deseo. Me quedo mirando, lo saludo y comienzo a irme hacia él. Le pregunto dos o tres cosas intrascendentes y al saber que sí es un serrano, de Arroyo Frío y vive aquí, la alegría me crece por el corazón.
- Por ahí, por donde tú crees que está el Cortijo de la Cruz del Muchacho ¿No has visto humo?
- Sí que lo he visto; por el barranco de las rocas del las Albaldas y al principio pensé que sería algo de niebla.
- No era niebla sino el humo del monte que estamos quemando. La pista que tú dices, sube a ese barranco por donde llevamos unas semanas limpiando el monte. Todo el día he estado por ahí con la cuadrilla y ahora he salido a da una vuelta a ver si me encuentro alguna cuerna. Me dijo el pastor que el otro día se encontró una por ahí, por detrás del cortijo de Julia y la dejó colgada en un árbol.
- ¿Para qué la quieres?
- Son unos dinerillos que te metes en el bolsillo porque los turistas la pagan bien. Mi madre me dice que no quiere que vaya solo por el monte, pero como yo me conozco bien todo esto, no tengo problemas; además, siempre llevo en el bolsillo un mechero y una navaja. Si me pasara algo con hacer una lumbre sería suficiente para que alguien supiera donde estoy.
- Eso está bien; los turistas te compran a ti las cuernas de gamos o ciervos y luego ellos van por ahí, por su ciudad, presumiendo de aventuras falsas para que sus

amigos los admiren.
- Seguro que será así.
- ¿Vives por aquí?
- Aquí mismo; en Arroyo Frío vivo desde que nací y ya te puedes imaginar como conozco todos estos rincones.
- Claro, te los conocerás como si fuera tu propia casa como también te conocerás la aldea y todos los cambios que en ella se han ido dando.
- Mejor que nadie y ¿sabes lo que te digo?
- ¿Qué me dices?
- Que esta aldea ya no es lo que era con esto de tanto turista

LA LEYENDA -27 ~

"Corría el año 1930 y, en aquel verano, fui a pasa una temporada al Coto del Chaparral propiedad de los padres de mi entrañable amigo y una tarde, cuando realizábamos una excursión a la caseta forestal de Majada Llana nos sorprendió una tormenta con gran aparato de truenos y relámpagos que nos hizo permanecer allí hasta bien entrada la noche. Durante nuestra accidental permanencia en dicha caseta y, cuando asustados por los tremendos truenos que parecían que el mundo iba a estallar en mil pedazos y las cataratas del cielo abrían sus fauces para inundar a la tierra y tragarse a la Humanidad, distrajo nuestra preocupación, el guarda forestal, contándonos algunos cuentos anécdotas y leyendas de brujas y encantados a que tan aficionados son los habitantes de estas serranías.

Entre las muchas que pudimos oírle y que aún recuerdo, figura esta leyenda, con ribetes de historia, que da nombre a una caseta forestal: La Cruz del Muchacho. Existen dos cruces con el mismo nombre: una situada frente a la caseta, debido a un accidente fortuito de un partocillo que, guardando su ganado, cayó por aquel precipicio. Y otra situada en su parte posterior por encima del Molino de la Rejona, muy cerca de un cortijo que existió en aquel tiempo llamado Cortijo de Caravaca que es a la que nos vamos a referir.

Año 1.809, el coloso Napoleón había invadido España sembrando por doquier la desolación y la muerte. Los vecinos de los pueblos de la comarca sorprendidos en un principio y repuestos después, habían huido a los lugares más recónditos de nuestra sierra; sobre todo, mujeres, niños y ancianos, que no estaban capacitados para empuñar las armas. Ya habían cometido aquellos forajidos hechos vandálicos como la quema de la Iglesia de Santa María en Cazorla, incomparable joya renacentista que el cincel del Vandelvira debía muchos motivos de su ornamentación y que los marqueses de Camarasa, antiguos adelantados, habían hecho construir de su peculio, como ya había hecho con la del Salvador de Ubeda. También sufrió la destrucción la Basílica de Santo Domingos de Silos de la Iruela, después convertida en cementerio, cuya portada que aún se conserva desafiando el correr de los siglos, es modelo de belleza inigualable y habían pasado a cuchillo o bárbaramente fusilados a cuantos paisanos sorprendían con las armas en la mano.

Una mañana de mayo, cuando la primavera engalana los valles y cumbres de nuestras sierras cubriéndola de flores y la brisa nos trae el aroma de los pinos, tomillo, romero y espliego, ocurrió el hecho. En una de las cuevas que aún existen, en la ladera del llamado monte de Covico Hornal, había refugiado un buen número de ancianos, mujeres y niños entre los que se encontraba un anciano y santo sacerdote, hijo de Cazorla apellidado Vadillo. Enterado por un enlace que en cierto cortijo de lo que hoy es Burunchel, se encontraban prisioneros y sentenciados a muerte buen número de valientes hijos de Cazorla y la Iruela, los que días antes habían causado un serio revés a un destacamento francés entre los que murieron dos oficiales en el sitio de Nubla, quisieron enviarle como único consuelo, la Sagrada Forma. Todos los allí reunidos discutían y añoraban quién sería el afortunado mortal que fuera portador de tan sagrado mensaje, sin pensar en los mil vericuetos que tendría que sortear y difíciles patrañas de que tendrían que valerse hasta llegar a su destino, mucho más sin conocer el terreno ni el lugar exacto en que se encontraban los cautivos.

Había llegado, cuando la discusión era más enconada, un pastorcillo, niño de unos catorce años al que llamaban Lunarillo, portador de algunas viandas y esquelas de familiares de los allí refugiados y viendo la porfía y rivalidad noble y desinteresada con que todos se ofrecían a llevar el Divino Mensaje, dijo al sacerdote con palabras impropias de un niño de aquella edad:
- Buen padre, si vos y los aquí reunidos lo permitís, yo soy el más indicado para llevar a cabo esa misión. De mí es posible que no duden porque saben que tenemos por aquí la majada y son muchos los borregos que se comen estos granujas a costa de las malas noches que mi tío y yo pasamos mirando a las estrellas. Y como no quieren el ganado sino que lo cuidemos bajo amenaza de muerte para aprovecharse de las crías, paso muchas veces ante la guardia que hay en La Calerilla, sin le menor molestia; así, que bien metido en mi zurrón, nadie sospechará de nada.

Lo comprendieron todos y el sacerdote dio su visto bueno y bien envueltas y disimuladas, fueron colocadas en el zurrón las Sagradas Formas. La tarde caía perezosa; el sol ya en el ocaso, cubría los montes que circundaban aquellos lugares de tonalidades violetas y unos nubarrones con presagio de tormenta, daban solemnidad a aquel momento en el que el santo sacerdote bendecía con lágrimas en los ojos la cabecita de aquel niño de cabellos de oro, que, cual nuevo Tarciso, iba a correr la misma suerte.

Amparado por la semioscuridad de la tarde, salvando barranco y pinares, cuesta de Las Palomas arriba, después de haber vadeado el Guadalquivir y bien conocedor del terreno que pisaba lleno de desfiladeros y hondonadas, alcanzó el Puerto y cual sería su sorpresa cuando un grito sonó entre los matorrales que bordeaba el camino. Asustado quedó ante el temor de un registro, ya que aquella noche habían renovado la guardia. Lo rodearon cinco hombres con ballonetas que le apuntaban dejándolo indefenso.

En su interior no quedaría imagen de su devoción en quien no se encomendara y lo que aumentaba más su turbación era que ni unos ni otros se entendían hasta que uno de los soldados, dejando sobre unas piedras el fusil, hizo ademán de registrarlo. Nadie sabe cómo pudo salvar aquel momento, pero lo que sí es cierto que aprovechando la oscuridad de la noche, dio un brinco, burló la vigilancia y corriendo como un gamo, se perdió entre la maleza seguido de cerca por dos de los soldados que disparaban sus arcabuces al azar.

Saltando matas, sorteando riscos, aquí caigo y allí me levanto consiguió pasar el río y cuando ya subía por la ladera opuesta, un grito desgarrador, un cuerpo que se despeña y un resplandor vivísimo que ilumina los abruptos picachos, dio lugar a poder ver dos ángeles que, entonando el Te Deum Laudamus, recogían aquel cuerpo que nunca más volvió a verse.

Aquella roca cortada a pico fue testigo mudo de esta singular escena. Pasado el tiempo, manos piadosas grabaron en la roca una tosca cruz que desde aquel día todos empezaron a llamar La Cruz del Muchacho".(Ramón López Amador. Anuarido de Cazorla, 1962)

Cuando Juan termina de contarme la historia que he dejado escrita atrás, ya es de noche y, además, hace frío. Me dice que hoy ya no puede ir a por su cornamenta, pero que no importa. Lo voy a despedir y a darle las gracias y entonces me vuelve a decir:
- Cuando tú quieras conocer a fondo todos estos lugares llégate al Bar Margarita de Arroyo Frío y pregunta por Santiago Peral. El está ya jubilado, pero te llevará por todos los sitios que tú quieras y te los explicará como nadie en estas sierras, con nombres e historias incluidos.
Le digo que me parece una buena idea y, además, lo apunto en la libreta que traigo conmigo para que no se me olvide. Como no sé dónde está el bar que él me dice, a pesar de haberlo visto cada vez que por aquí he pasado, me lo explica.
- Justo mismo al lado derecho de la carretera cuando ya vas a salir de las casas del pueblo.

- Creo que daré con él.
- Pues tú llega y pregunta.
- Sí, tengo que volver por aquí otros días porque deseo empaparme a fondo de todos estos rincones.
Y de verdad que voy a volver.

VADO ANCHO
28-1-95 ~

Este lugar es exactamente eso: un vado ancho en el mismo Río Guadalquivir. El segundo vado a partir de su nacimiento sobre el kilómetro veinte o así. Vadillo es el primero y cae justo en esa aldea que se formó junto al cortijo que fue el primero en recibir el nombre que surgía del río. Vadillo que es diminutivo de vado, quizás porque no llegaba a la categoría de este último, sí era lo que el nombre anunciaba: lugar, en una corriente, poco profundo, por donde se puede pasar; porque vadear es eso: pasar una corriente de agua a pie por un vado; franquear, atravesar. Vado Ancho cae a la altura de la segunda aldea junto a este río llamada Arroyo Frío y que también en su origen fue un cortijo, por la parte de abajo de la Cerrada de Utrero.

Bajando desde el valle, la zona y la finca, la carretera cruza el río por la central también con el mismo nombre y se va luego por el lado de la umbría hasta la segunda aldea. Sigue más porque es la carretera que recorre el gran valle hasta el Pantano del Tranco donde se divide luego en más carreteras, pero al llegar a las primeras casas de esta segunda aldea, una pista-calle le sale a la derecha. Justo en cuanto se pasa ese pequeño puente sobre el Arroyo de los Ubios. Ahí mismo se le aparta la calle y entrando por entre algunas casas, todas nuevas tipo chalés y de madera algunas, cruza la pequeña llanura y llega hasta el río. También ahí mismo esta Vado Ancho. Se ve enseguida porque el agua pasa remansada o en forma de suave corriente y muy extendida motivado por la llanura del terreno.

Para que lo sepas, a mí Vado Ancho me parece un lugar precioso aunque hoy está algo mutilado por el puente que un día le hicieron ahí mismo, bonito también, pero al fin y al cabo puente que vino a herir el orgullo de este señorial y único vado sobre las aguas del Guadalquivir. El puente sólo sirve para dar paso a la pequeña y corta pista que lleva al que todos por aquí conocen como el chalé del alemán. Sólo para esto sirve porque como se trata de una vivienda de recreo tiene que tener su comodidad aunque rompa y estropee lo que siempre fue bello porque al otro lado del río, por aquí mismo, no existe ningún cortijo ni se puede ir a ningún otro sitio como pudiera ser al Puerto de Las Palomas que cae casi enfrente. Aunque sí es verdad que desde aquí y por aquí se puede ir a dos o tres sitios y a un buen trozo de sierra, pero ninguno de ellos precisa de un puente sobre el río y menos en este punto tan concreto.

Vado Ancho fue paso para el ganado y para los serranos con sus muchos burros y caballos cada vez que tenían que moverse hacia algunos de los cortijillos o a los pueblos que caen al otro lado de la cordillera y por aquí, hacia abajo y hacia arriba, todos con sus manadas de ovejas, sus tierras de cultivo y sus muchos hortales. Como el mismo nombre indica, no es difícil atravesar por aquí el río aunque éste llevara mucha agua.

Hoy precisamente no lleva mucha porque estamos atravesando quizá uno de los años más secos de las últimas décadas a pesar de las fechas en que ya respiramos. Pero hoy nosotros hemos estado aquí mismo: en Vado Ancho, lo hemos pasado y al volver lo hemos vuelto a pasar y hasta lo hemos inmortalizado en nuestros fotos por aquello de lo bonito que es, la hermosa corriente que por aquí baja y la tarde tan espléndida que sobre este rincón ahora mismo revolotea. Lo hemos llenado de alegría al mismo tiempo que él también nos ha llenado a nosotros de momentos hondamente gozosos por lo especial de todo el conjunto de cosas que hoy por aquí se han dado.

Me tengo que remontar al fin de semana pasada para comenzar allí y volver de nuevo a este lugar y esta tarde a fin de tener una visión exacta de nuestra

presencia por aquí. Estuvo Mariana allá en Ubeda para ver a su hermana y al grupo de amigas de ésta, todas de la misma aldea de los Teatinos y entre otras muchas cosas nos dijo:
- Os espero la semana que viene allí en Cazorla.
- Iremos y organizaremos una ruta por la sierra.
- Aprovecharemos la ocasión para hacer un buen reportaje de fotos y así tener un recuerdo bonito para cuando pase el tiempo.
Como Mariana aún sigue en el pueblo de Cazorla por eso de su trabajo en el inventario forestal, el fin de semana lo tiene libre. Y como su novio, futuro marido por el mes de agosto o así según me dice ella, vive y es de Badajoz, ella lo llamó y le dijo lo de la excursión por la sierra para este fin de semana veintiocho de febrero.

El caso es que como su hermana y las amigas viven aquí en Ubeda, en un piso, dedicadas seriamente a sus estudios en el colegio de la Safa, no les viene mal que un fin de semana de estos vengan hasta Cazorla y se den un paseo por la sierra. Hasta el puente del día de Andalucía, sobre final de febrero, no irán ellas a sus casas de los Teatinos y como este fin de semana, para los estudiantes, hay tres días de vacaciones, a ellas se les va a hacer duro y largo quedarse en su piso de Ubeda todos los días. Así que un poco de aliciente y desahogo tiene esto de un día de ruta por la sierra al mismo tiempo que se ven y conviven hermanas, novios y amigos y como Mariana nos dijo que el fin de semana próximo nos esperaba, ya estamos en marcha porque hoy es ese fin de semana.

A las nueve estamos en Cazorla, sábado hoy y con mercadillo y todo. Mariana, con el grupo de su gente, como dice ella, vive en un gran piso de la antigua alcaldesa junto a la plaza del mercado y donde ponen el mercadillo. Todavía están desayunando porque ya está aquí, como esperábamos, su novio Luis. Mientras termina, como esto de los mercadillos en los pueblos dejan sin aparcamientos a todo el mundo, busco donde dejar el coche y tengo la suerte de encontrar un hueco junto a la fuente de la primera plaza en este pueblo. Está aquí mismo la oficina de información que la cooperativa de excursiones Quercus tiene montada dentro del Cazorla. Conozco yo algunos de ellos y como veo la oportunidad de acercarme no lo dudo.
- ¿Cómo están las cosas en la sierra?
Le pregunto a una de las muchachas que hoy atiende en el mostrador.
- Mal; la lluvia nos estás fastidiando a todos. Fíjate que se han secado fuentes que según los serranos, no han dejado de manar desde que ellos las conocen.
- Y por supuesto, eso afecta al turismo.
- ¡Vaya que si afecta!
- Lo siento mucho, pero creo que a lo mejor esto es bueno para que algunos reflexionen sobre muchas de las cosas que sobre este parque se están legislando y practicando.

Le pido un pequeño dossier que veo sobre el mostrador y como sé que su contenido está enfocado hacia los turistas, puede que algo de lo que han escrito ellos en estas hojas me descubre puntos de vista o ideas diferentes a las mías. Lo leo detenidamente y tal como había intuido: en sus páginas veo cosas que me servirán para ir enriqueciendo estas pequeñas páginas mías. Nada del otro mundo, pero son matices que conviene recoger aquí y allá para una visión más amplia de este puñado de tierra.

Sobre las once salimos del pueblo de Cazorla y aunque para mí este recorrido y quizá también la ruta que tracemos, no me aporte cosas nuevas, vuelvo a decir lo de antes: cualquier situación y momentos por estas sierras, me puede dar o descubrir lo que desconocía y ni siquiera imaginaba.
- ¿Adónde vamos?
Les pregunto.
- A donde tú quieras.
Me dicen ellos dejándome por completo en la libertad de mi iniciativa, confiando en que los llevaré por sitios bellos y buenos. Pero sucede que Mariana me dice que sobre las cuatro o así tiene que estar de vuelta en el pueblo.

- Uno del grupo celebra su despedida de soltero y no queremos quedar mal porque nos han invitado. Además, tuve con ellos el otro día un pequeño incidente y si hoy falto se puede acentuar.
- ¿Qué pasó?
- Parece ser que no lo saludé como a él le hubiera gustado y se enfadó.
Sobre el asunto hacemos algunos comentarios y ya vamos remontando el camino de la Losa que es la carretera que lleva al Puerto de Las Palomas. Puerto por el que paramos dos veces para ver algunos fósiles por el Sagreo, la casa forestal y luego el mirador.
- Todos los turistas tienen que pasar por aquí y si es la primera vez que vienen por estas sierras más, porque aunque no sirve de mucho, sí se ve mucha sierra y se asombra uno que es lo lógico y lo que le corresponde a un buen turista perdido por estos montes.
- ¿Pues tú sabes una cosa?
- ¿Qué cosa?
Con bastante alegría Mariana dice:
- Aquí mismo, sobre este muro de piedra en este mirados sobre el valle, Luis me pidió salir el año pasado.
Todos exclamamos un gran ¡oh! y para inmortalizarlo repetimos la escena y en lo que se puede, el momento dejándolo recogido en unas fotos.
- Así ya vas practicando para la boda.

Pues desde aquí mismo se ve muy bien todo el barranco del Guadalquivir con el chalé de la piscifactoría de la Rejona donde estuve el otro día y al hacer algún comentario del lugar ellos me dicen:
- ¿Por qué no vamos al chalé? Si como dices está abandonado, parece que se te despierta una cierta curiosidad por conocer esa casa.
- Por mí lo que vosotros acordéis. Yo tenía pensado ir por el Río Borosa y al regresar acercarnos a la Loma de María Angeles que suelen ser lugares atractivos para los que no conocen bien la sierra, pero desde luego vosotros, nosotros, no estamos dentro de ese grupo. Si os apetece otra ruta, acordarlo.
- Sí, vamos al chalé y luego comemos por ese rincón.

La verdad es que en el fondo yo también deseo ir por ahí puesto que ahora mismo estoy viendo algo que el otro día no pude observar bien: el gran chalé, el que llama la atención nada más empezar a bajar por la carretera del Valle, no es el que yo encontré. Ese es otro, el segundo; el primero queda más arriba tapado con el cerrillo y por eso no lo veía. Además, por esta zona, según la fotocopia de mi mapa, cae Vado Ancho y es también otro rincón que tengo gran interés en conocer.

Así que nos ponemos en marcha de nuevo y en cuanto llegamos a la aldea, nada más pasar el pequeño puentecillo sobre el Arroyo de los Ubios, paramos. He visto un coche aparcado en una de las calles y junto a él se mueve un hombre al que le pregunto.
- Siguiendo esta calle se sale a la pista de tierra y siguiéndola te lleva al mismo vado. Ahí veréis un pequeño puente, una entrada con cancela que está cerrada y la pista que sigue hasta el chalé. Pero ese es privado aunque en estos días no está habitado por nadie.
Se lo agradecemos, nos vamos hacia el supermercado que está abierto, compramos pan, un poco de jamón y frutos secos para llevar algo por si el tiempo en la ruta se nos alarga y mientras le pagamos, al de la caja le hago la misma pregunta sobre la sierra.
- La falta de lluvia nos va a matar a todos.
- También se ve poco turismos hoy por aquí en comparación con otros días.
- Ahora y con este tiempo qué turismo va a venir.
Y la sensación es que estos pequeños propietarios están bastante pesimistas. Late en el ambiente un cierto desánimo. Aunque nunca se sabe; como todo esto del turismo y lo que sobre él se ha montado en estas sierras es muy elástico, de pronto, el día menos pensado, se deja venir por aquí una avalancha que hasta sorprende a estos serranos.

Pero lo que decía: Vado Ancho es el trozo más bello que por aquí tiene el

Guadalquivir. Según nos vamos acercando se me van los ojos tras la corriente, la pequeña llanura al otro lado, los berros por la orilla y los pinos por la ladera.
- La pena es tantas casas ¿verdad? Porque cuando pasas por la carretera crees que no hay nada, pero fíjate lo que ves cuando entras por aquí.
- Es la pena, pero, además, bastantes de por aquí no sólo aceptan sino que desean esto lo cual es más grabe.

En el mismo vado del río, casi tocando las aguas, por no pasar al otro lado ya que la cancela que corta la pista se encuentra nada más atravesar el puente, dejamos los coches. Pero al otro lado, nada más pasar el puente, creciendo hacia la izquierda río arriba, existe una llanura que da gusto verla. Por ella se extiende un rebaño de ovejas que nada más verlas me dijo que son aquellas que este verano me encontré junto a la cortijada del Valle. El pastor me dijo que era por aquí por donde vivía y por aquí estamos viendo algunos cortijillos y cerca las tinadas. Aunque este año no está lloviendo casi nada, de vez en cuanto cae la suficiente lluvia como para que las praderas se mantengan verdes que es lo que le pasa a esta que ahora mismo tenemos ante nosotros. Toda la llanura, río arriba, es un puro vergel de tan bonita y como el rebaño de ovejas la tiene tomada con tanto gusto el pastor se recrea frente a ellas sentado en la roca que hay entre los pinos y entre él, por la pradera-llanura y hasta el río, tienen organizados sus juegos los niños y el perro mastín. El perro, un pequeño cachorrillo, es una auténtica bola de nieve que no deja de correr, saltar, morder, rodar y llevarse a la niña por todos los rincones de la pradera.
- Es mi nieta que como no tiene colegio se viene conmigo por aquí y pasa el rato con sus juegos y el perro que no la deja vivir.
La nieta, que se llama Clara, más que una niña, parece una muñeca de tan bonita. Su pelo es negro, ojos también negros, cara algo redondita, un poco bajita y con manos de nieve. Ni siquiera ante nuestra presencia, ha dejado sus juegos. Corre por la llanura perseguida por el perro y antes de llegar a la corriente se tira al suelo y entonces el perro se le echa encina. Le muerde en los pies, en los pantalones, en los zapatos y al encontrar los cordones de éstos, tira de ellos como si quiera traérsela a la presencia del abuelo. Ella grita sin ser gritos ni de enfado ni de dolor sino de broma porque es un juego y después de darle con la mano diciéndole que la deja vuelve a correr hacia el río.

El pastor-abuelo que parece no estar atento a nada lo tiene todo bajo control: los movimientos del rebaño, los juegos de la niña, el perro, el río por si alguien se cae en su corriente porque aunque corre sereno y es bello tiene su peligro y hasta un pequeño juguete de madera que talla con la navaja.
- ¿Qué estás haciendo?
Le pregunta unas de las tres estudiantes.
- Un juego que me he inventado.
- ¿Para la nieta?
- Éste no es para ella; el que ahora mismo estoy haciendo es para un amigo de un extranjero que se hospeda ahí, en el hotel.
- ¿Es que los vendes?
- Yo no los hago por eso; mi afición me viene desde pequeño y como me gusta y me lo paso bien me entretengo en los ratos libres. Primero los hacía para mis hijos, luego para los hijos de mis amigos, después para mis nietos y cuando empezaron a venir los turistas por aquí, los de los hoteles me pedían encargos. Pero me di cuenta que a mí me daban cuatro pesetas y luego ellos los vendían carísimos. Desde entonces no le vendo nada a los de los hoteles. El que quiera algún juguete hecho a mano por mí ha de venir a pedírmelo personalmente y pagármelo que muchas veces hasta los regalos.
- Eso te iba a decir: un juguete como éste hecho a mano, de madera de pinos secos de la Sierra de Cazorla y tallado con navaja y aquí mismo, junto a las aguas limpias del Guadalquivir, debe valer un dineral.
- Quizá lo valga, pero como yo no lo hago por eso, no le doy importancia. Ahora, lo que no me gusta es lo que el otro día vi.
- ¿Qué viste el otro día?

- Le hice un pequeño juguete a los niños de un turista que vivió por aquí un

tiempo y cuando se lo llevaron, el padre de los niños se entretuvo en modificar mi creación montando sobre él un aparato electrónico de esos que a los chiquillos tienen locos y perdidos. ¿Tú te imaginas la faena? Un juego de madera natural, sacado de las raíces de ese mismo pino, tallado a navaja con la paciencia de Job, sentado en esta roca y que luego me lo rompan, me lo adulteren y me lo falsifiquen así de ese modo. ¿Te imaginas la faena?
- Es que hay gente que no sabe valorar las cosas buenas.
- No es eso. Yo creo que lo que les pasa es que no tienen gusto. Si no son cachivaches electrónicos de plástico y fabricados en serie parece que no están en la onda de lo moderno.
- Eso es verdad, pero siguiendo con lo de tus juguetes, si lo organizarás bien podría sacar mucho dinero.
- Lo que yo me digo es lo siguiente: estas son cosas serranas cien por cien naturales y artesanales. Si muchos de nosotros los serranos fuéramos capaces de organizarnos, con cuatro cosas puras y auténticamente nuestras, podríamos sacarles a estas sierras mucho beneficio que sería trabajo para todos nosotros y no este pitorreo de los turistas que más que otra cosa lo que están haciendo es romper la sierra y ensuciarlo todo sin dejar un duro nada más que para unos cuantos.
- Que yo soy serrano, ¡eh! y de los Teatinos que es la mejor tierra del mundo con los paisajes y arroyos más hermosos de todos.

Al llegar aquí la mira y aprovecho el momento para intervenir.
- Toda la vida aquí junto al Río Guadalquivir lo conocerás como pocas personas.
- Dime tú si no lo voy a conocer.
- Por ejemplo: ¿cuantos arroyos dentro de estas sierras dejan sus aguas en el río?
- Como casi todos ya sabéis, el Guadalquivir dicen que nace en la Cañada de las Fuente a casi 1.400 m. de altitud. Se nutre de las aguas de los siguientes ríos y arroyos: Arroyo de los Cerezos, del Cierzo, del Valle, de la Zarza, de la Torre de Vinagre, del Cerezuelo, María, Chillar, Arroyo Amarillo de la Mesa, Arroyo Frío, Río Borosa, Río Aguamulas, Arroyo de Aguarrocín, de la Grajas, de Las Espumaredas, de Montero y Arroyo Frío del Ortuñedo. Todos sabéis que la cuenca alta del Guadalquivir tiene 1.377 Km2. que es la quinta parte del Guadiana menor que tiene 6.958 Km2. El Arroyo del Infierno y el Río Borosa tienen 15 Km. de recorrido y 136 Km. de cuenca. El Río Hornos tiene una pendiente del 25% en 3 Km. de largo y 92 Km2. de cuenca. La cuenca del Guadalquivir se extiende 116 Km. por tierras murcianas y 229 Km. por las de Almería.
- Está muy bien todo esto que dices, pero es que yo he leído por algún sitio que este río no nace donde nace. ¿Qué sabes tú de ello?

- Mira, lo del río es así: Alto Guadalquivir, desde su nacimiento hasta el pueblo de Mogón. Tramo medio: desde Mogón hasta Alcalar del Río. Tramo inferior: desde Alcalar del Río a la desembocadura. En tiempos árabes el Guadalquivir era llamado Río de Hornos por la importancia estratégica de esta población. En aquélla época el Guadalquivir era el Guadiana menor.

Según la geografía anónima de Gayangos, autor árabe, el Guadalquivir nacería al Este de Quesada, en una fuente copiosa situada en el "Collado de lo Negro" que recibe el río del castillo de Hornos y luego se oculta al llegar a la roca llamada "Quixero", talud natural de un cauce que puede ser el Guadalquivir actual a su paso por el desfiladero donde hoy existe el muro del Pantano del Tranco, se origina de la reunión de aguas a modo de lagunas escondidas en los senos de las montañas. La laguna escondida era la muy extensa de Bujéjar, que hoy desecada, constituyen los campos de este nombre o de la Puebla de D. Fabrique y parte de los Campos de Hernán Pelea. Este fondo seco está a más de mil metros de altura cerca de la Sierra de Sagra y ocupa todo el noroeste de Granada, en los límites de Albacete, Almería y Murcia.

En los 668 Km. de recorrido del Río Guadalquivir, la parte más torrencial está comprendida entre la Cerrada de Utrero y Arroyo Frío. En un recorrido de 2'4 Km. tiene un desnivel de 180 m. La corriente es casi una cascada en un salto motivado por el contacto de cretáceo con el jurásico. Desde la Cañada de Las Fuentes hasta el Pantano del Tranco, 60 Km. desciende 1000 m. Desde el Pantano del Tranco

hasta la desembocadura, 600 Km. hay sólo 650 m. de desnivel. Desde Arroyo de María 500 m. Desde Sevilla, 50 m. la cota más baja de la península. Recibe el impacto de las mareas 100 Km. adentro. Desde su nacimiento hasta el comienzo de la Cerrada de Utrero el Guadalquivir desciende sólo 400 m.

- Bueno, pues sabiendo tanto como nos estás demostrando sobre el Guadalquivir, tú conocerás esa historia de los Guadalquivires.
- ¿Que cuántos Guadalquivires hay? El Guadalquivir histórico, tal y como lo han descrito las diversas generaciones y culturas, no es único sino plural. El geológico tectónico y originario, en cuanto se aleja y corre por la falla que limita por el medio día de la meseta manchega, es, en dirección noreste-suroeste, el Río Guadalmena. Desde los primeros colonizadores hasta la definitiva ocupación y pacificación romana, coincide con el actual hasta Mengibar. El Guadalquivir romano, es en general, el que nace en el Guadiana Menor, en su cabecera más oriental del río de Orce y Cañada de Cañepla. Algún autor aventura la cabecera del Guadalimar. El Guadalquivir musulmán es así mismo el Guadiana Menor. El Guadalquivir cristiano y español, desde Fernando III el Santo, es el que actualmente, y nacido en la Sierra de Cazorla, Cañada de Las Fuentes, término de Pozo Alcón, luce con honor y satisfacción de todos, tan bello nombre y para siempre.

El Guadalquivir tectónico, es decir, el determinado siguiendo los criterios científicos usados para distinguir el río principal de sus afluentes, es sin duda el Guadiana Menor en su cabecera de Barbata. Es el nacido junto a la Sagra, en el remoto rincón montañoso en que la provincia de Granada linda, en muy pocos kilómetros, con las provincias de Jaén, Albacete, Murcia y Almería. En esta última nacería, en rigor, siguiendo el criterio del perfil longitudinal, si la tan traída y llevada Cañada de Cañepla no fuera sólo eso: una rambla.

- En fin, ya sería el momento de no cansarte más, pero aún tengo por aquí una última curiosidad que me lleva al pantano y la laguna.
- En épocas remotas, el actual Pantano del Tranco, era una laguna natural que por erosión remontante, fue abriéndose paso por el desfiladero donde hoy está construido el muro de la presa. Este es el codo de captura donde el Guadalquivir decide, definitivamente, venirse hacia las tierras andaluzas para darles vida y derramar sus aguas sobre vegas y campiñas.

Como yo sé que los pastores de estas sierras y en general todas las personas que como ellos pasan mucho tiempo en el campo, siempre hablan y les interesa mucho todas aquellas cosas relacionadas con la meteorología y como de verdad me interesa su opinión, le pregunto:
- Y eso de al mal tiempo buena cara ¿Cómo lo explicas tú?
- Lo explico al revés: al buen tiempo mala cara y te doy mis razones. Uno de los más evidentes ejemplos de antieducación ambiental que sufrimos es cuando, repetidas veces al día, emiten por la televisión el pronóstico del tiempo. Después de diez años de lamentarse todos los veranos por la pertinaz sequía que padecemos, en cuanto caen las cuatro primeras gotas se empiezan a oír mensajes del siguiente cariz: mañana tendremos riesgo de lluvia, ha llegado el mal tiempo, la situación no mejora y otras expresiones parecidas de contenido siempre desafortunado. Son latiguillos y frases hechas que utilizan con contumacia los hombres y mujeres que cubre la información meteorológica.

- Es que eso no esta bien ¿verdad?
Expresa ahora Aurora, la joven más preguntona de todos los que hoy componemos el grupo.
- No está bien, porque tales formas de expresión no las han inventado los periodistas ni tampoco los físicos especializados en la tarea y mucho menos la gente sencilla de la calle o nosotros los del campo. Parece más bien quejas importadas de países donde la lluvia es un fenómeno tan frecuente que llega a ser aburrido.

- Tienes toda la razón, porque parece que muchas veces hasta nos molesta que

llueva, cuando es una bendición del cielo.
Sigue argumentando Aurora.
Tan entusiasmados estamos nosotros con este pastor y con tanta claridad nos ha expuesto él su opinión sobre esto de la lluvia y el agua en los tiempos que vivimos, que la joven entusiasta llamada Aurora que siempre anda preguntando y llena de curiosidad, sigue son su ánimo y le vuelve a preguntar:
- En mi pueblo, se están secando las fuentes y los arroyos y dicen los antiguos que eso no lo han visto ellos nunca. ¿Tú crees que llegaremos a quedarnos por completo sin una gota?

Hemos dejado que nuestro amigo el pastor de las orillas del río Guadalquivir nos hables de las cosas que sabe y le inquieta, pero ya que ha pasado un buen rato, otra de las jóvenes, en este caso Teresa o Maritere como la llaman las amigas, interviene diciendo:
- Bueno, viniéndonos más a lo nuestro, ahora mismo vamos hacia esas casas de enfrente por donde se ve el gran chalé ¿Conoces tú ese rincón?
- Desde que era pequeño y los recuerdos más hermosos que del lugar tengo son los del hielo colgando por esa de rocas. Aquello era como una fantasía. Nos juntábamos dos o tres chiquillos y nuestro gozo y juego iba siempre orientado a ver quien encontraba la mayor figura de hielo y que al mismo tiempo fuera la más rara.
- Casi como un concurso.
- No era concurso porque ni se perdía ni se ganaba nada, sólo que te llenabas de satisfacción cada vez que descubrías un bloque de hielo con formas raras que al mismo tiempo siempre era el más bello. Y luego se vivía toda una odisea arrancándolo porque nuestro mayor interés estaba en mostráselo a todo el mundo. Se te quedaban las manos heladas, pero al final siempre lo conseguíamos. Cargábamos luego con el bloque de hielo y con el corazón latiendo por la emoción y al mismo tiempo temblando porque se podía romper o derretirse y nos presentábamos por todos estos cortijillos enseñando la maravilla a todo el mundo. Aquello era vida sana y bella en medio de los silencios de estos montes y no como ahora que en cuanto ven una cascada lo primero que se les ocurre es anunciarla en las revistas para que todo el mundo venga a llenarla de cuerdas y ganchos para escalarla. La aventura más emocionante la llaman, pero lo único que están logrando es llenar todos los montes de más gente y más basura. Pero en fin; como ya no caben en las ciudades tendrán que irse por algún sitio y entretenerse en algo para que ni un sólo rincón sobre este planeta quede libre de nuestra amenaza y contaminación.
- En eso tienes toda la razón, pero nosotros ahora tenemos que seguir nuestra excursión.

Lo despedimos y aunque en estos momentos me gustaría preguntarle muchas más cosas como por ejemplo, su opinión sobre los mundiales de esquís en Sierra Nevada y suspendidos por falta de nieve y aplazados para el próximo año, ya no le preguntamos nada más. Y como lo nuestro hoy es una excursión ruta casi de broma, casi con un sólo punto en el orden del día: el gran chalé asomado al barranco, despedimos al pastor, su nieta y su obra de arte y seguimos subiendo. Nada, cuatrocientos metros o así que es, aparentemente, la distancia que existe entre este vado y el edificio sobre la ladera. La cancela corta el camino, pero por el lado del río, hay un paso que lo usan también los turistas cuando por aquí pasan montados en los caballos. Por ahí cruzamos nosotros y como enseguida la senda se divide en dos, la que sigue paralela al río bajando hacia el chalé que yo visité unos días atrás y la que sube y no va a ningún otro sitio sino al edificio motivo de nuestro interés. No es senda, sino pista como tenía que ser para poder llegar con los coches hasta la misma puerta de la casa.

La subida es un paseo delicioso por una tierra que apenas tiene vegetación; la señal cierta de que toda esta pequeña ladera fue un puro huerto y eso indica, además, que el chalé ha sido construido sobre cimientos o, al menos, restos de algún cortijo. Lo que por aquí vemos precisamente es una finca particular que por las causas que sean no pudo pasar a la administración. Luis descubre señales de animales. Sobre el barro, más bien tierra, se ven algunas pisadas de ungulados.
- Seguro que son cabras monteses.

- Por esta zona no vienen las monteses porque ellas siempre rehuyen la presencia de ganado doméstico.

- Esto de las monteses parece que va por otro camino.
- De esto de las monteses, de todo el proceso antes de la sarna, durante la sarna y después yo tengo completísima información y por ello puedo decir que muchas de las cosas que ahora se están diciendo no son exactamente así.
- Pues de todo ello un día tendrás que contarme extensamente porque es un tema que me interesa mucho.
- Te contaré un día y con sumo gusto porque como tú bien dices, es interesante el tema y conviene tener buena información para no ser engañado.

Mientras hemos ido comentando estas cosas no hemos dejado de subir por la pista buscando el chalé. Es fácil llegar al lugar y es fácil andar por aquí. Y una vez aquí, como nuestra intención es sólo dar una vuelta por el lugar y conocer de cerca el edificio que tan llamativo se muestra desde el valle de la carretera, nos limitamos sólo a eso: a dar una vuelta por todos los ángulos de la casa, comprobar que está cerrada, observar sus magníficos muros, ventanas, balcones y situación y mientras lo vamos descubriendo comentamos las impresiones.
- ¡Si fuera mía!
- ¡Qué suerte tiene el dueño!
- Pero si no se puede edificar dentro de las tierras del parque ¿Cómo es posible aquí un edificio como este?
- ¿De quién será?
- Lo he oído yo por muchos sitios: esta es la famosa casa del alemán.

Los que hoy están recorriendo conmigo este trozo de sierra son precisamente personas de aquí, de la sierra. Serranos auténticos de la zona más hermosa del parque que es esa aldea de los Teatinos en el valle oriental del Pico Almorchón junto al pueblo de Santiago de la Espada. Los padres de estas jóvenes son y toda la vida han sido pastores y ellos, se puede intuir, llevan dentro los paisajes de estas montañas grabados con un matiz único. No son turistas recorriendo estos montes. Ellos son serranos que por primera vez hoy conocen algunos rincones de las tierras que les pertenece. Es curioso esta paradoja y ello me hace sentir sensaciones que hasta hoy no conocía.

- En cuanto tengáis un rato, nos sentamos por alguna roca de estas o por las praderas y os cuanto el sueño que tuve anoche.
Nos dice Mariana.
- ¿Qué sueño tuviste anoche?
Le pregunta su hermana Teresa.
- Cuando nos paremos y estemos tranquilos os los voy a contar porque es realmente bonito, curioso y como hasta puede ser que algún día se haga real, sería bueno que lo supierais, no por nada sino para comprobar como a veces ruedan las cosas en esta vida.
- Pues hija, ya nos tienes intrigados.
- Y más intrigados os quedaréis en cuanto sepáis la verdad de lo que parece que ya ha ocurrido seriamente.
- Bueno, pues un poco más abajo nos paramos a comernos un bocadillo y mientras tanto tú nos cuentas tu sueño para que así seamos testigos tanto de las cosas que sueñas como de las que luego algún día puedan hacerse realidad.
- ¡Vale!

Por delante de la casa, por el lado de la ventana, por detrás y desde casi todos los ángulos nos hacemos fotos y después de un rato llenándonos del lugar y sintiendo la envidia, sin ser tampoco demasiada, nos vamos. Bajamos por la ladera porque ahora lo que pretendemos es encontrarnos con la senda que va río adelante en busca del otro chalé ya descubierto por mí hace unos días. Comprobamos ahora una vez más, que todas las tierras que rodean al edificio que vamos dejando atrás, son trozos de viejas huertas.
- Sin duda que antes aquí hubo un cortijo.
- Con toda seguridad porque el lugar es el más propicio para ello.

Y es ahora cuando uno de los que hoy forman el grupo me hace la pregunta:
- Aquella gente y en aquellos tiempos, tan distanciados por estos montes, con medios de transportes tan malos y caminos durísimos ¿cómo afrontaban el tema de la muerte?
- Con la valentía, con la dignidad y con una visión más real y trascendente que estos modernos de la sociedad que nos ha tocado vivir.
- ¿En qué te basas para decir lo que dices?
- En muchos datos que tengo de las fuentes más certeras y nobles que existen, es decir, que no existe porque quizás sea el único sobre esta tierra en poseer esta información.
- ¿Te das cuenta que si eso es así posees un tesoro desconocido para todo el mundo?
- Claro que me doy cuenta y puedo hablar del tema porque lo tengo muy seguro.
- Dinos algo a nosotros.
- No es fácil, porque el tema en sí ya no lo es, pero algunos datos para orientar pueden ser los mismos que al principio a mí me fueron inquietando. Por ejemplo: tengo yo recogido varias leyendas ocurridas y situadas en distintos puntos de estos rincones y entre ellas destaca una realmente bella.

Sobre la ladera se alzaba el cortijillo y aquella era una ladera silenciosa y llena de vida arrullada en todo momento por la corriente del agua que la limitaba por el barranco. Y por abajo, junto al cauce, encima de donde el vado se extiende el otro cortijillo. En el de la ladera vive el joven amigo del dueño del cortijo de abajo. Y el joven aquella mañana salió del cortijo y a lo largo y ancho de la ladera fue revisando cada una de las mil matas de esparragueras que por ahí crecen. No hay espárragos más ricos en toda la sierra que los que se crían en esta ladera. El lo sabe porque desde pequeño los has buscado en compañía del dueño del cortijo del vado que es el que le ha ensañado estas y otras muchas cosas.

Además de una pequeña navaja para cortar los tallos verdes de los espárragos hoy el joven trae consigo un pequeño escardillo. Al día siguiente él vuelve al pueblo donde estudia y como los profesores le han pedido que se lleve de la sierra un pequeño roble para sembrarlo en el jardín del colegio porque ellos dicen que es muy interesante eso de tener en el colegio un árbol de la sierra de Cazorla, ha cogido el escardillo por si se encuentra con alguna planta joven sacarla con sus raíces y prepararla para llevársela al pueblo. Así que al mismo tiempo que busca los espárragos va mirando por aquí y por allá por si se encuentra con algún árbol fácil de arrancar y que al mismo tiempo sea bonito y sea necesario quitarlo para que los otros tengan más luz y tierra.

Cuando el joven llega a la hondonada del barranco y se encuentra con la corriente del agua ya trae en sus manos un buen puñado de espárragos. Sigue buscando por aquí porque este rincón es un sitio ideal tanto para los espárragos como para los pequeños robles que él necesita. Y espárragos sí encuentra bastantes, pero arbolitos que se ajuste a las necesidades que él tiene, no tantos. De todos modos, por entre la espesura del bosque, ahí donde el cauce forma como una isla, sí crecen algunos que son así como de unos quince centímetros porque las bellotas de los robles grandes al caer en la tierra húmeda de la isla han germinado echando raíces. Casi se ajusta a lo que él busca, pero cuando está a punto de empezar a mover la tierra con el escardillo para sacar uno con todas sus raíces, se acuerda de su amigo del cortijo del vado, Piensa que es mejor acercarse hasta donde vive y pedirle tanto ayuda como consejo para que todo salga bien.

Así que sigue subiendo y conforme se va acercando empieza a notar que algo anormal ocurre hoy por aquí. Al llegar al rellano de la puerta se encuentra con una de las hijas de su amigo.
- ¿Qué sucede?
Le pregunta.
Murió mi padre anoche.
Al oír la noticia el joven se queda algo desconcertado, pero acordándose de lo que en algunas ocasiones su amigo le había dicho, se llena de ánimo y entra al cortijo. Se esperaba lo que enseguida descubre con sus ojos: sobre la humilde cama su

amigo yace inmóvil y es verdad lo que ha oído, está muerto, pero es aquí que como el joven no se lo cree del todo, se acerca a su cuerpo y como tantas otras veces, tiempos atrás, le pregunta:
- ¿Adónde te has ido?
Enseguida, casi al instante, oye la respuesta y hasta incluso siente que los demás se encuentran en las mismas circunstancias que él y por eso ni siquiera les preocupan.
- He ganado algún terreno hacia esa victoria que tantas veces hemos hablado; estoy a dos pasos de la alegría que tiene acento final.
- Pero entonces esta muerte que los tuyos y los que te conocen lloran ¿por qué es?
- No saben ellos, aunque sí lo intuyen algo, que estoy rebosando de consuelo y sobre abundo de gozo en medio de todas nuestras tribulaciones.
- ¿Quieres decir que sólo te has dormido para la dimensión de algunas cosas y, sin embargo, sigues todo lleno para la dimensión de otras cosas?
- Quizá sea eso. La verdadera felicidad es una felicidad de crecimiento y como tal nos espera en esta dimensión: por la unificación de nosotros mismos en el fondo de nosotros mismos. Por la unión de nuestro ser con la de los otros seres, nuestros iguales. Por la subordinación de nuestra vida a una vida más grande que la nuestra.
- Entiendo algo, pero lo que con más claridad veo es que mientras los demás lloran tu muerte, yo aunque estoy aquí con ellos y junto a ti, no la puedo llorar porque no veo que te hayas muerto sino que parece que hasta puedo sentirte conmigo para decirme cómo tengo que hacer lo que ahora pretendía.
- Que otros y ellos se extrañen de eso es normal, pero tú lo debes ver como ya siempre dijimos.

Salió el joven del cortijo y volvió a irse por el río en busca de aquellos pequeños arbolitos que deseaba coger. Y se movía con la sensación de que su amigo le acompañaba como tantas otras veces a lo largo de tantos días por estas sierras. Y era tan fuerte dentro de su alma esta sensación que le parecía irreal aquellos que por él lloraban en el cortijo. Le parecía irreal cuando al día siguiente se lo llevaron dentro de una caja sobre un mulo camino del pueblo y más irreal le parecía aquella tristeza y lágrimas en las caras y ojos de la gente. Sería cierto lo que de verdad había pasado, pero el joven parecía que lo veía, lo estaba viendo y viviendo impulsado por una realidad que se alejaba mucho de todas aquellas manifestaciones que veía en unos y otros.

Su amigo no había muerto si no que sólo había pasado a una dimensión distinta y por eso él no lo sentía como ido. Lo tenía allí con él como dándole consistencia y grandiosidad al barranco del río y los espárragos con los paredones rocosos y el viento impregnado de silencio eterno.
- Pero que actitud más rara adoptas ante la muerte.
Le decían los conocidos.
- Yo no la siento rara sino distinta a la que adoptáis vosotros y otros muchos.
- Pero para ti entonces ¿qué es la muerte?
- Desde luego no es un sentimiento de pérdida para siempre. Tampoco es una ausencia total sin consuelo. No es un quedarme sin amigo y por lo tanto sin sus palabras, su cariño ni su presencia. No he perdido nada sino al contrario: todo lo que tenía y compartíamos sigue aquí conmigo y latiendo por estos barrancos.
- ¿Por eso no estás triste?
- Por eso no estoy triste sino más bien enriquecido espiritual y humanamente.

Y dicen que a partir de aquel día, por todo aquel barranco de los cortijillos, las laderas de los espárragos y el río de los robles pequeños, late como un halo de gozo y luz que se incrusta en el alma de los que por allí van llenándola de bienestar y transparencia. Como si aquello fuera la antesala de un mundo nuevo dentro de este mundo y las sierras de este parque. ¿Qué cómo se llama aquel barranco? Pues creo que sólo para un grupo muy reducido de personas aquello se empezó a llamar el Barranco de Vado Ancho.
- Pero ese es el lugar por el cual nos movemos ahora mismo nosotros.
Aclara Chus.
- Exactamente este es el rincón y los lugares donde estuvieron los cortijillos bien pudieran ser esa pequeña explanada que hoy ocupa el chalé del alemán y las

llanuras por donde pastan las ovejas.
- Pero si esto es así es una auténtica barbaridad que por aquí hayan venido a construir tantos edificios modernos. Destruir y machacar los restos de las civilizaciones que nos precedieron es un crimen.
- Lo es porque con ello se pierde para siempre grandes cosas de valores incalculables para todos los que nos ha tocado vivir después de aquella gente.
- Es como si la civilización de estas épocas, con tanta ciencia y saber, fuera más insensible, más egoísta a pesar de tantos adelantos.

Desde la ladera que cae hacia el río hemos descendido buscando la senda. Y mientras bajamos nos vamos entreteniendo en descubrir la vegetación. La mejorana abunda mucho y aunque precisamente en estas fechas del año no es el mejor momento para percibir el perfume de las plantas aromáticas, cogemos pequeños tallos y aprisionándola un poco entre los dedos éstas dejan escapar sus esencias. Lo mismo hacemos con el espliego, el tomillo y la satureja montana. Son tan abundantes estas plantas por el lugar que hasta llegas a pensar que alguien las plantó a conciencia. Pero no, quizás la intervención de los humanos habrían conseguido lo contrario.

Antes de llegar a la senda me adelanto y aprovecho que el grupo atraviesa un pequeño bosque de pinos, encinas, enebros y romeros y lo recojo en la cámara de fotos. Y justo ahora otra vez nos cruzan los caballos. Cinco cada uno con su turista a cuestas senda adelante hacia la segunda casa. Ya es la segunda vez que nos cruzan esta mañana en el espacio de no más de una hora. La primera fue justo en el mismo vado, cuando empezábamos a subir por la ladera hacia la casa. Ahora los dejamos que pasen sin sentir envidia y una vez en el camino como ellos lo que desean es llegar hasta la segunda casa, no muy lejos de aquí y como en la segunda casa ya estuve yo hace unos días y escrito lo dejé, a partir de este momento diré sólo que mientras avanzamos por el camino, cruzamos junto a varios quejigos robles exageradamente grandes. Y al pasar por debajo de uno de ellos, sin buscarlo me tropiezo con el cascabillo de bellota y espontáneamente me sale aquel juego que tanto me gustaba de pequeño: hacer un silbato cien por cien natural. No es que sea muy importante ni una cosa del otro mundo, pero voy a decir como se hace y funciona un silbato hecho con el cascabillo de una bellota, que puede ser de encina, de alcornoque o de roble quejigo.

En primer lugar, el cascabillo es la cúpula de la bellota; esa parte rígida entre la bellota en sí y el tallo de la encina o roble. Cuando los frutos se caen ya maduros casi siempre caen con ellos el cascabillo, pero los animales sólo se comen la bellota, así que al final del otoño y durante el invierno, cuando tú pasas por debajo de algún árbol del grupo de los quercus, encinas, quejigos, robles, alcornoques y coscojas, es fácil que te puedas encontrar no uno sino muchos de estos cascabillos. No se los come ningún animal y por ser rígidos casi como una corteza, tardan bastante tiempo en pudrirse entre las hojas y pasar a ser alimento orgánico para la misma planta.

Y en segundo lugar, hacer un silbato del cascabillo de una bellota es lo más fácil del mundo. Coges tal cascabillo y te lo pones entre dos dedos de cualquiera de las manos, cierras las manos dejando una pequeña abertura por entre los nudillos de los dedos donde apoyas los labios y soplas. El aire entra por un lado, tropieza con el cascabillo y al volver buscando salir por la misma abertura se produce el sonido. Un sonido que es casi parecido al que se consigue con los labios de la boca, pero en ocasiones mucho más potente y con casi todos los tonos de graves y agudos. A cascabillo más grande sonido de silbido más graves y al revés.

Pues esta mañana, al encontrarme con este cascabillo de quejigo, espontáneamente fabrico mi silbato recordando los tiempos de mi niñez. Se lo muestro a ellos con el ejemplo de un fuerte silbido y les llama la atención.
- ¿Cómo lo haces?
Me pregunta Chus.
- Pues fíjate que sencillo. ¿No conocías este pequeño invento?
- Es la primera vez que lo veo y oigo.

Y llenos de curiosidad unos y otros se ponen a buscar cascabillos secos de bellotas de quejigo y a practicar a ver si el invento funciona. Ninguna de las dos cosas son difícil. Por aquí, cascabillos se ven muchos y a las dos o tres tentativas los silbatos empiezan a sonar. María Jesús es la más interesada y de las primeras que consigue un sonido casi perfecto. Le sigue Aurora, Teresa y Luis.
- Algo nuevo que se aprende siempre.
- Y que puede tener su utilidad para en alguna situación de apuros. Si en algún momento te encuentras en dificultad por estos montes y necesitas pedir auxilio con sólo coger un simple cascabillo ya tienes un silbato en tu poder como instrumento para llamar la atención.

Con esto del ensayo y la búsqueda de cascabillos sin darnos cuenta ya estamos llegando a la casa. La recorremos llenos de interés por la curiosidad tal como me pasó a mí hace unos días y unos minutos más tardes nos disponemos para regresar siguiendo la misma senda que hemos traído. Hoy los voy a invitar a comer y lo vamos a hacer en uno de los hoteles de este Arroyo Frío turístico. Entre otras cosas es que quiero conocer más de cerca los rincones por donde más les gusta moverse a los turistas, pero en el fondo es porque también deseo que ellos hoy se lo pasen bien. Las personas de la sierra y en especial, los de este rincón de la sierra, tienen en mí y para ellos todo mi corazón y es algo que me sale sin más.

Pero como todavía vamos a tardar un tiempo en llegar a los hoteles y como ya son más de las doce de la mañana en cuanto hemos regresado unos metros nos paramos. Hay por aquí un pequeño manantial que baja de la pared rocosa que nos cubre por la parte del norte. Es sólo un pequeño hilillo porque aún a estas alturas del año no ha llovido en serio ni por estas sierras ni por ninguna parte de Andalucía. Pero nuestro chorrillo, sólo nuestro por unos minutos, sí trae el agua cristalina, fresquita y muy pura. Aquí nos lavamos las manos y enseguida Chus descarga el zurrón puesto que ha sido ella la que ha cargado con él a lo largo de toda la mañana. Saca el pan y el jamón que hemos comprado en la tienda de Arroyo Frío y nos prepara un pequeño, pero rico aperitivo. Aprovecho el marco para recogerlo en fotos ya que en estos momentos estoy observando que el paisaje que nos queda al fondo en muy bello. Todo el grupo sigue ocupado en sus bocadillos, unos de pie y otros sentados y clic, la foto para el recuerdo.

- Yo estoy pensando que ahora podría ser el momento.
Dice de pronto Teresa.
- ¿Momento de qué?
- Pregunta Aurora?
- Pues de qué va a ser, Mariana nos dijo que iba a contarnos un sueño.
- ¡Eso! Nos lo prometiste y algunas no creas que lo hemos olvidado.
- Pues si tenéis tanto interés os lo cuanto, pero no creáis que es una cosa del otro mundo; son asuntos míos, pero que a lo mejor saberlo sirve para algo.
- Casi siempre las cosas entre los amigos sirve para algo; ya lo verás.

- Pues venid para acá, yo me siento aquí en esta roca y vosotros me rodeáis sentados en el suelo como si se tratara de una reunión de cosas importantes, y escuchad atentos.
Le obedecemos y llenos de interés vamos tomando asiento en el suelo o en otra roca más pequeña y frente a ella.
- Ya estamos, empieza.
Sigue exponiendo Chus.
- Para situarnos tenemos que remontarnos a los meses estos pasados cuando a mí me dieron trabajo de inventariar monte por estas sierras. ¿Porque sabéis esto de mi trabajo?
- Pues claro Marina, no lo vamos a saber si estamos siguiendo contigo, casi paso a paso no sólo los rincones por donde trabajas sino hasta lo que te pasa con el ingeniero y con los pinos que mides.
- Bueno pues de eso se trata: al principio de darnos el trabajo nos dijeron que íbamos a terminar sobre el mes de mayo o así y ahora nos están diciendo que acabamos para el veinte de marzo. También al principio nos dijeron que después de este trabajo nos darían otro, sólo para algunos, por las zonas esas se Huelva,

Cádiz y Málaga. Ahora nos dicen que ya veremos si seguimos trabajando.

Pues mi sueño es lo siguiente: soñé yo que terminamos el trabajo de estas sierras el día veinte de marzo exactamente. Soñé yo que por esa fecha ya había adelantado mi boda, en lugar de para final de agosto como teníamos pensado, ahora la hemos cambiado y va a ser para el día 24 de junio que es S. Juan. Cuando terminé el trabajo me fui unos días a Ubeda a comprar algunas cosas para la boda y esperar porque tenían que llamarme para que fuera a Jaén a firma el finiquito. Pero sucedió por esos días que como todos los que habíamos trabajo en estas sierras habíamos echado el currículum por si acaso salía algo para ese otro trabajo a escala nacional, me llamaron a Jaén para que fuera a hacer las pruebas. A algunos de nosotros nos iban a dar trabajo en las zonas que antes dije. Sucedió que fui y aquel día todo fue un desastre; a Luis se le rompió el coche, a mí me dieron el aparato peor y no acertaba a ver lo que tenía que ver con aquel instrumento. Pero al final el ingeniero me dijo que sí, que aquello había salido bastante bien.

De Jaén, aquel día me vine desanimada y para acabarlo de arreglar, cuando veníamos subiendo la cuesta desde el Puente del Obispo a Baeza a Luis lo para la policía y le ponen una multa de 25.000 pesetas. En fin, todo un día lleno de calamidades, pero al otro día tengo una llamada de Jaén diciendo que he pasado las pruebas y que me dan trabajo para un año. Primero tengo que ir a Marbella, después de dos meses a Almería y luego por la parte de Huelva.
- ¡Qué bueno ¿Verdad? Si el sueño se hace real fíjate que bien te viene para empezar tu vida de casada.
Comenta Teresa.
- Pero espera porque aquí no acaba todo el sueño.
- ¿Todavía hay más?
- Bueno, esto es un culebrón. Resulta que aunque me habían dicho que me daban el trabajo, como yo había puesto en mi currículum que sí tenía carné de conducir, pues empecé a pensar que si ahora descubría que no era cierto, las cosas se complicarían y así fue. Ellos, el ingeniero, no fue el que lo descubrió, sino que uno de los compañeros de trabajo en la sierra, se enteró que me habían dado el trabajo y como no se lo creía, cogió y llamó al ingeniero. Le dijo que yo no tenía el carné y que por lo tanto les había engañado. Que ellos habían hecho bien su examen y en cambio yo no lo había pasado. Que me daban el trabajo por puro enchufe, pero no por mis méritos.
- Pues hija, tu sueño es todo una tragedia.
- Ya lo creo que lo es, porque aquella misma noche me llamó el ingeniero y lo primero que me preguntó fue que si tenía el carné.
- Es que después de haberte dado el trabajo he pensado que si no tienes el carné sería un gran problema para todos.
- ¿Lo ha pensado o ha sido un chivatazo?
- Pues para serte sincero, ha sido un chivatazo y además de esos amigos tuyos que tanto conoces y que a lo largo de todo el invierno has tenido trabajando junto a ti.
- Lo que pasa es que yo quería sacarme el carné ahora, en cuanto he dejado de trabajar, pero fíjese que hace sólo una semana que terminamos en la Sierra de Cazorla y aunque he querido, materialmente no he tenido tiempo.
- Bueno, con toda sinceridad te voy a decir que yo quiero darte el trabajo a ti, pero sin carné no es posible. Me pones en un compromiso. Porque ahora mismo no lo necesitas, pero dentro de dos meses, cuando estemos trabajando en Almería, sí será necesario.
- Yo le prometo que para esas fecha tengo el carné en mi bolsillo.
- Si me das tu palabra de que va a ser así y, además, también de que después de la boda no me vas a dejar colgado con el trabajo, vente mañana y firmas el contrato. Mientras tanto yo voy a ir mirando a ver si encuentro una autoescuela por Marbella para que en cuanto llegues allí te pongas a dar clase. Porque me has prometido que en dos meses te sacas el carné.
- Se lo prometo.
- Pues ya no hay nada más que hablar. El trabajo es para ti.

Así que unos días después, sobre el tres o cuatro de mayo, por la mañana me fui para Jaén, firmé el contrato y luego seguí mi rumbo hacia la tierra de Luis.

Quería, antes de empezar a trabajar, ir a hacerle una visita a su familia y sobre todo quería ver a su madre que por estos días estaba cada vez más grave. Al lunes siguiente, siete de mayo, ya empezaba a trabajar en ese nuevo tajo con el organismo de Icona para un inventario que ya llevan diez años con él y a mí ahora me contrataban para un año.
- Quién sabe si cuando acabes quedan contentos contigo y te dan más trabajo en otros sitios.
- Puede ser así, pero lo que más me fastidia de todo esto que he soñado y que a lo mejor un día se hace real, es la jugarreta de esos amigos míos.
- Eso para que te fíes de la gente.
- Bueno, pues ya se acabó mi sueño, que como veis tiene tela.
- Pero si se hiciera real sería estupendo.
- Sería estupendo y desde luego que tendría mucha más que contar porque fíjate que por esos días ya me caso y todo. ¿Cómo voy a tener yo el cuerpo y cuánto no me va a ocurrir?
- ¿Sólo a ti?
- ¿Por qué hace esa pregunta, Mari Tere?
- Tú ya sabes por qué la hago. Desde hace un tiempo para acá parece que no existe para ti nadie más en el mundo que Luis. ¡Hija como estás con tu novio!

Nos damos cuenta que Teresa, por estos días, anda un poco disgustada o enfadada y en el fondo es porque ella quiere mucho a su hermana y como Mariana ya tiene el corazón dividido entre Luis y la familia, en el fondo Teresa se siente como olvidada; como si hubiese perdido un poco a su hermana y ello lo manifiesta con algún digustillo de vez en cuando.
- Es que está celosa.
Diría Mariana.
- Lo que pasa es que para ti ya lo único importante es Luis.
Diría Teresa.

El rincón que hemos cogido para reunirnos con motivo del bocadillo de la mañana es el más bonito de este valle. Ahora me doy cuenta de ello. A nuestras espaldas quedan dos grandes robles y más al fondo la Sierra de Segura con el Yelmo, el gran valle algo más acá y todavía más cerca el barranco por donde corre el Guadalquivir. Un poco por la izquierda quedan los grandes cortados rocosos y sobre ellos los esbeltos pinos clavados en las rocas y coronando la cumbre, el cielo azul y las nubes blancas. Estoy yo mirando para ver si saco algunas fotos donde pueda recoger todos estos paisajes y de pronto descubro los restos de una antigua cascada que cae desde lo alto de este despeñadero. Desde la distancia puedo observa las estalagmitas que el agua fue formando en otros tiempos e incluso hasta me parece distinguir los restos de algún antiguo cortijillo bajo la covacha que el agua formó en la pared al caer por la cascada. Algo similar al cortijillo de los Parrales allá por Montillana, pero en esta ocasión en una de las vertientes del Guadalquivir al comienzo de este espléndido valle.

Nos entran ganas, incluso, de irnos por ese lado de la pared y descubrir bien lo que existe por ahí, pero como Mariana desea estar a las cuatro en el pueblo de Cazorla para no faltar a esa pequeña fiesta que organizan sus compañeros, nos sentimos un poco limitados por la hora. Así que terminado el bocadillo, la sesión de fotos y esta pequeña reunión alrededor de la roca para oír a la aventurera de los sueños, recogemos las cosillas en el zurrón y nos ponemos en camino regresando hacia el valle.

Tengo que decir que es un delicioso paseo este de la sendilla por la ladera de los espárragos donde los cortijillos se transformaron en chalés. Es precioso este rincón y a pesar de los caballos y eso, anda cuajado de silencios y estupendos bosques. La senda a media ladera, el río por lo hondo y los paredones rocosos escoltándolo por arriba, le da al terreno una agradable sensación de parajes llenos de misterio. Y es así: un pequeño rincón deliciosamente bello que además de estar muy cerca de los turistas, es bastante fácil de andar. Hasta me extraña que los de las guías turísticas lo hayan dejado fuera de sus páginas. Cosa que puedo comprender porque el lugar más bien es sierra a lo pequeño. Dejando precisamente

lo bueno, lo mejor, sólo para nosotros; para mí gran parte y alguien más que pueda existir por ahí.

Nuestro regreso al punto de partida, Vado Ancho, lo vamos haciendo mucho más pausado y tranquilos y esto nos permite ir descubriendo los inmensos y azules charcos de río. Vamos mirando y cuando menos nos lo esperamos aparecen remansados en forma de pequeños lagos entre helechos, sombras de pinos y rocas.
- Toda una belleza que nada más verla te llena de placer profundo.
Comenta Aurora.
- Si hasta te dan ganas de darte un baño.
Añade Chus a lo que Mariana responde:
- Pues a mí me da mucho miedo bañarme en los charcos del río.
- ¿Qué peligro puede tener?
- Ninguno; actualmente el único peligro real de estos charcos es su contaminación.
Les digo a lo que Luis añade:
- Pero si está tan clara que te entran ganas de bebértela toda.
- Parece que es así, pero yo sé que ahí, tan sólo unos kilómetros más arriba, se encuentra la aldea de Vadillo y junto a ella un camping.

A mi aclaración nadie responde porque parece que a casi todos nos apetece más seguir ignorando esta realidad para no tener que renunciar a la magnífica belleza de las transparentes aguas que estamos viendo. Son ciertamente hermosos todos los charcos que el Guadalquivir remansa a su paso por esta zona de Vado Ancho.

Por eso al llegar al puente donde hemos dejado los coches a todos nos entra el deseo de querer llevarnos con nosotros este trozo de la sierra. Espontáneamente organizamos aquí otra sesión de fotos buscando que en todos ellos aparezcan los componentes del grupo para que el recuerdo no se nos olvide nunca y al mismo tiempo recogiendo los aspectos más bellos de estos parajes. Mariana y su hermana sobre el mismo puente de pie y en el centro un trozo del río que se aleja, un gran pico a las espaldas de Mariana, más en el centro dos esbeltos álamos que aunque ahora no tienen hojas, quedan bellísimos puestos en el mismo centro de la foto; allá a lo lejos las nubes blancas y más en el fondo, las nubes blancas y el cielo azul. En la otra María Jesús con su piña en la mano, su zurrón, de pie sobre el puente junto a su amiga Aurora y al fondo el bosque de álamos que en este caso armonizan bellamente con la elegancia de sus delgados cuerpos destacando sobre las rocas de las cumbres por las minas de Collado Verde y el intenso azul del cielo engalanado con un chorro de nubes blancas sobre las cumbres.

En la siguiente foto todo el grupo sentado sobre el pequeño puente de tres ojos. En primer plano la cuenca del río, las algas verdes y los juncos amarillos y de fondo, robles, álamos y pinos con un trozo de cielo azul lleno de tonos negros que parecen chorrear misterio. La última, por la parte de abajo del puente, donde el agua azul verde corre en primer plano y los cinco del grupo, como en sus cosas, junto al agua y por entre el monte. Cuatro preciosos cuadro al cual más bonito, repletos de tonos limpios y deliciosamente acariciados por la corriente del río. Mientras voy sacando las fotos no dejo de recrearme en entre gran trozo del Guadalquivir. Me cercioro bien que en lo alto empieza la cascada de la Cerrada de Utrero que viene despeñándose hasta casi donde al río se le junta el Arroyo del Valle. A partir de ese punto empieza lo que sería el remansamiento de este trozo por donde su punto central cae justamente aquí, en Vado Ancho que es donde estamos. A partir de aquí todavía el río sigue bastante remansado y se alarga casi hasta la altura de la piscifactoría de la Rejona que dista unos tres kilómetros si lo medimos desde la junta del Valle. En cuanto pasa la piscifactoría, por ese punto en que el cauce corta el cerro de la cueva, vuelve a convertirse en torrente aunque no demasiado. Desde donde empieza a caer la cascada de Utrero hasta el Puente del Hacha serán más de siete kilómetros de cauce que sin duda ninguna son los más bellos de este río.

Partiendo de Vado Ancho hacia arriba sólo lo conozco en algunos puntos y aunque si son muchas las veces que por el lugar he pasado, tengo todavía

pendiente pararme despacio y dedicarme a conocerlo hondamente. Quizá mi próxima visita a estos montes sea precisamente para recorrer este trozo del Guadalquivir. Aunque también me espera esa flamante pista que sube desde el Puente del Hacha hacia el Cortijo de la Cruz del Muchacho. Cosa que si digo la verdad tendría que decir que me esperan no sólo estos dos trozos sino más del noventa por ciento de las sierras de este parque. Pero en fin, hoy ya hemos recorrido otro pequeño puñado de tierra más y como ahora es ya el momento de la comida, con algo de tristeza nos despedimos del río y su vado y nos vamos por la pista de tierra dirección a los hoteles donde pensamos comer.

El primero es el Hotel Montaña que como el de los Enebros, está junto a la misma carretera, pero más pegado a las casas de la aldea. Es flamante; quizá lo inauguraron el verano pasado porque hasta hace poco tiempo yo lo he visto en obras. Bueno, lo he visto mucho antes. Cuando por aquí no existía nada más que un magnífico bosque de quejigos y el resto campo virgen. Que ahora, aunque algunos de esos quejigos siguen en pie ni mucho menos es lo mismo, porque, además, recuerdo cuando en esta aldea ni siquiera existía una tienda. Te parabas por aquí y lo único que siempre encontrabas era la fuente junto a la carretera con unos caños de agua que era una gloria bendita.

De aquellos días, guardo yo entre mis cosas un pequeño escrito de alguien que vivió siempre en estas sierras y al pasar, en una ocasión por el lugar, se encontró con lo que nunca le hubiera gustado ver. "Llegamos a la urbanización de los chalés. Al entrar, al lado norte, nos paramos. Advertimos que aquí están construyendo otro más. Exactamente junto al borde de la carretera y no parece un edificio pequeño sino todo lo contrario. Nos paramos. Durante largo rato observamos despacio todo lo que por aquí ocurre.
- ¿Será el comienzo de la invasión del valle?
Me pregunta Eva.
- Parece que no, pero quién puede saberlo.
Ciertamente la casa se encuentra al borde de la llanura un poco adentrándose en ella.

En estos momentos una gran grúa se mueve de un lado a otro transportando materiales. Dos hombres llevan maderas en los carrillos y varios más caminan entrando y saliendo con tierra y cemento. En el lado sur un hombre vestido con traje y corbata da órdenes, junto al coche lleno de muebles y las señoras que señalan a la ventana. Los observamos detenidamente sin decir nada. Sabemos y en parte intuimos que son las ocupaciones normales de las personas que habitan el planeta tierra. Esto es lo cotidiano, lo que ellos llaman, plenamente convencidos, la realidad de la vida. Sin embargo, en estos momentos ni para Eva ni para mí las cosas son así.
- Lo veo y me parece un puro sueño.
Me dice ella.
- Tienes razón; es como un sueño lleno de belleza donde los personajes hablan, se mueven, trabajan creyéndose algo y son puro sueño.
- Y lo que no acabo de comprender es que aquí, en la construcción de esta vivienda, empleen todas sus horas e ignoren la belleza de una puesta de sol.
- En esto te doy la razón.
- ¿Nos acercamos y hablamos con ellos?
- Deberíamos hacerlo porque hasta puede ser divertido, pero creo que no nos entenderían.

Pasado un rato nos alejamos de la nueva construcción. Cruzamos el río, bajamos por el cauce y en la curva, al final de la llanura, nos tropezamos con el rincón hermoso".

Hoy, mientras observamos que casi todos estos edificios están ya lujosamente terminados, pero agrediendo tremendamente a los paisajes, porque parece que todo el esfuerzo se les ha ido en hacerlos muy modernos y grande, pero no en que su impacto sea pequeño en el entorno, llegamos al lugar. Vamos a entrar a uno de ellos para comer aquí. Entre otras cosas es que quiero conocerlos por dentro y

hacerme turista por un día, para estar bien orientado en todas las realidades del Parque. Y como hemos venido a salir a la puerta misma del Hotel Montaña aquí es donde primero entramos.

Así que nos ponemos en marcha y pasamos al comedor. Una señorita nos atiende y como le indicamos que sólo queremos saber el menú que tiene y los precios nos alarga esa típica carpeta de hoteles y restaurantes donde en su interior, al abrirla, encontramos el listado de platos y precios. Nada original ni nuevo. Lo de siempre: carne de monte, chuletas de cerdo, cordero, lomo... Lo de siempre en estos sitios con las típicas truchas de piscifactoría.

Ojeamos, al mismo tiempo, los precios y encontramos que el planto más barato es precisamente este: las truchas que salen por mil pesetas una sola más pan, agua y todo lo demás.

Como hemos acordado ir también a otros sitios y luego escoger lo que más nos agrade eso es lo que hacemos. Salimos y ni siquiera tenemos que subirnos en los coches. Los Enebros están a unos minutos de este hotel que acabamos de visitar. Seguimos la carretera y pasamos por donde encierran a los caballos que pasean a los turistas.
- Yo quiero una foto subida en uno.
Pide Chus entusiasmada con los animales que se mueven por el trozo de tierra cercado o comiendo pienso compuesto junto al tronco de alguno de los quejigos que, de milagro, ha quedado por aquí. Por un lado parece que en la era de esta nueva civilización todo animal o planta tiene que ser perfectamente planificado por los hombres y por supuesto, alimentado con piensos compuesto. Por otro lado, aunque seamos más humanos sobre este planeta, para todos ha de existir una mínima abundancia de cosas y comodidad aunque el planeta no lo resista y haya que forzar todos los procesos naturales. Absurda visión esta que como no va por el camino correcto irremisiblemente tiene que acabar mal.

Le decimos a Chus que al volver le sacaremos su foto montada en el caballo y llegamos a este otro complejo.
- El comedor está arriba.
Subimos las escaleras y nos encontramos en otra sala grande con muchas mesas, estas con manteles blancos, dos o tres personas comiendo aunque ya son las tres de la tarde y todo como refugiado en lo que podría ser el desván, que es la parte más alta de la casa, bajo el tejado, utilizado como granero o trastero. En este caso, aunque todo es madera porque son las vigas que sujetan al tejado, el desván lo han utilizado para el comedor.

Así que pagamos y como en este momento estamos pensando en truchas, ríos a arroyos, alguno de nosotros hace unas preguntas sobre el tema y justamente ahora es cuando me acuerdo de algo que leí el otro día. El texto decía que: "Nacen en esta maravillosa sierra numerosos arroyos y ríos y sobresale entre ellos el Guadalquivir que tras recorrer pequeño y transparente un largo trayecto se ensancha formando el inmenso embalse del Tranco del Beas. Nace también allí el Guadalentín que después de atravesar profundas cerradas, marcha hacia Granada buscando a su padre el Guadiana Menor. Son también de estas sierras donde nacen y mueren el Aguamulas y el Borosa. Por último encontramos allí las tranquilas aguas del Salto de los Órganos y la pequeña Laguna de Valdeazores.

Bajo las aguas de estos ríos y arroyos pulula una numerosa población ictícola formada por truchas y peces ya que para los naturales la trucha es una cosa distinta de los restantes peces y con este nombre se conoce toda esta pléyade de ciprínidos formada por los barbos, bogas, cachos, etc. Al borde de sus orillas crece una exuberante vegetación que protege a la corriente del ardiente sol y proporciona una mejor riqueza alimenticia a los habitantes de ella y al mismo tiempo da una nota de color al pintoresco paisaje en el que sobresale de vez en cuando asomándose al río, el majestuoso porte de las escarpadas rocas. La importancia de esta población piscícola, tanto económica como deportivamente, es enorme y hay que protegerla y mejorarla.

Es evidente que el verdadero valor de esta riqueza está en la trucha, por tanto, debe ser en beneficio de esta todas las medidas y obras que se han de llevar a cabo. Ahora bien, todas estas obras serían inútiles si no van apoyadas por una eficaz guardería que será la que, en definitiva, hará que se conserve en perfecto estado toda la labor realizada. La guardería que hoy existe en el Coto Nacional de Cazorla y que tiene también a su cargo el cuidado de los ríos, es a todas luces insuficientes, por ello, se debería crear varias plazas de guardas exclusivamente para pesca a los que habrá de dotar de vivienda en las proximidades de los ríos.

Una vez dispuesta la guardería, habría que adoptar las medidas pertinentes para la conservación e incremento de la riqueza truchera de la región. Para ello dispondremos en primer lugar de una piscifactoría en lugar adecuado. Habrá que realizar las obras de urbanización en los parajes en que sea necesario. Se elevarán muros en los sitios que se crea conveniente con vista tanto a la creación de pequeños embalses como de impedir la subida de los barbos a los lugares en que la trucha deba ser el único habitante. También se atenderá a la creación de cotos de pesca así como al señalamiento de tramos de reserva y se procederá a la veda de algunas zonas. Por último se efectuarán las repoblaciones que se consideren convenientes en los tramos en que el escaso arbolado actual así lo aconseje.

En cuanto a la parte alta de Guadalquivir, la comprendida entre la Cerrada de Utrero y el nacimiento, está hoy materialmente invadida por los cachos que obstaculizan grandemente la repoblación de la trucha; sin embargo, su eliminación es fácil, ya que la citada cerrada no puede ser remontada por los peces. Por lo que respecta a los ríos Aguamulas y Borosa y a la Laguna de Valdeazores podemos asegurar que en ellos está prácticamente eliminada toda especie distinta de la trucha debido a que se han enredado repetidas veces y ninguno de ellos puede ser remontado por los ciprínidos. En el Aguamulas debido a la existencia de la presa del molino de Eusebio situada casi en su desembocadura. En el Borosa porque el salto que existe en el llamado Pozo de la Cuna, muy próximo a su unión donde el Guadalquivir, impide la subida de especies distintas a las de la trucha. En el río Guadalentín empiezan a aparecer los cachos, única especie que se presenta distinta de la trucha, a partir de las Acebadillas, luego va aumentando su número hasta dominar por completo la trucha, siendo la Fuente de Maitines un formidable vivero de cachos. Desde la cerrada de la Bolera la trucha desaparece por completo debido a esta fuerte competencia. La explotación de estas especies casi no se lleva a cabo ya que, al prohibirse el empleo de la red en los ríos trucheros y salmoneros, el uso de otros artes no resulta económico, pues como hemos dicho, su calidad es muy baja.

Desde hace mucho tiempo los ribereños de esta zona se dedicaban a la pesca de la trucha y otros peces, con lo que obtenían no sólo un medio de alimentación sino una fuente de ingresos. Naturalmente en aquel entonces no existía ni una legislación adecuada ni se lleva un control sobre los sistemas de pesca empleados. Esto hacía que los principales procedimientos que se empleaban fueran los diversos tipos de red entre los que destacan especialmente el tramallo y el esparavel más empleado para los ciprínidos y la manga con la que se capturaba especialmente la trucha. Además de estos procedimientos, que según la ley vigente hoy se considera furtivos, se han empleados para pescar en estos ríos los sistemas que podemos llamar piratas; son sistemas con los que se producen numerosos estragos entre la población piscícola de toda clase y tamaño sin aprovechar más que una mínima parte de los peces que se matan. Entre ellos, por se el que más se ha usado y el más dañino, citamos en primer lugar la dinamita. Se usaba también el carburo y la cal así como el torvisco y el beleño.

Otros procedimientos que se han empleado son la pesca de noche con empleo de potentes focos y la pesca en saco o cestas para lo que se aísla una cierta zona donde se deja una única salida que se tapona con un saco y después, apaleando las aguas, se hace huir a los peces hacia dicha salida con lo que fácilmente caen en la trampa. Hoy todos estos procedimientos están severamente castigados por las leyes pese a lo cual el afán de lucro movido por el elevado precio adquirido por la trucha, hace que aún se siga empleando por determinados desaprensivos, siendo

favorecida esta transgresión de la ley por la escasa guardería existente en la actualidad. Hoy. Por ser considerada la zona objeto del presente trabajo como zona truchera, el único procedimiento legal de pesca es la caña. Ahora bien, debido a la gran pasión que se ha despertado en los presentes años por el deporte de la pesca, hay que distinguir dos tipos de pescadores: el profesional que es el ribereño que de antiguo se dedicaba ya a esta industria en la que tenían un medio de vida y el deportivo que es el hombre de ciudad que quizá desde tierras muy distantes llega a la orilla de los ríos para entregarse al placer del deporte olvidando por unas horas las preocupaciones que le esperan tras una mesa de despacho.

Cada uno de ellos emplea una arte distinto. El pescador deportivo usa la caña de lanzar ligera y corta y en ella emplea con preferencia como cebo la cucharilla y la mosca artificial. El pescador ribereño prefiere sus antiguas cañas pesadas, largas y de una sola pieza que maneja con gran habilidad y son sus cebos preferidos el cebo natural constituido por grillos o saltamontes, gusarapa y lombriz o el artificial consistente en la mosca de pluma que ellos mismo fabrican.

El único medio de obtener de una forma exacta el cálculo de la capacidad biogénica del río serie realizar el conteo de su existencia, pero eso es totalmente irrealizable, por ello cualquier método para determinar dicha capacidad se basa en cálculos aproximados expuestos a errores de gran importancia. De una forma experimental como tanteo previo, podemos utilizar los datos que consignan Guenaux sobre trucha estabilizada en estanque y no sometida a alimentación artificial, ya que va a ser en esta especie en la que hemos de fundar todos los cálculos sobre producción pues las demás carecen de interés.

Según Guenaux la población normal de una hectárea de superficie, supuesto que todos los individuos sean de la misma edad, es de: 1,500 jaramugos de un año y 10 centímetros de longitud. La palabra jaramugo es un término que hace referencia a cualquier pececillo joven. 800 truchas de dos años de 125 gramos de peso; ó 600 truchas de 3 años de 250 gramos de peso; ó 400 truchas de cuatro años de 300 gramos de peso. Por tanto, en cuatro hectáreas en las que estuviesen todas las edades mezcladas la población estaría poblada por la suma de las cuatro cantidades citadas y en una hectárea, en el momento de nacer los alevines de cada año, estaría constituida por: 374 jaramugos de un año, 200 truchas de dos años, 150 truchas de tres años y 100 truchas de cuatro años. Si suponemos como edad límite para el aprovechamiento la comprendida entre cuatro y cinco años, para que la población normal se mantenga invariable habrá que eliminar anualmente unos 175 jaramugos de uno a dos años, 50 truchas de dos a tres años, 40 truchas de tres a cuatro años y 100 truchas de cuatro a cinco años.

Ahora bien, esta no será la verdadera posibilidad ya que habrá que descontar los ejemplares muertos o devorados por otros animales, supondremos que las pérdidas por este concepto son del 10% del total y, además, no tendremos en cuenta los jaramugos por su pequeño tamaño, inferior a las dimensiones legales y porque serán los que se eliminen en mayor cantidad. Por tanto, la cantidad aprovechable por hectárea y año será: 30 truchas de dos a tres años y 185 gramos de peso; 35 truchas de tres a cuatro años y 275 gramos de peso; 90 truchas de cuatro a cinco años y 325 gramos de peso. En total 44'425 kg. Ha. y año. Teniendo en cuenta que la longitud de los ríos comprendidos en la zona de estudio es: Guadalquivir hasta la desembocadura en el Aguamulas, 32'5 km. Borosa 15 km. Guadalentín hasta la Cerrada de la Bolera, 23 km. Si suponemos que la anchura de estos ríos es por término medio de 20 metros en el Guadalquivir y Borosa, por estar incluido en este último el Pantano del Salto de los Organos y la Laguna de Valdeazores, de 15 metros en el Guadalentín y de 10 metros en el Aguamulas, tendremos que la superficie ocupada por las aguas de estos ríos son: Guadalquivir, 65 Ha. Borosa, 31 Ha. Aguamulas, 8'5 Ha. Guadalentín, 34'5 Ha. Según esto y siguiendo las normas de Guenaux, la producción anual de cada uno de ellos debe ser: Guadalquivir, 2,887'625 kg. Borosa, 1,377'175 kg. Aguamulas, 377'613 kg. Guadalentín, 1,532'663 kg.

No obstante, estas cifras obtenidas de una manera teórica y basada en

experiencias llevadas a cabo en otros países y con condiciones de medios muy diferentes, nos conduce a pensar que la garantía que ofrece es muy pequeña, debiendo basarse mejor estos cálculos en datos que se obtengan controlando rigurosamente la cantidad de pesca extraída durante cada temporada, con lo cual, al cabo de varios años, podremos disponer de unas estadísticas con cifras suficientemente exacta, que permitan obtener la verdadera posibilidad de estas aguas. Según los datos aproximados suministrados por la guardería del Coto Nacional de la sierra de Cazorla, la pesca extraída en la última temporada de los diversos ríos de la zona ha alcanzado las siguientes cifras: Guadalquivir, 200 Kg. Borosa con la laguna y pantano 2,700 kg. Aguamulas, 100 kg. Guadalentín, 900 kg.

Hay que considerar que estos datos se han obtenido con un control muy ligero y, además, no van incluidas en estas cantidades la pesca obtenida por medios ilegales que está totalmente fuera de control. Esto nos hace suponer que las cantidades extraídas en la realidad son superiores a las que los guardas nos han facilitado. Por otra parte, si analizamos las circunstancias particulares de los ríos cuya producción está por debajo de la posibilidad obtenida teóricamente, veremos que este descenso está plenamente justificado. Hemos visto que el Guadalquivir está materialmente invadido por los barbos y bogas en su parte inferior, es decir, aguas abajo de la Cerrada de Utrero y que por encina de este punto la casi total despoblación de trucha se une a una superabundancia de cachos y ya hemos indicado que no se ha ejercido ninguna clase de control sobre estas especies, por lo que las cantidades extraídas de ellas son totalmente desconocidas. En cuanto al Aguamulas, la existencia de varios torrentes que desembocan en él, entre los que destacan el Arroyo del Hombre y el Aguamulillas, que lleva gran cantidad de arrastres. Así como las conducciones de madera que se lleva a cabo en su parte alta, han producido considerables daños tanto en los frezaderos como entre las mismas población piscícola a lo cual atribuimos esta disminución.

Por lo que respecta al Guadalentín, las causas hay que buscarla en la competencia que existe con los cachos, muy abundante a partir del lugar denominado de Las Acebadillas y a la pesca abusiva ya que es este río el más difícil de vigilar por las enormes y casi inaccesibles cerradas que atraviesa, además de la existencia del Canal de Pozo Alcón cuya presa interrumpe casi por completo el curso del río en estiaje; a parte de eso, en la zona de aguas privadas que discurre por la finca Barranco Guadalentín, no se pesca prácticamente nada desde hace varios años. En cambio vemos que en el Borosa, que es el río sobre el que se ha llevado más riguroso control y en el que, además, las condiciones actuales son más favorables para la trucha por la falta de competencia con otras especies por no existir en él lugares de paso difícil para los salmónidos, si salvamos la zona comprendida entre el pie de la Presa de la Feda y la casa de máquinas de dicha entidad en que el río llega a secarse en algunas épocas, se ha extraído una cantidad que supera en mucho a la obtenida por el procedimiento de Guenaux.

Todo esto parece demostrar que la verdadera posibilidad es superior a la obtenida teóricamente y sólo podrá determinarse al cabo de varios años de experiencia tras realizar las obras de mejora. En cuanto al valor que esta pesca puede representar lo calcularemos suponiendo que la posibilidad anual representa la renta de un capital equivalente a la riqueza piscícola de los ríos de la zona. El precio a que se vende el kg. de trucha en los mercados de la región es de 20 pesetas; si descontamos de este valor medio 10 pesetas como pago de los gastos que realiza el pescador durante la extracción y transporte de esta pesca, quedará como verdadero valor del kg. de trucha 10 ptas. Y como hemos visto que actualmente no podemos señalar una verdadera posibilidad de producción anual y que la obtenida teóricamente es inferior a la que en la realidad debe obtenerse, eso para hacer una valoración de la actual riqueza piscícola de estas sierras, habrá que basarse en los datos no muy exactos facilitados por la guardería a los que añadiremos un 20% para compensar la pesca extraída fuera del control de los guardas. En este último año se han extraído 4.900 kg. que con un 20% prefijado supone un aprovechamiento real de 5.880 kg. y que representa un valor de 58.800 pesetas".

- Así que fíjate; en el año 1955 el kilo de truchas sacadas de estos ríos y no como ahora que son criadas en las piscifactorías con pienso artificial, valía sólo eso, 20 pesetas. Hoy, una sola trucha de unos 250 gramos que es la que nos hemos comido en este original restaurante, nos ha costado 1.000 pesetas. Tú quédate con el dato y no lo olvides para que sepas y conozcas un poco más estas sierras, sus cosas y lo que, en estos tiempos de ahora, por aquí está ocurriendo.
Le digo a Marina mientras vamos pagando para irnos porque ella tiene prisa.
- Es que en estos tiempos modernos y en los que se avecinan, todo ha empeorado un poco y parece que no irá a mejor sino a menos cada día porque al ritmo que consumimos unos y otros, no es posible que aguante ni los ríos ni otros muchos rincones de este parque. Todo está viniendo un poco a menos y aunque valga mil pesetas lo que antes valía veinte no tiene ni chispa de comparación aquella calidad con esta. Por cierto, esta trucha que nos hemos comido hoy aquí, que es un ejemplar de trucha común, llamada también pintona o trucha autóctona y cuyo nombre científico es Salmo trutta fario y que pertenece a la familia de los salmónidos, pesaría eso, unos 250 gramos, pero a mí me han dicho que pueden ser mucho más grandes ¿Tú sabes hasta cuántos kilos puede llegar a pesar una buena trucha de río?
- Una buena trucha puede llegar a pesar varios kilos. En los ríos de la provincia la talla, por término medio, no supera los 28 centímetros y los 350 gramos de peso. Sin embargo, en aquellos sitios donde su alimento es abundante, sube el peso como es el caso de los embalses del Tranco, de las Anchuricas, de la Bolera, de Aguascebas y de la Laguna de Valdeazores, de donde tenemos constancia de la existencia de ejemplares muy grandes. Concretamente la temporada 94 deparó una monumental sorpresa el embalse de las Anchuricas, en el coto de la Toba, sobre el río Segura. Ahí se pescó una trucha de más 90 centímetros y cerca de 8 kilos de peso y otra algo menor, de unos 4 kilos.
- Todo un auténtico récord, creo yo, que me despierta todavía más la curiosidad por saber en qué ríos, de esta tierra nuestra, se pueden ver todavía hoy truchas.
- Actualmente se pueden ver y hasta pescar truchas por los ríos de Aguamulas, Borosa, Segura por la Toba, Pontones y el Rincón del Francés, Madera, Zumeta por Tobos y el Cortijo del Vado, Guadalentín, Guadalquivir por el Puente del Hacha, Puente de Ortega, Arroyo Frío, Ermita del cercado y en los Pantanos de la Bolera, el Tranco, Anchuricas y Aguadero Hondo.

Y como Mariana tiene que regresar para cumplir con sus amigos, ahora ya, de común acuerdo decidimos dar aquí por finalizado nuestro día de excursión por este tan bello rincón de la sierra. Salimos y al pasar por los caballos Chus se sube en el que ya había elegido que es el más enano de todos y ahí la dejamos recogida en la foto que perpetuará el momento. También se entusiasma Tere y hasta Mariana y Luis, pero tenemos la mala suerte que para ellos ya no quedan fotos.
- Otro día será.

Y otro día no sé cuando será porque aunque hoy están todos por aquí muy juntos y ellas son de esa aldea que dije antes, de los Teatinos, cada uno anda por lugares distintos. Ya dije también que Marina, la hermana de Teresa, trabaja en el inventario forestal que este año se está realizando en las sierras de este parque y ahora tiene el tajo por el barranco de la casa forestal de la Cabrilla. Por ahora vive en Cazorla con el resto del grupo que cada uno son de sitios distintos. Chus y Teresa que también son de los Teatinos hijas de pastores serranos, estudian en Ubeda, pero aunque este curso si viven juntas en un piso frente al colegio de la Safa, sabe Dios por donde andarán el próximo año. Aurora que también es de la misma aldea y amiga de ellas, se ha venido a Ubeda a ver si encuentra algún trabajo porque allí en la aldea no hay vida ninguna. Todo el mundo está fuera y más todavía los jóvenes. Los pastores, por las tierras de la sierra menos los que se han venido a los pastos de invierno por las tierras de Sierra Morena; otros, en las aceitunas por los olivares de la Loma; muchos jóvenes, los que no estudian, en el tomate por Mazarrón como Noelia y Ana luz, amigas de Chus y en la aldea, sólo cuatro familias con los más mayores y algunos niños. Así que esto es un poco, a grandes rasgos, la situación de estos auténticos serranos, pastores de siempre y para mí, los más dignos de respeto y cariño precisamente por esto: porque son los mejores, pero como al mismo tiempo son lo más pequeños, todo el mundo los

ignora y por eso aún hoy día sigue sucediendo lo que siempre sucedió: ellos, los que son de aquí y tienen aquí sus raíces y su corazón, tampoco hoy pueden seguir viviendo aquí. Tienen que escaparse hacia cualquier sitio y para cualquier cosa con la ilusión de un futuro algo mejor. Porque Luis es de Badajoz y como Mariana se ha enamorado de él, cuando se casen, dentro de unos meses, ambos se irán a las tierras de Extremadura.
- ¿Qué otra cosa se puede hacer?
Te preguntan ellos cuanto tú les preguntas.
- Eso digo yo, ¿qué otra cosa se puede hacer?
- Y si mi sueño se hace real, fíjate lo que pueden cambiar las cosas de aquí a cuatro meses que es cuando termina el curso.

Por eso digo yo, una vez más, que no se puede comprender la sierra, no se puede amar a la sierra en su médula más profunda y en la dimensión más exacta, si no se conocen, se ama y hasta se sufre con estas personas. Porque ellas son el corazón mismo de la sierra más sincera y noble. Así lo fueron siempre y parece que en los tiempos modernos aun las cosas siguen igual o incluso peor que en aquellos tiempos lejanos.

EN BUSCA DE LA ALDEA PERDIDA ~

Desde el pueblo blanco sale la carretera que va hasta el gran pantano. Pues si la sigues, por el kilómetro veinte o así, hay una desviación a la derecha. Allí han hecho ahora una gran explanada para poder girar y para los autobuses mayormente de los turistas, pero los que van a los otros pueblos también, paran alguna vez.

Así que te vienes por la carretera que sale a la derecha que no es una gran cosa, pero que está bien porque la transita casi sólo turistas. Y como no va a ningún sitio sino que sólo atraviesa la Sierra de las Villas, sirve. No conviene otra carretera mejor porque a los turistas lo que nos interesa, por aquí, es sólo el monte, la vegetación, la montaña y a la montaña hay que dañarla poco. Es bueno que andemos y por lo menos, en estos lugares, dejar el coche lejos. Pero el primer trozo sí está bien porque este sí viene a dos o tres sitios concretos. Al cortijo, el puente, la zona de acampada que ya no es, el chiringuito, el Charco- piscina y El Arroyo. Por aquí vamos a perdernos nosotros dentro de un rato. Pero ahora, como en cuanto bajamos un poco enseguida nos encontramos, lo primero de todo, el cortijo, no nos podemos escapar ni de su presencia ni de cuanto en él respira.

El chiringuito que le han construido al lado tiene cerca el almez. Un Celtis australis que es el nombre científico del almez y que también por aquí, lo llaman mermecino. En otras zonas de Andalucía lo llamamos almezo con ese y no con ceta como sería lo lógico. Pero es que esto de los nombres es muy amplio porque puestos a sacarlos todos existen por lo menos veinte maneras distintas de nombrar este árbol y por supuesto, siempre en castellano. Este Celtis australis es viejísimo. El almez es un árbol que puede vivir hasta 600 años y alcanzar 25 m. de altura, cosa que este ejemplar casi, casi lo cumple. Cuando vayas por ahí, tú fíjate bien verás como no te engaño.

Bueno, pues aquí cerca del almez, que son varios aunque uno sólo es el gigante, se ecuentra el chiringuito y al lado mismo, el cortijo. Desde luego que primero fue el cortijo, después el árbol, luego la fuente junto al árbol con dos caños de agua fresquísima y por último, el chiringuito que fue cuando empezó todo esto del turismo en la sierra. Pero es que todavía antes que el cortijo fue el olivar que para eso sirvió el cortijo durante mucho tiempo, para acoger a las cuadrillas de aceituneros en los meses de la recolección de la aceituna.

Digo esto porque yo los he visto muchos años en esa época invernal, viviendo aquí, amontonando las aceitunas en la puerta donde las criban para limpiarlas de las hojas y a ellos, los aceituneros, vestidos con sus ropas viejas, manchados de aceite, alpechín y barro. Los he visto por la puerta, el patio y en la fuente cogiendo agua o lavando. Así que si tú, por esta época, pasas por aquí, no tienes mas remedio que ver mil señales, todas relacionadas con el olivar, las aceitunas, los

aceituneros, los tractores, los sacos llenos de las aceitunas el humo de las lumbres por entre el olivar y el que sale por la chimenea del cortijo y sobre todo, al caer el día, el olor de hojas quemadas y el de las aceitunas y el del alpechín. Es todo esto un mundo lleno de vida que te asombra por su realidad viva y bella, pero dura.

Pues el caso es que a este cortijo yo lo conozco desde hace mucho tiempo y como es normal o quizá no debiera ser normal, he ido siguiendo todos los cambios que, en estos años, ahí se han dado. Aquel verano en que anduvimos por aquí pasando unos días con una familia, era todavía un cortijo aceitunero. Podías entrar a su patio, tocar su almez y hasta llamar por teléfono en un aparato que, por aquellos tiempos, puso la administración para tener un detalle con los turistas, decían, pero desde luego no era gratis. Era un lugar este muy agradable en la época de calor porque la sombra de los árboles lo llenaban todo de fresco y eso de estar sentado aquí, con los chorrillos de agua cayendo, te gustaba mucho. Podía venir cualquiera porque estaba abierto a todo el mundo y quitando el teléfono, todo lo demás sí era gratis y sin permiso de ninguna clase. Ya digo, la sombra espesa de los árboles, el viento que siempre se sentía pasar por las hojas del almez, el agua cayendo y luego en la pileta estancada, el murmullo del río que pasa por aquí mismo, los olivos y las laderas llenas de madroños al otro lado, todo te llenaba de una sensación vivificante y nueva.

Pero resulta que ya no es. Casi nada de lo que yo recuerdo de aquellos tiempos, ahora ya no es y ni siquiera es en ningún sentido. Este año pasé yo por allí y al ver el cambio me llamó la atención. Ya no se puede llegar hasta los dos grandes caños de agua ni se puede uno sentar bajo la sombra del árbol. Todo y el terreno alrededor, lo han acotado. Han cogido y como el rincón es bonito y vale mucho, lo han cerrado para su propio uso. Hasta el agua de la fuente es ahora particular y eso que hay agua para todo el mundo. Quizá se han cansado de que los turistas se metan en todos los rincones manchando el suelo de basura y el viento de ruidos y por eso han hecho esto. Cuando pasé por allí vi que dentro, a la sombra, descansaba uno de los retenes contra incendios.

Ahora, casi es mejor pasar de largo porque según están las cosas ya no te puedes parar sino algo más adelante, en el chiringuito de Juan Pedro. El tiene por aquí una pequeña propiedad de tierra y en ella fue donde, al principio, hizo una construcción sencilla sólo con la intención de venirse todos los veranos unos días con su familia. Con el tiempo descubrió que si vendía algunos refrescos y café para los turistas, al mismo tiempo de estar allí de vacaciones también podía sacar algunas pesetillas. Y como le fue bien, también lo fue ampliando según los turistas le iban pidiendo y las pesetas iban llegando y ahora todo aquello ha quedado perfectamente remodelado, algo moderno, pero sin perder ni romper el encanto del paisaje que le rodea. Es él el que me dice que lo del cortijo del alado, no son los del AMA los que lo han acotado sino el dueño.
- Lo están arreglando para las vacaciones en los meses del verano.
- Bueno ¿Y qué pasó del rincón de la alameda donde siempre hemos acampado?
- Que no hacían nada más que molestarme
- ¿Tuviste que decirle a los turistas que ya no se podía acampar?
- Tuve que decirle que me habían dicho que ya no dejara que nadie más acampara en esta alameda.
- Pero un día me dijiste que estas tierras son tuyas. ¿Cómo pueden mandar ellos en ellas? Porque yo recuerdo que tú no cobrabas nada a nadie por acampar ahí y recuerdo que todo estaba bien vigilado y limpio y, además, también recuerdo que siempre eran amigos tuyos, cuatro amigos tuyos, los que entre la alameda ponían la tienda.
- Recuerdas bien, porque es así como eran las cosas, pero como no dejaban de venir, amenazándome con multas y otras historias y como yo nunca he tenido problemas con nadie y con ellos tampoco los quiero tener, ya me he rendido.
- ¡Una pena, ¿verdad?!
- Vaya que si lo es, porque poca cosa era, pero algunas pesetillas me dejaban ellos.
- Dime tú lo hermoso que era aquello de venirse a este chiringuito tuyo y al caer la tarde, aquí junto al río y con el fresquito que por él sube, sentarse a tomar un café, un refresco o un bocadillo y charlar contigo. Porque yo recuerdo también que a ti te

gustaba charlar con todo el mundo y hasta pienso que muchos de los que por aquí venían en el fondo eran atraídos por estos ratos de charla contigo aquí en estas mesas de tu chiringuito.
- Hombre, yo siempre procuré ser amigo de todo el mundo y precisamente este móvil fue lo que me empujó a montar el chiringuito. Las cuatro pesetas que uno puede sacar de aquí no valen nada comparado con lo bien que te lo pasas con la gente y como tú bien dices, en esas tardes tan bonitas y tranquilas.
- Claro y, además, si luego esos amigos tuyos no tenían que irse a ningún otro sitio a dormir sino cuando a ellos les apetecían cogían y se metían en la tienda que habían puesto bajo los chopos, fíjate que agusto se encontraban ellos.
- Casi o mejor que en su casa, era lo que siempre me decían unos y otros.
- Pues ¡qué pena ¿verdad?!
- Hay cosas que uno nunca podrá entender, pero en fin, antes de tener problemas con nadie, mejor es arrugarte aunque sea duro.

El rincón de la alameda se ve en cuanto paso el puente. Un puente moderno que un día hicieron aquí para cruzar el río y es por donde va la carretera que sigue adelante hasta recorrer toda la Sierra. Podría ser un puente bonito como otros muchos por ahí un poco más abajo antes de que este río abandone las sierras de este parque. Este que cruzamos ahora podría ser un puente bonito, pero no lo es por la cantidad de hierros y hormigón que aquí han puesto. ¡Claro, es un puente de estos tiempos moderno y de estos tiempos ¿Qué esperabas?

Pues nada más cruzar este puente, al lado derecho se alza la alameda. En cuanto cruzas el control que tampoco se sabe muy bien para que sirve este control. Sólo en verano lo atienden y por la experiencia que tengo, mas bien te complican la vida que otra cosa. Ni siquiera son profesionales los que te abren o cierran la barrera y en cuanto te ven, todo su interés se concentra en apuntarte la matricula del coche y la gente que va dentro.
- Nosotros vamos nada más que hasta el puente del Arroyo y volvemos en cinco minutos. Ya sabes, ese puente queda a dos pasos de aquí.
- No importa, yo tengo órdenes de anotar todos y cada uno de los coches que crucen esta barrera.
- ¿Aunque sus ocupantes no vayan nada más que a beber agua a ese chorrillo que brota un poco más allá?
- Aunque sólo vayan a beber agua y vuelva en dos minutos.
- Un poco tonto ¿Verdad?
- Ni lo sé siquiera; me pagan por este trabajo y me limito a cumplirlo.
- Pues menudo trabajo, menudos beneficios para el resto de los humanos que somos los que te pagamos y menuda realización personal.
- No creas, porque todas estas matrículas que yo anoto en este cuaderno y toda la gente que también voy anotando aquí luego sirve para mucho.
- ¿Para qué sirve?
- De vez en cuanto publican revistas y otras cosas y en ellas sacan la gente que a lo largo del verano o de otras épocas del año, han entrado y han salido del parque. Mira, ayer mismo, en una publicación se decía que cuando aún restan cuatro meses para la finalización del año en curso prácticamente se ha igualada el número de coches y autobuses de 1986 y se está cerca de la afluencia de 1987, 110.000 y 113.000 vehículos, respectivamente. Hasta el pasado día 15 de agosto se habían contabilizado 106.000 vehículos lo que supone una afluencia de visitantes superior al medio millón de personas.
- Y estos datos, ¿para qué sirve?
- Hombre, siempre es bueno saber las cosas y saber la gente que ha visitado el parque en estas o aquellas épocas.
- Pero vamos a ver, si yo paso por este control varias veces al día ¿Tú me apuntas cada vez que paso?
- Pues claro.
- Entonces ¿Cuantos veces soy yo distinto en un día?
- Tantas veces como por aquí pases.
- Y si me apuntas todas las veces aunque sólo vaya a beber agua y volver enseguida ¿Luego cómo aparezco en esas listas que publican?
- Pues cómo vas a aparecer, como cinco, seis, diez turistas o los que sean que se

suman a todos los otros turistas que a lo largo de una temporada hayan entrado y salido de este parque.
- Porque yo por ejemplo soy uno solo y no cinco turistas en uno y si me apuras ni siquiera soy turista como los turistas.
- Da igual, ellos lo hacen así.
- ¿Y, además, lo publican para que lo sepa todo el mundo?
- Es que ya te lo he dicho. Tanto como tú presumes de saber las sierras y todas las cosas que en la sierra existen y que no sepas todavía que estas cosas son así.
- Quizá tengas razón y puede que a partir de ahora sí me quede bien enterado de que estas cosas.

Nada más cruzar la barrera del control que no controla nada aunque sí te complican cada vez que pasas, tienes el rincón de la alameda. Tampoco hoy es la misma de aquellos días, hace tan sólo unos años. Antes venías por aquí, parabas, montabas la tienda, se lo decías al dueño y ¡ale! a gozar de la corriente del río que pasa por aquí mismo y de la otra corriente, la del Arroyo. Era un pequeño paraíso de tan silencioso, tan bañado por la corriente, tan armonizado por el cascabeleo de las hojas de los álamos que el aire movía continuamente. En fin, que era este un trozo bonito de verdad y como no estaba permitido el paso a todos los turistas sino que él sabía lo que hacía, todo quedaba un poco como en familia.

Pero hoy no es lo de aquellos tiempos. Lo primero que te encuentras es una alambrada que rodea por completo toda la alameda. Luego te encuentras unos tubos de plástico que han metido por ahí por donde traen el agua para regar los árboles nuevos que también han sembrado después de aquellos días y también los que por aquellos días ya existían. Te encuentras que todo lo han prohibido y al final sacas la conclusión de que ahí ya no se puede ni entrar. La tierra ya la ocupan muchos más álamos que antes, te impide el paso los alambres y, además, con tantos tubos de plástico ¿tú te crees que eso queda bonito?

Merodeas un poco por el lugar mientras notas que te afloran los sentimientos al recordar aquellos días, te paras a contemplar la corriente del arroyo y te acuerdas cuando también aquel verano te bañabas ahí, en el charco que se forma justo donde El Arroyo se entrega a las aguas turbulentas del Gran río. Al ver ahora el agua te acuerdas de lo fría que estaba por aquellos días aunque fuera el mes de agosto, las olas que este charco formaba y los peces casi de cristal que no dejaban de moverse en todas las direcciones. Te acuerdas de aquellos tres jóvenes que pusieron la tienda muy cerquita de la tuya y aunque parecían unos montañeros de campeonato, por aquella vestimenta similar a las del ejército americano y aquellos machetes, todo se quedaba en lo externo, en pura apariencia. Porque aquellos montañeros de cartón, como tú les decías, se pasaban la noche oyendo música escandalosa para no dejar dormir a ninguno de los que allí acampaban y fumando sentados en la puerta de la tienda y luego el día se les iba en dormir para así tampoco dejar en libertad a los demás que se bañaban o iban y venían por sus tiendas. Sólo se les veía cuando iban al chiringuito a por cervezas. En cambio tú, y de esto también te acuerdas, te levantabas nada más rayar el día.
- ¿Para qué tanto madrugar?
Te decía.
- Tú no sabes lo que es ver el amanecer desde este asiento que tengo aquí frente a la corriente del arroyo, cuando todavía duerme todo el mundo y parece que en el campo no hay nada más que silencio.

De todo estas cosas tú te acuerdas ahora y de la que en aquellos días parecían la más importante, pero luego se quedó casi en nada: el cuanto que se te ocurrió escribir. No salió redondo ni cuadrado ni nada, porque apenas fue una pequeña redacción que titulaste “Vacaciones junto al río”. Entre otras muchas cosas, bellas, pero no bellamente expresadas, tú decías que: “Fíjate cuántas bolsas de plástico, cuántas botellas y cuántas latas tiradas por el campo. Los que vienen de la ciudad van a lo suyo y les da igual romper el monte, tirar papeles por doquier o llenar de porquerías las aguas de los arroyos. Es como si no supieran gozar sin romper, manchar o tirar. A la sombra de los pinos, junto a las mesas de piedra, se amontonan los coches. Sus dueños han abierto las hamacas y tumbados boca

arriba, tuestan al sol sus barrigas infladas de grasa y tripas. De los coches brotan enjambre de música enlatada mientras las mujeres llenan las parrillas de filetes y los niños no dejan de comer un helado tras otro. Se vienen al campo y ni siquiera saben usarlo para llenarse de salud, descansar y limpiar un poco el espíritu. Parece como si sólo les hiciera felices engullir filetes, chorizos, cervezas y dormir bajo la sombra de los pinos mientras el sol cae y las cigarras cantan".

Todo ahora por aquí son recuerdos y aunque en el fondo surgen de la amargura de aquellas cosas que ya pertenecen al pasado y nunca más volverán, también en el fondo te gusta sentirlos. Su agridulce sabor te proyecta hacia las dos direcciones fundamentales: la del espíritu, que es más que materia y tiempo, y la de la materia que se transforma y rompe.

Contigo mismo y tus recuerdos acuestas, te vienes otra vez a la carretera y hoy por primera vez, te das cuanta que todo aquello, desde el pequeño camino de tierra que lleva al puente en cuya parte baja pusiste la tienda, hacia arriba, por donde ponía su tienda, el de la farmacia, todo aquello son tierras de huertas. Nadie te lo dice como tan poco nadie te ha dicho tantas otras cosas de estas sierras, pero tú lo intuyes, lo adivinas y porque, además, las señales son claras: todavía crecen allí las parras que sembraron ellos. Como ahora es otoño, octubre un poco avanzado, las viejas parras que aún cuelgan por entre las ramas de las encinas y las zarzas del arroyo, tienen uvas. Son pequeñitas, pero son uvas. Esas uvas negras, de piel recia, muy agrias aunque estén negras y más agrias aún si están negras pero no maduras del todo. Las mismas uvas que tú tantas veces has visto en tantos otros rincones de estas sierras y sobre todo en las ruinas de esos cientos de cortijillos abandonados y casi por completo desaparecido muchos de ellos. Sabes tú, mejor que nadie, lo mucho que te intrigan estos racimos de uvas negras, redonditas como un garbanzo, pero reconfortantes cuando recorres los caminos ásperos de estos montes.

Por eso ahora te acercas a una de las ramas que cuelgan de uno de los granados y como por ahí cuelgan también los racimos de esas uvas negras y pequeñitas, te ayudas del palo que llevas en la mano y coges el racimo más grande. Empiezas a comértelas, sabiendo ya de antemano el sabor que ellas van a dejar en tu boca por la experiencia que tienes de otras veces y mientras las saboreas, sigues y no tardas en darte casi de bruces con ese gran letrero de la Junta de Andalucía. Otras ves te paras porque aunque también estás ya más que acostumbrado a ver letreros como este por todos los rincones y sierras del Parque, como tú bien dices, cada uno es una aventura. Despacio lo vas leyendo y lo que te imaginabas es lo que en él te encuentras escrito.

LOS INCENDIOS -2 ~

"Repoblación forestal. AMA, inversión 100782928. 3-10-94". Cuando ya lo has leído y empiezas a recorrer, mentalmente, estas sierras en unas épocas y otras, te dices que antes de seguir, todo lo que aquí has leído merece explicarlo un poco.

Porque recuerdas tú como el 22 de agosto de 1888 un incendio calcinaba cientos de hectáreas en esta sierra. El fuego se inició simultáneamente en varios focos y arrasó uno de los pinares más bellos en el término municipal de Sorihuela de Guadalimar. En su extinción participó alrededor de 200 personas, muchas de ellas voluntarios civiles que fueron reclutados por los alcaldes de los municipios próximos al fuego. Además de los hidroaviones, dos de tipo Canadairs, desplazados a Jaén desde sus bases en Jerez de la Frontera y otros dos más ligeros con base en Jaén en la extinción intervino también un helicóptero, camiones contra incendios y numerosos efectivos de la Guardia Civil. En toda aquella tarde los aviones no cesaron de descargar agua sobre las llamas. Los distintos focos que presentaba el incendio en su inicio, uno de los más grandes en todo aquel verano en la provincia, hacía pensar en que su origen había sido intencionado. La climatología y el fuerte aire reinante aquella tarde favorecieron la vertiginosa propagación de las lenguas de fuego que desprendieron profusas cortinas de humo blanco. Adentrada la noche los distintos focos tendía a fusionares en uno. Aquella misma tarde un vecino de la zona decía que se habían quemado más de mil hectáreas en la zona

más bonita de la sierra de Las Villas. Y la zona tú la conocías y la conoces bien.

Al día siguiente los periódicos decían que el incendio de las Villas, que había sido intencionado, ya estaba controlado. "Los servicios contra incendios lograron controlar en la mañana de ayer el incendio declarado el pasado domingo y que ha desbastado 600 hectáreas de encinar, olivos y fundamentalmente masa forestal de alta riqueza ecológica y cinegética. Los trabajos de extinción en los que han intervenido unas 500 personas y sólo dos de ellas resultaron con heridas leves, ya están casi concluidos. Pero para impedir que el incendio se reavivara esta madrugada han permanecido en el lugar del siniestro varios retenes de los distintos organismo afectados a aplicaciones forestales. Los daños materiales rondan los 120 millones de pesetas. Repoblar una hectárea de masa forestal cuesta al estado del orden de 200.000 pesetas. No obstante, la riqueza y el incomparable marco afectado hacen que las pérdidas sean inestimables. Los montes calcinados por este incendio presentaba ayer un aspecto desolador, impregnado de un color grisáceo del que se desprendía un fuerte olor a tragedia".

Con tristeza, preocupación y no cierta rabia contenida viviste tú esta noticia porque sabías bien que aquellos pinos quemados tenían más de cuarenta años de vida y sobrepasaban los 20 m. de altura.
- Más de cuarenta años pasarán antes de que la zona calcinada por el fuego vuelva a ser lo que era. Tras un incendio es preciso preparar el terreno lo que conlleva un coste en función de las características del mismo, de unas 100.000 pesetas. Posteriormente entre la plantación y demás gastos el coste suele superar las 75.000 pesetas más.
Te decía tu amigo.

- ¿Te a cuerdas tú del incendio que hubo en la Sierra de Cazorla, por la ladera de la torre del Vinagre en el año 1986?
- Sí que me acuerdo.
- ¿Qué pasó con aquella madera?
- Que acabó en manos privadas.
- Claro que sí, pero primero la compró una empresa publica con sede muy lejos de este parque al precio de 3,675 pesetas el metro cúbico y luego los madereros de este parque la pudieron adquirir a esta misma empresa a un precio bastante superior. ¿Quién fue el que ganó dineros en ese negocio?
- Yo no lo sé.
- Vamos a ver ¿Tú has leído el libro de Herman Hesse?
- Sí que lo he leído y no uno sino varios.
- Pues entonces sabrás como yo que él dice que "Los árboles son santuarios, quien sabe hablar con ellos sabe escucharlos, aprende la verdad"..

Tú aquel día guardate silencio porque sabes bien que en muchas ocasiones en la vida es mejor guardar silencio y esperar que luego el tiempo ponga las cosas en su sitio y porque también sabes bien que no siempre se sabe y si se sabe no se puede decir lo que realmente hay que decir y en el momento adecuado. Además, sabes también que cuando los otros son superiores y tú súbdito, en más de una ocasión tienes que tragarte las cosas y dejar que se pudran contigo hasta más allá de la tumba. Yo creo que hiciste bien en guardar silencio tanto aquel día como otros, pero sobre todo aquel día, porque ya viste como hablaron ellos y casi parecía que hablaban por ti.

Por estas cosas y otras muchas tú te has parado delante del gran letrero que la Junta de Andalucía ha puesto aquí, muy cerquita de la carretera para que todo el mundo que por aquí pase lo vea bien. Y mientras lo lees y le das vuelta en la cabeza a los recuerdos y a las historias te dices que en todo esto falla algo y ahí, a ese fallo, es a donde habría que acudir para curar la enfermedad donde realmente hay que curarla. La tierra tiene que ser dirigida y cuidada por los de aquí, porque ellos sí la sienten suya y la quieren de verdad. Las otras soluciones ninguna será eficaz jamás aunque se inviertan muchos millones en apagar fuegos y en repoblar luego después. Esto es lo que tú te dices sabiendo que ni siquiera eres original porque lo mismo que tú estás pensando ahora es lo que los serranos ya han

pesando a lo largo de muchos años e incluso siglos.

LA CARRETERA - 3 ~

Así que te dejas a la derecha el cartel de la Junta donde a bombo y platillo se anuncia los millones que van a invertir en repoblar los montes quemados y sigues. No te has alejado ni diez metros y al mirar para atrás, sin ninguna razón, vuelves a ver otra vez el dichoso cartel. Ahora descubres que hasta es feo y ello te dice que ni para esto tienen sensibilidad. En un rincón como este hiere en el alma tropezarse con estos rótulos tan poco elegantes y por completo disonantes con los paisajes. Pero, además, si los paisajes son tan queridos y bellos como estos lo son para ti aún todavía duele más hondamente. Aceptas que así son las administraciones: mientras por un lado te rompen el paisaje por otro te están diciendo que ellos sí son los que lo cuidan de verdad.

Sigues, aprovechando la carretera que entra arroyo arriba, por la izquierda, perdiéndose por entre la frondosa y verde vegetación mientras te acompaña el murmullo de la corriente. Si no fuera precisamente por esta carretera, la senda que en otros tiempos por aquí subía y el rincón que por aquí existe, harían del lugar un barranco mágico. Porque a pesar de la carretera ahora mismo todo esto es magnífico de tanto verde, tanta sombra, tanta humedad y tanta agua. Recuerdas que era de ensueño todo esto cuando por aquí sólo pasaba una pequeña senda que llevaba a varios sitios: un par de cortijos a la derecha y junto al arroyo y a la aldea perdida que se encuentra allá en todo lo alto y muy al final. Vino Icona e hizo la carretera y decía que era para traer el progreso y darle vida a la gente de estos cortijos. Decían esto y en cuanto la carretera estuvo trazada y asfaltada echaron a la gente de los cortijos y enseguida los minaron. Incongruencias de las historias de estas sierras.

Y recuerdas como tú les decías a ellos que cuando un serrano le pide muchas cosas a los de la administración y más si le dice que esto o aquello lo tienen que hacer así a asao, los de la administración no hacen ni chispa de caso. Y, además, parece que cuanto más harto esté el serrano de ellos más ellos quieran dar porsaco. Y los serranos estaban hartos. ¿Verdad que estaban hartos? Quizá ahora ya menos porque como los echaron y los que han nacido después se fueron a otro sitio ya ellos pueden hacer a su antojo sin que, al menos los serranos como los de aquellos tiempos, los critiquen.

La carretera por este barranco sube por el arroyo y luego por el puente que le hicieron, se la llevaran ladera adelante para meterla a través de toda la gran sierra de Las Villas. Sólo Dios sabe cuánto es lo que han roto por ahí casi para nada aunque tú la has recorrido varias veces para ir de un lado a otro. Si ahora la siguieras, en cuanto terminaras de remontar todas estas primeras laderas te encontrarías con los montes quemados de ese gran incendio que algo más atrás recordabas. Te encontrarías luego con la zona esa que se llama El Collado del Ojuelo y por ahí, te encontrarías con la pista que sube y llega hasta la aldea que vas buscando. Pero hasta esa aldea tú ahora te vas a ir siguiendo el arroyo.

DESDE EL PUENTE AL EMBALSE -4 ~

Sabes que aquí en el puente la carretera se va para la derecha y sube serpenteando buscando la sierra. Aquí en el puente dejan los coches los turistas y se van por la pista de la izquierda hasta el pequeño embalse, remanso de paz en aquellos días y escondrijo para las parejas hoy. Tanto que hasta te acercas a él con un poco de reparo. Si te vienes por la senda y te acerca en silencio, ahí te puedes encontrar lo que menos te esperas. Es lo que me decía mi amigo el otro día que algunos de los que vienen por estas sierras se comportan como si fueran animales.

Pero todavía no has llegado al embalse. Andas ahora por el puente observando como la corriente, a pesar de la sequía, baja repleta, tan escandalosamente bella como siempre y limpia aún más que otras veces. Lo que hoy te intriga precisamente es averiguar dónde nace, por fin, este arroyo. Te han dicho muchas veces que nace allá en lo más profundo de este barranco que es donde está la gran cordillera y hay

una inmensa nava. La Nava de la Perra parece que se llama aquello y por allí te han dicho que nace este arroyo o más arriba, Cañada Somera. Pero como tú no lo has visto con tus propios ojos, aunque te lo creas y te lo imagines, quieres verlo porque es que te fascina a ti este arroyo, su barranco, el silencio que a simple vista descubre en él y por encima de todo, su abundante corriente de aguas transparentes. También otra cosa que te intriga desde siempre es la similitud que en tu interior encuentras entre este arroyo y esas lejanas sierras llamas del agua. Y eso que nunca te llegaste a explicar por qué en cuanto te acercas a este arroyo por este barranco se te viene a la mente en nombre de aquellas sierras y su recuerdo. Pero es más paradójico aún porque ni siquiera conoces tú todavía las Sierras del Agua.

Tú has oído decir que estas sierras de agua fueron invención de mucho ingenio, "pues con una sola rueda que trae el agua se haz en cuatro movimientos muy diferentes. Uno de alto abaxo para la assierra. Otro de caminar por tierra el madero que se corta al justo de lo que la assierra, que esta queda siempre en un lugar, pide. Otros dos de dos ruedas diferentes, uno con el eje levantado en pie y otro con el exe tendido para dar cuerda a la caxa en que va metido el madero, otra para coger aquella cuerda. Y siendo el impetud del agua furiossisimo, por caer de muy alto, con gran facilidad se para siempre que es menester, cuando acabado de dar un hilo al madero se pone otro. Y por ser esta machina cosa de tanto ingenio y porque las ay en pocas partes quise dar aquí cumplida noticia de ella". (Madoz)

También has oído decir que estos instrumentos movidos por agua estaban en los montes de Segura de la Sierra y cuyo emplazamiento estaba en las márgenes del río Tus que es afluente del Segura.

¿Por qué asocias tú este arroyo y en concreto este tramo entre el puente donde la carretera gira para irse por la ladera de los olivos y la zona donde tuviste la tienda, con aquellas sierras de agua, no artilugios sino accidente de tierra que tiene agua? Sé que no puedes responderme porque no lo sabes. Es algo que te brota desde dentro y cada vez que vienes por este rincón tu mente lo saca a flote sin motivos alguno que lo justifique. Aunque pudiera ser el barranco mismo, la corriente de agua de este arroyo, el denso silencio que por aquí siempre existe, el tono de oscuridad que le prestan los bosques y la profundidad del cauce por donde el agua se despeña. Todo ello te sugiere un mundo muy similar al que debió existir allí donde montaron las sierras de agua. Pero, aún así, no deja de ser curioso porque tú nunca estuviste en aquellos lugares y por lo tanto ni siquiera puedes saber cómo son para poderlos asociar a estos otros lugares. En fin, parece que esto pertenece más a ese mundo oculto y silencioso que todos llevamos dentro y que en más de una ocasión nos sorprende con imágenes o sensaciones que luego jamás sabemos relacionar con nada.

Desde este pequeño puente que da paso a la carretera para que se vaya ladera arriba por entre los olivos, te decides y te echas a andar por la pista que viene por el lado izquierdo. No te gustaría encontrarte con gente por aquí. No sabes por qué, pero prefieres la sierra vacía de gente cuando por ella vas y más de esta gente que pertenece al gremio de los turistas. No es todavía el momento de la avalancha y por eso piensas que a lo mejor tienes suerte. Y tienes suerte. De nuevo ahora el subir por aquí vuelve a ser el mismo placer de aquellos tiempos. El rumor de la corriente que cada vez más está al alcance de la mano, el trino de algún pajarillo, el verde de las zarzas, las parras silvestres, las adelfas, todo y el silencio te remite a la paz de aquellos tiempos. Dos grandes recuerdos tienes tú por aquí aunque son muchos más, pero dos de ellos tienen un encanto especial: la primera vez que viniste por aquí y aquella otra tarde del pantano color viento. La primera vez fue en compañía de aquel amigo que ya no existe. En su compañía y con los tres niños de la Puerta. Planeasteis un día de juegos por estas sierras y vinisteis a caer justo a este rincón. Como unos turistas más dejasteis el coche en el puente y os vinisteis andando arroyo arriba y como aquel día era la primera vez, todo resultaba nuevo apareciendo la sorpresa a cada paso, la fascinación y el gozo de lo que se descubres por primera vez. Y tú sabes que cuando el mundo se descubre desde la inocencia de los niños y montados sobre ese manojo de juegos que ellos tienen siempre entre

manos, es una experiencia que no tiene comparación con ninguna otra.

Por el pantano jugasteis, os bañasteis en sus cristalinas aguas, cogisteis peces con la fantasía, corristeis tras las mariposas que por aquí siempre abundan y sobre todo, esas pequeñitas llamadas Niñas andaluzas, comisteis sentados en las rocas con los pies metidos en el agua, descubristeis la cascada oscura y con la soga gorda acuestas por si la necesitabais para alguna emergencia, recorristeis metro a metro todo el rincón. No había nadie; totalmente solo estaba aquel día este tan maravilloso trozo de sierra y por eso a vosotros se os metió tan dentro, tan hondo en los pliegues del alma que hasta os daba pena dejarlo cuando ya la tarde caía. Para perpetuar la emoción de aquellas horas os hicisteis un montón de fotos que aún guardas con cariño porque para ti tienen el valor de un tesoro único. Al caer la tarde os vinisteis trayendo con vosotros vuestro ser de carne y hueso, pero quedándose aquí para siempre el hálito más puro de todo cuanto vosotros sois.

Desde aquel día, tan punto y aparte entre todos los otros días de tu vida, mil veces has soñado con este rincón y mil veces te has despertado con el alma convertida en un mar de agridulce sabor. Es aquí, con la experiencia que viviste aquel día, donde has descubierto que lo soñado y añorado es mucho más bello que la más desbordante realidad. Desde entonces tienes el alma llena de nostalgia, que no es tristeza, cada vez que al alma acude el recuerdo de este trozo del Arroyo y desde entonces sabes que esta nostalgia niña no se apaga ni se termina viniendo otra vez por aquí. Es nostalgia de algo que nada tiene que ver con el mundo de la materia; de algo que pertenece al misterio del espíritu, al más allá de lo que se ve y se toca y que es por donde anda ese juego dulce de aquellos niños sencillos con los cuales viviste la primera aventura con y por este arroyo.

Tu segundo gran recuerdo de este pantano color cielo y viento fue también otra tarde de primavera. Te viniste con tus amigos de Ubeda, ya mayores que aquellos primeros y aunque vuestro objetivo era el pantano para daros un baño en sus limpias aguas, antes de llegar a la noguera grande os parasteis. A la izquierda, ahí por donde pasa esta pista que llevas ahora mismo, es de donde han sacado las piedras para la carretera que surca esta hermosa sierra de las Villas. A las rocas del cerro le han pegado un gran bocado y como ellos y tú sois un poco aficionados a los minerales y en especial a los que se dan por estos montes, al pasar por aquí os parasteis con la intención de recorrer la cantera.
- A ver si encontramos algo bueno.
Decías tú queriendo entusiasmarlos y enseguida os pusisteis a buscar. Y nada más empezar la búsqueda os encontrasteis pequeños trocitos de cuarzo, calcita, algo de pedernal y muchas rocas calizas. Poca cosa, pero que os sirvió para estar un buen rato entusiasmados o más bien ocupados en y con las cosas sencillas de estas sierras, por entre las rocas que la conforman, el aroma de la mejorana que ya estaba florecida y algún que otro tallo de orégano. Ese orégano famoso y exquisito que tan abundante fue siempre por aquí y tan escaso y difícil es ya de encontrar.

Aquel día se os pasó la tarde entusiasmados por entre estas piedras y cuando ya iba cayendo el sol por fin subisteis hasta el pantano, objeto de vuestra presencia aquel día por aquí. Porque sabes muy bien que eras tú quien realmente tenía interés en mostrar a tus amigos las aguas del pantano y los silencios abrumadores que en todo momento brotan de este arroyo.
- Es que no conozco una hermosura como esta en ninguna otra parte de estas sierras.
Les decías. Así que ellos, en cuanto llegaron al pantano y vieron la transparencia de aquellas aguas, sus tonos azules y la serenidad que sobre el embalse se mecía, tan plenamente convencidos quedaron que no pudieron resistir la tentación y enseguida se lanzaron a ellas. Tú también quisiste acompañarlos por la razón de compartir con ellos su emoción y gozar la frescura de tan delicado líquido, pero te encontraste en un apuro: querías grabarlos y querías bañarte con ellos. ¿Cómo podías estar y vivir las dos cosas a la vez? Es lo que tantas y tantas veces sucede cuando te encuentras sumergido en las sencillas, pero siempre emocionantes aventuras de los caminos y paisajes de estas sierras.

- Tú graba el momento para sujetarlo un poco y luego te bañas.
Fue lo que te dijeron ellos y eso fue lo que hiciste. Pero la cosa empezó a ponerse mucho más divertida de lo que ninguno de vosotros habías pensado en un primer momento.

Dos de ellos, entre el que estaba el que ya murió, se metieron en el agua por la parte de arriba, por donde le llega al pantano, la corriente del arroyo en forma de un hilillo blanco, casi plata, desparramado por la arena. Es aquí donde el pantano empieza a hacerse pantano o más bien, donde el hilillo de plata se derrama y funde en la gran masa de agua y aunque sigue siendo claro en el fondo crecen muchas algas verdes. Aquel que ya no está fue el primero en tirarse al agua y desde arriba, atravesar todo el embalse hasta el pequeño muro. El jipi, que es como lo llamaban ellos porque tenía el pelo largo, no se atrevía y era por dos cosas: no sabía nadar muy bien y, además, le daba miedo las algas verdes del fondo.
- Venga, jipi, que aquí estamos nosotros para salvarte.
Le decía el que ya no está.

Viviste tú un momento realmente divertido viendo lo bien que se lo estaban pasando ellos, tomándose todo aquello realmente como aquello era; un juego sencillo, lleno de la más profunda inocencia y dejando que las cosas de la vida y la naturaleza en sí desprendieran la alegría que realmente ellas tienen cuando entre ellas funciona la armonía. Por eso el jipi, después de mucho pensarlo, se tiró al agua y aunque cruzó el pantano con más miedo que elegancia, al llegar al muro, que es donde estaban ellos y él tenía puesta toda su confianza, ellos le hicieron una buena jugarreta: no querían recogerlo y ello fue la causa de aquel tan mal rato para el pobre jipi.
- No vuelvo a fiarme más de vosotros aunque me lo juréis.
Le decía cuando ya por fin estuvo sentado en el muro de piedra del pantano, jadeando sin parar y dando gracia a la creación entera por haber salido vivo de la encerrona que los amigos acababan de hacerle.
- ¡Pero hombre, si ha sido sólo una broma!
- Una broma pesada.

Le dieron ellos varias palmadas en las espaldas y sobre el muro se tumbaron a tomar el sol hasta que el sol empezó a ocultarse. Allí mismo, algo más tarde, entre esa luz tenue que va poco a poco dejando paso a la oscuridad de la noche y aquellos últimos rayos de sol que se iban apagando detrás de las montañas sembrada de olivos, vosotros os fuisteis comiendo aquel bocadillo de jamón que habías comprado unas horas antes en una tienda de Ubeda. Y como aquel día tampoco había mucha gente por aquí, la experiencia fue de las que jamás se olvidan.
- Digan lo que digan, la sierra tiene su encanto especial cuando la sorprendes en su silencio, su paz, su tristeza y sin coches.
Le decías tú a ellos.
- Es que esta tarde también hemos tenido suerte. Eso de encontrar este rincón tan solitario nos es normal.

Pero aunque ciertamente no es normal ni fácil encontrar este rincón tan solitario ahora esta tarde parece que tú también tienes suerte. No hay nadie tampoco esta tarde por aquí y mientras a tu mente ha ido acudiendo un recuerdo y otro ya vas por entre la sombra del nogal grande. Aquí, entre su sombra y ramas aquel primer día descansasteis y estuvisteis buscando nueces. Tú ahora sigues tu camino, salvas la pequeña pendiente y coronas el muro del embalse. La visión es fantástica: la gran masa de agua azul sigue aquí y tan verde y serena como aquel día. Hasta parece que hoy está más limpia por eso de que también el silencio es más grande y la soledad más rotunda. En el centro de esta pequeña masa de agua, porque es pequeña en sí, aunque grande en belleza y misterio, todavía se yergue el hermoso pino seco que el agua cubrió. Sus ramas ya no tienen vida a pesar de estar todo cubierto de agua, pero, aún así, su figura es bonita meciéndose por entre las pequeñas olas. Sigue aquí también el dulce chorrillo del arroyo, deslizándose por entre la arena y durmiéndose en la masa azul del embalse. Casi parece que ni siquiera han pasado los días.

Te gustaría, pero hoy no te paras. Antes de que se haga de noche, antes de que la tarde acabe de irse, ya te gustaría a ti encontrarte cerca de la gran cascada. Es aquí donde tienes pesando acampar esta noche y ahora deseas llegar a tiempo, con luz del día aún, para una vez aquí, dedicarte a despedir la tarde desde un lugar como este y como la tarde en sí se merece. Sigues por la sendilla y como este rincón, la sendilla, el arroyo y los olivos tú ya lo tienes recogidos en aquellas páginas que titulaste “Los Olivos”, ahora aquí, das un salto y te encajas en ese punto donde te recogiste frente a la noche.

LA ACAMPADA -5 ~
1 Parte

¿Recuerdas tú lo que hiciste aquella tarde? En cuanto dejaste atrás la senda que va en la otra dirección en busca del olivar, cien metros más arriba, tienes que cruzar el arroyo. Poco a poco por aquí la senda se va perdiendo porque, además, el terreno es mucho más complicado. Se pasa al lado derecho y gatea por la torrentera, metiéndose por entre la espesura del monte. Ya desde aquí se siente y, además, se ve la gran cascada, la más importante cascada, la única cascada grande en todo el arroyo. La has descubierto y antes de llegar a ella te paras. Después de tanto tiempo, ahora tienes la impresión que no conoces ni poco ni mucho el trozo de arroyo que aún queda hasta la cumbre por donde, o cerca, se encuentra la aldea o lo que queda de ella objetivo de esta ruta tuya hoy. Así que la cascada te detiene, te frena y aunque al principio no te gusta, después te alegras.

¿Sabes por qué? Como ya va cayendo la tarde te viene bien pararte y acampar que por otra parte, es lo que ya habías pensando. Vas a tener tiempo de montar la tienda, recorrer el terreno de los alrededores, jugar o bañarte en algún charco de estos que por aquí el arroyo remansa porque, además, es esta una de las razones por la cual paras aquí y la otra, el rebaño de cabras blancas que viene bajando por esa ladera de la cascada. Enseguida piensas que si puedes, vas a buscar al cabrero para echar un rato de charla con él. Seguro que sabe infinidad de cosas que tú ahora mismo ignoras y deseas conocer vivamente porque intuyes que todas ellas son de lo más interesante. También estás pensando que es interesante ese pequeño deporte que vas a practicar en cuanto termines de montar la tienda.

Siempre sucede que cuando tú llegas a un rincón y decides acampar lo primero y lo que más te gusta es darte una vuelta por todo el entorno que te rodea. Como resulta que en estos momentos ya no tienes ninguna prisa, cualquier roca, charco, árbol, pradera, flor o animal que caiga bajo tu mirada, es observada, mirada y gozada de una forma muy distinta a cualquiera de las mil otras situaciones que puedas vivir en estas sierras. Esto es así de interesante y lo conoces por experiencia puesto que lo has vivido una vez y otra. Y tú sabes que ello es una de las formas más bellas de gozar y conocer la sierra a parte de lo engrandecedor que es por el buen conocimiento que puedes llegar a tener de las cosas, de la sierra en sus trozos pequeños y en su gran extensión en general. Y luego está la magnífica oportunidad que siempre te brindan estas ocasiones para convivir con los compañeros.

LA ACAMPADA -5
2 Parte ~

Como todavía no has respondido a la pregunta que aparece en esta primera aparte del capítulo llamado la acampada, vas a ver si ahora puedes. ¿Recuerdas tú lo que hiciste nada más llegar al rincón? Es decir, en cuanto has llegado al sitio donde decides poner la tienda, cualquiera puede pensar que lo primero que has hecho es esto: montar la tienda.

Pero tú te has apartado de la senda y muy cerquita de la corriente, entre unas adelfas, encuentras el lugar ideal para quedarte. No es una pequeña pradera con hierba o pasto sino una playa de arena dorada. Está protegida por rocas a un lado y otro que la corriente del arroyo ha pulido y luego ha dejado por aquí por ser gordas y pesar mucho. La playa no es muy grande y aunque sí muy bonita, acogedora y suave, por más vueltas que le das, no te cabe la tienda. Ni quiera la tienda tipo túnel que siempre llevas contigo cuando te mueves por estas sierras. Te

pones a pensar y sí, ya tienes la solución: dormir sobre la arena sin tienda. No es la primera vez que tú has dormido sobre la tierra de estas montañas y sabes bien que ello tampoco es ninguna cosa del otro mundo.

Ellos, los serranos que en todo tiempo poblaron estas sierras, dormían muy a menudo sobre la hierba de las praderas, entre las hojas secas de los grandes pinos, al abrigo de alguna roca o covacha y donde fuera necesario con tal de estar junto a su ganado prestándole sus atenciones. Todavía sucede esto y para ellos no es ninguna cosa del otro mundo, por las zonas esas de la Sierra de Segura que es por donde el ganado aún forma grandes rebaños. Así que si tú ahora, esta noche, te decides dormir sobre la arena dorada de esta pequeña playa, no inventas nada que ya no esté inventado y practicado por mucha de la gente de estos montes desde hace montones de años. Despacio vuelves o más bien sigues mirando el lugar y no tarda en surgir en tu interior la emoción por la experiencia agradable de dormir sobre la arena.

Como la arena es fina, está seca y por lo tanto suelta, es fácil modelarla a las necesidades o gusto tuyo. Te pones mano la obra y en media hora tienes tu nueva cama terminada. La cama que es un surco alargado, una hendidura en la arena lo más parecido posible al cuerpo de una persona y según las vas formando la pruebas varias veces. Tienes que añadirle varios centímetros más por la parte de los pies y por el lado de la cabecera también tienes que perfeccionarla. Hasta quieres hacerle una almohada y todo. Por fin, te queda perfecta. Ya no se le puede ni añadir ni quitar nada, sólo poner una manta en el fondo y a dormir que seguro va a ser la noche que mejor vas a dormir en toda tu vida. En contacto con la tierra sabiendo que tú también eres tierra y a ella vas a volver. Y hasta piensas que nunca jamás has tenido una cama tan moderna, nunca te has sentido tan cerca de la tierra, tan en contacto con ella, tan ella.

Así que terminada la faena de la construcción de tan original cama, te dedicas a ordenar un poco las cosas: la mochila, los alimentos, el saco, la tienda que esta noche va a quedarse sin utilidad alguna y antes de que oscurezca del todo te dispones a dar una vuelta por el entorno. Por aquí tú también tienes recuerdos y eso hace que todo sea más cálido, más tuyo, más tierra amada y eternamente hermana en la región del espíritu. Siguiendo la corriente te vas arroyo abajo buscando las rocas que se ven desde donde has montado tu campamento. Conoces tú este rincón y sabes que hay aquí como una pequeña cascada que no es tal sino que la corriente ha lamido las rocas y con el tiempo sobre ella ha tallado surcos, piletas y hasta pozos profundos. Uno de ellos es especialmente interesante no sólo para ti sino para cualquiera que por aquí venga y lo descubra. Pero para ti es especialmente interesante por el chorrillo de agua que cae en él y lo poco que parece ser a pesar de lo mucho que es. No tendrá más de dos metros de diámetro.

- ¿Y de profundo cómo será?
Decían tus amigos aquella tarde que estuvisteis por aquí en compañía del que ya se fue.
- Lo mejor es meternos y comprobarlo.
- Pero ¿Quién se mete con el miedo que da meterse en un pozo como este y, además, lleno de agua?
- Será muy profundo, pero como estamos viendo que no hay más hoyo que este redondel de unos dos metros de diámetro, por más que pueda dar miedo lo tenemos todo dominado. Así que adentro, que hay que darse un baño y, además, quedarnos con la tranquilidad de saber bien lo que este pozo encierra.

El amigo, que ahora cuando escribo esto ya no está, como siempre es el primero en lanzarse a lo desconocido y sacar de dudas a todos sus compañeros. Salta y se hunde en el charco que todo está recogido como en una perfecta taza de piedra. Se zambuye y asombrados veis como desaparece por completo. Mientras esperáis a que vuelva a la superficie os miráis y desde luego ninguno pensáis que aquello pueda ser una profundidad tremenda. Y tal como lo habéis pensado sucede. El amigo, después de unos segundos, sala a la superficie y lo primero que exclama es que a pesar de todo ni ha tocado fondo.

- ¿Es posible? Si visto desde aquí apenas parece nada.
- Pues es posible y si no me creéis meteros vosotros.
Lo creéis, pero, además, aunque también os frena un poco lo fría que está el agua, queréis aprovechar la ocasión que en estos momentos os brinda esta tan misteriosa y fantástica tierra para saborear el gozo de un chapuzón más en los pozos que aquí el arroyo ha tallado. Y por otro lado, también queréis demostrar a vuestro amigo que sois capaces de hundiros en el pozo que tanto miedo da. Pero antes de entrar vosotros tiene que salirse él para que podáis entrar uno de vosotros.

Uno por uno os vais bañando en la tan original bañera del arroyo dejando que el chorrillo que le entra desde arriba, todo el cauce entero, os caiga por encima de la cabeza como si fuera una ducha de verdad, pero a lo natural: sin tubos para conducir el agua y sin grifos para cerrar o abrir cuando tu voluntad lo desee. Pasado un rato y repletos ya de tanto juego, tanta agua y tanto descubrir y admirase de la profundidad del pozo, os vais sentando sobre el resto de la roca para aprovechar los últimos rayos de sol de la tarde.

Recordándolos a ellos tú ahora te da una vuelta por el charco, te bañas en él para dormir mejor en tu cama de arena entre las adelfas y muy cerquita de la corriente y como hoy no hay sol, porque la tarde ya sí se ha ido, enseguida te vuelves a tu campamento. Antes de que se vaya la última brizna de luz recoges un poco de leña seca y en el otro hoyo que has hecho en la arena cerquita de tu cama, preparas la lumbre. Una lumbre chiquita y muy controlada como tantas veces tú has hecho en estas sierras y entre las rocas, junto a las llamas y con el murmullo del arroyo de fondo, dejas que pasen las primeras horas de la noche. Aunque ya es otoño, esta noche parece una gran noche de verano cosa por lo cual ni siquiera te apetece irte a la cama.

Sin embargo, sobre las doce o así, sí te vas a tu cama de arena, pero no para dormirte enseguida sino que mientras el sueño te va llegando, te dedicas a observar las estrellas que titilan sobre el lejano firmamento. Des vez en cuando oyes el bramido de algún que otro animal por las laderas de ambos lados. Algunos son ciervos, otros jabalíes, zorros y hasta el triste, pero bello canto del cárabo. No te da miedo, porque sabes bien que esta es la naturaleza en su realidad de libertad y mundo lleno de vida. Ella es todo lo que ahora oyes y existe por aquí y lo único que sobra o al menos puede ser extraño a este mundo eres tú. Eso lo sabes bien y lo acepta sin trauma alguno. Antes de que el sueño se apodere de ti piensas en la ruta del día siguiente. Será emocionante el día siguiente hasta y por las ruinas de la aldea perdida, en las profundidades del barranco donde nace El Arroyo.

LOS FOSILES -6 ~

Mirándolo desde una visión más amplia el punto de tu acampada lo has situado casi en el centro, entre la primera cascada, al lado del embalse y la segunda cascada, trescientos metros más arriba de donde has construido tu cama de arena. Y ahora mismo, cuando ya está amaneciendo y desde esta cama entre las adelfas y la llanura de arena que el arroyo ha ido modelando en el silencio del barranco, miras y ves la cascada y como el amanecer es tan silencioso y trae consigo tantos tonos de luces doradas, todo te parece un sueño fantástico. Sigues en tu cama y ni siquiera tienes que buscar un punto más allá o más acá para ver el agua cayendo por la cascada. Tal como estás en tu cama te vas despertando y lo primero que llega a tus oídos es el rumor de la cascada despeñándose al mismo tiempo que también la observas toda hermosa cayendo por el gran paredón convertida en grandes chorreones de espuma blanca. Precisamente, cuando ayer subías por la senda, ahí donde traza la primera gran curva, por encima del embalse, recogiste algunos fósiles. Te los has traído contigo y ahora esta mañana, cuando ya te vas a poner en marcha con el objetivo de alcanzar las ruinas de la aldea sobre medio día o así al mirar hacia la gran cascada se te viene a la mente el recuerdo de aquel día que por primera vez llegasteis hasta esta cascada grande.

Subisteis vosotros aquel día con todo el grupo completo de los montañeros pequeños. Los dos primos menores, la niña rubia y el primo mayor. Subisteis vosotros aquel día con gran dificultad hasta el pie mismo de esta segunda cascada

porque para llegar hasta ese charco redondo donde el agua se recoge después de despeñarse, no existe ninguna senda y ahí mismo, en ese pequeño charco que hay donde cae el agua, establecisteis vuestros juegos, que por supuesto estaban más limitados que otras veces: no tenías campo para correr. Entre las rocas y el desnivel de la pared sólo podíais encontrar pequeños trocitos de tierra o playas de arena, algunos charcos y poco más. Así que en este escenario tan reducido, tan original porque os encontrabais bastante alzados sobre el gran cortado rocoso y por otro lado tan bonito no ya sólo por su altura sino por la ambientación de la música que mana del agua desprendiéndose despeñadero abajo y luego yéndose por la corriente hasta pasar cerca de donde hoy tienes tu cama, en este escenario establecisteis vuestros juegos.

Llegasteis a él un poco antes del medio día y como os estabais sintiendo tan bien y os acompañaban con tanta alegría y dulzura aquellos chorros de agua cristalina teñidos de blanco, enseguida os dedicasteis a explorar todo lo que en aquel momento por allí era explorable y accesible según vuestra pequeña ciencia de estas sierras. El primo mayor y la niña son los primeros que traen la emoción al grupo justo en un momento que nadie lo espera.
- ¡Venid y veréis!
Gritan por la derecha de la cascada algo metidos en la ladera que es por donde se han ido. Al oírlos, vosotros corréis en la medida que se puede correr por un lugar como este, tan lleno de rocas y monte y enseguida veis lo que a ellos le llama tanto la atención. Es un fósil; un bloque de piedra que casi no podéis mover de tan grande y tiene forma de caracol. Bueno, es un auténtico caracol todo de piedra, roca pura igual que todas las otras rocas que se amontonan por toda la ladera.
- Nunca he visto algo igual.
Comenta el primo pequeño.
- Yo sí, pero en el museo de la Torre del Vinagre y también en una ocasión, por unos barrancos grandes cerca de donde nace el Guadalquivir, pero en la ladera norte, cuando se llega al nacimiento del arroyo de los Habares, pero por las cumbres.
- ¿Cómo se llama?
- Lo leí allí en la Torre del Vinagre, pero ahora no me acuerdo de nombre tan raro.
- De esto nos podía sacar de duda enseguida si estuviera con nosotros nuestro amigo el científico.
- Esto sí es verdad. ¡Qué pena que no esté porque sería una buena ocasión para poderle preguntar un montón de cosas sobre el tema.
- ¿Y quién ha dicho que no está?
Expone con alegría el primo grande señalando hacia la hondonada por donde va la sendilla que debería llevar a algún lugar bonito de este barranco, pero que vosotros en aquel momento desconocéis.
- ¡Es el científico!
- Sí que lo es; vamos a llamarlo para que sepa que estamos aquí.

Y sin más os ponéis a dar voces sin guardar ningún orden ni enviar más mensaje que llamar la atención. Enseguida os oye porque veis que se para y mira hacia vuestra cascada. Es ahora el primo mayor el que sí ya le lanza una gran voz con un mensaje concreto.
- Sube por favor, te necesitamos.
Veis que alza su mano como diciendo que ha recibido el mensaje y que se viene con vosotros. Así que cambia su rumbo y comienza a escalar, porque hay que casi escalar para llegar a donde vosotros estáis.

Es la niña la que, adelantándose por la ladera, lo recibe dándole la bien venida a vuestro rincón y una vez más a vuestro grupo.
- Hemos encontrado un fósil que es enorme.
- ¿Dónde está?
- Entre esos lentiscos que hay en la ladera. ¿Tú sabes cómo se llama?
- Tendré que verlo aunque ya me imagino qué tipo de fósil es.
Y cuando ya se encuentra junto a la magnífica piedra, antes que tenga tiempo de responder a la primera pregunta de la niña, tiene que responder a otra que según ella es mucho más importante.

- ¿Qué son los fósiles?
- Para explicarlo bien y que tú lo entiendas no tengo más remedio que empezar por el principio.
- ¿Y cual es el principio?
- La evolución.
- Pues entonces ¿Qué es la evolución sin que sea demasiado rollo?

- Sin ser demasiado rollo la palabra evolución tiene un sentido de cambio. Desde el punto de vista semántico podría definirse como cambio a lo largo del tiempo. Esta palabra tiene en si misma un cierto carácter positivo, ya que si se le quiere dar un carácter negativo, por lo general se le añade un adjetivo. Se dice por ejemplo, el estado de tal persona ha evolucionado desfavorablemente o las circunstancias de tal guerra evoluciona negativamente. La aplicación de la palabra evolución al cambio de los seres vivos es relativamente reciente. En términos biológicos la evolución se entiende como el cambio que va acompañado de un desarrollo gradual de los organismos a lo largo del tiempo. Hasta mediado de siglo XIX se pensaba que los seres vivos se habían mantenido igual desde su aparición sobre la tierra hasta nuestros días.

Esta idea de inmutabilidad de la vida comenzó a cuestionarse cuando diversos investigadores enfocaron, con métodos estrictamente científicos, el estudio del planeta Tierra y de los seres que lo pueblan. Tanto la Tierra como los seres vivos tienen una historia que manifiesta los cambios geológicos y biológicos producidos a lo largo del tiempo. En el caso del hombre, la historia de su evolución adquiere caracteres especiales debido a su condición de especie capacitada para una evolución cultural. Sin embargo, las primeras huellas de la actividad del hombre, instrumentos tallados en piedra, solamente tienen una antigüedad de unos tres millones de años, prácticamente despreciable si se la compara con la edad de la tierra que son 4.600 millones de años.

Inmediatamente surge la cuestión de cómo era el hombre en épocas remotas y de cómo y cuáles eran los demás seres vivos que poblaban la Tierra en aquellos tiempos. Muchos de los aspectos de esta cuestión se han visto clarificados con el descubrimiento y estudio de los fósiles, restos de seres vivos que se han conservado desde épocas muy remotas en virtud de ciertas circunstancias especiales. Por lo tanto, ahora ya sí podemos hablar de los fósiles.
- ¡Ea! Pues ahora dime ¿Qué son los fósiles?
- Los fósiles han sido conocidos por el hombre desde épocas muy antiguas. La extrañeza que le causaba al encontrar "piedras" con formas parecidas a los seres vivos les hizo atribuir a los fósiles propiedades mágicas y por esta razón los utilizó como fetiches o amuletos. Aristóteles dijo que los fósiles son simples "caprichos de la naturaleza" que se forman de manera espontánea y que no tienen relación alguna con los seres vivientes. Estas ideas se mantuvieron durante toda la Edad Media y fue necesario llegar al siglo XVII para que se aventuraran nuevas hipótesis. Stenon y Leibniz fueron los primeros en afirmar que los fósiles son restos de seres vivos.

El verdadero fundador de la Paleobiología moderna fue el científico francés Georges Cuvier que estudió fundamentalmente fósiles de vertebrados y elaboró una teoría llamada de la correlación orgánica, según la cual podría reconstruirse un animal entero a partir de unos pocos huesos.
- Bueno, y llegados ahora a este punto, ¿me podrías decir cómo se formaron los fósiles?
- Pues mira, es bien conocido de todos el hecho de que la materia viva se pudre. Los restos de los animales y plantas que mueren desaparecen en poco tiempo sin dejar prácticamente ningún vestigio. Sin embargo, pueden darse circunstancias que permitan la conservación de todo o de parte del cuerpo de un ser viviente. Para que un ser vivo pueda conservarse es necesario que sus restos orgánicos queden rápidamente aislados de la atmósfera y de los microorganismos que son los responsables de la putrefacción. Incluso cuando se produce este aislamiento, por ejemplo un enterramiento rápido, normalmente las partes blandas del cuerpo desaparecen y sólo se conservan las partes duras, esqueleto y concha.

Unicamente se conservan los cuerpos enteros en circunstancias muy especiales: en general cuando el ser vivo queda enterrado en un medio aséptico, petróleo, resina, turba o cuando sufre una congelación rápida. A parte de estas circunstancias muy especiales el proceso de fosilización normal consiste en realidad en la sustitución de las moléculas orgánicas del cuerpo del ser vivo por moléculas minerales generalmente de calcita, sílice o pirita. En los casos más favorables todas las moléculas orgánicas son sustituidas por moléculas minerales en cuyo caso se conserva el cuerpo con toda su estructura. Sin embargo, lo normal es que esta sustitución sólo se produzca en determinadas zonas del cuerpo, normalmente en las partes duras como huesos o conchas.

Como resultado final de la fosilización, proceso que requiere muchísimos años, el cuerpo o partes del cuerpo del ser vivo quedan convertidas en piedra. Puede darse otro tipo de fosilización en el que en realidad no se conserva el cuerpo sino un molde o huella del mismo. Supón que el animal muere enterrado súbitamente por un desprendimiento de arcillas. Si estas arcillas se hacen más compactas y se convierten en roca el cuerpo del animal quedará como una burbuja dentro de la masa pétrea. Aunque el cuerpo se pudra el espacio que ocupa puede ser rellenado por materia mineral, originando un molde exactamente igual al animal original.

- Y ya que estás tan metido en esto de explicarnos los fósiles y nos estás llenando de tantas curiosidades se me ocurre que podrías decirnos cómo se puede conocer la edad de estos bichitos de piedra.
- Ya os he dicho que estos bichitos de piedra o estas piedras que parecen bichitos y que llamamos fósiles se producen normalmente por enterramiento del ser vivo en materiales minerales sedimentarios. Estos materiales se acumulan sobre la corteza terrestre formando capas o estratos que van aumentando de grosor con el paso de los siglos. Los conocimientos de la geología permiten saber la antigüedad de los estratos en función del tipo de materiales que los forman, con lo cual puede conocerse la edad de un fósil que se ha encontrado en un estrato determinado. En otros casos ocurre al revés, es decir, el hallazgo del fósil de un ser vivo determinado permite conocer la edad del estrato que lo contiene. En la actualidad se han desarrollado métodos que permiten conocer con más exactitud la edad de los fósiles mediante la utilización de isótopos radiactivos.

- En fin, todo bastante complejo aunque pueda ser bonito y tú me dijeras que no iba a ser nada rollo, pero bueno, ya que estás metido dentro del tema y andas tan emocionado porque es lo tuyo y se ve que te gusta a rabiar, nos podrías decir qué importancia tienen los fósiles si se les compara con los seres vivos que ahora podemos ver sobre la tierra.
- Sí que os lo puedo decir y hasta será bueno que lo sepáis para que cada día tengáis más conocimiento de estas sierras. Porque del estudio de los fósiles se deduce que si bien hay algunos que son muy parecidos a ciertos animales actuales existen muchos otros que no presentan ningún parecido con ningún animal viviente. Mientras que algunos fósiles de animales marinos provistos de concha son prácticamente iguales a los moluscos actuales, los enormes huesos de reptiles y mamíferos que se han encontrado fosilizados no parecen guardar una relación estrecha con los reptiles y mamíferos actuales. Y para completar tenéis que saber que el descubrimiento de los fósiles y su estudio ha sido uno de los factores que más decididamente han influido en el desarrollo de las teorías evolucionistas elaboradas a partir del siglo XIX. Las enseñanzas que se extraen de este estudio puede resumirse como sigue: *Los fósiles son indudablemente restos de seres vivos. *Se han descubierto fósiles que datan de hace más de 3.500 millones de años, lo que indica que en aquellos tiempos ya existía vida sobre la tierra. *Los fósiles no son casi nunca idénticos a los seres que actualmente pueblan la tierra. Y llegado a estas alturas podría ser yo el que os hiciera a vosotros una pregunta.
- ¿Qué pregunta?
- Pues la pregunta puede ser que ¿cuál es, por lo tanto, la relación que existe entre los fósiles y los seres vivos?

Momento éste en el cual todos os quedáis mirándoos unos a otros y como el científico se da cuanta que os ha puesto en un aprieto, mira al primo mayor y le

dice.
- Sácanos tú del apuro?
- ¿Yo?
- Sí, pregúntame tú alguna cosa que queráis saber.
- La verdad es que yo no sé qué preguntar, pero como el otro día oí en clase algo sobre los fósiles vivientes ¿podrías tú decirnos qué son?
- Se ha aplicado el nombre de fósiles vivientes a algunas especies de plantas y animales actuales que han conservado anatomía y forma de vida muy primitivas. El Nautilus actual, molusco cefalópodo de concha arrollada, presenta unas características anatómicas muy parecidas a las de los primitivos cefalópodos que fueron muy abundantes durante el Mesozoico. Hacen 200 millones de años existían ya especies muy parecidas.

Es especialmente interesante el caso del pez celacanto denominado Latimeria, del que se han pescado dos o tres ejemplares en los últimos años. Este pez presenta unas características muy similares a las que debieron tener los peces que poblaron los mares hace 100 millones de años; por lo tanto se trata de un verdadero fósil viviente. El estudio de los fósiles vivientes ha aportado gran cantidad de datos sobre la vida en los tiempos lejanos y muchas veces, como es el caso de Latimeria, ha venido a confirma la hipótesis que se había establecido basándose exclusivamente en los descubrimientos fósiles.
- En fin, yo pido un alto.
Exclama ahora el primo mayor.
- También yo.
Dice la niña rubia e interviniendo ahora tú dices al científico que por qué no os habla de vuestro fósil, del que la niña se ha encontrado y tenéis ahora mismo allí delante de vosotros.
- Desde luego que eso es lo que ahora mismo os importa a vosotros, vuestro fósil del cual voy a empezar diciendo que es precioso y que os lo habéis encontrado hoy aquí porque precisamente toda esta cordillera, desde el gran cerro de Villalta, Puerto Lorente, toda la cumbre del Gilillo y desde el Puerto de Las Palomas hasta las cumbres del pico Buitreras, abundan mucho toda esta clase de fósiles. El vuestro pertenece al Tríasico que es el primer período de la era secundaria y es un gasterópodo.
- Muy raro es ese nombre ¿Qué significa?
Pregunta uno de los primos pequeños.
- Gasterópodo, dícese del molusco con una concha univalva, de cabeza diferenciada y provista de tentáculos sensoriales y el pie en forma de suela reptadora, como el caracol y la babosa. Grupo taxonómico con categoría de clase que constituye estos moluscos. La concha de los gasterópodos puede estar arrollada, caracoles, abierta o de dimensiones reducidas como la babosa. El único grupo con el cual se puede confundir es el de los ammonites o cefalópodos con concha. Las características importantes de los gasterópodos tienen relación con el arrollamiento, la abertura y la ornamentación de la concha. Y todos sabéis que la ornamentación de la concha de un gasterópodo puede ser en espiral o transversal.
- Sí, algo sabemos, pero en fin, lo que nos interesa es nuestro caracol de piedra porque según tú nos has explicado esto es un caracol.
- Exactamente.
- Pues sabemos ya que este caracol nuestro pertenece a un grupo y sabemos cómo se llama y de qué época es, pero el nombre, no ya del grupo, sino del caracol en sí ¿cuál es?
- Podéis llamarlo Natica. Pertenece al tríasico y se da en todo el mundo. No suelen ser muy grandes a pesar de lo grande que es el vuestro y es porque la última vuelta de su concha siempre es muy grande. La forma varía de casi esférica a cónica y se da en muchas partes de estas sierras.

DESDE EL CAUCE AL CORTIJO -7 ~

Ahora tú esta mañana, mientras te has ido despertando frente al día que empieza a derramarse barranco abajo y frente a la cascada donde aquel día vivisteis la aventura del fósil con vuestro amigo el científico, comienzas a caer en la cuenta que te espera la senda. Si quieres llegar hasta donde tienes pensado

llegar has de levantarte y ponerte en ruta.

Desde donde estás hasta el pequeño cortijo en ruinas sobre la lomilla, aunque la distancia es relativamente corta, resulta algo complicada la subida por falta de senda o camino. Quizá en otros tiempos sí hubo por aquí una senda que venía desde el cortijo para salir arroyo abajo y esa sería la senda que ayer por la tarde trajiste tú hasta llegar a donde has pasado la noche. Pero hasta este punto está clara la senda, mas de este punto para arriba, ni se sabe por donde va.

Te pones en marcha echando una ojeada antes a la ladera por donde piensas subir y crees que lo mejor es, desde el lugar de tu acampada, cruzar el cauce del Arroyo, subir un poco por el arroyo por el margen derecho y al encontrarte con ese pequeño arroyo que le entra a este principal, irte por ahí. Y por ahí te vas. Por la derecha, lo cruzas y subes por el lado izquierdo al tiempo que te vas remontando porque aquí los niveles son bastante grandes y el cauce del arroyo pequeño al descender casi en picado, ha horadado profundo cortes en el paisaje. Pero por este lado izquierdo, te das cuenta que sabiéndola buscar, si va algo de senda, aunque sea de los animales salvajes. Así que poco a poco te vas adentrando en la profundidad del barranco de este arroyo corto porque ya la cumbre está casi al alcance de la mano y una de las cosas que más te llama la atención son precisamente las laderas rocosas que te acompañan a lo largo de todo el arroyo por la margen opuesta a la que tú vas. Royo llaman los pastores de la sierra de Cazorla a los cauces que son cortos y torrenciales. Aguascebas los llaman por algunos pueblos de estas zonas de las villas. Tú lo llamas arroyo aunque sea pequeño porque todavía no has aprendido los matices del lenguaje de estos montes.

Por el lado izquierdo de este arroyo vas tú buscando la senda, pero ¡Ojo! en cuanto llegas a la mitad o así del arroyo, tienes que cambiar de rumbo, viniéndote hacia la izquierda como si fueras a remontar la cascada y siguiendo siempre sendillas de animales salvajes y ahora es cuando comienzas a remontar seriamente la gran cascada del Arroyo. La tienes remontada en cuanto llegas a lo alto de la lomilla y es un gran alivio para todo: para la vista porque los horizontes se te abren ofreciendo en primer plano la pequeña llanura de la loma donde estuvo y aún se ven los restos del cortijo, el abarranco del arroyo por la parte de arriba de la cascada y las profundidades del gran barranco desde donde se adivina viene este arroyo que vas siguiendo. Y el otro respiro es el del de corazón: descansas porque la cuesta se te convierte en llanura y eso se agradece sobre todo si es verano o primavera. En el empuje de la subida el sudor te ha bañado todo el cuerpo y el corazón te late aprisa bombeando sangre con rapidez. Por esto y otros alicientes la coronación del pequeño montículo se te presenta como un mar de gozo que al venir acompañado de pequeñas ráfagas de aire fresco te llena de placer hasta lo más hondo.

Y otro placer son los arrullos de las tórtolas y las torcaces. No ahora porque es otoño, pero tú sí sabes que en los meses de primavera y verano, como por aquí son abundantes y espesos los pinares de pino negral y como con el calor del verano las piñas de estos pinos llenan los aires y el suelo de piñones pequeñitos, a la abundante cosecha las palomas acuden en grandes bandadas. Ellas se instalan entre las espesas ramas de los pinos y en la época del celo y de cría se pasan todo el día arrullando. Un espectáculo fabuloso que tú conoces muy bien y que aprovechas y gozas en todos los momentos que puedes para así sacarle a estas tierras un puñado más de sensaciones únicas.

Por otro lado las ruinas del pequeño cortijillo sobre la loma que se te mete en el corazón y te adentra en un mundo de sentimientos, tiene hoy para ti una imagen bella y triste. Mirándolo ahora a tu recuerdo viene la figura del joven aquel día que él bajaba desde las laderas de la parte alta. Era uno de tantos días que al oscurecer volvía al calor del hogar encerrado en las cuatro paredes de este humilde y pequeño cortijillo. Pero aunque era uno de tantos días al mismo tiempo para él hoy era un día especial. Entre las ramas del pino grande descubrió el nido de la ardilla y como todavía estaban pequeñas no pudo resistir la tentación de coger la más bonita y traérsela a cortijo.

No sólo fue bien recibida entre las paredes y el calor del este cortijo de piedra sino que el animal, en cuanto creció un poco, se convirtió en la alegría de las cuatro personas que en el cortijo vivían. Como la mascota de cada uno de ellos y el amigo inseparable del joven. Para donde él se moviera para allá se iba la ardilla y siempre saltando como si estuviera en su pino en lo más remoto del bosque y entre las otras ardillas de la sierra. Siempre moviendo su cola y siempre derramando alegría como si el animal de alguna manera sintiera que su deber era hacer feliz al joven a cambio de los muchos cuidados que el joven le prodigaba.
- ¡Qué raro y al mismo tiempo qué simpático es este animal!
Decían los hermanos del joven.
- Raro no es sino que nunca vimos a una ardilla tan cariñosa como esta ni tan sencillamente sociable.
- Es que no doy un paso que ella también no lo dé conmigo.
Comentaba el joven.

Y la verdad es que la ardilla fue así de simpática y así de cariñosa y sociable durante todos los años que aquel animal vivió. Hasta parecía que el joven era lo que era precisamente por la presencia de aquel animal siempre a su lado fuera para donde fuera. Una pequeña anécdota o historia serrana que no tiene nada de valor ni es importante para nada, pero que tú ahora, al ver este cortijo, recuerdas y hasta te entra un poco de tristeza. ¡Qué lejos está ya todo aquello y qué silencio tan profundo guardan ahora estos barrancos donde a pesar del tiempo, todo está ahí, dormido entre la bruma y eterno! Si miras hacia el barranco por donde corre el arroyo, se te va el alma en pequeños chorros tras la corriente, pero si miras hacia la casa, las ruinas que aún dan testimonio de su presencia aquí en otros tiempos, también por ahí se te va el alma y hasta se te queda enganchada entre las rocas y el monte. Se te va el alma por entre la música de la corriente y la cascada que algo más abajo chapotea sin parar. En aquellos tiempos sí era abundante este cauce. Precisamente el cortijo estuvo aquí para aprovechar la pequeña llanura de tierras fértiles regadas por la abundancia de las aguas que por el arroyo bajaba. Una visión hermosa y algo triste por lo bello que fue también aquello y lo lejos que ha quedado ya en el tiempo.

Será por esto o será porque las cosas en la vida son como son y muchas veces ni siquiera tienen una explicación lógica, el caso es que a tu mente acude el recuerdo de lo que hace unos días leíste. “España está entre las zonas más afectadas por el cambio climático según un estudio elaborado por el Centro Hadley. Incremento de las temperaturas de dos a cuatro grados centígrados hacia el año 2030, elevación del nivel del mar en unos 20 centímetros, reducción de las precipitaciones en un 17 por ciento localmente hasta un 40 por ciento y mayor virulencia y torrencialidad de las lluvias cuando se produzcan. Además, los últimos datos obtenidos de los modelos matemáticos de predicción, para cuyos cálculos se ha utilizado un potente ordenador, Cray C 90 valorado en 1.200 millones de pesetas, revelan que la velocidad del calentamiento de la atmósfera provocada por los gases del efecto invernadero, se acelera. En España se apuntan veranos más calurosos, inviernos más templados, menor humedad del suelo y mayor sequía. Como principal causa los expertos confirman el incremento de las emisiones de dióxido de carbono”.

EL CERRO DE CHAROL -8 ~

Desde la pequeñas llanura, mientras contemplas la corriente del arroyo que hoy te va a servir de guía y recuerdas lo que hace unos días leíste, miras hacia tus espaldas y ahí lo tiene: es el cerro de charol. El título no es real porque un cerro no puede ser de charol y de suyo no lo es sino que lo parece. Porque el cerro, con la lomilla donde se encuentran las ruinas del cortijo, la pequeña ladera casi llanura que desde el cortijo baja buscando la oscuridad y el agua limpia del arroyo, el puntal que se adentra hacia la cascada grande que por eso existe ahí dicha cascada, porque el arroyo corta un pequeño cerro y la ladera de la derecha por donde se remonta la senda, todo este conjunto no es un cerro de charol sino un precioso bosque de romeros, pinos, enebros y sabinas. Pero el cerro, para ti es de charol, por lo siguiente: tuviste tú la otra noche un sueño y te viste andando precisamente

por la ladera de este cerro y fundamentalmente te llamó la atención dos cosas en la soledad y profunda belleza de este barranco: el cortijo que los viste sano y lleno de gente y hasta con sus paredes blancas por dentro, sus cantareras hechas de troncos de pino y los tres cántaros de barro llenos de agua puestos en los agujeros de las cantareras. Sólo una familia con tres miembros vivía en el pequeño, pero más que hermoso cortijo. El joven que cruzaba el monte que lo rodeaba, el silencio de los campos y el verde del bosque y la gran inquietud que le hervía en lo hondo del alma y que era: salir de aquí algún día e irse por los pueblos y ciudades que según había oído decir existían por todo el mundo.

- ¿Es que todo eso que sueñas lo crees mejor, más importante y bello que este mundo nuestro?
Le preguntaban sus padres.
- No es que lo crea más importante porque tengo muy asimilado que en ninguna parte del mundo puede darse mayor gozo que en este rincón nuestro, pero no sé; mi corazón sueña con esas cosas que he oído hablar y mientras no las conozca parece que no seré feliz.
- Ya verás como luego desearás volver porque el corazón se te viene para acá.

Y la otra cosa que mientras tú ibas andando por la senda del cerro por la ladera con la visión del cortijo sobre la lomilla y un poco a tus pies, a pesar del verde de esta ladera por la vegetación y la abundancia de pinos, el suelo, la tierra que pisabas, no se parecía a ninguna de las tierras que hasta hoy conoces. Por una extraña sensación real o sólo sentida tus ojos captaban una tierra llena de brillo parecido a ese que refleja el charol cuando lo tocas. Y no era esto lo más llamativo sino que sobre esta tierra tan llena de esa extraña belleza ibas descubriendo huellas de pisadas humanas.
- ¿Qué son?
Preguntaste al padre del joven que en estos momentos te acompañaba y en tu interior sabías que él era el más profundo conocedor de cuanto late y respira en estos montes.
- Las he visto muchas veces yo. Ellas son las huellas de aquellas personas atravesando los cerros de estas sierras y que se han quedado aquí para que no se nos olvide que todo esto tuvo su historia.
- Una historia, por lo que se ve, llena de vida que por ser de gente humilde y sin estudios no quedó escrita en ningún libro y estas huellas serían precisamente eso: los libros no escritos, pero llenos de mensajes imperecederos para que sepamos de ellos.
- Exactamente, eso son estas huellas que, además, encierran otro pequeño gran misterio.
- ¿Cuál es?
- Que son invisibles para mucha gente. Sólo pueden verlas y gustarlas algunos y más que desde los ojos, desde dentro.
- Algo así como dice el libro del Principito que sólo se ve bien con el corazón.
- Algo así y parece que este es el principal atractivo de estas huellas que se extienden por toda la sierra y todos los rincones, arroyos, laderas y valles de estos montes.
- Pues todo un fabuloso tesoro que anda perdido, ignorado y desconocido para casi todo el mundo. Tienes que tener cuidado porque si de esto se enteran algunos, los turistas y otros parecidos, ya verás lo que harán de estas laderas y arroyos.
- Y sobre todo si se entera algunos de esos que se pasan la vida diciendo que el mundo, la tierra y todo el planeta e incluso la creación entera ha sido puesta aquí para que el hombre la domine, la transforme y haga de ella lo que le apetezca.
- Exactamente eso es lo que pienso.

En fin, esto es lo que tú viste aquella noche en tu sueño y ahora que andas por aquí te dices que en realidad entre aquello y esto sí hay algún parecido. Aunque el cortijillo es sólo unas cuantas paredes de piedra color chocolate ya bastante caídas, comidas por la vegetación y sin señales ninguna de vida humana. ¿Quién vivió aquí y en qué época? Interrogantes que se te amontonan en el río de todas esas experiencias que tienes de estas sierras quizá para quedar ahí eternamente arrinconadas y sin respuesta. El silencio y la soledad de estos montes hacen todo

lo demás.

LA SENDA DE LA YEGUA -9 ~

Una vez que estás en el cortijo, en la pequeña llanura donde éste se alzaba y ahora se desmorona, te subes un poco por la senda de la derecha que es el cerro de charol. Por aquí sube la senda que ahora ya casi no lo parece porque como hace tiempo que sólo la usan los animales salvajes se distingue con dificultad y lo que más la desdibuja es la vegetación. Bueno, pues esta senda que va subiendo suavemente a media ladera como si buscara coronar la cumbre de la derecha que tiene más de 1.400 m. pero que no la corona sino que lo que busca es la cañada por donde nace un brazo del Arroyo, se llama de la yegua. La senda de la yegua y tú sabes bien que no es muy grande, es decir, larga. Sabes que en una hora o quizá menos te puedes encajar, desde el rasete del cortijillo, en la cañada donde existieron otros dos o tres cortijos más que también son ruinas ahora. Tampoco, esta senda, pasa por paisajes que sean demasiado espectaculares aunque las vistas si son de lo más grandioso. Subes por ella y te va quedando por el lado izquierdo, por abajo, el gran barranco por donde desciende el arroyo y al otro lado del arroyo los inenarrables paredones y picos de las cumbres del Almagreros que llegan a una altura de más de 1.665 m.

Desde hace mucho tiempo tú sabes que a esta senda se le llama La Senda de la Yegua y ello, como tantas cosas en estas sierras, tiene su significado y explicación. Bajaba un día uno de ellos desde este hermosos barranco, por donde hoy se encuentra la aldea perdida, y venía acompañado de un señorito que quiere decir joven adulador y ocioso, para los criados, hijo de los dueños con los que trabaja. Es decir, el amo que en este caso lo era con todas sus consecuencias porque este señorito tenía una gran finca de regadío allá por la vega cordobesa junto al río Guadalquivir y otra en la sierra norte de la misma ciudad. Ambos eran amigos y lo único que hacía por estos montes era pasearse y al mismo tiempo el señorito recorrer un poco el terreno para cuando llegara el momento venirse de caza una temporada. Y como por aquella época ellos eran casi los dueños de estos montes, aunque no lo fueran de derecho, por aquí hacían ellos lo que les daba la gana y la mayoría de las veces, a pesar de todo y de todos.

Subía también aquel día por la senda el joven del cortijo porque iba siguiendo su ganado y dio la casualidad que los tres se tropezaron en la senda. El ingeniero y el señorito que bajaba, ambos subidos en sus yeguas y el joven que subía, pero andando, acompañando sólo de su ganado, su perro mastín y su cayado. Como a la mitad de la ladera o así hay un pequeño arroyuelo y unas rocas grandes que están casi arropadas por los pinos y el resto de la vegetación. Traza aquí la senda como una pequeña curva y justo en este punto es donde el joven se tropieza con los dos caballeros de las yeguas.

Al verlo los animales se pararon y el joven también y entonces él reacciona enseguida diciendo:
- Apártate del camino que si los animales se espantan darán con nuestros huesos por estos barrancos.
- Los animales no se espantarán, señor.
- ¿Por qué sabes tú eso?
- Porque ellos y yo nos conocemos y en el fondo nos queremos más que ustedes a ellos.
- ¿Cómo sabes tú eso y cómo me lo demuestras?
- Lo sé porque lo sé y se lo demuestro muy sencillamente, de esta forma.

El joven sigue plantado en el centro de la senda y como está junto al animal, a unos tres metros de ella, con la boca, los labios y el viento de los pulmones empieza a emitir como un silbido apagado.
- ¿Qué estás haciendo?
Pregunta el ingeniero. A lo que el señorito que está subido en el segundo animal, pero detrás, contesta:
- Está llamando a la yegua; ya verá como el animal le responde favorablemente.

Y efectivamente; al oír el silbido la yegua se queda mirando al joven y al rato, da unos pasos hacia delante buscándolo. Alarga su cuello y como el muchacho le ofrece la cara y los labios por donde le sale el aire del silbido es a esta parte del cuerpo a donde la yegua dirige su boca. Con la suavidad más precisa y la belleza más grande del mundo ambos, animal y joven, se dan un auténtico beso que más que otra cosa lo que parece es una maravillosa exposición de amistad.
- Si no lo veo no lo creo.
Expresa sorprendido el que baja.
- Pues ya puede abrir bien los ojos porque no es sueño.
- ¿Y cómo lo consigues?
- Sencillamente sintiéndome amigo, íntimamente, de este animal y otros como este. Por eso le decía que la yegua no iba a espantarse de mí sino todo lo contrario: se alegra de encontrarse conmigo.

El joven acaricia al animal en la frente y apartándose un poco de la senda le da una palmada en el cuello y le dice que pase. El animal sigue su camino y detrás sigue la otra yegua. Los que bajan se despiden del joven porque éste sube y ellos bajan. Unos metros más adelante el que manda, dice:
- Hay que ver lo pobres que son esta gente y la de bondad y belleza que llevan en su alma.
- Y abría que añadir lo mal que nosotros nos portamos casi siempre con ellos.
- También es verdad porque fíjate ahora, sin merecerlo nosotros él nos ha dado una pequeña lección de humanidad.
- Y eso que tú no sabes lo que yo sé de él.
- ¿Qué sabes tú de él?
- En una ocasión me lo llevé a trabajar conmigo a esa finca que tengo en la sierra norte de Córdoba. Tenía yo allí una pequeña piara de cerdos y lo contraté para que me los cuidara en la época de las bellotas. ¿Cuál crees tú que fue el fruto de su trabajo con estos animales?
- Pues ni me lo imagino porque la verdad que estas cosas con ser tan grandes e importantes, yo no las he podido estudiar en los libros. Pertenecen a otro mundo.
- Desde luego que sí, porque el resultado del trabajo de este joven con los cerdos fue que me sacó adelante los mejores cerdos que en mi vida he criado nunca. Con las mismas bellotas y las mismas encinas de todos los años él me cebó unos cerdos que daban gloria verlos y fue porque no descansaba ni de día ni de noche de tan pendiente como a todas horas estaba de los animales.

Y Estaba ya la temporada de las bellotas casi llegando a su fin cuando una mañana me presenté en el campo y sin más le dije que ya había vendidos todos los cerdos.
- De aquí hasta que vengan a por ellos me iré haciendo a la idea y así me costará menos.
- Pues vienen a por ellos ahora mismo.
- ¿Cómo que ahora mismo?
- En esto mismo momento se los llevan.
El muchacho me miró, se apartó un poco del cerrillo donde estaba con sus cerdos, porque eran suyos más que mío aunque yo fuera el dueño y me dijo:
- Mire usted, señorito, las cosas no se hacen así. Porque aunque usted sea el dueño de estos animales yo los he visto crecer y los he estado cuidando todos estos meses. A uno, aunque uno no quiera, se le mete dentro el cariño por cada uno de estos animales y los empieza a querer como si cada uno de ellos fuera un amigo para mí. Usted no puede llegar ahora y sin haberme dicho nada antes, sin haber contado conmigo para nada, coger y quitarme a los animales sin más. Mire usted, señorito, yo creo que en alguna ocasión debería contar con nosotros comunicándonos las cosas a tiempo, hablando sobre lo que piensa hacer e incluso pidiendo nuestra opinión. Porque sucede que aunque usted sea el dueño, como los que bregamos con los animales somos nosotros, no se nos puede venir así, de la noche a la mañana y dejarnos sin ellos y echarnos de las tierras que todos los días estamos pisando. Porque yo creo que estas tierras y estos animales no se pueden reducir a simples billetes de banco y eso es lo que me parece que usted hace y siente.
- ¿Quieres decir que a mi no me importa ni los animales ni las tierras de mi finca?

- Yo lo tengo muy claro: a usted sólo le importa una cosa y otra en cuanto que tanto una cosa como la otra las puede convertir en dinero.
- Es verdad que me interesa el dinero, pero también es verdad que a mí me gusta ver y gozar de estos montes y de la piara de cerdos corriendo por ellos.

- Sin embargo, no siente, nunca llega a sentir la tristeza que yo siento ahora cuando pienso que ya me voy a quedar para siempre sin estos animales y además de esta forma: sin haberme ni siquiera avisado una semana antes. Usted tiene poca consideración y menos sentimientos porque me lo tenía que haber dicho, me lo tenía que haber consultado. ¿A ver que hago yo ahora cuando me quede sin ver más a esta piara de cerdos?

- ¿Y sabes lo que hizo?
Le pregunta ahora el señorito al que manda mientras siguen bajando por la senda y dejan que el joven siga subiendo por ella hacia la cañada de la parte alta.
- ¿Qué hizo?
- Se despidió de mí, se despidió de mis tierras a las que dice quería con toda el alma y se vino otra vez a este cortijo de la lomilla. Dice que fui tan cruel con él, que me porté tan inhumanamente que ya no quería seguir más conmigo no fuera yo en el futuro a hacer otra fechoría como la de los cerdos.
- Verdaderamente esta gente sencilla del campo tienen cosas que sorprende al más pintado.
- Y sobre todo tienen dignidad a pesar de su pobreza.

CORTIJO
POR CASA -10 ~

Con toda esta carga de sentimientos y recuerdos en tu alma hoy sigues tú subiendo por la senda que cada vez más te la vas encontrando llena de romeros y tapada con tantas piedras como en ella han dejado los años y las tormentas. Sigues tú subiendo con tu mente fija en la aldea que se encuentra al final del gran barranco y al volver tu vista para atrás caes en la cuenta que un cortijo es una finca rural más grande o más pequeña, con su casa de labor o alquería. Hacienda, granja. La casa es un edificio o parte de él para habitar las personas. Un chozo o choza es una cabaña de estacas con tejado de ramas o paja y por estas sierras existen, además, las tinadas, el cobertizo y las cuevas.

Tú sabes bien por qué traes a tu mente esto del cortijo, chozo o cobertizo. En estos momentos sigues subiendo por la senda de la yegua que ya sabes por qué se llama así y en cuanto remontas un poco más llegas a la pista; lo que fue la senda en otros tiempos, pero ahora ya convertida en pista. Por cierto, no tienes seguridad, pero crees que esta pista es la misma que sale a la izquierda de la carretera asfaltada que atraviesa la sierra cuando ésta remonta la solana de los olivos. Existe allí una gran casa tipo chalé y algo más adelante un arroyo con una fuente que tiene un gran caño de agua. Junto a la fuente crecen varios cerezos grandes que son los que le prestan el nombre a la fuente y al arroyo. En esta zona todos los años montan algunos campamentos y no allí mismo sino algo antes, a la izquierda, se desvía la pista que ya, en dos o tres ocasiones has estado tratando de recorrer para por fin conocer los paisajes por donde esta pista viene.

Aunque también crees que es la misma que os encontrasteis aquel día que subisteis hasta el nacimiento del río Aguascebas Grande entrando precisamente todo su curso arriba. Al llegar a lo alto, Los Tableros que le llaman a todos esos picos y llanuras, os tropezasteis con una pista que luego la fuisteis siguiendo y os llevó justo al Collado del Ojuelo, por lo cual se puede decir que desde luego no puede ser esta pista aquella o al revés. Lo que pasa es que por allí, por aquellas alturas, parece que se divide en varios ramales. Un día de estos tendrás que coger esta pista o mejor, la que se aparta de la carretera cuando ésta remonta la cuesta de los olivos y ver si es o no esta misma que por aquí ahora acabas de encontrarte.

Así que una vez en el camino pista ya no tienes que subir más sino que más bien empiezas a bajar un poco yendo hacia la cañada en la misma cabecera de este Arroyo. Ya por aquí empiezas a ver las ruinas de los cortijillos que ahí, pegados

al joven arroyo, también están abandonados. El joven pastor que aquel día se encontró con uno de los que manda cuando ellos bajaban montados en sus yeguas, también hizo el mismo recorrido que hoy estás haciendo tú. Desde el cortijo del montecillo sobre la gran cascada venía buscando las praderas de esta cañada. Y estas tierras fértiles, algo llanas y repletas de silencios, al verlas tú hoy, una vez más adivinas todo aquel trajín suyo por estos montes. Y el más llamativo, el que en estos momentos te atrae con más fuerza es el cambio que todos estos pastores fueron haciendo, obligados en las mayorías de las ocasiones y cansados de la vida por estos montes, primero algunos y después casi todos los demás, fueron comprando sus viviendas en los pueblos cercanos. Al crecer los hijos tiraron hacia esos pueblos y unos a pisos y los que pudieron un poco más en casas, se fueron refugiando tanto en el pueblo de Villacarrillo como en el de Villanueva u otros por esta región y loma.

Los ves tú ahora y como el corazón no lo tienen allí sino en estos montes, llenan su tiempo y sus mañanas regando alguna maceta en la puerta de esas casas que cambiaron por el cortijo. Tienen ahora más cosas y menos ovejas pero en el fondo no son felices porque la ausencia se los come por dentro. "Pero a ver, uno se equivoca en la vida y cuando se da cuenta y quiere volver atrás, ya es demasiado tarde porque uno ya es viejo y con cualquier cosa se conforma". Es lo único que te dicen. O en todo caso, los más animosos, te miran y echando mano de aquellos trozos de recuerdos a los cuales están agarrados con raíces profundas, te empiezan a contar sus vidas.
- ¿Tú sabes que la profesión más antigua es la de pastor? Ya el Antiguo testamento nos habla de que Abel era pastor.
- Sé yo algo de eso y por experiencia en mis carnes propias sé que esta profesión viene de muy lejos.
- Fíjate que en el libro del Génesis, hablando Jacob con Labán, le decía: "He pasado en tu casa veinte años; tus ovejas y tus cabras no abortaron y yo no me he comido los corderos de tus rebaños. Lo destrozado no te lo llevaba, la pérdida iba a cuenta mía. Me reclamabas lo que me robaban de día y lo que me robaban de noche. He vivido devorado por el calor del día y por el frío de la noche y huía de mis ojos el sueño. He llevado en tu casa veinte años, catorce te he servido por tus dos hijas, seis por tu ganado y me has mudado diez veces el sueldo". ¿Qué te parece a ti esto?
- Que ciertamente desde aquellos tiempos a estos ha llovido mucho, pero que las cosas casi parecen haber cambiado poco. En estas sierras y en aquellos tiempos, no los del Antiguo Testamento sino los de hace unos años atrás, entre los dueños del ganado y los pastores existían infinidad de contratos un tanto atípicos, pero todos ello de obligado cumplimiento. Los dueños de los ganados, como los pastores, debían atenerse a la normativa establecida y que se fijaba en los fueros. Los contratos eran temporales. Así se expresa el fuero de Iznatoraf cuando habla del fuero de los pastores de las ovejas y de las vacas. "Cuando aún mando que el pastor de las ouveias curia la grey de su sennor de la festa de Sant Johan el anno pasado al día de San Johan". Es de decir, de fecha a fecha de San Juan.

Así que ya, la mayoría, se fueron de estos montes y si por esos pueblos te encuentras con alguno, como el corazón no lo tienen allí sino en estos montes, llenan su tiempo y sus mañanas regando alguna maceta en la puerta de esas casas que cambiaron por el cortijo. Tienen ahora más cosas y menos ovejas pero en el fondo no son felices porque la ausencia se los come por dentro. "Pero a ver, uno se equivoca en la vida y cuando se da cuenta y quiere volver atrás, ya es demasiado tarde porque uno ya es viejo y con cualquier cosa se conforma". Es lo único que te dicen. O en todo caso, los más animosos, te miran y echando mano de aquellos trozos de recuerdos a los cuales están agarrados con raíces profundas, te empiezan a contar sus vidas.

LOS NUEVOS
DUEÑOS -11 ~

Y según tus noticias el Arroyo nace por aquí. Bueno, es esto su cuenca alta que se encuentra en la ladera norte de la Sierra de Las Cuatro Villas, en la cordillera que

viene desde el Puerto de Las Palomas hasta el tranco del pantano por donde se encuentra el muro. El rincón se localiza exactamente entre el Pico Blanquillo y el Pico Almagreros, pero en este trozo de cuerda que es bastante largo, también nace el Río Aguascebas Grande.

Desde donde tú le estás entrando, cuando ya la pista se derrama sobre la cañada, se ve el otro ramal del arroyo. Es decir, El Arroyo, en su parte alta, tiene al menos dos grandes arroyos. Este de la cañada por donde debe existir la fuentecilla del pastor y se desmoronan las paredes de aquellos cortijillos y el que desciende casi del pico Almagreros y que viene desde la nava de la Perra. Este último sería la segunda gran cuenca del Arroyo y es precisamente donde brotan los caudalosos manantiales. Ahí mismo se encuentra la aldea que vienes buscando. Desde aquí, según vas bajando pista adelante ya la vas viendo y aunque no es la primera vez que recorres estos paisajes, al pisarlos hoy tienes la sensación como si para ti fueran totalmente nuevos. Hay aquí un laberinto de barrancos, cañadas, picos y rocas que impregnan todo esta hondonada de un aspecto sobrecogedor y al mismo tiempo bello.

Es el silencio y la soledad lo que más se te clava en el alma mientras vas andando por aquí. Y desde este silencio una vez más se te llena el corazón de cariño por aquella gente en otros tiempos por estos montes. Y como tú tienes alguna información e incluso hasta has leído y has seguido la evolución y los procesos de estos montes y las cosas de aquellos tiempos en manos de unos y otros, ahora comparas y llegas a sacar algunas conclusiones. Así por ejemplos recuerdas como hace unos años, cuando los dueños y administradores de estos últimos tiempos declararon Parque Natural a todas estas sierras y a los cuatro vientos lanzaron la idea de que todo lo anterior fue negativo. Que lo de ahora, lo que ellos traían, sí era realmente lo bueno. Pero resulta que han pasado los años y al ir comprobando los resultados de todas aquellas polvaredas hasta sientes rabia.

Decían que todo lo que traían eran cosas auténticas y sobre todo limpias y respetuosas para los bosques y la gente de estas zonas.

Esto es lo que decían hoy los periódicos de los nuevos gestores de estas tierras y a ti no te extraña porque sabes que mañana dirán otra cosa también relacionada con la corrupción y la mala gestión de estos montes. Y como tú en estos momentos que caminos por aquí con la visión de los cortijillos ahí por la llanura no sólo abandonados sino rotos y olvidados, no tienes más remedio que asombrarte ante el cúmulo de basura e indignidad que estos nuevos amos están dejando sobre los montes.

Porque, además, te viene también al recuerdo lo que leíste el otro día que este año, para solucionar un poco el problema de los incendios, los gobernantes, los que ahora manda y dirigen las sierras de este Parque, se les ha ocurrido que lo mejor es cerrar los caminos para que la gente no entre en el monte. "El consejero de Medio Ambiente sorprendió ayer con el anuncio de cerrar los montes públicos cuando haya alto riesgo de incendios. La sequía está provocando efectos dramáticos en la cubierta vegetal y el gobierno andaluz ha decidido endurecer la campaña de lucha contra el fuego.

El responsable de la gestión medioambiental compareció ante el pleno del parlamento para explicar la aplicación del Plan Forestal Andaluz, un proyecto con el que se pretendía cambiar el suelo andaluz en medio siglo y que a los cuatro años de su puesta en marcha ya requiere una revisión. Ante de su intervención realizó un anuncio sin precedentes: la Junta de Andalucía está dispuesta a cerrar el acceso a los montes públicos si, como es previsible, el peligro de incendio es elevado. Esta es una medida de choque para combatir el fuego en un año muy proclive a estos siniestros por la prolongada sequía. El consejero mostró unas fotografías transmitidas por satélite que demuestran el estrés de la vegetación, un fenómeno que refleja el avance de la erosión y el carácter vulnerable del medio.

El consejero va a destinar 10.600 millones de pesetas en los próximos meses

a actuaciones urgentes, una cantidad que dobla la cifra recogida en 1994 para prevención".

Estas cosas y otras como estas tú no dejar de leer cada día en los medios de comunicación y en el fondo te ríes un poco porque sabes que todo son palabras que se lleva el viento. Sabes bien que en los últimos tiempos unas de las cosas que ocurren es que antes de poner en marcha un proyecto y de realizar obras reales y concretas siempre la airean a los cuatro vientos para que por lo menos haya ruido aunque no haya nueces. Por eso cada día más tú te ríes de todos estos anuncios en los periódicos y cada día más va creyendo sólo en aquello que ves. Tantas mentiras y tantos bulos has vistos y oído ya que no están las cosas para bromas.

AGRICULTURA ECOLOGICA -12 ~

Vas siguiendo tú la senda rumbo a donde crees vas a encontrarte con las ruinas de la aldea abandonado y ahí, donde El Arroyo se derrama hermoso en la verde cañada por donde empieza a correr, los pastores tenían su cortijillo y junto a él las tierras de cultivo. Cuatro trocillos de tierras que ellos fueron arañando a la cañada, a la ladera y a la orilla del arroyo. Y como tú ahora pasas por aquí, sin querer te tropiezas con estas tierrecillas, casi comidas ya por los majoletos y los romeros.

Te tropiezas con ellas, y como tú no dejas de ver cuanto hoy existe por estas tierras y al mismo tiempo no dejar de penetrar el silencio y ver también las cosas que fueron en aquellos días, descubres ahora aquella tarde que pasó por aquí al que el joven encontró montado en la yegua cuando iba por la senda y fue y le dijo al pastor:
- Este sistema de cultivo que vosotros desarrolláis ya no sirve.
- ¿Por qué no sirve?
- Hoy en día todo es mucho más moderno. En lugar de echarle estierco a las tierras se le echa abono químico que es más fuerte y hacen que las plantas crezcan más rápido y mejor. En lugar de regar con este sistema de regueras directamente desde el manantial al huerto hoy en día se usan periquitos, que son unos tubos de hierro por donde el agua sale en forma de lluvia. A este sistema de riego se le llama de aspersión y es mucho mejor y más moderno. También en lugar de tratar las plagas como vosotros que vais mata por mata sacudiendo los pulgones de las ramas, se usan unos productos que se llaman insecticidas que se los echas así esturreado y se mueren todas las plagas.
- Pero señor, yo tengo oído que todas esas cosas son venenosas tanto para las plantas como para las personas y las aguas.
- ¿Quién te ha dicho a ti que son contaminantes?
- Un amigo mío que es muy entendido.
- Bueno pues, aunque algunas de las cosas que te dice tu amigo son verdad hay otras muchas que son incierta, porque a vosotros los pastores de estas montañas lo que os interesa es modernizaros. Con todos estos métodos modernos que yo te estoy diciendo tú vas a sacar de tu huerta el doble de productos y el doble de gordos que con este método tuyo de siempre. Yo soy entendido y sé bien lo que me digo y también sé bien lo que te interesa.
- ¿Y qué es lo que me interesa?
- Ya te lo estoy diciendo: modernizarte y si quieres yo puedo echarte una mano.
- Hombre, por probar no se pierde nada y si resulta que es verdad lo que me dice usted a lo mejor salgo ganando. ¿Qué tengo que hacer?
- Mira, para empezar a vamos a hacer una cosa: como tú tienes algunos ahorrillos de lo que vas sacando de las ovejas y de las tierras que siembras, me los vas a dar a mí.
- ¿Para qué quiere usted, señor, mi dinero?
- Es que tienes que empezar a modernizarte en todo; eso de guardar los dineros enterrados bajo una piedra ya ha pasado de moda. Hoy día existen bancos para que te guarden el dinero donde al mismo tiempo hasta te dan más dinero por tener los ahorros allí. En el banco es donde vamos a guardar tu dinero; luego yo me encargaré de, con ese dinero, irte comprando todo lo que necesites para a modernizar tu huerta. Ya verá que bien va a salir todo si te fías de mí que tengo estudios y sé bien lo que hay que hacer para que nada salga mal.

- Pues si usted lo dice, señor, que tiene más estudios que yo será verdad; vamos a fiarnos de usted.
- ¡Claro hombre, así me gusta que seas valiente y lanzado porque la vida y la suerte es de los valientes!

Aquel mismo día el pastor entregó todos sus ahorros al que mandaba y éste volvió unos días más tarde trayendo todo lo necesario para instalar un sistema de riego por aspersión en las pequeñas huertecillas donde nace El Arroyo.
- ¿No quedará feo esto aquí en el corazón de estas montañas donde todo es un puro paisaje?
Le pregunta el pastor a ver tantos cacharros.
- De feo nada porque la modernización tiene que llegar hasta los montes más lejanos.
- Pero vamos a ver, señor, para que salga el agua por estos tubos y caiga en forma de lluvia, habrá que meterla primero por los tubos y darle fuerza ¿no?
- Pues claro, pero eso está ya pensado y estudiado: el sistema de desnivel.
- ¿Y qué es eso?
- Te lo voy a explicar con palabras sencillas para que lo entiendas. Los tubos van a venir desde el manantial: allí mismo cogemos el agua, la metemos en los tubos y como desde allí hasta el hortal hay mucho desnivel, ella misma, por sí sola tiene impulso suficiente para salir con fuerza por aquí y caer en forma de lluvia ¿lo entiendes?
- Un poco, pero tendré que verlo para quedarme satisfecho. Hasta que mis ojos no lo vean no podré creerlo ni entenderlo del todo.
- Yo te explico como se hace y tú te pones manos a la obra porque esto tiene mucho trabajo y requiere tiempo cosa que yo no tengo ni a ello puedo dedicarme. Ya tengo bastante con gestionar tu dinero, traerte hasta aquí estos tubos y darte todas las explicaciones que necesites. Cuando vuelva el próximo día te traeré los abonos químicos y los insecticidas y si puedo también semillas seleccionadas y de tierras lejanas que son las buenas. Verás tú esta próxima primavera que cosecha vas a tener.
- Dios le oiga, porque yo estoy pensando que si todo va bien, hasta podré vender productos a otra gente y así ganar más dinero.
- Claro que sí y todo el mundo te envidiará por haber sido el primero en modernizar tus cosas y tu vida.

Se fue el señor y cuando unos días más tarde volvió venía cargado de montones de productos modernos. Y como el pastor no había terminado todavía de hacer aquella instalación de riego por aspersión, le dijo:
- Bueno, poco a poco, pero ahora conviene que vayas aprendiendo hasta el significado de las palabras que vas a tener que usar en esta modernización tuya. Por ejemplo: riego por aspersión es el que mediante mangueras, bocas giratorias que le llaman periquitos en algunos sitios, dispersa el agua a modo de lluvia artificial.
- A pesar de todo yo creo que como la lluvia natural no hay nada y aquí en estos montes la lluvia es una cosa que casi nunca falta y cuando falta, después de la lluvia, aquí siempre se ha regado como regaban los antiguos: con regueras trazadas en la tierra por donde va el agua en forma de arroyo pequeño para empapar la tierra donde crecen las hortalizas y las legumbres.
- Es que vosotros los pastores y campesinos de estas montañas siempre habéis sido pesimistas y reacios a los nuevos tiempos. Si tenéis un duro en lugar de invertirlos en fábricas y otros proyectos, cogéis y lo enterráis. ¿Así cómo vas ni a progresar ni a cambiar nunca?
- A mi no me diga usted eso porque ya ve que estoy colaborando, aunque le voy a decir que mi amigo no dejaba de decirme que los cambios tienen que venir de otra manera.
- ¿De qué otra manera?
- Por la vía del estudio. Que nosotros tenemos que estudiar, formarnos bien y si es necesario hasta conseguir los títulos de ingeniero de montes o hacernos ministros para que así sepamos lo que hay que hacer y nadie nos engañe nunca.
- ¡Tonterías! ¿Para qué estamos nosotros entonces aquí? Tú déjate de tonterías y hazme caso verás como esto de la modernización de vuestros huertos, tal como

yo lo tengo pensado, da buen resultado.
- Que Dios quiera que sea así porque sino me voy a quedar arruinado.

Otra vez más aquella tarde se fue él dejando en este rincón todos los objetos modernos que había traído y dándole instrucciones al pastor para que sembrara aquellas nuevas semillas de países lejanos y preparara las tierras con aquel abono químico.
- Ya volveré, pero para entonces tu cosecha tiene que estar hasta recogida.
Le decía al pastor cuando se despedía.
- Ya veremos.
Le dijo el pastor.

Y lo que pasó es que aquel proyecto que el que mandaba quería poner en marcha en las tierras de la huerta del pastor no dio resultado. El agua por riego a aspersión no funcionó, las semillas extrajeras brotaron, pero en cuanto vinieron las heladas tardías, se quemaron todos los tallos. Los tomates, los que se salvaron y pudieron por fin madurar, tenían sabores raros porque aquello del abono químico no dejaba el mismo sabor en las hortalizas que las que habían sido criadas con estiercol de las ovejas y lo peor de todo fueron los insecticidas. Hasta varias ovejas se murieron después de comer las hierbas que habían sido rociadas con aquellos insecticidas.

- Pero hombre, si vosotros tenéis la mejor agricultura del mundo ¿para qué os metéis ahora en eso de abonos químicos y riegos a aspersión?
Le decía al pastor su amigo de siempre.
- Es que me dijo que todo esto moderno era mucho mejor.
- De mejor nada; fíjate lo que te digo: la agroecología posee numerosas alternativas para erradicar las plagas en los cultivos sin necesidad de recurrir a producto contaminantes. El objetivo principal es prevenir las plagas mediante una perfecta selección de las semillas y la rotación y asociación de variedades que fertilicen las tierras. En última instancia se puede recurrir a productos orgánicos que se caracterizan por ser degradables.
- ¿Y entonces este abono químico que me ha traído?
- El objetivo de los abonos naturales y de la fertilización en este tipo de agricultura es aumentar el humus y favorecer la actividad de los microorganismos del suelo, utilizando únicamente producto orgánicos para que se liberen nutrientes que posteriormente absorberán las plantas.
- Total, que me ha estado engañando.
- No te ha dicho toda la verdad porque pone la modernidad en cosas que ya se han comprobado no son buenas ni para la salud ni para la naturaleza. Mira, para que te quedes con las cosas claras y no te dejes engañar más por el primero que te diga esto a aquello, te voy a decir, te voy a resumir en unos puntos, las normas generales para conseguir cosechas abundantes y sanas. *Para prevenir las plagas es imprescindible plantar variedades acordes al medio y mantener una rotación del suelo; esto vosotros los venís haciendo desde hace siglos y tenéis más experiencia que nadie. *Uno de los métodos más novedosos es el tratamiento térmico del suelo basado en la desinfección mediante calor. *El mejor abono es el estiercol de animales descompuesto por fermentación en montón, en hoyo o en la superficie. *Entre los productos verdes se incluye los restos de cosechas pasadas. *También se usa la paja, el serrín, las virutas y las cortezas. *La agricultura ecológica utiliza semillas naturales producidas en la misma finca o en aquellas otras que también son ecológicas. *En el laboreo se utiliza arado o azada para mezclar el suelo y así aumentar su fertilidad. *La siembra debe realizarse en los plazos de tiempo recomendados para la variedad que se esté utilizando. *La agroecología persigue volver a los sistemas tradicionales, es decir, lo que vosotros habéis estado haciendo desde toda la vida.
- Bueno pues, entonces ¿qué hago?
- Cuando venga por aquí le dices que te deje en paz; que se lleve todos los objetos que te ha traído y que te devuelva tu dinero.
Le aconsejó al pastor su amigo de verdad.

Y esto fue lo que hizo el pastor, pero como aquel hombre era tan cerrado de

mollera, le dijo al pastor:
- Es que de tu dinero apenas quedan dos pesetas.
- ¿Y donde se ha ido entonces?
- ¿Te parece poco todo lo que te he comprado?
- Pero señor ingeniero, a mí no me sirve para nada ninguna de estas cosas que me ha traído usted.
- No te servirán, pero todo esto vale un dineral además del trabajo que yo me he dado para traer a estos montes tanto cacharro.
- No se queje ahora porque todo fue idea suya.
- Claro, pero para ayudarte a ti.
- Pues valiente ayuda la que me ha traído.
- Ahora no me eches a mí la culpa porque todo es por lo pesimista que te muestras, la poca preparación que tienes y también la poca fe que depositas en el futuro.
- En fin, que ahora soy yo el culpable de todo.
- Y tan culpable.

Dos días más tarde volvió por allí y como le traía al pastor las cuentas de su dinero, lo llamó y sacando un sobre le dijo:
- Aquí tienes los resultados finales de todo aquel dinero que me diste. Cuenta ese dinero.
El pastor contó y luego escuchó las explicaciones que sobre aquellos papeles le daba y como nada cuadraba según las cuentas que el pastor había hecho mentalmente, miró al hombre y le dijo:
- No se me ocurrirá nunca más hacer ningún negocio con usted, señor de montes.
- Eso es lo que te digo yo, porque después que me he preocupado por ti para mejorar tu vida hasta me dices que las cosas de tu amigo son mejores que las mías. Pues sigue cultivando a lo antiguo ya verás qué antiguo te vas a quedar tú también. Porque te has creido que yo he venido aquí a dejarte sin identidad y sin tu denominación de origen y no era eso.
- En fin, señor, aunque no nos va boyante con este mundo que nos rodea en el fondo somos felices y no necesitamos de las modernidades que usted nos ha traído ni tampoco nosotros queremos ser tan modernos. Aunque tirando, siempre las cosas nos fueron bien y yo creo que así seguirán para que sigamos tirando.

EL COLLADO DE LAS SETAS -13 ~

Bueno pues, tú ya andas por la cañada donde nace este Arroyo y mientras vas andando, ya a punto de empezar a bajar para irte por la pista, pasar junto a los cortijillos y seguir directamente a la aldea, vas pensando que si en lugar de seguir bajando te vienes cañada arriba para acercarte cada vez más al punto exacto donde debe nacer esta gran arroyo, te encajas en el mismo collado. Un collado es la elevación suave de terreno menor que el monte; cañada, pero algo menos.

Así que lo piensas bien y decides subirte por la cañada hasta lo más alto del collado. El nombre de este collado no es el de las setas sino que su nombre, según te dijo el joven pastor que todos los veranos trae a sus ovejas a pastar por aquí, es el collado de los Hermanillos. Le preguntaste por qué se llama así y no supo decirte más, pero tú sí sabes que los Hermanillos también se refiera a unos picos que no caen muy lejos de aquí. De todos modos el nombre que te dijo el pastor te gustó y como encuentras que le queda bien a este collado así lo aceptas y así crees tú que es bueno que se llame.

Una vez en el mismo centro de este collado te queda a tus pies, hacia el poniente, la cuenca del río Aguascebas Grande y hacia el levante la cuenca del Arroyo. Es decir: te has situado justamente en el punto exacto donde nace y están los primeros metros de las cuencas de dos de los cauces más bellos de la Sierra de Las Villas. Algo impresionante si tienes en cuenta lo quebrado de esta ladera y lo lejano y la profundidad de estas sierras, un día entero se puede tardar en llegar hasta este punto si se prescindes de la pista por donde ciertamente se llega antes y con mucha más comodidad. Pero tú sabes que si te vienes por la pista, cosa que hoy no has hecho, el sentimiento de lejanía y profundidad sobres estas montañas no es ni mucho menos lo mismo. Y eso va en la línea de tu teoría: cuanto con más

comodidad te muevas por estas sierras menos gozarás de ellos y menos te pertenecerán. Tiene un gozo especial la conquista a base de esfuerzo y horas.

Y, además, si lo piensas bien, esto de encontrarte en un punto tan singular como este no es cualquier cosa. Aquella primera vez que lo hiciste lo sentiste como lo más hermoso y denso de tu vida. Una experiencia que como ocurre una sola vez en la vida resulta por excelencia única y más aún si como hoy tienes la suerte de volverla a repetir. Y por eso es la segunda vez que te encuentras en este collado. La primera fue aquel día que viniste con el amigo que ya no está y llegaste hasta este collado subiendo desde el Raso de la Honguera, Cueva del Peinero, siguiendo el curso del río Aguascebas Grande. Por esas ladera tan llenas de monte y rocas, tan quebradas y repletas de soledades profundas, se os levantaron varios jabalíes y bajo las rocas visteis sus camas. Recuerdas tú esto como si lo hubieras vivido en un sueño y, sin embargo, fue real.

Como aquel día también era otoño, cuando por fin os encontrasteis en lo alto del collado la emoción se multiplicó por aquellos dos encuentros: el de las setas bajo y a la sombra de los pinos pequeños y el del pastor. Con lo primero os parasteis un poco para gozarlas despacio porque os llamó la atención lo grande que eran aquellas setas y cuando os aplastasteis junto a ellas para fotografiarlas se os acercó el pastor.
- ¿Que, buscando setas?
Os preguntó. Fue una sorpresa porque no lo esperabais ni allí ni tan cerca y a su pregunta respondiste que:
- No exactamente, pero ya que las hemos visto a ellas y a usted nos servirá para salir de una duda.
- ¿Que es lo que dudáis?
- Si se dan o no mucho por aquí los níscalos.
- Los níscalos, como el resto de las setas, se dan por aquí en abundancia si el otoño es bueno.
- Pero hasta este lugar ¿quién viene a buscarlos?
- Hoy día hay gente para todo y llegan hasta donde menos te lo esperas.
Cuando el pastor terminó de daros estas respuestas fuiste tú el que, animado por las circunstancias y el tema, le preguntaste:
- ¿Y que opina usted de eso?

- Quizá mi opinión no sirva para mucho, pero como me la habéis preguntado voy a deciros que yo pienso que la economía de los vivientes rechaza el acopio y se aferra a la austeridad renovada cíclicamente. Por eso demasiadas veces se nos enturbia la actividad con un escandaloso saqueo masivo y hasta despreciativo hacia el propio regalo que nos ofrece los hongos y los suelos nutriéndose y a esto quería yo llegar después de esta tan larga exposición mía. Lamentablemente muchos en su trasiego destruyen las setas no comestibles, se llevan mucho más de lo que van a comer y arranca con afán clasificatorio varios ejemplares cuando basta uno. Y la presión es tan grande y la colecta tan masiva que empezamos a detectar también cansancio en los mismos hongos porque hay ya pinadas y campiñas esquilmadas. Así que esta es mi opinión.

Con interés seguisteis vosotros aquel día las cosas que os dijo el pastor y como de momento os encontrasteis agusto a su lado, allí os quedasteis con él un buen rato por entre los pinos del collado. Y como en este rato tuvisteis tiempo de hablar de las manadas de animales en tiempos pasados, entusiasmado él os decía:
- Era una gloria verlos monte arriba en busca de la hierba de las cumbres. Era una gloria cuando en los primeros albores del día los rebaños salían de sus corrales, tinadas y establos que es como lo llamamos aquí, e iban llenando cañadas y barrancos. A veces algunas de las manadas se te perdía tras las rocas de la loma, otra se te iba arroyo bajo buscando el arroyo más grande y la otra u otras se quedaban por los alrededores de la majada. Los pastores, vaqueros o cabreros llenaban de vida estos campos yendo por las sendas tras o en busca de sus rebaños y preocupados por aquel que se había perdido tras la cordillera. Había que subir a por él y había que procurar, si era posible, dejarlo que pastara por allí a lo largo de todo el día y al mismo tiempo volver antes de que la luz del día se fuera y

la noche nos cogiera bajando la ladera.

Esto y otras muchas cosas os contó aquel pastor tan lleno todo de las vivencias de aquellos tiempos y como vosotros teníais que seguir ya que el día andaba muy avanzado y os encontrabais bastante lejos del punto a dónde tenías que regresar, le preguntásteis y entonces os dijo:
- El monte que tenemos enfrente, hacia el norte, es Torraso que tiene 1600 m. Pues por el lado sur de este monte va una pista que arranca desde aquí mismo, desde el collado y baja o sube según el terreno, bordeándolo hasta juntarse con la otra que viene desde la aldea y por la zona esa que se llama Los Tableros.
- Pero nosotros no queremos ir tan lejos.
- Ya sé que vosotros hoy no queréis ir tan lejos a pesar de que habéis venido a parar lejos, pero yo os voy a decir una cosa.
- ¿Qué es lo que nos va a decir usted?
- Que si vosotros hoy tuvierais tiempo os iríais por donde yo os iba a decir.
- ¿ Y por dónde nos iba a decir usted?
- Yo os iba a decir que os fuerais desde este collado atravesando el monte hasta salir a la parte alta de ese otro afluente del Arroyo, el que pasa cerca de la aldea y nace en la misma cumbre del pico Almagreros, pero por aquí cerca de los Hermanillos que son dos picos preciosos entre el Almagreros y el Blanquillo.
- Pero según usted nos indica si nosotros hoy nos fuéramos por ahí íbamos a salir por la zona esa donde está la amplia y grandiosa Majada de la Perra.
- ¡Exactamente! La Majá de la Perra que es una llanura grandísima, como dos o tres campos de fútbol y que cuando está llena de hierba y luego a lo largo de casi todo el verano todavía pastan por allí los rebaños de ovejas. Por eso os digo que si tuvierais tiempo deberías iros por ahí y bajar luego por el arroyo hasta la aldea para subir por el ramal de la pista de abajo y venir a salir a Los Tableros.
- Y además de esa gran llanura ¿qué otra cosa es lo que nosotros veríamos por ahí en caso de que decidiéramos hacer esa ruta, si no hoy, cualquier otro día?
- Pues no veríais nada más que preciosidades. Todo un paisaje lleno de belleza que deberíais conocer para así tener lo mejor de la sierra dentro de vosotros. Os lo digo con toda sinceridad yo que conozco bien y desde toda la vida estos rincones.
- Bueno y si nos vamos por este sitio ¿cuánto tardaríamos en volver de nuevo al Pico Torraso y desde aquí al Raso de la Honguera?
- Yo creo que vosotros podéis tardar un día largo, porque claro, todo depende de si lleváis prisa, conocéis el terreno y cogéis o no por trochas y veredas.
- Lo sentimos mucho, pero no salen las cuentas. Ya tenemos gastado más de medio día, así que hoy no puede ser.
- Pues es una pena, os lo digo de verdad.
- En fin, en otra ocasión será.

COMO UN TROZO DE MUSEO -14 ~

Y la otra ocasión podría ser hoy. Porque hoy estás tú de nuevo en este collado y como no tienes que volver para atrás en busca del Raso de la Honguera sino que vas para delante, es tanto como decir, en la dirección correcta. Desde este collado, ahora, en lugar de bajar otra vez para buscar la pista y seguir luego por ella, puedes irte por la parte alta, saltando la lomilla de enmedio por donde ésta se une a la gran cuerda e ir a salir por la zona esa de la Majada de la Perra y después a los grandes manantiales. Esta es la misma ruta que aquel día os indicó el pastor y que dejasteis para otra ocasión que acaba de presentarse. Pero, aún siendo una pena, hoy tampoco la aprovechas tú. Y la verdad es que hoy no tienes ningún motivo importante para no aprovecharla, pero el caso es que decides de nuevo volver por la cañada de los cortijillos y aquellas huertas donde el ingeniero quiso implantar la agricultura ecológica. Y si busca una razón profunda para justificarte a ti mismo la única que encuentras es la fuerza de una gran sensación.

Porque nada más empezar a bajar por la pista que se va hundiendo en el barranco, una extraña sensación de asombro te va dejando el alma embelesada.
- ¿Tú habías oído hablar algo de este barranco?
Te preguntó aquél día tu amigo el joven pastor.
- Yo había oído hablar bastante y todo en un sentido de asombro. Me lo definieron

como el barranco de la gran catedral de la sierra. Un museo gigantesco donde más por su belleza que por sus proporciones, te asombra todo.
Le dijiste tú a él.

Ahora pasas rozando el segundo manantial que brota en el arroyo de los tres pinos y ya nada más verlo, te deja helado. Primero baja una pequeña sendilla por la pendiente que lo protege al lado del levante. Quizá en otros tiempos sí fue senda de verdad, pero ahora es sólo una sendilla para los animales porque nadie más la usa ya. Bajas esta sendilla poniendo todo el cuidado en no resbalar y caer al agua y te sitúas frente al manantial. Lo miras y con tanta fuerza te coge que casi te quedas sin reacción. No sabes si beber un sorbo de este agua limpia, si tocarla para llenarte más de ella, si mirarla y quedarte ahí y así eternamente o si irte y no mirarla más a fin de no sufrir tanto.

Así que si consigues escabullirte de la magia de este hoyo con su manantial en el centro, los pinos y luego el chorrillo, en cuanto miras al frente te dan otro golpe, precisamente eso, los pinos. Clavados en las rocas que se desploman en tajos hacia los barrancos, se alzan potentes hacia el infinito del azul sobre las cumbres. Todos son gruesos, rectos, fuertes y majestuosos. Subes un poco y mientras por el pequeño llanillo adivinas el rescoldo de la lumbre aquella donde se calentaban los serranos cuando los inviernos llenaban de hielo todos estos barrancos, va sintiendo la presencia de aquellos otros serranos. Se habían instalado en un chozo de monte construido por ello, al lado norte del cerro redondo. Todo el mundo sabía que ellos estaban allí y que en aquel rincón vivían desde épocas lejanas. Todo el mundo sabía esto, pero hasta el lugar del chozo nadie se acercaba precisamente por eso: por lo lejos y recóndito del rincón. Ahora los sientes mientras vas recorriendo estos lugares ya casi respirando el viento de la aldea que en la ladera permanece rota y también te siente con la necesidad de seguir y deshacerte, si puedes, por todo ese rincón.
- ¿Estará por ahí, todavía ese chozo?
Le preguntaste a tu amigo el joven pastor.
- Seguro que sí aunque la verdad es que yo nunca lo he visto. Pero aunque sea así, el acercarte por el lugar y pisar aquellas laderas, produce una extraña sensación.

Y es así, porque tú ahora mismo sientes como si todavía viviera aquí aquella gente. Como si a pesar de los años y el olvido de casi todos los seres humanos sobre el planeta tierra, ellos, su chozo, las sendas por donde iban y hasta el latido de sus corazones, aquí se hubiera quedado parado para siempre. Como si la escala temporal de la humanidad se hubiera detenido.

Así que tú, en un ir y venir, estar y no estar en cuerpo y espíritu, entre el pasado, el presente, la realidad, tus sueños y la eternidad, te encuentras que hoy andas perdido ya casi plenamente entre los misterios y las soledades de este barranco, nacimiento del gran Arroyo y a tu mente acude la declaración mundial de Reserva de la Biosfera para todos estos montes. A ti te han dicho que la Reservas de la Biosfera son áreas protegidas donde la conservación del ecosistema y su diversidad biológica se combina con el uso sostenido de los recursos naturales, en beneficio de las comunidades locales que habitan estos espacios naturales. A ti te han dicho también que la Unesco estableció esta figura en 1976 en el marco del programa internacional de investigación sobre el Hombre y la Biosfera, que tiene como objetivo proporcionar la base científica y capacitación necesaria para tratar los problemas que se relacionan con el uso de los recursos, la conservación del medio ambiente y los ASENTAMIENTOS HUMANOS. Y te han dicho que las Reservas de la Biosfera constituyen una red internacional de trescientas veinticuatro reservas en ochenta y dos países.

Por decirte te dijeron que el primer congreso internacional sobre Reservas de la Biosfera se celebró en 1983 en Minsk, Bielorusia, de donde emanó un plan de acción de nueve puntos de las Reservas de la Biosfera, que fue aprobado por la Unesco y el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente. Te dijeron que diez años más tarde, en la Conferencia General de la Unesco celebrada en 1993, fue cuando se aceptó la invitación de España a convocar una reunión de expertos

en Sevilla para evaluar el Plan de Acción y diseñar una nueva estrategia.

Todo esto y otras muchas más cosas te han dicho a ti y con todos estos datos en tu mente, tú has ido analizando, comparando, viendo y observando y al final, si es que este puede ser el final, tu has aprendido una cosa: primero, que en aquellos países más desarrollados la mayoría de las reservas han sido olvidadas por falta de prioridad política. Segundo, que los legisladores de estas reservas han dando muy buenos consejos a los países en vía de desarrollo, pero no se lo han aplicado nunca a si mismos porque para ellos ha pesado más los beneficios económicos. Y tercero, lo más cruel y ofensivo es que precisamente, en los países más pobres, en las zonas más deprimidas y en aquellos rincones poblados de pastores y gente humilde, como es el caso de este rincón que ahora mismo pisas, es donde el planeta tierra está mejor conservado. Con lo que se confirma lo de siempre: los humildes de la tierra son los que menos la han roto, los que mejor la han conservado y cuidado.

Y esta realidad ¿acaso tiene algo que ver con la presencia de aquella gente por aquí, en aquellos tiempos, y el sentimiento que ahora mismo te embarga, según te acercas a la ruina de la aldea y pisas las tierras que los rezuma por todas partes? No sabes por dónde, pero te resuena por algún sitio, que algunos de los que se dedican a planificar y gestionar hoy estas reservas, el otro día te decía que:
- Es necesario romper la coincidencia entre marginalidad socioeconómica y valor ecológico en Andalucía. Extensas sierras pobladas y marginadas de los ciclos económicos son precisamente las que encierran los mayores valores naturales.

No supiste tú qué responderle porque al parecer sentía, presentía y hasta tenía vivo dentro de ti lo que ahora mismo estas pisando y viendo con los ojos de tu alma. ¿Se puede elaborar de todo esto una respuestas para aquellas palabras?

El acercarte por el lugar y pisar estas laderas, produce una extraña sensación. Y es así, porque tú ahora mismo sientes como si todavía viviera aquí aquella gente. Como si a pesar de los años y el olvido de casi todos los seres humanos sobre el planeta tierra, ellos, su chozo, las sendas por donde iban y hasta el latido de sus corazones, aquí se hubiera quedado parado para siempre. Como si la escala temporal de la humanidad se hubiera detenido.

AVISTANDO
LA ALDEA -15 ~

La pista seguida que es el ramal que entra por la parte de abajo y se va derecha a la aldea, en cuanto se despega de esta primera cañada, cimbrea a la lomilla de enmedio, la atraviesa como puede, que más bien es con bastante dificultad porque por el lugar existen grandes laderas de rocas, y cae a la otra cañada. Siguiendo la pista te vas tú y nada más coronar un poco las primeras curvas del puntal ya ves la aldea. Frente a ti queda en la misma ladera norte del Pico Almagreros, en un pequeño collado que derrama sus tierras, casi llanas, hacia el lado en que avanza la pista. La aldea en realidad parece que ni siquiera llegó a la categoría de aldea, porque sólo fueron unos cuantos cortijillos construidos unos muy cerca de otros y hasta tal punto tuvieron poca importancia que ni siquiera vienen señalados en los mapas ni de ellos te habla casi nadie. Y para que todo el mundo los ignoren aún más, los que ahora gestionan las tierras de estos montes, por ningún sitio y en ningún momento oirás tú nunca que mencionen para nada a esta aldea o cortijillos.

Por el mismo lado en que avanza la pista y enfrentada también a la misma ladera algo llana de la aldea, te encuentras con la segunda cañada. Es el arroyo, primer gran afluente del Arroyo . Suavemente la pista empieza a irse por un poquito cañada arriba y ya aquí de nuevo el corazón se te llena de emociones encontradas. Este trozo de tierra se llama, según tu amigo el pastor joven, Cañada Somera, cosa que tú no sabías y te alegra conocer. Quizá la más importante de todas las emociones que en el corazón se te amontonan es la que te surge del cascabeleo de la corriente que baja por este arroyo el cual se le junta enseguida el cascabeleo y el caño del manantial que fluye en la misma ladera que acoge a la aldea. Y la otra

gran emoción es la aldea. Mana de aquí, de su silencio, hoy un latido de vida ausente que se te clava en lo más profundo del espíritu.

Aún sientes el juego y la algarabía de los tres niños y medio que correteaban por esta aldea. Se juntan ellos por la zona esa de los nogales y pegados a la acequia, reguera con agua que atraviesa los huertos desde la parte alta para ir repartiendo el líquido por los distinto bancales, preparan una lumbre. Primero buscan trozos de ramas secas y teas de pinos y entre dos piedras enciende el fuego. Esperan que las llamas surjan y en cuanto éstas empiezan su revoloteo celeste los niños se acurrucan pegados a su calor intentando llenar de vida sus manos heladas y sus almas juguetonas. Corretean luego por las rocas de la derecha persiguiendo mil sueños de algodón que inaccesibles se les escapan por las cascadas heladas de la ladera hacia el infinito de la cumbre. La ladera es toda de ellos y como por la ladera, el bosque y las rocas, no hay nada más que paz y silencios, sus pequeños sueños se hacen tan grandes que no caben en el barranco. Ajenos anda ellos al mundo de los mayores y el mundo de los mayores, por estos días, anda también lleno de multitud de sensaciones. Algunos se han llenado de esperanza y otros, los más sensatos y prudentes, no acaban de ilusionarse.

Es el caso que por estos días hay bastante novedades por estas sierras y más aún en este rincón, precisamente por ser un rincón pequeño y alejado casi hasta el infinito, del resto de los humanos. Por un lado han crecido mucho algunas cosas y como casi siempre sucede, cuando algunas cosas crecen mucho, otras menguan. Y las que han quedado o quedan en el centro, en medio, andan casi a la deriva, envueltas en una gran incertidumbre. Por estos días ha venido por aquí, por estas sierras, otro que manda y como lo dirige todo y lo controla todo aunque haya trozos que no le corresponda a él dirigirlos. Hay muchos que se han ilusionado pensando que aquello que hasta este momento iba mal, a partir de ahora mejorará. Otros grupos temen que si las cosas cambian ellos pueden perder su situación de privilegiados, pero, aún así, es más la expectación de esperanza que lo contrario.

Entre los mayores de esta aldea, desde hace algún tiempo, se vive con angustia, la idea de tener que irse de aquí. Más de uno ha pensado ahora que en cuanto le exponga estos temores al nuevo que manda él les va a echar una mano. Y el que ha venido hoy por aquí y enseguida aprovechan la ocasión para decirle:
- Miren usted, señor, lo que pasa es que con esta idea del Coto Nacional no hacen nada más que decirnos que sobramos aquí, y la verdad, toda la vida en este rincón, a uno se le mete en el corazón y le coge cariño. Ahora nos dolería mucho tener que irnos de aquí. Los otros directores de antes nos habían tomado manía y por eso nos hemos alegrado que haya venido nuevo. Usted nos ayudará ¿verdad?
- Se hará lo que se pueda. ¿Qué es lo que queréis?
- Pues queremos quedarnos aquí.
- Pero si os hacemos una casa nueva en otro sitio, más bonita, con muebles de estreno y más dentro de la civilización ¿nos os iríais con gusto?
- Es que no vemos la razón para tener que cambiar de casa.
- Una de las razones, la más importante, es que los animales silvestres necesitan más espacio. En los últimos tiempos han crecido mucho y las tierras que ahora ocupáis se necesitan para ellos.
- Por dos pedacillos más o menos tampoco van a sufrir mucho estos animales.
- Buen, pero si razonamos bien vosotros vais a salir ganando; los animales y estos campos también.
- Y esto de que nosotros vamos a seguir ganando, depende de como se miré. Porque nuestra presencia aquí nunca ha perjudicado ni a estas sierras ni a los animales salvajes que viven en ellas sino más bien todo lo contrario. Nuestra presencia aquí siempre fue buena para todo.

- Mirad, si ahora os mudáis de vivienda, porque en el fondo es sólo eso, un cambio de lugar, vais a salir ganando en muchas cosas.
- ¿Cómo cuales?
- Tendréis una vivienda más digna, con muebles mejores, más comodidad y sobre todo estaréis mucho más integrados en la sociedad. ¡Mira que vivir aquí en este mundo tan apartado de la sociedad y siendo tan diferentes a ellos! En la nueva

vivienda os vais a sentir insertados con los demás y por eso llegaréis a ser mucho más testimonio.
- De todas maneras no lo vemos tan claro. Nosotros nos sentimos muy agusto y creemos que somos felices y dejamos que los demás lo sean con esta forma de vida que ahora tenemos.
- En fin, se trataba de lo siguiente: quiero acordar con vosotros una serie de reuniones para explicaros despacio la gran ventaja que supone que os vayáis de estas sierras. Necesitáis que os lo explique despacio y punto por punto y veréis como llegáis a comprenderlo. En los tiempos que corren ya no se puede pensar en seguir viviendo dentro de estas sierras como si todo fuera igual que antes.

El que mandaba, aquella tarde se fue del lugar y los dejó allí tranquilos, según decía él, pero se trataba de eso: de tener un primer contacto con ellos y hablarles del tema. Ya los irían aceptando poco a poco y como él tenía la última decisión en sus manos, si no aceptaban la idea por las buenas, se la haría tragar a la fuerza. Ahora, un director como él, demostraría a todo el mundo su gran valor si conseguía por la buenas y sin trauma lo que otros no habían sido ni eran capaces de conseguir ni a la fuerza. Además, esta gente tan sencilla y con motivaciones tan primitivas ¿cómo no los iba a convencer? ¿Cómo no iba a ser posible lograr el objetivo final?

Durante un tiempo más todavía los mayores de esta aldea no perdieron la esperanza de que el nuevo los comprendiera y se pusiera de su lado.
- A lo mejor nos comprende y deja de empujarnos. A lo mejor llega a comprender que su proyecto no es el más bueno y da marcha atrás.
- Claro, porque esto de irnos de aquí aunque sea a una casa más bonita y grande no acaba de gustarnos a ninguno de nosotros.

PISANDO LA EMOCION -16 ~

Así que ahora, cuando hoy tú te encuentras pisando las tierras que tanto pisaron y amaron aquella gente hasta te entra una duda. ¿Sigues avanzando y te metes por entre las ruinas de aquellas casas que les pertenecieron para curiosear y ver qué queda por ahí o te paras y no entras en ese rincón sagrado? La verdad es que la curiosidad siempre empuja y te lleva hasta el deseo de tocar, pisar y si es posible saborear cualquier cosa que puedas encontrar en las ruinas de esta aldea. Seguir adelante, pisar los escombros de estas casas, ojearlo, recorrerlo, observar cualquier resto de aquella gente que todavía quede por aquí, es lo que parece sería lo normal. Cualquier otra persona en tu lugar esto sería lo que haría, pero tú sabes bien que este rincón es mucho más que cuatro casas rotas que un día fueron habitadas por gente de estas sierras y luego tuvieron que irse y dejarlas aquí para que el tiempo y la lluvia las desmorone. Parece que es de más grandeza y respeto no llegar ahora hasta estas casas sino quedarte por aquí y desde la distancia observarlas y gustar los secretos que esta visión te contagia. Porque ¡sabe Dios dónde estarán ya ellos!

Y a esta interrogante parece como si desde lo hondo del alma una voz desgarradora se alzara potente y recorriendo todo tu espíritu te gritara diciendo:
- Ellos están vivos.
Algo asombrado tú le preguntas:
- ¿Por qué lo sabes?
- ¿Quieres que te lo cuente?
- Es lo que más deseo ahora mismo en este mundo.
- Pues mira, a todos ellos los he visto en muchas calles de una gran ciudad y todos sus intereses estaban en la búsqueda de un piso. Les habían dicho que junto al río que atraviesa la ciudad, mirando a las mismas aguas y con las praderas de hierba y grandes jardines entre la corriente del río y las casas, existían unos pisos muy bonitos.
- Usted venga que se los voy a enseñar.
Les decía el que quería vender los pisos. Y un día fue por allí el que los representaba y simbolizaba a todos y se puso a ver los pisos. Una hilera de bloques todos iguales con ventanas pequeñas y calles llenas de asfalto.
- Fíjese qué vista y qué belleza de paisajes con su placidez y todo.

- Pero si la vista es a un río que está seco y los paisajes son escombreras y basura llenando toda la orilla del río.
- Sí, pero eso es ahora nada más. En cuanto llueva este río es una gloria de hermoso y todas esas escombreras, me han dicho que ya mismo la van a prohibir. Me han dicho que por aquí no va a haber nada más que espacios verdes llenos de silencios y muchos pajarillos cantando por los árboles.
- ¿Y los olores que suben desde el río?
- También van a prohibirlos poniendo desagües nuevos y depuradoras allí donde haga falta.
- Pero ¿y los ruidos de los coches que pasan por esta carretera que tengo justo debajo de mi ventana?
- Eso tampoco es problema. Dentro de unos días van a aprobar la nueva circunvalación y entonces todos los coches se irán de aquí.

Otro día lo volví a ver y era por la mañana. Salió a la calle y como era fin de semana se fue a comprar la prensa para ver los resultados de la liga de fútbol. Aquella noche televisaban una final de liga y todo parecía que se presentaba lleno de emoción. Compró luego unos churros para los nietos y al pasar luego por la puerta de la tienda donde venden la fruta y ver aquellas cerezas tan rojas, grandes y apetitosas, pidió que le dieran medio kilo para llevárselas a la familia. Y si no se las llevaría a los nietos y luego a media mañana los sacaría a pasear a los columpios del parque.
- ¿Esta es la nueva y moderna vida que habéis cambiado por aquello otra ruda y salvaje de la aldea allá en la sierra?
Le pregunté.
- Esta es la vida a la que me han traído obligándome a la fuerza y ahora no tengo más remedio que vivirla. Subvencionado por no decir comprado; modernizado porque tengo nevera coche, piso y hasta vacaciones que me pagan los servicios sociales, así es como yo he progresado al venirme de aquellas soledades y meterme en este enjambre de seres civilizados.

Dos veces más los he visto entre el bullicios de estas grandes ciudades y no me extrañaría que los siguiera viendo muchas veces más. Pero las dos veces me acordé de esta aldea y ahora no acabo de adaptar y comprender aquello que vi con lo que veo y hubo antes por aquí.

EL DINERO -17 ~

Esto es lo que parece que dentro de tu alma grita y mientras desde ese mundo profundo de tus sentimientos intentas buscar una respuesta clara y hermosa que te deje plenamente satisfecho, ves con tus propios ojos como al amanecer el hombre salió de su casa, como cualquier otro día de los muchos que por allí él tenía vividos y se fue por el campo a ocuparse de sus cosas. Viste tú como dejó su casa toda ordenada. Limpia y con la puerta cerrada y luego, al caer la tarde, fíjate cómo estaba. En la puerta, junto al pequeño peñasco que él tantas veces había utilizado para hacer sus cosas, ahora tenía allí todas sus pertenencias amontonadas. Miró buscando la casa y como no la encontraba el hombre preguntó:
- ¿Qué me habéis hecho con mi casa?
Nadie respondió a su pregunta y entonces viste tú como el hombre de la pequeña casa en las laderas verdes de la profunda sierra de este Arroyo siguió buscando por entre los escombros del tejado y paredes de lo que hasta unas horas antes había sido su morada querida. Porque eso era todo lo que allí había: escombros, polvo y desolación.
- Pero si aquí estaba todo lo que yo tenía en esta vida.
Seguía lamentándose.
- Estaba, pero ya no está.
Le dijo otro de los habitantes de la aldea que en esta ocasión se había escapado de milagro.
- ¿Y qué han hecho con mi dinero, el poco dinero que yo había ahorrado y que tenía escondido en el suelo de mi casa?
- No creo yo que tu dinero se lo hayan llevado. Si lo buscas seguro que lo encuentras porque no creo yo que ellos se hayan llevado tu dinero.

Tú viste como el hombre se puso a buscar escarbando en los escombros de lo que hasta ahora había sido su casa porque allí tenía él su dinero, su tesoro, sus pobres, pero importantes ahorros, enterrados. Con tus propios ojos viste como aquel hombre, primero encontró unas monedas entre la tierra, las piedras y los trozos de tejas y luego siguió escarbando. Sacó unas cuantas monedas más y eso le hizo pensar que ellos no se habían llevado su dinero. No lo habían visto y por eso el dinero se había quedado por allí esparcido, medio enterrando y medio desenterrado y todo lleno de polvo y piedras.

Tú viste con tus propios ojos la alegría que tenía aquel hombre recogiendo su dinero casi a puñado porque suponía para él todo el trabajo de su vida y el único tesoro que ahora poseías y viste también como al mismo tiempo lloraba a lágrimas vivas por el destrozo que en su casa le habían hecho. Y viste que aunque para él era evidente y cruda la realidad no se lo cría a pesar de estar andando por encimas de sus ruinas.

LA CUEVA -18 ~

Luego viste tú como aquella noche el pobre hombre durmió allí, junto a los escombros de su querida vivienda con los dineros abrazados en sus pechos para que no se los quitaran. Luego, al nacer el nuevo día, como todo en su cabeza estaba echo un lío y en su alma le dolía la realidad, dio una vuelta por entre las otras cosas de la pequeña aldea y como al preguntar le dijeron que ayer había sido la suya y que seguro hoy iba a ser la del compañero, se despidió de aquellas ruinas y se fue.

- ¿Adónde vas?

Le preguntaron.

- No lo sé, pero me voy, me tengo que ir para no morirme de tristeza y pena en el único rincón que tengo sobre esta tierra.

Cogió por la senda que sale por la parte de abajo y siguiéndola se fue hacia la gran pared de rocas. Cualquiera hubiera pensado que el hombre, como otras muchas veces en la vida, hubiera sido capaz de despeñarse por aquella inmensa pared de rocas para no seguir viviendo más por lo destrozado, herido y vacío de ilusión y sin raíces que los otros hombres lo habían dejado. Pero con tus propios ojos viste tú que él no hizo nada de esto. Siguió bajando por la senda y como por allí la senda se adentra primero en un gran bosque espeso y luego en un hondo barranco donde las rocas es casi el único paisaje que existe.

Antes de caer al arroyo y meterse por la otra senda que lleva directamente a la cueva, viste como el hombre se paró frente al pequeño trozo de tierra que había cavado el día anterior. Primero se paró en el trozo de más arriba donde ya empezaban a brotar las semillas y luego se paró en el trozo de más abajo, donde la tierra todavía estaba húmeda y recién movida. Ante un trozo y otro el hombre lloró un rato porque allí estaba él con toda su vida y sueños desde su niñez y como todo lo tenía tan confuso dentro de su mente y tan roto en su alma y en sus cosas, lo único que se le ocurre es seguir andando y dejar allí la tierra entre la soledad del bosque y el silencio de la montaña.

Viste tú como él llegó a la entrada de la cueva y después de mirar un poco a un lado y otro se puso a bajar por aquellas oscuridades rocosas. La cueva, en la misma roca, es como un gran agujero que baja en picado dando la impresión que va hacia el centro de la misma tierra, pero formando repisas, escalones, columnas, agujeros hacia los lados y enjambre de estalactitas colgando por doquier. No es esta cueva precisamente un lugar bueno para vivir sino más bien una maravilla para asombrarse. Un tesoro silencioso que pocos por aquellos días conocían y menos aún conocen por estos días y por eso es a este rincón a donde el hombre acude cuando siente que todo, sobre la superficie de la tierra, se le ha roto.

- Seguiré bajando hasta llegar a su fin y si encuentro la muerte ahí, por esas profundidades, me da igual porque ¿dónde está el fin de esta cueva y qué es lo que en ese final hay?

Se dijo él como si ya por fin y para siempre quisiera olvidarse del resto del universo, de la aldea, de su casa y de la gente que tan inhumanamente le han dañado.

Y tú viste como aquel hombre, en cuanto llegó al final de la cueva y vio las maravillas que por allí colgaban, se quedó casi sin aliento. Frente a aquel misterio hermoso se quedó quieto y hasta sintió el deseo de no irse de allí nunca más porque según le decía su corazón encontró lo que encuentran tantos hombres que con limpieza de corazón miran al cielo.

Y recuerdas tú ahora, cuando ya te vas a despedir de este rincón con tu alma llena de tristeza porque todas las despedidas son tristes, que tu amigo el joven pastor te dio algunos nombre de este lugar. Donde nace El Arroyo y están los primeros cortes formadores del Aguascebas grande, él lo llamaba el Collado de los Hermanillos y al otro lado, sin precisar exactamente, lo llamaba La Majá de la Perra".Y es aquello tan grande como dos campos de fútbol". Te decía.

COLLADO VERDE
COMO CENTRO 25-2-95
PRAO MOLINA -1 ~

Lo primero que quiero decir es que Prao Molina es una manera serrana de hablar de las cosas de estas tierras. Prado de Molina sería su pronunciación correcta, pero yo la quiero dejar tal como lo ha pronunciado el pastor Leandro, más de diez veces esta mañana parado aquí, en la llanura, por delante de la casa que él llama "Prao Molina".

Buen pues, para saber dónde está exactamente "Prao Molina, hay que situarse. Yo hoy lo he descubierto por casualidad y ahora mismo y creo que para toda la eternidad, sí sé dónde está, pero hace unas horas, aunque sí conocía este sitio y tenía pensado pasar por aquí, de cómo se llamaba esto no tenía ni la más remota idea. He venido por aquí hoy con el proyecto de conocer este rincón de Collado Verde, las minas de Collado Verde y poco más. Y hoy sería el tercer intento de conocer estas minas. Los otros dos primeros, hace ya algunos años, fueron fallidos con resultados finales llenos de mil aventuras. Más adelante las contaré.

Así que hoy, con mi fotocopia de un mapa del ejército en mis manos bajo por la carretera del Valle, atravieso la aldea de Arroyo Frío y después de recorrer esa resta desde el puente del mismo cauce de Arroyo Frío, donde a la izquierda está la casa de peones y a la derecha la cancela que da entrada a la finca la Albaida, me desvío a la izquierda. No tiene pérdida esta entrada porque es la pista que viene al Aula de Naturaleza del Cantalar y pasa por el que ahora se llama Hotel Ríos y antes se llamó Hotel La Teja; más bonito y serrano el primero, pero parece que atraía menos a los turistas que el segundo. Pues eso, que no tiene pérdida. El desvío es a la izquierda por la parte del Cantalar y ahí mismo existen varios letreros grandes que lo indican.

La pista traza dos o tres curvas muy cerradas por el puente de un arroyuelo que según Leandro no tiene nombre y ni siquiera aparece en el mapa del ejército y donde hay una resta, justo en el kilómetro uno, a la izquierda veo un cortijillo. Veo el cortijillo, pero no el rebaño de ovejas ni tampoco el pastor. Una simple intuición me empuja a pararme y como el cortijillo está aquí mismo, me acerco. Veo que no hay nadie y hasta tiene las puertas cerradas. La tierra que le rodea es llana y como por la parte de delante y también por detrás. Crecen dos grandes robles, me acerco. En uno de ellos canta un pajarillo que enseguida adivino es un pechi rubio. Me da por seguir su juego imitando su canto y mientras tanto me voy moviendo hacia la parte de atrás del cortijo. Oigo las notas de una esquila y entonces me asomo al barranco con mucho más interés. Lo que más me gustaría en este momento precisamente sería eso: encontrarme con un rebaño y a continuación con el pastor. Tengo que reconocer que es quizá lo que más placer me produce cada vez que por estas sierras trazo alguna ruta. Como mi padre fue pastor toda la vida y yo también de pequeño, lo llevaré en la sangre.

Y por detrás del cortijo veo el rebaño. Me acerco y al notar que las ovejas se alejan de mí me vuelvo para no echarlas de su pradera. Me vuelvo por el mismo sitio y al pasar por debajo del roble como todavía el pajarillo sigue con sus trinos le contesto dos o tres veces y me vengo hacia donde he dejado el coche. Veo que las

ovejas, por el otro lado del cerrillo, también se han venido para acá y veo ahora que detrás de ellas viene el pastor. El corazón me da un vuelco, porque precisamente lo que más quería y estaba esperando, en un abrir y cerrar de ojos, se me hace real. Se mueve hacia la pista y como no quiero que se me escape me voy hacia su encuentro. Ya sé que tengo que saludarlo y después charlar con él todo lo que pueda para que me cuente cosas.

Así que lo saludo a diez metros antes de juntarnos y lo primero que hago es preguntarle por el nombre del cortijo.
- Pues Prao Molina se llama esto.
- Y la Cruz del Muchacho ¿por dónde cae?
- La Cruz del Muchacho, entre los pinillos aquellos que se ven allí achumascaos, metío en el barranco está.
- Y este cerro que tenemos aquí más cerca?
- Ese cerro, el cerro, ese cerro le decimos el Cerro de la Cueva.
- Pero entonces ¿Campanillas cuál es?
- El Cerro Campanillas es aquel que se ve allí en todo lo alto
- Pues quiere decir que me he quedado sin el Cerro de las Albaldas, porque hasta hoy yo creía que todo aquello era este cerro.
- El Cerro de las Albaldas es el de más arriba, es que hay allí dos cerros casi juntos y uno es uno y el otro es el otro.
- Tenía yo entendido que por ahí sube una senda ¿es cierto?
- Una senda, pero eso está ya muy perdío; es la que salía por el Puerto de las Palomas. Y luego allí hay otro cortijo que se llama La Majá de los Conejos; allí donde se ve que se ha pegado fuego, en la parte de acá, esta la Majá de los Conejos.
- Y la Tejerina se encuentra ya más por el valle ¿Verdad?
- Tejerina es que se llama toda la finca que es particular. Si quiere subir por la parte del Puente del Hacha y sino por aquí también hay otra pista que es la que pasa por la Cruz del Muchacho y va a salir bordeando el hoyo aquel a to la pinatá aquella adelante que se ve muy espesa, que eso lo han limpiao y ya pa lante, pa lante, saliendo la limpieza ya se ve el cortijo.
- Pues yo bajé el otro día por ahí, por donde la piscifactoría hasta el Puente del Hacha y no vi ninguna pista.

DESDE EL ACEBUCHE DE SIETE PIES -2 ~

- Nada más pasar la piscifactoría hay un rellano, ahí se cruzan los caminos. Una pista que sale de la piscifactoría, otra que viene río abajo desde el molino y la que sube por el arroyo que aquí en el rellano se divide en dos. Pues ahí, donde se cruzan los caminos, sale una pista por el mismo pie del paredón rocoso y sube empinada ladera arriba. A menos de diez minutos de subida existe un rincón ideal para parar a comer o tomar un respiro. Ese sitio es justo donde existe como una pequeña lomilla. Mirando de frente según sube la pista, a tu derecha, en la ladera que cae, tienes un acebuche que son por lo menos siete pies, tres o cuatro pies de encinas, dos o tres más grandes, más en dirección al Cantalar que queda lejos de allí al fondo, a unos veinte metros de donde estás, crece un roble impresionante que tiene por lo menos cinco siglos. Porque ahora no tiene hojas, pero cuando está verde es todo un bosque por sí solo. Justo aquí mismo, pegado a la pista, crecen cuatro pies de encinas y a la izquierda también pegado a la pista verás las paredes derrumbadas de un pequeños cortijillo.

Sigues mirando pista arriba y por el barranco que se ve ya en lo alto, el camino se divide otra vez. Tres ramales tiene por aquí el camino. Uno que gira a la izquierda y sale a lo alto de la cordillera entre el Puerto de las Palomas y el Cerro de las Albaldas, el otro se viene por la derecha casi llaneando por la ladera y el tercero que sería el del centro, sigue subiendo. Enseguida ves como una llanura a la derecha y en el centro las ruinas de un antiguo cortijo. Ya está derribado. La pista sigue subiendo unas veces por lo que antes fue una senda y otras veces por trazados nuevos. En cuanto remontas otro repecho sales a una gran llanura. Una nava que está en los pies mismo de la gran pared rocosa de lo que es el macizo de las Albaldas. Esas tierras las sembraban antes los que vivían en el cortijillo que yo

llamo de los almendros. Se encuentra a la derecha por la parte baja de la nava.
- ¿Por qué llamas de los almendros?
- Es que allí mismo crecen siete u ocho pies de almendros que son tan grandes como robles. Estuve yo por allí el otro día y como ya están florecidos aquello es todo un jardín de tan verde y bello y, además, en esa ladera donde sólo hay pinos, carrascas y robles.

Desde las paredes de ese cortijo que está abandonado y, además, en ruinas te vienes hacia atrás buscando la casa forestal y antes de caer otra vez al barranco te encuentras con una gran casa que cae exactamente por la parte de abajo de la nava. La lluvia y el agua de la nieve que cae por la nava y la parte alta, casi 1400 m. vienen a salir a la llanura donde se encuentra esta casa.
- ¿Cómo se llama esa casa y quién vive ahí?
- Eso ya no puedo decírtelo; sé que ahí sí vive gente, pero como yo por allí voy poco, estoy desinformado. Me dijeron el otro día que la están arreglando con magníficas rejas de hierro, paneles solares, antenas de tele y una flamante valla metálica.
- Si tú dices que esta casa es tan grande, tiene tanta agua y se alza en una llanura tan espléndida ¿no será este edificio la antigua casa forestal de la Cruz del Muchacho?
- La verdad es que no conozco muy bien esa zona y como el edificio del barranco es tan grande, tiene tan buenas tierras y está rodeado también de tanta agua, cualquiera puede pensar que la casa forestal es la del barranco y no la de la llanura, pero ciertamente la de la llanura se encuentra mucho más cerca del verdadero cortijo Cruz del Muchacho que la del barranco.
- Iré un día por el lugar a ver qué saco en claro. Mientras tanto me inclino a pensar que el edificio del barranco es el cortijo de la Cruz del Muchacho y la de la llanura la casa forestal también con el mismo nombre.

- Bueno, pues, desde tu magnífico mirador, a mitad de la cuesta que sube a ambas casas, si sigues mirando, por encima de chalé que has encontrado a la izquierda nada más pasar el Puente del Hacha, al fondo el cerro de Cabeza Rubia, el Aula de Naturaleza el Cantalar, el Chaparral que además de ser un cortijo-casa, existe ahí mismo una gran abundancia de chalés privados todos con sus vallas, sus cancelas y sus letreros de prohibido el paso. Antes de llegar a ellos verás también una gran casa que es donde los del Opus vienen a pasar sus vacaciones en los meses de verano. Si continúas volviéndote hacia la derecha quedas frente al gran barranco por donde corre el Río Guadalquivir; después y antes de pasar por la piscifactoría, al otro lado, ese singular y bello monte que llaman Cerro de la Cueva. Y digo singular porque justo desde este mirador del acebuche de los siete pies es desde donde se le saca la mejor visión a este monte. Te darás cuenta como no es un cerro solo sino dos exactamente iguales. Dos cerros gemelos que se forman en una pequeña cuerda que va desde Arroyo Frío hasta el Puente del Hacha; pegado al arroyo se encuentra el primer cerro y pegado al puente el segundo; unidos quedan los dos por el centro con una pequeña curva que es un arco perfecto y luego los montes a ambos lados totalmente redondos, con la misma altura, el mismo volumen, la misma vegetación y la misma belleza.

Por aquí los llamamos el Cerro de la Cueva y el Cerro del Molino, pero ese nombre le pega más al que da justo a donde tú estás porque ahí, más arriba de la piscifactoría y por donde queda ese chalé abandonado, es donde se encuentra la cueva del Cóvico hornal. Ahora, si lo ves desde aquí, desde Prao Molina que es desde donde estamos nosotros, la figura y belleza de los Gemelos apenas se distingue. Tampoco desde la carretera que pasa surcando su falda oriental.
- Pues como me lo has puesto todo tan de dulce, un día de estos tengo que hacerme una ruta por ese rincón. Ya lo conozco un poco y como precisamente tengo interés en todo lo que por esta ladera existe, a partir de ahora me siento más obligado. Pero antes que nos vengamos hoy de esa ladera, aunque sólo la estamos paseando desde la distancia y con la vista y la imaginación, eso de la limpieza del bosque ¿qué tal?
- Un desastre.
- ¿Por qué?

- No han dejando nada más que árboles de trancos gruesos, encinas, pinos, robles y algún matojo bajo. Todo lo demás, romeros, espliegos, sabinas, enebros, zarzas y clemátides lo han cortado. Vamos un desastre lo que han hecho ahí que hasta las cabras monteses y los jabalíes se han tenido que ir porque ya no tienen donde vivir. A estos animales les gusta el monte bajo tanto para camuflarse como para ramonear. Y por otro lado, como por entre esos pinos no crece la hierba, los animales, de lo que más carecen ahora es de alimento.
- Pero esa limpieza está ordenada y controlada por la Agencia de Medio Ambiente ¿cómo hacen esos desastres?
- Y tan desastre. Han cortado toda clase de monte bajo porque según ellos es el malo para los incendios, pero yo digo que si nos dejaran meter el ganado por ahí, los animales lo habrían limpiado mucho mejor que ellos porque se comen todas las ramas bajas, pero no destruyen por completo ni los romerales ni los sabinares. Cuando acabe de brotar la primavera, ese monte que siempre ha sido un edén de tantas flores, tanto perfume, tanto pajarillo, tantas mariposas y abejas, este año va a parecer eso, un bosque fantasma.

Y como seguimos con nuestro recorrido imaginario desde Prao Molina, ahora le pregunto a Leandro por los llanos de la Olmeda.
- He oído hablar de esos llanos ¿se ven desde aquí?
- Este monte que tenemos aquí enfrente es Cabeza Rubia. "La Olmea", está bajando lo que es la raspa que baja del monte y en la punta de abajo: a aquel lado del río que ahí había también un cortijo, pero que eso ya, tal cortijo está en el suelo. Es como aquí. También antes aquí había un cortijo.
- ¿Y este cómo se llamaba?
- Pues esto le decía Prao Molina, pues el cortijo de Prao Molina; luego aquí arriba había más casas. Si esto todo eran casas, lo que pasa es que ya se han perdido.

LA CUEVA DE COVICO HORNAL -3 ~

Mientras Leandro me sigue contando las cosas de aquellos tiempos y me señala a éste o aquél monte diciéndo cómo se llama y lo que por allí pasó, sus ovejas pacen tranquilas al otro lado de la carretera, hacia Collado Verde que es para donde pensaba irme según el plan que traía. Pero de acuerdo a todas las cosas que él me está contando, voy meditando que tendré que variar mi plan. Más adelante, cuando comience a describir esta ruta, aclararé en lo que pueda, todo el proyecto que hoy tenía por aquí y desde el comienzo.

Ahora, en estos momentos en que Leandro me está saturando de información de todo este valle, se me viene a la mente una pregunta.
- Y cuando nevaba ¿qué pasaba en los cortijillos de este valle?
- Cuando nevaba, aquello era una aventura. Cuando nevaba o llovía de verdad que ahora ya ni nieva ni llueve. Si caía una nevada grande y si querías comer no tenías más remedio que coger el camino e ir al pueblo a por cosas. Cada uno anda de una manera, pero yo en ir a Burunchel andando desde aquí tardaba hora y media o así; y tenía que ir lloviera, nevara o hiciera frío. Yo recuerdo muchas cosas de aquellos tiempos; por ejemplo, recuerdo que en aquellos tiempos llovía tanto que todas esas laderas del río para allá, hacia el Puerto de las Palomas, eran una pura fuente de tanta agua como manaba por ahí.

Y recuerdo que una vez fui con mi hermano y otro zagalón más al pueblo del Burunchel. En aquella ocasión además de traernos pan y aceite del pueblo también íbamos a pelarnos, porque aquí se pelaba uno cuando podía. Pues allí, desde el río, por donde está el Molino de la Rejona, sube una senda que pasa cerca de la cueva de Cornicornal, sube por el cerro ese que por eso se llama monte de Cornicornal y va a salir al mismo Puerto de las Palomas. Esa senda era nuestro camino natural para entrar y salir a este valle desde tiempos muy lejanos porque entonces no había coches si no mulos, burros y el que podía una yegua que eso era toda una riqueza.

- Un momento Leandro, ahora que hablas de esa cueva que tú llamas Cornicornal, estoy cayendo en la cuenta de algo.
- ¿De qué?

- ¿Por qué tiene ese nombre? ¿De dónde le viene?
- Pues yo creo, porque yo creo que le viene de las cornetas que hay allí en la misma ladera.
- Vosotros llamáis cornetas a un monte, a unas matas bajas que se llama cornicabra.
- Eso es y allí donde mismo está la cueva que aún todavía existe, crecen muchas cornetas de esas; por eso a la cueva le llamamos cornicornal, por las cornetas que allí hay.
- Sin embargo, yo he leído ese mismo nombre y lo escriben de otra manera. Lo escriben Covico Hornal. Lo cual parece que se aleja de su origen que como tú dices viene de corneta y corneta a su vez se refiera a cornicabra que a su vez se refiera a un arbusto llamado terebinto que puede alcanzar hasta 5 m. de altura. Existe en este parque otro rincón con un nombre que también se refiere a un lugar donde crecen muchas cornicabras y que es el famoso Cornicabral allá por los términos de Beas de Segura.
- Cosa curiosa que yo no sabía, pero que quizás tengas tú razón. La cueva de cornicornal la llamamos así por la abundancia de cornetas en toda la ladera. Todo aquello es un cornetal grandísimo.
- Y, además, tiene su lógica. La cornicabra, el terebinto es una planta puramente mediterránea que le gusta precisamente eso, las solanas y las tierras secas.

EL TEREBINTO -4 ~

A menudo tiene las ramas y los rabillos de las hojas color encarnado. Estas se componen de dos a cinco pares de hojuelas enfrentadas, con una de nones en el extremo, las cueles tienen figura elíptica y son algo correosas y lampiñas, de color más pálido el reverso. El terebinto pierde las hojas en invierno y tiene los sexos en pies separados, unos masculinos y otros femeninos. Las flores nacen en ramilletes en las ramas formadas el año precedente y carecen de corola. El cáliz está dividido en cinco lóbulos en las flores masculinas que tienen otros tantos estambres; en las femeninas se dividen en tres o cuatro segmentos. El fruto es pequeño, un poco carnoso irregular y de color rojizo y sólo tiene una simiente. Florece desde primero de abril un poco adelantado con respecto al lenticos y sus frutos maduran en el mes de julio.

El terebinto o la cornicabra, Pistacia terebinthus, se cría en los peñascales, derrumbaderos, laderas pedregosas de las montañas, etc., desde la costa hasta los pirineos y Montes Cantábricos con predilección por los terrenos calcáreos. Resiste mucho mejor el frío que su congénere el lentisco y avanza más que éste hacia el norte. Vive en toda o casi en toda la Península y llega hasta Galicia. Generalmente se halla salpicado en los bosques de encinas y robles o aislado en los riscos inaccesibles, pero excepcionalmente destruidos los encinares pueden formar arboledas más o menos considerables como la que menciona Cuatrecasas en la falda de la carluca de Sierra Mágina, las cuales nos recuerdan aquella montaña de Siria "cubierta por completo de terebintos", según teofrasto.

De la corteza del terebinto, sangrándolo, se saca la trementina de Quío que es la trementina por excelencia ya conocida de los griegos y latinos con los nombres de terebinthos y terebithina, nombres que dieron, en castellano antiguo, el de trebentina. Esta oleorresina contiene el 14% de esencia constituida principalmente por a-pineno y el resto son resinas con pequeñas cantidades de ácido benzoico.

Las hojas y la corteza son ricas en materias tánicas y las agallas que suelen formarse en las hojas, a manera de cuerno de cabra producidas por un insecto del grupo de los pulgones, contienen dichas materias tánicas en mucho mayor proporción. Los frutos del terebinto contienen cerca del 40% de aceites grasos. Es una planta astringente, principalmente en cuanto se refiera a las hojas y a la corteza y sobre todo a las agallas. Las raíces se emplean para combatir la ascitis.

Como astringentes se usan las cortezas y las agallas maceradas en vino. Sirve para enjuagarse la boca para fortificar las encías. Utilizando vino rancio en las proporciones indicadas y raíz de terebinto en lugar de la corteza o de las agallas, en Tarragona lo emplean contra aquella hidropesía del vientre llamada ascitis. En

el libro primero, capítulo 72 de su "Materia Médica", Dioscórides se expresa así: "El terebinto es árbol muy conocido. Sus hojas, frutos y corteza restriñen y aprovechan a todas aquellas cosas a las cuales se aplica el lentisco, preparadas y tomadas en la mesma manera. Cómese el fruto del terebinto, empero ofende al estómago, calienta, provoca la orina y incita a lujuria. Bebido con vinos es útil a las puncturas de los falagios. Traemos su resina de la Arabia Petra. Nace también en Judea, en Siria, en Cipro, en Africa, en las islas llamadas Cícladas. Tiénese por mejor la blanca, las transparente, las que tienen color de vidrio, declinante sobre el azul y la que da de sí un olor suave y propio del terebinto. Hace gran ventaja a todas la otras la resina terebintina. Después de la cual es segunda en virtud la que del lentisco destila. Tras esta se sigue la de la pícea y abeto a las cuales suceden las del pino y la que de la piña resuda. Todo género de resina calienta, molifica, resuelve y tiene virtud de mundificar. Cada una de ellas, lamida por sí o con miel es muy conveniente a los tósigos y tísicos; limpia el pecho, mueve la orina, digiere los crudos humores, relaja el vientre y aplicada establece las pestañas y cejas caducas"... Laguna insiste en que la terebintina del terebinto tiene el principado sobre todas las otras.

- Buen, pues, todo esto que tú me cuentas yo lo sabía y resulta realmente curioso como los nombres tienen su origen y significado. Pues para que sepas más cosas de esta cueva, allí, aquello ahora tiene una pequeña pared de piedra donde se metía el ganado en otros tiempos. No es gran cosa, pero sí servía de refugio aunque cuando llovía como Dios manda por allí caía un caño de agua que daba miedo.
- Por cierto, lo que dices es verdad porque el otro día pasé por allí y lo vi. Vi también la gran cantidad de rocas tobaceas que el agua fue depositando y de verdad que me llamó la atención. Pero en fin, tú me ibas a contar algo que te sucedió una vez con tu hermano.
- Sí, te iba a contar eso.

LA CRECIDA DEL RIO -5 ~

Toda la semana anterior había estado lloviendo sin parar, pero aquel día, amaneció con el cielo azul y un sol radiante. A media mañana o así nos juntamos los tres, mi hermano mayor, otro zagal de estos cortijos y yo. Tomamos por la senda que sube por el Molino de la Rejona, pasamos por la cueva de Cornicornal, remontamos el monte que como te decía también lleva el mismo nombre de la cueva, coronamos la cuerda por el Puerto de las Palomas y desde allí, en dos zancadas nos encajamos en el pueblo de Burunchel. Tienes que saber que todo este valle de Collado Verde, el Cantalar, el Chaparral y toda esa ladera de la Cruz del Muchacho, pertenecen al pueblo de Burunchel; es decir, todo esto es término de ese pueblo y por eso nosotros siempre acudíamos para todo, a parte de tenerlo mucho más cerca que otros.

Hicimos lo que teníamos que hacer que era pelarnos y comprar algunas cosillas y cuando el sol iba tumbándose hacia la tarde, remontamos la cuesta de la Losa que es como se llamaba entonces todo aquello. Ya antes de salir del pueblo se había nublado y conforme subíamos empezaron a crujir los truenos. ¿Tú has vivido alguna vez tormentas en estas sierras?
- No muchas, pero sí me han cogido en dos o tres ocasiones.
- ¿Tú sabes cómo crujen los truenos cuando estallan sobre las cumbres de estos montes?
- Sé que son tremendos. Como si todo el universo quisiera caerse sobre tu cabeza.
- Pues por la zona esa de la cumbre de las Palomas y más todavía por el monte de Cornicornal y de la Cruz del Muchacho, las tormentas son de lo más tremendo que tú te puedas imaginar. Y no te miento: el día que vayas por allí, fíjate en los pinos y sobre todo en los más gruesos. Cada tronco de esos pinos tiene por lo menos una o dos señales de rayos. Algunos hasta cinco heridas que arrancan desde abajo y suben hacia las copas. No hay pinos en toda la sierra que tengan tantos surcos de rayos en sus troncos como los pinos de esa cuerda y ladera.

Cuando aquel día llegamos a lo alto de la cumbre la tormenta abrió todas sus

compuertas y el agua empezó a caer a trombas. Soplaba el viento y caían los rayos y de momento explotaba el trueno dejándote sordo y casi paralizado. Pues allí mismo en unas rocas que hay en esta solana cuando ya empiezas a bajar, nos refugiamos y allí estuvimos casi dos horas. Seguimos luego bajando todavía con lluvia y truenos y como ya veníamos empapados nos daba igual mojarnos tanto en los arroyos que bajaban por la ladera como con la lluvia que seguía cayendo. Llegamos al río que es el Guadalquivir un poco más abajo de Vado Ancho, ya casi con la tarde caída. Por allí, en algunas épocas ha existido un puente, pero en otras ocasiones no había puente ninguno debido a que las riadas se lo llevaba y es lo que aquella tarde había sucedido.

La tormenta había descargado tanta agua que enseguida las laderas se convirtieron en torrentes y los arroyos en mares. El Guadalquivir aquella tarde bajaba tan lleno que nada más oírlo y verlo se te llenaba el alma de espanto. Yo que en aquella época era pequeño y nunca antes había visto algo similar, al encontrarme allí en la orilla del río, ante aquella tromba tan impresionante, me entró un miedo que me moría vivo. Vi como el amigo de mi hermano se acercó a la corriente con la mala suerte que tropezó en unas piedras y cayó de bruces al agua. De chiripa lo cogió mi hermano por los pies y luego él mismo se metió en el centro de la corriente y tiró del muchacho para fuera. Como pudo se fue agarrando a las ramas de la orilla y al poco vi como ya estaban en el otro lado. Al verme solo ahora y en el otro lado del río es cuando me entró a mí miedo. Un miedo tan grande que al mismo tiempo se convertía en orgullo y temor por aquella hazaña de mi hermano el valiente.

Los dos ya al salvo y en el otro lado me decían a mí que me fuera para donde estaban las rocas y que saltara.
- Tú no te preocupes que en cuanto saltes nosotros te agarramos aquí en este lado. Así que me subía a las rocas y al ver aquella tromba de agua allí bajo mis pies empecé a temblar y a llorar y a decir que no saltaba. Entonces mi hermano, como siempre ha sido valiente y dispuesto a ponerse delante de los peligros para que los otros no los sufran, sin pensarlo dos veces, se metió en la corriente al mismo tiempo que por un lado se agarraba a la mano de su amigo y éste a la vez a un fuerte arbusto. Me pidió que saltara sobre él y que me pasaría el río a cuestas sobre sus hombros para que a mí no me pasara nada. Pero para qué lo que a mí me entró por el cuerpo al ver aquella valentía de mi hermano en el centro de la corriente aquella y dando la vida por salvarme a mí.

COMENTANDO LA RUTA -6 ~

Como ya antes decía mi plan de hoy era el siguiente: entrar con el coche por esta pista que llega hasta el Aula de Naturaleza el Cantalar y al llegar al cruce de un arroyo que viene en el mapa sin nombre, dejar el coche ahí mismo y subir por el cauce. También según el mapa, al llegar al final del arroyo coger la senda que sale a la izquierda y lleva directamente al Cortijo de Collado Verde y también a las ruinas de las minas. Porque según veo en el mapa esta senda enlaza luego con la que va por Collado Verde y más adelante con otras más. Una que sube desde el río atravesando todo el llano, otra que sigue para al Cantalar que luego se divide en dos, otra que va directamente a Peñón Quemado que creo es la misma que recorrí este año pasado con mi amigo Juan Carlos, pero bajando y otra que a la derecha remonta hacia Roblehondo que también conozco de aquel año que subimos por aquí.

Este era mi plan y si el día daba más de sí, moverme luego por la zona esa del Chaparral y los cortijos del Carrascal. Digo los cortijos porque en mi mapa vienen dos cortijos con el mismo nombre. Uno por la parte baja cerca del río, por los llanos de la olmeda más abajo del Puente del Hacha y el otro exactamente al final de este arroyo que pretendo recorrer y que no tiene nombre.
- No tiene nombre en el mapa, pero ese arroyo se llama Royo de la Tía Leandra. Me dice Leandro cuando ya me para a charlar con él en la misma llanura de "Prao Molina".
- Que ahí en ese barranco que también se llama Barranco de la Tía Leandra es

donde nací yo según dice mi padre y luego me críe en Collado Verde.
- Pero Leandro, fíjate que en el mapa pone que ahí frente, en lo que tú dices es el Barranco de la Tía Leandra, existe un cortijo que se llama cortijo del Carrascal.
- Eso está equivocado porque yo por aquí no conozco ningún otro cortijo del Carrascal que aquel de la llanura al otro lado del río.
- Pues siendo así entonces ese arroyo que viene en mi mapa sin nombre ¿cómo se llama?
- Mira, ese arroyo tiene varios nombres. Si empezamos por la parte de abajo tenemos un trozo que se llama Arroyo de la Teja que es ahí donde hay una hotel que también se llama Hotel de la Teja y ahora le han puesto Hotel Ríos. Si seguimos subiendo ya tiene otro nombre, al pasar por ahí, por Collado Verde se llama arroyo de Collado Verde. Seguimos subiendo y al entrar al barranco nos encontramos con que el barranco tiene el nombre de Tía Leandra y también el arroyo. De ahí para arriba subiendo por aquel repecho para lo alto de la cumbre se llama Arroyo de las Ratas y ya arriba, a la derecha tenemos el Peñón de Juan Díaz con 1372 m. y a la izquierda el Pecho de la Manoleta, Majada Llana que es también una caseta forestal de aquellos tiempos y Peñón de Collado Verde que tiene 1270 m.
- Tú fíjate la cantidad de nombres que tiene este pequeño arroyo y que en mi mapa aparece sin nombre.
- Es que en la sierra cada cosa tiene su nombre y eso para conocerla bien tiene que ser ir con alguien que "aiga" crecido aquí.

Así que mientras estoy oyendo a Leandro ya ando pensando en cambiar mi plan de hoy. Lo primero es que este arroyo no me lo esperaba yo aquí, sino antes; lo segundo es que el Cortijo de Collado Verde no es tal cortijo sino por lo menos dos y ahora mismo son chalés y los tengo aquí, casi al alcance de mi mano y por lo que descubro ya no me gusta y por eso no deseo ni pasar por ahí; y lo tercero es que por lo que me dice Leandro, las minas que busco están aquí mismo.
- Usted siga esa pista y en cuanto pase el hotel hay una recta y enseguida viene una curva y otra pista que se aparta a la izquierda. Esa es la que va al Chaparral; la deja y un poco más adelante, a la derecha se aparta otra pista. Coja esa pista y ella le lleva justo a las minas que aquello ya está todo abandonado y lleno de monte.
Tomo nota por si acaso no doy con lo que Leandro me está indicando y entonces él me lo repite de nuevo.
- Usted las minas las busca donde yo le he dicho a usted. Al pasar el hotel ese, que es la casa aquella blanca que se ve allí, hay ahí un hotel; bueno pues hay ahí una curva que luego ya se endereza y luego hay otra curva y ya hay una rectilla, pues de la recta aquella misma usted para arriba ya verá el transformador de la luz como se conoce todavía. Que es de las minas y a la parte de allá están las minas.
- Que ahora ya no hay nada ¿verdad?
- Ahí ya no hay casas; eso está todo abandonado. Se conocen por donde estaban los rotos de las minas y eso, pero que no hay nada.

Así que perfectamente orientado lo despido después de otro largo rato más de charla que contaré en su momento y me voy. Monto y sigo la pista. Enseguida estoy en el hotel que ya conozco por la otras veces que por aquí he pasado. Como hoy es el primer día sábado de un puente de tres días, puesto que el martes 28 es día de Andalucía, sí se ven por aquí muchos coches de turistas. Al cien por cien de la capacidad hotelera va a ser el lleno de los turistas en estos días según las noticias de la prensa.

Paso de largo como siempre lo hice y me voy a lo mío. Tengo que decir que el día de hoy es espléndido, con cielo muy limpio, temperatura casi de primavera y con todo el campo verde aunque la hierba está "enratoná". Llego a la recta y voy atento más en el transformador que debe quedarme a la derecha que de la pista. "Donde se ve el transformador ahí se ven los rotos de las minas". Me decía Leandro y recuerdo ahora también cuando en aquellos tiempos pasaba por aquí la gente de estas sierras.

DESDE LA

PROFUNDIDAD -7 ~

Como me quiero referir a los paisajes y montes de estas sierras la profundidad que en este caso estoy viendo habla de estas zonas serranas perdidas en lo más lejanos de los barrancos y bosques de estas comarcas. Profundo en este caso es el lugar donde ellos han vivido toda la vida: por unos barrancos allá en las ruinas esas de Roblehondo a donde sólo llega un caminillo atravesando el tupido bosque de madroños y sobrepasado en todo momento por los picos rocosos de las cuerdas perdidas cerca del infinito.

Pero esta profundidad, esta lejanía de barrancos repletos de cascadas, nunca fue motivo suficiente para que aquel padre no fuera conocido y querido casi por todas las familias de estas sierras. Todo el mundo lo conocía y todo el mundo lo quería con el afecto más profundo que pueda darse en el corazón de las personas. Tanto que muchos celebraban con regocijo íntimo su presencia cuando por la causa que fuera se dejaba caer por entre aquellos enjambres de cortijillos dispersos por el valle del Guadalquivir.

Fue así cuando aquel día, al salir el sol, padre e hijo se pusieron en camino. Prepararon ellos primero la pequeña borriquilla color ceniza y por la estrecha y tortuosa senda que se adentra en el barranco, bajaron buscando el arroyo. Por allí no hay nada más que madroños a un lado y otro, pinos blancos salteados por las laderas con troncos que son columnas donde el tiempo parece haberse parado, muchas encinas y brezales llenos de ramilletes de florecillas diminutas y olorosas. Cruzaron ellos el arroyo de la Agracea por el puentecillo de piedra conocido por todos los serranos por el "paso de la Agracea" y subieron luego ese repechillo tan bonito. La cañada y el repechillo que sube buscando el collado de la carrasca y los Hoyos de Muñoz.

No es gran cosa este repechillo porque la senda lo surca con gran elegancia y fuerza aprovechando la depresión del pequeño arroyuelo que por ahí baja, atravesándolo varias veces mientras sube y entre una y otra pasada, trazando majestuosas curvas como si se tratara del más divertido de todos los juegos. Hay primero allí una cascada que es una gloria de tan bella y limpia, luego unos chorrillos de agua puestos en fila por las rocas que el arroyo ha cortado y después brezales. Los más bellos y olorosos brezales de toda la sierra de este Parque. Luego la sendilla sale al rasete por donde el pequeño cortijillo se queda casi perdido unas veces por entre el verde del trigal y otra por entre la espesura de los pinos y las ramas de las carrascas. En pasando el rasete que es como una bocanada de aire fresco en el centro de tanta soledad y densidad boscosa, la senda se alarga ampulosamente y en un par de curvas más se planta en todo lo alto. El Collado de la Carrasca que es como se llama esto y en cuanto vuelca atraviesa los Hoyos de Muñoz, el Arroyo del Calerón por donde nace la fuente de Aguas Blanquillas y ya sólo queda un paso para cruzar el collado de Cabeza Rubia y volcar al Valle.

El valle aquella mañana era toda una gloria de tan bonito y lleno de vida como estaba. Este valle que parece que no tiene centro porque precisamente por ahí, por el centro, lo corta el Guadalquivir, aquella mañana, además de los mil cortijillos y manadas de animales por allí pastando, todo era una preciosa primavera. Y se ve mejor cuando precisamente a este valle se le entra desde este lado, desde el Collado de Cabeza Rubia quedando a la izquierda ese gran pico también llamado Cabeza Rubia y teniendo ahí, a dos pasos, el Cortijo del Cantalar y un poco más adelante las ruinas de Collado Verde, el gran Cortijo del Chaparral y a continuación todos los demás cortijillos, llanuras, arroyos y praderas. Un valle, un rincón, un trozo de sierra que no tiene igual en toda la tierra y aquel día aún parecía más engalanada y lleno de magia.

En cuanto el padre y el hijo, junto con su borriquilla del alma, pusieron sus pies sobres las tierras del valle los habitantes de los cortijillos se llenaron de gozo.
- Señor Pedro, qué alegría verlo de nuevo por aquí.
- La alegría es mía. ¿Cómo estáis y cómo está la familia entera?
- Vamos tirando, pero...
Y el Señor Pedro se quedaba con ellos primero oyéndolos, después consolándolos

y luego dándoles ánimo.
- Que hay que ser fuertes, hombre y creer en Dios.
- Pero Señor Pedro es que...

De cortijo en cortijo se pasó él toda la mañana saludando, animando, consolando y amando a unos y a otros y cuanto más cariño repartía más unos y otros lo buscaban.
- Papá, que a este paso no llegamos nunca al pueblo.
Le decía el hijo ya un poco cansado de tanto pararse en un sitio y otro con unos y otros.
- Ya voy hijo mío, que esta gente son nuestros hermanos y como vez nos necesitan ¿qué cuesta darles un poco de cariño que en el fondo es lo único que ellos necesitan?

BUSCANDO LAS MINAS -8 ~

En cuanto paso el hotel que ha cambiado de nombre dos veces en no mucho tiempo, aparece la rectilla que me ha dicho Leandro, pero como él también me ha dicho no es en la recta en lo que me fijo sino en el transformador que me queda a la derecha y lo empiezo a ver nada más acercarme algo al hotel. Pero es verdad, en el camino va apareciendo todo lo que Leandro me ha dicho: una rectilla, la pequeña curva, otra rectilla y enseguida la desviación a la izquierda que según él lleva al Chaparral que luego visitaré y el camino que sigue recto al Cantalar. Algo más adelante ya veo la segunda desviación a la derecha que debe ser el camino que me llevará a “los rotos de las minas”. Llegado a este punto, por lo que parece y la sensación que tengo, ya sí estoy casi en el centro de las llamadas Minas de Collado Verde y por ello yo tendría que alegrarme un poco en el tiempo y en el espacio por encontrarme por fin en “los rotos de las minas”. Después de tanto tiempo buscándolas ya las tengo aquí. Digo esto porque yo sé bien que aquel día llegamos hasta la misma Aula de Naturaleza del Cantalar buscándolas. Nos habíamos juntado un grupo de tres y aquel día traíamos un objetivo claro: descubrir estas minas y estudiarlas a fondo.

Desde del Cantalar sigue la pista y en la primera gran curva sobre la ladera sur, se divide en dos. La que gira a la derecha y sigue subiendo por la ladera buscando el collado para luego volcar a Roblehondo y seguir hasta juntarse con la otra que, desde el Arroyo de Linarejos atraviesa el Puerto Calvario, todo el barranco del Roblehondo y llega hasta el Río Borosa. Pues en la primera gran curva seguimos nosotros por la derecha porque la otra pista es la que lleva a los Hoyos de Muñoz y a la “Pasá de la Gracea” y ya nos empezamos a decir:
- Por aquí cerca caen las minas.
Porque nos guiábamos por el mapa del ejército y nuestra ignorancia. Así que conforme subíamos íbamos muy atentos a la posible pista o senda que pudiera desviarse de esta que llevábamos para el lado este de las minas, pero como nos parecía que según las referencias del mapa, debían caer por lo menos en la mitad de la ladera o más arriba, nuestra obsesión era subir bastante para ir a salir lo más próximo al punto que buscábamos. Y subimos tanto que nos pasamos de las minas. Ahora que las estoy viendo sé que aquello de aquel día fue una barbaridad. Ni mucho menos estaban tan elevadas en la ladera como nosotros creíamos. Por lo que ahora descubro se encuentran casi en la misma llanura. Es decir, donde la ladera empieza a ser llanura o donde la llanura empieza a ser ladera, pero no en esa gran ladera que surca la parte que nosotros recorrimos con el alma llena de ilusión y que una cosa y otra parecía no iba a terminar nunca.

Además, la subida es bastante pesada puesto que está muy pronunciada toda esta umbría y el bosque que lo puebla, el mejor bosque de madroños, durillo y carrasca de toda la sierra de este Parque. En cuanto llegamos a una curva donde aparece un rasete y se ven las ruinas de un cortijillo, nos apartamos de la pista y siguiendo una sendilla por allí nos fuimos en busca del barranco. Majada Llana se llaman las ruinas de este cortijo y por lo que hoy me ha dicho Leandro “eso también fue una caseta forestal. La caseta forestal de Majá Llana”. También hoy por él me he enterado que el barranco es el conocido por todos como el de la Tía Leandra,

pero nosotros, después de mucho bregar con el monte, las rocas y el cansancio fuimos a salir a la parte alta de este gran barranco. A donde según Leandro ya tiene otro nombre, Arroyo de las Ratas.
- Bueno verás, lo de las ratas es una fuente que brotaba ahí, en la parte baja de los volaeros. Fuente de las Ratas le dicen y de ahí que el barranco también coja algo de ese nombre, pero precisamente ese barranco se llamaba el Barranco del Barbejal, que yo ya no sé por qué se llama así; será quizá por eso de las barbas que a lo mejor se le da porque los pinos esos tienen muchas barbas. Pelusas que lo llaman en otros sitios y por eso a este barranco le llaman del Barbejal.
Me decía Leandro.

Fue precioso venir a salir a este punto que por ser totalmente umbría y tener, en aquel momento, la primavera rebosándole por todas sus praderillas, todo aquello era lo más bello jamás visto por nosotros hasta aquel día. Pinos como montañas, hierbas que parecían trigales, arroyuelos que parecían sueños y horizontes limpios sobre las cumbres que era, lo que a partir de aquel momento, nosotros queríamos conquistar. Fracasado nuestro objetivo de las minas reorientamos la ruta y nos propusimos llegar hasta la cumbre. Según el mapa, al otro lado estaba la zona esa de Puerto Calvario y más adelante Roblehondo. De todas maneras, merecía la pena haber desacertado en lo de las minas, porque de este modo resultaba mucho más emocionante. Todo era una pura incertidumbre montada sobre la ladera de las minas de Collado Verde, sin senda, sin objetivo y sin dirección. Lo que resultó de aquel tan original día tendré que irlo insertando entre las cosas y la ruta que hoy llevo entre mano.

EL PINO DE LA CUMBRE -9 ~

Pinos y pinos grandes hay muchos en la sierra. Yo conozco por lo menos veinte que son realmente grandes, pero es que este pino, además de ser extraordinario, lo que le da una peculiaridad única es precisamente eso: que es extraordinario y crece precisamente en la misma cumbre. Ni siquiera tienes que acercarte mucho a él para llenarte de asombro y saber que es único entre los otros pinos. Hablando yo con Leandro le decía:
- Pues grandes debería de haber muchos porque muchos y en muchos sitios se hablan de pinos como catedrales en las Sierras de Cazorla y Segura.
- Pero como el pino del Abuelo, que le decían, como aquel pino no he visto yo nunca otro en estas sierras. Era un pino que entre seis o siete tíos no lo abarcaban.
- ¿Y dónde estaba?
- Eso estaba donde usted ha dicho del arroyo ese, en la Pasá la Gracea, a mano izquierda hay otro cortijo, allí, a la parte de arriba del cortijo aquel estaba el pino. El pino aquel del Abuelo se quemó; le cayó una chispa y salió ardiendo. Como aquel dicen que no había otro en toda la sierra, ni en el término de Cazorla ni en el de la Iruela ni en el de Santo Tomé.
- ¿Tú lo viste?
- Yo no llegué a verlo y estuve muy cerca de él, pero cosas de zagales que no me dio la manía de ir a verlo.

Recuerdo yo ahora que hay un libro que se escribió hace mucho tiempo y que hablas de las cosas de estas sierras. “Narraciones de Caza Mayor”, se llama y en sus páginas se reseña el pino este del que me habla Leandro. Y un dato curioso: en el momento de mi encuentro con Leandro ni él sabía de este libro ni yo sabía que en él se menciona a este pino. Al descubrilo me he llenado de gozo porque ciertamente ambas descripciones coinciden en lo fundamental. “Muy probablemente se olvidarán también la infinidad de nombres, conservados desde tiempo inmemorial y transmitidos de padres a hijos para designar los accidentes de terreno. Cada peña, cada trozo de senda, cada recodo de los ríos, tiene su nombre. Una tomponimia un poco enrevesada para los no iniciados, pero muy jugosa y descriptiva y sobre todo enormemente útil para manejarse en un tiempo en que los hombres hablaban por leguas y caminaban a pie o a los lomos de bestias y los coches puede decirse que estaban todavía en la mente de Dios.

“La mayoría de estos nombres no figuran en los planos del 1/50.000; solamente

los conocen todavía algunas personas antiguas que se han criado y han vivido siempre en la sierra. ¿Quién va a saber, dentro de cincuenta años, dónde está la Cueva del Arquito o la parata del Tío Juan, el de la Ursula o la cuesta del Muerto? ¿Quedará alguien que sepa decir dónde estuvo un pino que se llamaba el "Abuelo" y marcar el sitio exacto en el Pecho de las Instancias? Ese viejo pino murió este mismo año de 1973, al estilo bonzo: un fuego forestal para él solo. Un día y una noche estuvo ardiendo y al fin se derrumbó arrastrando en su caída medio centenar de pinos. Como decía antes la toponimia de la sierra tiene el encanto de las cosas anónimas y espontáneas y es como una guía de caminantes". (G.Ripoll)

- Pues fíjate Leandro que yo tuve la otra noche un sueño y en él vi al pino éste, pero no estaba sobre esa ladera donde dicen que nació y vivió tanto tiempo sino sobre una cumbre.
- ¿Y cómo es cómo tú lo viste?
- Sí, te lo voy a contar en muy pocas palabras, pero antes a mí me gustaría mucho que tú me contaras las cosas que realmente sabes sobre este pino serrano.
- Mira, lo que yo sé, ya te lo he dicho, me lo contaron, porque personalmente yo no llegué a verlo.
- ¿Y qué te contaron?
- Me contaron a mí que este pino crecía en un rasete en el agreste barranco de Roblehondo de Guadahornillos y que tenía más de mil años siendo por esto, el más viejo de toda Europa y se le conocía con el nombre de "El Abuelo". Y un verano del año 1973, por este lugar de la sierra, se desencadenó una gran tormenta y desde ésta un rayo saltó hasta el tronco del árbol. Ardiendo salió aquel grueso tronco y para apagarlo se juntaron un montón de personas y no lo consiguieron. Tuvieron que serrarlo y luego cuando ya estaba en el suelo, lo desmocharon y lo trocearon, faena en la que invirtieron unos pocos días. Y así, creo que terminó la vida de aquel tan grandioso pino nacido en las también grandiosas tierras de esta sierra mía. Una historia sencilla a la vez que espectacular para el que fue el mayor de los pinos que, según dicen, se ha visto nunca en estas sierras.

Mas o menos esta es la historia del fin de aquel gran pino que no llegué a conocer. Por eso aquí ya pongo punto final a lo que me contaron y puedo contarte de este bello pino llamado Abuelo. Ahora te toca a ti contarme qué es lo que la otra noche viste en Tu sueño.

- Pues yo vi en mi sueño, el pino que yo vi en mi sueño y que lo vi sobre una gran cumbre y no sobre una ladera donde al parecer creció, vivió y murió el abuelo, se le llega, bueno se le llegaba desde todos los extremos porque como crece en la misma cumbre no hay problema de acercarse a él. Pero por el lado de la umbría es por donde produce mayor emoción. Subes desde el valle y puedes tardar un par de horas en remontar la ladera de la umbría. Siempre con el corazón lleno de gozo que casi te explota en cuanto estás en todo lo alto. Quizá puedas creer que el pino de la cumbre, por esto de crecer en el punto donde los vientos soplan fuertes, es uno de esos pinos banderas que se desarrollan todo doblado en la dirección del viento, pero no es así. El pino de la cumbre, el de mi sueño, crece recto y yo creo que tendrá casi cincuenta metros de altura hasta llegar a las ramas. Algo así como son los pinos piñoneros que aquí en estas sierras sólo hay unos cuentos. Su copa es casi redonda total y es tan grande que su vuelo coge casi media cumbre. Una visión grandiosa la que ofrece este pino que en verano, además, es casi un paraíso entero. Corre siempre por aquí un viento fresco que unido a la hierbecilla y la sombra de este pino mío te llena de un profundo placer.

Y también punto y final. Esto es lo que yo te puedo decir de este pino mío de mi sueño.
- Pues yo pienso ahora que lo de tu sueño y lo del Abuelo a lo mejor se funde en un sólo punto y resulta que ambos son el mismo pino.
- Hasta puede ser que el Abuelo muriera aquel año, pero no haya muerto y eterno haya quedado por entre las laderas y cumbres de esta sierra. Hasta puede ser esto y resulta que de vez en cuando se deja ver, pero en esa otra dimensión a donde los humanos no llegamos con la vista de nuestros ojos. ¿Tú que crees?
- Yo pienso que pudiera ocurrir algo de esto. Una belleza tan grande como la de

aquel pino no es posible que desaparezca como muchos creen que desapareció y para siempre. Yo pienso también como tú que algo hay de verdad en ese mundo de los sueños por donde a ti se te aparece este gran pino de la cumbre. Ese será el Abuelo del Robledo del Toril, pero que ahora ya vive en otras sierras mucho más grandes y bellas que estas y por donde a los humanos no se nos permite entrar sino cuando, como al Abuelo, nos llegue el día y la hora.

POR LA PUERTA DE LAS MINAS -10 ~

Una vez que ya he dejado el coche justo donde comienza la pista que lleva al cortijo del Chaparral, cruzo el campo y me voy derecho al transformador. Es ésta, tierra llana, llena de picos que no resultan difíciles de andar. Por eso no busco esa pequeña pista que según Leandro se desvía a la derecha y viene exactamente al punto donde se encuentran las minas. No la busco, pero sí me tropiezo con ella nada más atravesar un poco campo. Y veo que es una pistilla estrecha, llena de vegetación y también poco usada. Quizá desde que dejaron abandonadas estas minas no han vuelto a usarla más. ¿Para qué la van a usar?

Ya está derrumbada la pequeña casa que me encuentro, la que debió ser el taller principal de apartado y clasificación general, se encuentra aquí mismo, donde termina la pista y existe una pequeña llanura. Aquí se amontonan todavía muchos pedacillos triturados, algunos color verde esmeralda que son los restos, la ganga que sacaron cuando extraían el mineral. Aquí está todo roto este edificio junto a los tres robles grandes que crecen por el lado derecho que es por donde queda el transformador, pero algo más sobre el cerrillo.
- Si en la pista no hay cadena puede entrar con el coche y llegar hasta la misma puerta de las minas.
Es lo que me decía Leandro y si es verdad lo que es me dice como aquí se termina la pista y existe un gran edificio derrumbado, esta es entonces la puerta de las minas. Pero, además, Leandro me ha dicho que:
- Allí, en las mismas minas, si va usted, ande mismo estaba la puerta de verdad, ya pa meterse en el pozo, hay un árbol muy grande, pues antes de llegar al fresno que es muy grande, a la parte de abajo y por detrás, estaba la mina. Ahí mismo estaba la puerta de la mina de verdad.
- Estará tapado eso ahora ¿Verdad?
- Eso ya está, eso se ha quebrado con terreras y entonces eso está tapao. Pero ya digo: en el árbol ese, se mete por detrás y se conoce todavía por onde sacaban to el tinglao aquel.

Compruebo que es verdad. Aquí mismo empieza todo el tinglado de lo que en aquellos tiempos fueron las minas de Collado Verde. Aquí están los trozos de pared de lo que fue el edificio principal, el transformador, otras ruinas algo más arriba, restos de rocas extraídas de los pozos y silencio llenando el bosque.

ORIGEN DE LAS MINAS -11

Busco en el diccionario y leo que la palabra mina se refiera a criadero, agregado de sustancia inorgánicas de útil explotación. Excavación que se hace por pozos, galerías y socavones o a cielo abierto para extraer mineral. Por lo que estoy viendo en estas minas de Collado Verde, aquí la explotación se hizo por pozos y galerías.
- ¿De qué época son?
Le pregunto a Leandro a lo que me responde que:
- Eso no me recuerdo. Eso ya es antiguo; ya vez, era yo chiquillo y trabajaba mi padre ahí. Mi padre ha sido, ha estado trabajando en esas minas.
- ¿Y te recuerdas tú del mineral que sacaban de estas minas?
- Pues... ahí sacaban... por lo visto era cobre y yo no sé qué más. Luego las tierras esas que cuando las lavaban, todo el escombro ese lo hacían un montón allí y entonces vinieron unos camiones y se lo llevaron por ahí. Vinieron muchos, muchos camiones.

Y por lo que yo conozco creo que sí, era cobre lo que de aquí sacaban, pero parece que no era un buen mineral o al menos no tenía la calidad suficiente como

para seguir con su explotación. Pudieron ser abandonadas por estas circunstancias, aunque también es verdad que en estos días me he dedicado a estudiar a fondo el tema este de Collado Verde. En los más de veinte libros que he consultado sobre estas sierras entre guías turísticas, estudios, tesinas de fin de carrera y demás no he encontrado sino algunas referencias muy generales a estas minas. En el diccionario de Pascual Madoz, sólo un breve párrafo que dice: "En el sitio de Collado Verde se ha abierto una mina que se halla en explotación a pesar de que todavía no se sabe la clase de mineral que contiene".

Como estas tierras pertenecen al término del Pueblo de la Iruela, quizá ahí, en su ayuntamiento y archivos, sí existirá algo que me hable de estas minas. Probablemente se conserve algún documento de aquellos tiempos donde hayan quedado reflejadas bastantes cosas sobre estas minas que ahora mismo me gustaría saber e ignoro por completo. Y pienso ahora mismo que algún día de estos me voy a llegar por el ayuntamiento de este pueblo a ver si tengo la suerte de encontrar papeles que me digan algo sobre estas minas.

Lo del color verde creo que es verdad. En cuanto comienzo a moverme por la zona atravieso un pequeño regato que debió traer agua en otros tiempos, pero que hoy está seco y en su cauce seco mucha graba suelta. Trozos de piedras y gangas de las minas. Se me viene a la mente que sería emocionante si me encontrara algún trozo de mineral para así tener un recuerdo de estas minas que tanto tiempo llevo buscando. Se me cruza por la mente este pensamiento y veo, entre la graba del arroyuelo, una pequeña piedra verde. Me agacho y la cojo. Sí, es lo que he pensando hace un momento: un trozo de mineral, desde luego no muy puro, pero sí casi por completo verde. Para ser más exacto, un verde esmeralda que casi se parece más a ese otro mineral llamado malaquita que al cobre. Y es por lo que ya decía antes, no es un mineral de cobre puro sino que más bien parece el óxido de este mineral. Así que creo, casi con toda certeza, que el nombre con el que está bautizado tanto las minas como el collado, es por el verde del mineral. Cobre color verde esmeralda, con toda seguridad porque aquí tengo conmigo ese trocito de piedra que acabo de limpiar con agua fuerte. Es realmente bello por el color tan bonito que tiene, casi igual que ese trozo de esmeralda que también tengo aquí y con la cual la comparo por la carga de emoción que para mí ahora tiene.

Porque otra cosa sería preguntarte a las personas que como Leandro, vivieron por aquí y conocieron esto de las minas. Esto también puede ser válido y me parece que debo aprovechar todo lo que del tema encuentre. Porque según lo que me decía Leandro él ya no sabe más de lo que me ha contando. ¡Y fíjate tú si pudiera hablar con el padre de Leandro! Si es verdad que trabajó aquí la cantidad de cosas que podría contarme que no están escritas en ningún sitio ni creo se escriban nunca. Y no se me ha ocurrido preguntarle a Leandro si su padre vive aún, pero tampoco le pregunté si él es de los seis hermanos, de los mayores o de los pequeños. Otra cosa más que dejo aquí apartada para cuando tenga ocasión. Como sé donde vive Leandro y como pienso venir por aquí más veces, le preguntaré.

APRENDIENDO EL CAMPO -12 ~

Desde las ruinas de este primer edificio que he encontrado aquí mismo, donde acaba la pista, después de dar unas vueltas por el lugar y curiosear todo lo curioseable, me voy hacia la derecha que es por donde está el transformador. Hay aquí un pequeño cerrillo con algunos robles y pinos, pero con poco monte bajo porque parece ser que estas tierras las sembraban. No llego al mismo transformador sino que remonto la laderilla y me voy hacia los otros trozos de paredes, quizá algún cortijillo a lo mejor no relacionado con las minas, buscando un punto elevado desde donde observar una panorámica del conjunto.

Estando ya sobre el cerrillo miro hacia el levante y como por aquí se encuentra Cabeza Rubia, el Cantalar y el collado y por entre el collado la senda, hoy pista que se pierde hacia las profundidades de la sierra o viene desde las profundidades de ese impresionante trozo de sierra, de pronto tengo la impresión como si los viera

venir. Con toda seguridad que son ellos. El padre, la borriquilla y el hijo que en esta ocasión, como es pequeño viene subido sobre el lomo de la borriquilla color ceniza.
- Pero señor Pedro ¿a dónde lleva al angelico?
Le preguntan los habitantes del cortijo del valle.
- El quería quedarse, pero yo me lo he traído.
- No ve que todavía es una criaturica.
- Si, pero yo no lo trato mal. Lo cuido todo lo que puedo y por eso va sentado ahí en lo alto de la burra sin pasar ninguna pena.
- Pero tan pequeño ¿para qué se lo trae por estos caminos?
- Tienes razón de que todavía es pequeño, pero yo tengo una idea metida dentro de la cabeza y no hay quien me la quite.
- ¿Qué idea es esa?
- Pues que aunque el niño es pequeño, la sierra y las cosas de la sierra ya se le van metiendo dentro del alma. Quiero que vea la sierra, que conozca a la gente, que vea cómo es la gente, cómo viven y lo que hacen. Aunque todavía ni habla ni comprende sí puede aprender y por eso me lo traigo conmigo. No está pasando ninguna pena y sí lo estoy paseando por toda la sierra para que se vaya quedando con las cosas que esto sí es bueno.
- ¡hay que ver qué cosas tiene usted señor Pedro!

POR LOS ROTOS -13 ~

"Por ahí se ven los rotos de las minas". Y en el diccionario he encontrado que la palabra roto es un desgarrón en la ropa o en un tejido, pero sin querer ni pretender ninguna otra cosa, el pastor del valle, le ha dado un nuevo significado a esta palabra. Rotos son también los agujeros, pozos o galerías que los hombres le hicieron a la tierra en estas laderas para sacar de sus entrañas esos trocillos de mineral verde.

Y a los rotos de las minas yo llego desde el cerrillo en que se encuentra el transformador. Durante un rato recorro los trozos de paredes que en ruinas quedan por aquí de aquellos cortijillos donde, además de ver lo que ahora mismo estoy viendo, oigo y veo la algarabía de los niños serranos jugando por el lugar. Los contemplo gozándome en sus cosas sin que ellos quieran y sin que lo pretenda yo y sigo moviéndome ahora hacia la izquierda. Es por la parte de atrás de esas primeras ruinas donde muere la pista, pero más remontado sobre la ladera. Crece por aquí un buen bosque de pinos negros y por entre ellos las zarzas y las encinas, empiezo a ver más montones de escombros. Son montones pequeños de trozos de rocas trituradas que por supuesto son calizas, donde en algunas se distinguen pequeños cristales de cuarzo y en otras, restos de ese mineral verde. Poco cosa y, además, muy impuro porque más bien parecen rocas verdes y en algunos casos, tierra que se desmorona en las manos.

Como los pinos son tan grandes y espesos enseguida pienso dos cosas: que cuando en aquellos tiempos sacaban el mineral de esta ladera, en lugar de cortarlos, se dedicaron sólo al mineral y no le segaron la vida a estos pinos sino que los dejaron intactos. Si esto fue así, a pesar de todo, indica que aquellas personas tenían un cierto grado de sensibilidad y respeto hacia la naturaleza. Pero también puede suceder que estos pinos fueron plantados después que las minas dejaran de funcionar y esto indicaría que todo sucedió hace ya mucho tiempo. Estos pinos pueden tener muy bien varios cientos de años, pero, además, para que me encaje esta última posibilidad, tenía que haber sucedido algo que me parece no sucedió.

¿Qué es ese algo?
Si estos pinos fueron plantados, es decir, repoblados después que las minas cerraran es muy probable que los montones de tierra que por aquí existen hubieran sido rotos así como también hubieran modificado toda la tierra de este trozo de ladera y, además, los pinos casi seguro estarían en fila, uno detrás de otro que es como te los encuentras en montones de sitios repoblados en estas sierras. Da la casualidad que aquí no sucede nada de esto. Los pinos de este pequeño barranco por donde corre un arroyuelo también pequeño, perecen que han crecido de forma espontanea y desde luego la tierra no se ve que fuera preparada. Esto por un lado

y luego por otro lado tenemos esos magníficos robles del final de la pista. Dice Leandro que junto a sus troncos es donde se abren los rotos de las minas. No lo he comprobado al no ser que él se refiriera a las ruinas del edificio que sin duda debió ser la boca de la mina.

Pero lo que me importa ahora es que si esos robles son tan viejos, que lo son, porque han de tener sus buenos cientos de años, cuando funcionaban las minas ellos ya estaban aquí. Así que mi teoría sobre la buena sensibilidad de aquellos hombres para con estos bosques, se refuerza. Teniendo como tenían unos cuantos árboles grandes en la misma entrada de la mina ni los tocaron y hasta parece lo contrario: los conservaron.

Otra cosa sería que lo de estas minas se remonte a tiempos inmemoriales que si fuera así, bien cabe la posibilidad que el bosque se haya regenerado después. Pero es que Leandro me ha dicho que: "De eso ya no me acuerdo; ya ve, era yo chiquitillo cuando mi padre trabajaba ahí. Aunque también es verdad que yo he visto sacar de aquí muchos camiones de mineral".
Ya decía antes que es muy probable que en los ayuntamientos de estos pueblos exista documentación sobre estas minas. En cuanto pueda me acercaré por aquí y buscaré a ver qué encuentro.

EL COLLADO DE LAS FLORES -14 ~

Creo que es el nombre que mejor le cuadra aunque tampoco le sentaría mal otros dos o tres que tengo por aquí. Porque este collado no es cualquier cosa dentro de estas sierras. Mas que un trozo de tierra cualquiera es medio mundo o casi un trozo del corazón de estas sierras. Desde muchísimas cumbres y laderas, en aquellos tiempos, sobre este collado dejaban miles y miles de troncos de pino. Dejaron también muchos miles de troncos de encinas y sobre este collado, sobre todo, en la pequeña ladera que se extiende hacia el norte, durante muchos años han ardido muchas carboneras. La carboneras son grandes pilas de leña, en trozos pequeños especialmente preparados y recubiertos estos con monte, piedras y tierra a los que se les prende fuego para convertirlos en carbón. Carbonear es convertir la leña en carbón que en este caso es vegetal. Leandro me decía el otro día que:
- Aquí mismo había una carbonera. En aquellos tiempos en toda esta zona se hacía mucho carbón, sobre todo de las encinas y de los robles.
- ¿Recuerdas tú para qué usaban este carbón?
- Eso no me lo recuerdo. Se lo llevaban fuera que sería para las máquinas esas que andaban con carbón. Yo eso no lo recuerdo.

Así que este collado podría llamarse también el Collado de la Madera, el de las Carboneras y también el Collado del Corazón por aquello de ser tantas cosas en el centro de las sierras de esta Parque Natural. Pero como a pesar de todo esto el collado que tanta historia tiene, aquí está sumido en el silencio, hoy ya un poco lleno de grandes árboles y en ese sitio tan realmente estratégico, nosotros lo hemos llamado el Collado de las Flores. No es que estemos inventando nuevos nombres para las sierras de este Parque. No es esto; lo hemos bautizado así por dos cosas: la primera porque este collado ni aparece en ningún mapa y por supuesto ni ha escrito nunca nadie de él y por eso ninguno de los personajes con estudios o carreras que han pasado por estas sierras, lo conoce. Y segundo, es que este collado, cuando la primavera revienta en estos montes, echa tantas flores y tan variadas todas que parece que aquí se condensa un millón de primaveras. Cuando nosotros lo descubrimos eso fue lo que nos pareció y por eso empezamos a distinguir a este collado entre los demás parajes que conocemos por estos montes.

Pero es que hay más: como el rellano de tierra que conforma la belleza de este collado se encuentra en la misma curva del camino, senda en otros tiempos por donde se entraba y salía al valle y hoy pista forestal con mucha menos personalidad que aquella senda, parece que desde cualquier punto que te mueva tienes que pasar por aquí.

Los dos hermanos de la zona alta sabían esto muy bien y, además, sabían que

una de las cosas con mayor emoción por estas sierras era entrarle a este collado no por sus puntos normales de acceso sino por el extraordinariamente singular: la cuerda que baja desde los madroñales de los barrancos oscuros. Porque la cuerda esta que es la de los miradores, es la parte más hermosa de todo el collado. Baja, como decía, de los barrancos oscuros y se alarga como una gran loma que desciende con toda suavidad acercándose al collado como de puntilla para aquí rendirse a él en una reverencia de ensueño.

Los dos hermanos de la parte alta sabían perfectamente esto y por eso aquella mañana de primavera, momentos en que todos los campos se visten de gala, quisieron bajar hasta el collado.
- Pero por la senda no vamos.
Dijo el hermano mayor.
- ¿Por dónde vamos entonces?
- Por la cuerda. Vamos a irnos hoy siguiendo toda la cuerda y por la parte más alta.
El hermano pequeño estuvo de acuerdo y desde las profundidades de aquel barranco oscuro, protegido al norte por la gran cordillera de los madroñales, ellos bajaron buscando el comienzo de la cuerda. El comienzo de la cuerda es tan suave que casi ni se nota cuando llegas a ella y también casi sin notarlo te sitúas en todo lo alto de la primera parte. Subes luego una pronunciada ladera y ya desde aquí empiezas a bajar, siempre por lo más alto de la cuerda.

Y como hoy era un día tan inmensamente bello, ellos iban llenos de felicidad atravesando el monte que tanto tenían pisado. Tan llenos de paisajes, tan repletos de viento y aroma, tan rebosando del día y de la vida que llenaba sus almas iban ellos que por nada del mundo podrían esperar lo que de pronto resultó. Y resultó que cuando bajaban una cuestecilla, por esa parte en que la cuerda es más bonita que en ningún otro sitio, al salir al rasete donde el monte es espeso, pero no muy alto, se les puso delante el cazador con la escopeta y amenazándoles les dijo:
- Sois tontos; sabéis que estoy cazando por este monte y vosotros vais por aquí, además de metiendo jaleo para espantar a los animales, jugando como si nada.
Al verlo y oírlo se quedaron de piedra y cuando el hermano mayor se recuperó habló diciendo:
- Señor ¿qué mal hemos hecho?
- Estoy cazando y si se me escapa un tiro imagínate lo que puede suceder.
- Es que vamos al Collado de las Flores.
- Y los caminos ¿para qué los han hecho? Es por ahí por donde tenías que ir y no por el monte.
- Pero es que nosotros llevamos una vida entera andando por esta cuerda.
- Pues oíd bien lo que os voy a decir: a partir de hoy queda prohibido andar por el monte y más prohibido queda aún en la época de caza.
- Y eso ¿quién lo ordena?
- Ya está ordenado; sólo hay que cumplirlo y, además, os advierto que estáis de suerte, porque hoy os voy a perdonar por completo. Así que cuidado, porque otro día ya veremos.

Como a los dos hermanos se les heló la palabra en los labios por todo aquello tan de repente y raro, se fueron, dejando allí al señor de la escopeta. Siguieron bajando ya con el Collado de las Flores ante ellos, pero tristes. De pronto se les había llenado el alma de preocupación y como, además, estaban confusos, se les quitó hasta las ganas de hablar. También de pronto tanto la ladera como el barranco oscuro de donde viene el collado, todo aquello cambió para ellos por completo de color y belleza. Sólo el hermano pequeño se atrevió a pronunciar unas palabras para preguntar al hermano mayor.
- ¿Nos vamos a la senda y nos volvemos a casa?
- ¿A la senda... ?

Y el hermano mayor miró hacia la ladera de la derecha por donde empezaba el valle y al fondo corría el río. Quiso darle una respuesta al hermano pequeño, pero se quedó mudo y mudo estuvo todo el rato que tardaron en bajar de la cuerda que se derramaba sobre el Collado de las Flores.

ROMPIENDO EL SILENCIO -15 ~

Sigo perdiéndome por entre los pinares y aunque no busco nada en concreto sí deseo, con interés, ver bien a fondo todo cuanto por aquí hay. Y lo que por aquí hay, a parte de un regato con agua, son restos de minas. Desde la primera ruinas subo cien o doscientos metros y ahí, donde existe como un pequeño acantilado, un escalón en las rocas que descienden por la ladera, ahí mismo descubro el primer pozo. Se abre un barranco en la ladera y en el centro de este barranco se ve la construcción de unas paredes formando un círculo. Se adivina enseguida que es la boca de un pozo cuyas paredes han sido recubiertas con obra de albañilería. Bajo un poco y me asomo por el roto que tiene el brocal. No se ve el fin. Tiro una piedra y tarda varios segundos en caer produciendo un cloc de agua estancada. Ya sé que tiene agua en el fondo y a partir de aquí vete a saber qué profundidad más tiene este pozo.

Me voy hacia la izquierda, siguiendo una pequeña pista porque en cuanto la he descubierto enseguida intuyo que esta pista se ha desgajado de esa otra que aquel día recorrimos nosotros cuando buscábamos estas minas. Me digo que quizá no se encuentre lejos de aquí y por la curiosidad de saber en qué punto exacto se junta ésta con aquélla, me animo a recorrerla hasta el final. Pero el final no está aquí mismo y llegar a él habría sido fácil si no me tropiezo con otro roto de minas. Justo donde hay otro tramo rocoso de la ladera aparece un hoyo grande y al final, pegado a la pared de rocas, un agujero. Lo tapa algunas ramas y en cuanto me acerco tiro otra piedra. Espero que suene agua, pero en esta ocasión lo que se oye es un golpe seco sobre tierra. Aquí no hay agua sino fondo seco.

Estoy yo en este menester de conocer o más bien descubrir el terreno este de las minas, sus rotos y demás, cuando oigo murmullo de gente. Vienen de la zona esa en que he visto las primeras ruinas. ¿Turistas? Y son turistas. Miro por entre los pinos y veo a un grupo de cinco o seis que vienen desde el hotel atravesando la llanura y rompiendo todo el silencio con sus griteríos. ¿Qué buscarán? Y no buscan nada. Porque me quedo quieto un poco camuflado entre la vegetación y observo como suben por la ladera, cada uno por su lado, llamándose entre sí, vestidos como si fueran de feria y persiguiendo no se sabe qué. Pero lo adivino: se han escapado del hotel y como están viendo que estas sierras son tan bonitas, se han echado a irse por ellas con el ansia de comérselas y no se las comen porque lo único que hacen es subir por el monte sin saber ni siquiera a donde van. Una diversión más que en este cerro han desarrollado sobre el escenario de los pinos y las minas de Collado Verde. Una pena, pero así es todo el progreso que en los últimos años han introducido.

Por entre los árboles me quedo y como mi vestimenta casi se funde con el bosque, ellos pasan bastante cerca de mí, pero ni me ven. Los observo y dejo que vayan a lo suyo y cuando ya se han perdido por entre el madroñal de la ladera me muevo bajando en busca de la pista que me trajo hasta las primeras ruinas, pero ahora me he pegado más hacia el lado del Cantalar, porque aquí, que sigue existiendo el gran bosque de pinos negros, encuentro también agua. Un manantial que brota por el lado de abajo de los rotos que he visto antes y que al principio parece poca cosa, pero luego crece e incluso se remansa en una pequeña laguna. Muchos juncos encuentro por aquí y al acercarme, varias ramas secas y un gran charco.

Me sorprendo un poco no porque haya manantiales en este rincón; por lógica junto a las minas debería existir algún manantial y más en aquellos tiempos que el mineral era lavado en el mismo sitio en que se extraía. Mi sorpresa no es por esto sino porque a pesar de la gran sequía que en estos últimos años estamos atravesando aun queda agua en las montañas de estas sierras para brotar por estos manantiales y no es poca la que por aquí sale.

Sigo bajando y cada vez más veo que el terreno se va configurando como un arroyo en toda regla. También encuentro por aquí algunos montones de tierra extraída de las minas y lo que menos me esperaba y de nuevo me sorprende: los

tubos de plástico. Y en este caso no es uno pequeño sino todo un señor tubo. ¿Cómo no lo había pensado? Si ahí abajo han construido un hotel ¿de dónde iban a coger el agua para sus necesidades? La respuesta está clara y la realidad me lo confirma continuamente los que fueron hermosos manantiales en las laderas del valle del Guadalquivir. Una pena una vez más y aunque no le duela a nadie más que a mí lo reflejo aquí para que quede constancia.

DESDE LAS MINAS AL CHAPARRAL -16 ~

Así que sigo bajando atravesando el regatillo un par de veces y cosa curiosa: por la parte alta, donde he descubierto el manantial, sí hay bastante agua, pero en cuanto baja un poco se va secando. Puede ser que se filtre porque la verdad es que estas tierras son muy permeables, pero también es verdad lo de los tubos de plástico recogiendo el líquido para los establecimientos. Todo un gran caño sería lo que por aquí iría si no se la llevaran por estos tubos.

Tengo que decir que como en otras ocasiones, un poco decepcionado, voy ya buscando la pista que no tardo en encontrar. Me bajo por ella siguiendo todo su trazado hasta que llego a donde se junta con la que va al Cantalar. Tiene aquí una cadena que está amarrada de un pino a otro, pero que sirve para cortar el paso a los coches que por lo visto es lo que pretenden. Es bueno porque sino este pequeño rincón estaría lleno de coches de visitantes. Y por la pista que he bajado que, por supuesto es la misma que recorría cuando subía y muere en las primeras ruinas, veo algo que es la primera vez que lo descubro en estas sierras: todo el firme de la pista está empedrado que en este caso es enmaderado con traviesas de pino por algunos tramos y por eso intuyo que por aquí habría mucha humedad. Toda el agua que ahora se llevan por los tubos y de entrar y salir, todo esto debía llenarse de barro dificultando el paso. Aquella gente, seguro serranos bastantes de ellos como el padre de Leandro, sabían solucionar estos problemas. En lugar de máquinas apisonadoras piedras trituradas y alquitrán petrolífero que es lo que usan en estos tiempos modernos para las carreteras, aquellos hombres solucionaban el problema de otra manera: con traviesas de madera sacadas de estas sierras y puestas sobre el firme de la pista. Aún siguen aquí estas maderas como dando testimonio de las cosas de aquellos tiempos.

En cuanto llego a la pista principal me vengo hacia la izquierda en busca del coche. Ya he terminado mi excursión por esta zona de las minas y como todavía es temprano ahora mismo voy a coger el coche y entrándome por la otra pista, la que por la parte de abajo se desvía hacia el Chaparral, me voy a ir por ella para ver qué encuentro por ahí. Mira que he venido veces yo por aquí, pero todavía no he llegado a este cortijo del Chaparral que por lo visto es una gran finca particular además de un gran caserío. Es como el cortijo más importante en el centro de este precioso valle.

LA SEGUNDA VEZ POR POR ROBLEHONDO -17 ~

Aunque ya voy camino del Chaparral precisamente ahora que me retiro del lugar que con tanto interés y desde tanto tiempo deseaba encontrar "me recuerdo", como diría Leandro, aquella vez que buscábamos estas minas y nos pasamos de largo. Eso sí, rozándolas sin saberlo.

Una vez que coronamos la cumbre desde esta ladera por la parte alta del Arroyo de las Ratas aquello fue una explosión de alegría. Primero por el panorama que desde la cumbre se divisaba, segundo por lo verde, por lo fabulosamente verde que estaba todo aquello y tercero porque sin saberlo no estábamos perdidos como creíamos sino encontrados: tierra era aquella que conocíamos aunque no con detalle, pero conocíamos. Aquello se llamaba Puerto Calvario que es ese montículo que, la pista que viene desde el Arroyo de Linarejos, remonta y desde ahí vuelca a lo que en propiedad es el Barranco de Roblehondo. Justo aquí, donde la pista sube, vengas del Río Borosa a Linarejos o al revés y luego bajas vengas también de donde vengas, Se llama Puerto Calvario.

Hoy no era la primera vez que nosotros nos encontrábamos por la zona sino la segunda. La primera fue aquella que pasamos por aquí subidos en coche porque no encontramos cadena al entrar por Linarejos ni tampoco por el Río Borosa. ¡Aquellos tiempos! Así que hoy era la segunda vez y resultaba que no habíamos venido a salir al mismo Puerto Calvario sino a la zona donde se encuentra este puerto que es mucho más amplia. Porque por aquí existe un buen laberinto de picos, collados, pequeños valles con arroyuelos todos recién nacidos y robles. Los magníficos quejigos-robles que llenan con sus sombras gran parte de estas cumbres y barrancos.

Pero nosotros recorrimos el rincón enseguida y como también enseguida se nos llenó el alma de alegría, respiramos el aire puro frente a los azules horizontes y nos pusimos a bajar la primera ladera que se derrama sobre el primer collado. Por un sitio y otro los robles nos salían al paso para dejarnos pasmados con tanta majestad hasta que llegamos. También sin buscarlo porque nada sabíamos, al que parecía el padre de todos los robles de esa cumbre. Berzosa fue el primero en verlo y lo anunció diciendo:
- ¡Fíjate lo que hay ahí!
Miramos y de verdad que era asombroso y, además, no estaba solo. El primero crecía clavado en la ladera y los otros algo más abajo unos y más arriba otros.
- Parecido al que crece cuando empiezas a bajar la ladera cuando ya vas camino de la casa de Roblehondo.
Y es que el que crece en la ladera, en la misma raspa de la cuerda que baja desde el puerto hasta lo hondo del barranco, lo descubrimos la primera vez que estuvimos por aquí. Al ver este de hoy sin pretenderlo nos acordamos de aquel, pero enseguida lo dejamos para cuando, pasado un rato, por allí bajáramos. El que teníamos ante nosotros ahora nos sorprendía y sobre todo nos llegaba a lo hondo del alma no sólo por su grandiosidad sino por la impresionante sensación de soledad. Si en cualquier rincón de estas sierras es precisamente esto lo que más se te clava en el corazón, cuando tú estás sobre los paisajes de las altas montañas de estas sierras, una de las sensaciones más bellas es precisamente la soledad. Bueno, el silencio y la soledad. Sentir que en muchos kilómetros a la redonda no tienes ningún tipo de civilización humana que enturbie ni tus pensamientos ni tu visión es algo magnífico que te abre de lleno hacia esos otros paisajes que sólo pueden verse con el corazón.

Así que junto a este roble, después de observarlo, gozarlo y abrazarlo, nos sentamos porque ya está el día muy avanzado. Abrimos nuestras mochilas y aquí mismo organizamos la comida del medio día. Es un comedor y una mesa única. Recostados sobre el mismo tronco del roble, a media ladera sobre el barranco, con los pinos del resto de la sierra rebasándonos, acariciados por el suave viento fresco que sube desde el barranco, la felicidad es más que perfecta. Y como además de lo que en estos momentos estamos viendo y tocando, cada uno de nosotros sabemos algunas cosas más de todos estos lugares, uno de ellos habla y dice que:
- Fíjate, esto de Puerto Calvario parece ser un nombre culto porque según creo el nombre de verdad es el Calvario y no se refiera sólo al puerto sino a todo este conjunto de pinos que tenemos por aquí. ¿Verdad que ello tiene más sentido?
- Y mucho más. Quizá monte Calvario o el Calvario simple dice mucho más sobre lo serrano y la manera de llamar ellos sus cosas que en eso de Puerto Calvario.
- Seguro que lo del puerto surgió a partir del momento en que hicieron por aquí la pista y así podría entenderse que ha sido traído por los de fuera de estas sierras. Pero, además, por la zona esta parece que hubo un cortijillo que se llamó “La Majá de la Señora”.
- ¿Y sabes tú cual es el origen de ese nombre?
- Lo que me contó el otro día mi amigo Angel yo me lo creo y me contó lo siguiente: “El motivo de decirle aquello la Majá la señora, es que había una familia y había una serpiente pequeña. Claro, pues varios años, varios años, pun, pun. Estos señores tenían ovejas y tal y en fin, a la culebra le echaba la mujer leche y se hizo grandísima. Se hizo por lo menos, yo qué sé, medio cuerpo de uno. Sí, sí, eso es cierto. Total que la mujer cuando salía: “¿Ande está la buena Señora?” y al decir la buena señora la serpiente se venía hacia ella; no le hacía nada. Tan pronto decía la señora pues nada que venía y estuviera por acá o por allí, como sintiera algo de

la señora ya venía la buena señora a la casa; a beber leche, echarle comida. Y eso es el motivo, ese es el significado de ponerle a eso “La Majá la Señora”. Eso es una realidad. Me lo han contao mis abuelos, vamos mis bisabuelos a mis abuelos, mis abuelos a mis padres y ellos me han contao a mí estas cosas”. Así que este es el caso y ya ves que curioso.

Bueno, vamos a atravesar el este afluente es el arroyo de los Ubios. Ubio es como yugo y sirve para uncir las bestias en las carretas o en el timón del arado. Mira arriba anda la Majada de la Señora. ¿Sabes tú quién era esa señora? Ni yo tampoco. Nos quedan dos curvas para llegar al puerto, dos curvas nada más y luego será cuesta abajo o casi. Llevamos seis kilómetros de cuesta desde Linarejos”. Y como sabes conozco este libro y es serio, pero la sierra es tan grande que detallar todos los rincones y contar todo lo que la sierra encierra es obra nada más que de titanes. Pocos lo saben, pero en la sierra duerme quizá es más hermoso de todos los archivos humanos.

Terminada nuestra comida aquel día reemprendimos la ruta. Coronamos por fin la cima de Puerto Calvario y luego seguimos bajando. ¡Fíjate tú por dónde le entramos nosotros a Puerto Calvario! Monte a través, desde las laderas de Collado Verde para que no se nos escapara ni los picos que lo conforma ni los robles que sobre estos picos crecen. ¡Tú fíjate! Aunque lo cómodo es por la pista y si en lugar de andando, en coche, mucho más cómodo. A partir de la máxima cota por donde la pista corona, de una forma muy general, para nosotros aquel día los paisajes ya eran conocidos. Y como, además, llevábamos el mapa correspondiente a la zona que pisábamos, todo nuestro interés se quedaba en recorrer el barranco siguiendo la pista y llegar a la altura de la casa forestal de la Frenedilla, por donde cae el Robledo del Toril y vivió el Abuelo y luego desde aquí tomar a la izquierda para bajar por la senda que desde allí viene hasta la “Pasá la Gracea”. Es la senda que esta mañana me decía Leandro y que atravesando ese fantástico bosque de madroños viene a salir, además de a la “Pasa la Gracea”, a lo Hoyos de Muñoz y de ahí al Cantalar. Lo teníamos claro, pero aquel día las cosas no nos salieron tal como habíamos planeado. Se nos complicó un poco tanto la distancia como la orografía del terreno y la senda que teníamos que coger. Se nos complicó más que un poco, pero al final fue incluso mucho más bello. Luchando con la sierra, perdiéndote en ella y vivir horas de tensión buscando las sendas es como la sierra se te mete dentro, la conoces, la llegas a querer y es, además, casi la mejor manera de hacerte amigo de ellos siempre que en el corazón, aunque sea en germen, exista ese sentimiento de amor por sus bosques, sus silencios y su viento. No es todo, pero esto te hace distinto y es así como poco a poco empiezas a ver con unos ojos nuevos.

DE LLANURA
EN LLANURA -18 ~

Pero además de las dos llanuras en el centro queda un barranco con el manantial en las laderas y tres arroyos en lo hondo y por el lado norte todo el rincón queda circundado por la pista, senda en otros tiempos. El conjunto de cuanto existe y respira en la zona es tanto importante como grandioso y bello, pero si no fuera por las dos llanuras, el barranco y la parte al norte, el lugar no tendría ni la mitad del interés que tiene. Así que de una llanura a otra no va ningún camino, al menos trazado por los humanos, sino una red de muchas sendillas que se adaptan al monte y a las ondulaciones del terreno y que son las que usan los animales para moverse por las laderas y los arroyos.

El otro día yo quise recorrer este barranco y como pensé que lo mejor es hacerlo a pie para guardarlo lo más hondo posible lo que hice fue lo siguiente: entré por el lado del levante y ahí, donde la pista se acerca más a la segunda llanura dejé el coche. Me fui luego pista arriba con la idea de llegar hasta la altura de la segunda llanura, coronar el collado, atravesar todo el barranco, subir la cuesta, recorrer toda la gran extensión de la segunda llanura y volver al mismo punto de la pista donde he dejado el coche. Trazar una ruta que es un círculo cerrado para en ningún momento del recorrido, pasar dos veces por los mismos paisajes. Esos es lo que planeé y al comienzo de la mañana dejo el coche en el punto que ya había

pensado. Cargo con cuatro cosas y me pongo a caminar pista arriba dejando a mi derecha, tras el monte oscuro, la segunda llanura que puede ser la primera si la recorro al revés de como lo tengo pensado.

Voy yo subiendo por la pista y me alcanza un coche que también va en la misma dirección. Me adelanta y unos metros más arriba se para.
- Venga que te llevamos.
Me dice uno de los jóvenes.
- Es que no tengo prisa ni me obliga ninguna circunstancia a llegar antes o después.
- De todos modos si te quitamos un trozo de pista eso que te ganas.
No quiero yo subirme en el coche, pero tanto insisten que sin darme cuenta me veo dentro de él subiendo por la pista en unas circunstancias extrañas que no me hacen más feliz sino mucho menos, porque enseguida descubro que ellos buscan sensaciones y diversión de otra forma y modo a como, siempre que voy por estas sierras, las busco yo.
- Písale fuerte, verás que emoción al dar la curva y subir la cuesta.
Le piden al conductor que en el fondo sube divirtiéndose de esta manera. Conduciendo a lo bruto, con acelerones que hacen bramar al motor, patinar las ruedas y salirse en más de una ocasión de la pista para romper el monte y reventar los charcos.
- Que te gusta ¿verdad?
Me preguntan para saber si participo o no de sus comportamientos.
- No me gusta nada y si no os importa me quiero bajar porque ya he llegado a mi destino. Esta llanura que se ve a la izquierda es mi objetivo.
- Es una pena porque podrías seguir con nosotros hasta el final para que te lo pasaras bien.
- Otra vez será y gracias ahora por haberme traído.

Dando el último gran frenazo y metiéndose por el rellanillo de la derecha, para el coche, me bajo, los despido e inmediatamente arrancan veloces para arriba. Ante la evidencia no tengo más remedio que pensar que si no están locos le faltan poco; pero en fin, ya me he librado de ellos y ahora me dedico plenamente a lo mío. Y lo mío es irme para la llanura, que la tengo aquí mismo, atravesarla de norte a sur y cuando ya esté en todo su centro, irme hacia la izquierda y subir la cuestecilla. Acaba la cuestecilla en el collado de los cortijos rotos y es aquí donde precisamente ya se abre la gran panorámica del gran barranco, tan hermoso como misterioso y lleno de silencios.

Voy yo subiendo la cuestecilla cuando, al salir del monte, me tropiezo con las ovejas. Una pequeña manada blanca que sube en busca de las hierbas de la llanura por lo alto del cerrillo. Delante de la manada va el pastor que al verme me saluda y como enseguida quiero saber más cosas de todo lo que me rodea a mi pregunta de si conoce el barranco me dice:
- Y tanto que si lo conozco; desde que nací estoy pasando por él para llevar a las ovejas a pastar a la otra llanura.
- ¿Tan fácil es atravesarlo?
- En cuanto empiezas a bajar, lo que desde aquí parece tan complicado, se va suavizando y aunque puedes tardar casi un día en recorrerlo, si conoce algo la sendilla no tendrás problema.
- Pero es que solamente la visión ya impone.
- Eso te sucede a ti porque eres extraño a estos entornos. Lo estás viendo por primera vez y así te impresiona. Cuando uno lo conoce desde pequeño como yo porque nací y me crié en estos cortijillos de la loma llegas a verlo como lo más sencillo del mundo. Tan sencillo que hasta muchas veces, cuando desde esta loma he mirado al barranco y veo la otra loma allá frente, por donde cae la siguiente llanura, he sentido el deseo de dar un salto y salir volando. Atravesar este barranco de loma a loma en un vuelo debe ser emocionante. ¿Por que me ocurre esto?
- Hay gente que dice son las reminiscencias de algo que fue y ya no es. Algo que existe por ahí en lo hondo de cada uno de nosotros y en el fondo del subconsciente de la colectividad humana. Todos estos sueños parecen como sentencias profundas que hablan directamente al corazón del hombre. Pero yo lo que quiero ahora es atravesar el barranco. ¿Tú vas en la dirección de la otra llanura?

- Ahora mismo no, al caer la tarde sí.
- ¿Puedo irme contigo?
- Por mí encantado.

Así que aquella mañana me quedé por allí con él compartiendo su tiempo y sus cosas esperando que llegara la tarde. A cada instante miraba al barranco y como adivinaba a la otra llanura detrás de la segunda cuerda el corazón me latía ante la idea de recorrer aquellos paisajes.

EL CHAPARRAL
PRIMER ENCUENTRO 25-2-95 ~

Así que me voy por la pista y conforme avanzo cómodamente metido en mi coche me voy llenando de asombro. ¡Qué bonito es todo esto con tantos paisajes tan perfectamente ensamblados y en silencio! Pero algo tenía que estropearlo. A la izquierda una casa. Una gran casa que casi parece un palacio con tantas ventanas, puertas, jardín, una estatua de la virgen y hasta un letrero con letras de hierro clavado en la pared donde se lee: “Santa María de la Sierra”. ¿Qué es esto y de quién será? Me pregunto porque nunca oí hablar de alguna casa religiosa, de órdenes religiosas o así parecido.

Sigo y más casas. Todas tipo chalés hasta que descubro que es una urbanización. Otro gran asombro, pero este motivado por realidades muy diferentes. ¿Quiénes serán estos que han conseguido construir sus chalés en un sitio como éste? Han roto mucha sierra por aquí y las casas chalés con sus alambradas, sus jardines, sus piscinas y totalmente individualizadas, lo afean todo. Tanto que ahora mismo con su presencia están insultando, desde el silencio profundo de estas sierras, a ese silencio humilde y lleno de dolor de tantos serranos escondidos hoy y durmiendo para siempre en la eternidad. Aunque pensándolo bien tendría que decir que si quieren algo. Han venido por aquí a beberse el aire limpio de estos montes, chapotear en el agua azul de las sierras y empaparse del silencio y perfume de estas llanuras.

Sigo, pero ahora ya me he dicho que tendré que enterarme a ver qué es esta urbanización de chalés porque el lugar no se merece un atropello como este. Bajo una cuestecilla y el Cortijo del Chaparral. Muchos alambradas, postes metálicos, animales domésticos, perros gallinas, pavos reales, que por cierto es la primera vez que veo pavos reales en estas sierras, palomas, perdices y el cortijo que nada más verlo impresiona de tan grande. Toda una gran obra de piedra en la misma falda del Pico de Cabeza Rubia y remontado sobre el pequeño cerrete. Me paro. No hay nadie. Miro por detrás buscando la puerta y tampoco aparece nadie. Sin embargo, desde la pared que sirve de gran balcón sobre el valle del Guadalquivir que corre un poco más abajo se ve una manada de ovejas. Pastan llenando toda la ladera que arranca de las mismas paredes del cortijo y llega hasta la llanura del río. Me acerco buscando encontrar a alguien y no veo a nadie. Y como no dejo de mirar voy descubriendo letreros por todos sitios. “Perros no sólo los del cortijo”. “Respeten las truchas”. “Cierren la puerta”. ¿A quién están dirigidos estos letreros?

Parece como si esto fuera un lugar donde vienen grupos organizados o probablemente concertados por algunos organismos para establecerse por aquí durante algunos días o por su cuenta a visitar este cortijo porque sea muy importante. Y yo ni siquiera los sabía. Esto es lo que me digo porque en la puerta que debe ser la principal y que mira hacia Peñón Quemado y el Cantalar, descubro otro letrero y este con el nombre que ya conozco: “Casa cortijo El Chaparral”. Me quedo más tranquilo porque este rótulo me confirma que he acertado; buscaba precisamente el cortijo donde ahora estoy, pero la verdad es que no me esperaba casi nada de lo que por aquí estoy descubriendo. Es la primera vez que en un cortijo de estas sierras encuentro un letrero con su nombre puesto en la entrada de la vivienda a parte de los hoteles, campings y bares que eso es otro asunto.

Pero lo que más me gustaría ahora mismo es que en este cortijo hubiera alguien. Sigo rodeándolo y por la parte que mira hacia lo que sería la entrada del valle veo más señales de presencia humana. En la segunda planta, como una

pequeña azotea, ventanas, puertas y ropa tendida. Llamo y no contesta nadie. Sigo adelante. Rodeo la otra azotea, la que está al nivel de todas las dependencias del cortijo. No veo a nadie. Sólo animales, la gran reguera por donde corre el agua que después de pasar por la pileta donde nadan las truchas cae por la ladera donde pastan las ovejas. Junto a la pileta de las truchas un tejo, alambrada para proteger a las truchas que además de grandes nadan serenas en el pequeño estanque por donde el agua entra y sale en su camino desde estos montes hacia el río. ¡Qué cantidad de agua a pesar del año tan seco! ¡Qué suerte para los que viven aquí por no sufrir las consecuencias de esta sequía y por la felicidad de tenerla en la misma puerta recién venida de la montaña!

Me vuelvo al coche sin dejar de observar y como no encuentro a nadie y todo me parece tan hermoso, tan organizado, tan grande, decido lo siguiente: me voy y vuelvo otro día. Un rincón como este donde todo es sierra, huele a sierra y hasta parece estar condensada la sierra, he de saborearlo bien y despacio.

EL CHAPARRAL
SEGUNDO ENCUENTRO 11-3-95 ~

Y aquí estoy. Aquella tarde como no encontré a nadie que era lo que deseaba para hablar y que me contara cosas, me vine. Decidí volver otro día para así llenarme más y mejor de este cortijo que me parecía tan importante entre todas las cosas que hasta ahora conozco y tengo de estas sierras y hoy he vuelto.

Hoy es sábado y he venido expresamente para tener mi segundo encuentro con este cortijo. No me he venido todo el día que es lo que normalmente suelo hacer sino que allá, después de comer, a las dos, me puse en camino con dirección a este cortijo. Me traigo conmigo el mapa y una grabadora pequeña para recoger todo lo que me cuente aquél o aquellos que por aquí encuentre. ¡Ojalá allá hoy alguien! Es lo que me vengo diciendo y antes de llegar al Puerto de las Palomas se me ocurre una idea. Mi amigo Juan me dijo el otro día que en Arroyo Frío vive un tal Sebastián el viejo, que si algún día lo necesitaba podía acudir a él para pedirle que me acompaña por este rincón de la sierra. Me animo y sí, voy a llegar al Bar Margarita que es donde tengo que preguntar por él. Si Sebastián se viene conmigo, como está ya jubilado y ha nacido y vivido toda la vida en la sierra, verá la de cosas que me va a contar esta tarde.

En cuanto remonto el puerto llamado en otros tiempos por los serranos Cuesta de las Palomas descubro algo que es la primera vez que veo por aquí: toda la carretera está llena de muchas ramas de pinos. Trozos pequeños y en algunos momentos ramas grandes, como el grueso del brazo y tallos de las copas más altas. No tardo en adivinar qué es lo que ha pasado. Anunció la tele ayer y el día anterior una gran borrasca que según todas las fotografías del satélite iba a barrer a la península de un lado a otro dejando mucha lluvia en toda España. Esta tarde esa borrasca ya ha pasado sin haber dejando ni una sola gota de agua, pero eso sí, viento ha traído mucho. Y como por aquí la carretera va serpenteando a la altura de 1200 m. la borrasca de la lluvia que sólo ha traído viento ha tronchado multitud de ramas de todos estos pinos y por eso la carretera está sembrada. Tanto es así que cuando voy llegando a la cueva de la virgen veo varios coches parados. Me indican que tenga prudencia y descubro que son dos guardas forestales. Un pino ha caído sobre la carretera dejándola cortada por completo y ellos, con una motosierra, lo están troceando. Así que el viento ha soplado fuerte en este punto de la sierra. Intuyo que por las zonas altas aún habrá sido más y también seguro que habrá roto un montón de árboles. Sería muy emocionante poderse ir esta tarde por esas cumbres y recorrerlas despacio para ver qué ha pasado por ahí después de este vendaval.

Llego yo a la aldea y como el Bar Margarita queda a la derecha cuando ya estás saliendo ahí me paro. Entro y después de saludar a tres jóvenes que toman una cerveza me dirijo a la muchacha joven que atiende en la barra.
- Me dijo el otro día un tal Juan que es de esta aldea que cuando necesitara de alguien para que me acompañara por los rincones de este valle que preguntara aquí por Sebastián.

- Sebastián en la aldea no hay nada más que uno y está jubilado.
- ¿Dónde vive?
- Algo más arriba, pero esta tarde no está, pero si te dijeron que preguntaras aquí a lo mejor es mi padre que también está jubilado y se conoce muy bien toda la sierra.
- Pudiera ser porque la verdad es que yo no conozco nada más que a Juan, el joven con el que estuve hablando allí junto al río.
- ¿Ese joven es alto y delgado?
- Sí que lo es ¿lo conoces?
- Claro porque es mi hermano.
- Es que esta tarde voy a esa zona del Chaparral y lo que deseo es que alguien de por aquí me acompañe para que me guíe y me explique todo lo que ignoro.
- Pues mira que mala suerte que esta tarde no hay nadie. Como es sábado están en el monte limpiándolo. Tienen que limpiarlo antes de que lleguen los calores porque luego, esas lumbres que tienen que hacer por entre el bosque para quemar la broza, son más peligrosas. ¡Lo siento!
- No pasa nada; ya me las arreglaré como pueda.
- Aunque me estoy acordando que en Collado Verde vive un pastor. Si pasas por allí puedes hablar con él y a lo mejor te ayuda.

La despido no sin antes preguntarme un montón de cosas. Que si soy ingeniero, que si estoy escribiendo un libro, que de qué es el libro, que si conozco la zona donde está el camping de los Enebros que se llama La Loma, que el Barranco de los Caracolillos, que el Cortijo del Parrizón y, además, me dice que un día pasó por aquí un muchacho joven que también venía escribiendo un libro y le regaló a ella uno. "¿Qué libro será ese que yo no conozco?", me digo para mí y enseguida le pregunto:
- ¿Cómo se llama?
Lo piensa un rato y al final me dice que está muy bien aunque todavía no ha terminado de leerlo, pero que habla y explica muy bien por donde van los caminos y todo eso.
- Claro, será una de las muchas guía que en los últimos años se han escrito de estas sierras.
- No me acuerdo, pero está muy bien porque te explican por donde van los caminos y todo eso.

Le pido que me diga cómo se llama una vez más y sigue sin acertar con el título. Tampoco me lo puede enseñar porque no lo tiene aquí y de nuevo me dice que no ha terminado de leerlo, pero sí me dice que ella se llama Margarita y que siente mucho no poder ayudarme. También lo siento yo, pero no me desanimo. Sigo mi ruta y en cuanto paso "Prao Molina", donde el otro día me encontré con Leandro, miro hacia el lado izquierdo por donde hay otro cortijillo sobre el cerrete y una pequeña llanura toda verde y ahí veo a las ovejas pastando. No es el rebaño de Leandro sino otro porque tiene menos ovejas y el pastor que las cuidad se ve algo más bajo de estatura y más viejo. Me alegro porque quizá aquí esté mi suerte y junto al camino me paro. Me bajo y el hombre al ver que me voy hacia él empieza a moverse por la llanura para salirme al encuentro puesto que yo no puedo llegar sino hasta la alambrada. Sobre la ella espero que llegue y después de saludarlo le digo:
- ¿Voy al Chaparral y como sé poco del rincón quería estar seguro si llevo buen camino?
- Sí, por aquí se va al Chaparral.

Luego más detalladamente me explica qué pista tengo que tomar y dónde se encuentra y, además, que seguro allí voy a encontrar a Eduardo, el casero o guarda que cuida tanto de la finca como del cortijo.
- No estaba el otro día.
- Es que trabaja en el monte y otras cosas, pero hoy y a estas horas ya sí estará allí.
Me dice luego que él se llama Angel y que conoce a Leandro porque las ovejas que tiene Leandro se las vendió él. Me dice que hoy está con el ganado por aquellas laderas que suben desde el Carrascal, el cortijo nuevo con la pista nueva y el roble roto y que parece sube a La Cruz del Muchacho.

- ¿No lo ve allí?
- Sí que lo veo, pero ahora que sin querer nos hemos ido y estamos andando por esa ladera quiero saber una cosa.
- ¿Qué quieres saber?
- ¿Cuál es exactamente la casa forestal de la Cruz del Muchacho?
- La que está en el barranquillo y si vas por ahí la verás toda en ruinas.
- Y esa grande que se ve en el rellano más pegada a la Tejerina ¿cuál es?
- Esa es nueva, la están haciendo ahora y todo eso se llama Fuente del Roble.
- ¡Hombre! Otra fuente del roble que no tiene nada que ver con la que hay por las laderas del Pico Majal Alto cerca de Las Canalejas.
- No, esta es otra y, además, si miras esa pinatá entre el Cerro de las Albardas y el Pico del Mosco que es donde está la emisora de los guardas, en el centro queda la cueva del Salto del Moro y el Salto del Moro mismo.
- ¡Vaya noticia que me das! Un año buscando el Salto del Moro y por fin alguien me indica el punto exacto del famoso Salto.
- Ahí lo que hay es una cueva grande que sirve para meter las ovejas y demás.

Realmente emocionado miro y remiro el punto en la cuerda para quedarme con él y como desde esta llanura dónde ahora estamos la visión de esa ladera es distinta, mucho más rica y completa que desde "Prao Molina", le pregunto también por el chalé de las antenas con el roble roto y la valla pasando el Puente del Hacha.
- El cortijillo que hay algo más arriba en el barranco donde tú dices viste aquella tarde tres ciervas pastando ese es el Carrascal. El chalé grande que hay un poco antes es de un familiar del dueño de la finca que le compró un trozo de terreno o lo ha heredado y se está construyendo ahí su vivienda, pero todo eso para arriba y para abajo es del Cortijo del Carrascal.

Otra novedad más, por fin tengo idea exacta de dónde cae y cual es el famoso Carrascal que también mi mapa del ejército lo tiene equivocado. Tiene dos cortijos de Carrascal; uno ahí donde Ángel me está indicando y otro en la parte alta de este arroyo de Collado Verde. Pero según me decía Leandro este otro cortijo no es de tal Carrascal sino el Cortijo de la Tía Leandra. Así que los del ejército parece que fallaron un poco.

Mientras estoy hablando con Angel ando dudando si pedirle o no que me acompañe al Cortijo del Chaparral. Me gustaría a mí, pero a lo mejor no se siente con la suficiente confianza y cree lo que no es. Y quizá esté en su derecho, porque eso de presentarse de pronto un turista por estas sierras, ponerse a charlar con un pastor y a los cinco minutos pedirle que se vaya con él para que le explique la sierra, ni es muy corriente ni debe resultar normal.

Todavía le pregunto unas cuantas cosas más y como me dice que él trabajó en las minas de Collado Verde pienso que entonces si sabe lo que pasó para que las dejaran abandonadas.
- Pasó que ahí salía mucha agua; salía agua por todos los sitios y aunque tenían motores aquello se inundó por completo. Ese fue el motivo por el que abandonaron esas minas. Como eso lleva una profundidad muy honda, casi más honda que el nivel del río, pues ya se cargaba de agua por ahí. Probaron a hacer una galería desde ahí, desde lo hondo, pero no sé qué les pasó que ya no estaba yo.
- Pero el motivo del cierre fue por el agua ¿verdad?
- El motivo fue también que se hundió una terrera, unos peñones y mató a un hombre; ya desde entonces lo fueron dejando.

Me sigue él luego hablando de los álamos que por aquí crecen que dan buenas setas, pero en otoño. De Renfe que fue la que hizo la mayoría de las pistas que hoy existen en la sierra, de las dos casetas aquellas forestales sobre la ladera sur del Albardas, Monte Malo y la Fuente de la Zarza, de las ovejas que él se entretiene con ellas y alguna le dan hasta dos borregos. Que por cierto, su rebaño es pequeño ya que sólo tiene catorce cabezas y los animales se ve que lo quieren mucho porque mientras ha estado hablando conmigo, las ovejas poco a poco se han ido viniendo cerca de él y algunas hasta de vez en cuando dejan de comer y lo miran como si quisieran decirle algo.

- Claro que me dicen, ya quieren que las lleve a donde tienen los borregos.

Lo despido sin haberme atrevido a pedirle que me acompañe por la razón de que el hombre tiene sus tareas para con su rebaño y por la otra razón de que no me conoce de nada. Desde aquí ya me voy derecho al Chaparral pasando, no de largo sino sin prestar ninguna atención tanto al Hotel Ríos como al paisaje que lo rodea y lo mismo hago con esas casas de vecinos y los chalés que rompen el paisaje delante de la misma puerta del cortijo. Y como mientras me acerco pensando voy en el ya inmediato segundo encuentro con este magnífico cortijo, lo que más deseo ahora es que hoy sí esté aquí Eduardo. Lo necesito para que me saque de esta gran laguna de ignorancia que sobre todo el entorno tengo yo.

Rozo los chalés, bajo la pequeña cuestecilla y ya tengo ante mí la señorial visión del cortijo. Cruzo la pequeña hondonada, recorro la también pequeña llanura y estoy en la cancela que cierra la alambrada y da entrada al recinto que rodea al edificio. Los perros me extrañan y al oír sus ladridos y sentir el motor del coche Eduardo sale del cortijo. No lo conozco, pero fiándome de lo que me ha dicho Angel creo sin dudar que este es Eduardo y ya me siento bien. Más de la mitad del plan que había soñado para esta tarde con sólo la presencia de Eduardo ya lo tengo convertido en realidad.

Mientras va saliendo del cortijo y yo voy llegando y comienzo a dar la vuelta en el rellano me mira y como no me conoce se le nota que está algo extrañado. "¿Quién será este?" Seguro que se está preguntando. No tarda en saberlo porque aparco el coche, salgo y lo saludo.
- Estoy perdido por aquí y busca la ayuda de alguien.
- ¿Qué le pasa?
- Busco el Cortijo del Chaparral porque me han dicho que es de lo más importante que ahora mismo hay en este valle y, además, como apenas conozco nada de por aquí, no sé de qué manera podría enterarme yo de los nombres y cosas de estos montes.
- Vamos a ver ¿esto para qué es? Porque yo quiero saber primero si es de la Junta de Andalucía, si usted es un ingeniero, si esto se va a publicar...
- Yo no soy de la Junta ni ingeniero y de publicar no sé si algún día, lo que estoy haciendo le puede interesar a algunos porque mi presencia aquí no es representando a nadie ni a nada, sino que vengo a título personal. Soy un enamorado de estas sierras y porque deseo con todo mi interés conocerlas y amarlas profundamente es por lo que ando esta tarde por aquí a ver si logro aprender y enterarme de algunas cosas.
- Bueno, siendo así no hay problema. Véngase para acá que vamos a empezar por aquí.

Se mueve hacia el lado del balcón sobre el valle y el río y lo sigo. Ya tengo preparada la grabadora y aunque también pensé preparar algunas preguntas no supe hacerlo. ¿De qué cosas concretas se le puede preguntar a estos expertos en sierra? Saben de todo, lo conocen todo y por eso son casi licenciados y hasta doctores con honor y causa en esta gran universidad de montes, arroyos, ríos, nubes y vientos. Y uno, pobre de uno; simple aprendí, medio despistado, bastante desorientado y hasta lleno de alguna soberbia.

Eduardo me lo demuestra. Se sitúa sobre el magnífico mirador que domina Los Llanos de la "Olmea" y las llanuras del río y empieza diciendo:
- Bueno, pues aquí tenemos...
Y como lo que en primer lugar me describe, desde las Albardas para abajo y toda esa ladera y cuerda, ya lo tengo algo aprendido y de ello he hablado en otro apartado, no la voy a repetir otra vez aquí. Lo dejo yo a él que hable al tiempo que lo observo y recorre la ladera y al llegar a un punto, noto que de aquí algo sí interesa en este mismo momento. Por ejemplo: desde este balcón se ve el cortijillo que está bastante subido sobre la solana y por debajo del Cerro de las Albardas.
- Eso es la Tejerina.
Me dice.
- ¿Tan en la cumbre?

- Es que la Tejerina además de un cortijo es una finca grande que coge toda la solana y un gran trozo de la vega del río.

Desde hace mucho tiempo he oído hablar de la Tejerina, pero nunca la había visto como se ve desde aquí y, además, no sabía situarla. Desde luego no me la imaginaba donde la estoy viendo ahora mismo. Por la parte baja, donde las tierras de esta propiedad se derraman en la vega, desde aquí se ven también unos edificios nuevos. Algunos todavía los están construyendo y otros ya los han terminado. Son recientes para los turistas o algo así parecido. También los tengo vistos de tantas veces como he pasado junto a ellos porque se encuentran casi en la misma carretera. Pero mi curiosidad ahora se centra en saber por dónde va la senda que lleva al Cortijo de la Tejerina.
- Pues mira, ahí mismo la tienes. Cuando vas por la carretera al llegar a la altura de estos hoteles, mira bien y por el lado de la solana se aparta una senda que ya creo que es pista. Sube por el Collado de los Gitanos y llega hasta el mismo cortijo.
- ¿Dónde queda el Collado de los Gitanos?
- Nada más empezar a subir, donde se ven esas dos rocas grandes, por ahí está el Collado de los Gitanos que se llama así porque ahí vivían gitanos. Hay unas cuevas allí que es donde vivían.

Es Magnífica la información que de esta ladera me ofrece Eduardo. Y como desde lo alto de la cuerda él viene bajando hacia el río y para donde estamos nosotros, nos acercamos a los llanos. Tengo yo algunas noticias de esta zona y sobre todo desde que conozco la leyenda de Cabeza Rubia, y como sé bien que una oportunidad como esta no se me va a presentar fácilmente otra vez, quiero oír su versión y sobre todo confrontarla con mi información.
- ¿Y los Llanos de la "Olmea?"
- Los Llanos de la "Olmea", pues efectivamente, to esto que estamos viendo aquí, to esos chopos que se ven aquí, to lo más llano, to eso de ahí. Luego aquí seguimos de los Llanos de la "Olmea" a Cabeza Rubia que es esta zona pá' riba, por aquí hasta lo alto.

Desde donde estamos nosotros, desde este cortijo, Cabeza Rubia queda al levante. En realidad el cortijo está refugiado en la misma ladera de este monte, pero donde ya las tierras comienzan a perder pendiente para hacerse llanura. Podría decirse que el cortijo ha venido a refugiarse en el punto más estratégico de toda la zona: donde las tierras son laderas, pero forman una repisa repleta de bosque, agua y un mirador perfecto sobre todo el valle.
- Ya nos metemos pá ya y tomamos la caseta del Cantalar que está allí mismo, por donde se ven aquellos cipreses. En el Cantalar hay un vivero de plantas autóctonas que es de la Junta de Andalucía; yo por cierto he trabajado en él en ocasiones. He trabajado dos o tres meses, cuatro, en fin. Luego cortan.

Una cosa que he ido descubriendo de estos serranos que me hablan de su tierra es que cuando se refieren a cualquiera de las muchas casas forestales que por aquí hubo en otros tiempos las designan con el nombre de "casetas". Lo cual, además, es muy curioso porque la palabra caseta se define como garita utilizada como vestuario en instalaciones deportivas, playa, balnearios, etc. Barracón de feria. Casa pequeña de un sólo piso, de construcción ligera que no se utiliza como vivienda y casita donde se refugia el perro. Es decir, casa en pequeño y parece como una ironía el que los serranos llamen "casetas" a estas casas forestales porque, las que yo conozco por estos montes, la mayoría son auténticos palacios si las comparamos con los cortijos que le rodean. Tendría yo que preguntarle un día a cualquiera de estos serranos para saber por qué llaman "casetas" a estas viviendas, porque en su tiempo fueron viviendas y muchas casi palacios.

- Entonces pues, seguimos por allí y tenemos Peñón Quemado, la Fuente de los Aserraores que todavía tiene agua. También esta fuente me suena de algo aunque no sé ni dónde se encuentra ni cómo es.
- ¿Por dónde cae?
- Eso está cayendo por aquel cerro, en las piedras aquellas que hay blancas, abajo, en el arroyo.

- ¿Pero aquí en este lado?
- No, en este lado no, en la parte aquella que hay así; dando en la parte del monte que se ve último, abajo en la falda.
Según la zona y el monte eso cae por la cuerda de la Carrasca y como vuelca al otro lado da a Roblehondo. Dos o tres veces yo estuve a punto de pasar por allí, pero como es tan complicado el rincón, hay que andar tanto por lo retirado que coge ya que no se puede llegar en coche porque todas las pistas estas cerradas con cadena, que casi no te da tiempo de recorrer y ver sino un trozo de cuanto por allí hay. Me refiero, claro está, si vas andando y sólo tienes un día para recorrer esos rincones y volver de nuevo andando al punto de partida. Si lo haces de otra manera como muchos que yo conozco, la cosa cambia por completo.

En su explicación Eduardo me dice que "Seguimos pa lante". Y como yo quiero conocer lo mejor posible no los montes a lo grande sino este cortijo y si ello fuera posible a lo pequeño, le pregunto:
- Y el nombre de Cabeza Rubia ¿de dónde viene?
- Pues esto antiguamente era... esto era porque había unas familias antes que ponían unos motes, unos motes así como por ejemplo rubio, tal... estaban ellos con sus animales, estaban... que por cierto hay unas tapuelas allá.
- ¿Tapuelas?
- Unas tapuelas quiere decir unas casas derribadas por la zona esa de allí, por los pinos últimos que se ven allí. Ahí vivían las familias estas. Entonces por eso lo bautizaron así. Por ejemplo, rubia y cosas...

En fin, Eduardo se esfuerza en querer dar una explicación a la pregunta que le he hecho y como me doy cuenta que está en un apuro, no insisto. No es que haya querido ponerlo en apuros intencionadamente porque según la famosa leyenda, el nombre de este monte tiene su explicación y yo lo sé, pero deseaba, quería oír su versión para contrastar una cosa y otra. Casi siempre te encuentras con matices que más que estropear la versión primera la enriquecen. Y como lo veo en apuros damos un giro o más bien nos quedamos por entre las tapuelas.
- ¿Hay algún caminillo para ir a las casas esas?
- Sí, ahí mismo existe un "jorro" de la Renfe y siguiendo el lomillo que sube se puede llegar hasta las tapuelas. Entra por allí, por el Cantalar, pero vamos, con coche no, es andando. Van los caminos, los "jorros" esos, los caminos van a dar allí a aquel pino que se ve allí. Bueno pues más o menos por ahí van tos cayendo así y ahí coge un camino que va recto a ellas.
- ¿Y este collaillo que hay ahí entre Cabeza Rubia?
- No, esto no; si todo esto es el Chaparral. Esta vaguada, quitao lo de allá, cuando ya empezamos a levantar pa riba, ahí ya es Cabeza Rubia. Eso ya es del estado y esto es una propiedad.

***

Mientras me va explicando cada uno de los detalles de la sierra que tan bien se conoce no deja el viento de soplar. La noticias de la televisión era de que llovería en toda España, pero la verdad es que por aquí, al menos esta tarde, no llueve aunque sí hace mucho viento y está muy frío. No es viento bueno para que llueva en estas sierras porque viene de Granada y por lo tanto no trae agua; El viento bueno para que llueva aquí es el solano. "Viento solano agua en la mano". Y no sé por qué, pero me acuerdo yo ahora de lo mucho que en aquellos tiempos llovía, según los que por aquí vivieron y lo conocieron y me acuerdo de las cosas que la otra noche leía refiriéndose a esto de la lluvia.

Le comento yo estas cosas a Eduardo y como sé que los serranos casi siempre se interesan por los temas del tiempo y algo entienden aunque sea por pura intuición, le pregunto su opinión y entonces me dice:
- Un amigo mío que lleva más de cincuenta años bregando en el campo me comentaba hace unos días no haber conocido una sequía tan prolongada como la que estamos padeciendo en estos últimos años Esto es lo que el otro día me decía a mí este amigo mío. ¿Qué te parece?
- Que te decía cosas muy rotundas y verdaderas. Pero como este tema daría para

hablar y escribir todo lo que se quiera, si te parece, ahora esta tarde volvamos a lo nuestro, a lo que me ha traído a mí hasta este cortijo del Chaparral. ¿Sabes tú de qué año es este hermoso cortijo tuyo?
- Pues esto... es que lo que pasa es que no sé el año. Bueno, aquí tenemos un letrero.
Se mueve hacia la entrada principal que mira a Peñón Quemado invitándome a que le siga. Lleno de gran interés me voy detrás de él y cruzando el pequeño llanillo de las truchas, que es la entrada del edificio pasamos a su interior. La primera estancia es amplia, con una gran chimenea donde arden unos troncos y tal como se entra, de frente, la estancia tiene una puerta que lleva a las otras dependencias. A un lado y otro de esta segunda puerta, en la pared hay dos inscripciones bellamente rotuladas en azulejos. Me paro frente a la de la derecha y leo lo siguiente: "Da de comer al hambriento, da de beber al sediento, da posada al peregrino. Bienvenido a nuestro huésped. Los moradores de este cortijo te ofrecen hospitalidad con afecto, confianza y respeto. Esta es tu casa".

Eduardo se ha quedado algo detrás de mí y me observa al tiempo que reclama mi atención hacia la pared del lado izquierdo. Hay aquí otra inscripción, a la misma altura que la primera, pero situada por encima de un recipiente de piedra que tiene forma de pila. Me pongo frente al texto y leo lo siguiente: "Esta pila de agua bendita procede de una ermita que había hasta hace un siglo, poco más o menos, en los solares que ahora ocupa esta casa. Cortijo que fue reconstruido en 1925 y restaurado en 1974. Respetemos su significado".
- Que bonito ¿verdad?
- Claro que lo es.
- ¿Y qué hacía por aquí una ermita?
- Pues cosas, que había un cura, decía misa.
- Ello indica que en aquellos tiempos todo el valle este estaba lleno de cortijos.
- Claro, había más, lo que pasa es que ya esto se ha ido perdiendo, con la gente en los pueblos y dejando las casas.
- Seguro que la ermita era como el centro de todos los que vivían por aquí.
- Sí, esto, la escuela estaba aquí.

Sale de la estancia y me pide que le siga. Giramos un poco a la derecha y frente a una amplia y hermosa terraza, magníficamente conservada y primorosamente empedrada, se para. Es un espacio rectangular bastante grande que me enseña lleno de interés indicándome que aquí estuvo la escuela. Pienso ahora algo que ya en más de una ocasión ha pasado por mi mente. Hoy, el corazón de todo este valle del Guadalquivir, los humanos lo han situado ahí, donde está el museo de la Torre del Vinagre y un poco el poblado del Coto Ríos, pero este corazón de ahora que el valle tiene siempre lo he visto y sentido como algo impuesto desde fuera y por lo tanto forzado y artificial. El poblado de Coto Ríos fue construido para traer a él a los que perdieron sus viviendas en el poblado de Bujaraiza y otros muchos cortijillos que derrumbaron por muchas zonas de la sierra. Lo de la Torre del Vinagre también fue forzado y no digamos nada los campings y todos los hoteles que por aquí han construido en los últimos tiempos. Todo ello ha sido forzado y construido en lugares previamente estudiados en detrimento y destrozando la realidad serrana de siempre.

Los serranos, en aquellos tiempos, habían descubierto y colonizado este valle de una forma mucho más lógica, natural y bella que la que tiene actualmente. Podría decirse que el gran valle del Guadalquivir tenía como dos corazones. Bujaraiza al final y la zona esta del Chaparral al comienzo. En su centro estaba el rinconcillo ese de la Loma de María Angela y todos los demás cortijillos que no eran corazón sino miembro, trocitos de los dos grandes núcleos. Claro está que cerca del Chaparral se encontraba el valle propiamente dicho, Arroyo Frío, Campillo, Tejerina y demás igual que por Bujaraiza estaba el Cerezuelo, Las lagunillas, los Casares y otros muchos. Pero lo que yo quiero decir es que en aquellos tiempos y por obra y amor de los serranos, este valle tenía una personalidad y se desenvolvía de una forma más natural que en los tiempos en que vivimos. Y claro está, como en los últimos tiempos casi todo ha sido forzado, construido casi con la misma fiebre y desacierto que en aquellos tiempos arrasaban los bosques, se ha destruido

lo más esencial: la identidad del valle y de la gente que en él vivían con sus costumbres, sus cortijos y su personalidad. Una pena porque aquello me demuestra una vez más lo mal que están haciendo muchas cosas tanto aquellos primeros como estos segundos.

Desde donde en estos momentos él y yo nos hemos situado ahora vemos muy bien ese grupo de chalés que se alzan a la izquierda, junto al carril, unos metros antes de llegar al Chaparral.
- ¿Pertenecen al cortijo o el dueño es el estado?
- Bueno, esas fincas sí son de aquí; lo que pasa es que este señor les cedió terreno ahí y entonces ellos hicieron sus chalés. Eso lleva ya más de treinta años. Ya hoy en día está esto tan mal que tenían que prohibirlo de raíz.
- ¿Por qué dices eso?
- Es que tenían que corta esto ya.
Sin darme cuenta y sin buscarlo parece que hemos llegado a un punto en el que él quiere sacar fuera algo que le duele mucho. Porque Eduardo que es serrano de pura cepa y por lo tanto lleva dentro los paisajes y las cosas de estas sierras, no está del todo de acuerdo con los comportamientos de algunos por aquí.
- Mire usted, yo le voy a decir una cosa: las casas que por ejemplo hay viejas de antes, si usted compra una casa o una finquilla o tierrecilla para usted hacerse un chalé o una casa, una casa que no sea... que es que a usted le hace falta esa casa para vivir; usted vive de alquiler y vive de eso... tiene unos dinerillos y va ahorrando con mil fatigas, mil apuros y coge y compra una casa que está ya de antes, vieja. Bueno pues eso ya tiene otra cosa. Yo cojo, voy al ayuntamiento, saco mi permiso, hago tal, mis cosas ¿no? Legalmente como Dios manda, está to puesto en sus escrituras, en el registro y está to bien controlao y está to eso... Bueno, hay de acuerdo, estamos bien. Pero claro, si por ejemplo hay un sitio que no hay una casa de nunca entonces autorizan que hagan más y más chalés y más casas y esto... y eso sí, el que la necesite. Tantos pobres, tanta gente que hay que está sin vivienda y necesitan esas viviendas, ¡hombre por favor! Eso también está... yo lo veo eso muy mal; a parte de que rompen la naturaleza, ensucian el agua, por los sitios y esto es una, una... Y luego también vienen persona, viene gente de por ahí. Tanto que se publica en la televisión y tantas historias y están echando basura. Usted lo puede poner ahí. Vienen de por ahí, de tos los sitios y que publique. Sí, sí, que yo soy muy limpio y muy curioso o muy curiosa o tal... No hombre, no. No van al contenedor a tiral la basura, se dejan las bolsas colgadas en cualquier sitio...

Yo soy guarda de aquí, de la finca del Chaparral y por eso mismo lo sé. Si quiere usted le enseño los papeles. Y voy abajo, al río en el tiempo en que se baña la gente, agosto, septiembre, tal... los meses estos del calor. Bueno, van a comer, pasan un ratico agusto; se dejan las latas junto a los ríos, se dejan todas las cosas arrumbás. Y eso no. ¿El por qué no podemos llevar una bolsa y meter las latas de la basura? ¿Y por qué no podemos todas las botellas, si consumimos allí lo que sea y coger esas botellas y llevarlas a los contenedores? Yo, mire, unas botellas que tengo aquí, mire, esto cojo, estas de plástico las quemo, pero estas no; estas las guardo yo aquí; luego mi hijo va muchos días a Cazorla. Cojo un saco, se las echo atrás en el coche. "Ya estamos con el ruido to el día atrás en el coche". No hombre, no; llévate las botellas pa ya y las metes dentro, tal... Bueno pues si to el mundo hiciera así no habría el problema de suciedad y luego no sé por qué no lloverá y por lo que sea. La naturaleza hay que conservarla y hay que mirar por ella. Porque eso es así. Sí, a la gente le gusta disfrutar la sierra y tal... venga, venga, pero no miran por ella. O es que no saben mirar o es que no quieren; no la sienten suya. Sí, sí, yo voy a disfrutar lo que pueda y si yo me dejo una lata allí en medio o me dejo cualquier cosa, me dejo... yo qué sé, marranerías porque muchas veces he bajado al río, por ahí, dando una vuelta por la finca, y es verdad y he visto una bolsa a lo mejor vacía por ahí y me la he traído; la he llenado de basura y me la he traído aquí. ¡Hombre!

Mientras Eduardo va sacando fuera de sí estos sentimientos suyos me va mostrando donde tiene las botellas vacías que luego su hijo se llevará a Cazorla. Me señala por dónde se encuentran los chalés y me dice por dónde está el valle y el río que él recorre buscando basura. Lo que yo sabía y siempre intuí de los

serranos es lo que Eduardo lleva dentro: enfado, disgusto y desaprobación del modo en que muchos, en estos días, tratan a estos montes y las cosas de estos montes. Y para que me entere bien de lo que piensa y quiere decirme me pone un ejemplo.

- No hace mucho, hace dos domingos o tres que hacía un tiempo muy bueno, había una familia abajo, junto al río y estaba comiendo y yo, pues, no me presenté a ellos de pronto. Yo los estaba viendo a ver ellos, a ver lo que iban a hacer. Nada, que uno que, un tío con barba, bien hecho y pilla la lata y hace así ¡paz!
Eduardo me muestra el cuadro escenificándolo y hace como si cogiera la lata y de una forma olímpica y despreocupada, la lanza al aire para recogerla luego con una gran patada.
- ¡Ala! La tira allí; la mujer con los papeles... "Bueno, vamos ya, bueno vámonos. Venga". Y ale, tira el marido pa riba, pin, pan. "Venga, vamos". Allí se dejan to. Digo: he señora por favol, a vel la basura que se han dejado ustedes ahí. Por favol hombre. ¡Hombre! Que me da apuros de decirlo, me da vergüenza, pero que haga usted el favol de bajal y coja la basura y se la lleva. El hombre allá en to lo alto. "¿Qué pasa, qué pasa?" Digo que haga usted el favol de bajal pa bajo y coja usted la basura esta que se ha dejado aquí, sino voy a dal cuenta de ustedes. "¡Ay que se me ha olvidado!" y tal. Bueno, ale, de acuerdo. Hay que estar encima de ellos.

***

Por detrás de nosotros, entre la terraza por donde debió existir la escuela y el lado de la urbanización de chalés, hacia la parte del Cantalar, pero aquí mismo en la puerta del cortijo, Eduardo tiene condensado una muestra de su cariño por la sierra. Lo miro y como deseo saber más cosas del rincón le pregunto:
- Y los patos aquí y las truchas ¿qué significan?
- Esto es gusto mío por la naturaleza; porque me gusta a mí tener estas cosas. No dan ninguna rentabilidad, pero me gusta tener animales.
- Y los letreros ¿para qué?
- Esos letreros aquí son porque mire usted, aquí antes dejaba la gente muchos perros sueltos que ya no los querían y los dejaban en la sierra abandonados. Entonces venían y dejaban los perros aquí y los perros pues se iban por ahí esturreaos. Me mataban las gallinas. Perros de estos que no están acostumbrados a ver animales, pues en cuanto ven una gallina o ven un pato de esto o una oca o ven lo que sea, pues lo matan, entonces yo por eso puse esos letreros. "Perros no, solamente los de casa". Porque los de casa están acostumbrados y mírelos, ahí están los perros mastines pequeñitos y juegan con las gallinas y na. Las ven pasar por su lado y no le hacen nada.

Miro de verdad y veo que también es de verdad lo que me está diciendo. En un trozo de cercado que hay por el lado de Cabeza Rubia, dentro, se mueven un montón de gallinas y palomas. Debajo del roble duerme un gran perro mastín y los cachorrillos, de dulce porque son primorosos, corretean de un lado para otro persiguiendo a las gallinas y ¿cómo sabrán los animales que todo es un juego? Ni las gallinas se asustan ni los cachorrillos les hacen nada. Mas bien unos y otros se divierten y hasta gozan sintiéndose amigos. El cachorrillo color canela, que es una auténtica monería, después de perseguir incansablemente a una de las gallinas sale de la cerca y se viene hacia nosotros. Se nos cuela por entre los pies mordiendo los pantalones sin hacer fuerza para no romper ni herir a nadie. Está jugando su juego y viéndolo tan pequeño, redondillo y regordete no tienes más remedio que pensar que su juego y él, todo se funde en un mismo punto. No son dos cosas, perrillo y juego sino una sola: juego convertido en perrillo. Una auténtica maravilla que hasta te llena el alma de ternura. Y tú ves, esto sí me gusta a mí: que el ser humano se rodea de animales, pero aquí, en el campo, por donde tienen tierra para sentirse libres y gozar de los paisajes y no ahí, encerrado en los pisos, subidos en las camas, en los sillones y revolcándose con las personas.

Como Eduardo y yo nos vamos moviendo desde la puerta del cortijo hacia el rellano que es por donde están los animales y él tiene su coche y yo el mío, nos acercamos al chorrillo de agua y al ver las truchas y ese montón de pequeños

letreros, le pregunto:
- ¿Sirven para lo mismo?
- Es que hay personas que no tienen cultura, se llama la palabra, que no tienen educación y traen niños los matrimonios y empiezan a meter las manos en la pileta, a toquetearlas con las manos. Esto está natural, como si estuvieran en el río. Y debajo hay muchas más que por eso se abrigan ellas ahí, porque así si llega alguien y yo no estoy, pues puede haber ahí seis o siete, pero de bajo habrá cuarenta o cincuenta. Además, yo las deshovo y to; yo les hago las cosas bien, yo las crío, estas son criadas por mí.
- Luego de vez en cuando alguna te comerás.
- No me como ni una. Para mí estas truchas son sagradas. No, no de verdad, ¡eh! Yo veo una trucha en la plaza, en las cajas aquellas y para no verlas me vuelvo y me voy.

Justo en estos momentos el juguetón del perrillo me muerde en los pantalones y no sé si será porque se han contagiado del juego de este cachorrillo, el caso es que las perdices, que también Eduardo tiene muchas por aquí, empiezan a cantar. ¿No había intuido yo que los serranos son los más respetuosos con la sierra? ¿No había intuido y dicho yo en algún sitio que como ellos nadie ama y conserva estos montes? ¿No había dicho yo que ha sido una pena ignorarlos, maltratarlos, humillarlos y expulsarlos de aquí porque ello ha resultado el más desgraciado de todos los desaciertos? ¿Acaso esta tarde Eduardo y este Cortijo de Chaparral no está respondiendo con certeza y confirmando rotundamente todas estas intuiciones mías?

Por estos días se va a celebrar en Sevilla la segunda conferencia Internacional sobre Reservas de la Biosfera que, convocada por la Unesco, se inicia con la participación de unos 400 expertos de todo el mundo, la mayor parte de ellos responsables de gestionar algunas de las 324 reservas declaradas en 82 países. Las Sierras de Cazorla y Segura fueron declaradas Reserva de la Biosfera en 1983 y, ahora tras aceptar la Unesco la inclusión de Las Villas, se ha convertido en la mayor reserva del país, con sus 214.000 hectáreas. Es por ellos y por su compaginación de esa declaración con la de Parque Natural, por lo que la experiencia de este espacio protegido será una de las notas destacadas del encuentro. Así, está previsto que, a través de paneles y ponencias, se expongan dos planes que se llevan a cabo en nuestro Parque Natural: por un lado, el convenio establecido con el AMA y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas para el estudio de la fauna y flora del Parque y por otro lado, los planes de vigilancia y conservación permanente, pionero en España y que permite diagnosticar problemas medioambientales del Parque y establecer los censos de las distintas especies que habitan en este espacio natural. El director conservador que estará presente en la Conferencia ha manifestado que demandará también mayores ayudas económicas de la UE a estas reservas y que las distintas administraciones se impliquen en la solución de los problemas de las mismas.

Y esta tarde aquí, en su cortijo del Chaparral, Eduardo me está dando una gran lección de amor por estos paisajes y me gustaría comentarle algo sobre el tema este de las reservas de la Biosfera, pero no lo hago. Quizá le resulte raro y bastante complicado que los científicos y otros hayan elevado a la categoría de reservas y no sé cuantas cosas más lo que él ha estado viviendo, tocando y respirando toda la vida de la manera más sencilla y normal del mundo. ¿Para qué tantas conferencias y tantos títulos universitarios si en su vida real él ha estado y está haciendo por la naturaleza mucho más que todos ellos? En esto como en otras muchas cosas él nos gana sobradamente.
- A mí me gustan mucho los animales, me gusta mucho la biología, me gusta mucho respetar las plantas, los árboles. Ahora, un árbol por ejemplo, si hay que podarlo, sanearlo pa que viva, porque claro, ¿no ve usted aquél árbol? Aquel árbol estaba ya seco, seco.
- Sí que lo veo; es un olmo.
- No, eso es una catarpa.

El árbol que él me indica y que está junto al corral donde el cachorrillo juega con

las gallinas, lo ha podado este mismo invierno. Dice que se estaba muriendo y que al cortarle las ramas ahora brotará y se renovará así. Ahí mismo crece un roble que nada más verlo te llena de asombro y eso que ahora todavía está sin hojas. En cuanto me fijo en él se me ocurre preguntarle algo serio, pero lo único que me sale es:
- ¿Cuántos años tiene?
- Ese tiene ya, pues tendrá... sí se los puedo decir. Aquel roble tiene tres siglos y por cierto, se lo digo muy fijo porque el dueño de esta finca, que ya murió, me lo dijo; que tenía tres siglos ese roble.
- Es grandioso ¿verdad?
- Y cuando está cubierto de hojas es asombroso.
- Ahora, yo he oído decir que por aquí, en algún rincón de estas sierras, existe un roble que es el más grande de todo el parque. ¿Sabes tú por dónde se encuentra?
- Eso está por un sitio que se llama la Fuente del Roble.
Y al oírlo por fin respiro. Tanto años persiguiendo saber por dónde crece el roble padre de todos los robles de estas sierras y aunque lo intuía nadie me daba una respuesta exacta. Por fin esta tarde Eduardo me da una buena respuesta. Conozco el lugar y sé que de verdad crecen allí robles que son catedrales de grandes. Hasta creo que lo tengo visto, pero no lo sabía.
- Te podría dar más datos, pero es mejor que tú y yo lo sigamos manteniendo un poco oculto.
- Lo entiendo bien porque conozco la experiencia del Tejo Milenario que por un afán de asombrar y dar la noticia más espectacular ahora lo tienen hecho polvo.

***

Vamos dando un repaso a las cosas que nos van viniendo a la mente y al llegar a este momento le pregunto por la finca.
- ¿A qué se dedica ahora?
- Esta finca se dedica a nada. Yo tengo un poco de tierra pa cultivar pa mi apaño de hortalizas y cosas de... tengo unas ovejillas, unos animalillos que están ahí detrás y solamente esto. Esto no tiene ninguna...
- ¿Ni de madera?
- De diez, doce o quince años hace ya que no se corta ni un pino. Antes sí había por aquí buenas siembras. Yo que tengo las ovejas siembro allí ese poquito de cereal pa luego si acaso quiero echarle un poquito, pero merece la pena comprar más que criar. Antes se sembraba mucho en los llanos esos de abajo, pero para segarlo luego, con la hoz aquella antigua, eso era matarse.
- ¿Cuántas fanegas tiene la finca?
- Unas cincuenta hectáreas o por ahí, tendrá esto.
- ¡Es grande!
- Y eso que se han metío estos señores de los chalés.
- Ahora que hablas de los chalés, esa gran casa que hay al otro lado y que se encuentra la primera, junto a la pista cuando se viene al cortijo ¿eso qué es?
- Eso es un campamento del Opus.
- Otra sorpresa. Y cuidando este cortijo ¿cuántos años llevas?
- Pues llevo ya treinta y cuatro años.
- El dueño tendría que dejarte la finca para ti.
- Pues hombre... No, la finca no, tenía que dejarme un roalillo; ya, ya, ya; pero que en fin, que si bien, bien y sino pues nada. Nos conformamos con lo que tenemos y ya está.
- ¿Y viene por aquí mucho?
- No, no viene mucho. Están en Madrid, pero que yo estoy muy agusto aquí con ellos.
- Pero por lo que veo, él de aquí de la finca saca poco.
- No, esto no da nada. Ya le digo, hicieron antes una corta y después ya nada. Además, si tampoco merece la pena. Primero que los árboles no se deben cortar.

Yo no estoy de acuerdo tampoco de que si se secan algunos pinos esos pinos había que quitarlos de enmedio ¿sabe usted por qué?
- ¿Por qué?
- Porque en las conchas de los pinos estos se crían muchos insectos, muchos

bichos y se van pasando a los otros. Sí, pero claro, tenemos el problema de que estos pinos se pudren y crían bichos pa los pájaros, que eso lo sé yo; y también tenemos una pérdida grandísima de madera en estos montes, porque yo he estado por la parte del norte, Navarra, Lérida, y por ahí no se ve un pino seco. Aprovechan las ramas hasta pa hacer papel y tos estas cosas y eso es una ganancia pa el gobierno, pa lestado y aquí se pudren los pinos. Si, siempre quedan para que críen bichillos, pero que esa madera es una lástima. Hay unos cúbicos de madera grandísimos. Por la parte de la Nava de S. Pedro pa ya, unos pinacos ahí y están en el suelo, y hay pinos que están buenos de madera. Y en fin, eso yo qué sé... es lástima.

Lo que yo pensaba el otro día es lo mismo que siente y piensa Eduardo. Están limpiando todos los montes de por aquí cerca; por la ladera de la Cruz del Muchacho y la umbría esta de Arroyo Frío. Todo lo que cortan, monte bajo, ramas de los árboles más grandes y árboles entresacados para que los otros puedan crecer más, todo lo queman aquí mismo. En una lumbre que encienden en el mismo monte, ahí lo queman todo. ¿No es esto una gran energía por completo desaprovechada? ¿Que para qué podría usarse? Para fabricar pasta de papel, como dice Eduardo, para cocer pan, que también hay muchos hornos en estas sierras donde se usa la leña para calentarlos, igual que en aquellos tiempos, para cocer cerámica, para hacer picón, también como en aquellos tiempos. Y recuerdo yo ahora que cuando era pequeño, el brasero que teníamos en la mesa camilla siempre estaba ardiendo con picón. Yo mismo he hecho muchas veces este picón de monte como jaras, jaguarzos, carrasca y lentisco. El mejor es el de jara y el de carrasca.

En Fin, yo ahora no caigo en más cosas, pero lo que sí sé es que el monte quemado en medio de estos bosques, cuando yo era pequeño, allá en Sierra Morena al norte de Córdoba, era toda una gran fuente de riqueza. Picón para los braseros, ramón para el ganado, leña para las chimeneas... Todo era aprovechado y bien aprovechado y, sin embargo, ahora parece que nadamos en abundancia de cosas, cuando la realidad es que carecemos hasta de lluvia para los campos. De acuerdo que son otros tiempos, pero porque el progreso de estos tiempos no está trayendo ni mayor dignidad y bienestar, para el ser humano en general ni tampoco está muy claro que vayamos por mejor camino que en aquellos tiempos, por esto y otras cosas, habría que pensar que lo que fue bueno, porque era fuente de riqueza en aquellos tiempos, sirve y sigue siendo bueno hoy. No hay que desaprovecharlo cuando precisamente tantas cosas son ya escasas sobre el Planeta Tierra.

Así que claro, Eduardo tiene razón. ¡Vaya que si la tiene!
- Mire que le diga, pues hombre, el gobierno sí puede coger un poco de aquí y otro poco de allí y tal. Pues algo es algo. ¿No? Los pinos que están malos se llaman "honguillaos", se puede decir "honguillados", es igual; hombre, según como uno hable. ¡Ea! Pues tos esas cosas, se pueden ir entresacando los que estén más malos y los buenos se van dejando; los demás árboles van creciendo.

Ya me voy despidiendo de él y mientras me va contando las mil cosas que ve y siente nos acercamos al horno. Se ve que lo construyeron en tiempos muy lejanos, porque aquí a la derecha del cortijo, pegando al roble, es exactamente igual a otros muchos que he visto en los cortijos que se desmoronan por estas sierras, que son casi tantos como los pinos secos de Eduardo. Me entra curiosidad por este horno porque precisamente de estos hermosos y pequeños hornos para cocer el pan en estas sierras, yo sé poca cosa, y por eso le pregunto:
- ¿Funciona o no?
- Ese horno funciona, claro. Mi mujer hace todavía pan como antiguamente, en tiempo de invierno y tortas y dulces que se cuecen con leña.

Al llegar a estas alturas, como creo que tengo datos más que suficientes para conocer más a fondo este cortijo del Chaparral, voy ya disponiéndome para despedirme y es en estos momentos cuando me dice:
- Antes de terminar me gustaría todavía decir dos cosas.

- ¿Que dos cosas quieres decir?
- Que yo me llamo Eduardo Perales. Soy el que ha publicao estas cosas de aquí de la sierra de Cazorla y que quiero que esto siga pa lante y que to salga bien. Que to marche a la perfección.
- ¿Y la otra cosa?
- Bueno, aquí hay unas monterías, una cacerías que van descastando, creo que hay muchos gamos. Pero ya no hay que hacer más descaste ni matar más animales ni más gamos de estos. Porque ya quedan muy pocas especies de animales de estos. El que vive aquí en la sierra fijo to el santo año, un año y otro año y año pa lante, pues se da cuenta de que quedan muy pocos animales; y esos que quedan hay que protegerlos ya, que ya está bien de cosas. No matar tantos animales y no hay que hacer tantas monterías con los monteros. Un señor que tiene muchos millones de pesetas ¿el por qué vamos a concederle permiso a ese señor? No, hay que dejar ya los permisos y dejar también en paz a los animales, que ya está bien.

Antes había aquí muchos animales; hasta en la puerta de mi casa. Se comían las pámpanas de las parras y to lo demás, pero ya no es lo mismo. Se ve un forestal con un señor; ale, vamos a matar un jabalí, a matar una gama, a matar tal. No se puede matar ya más nada, porque ya quedan muy pocas especies. Jabalíes sí hay bastantes, pero ese aún medio se defiende. No es como antes cuando estaba aquí el corzo y se perdió y entre unas cosas, pues que ya no tenemos una especie en el Parque. Y como sigamos descastando, haciendo descastes de estos, matando animales, gamos que creo que dicen hay muchos, pero eso es incierto; porque yo sé muy bien que hay muy pocos gamos y muy pocos ciervos. Y estamos dale que te pego, matando esos animales. Ya, por favor, que se acaben ya las matanzas de los gamos y de los ciervos.
- Eduardo ¿a quién le dedicamos estas cosas que tú acabas de decir?

EL TEJO DEL CHAPARRAL -2 ~

Ya había empezado yo a despedirme del cortijo y me iba satisfecho, fundamentalmente por dos cosas: por la gran amabilidad de este Eduardo, experto en las sierras de este Parque y por lo mucho que, en tan poco rato, he aprendido de él. Ya empezaba yo a marcharme tan repleto de esencias de este rincón cuando al mirar hacia la pileta donde nadan las truchas, veo el tejo. Crece en la misma puerta que franquea la valla por donde nadan las truchas, se recrean las ocas y hacen la rueda los pavos reales. Que por cierto, según Eduardo, son los únicos pavos reales que hay en toda la sierra, cosa que me creo con los ojos cerrados. Y a pesar de que estoy hondamente sorprendido por la cantidad de maravillas que esta tarde he podido descubrir y gozar en este magnífico cortijo, cada rato nuevo por aquí algo diferente me sorprende. Es el caso del tejo que aunque lo tengo visto desde hace un rato, ahora que me voy no quiero alejarme sin saber algo de él.
- ¿Nació por su cuenta en este lugar?
- Ni mucho menos; lo planté yo.
- ¿En qué año fue eso?
- Eso... pues el tejo tiene ya... pues catorce años. Lo traje pequeñito del Cabañas y en to este valle no hay ni un tejo, nada más en absoluto. Va usted recorriendo casa por casa y verá usted como no encuentra ningún tejo como este. Yo soy caprichoso por las plantas. Me gustan muchas las plantas y mayormente el tejo; es una planta que está protegida y es un árbol bonito. Y aquí está, en este cortijo del Chaparral.

Oyendo a Eduardo hablar de su cortijo y de su tejo, con tanta emoción y cariño no tengo más remedio que acordarme que dentro de unos días se celebra el día Forestal Mundial. Y como siempre ocurre, unos y otros, lanzan declaraciones como:

Cuando uno ve y toca lo que yo he visto y he tocado esta tarde en este perdido, pero gran cortijo del Chaparral y luego oye a unos y a otros decir las cosas que dicen, a uno le cuesta mucho armonizar las dos realidades. Es lo de siempre: las palabras y las teorías son una cosa y los hechos reales de la gente sencilla, son otra muy distinta. Aquí están los sencillos, los humildes, los FALTOS DE CULTURA AMBIENTAL, dándonos ejemplos magníficos que echan por tierra todas las teorías

y planes científicos.

LA LEYENDA -3 ~

Cuando nació la niña, sus padres se la llevaron a los pastores que vivían en el cortijo del Valle y conforme fue creciendo iba conociendo a todos los que por el Valle tenían sus huertos y guardaban su ganado y como la niña era tan hermosa como los rayos del sol más puro, todo el mundo la llamaba Rosalinda y en cuanto fue algo mayor, un pastor joven del Valle suyo, se enamoró de ella y aquello fue tan hermoso, que el mundo entero y el rincón en su centro, se les torno sueño.

Pero como la envidia humana siempre ronda en las almas y corroe los corazones de las personas, un día que soñaba le dijeron que sus padres no eran los del cortijo del Valle sino unos guerreros que en tiempos remotos habían pasado por las tierras y el nacer ella, por aquí la dejaron y esto, al saberlo la niña rubia, se sintió morir y como el corazón se le llenó de tanta tristeza, enfermó y al poco tiempo murió.

Junto al monte redondo que mira al sol de la tarde y tiene su roca en la cumbre, enterraron su cuerpo y desde aquel tiempo hasta hoy, siempre que se pone el sol, al dar los rayos sobre las piedras parecen que estas fueran de oro o que ardieran y por eso dicen que este monte se llama Cabeza Rubia y todo sigue siendo como un sueño para recordar la belleza del pelo de fuego de aquella niña que medio fue hija de pastores y otro poco medio princesa y murió de pena, entre varios amores y se llamaba Rosalinda y todo, según cuenta la leyenda.

POR LA CERRADA DE LOS TEJOS 30-4-94

Por los barrancos llenos de pinos y coronando las rocas, allá entre hierba y narcisos, por donde en silencio brotan los primeros manantiales que bajan y al juntarse ya son el Guadalquivir, por allí estuve yo llenándome de Dios. Sintiéndome pequeño en este jardín tan bello y agradeciendo a mi creador que una vez más me deje gozar de este edén, sus flores y sus cascadas.

En la cañada, donde la pista que sube de la fuente Prado de la Abubilla, traza la gran curva, por aquí empiezo la ruta. Me voy por la misma raspa del espigón encerrado entre el arroyo de la Tejadilla y el río Guadalquivir. Al final, donde las rocas están rajadas en finos gajos de naranjas y en la atalaya de la casa forestas de Los Rasos, me vengo hacia la derecha y bajo al Guadalquivir. Sigo cauce arriba, subo por la cascada o cerrada de Los Tejos y junto al gran tejo milenario de la ladera, me paro a comer. Son las tres de la tarde y ya he recorrido más de la mitad de la ruta que hoy pienso hacer. Como otras muchas, esta ruta no va por senda ni pista forestal, aunque sí hay momentos en que engarza con algún trozo.

Por estos barrancos y cañadas existen o existían las sendas dichas. Pero ya están muy rotas por la erosión y el desuso. Hoy tampoco las he seguido, sino que desde el gran tejo, me he venido a media ladera hasta la fuente del Majuelo, de la liana y de la hiedra. Desde aquí sí he subido por el barranco por una pista que sobre el camino, trazaron los de Icona. Es un trazado sin acabar y por eso casi no podría llamarse pista, pero el caso es que sube bien visible y es por ahí por donde me he venido. Este es, muy resumido, el recorrido o ruta que hoy he andando, pero como es mucha más rica en belleza y matices, ahora voy a entrar en detalles siguiendo paso a paso lo recorrido.

CURVA CAMINO COLLADO DE LOS GAMONITOS 10,30 -12 /-2 ~

Y, sin embargo, yo hoy, andándolo por lo alto de la cuerda, he tardado más de cuatro horas siguiendo por la línea más alta. No es poca cosa, sino gran cosa, cargada de espléndidos paisajes, abundante agua tanto al comienzo del barranco de las Abubillas como por el arroyo de la Tejadilla y el Guadalquivir.

Pero hoy quiero empezar describiendo este espléndida y potente rincón dando gracias. Dejo el coche junto a la pista, cargo con mi pequeño zurrón, la máquina de

fotos, la de video y bajo por el trozo de pista cortada que va por las tierras del antiguo camino. Es una mañana espléndida porque ya está explotando la primavera es estas sierras. La hierba estalla verde, canta el cuclillo, arrullan las torcaces, cantan mil pajarillos inquilinos de los pinos, se oye la corriente a un lado y otro y brilla el sol sobre los brotes nuevos de los majuelos.

Me arde el gozo en el alma y lo único que se me ocurre, es decir "gracias". Me parece mentira estar hoy de nuevo andando por las alfombras verdes de este edén y respirando su aire limpio. Tengo mucha suerte que se me repite una vez y otra sin mérito ninguno por mi parte. Abro los ojos y no estoy soñando. Es real lo que ahora mismo piso y como estoy convencido de la belleza única y singular de este edén, me siento afortunado y de aquí que el grito se me escape desde lo más hondo del alma: ¡gracias Dios mío!

Un día más, una vez más, me has dado la oportunidad de poder visitar tu edén. De poder encontrarme aquí contigo, entre tus florecillas, tus manantiales, tus pajarillos, tus prados verdes, tus rocas, tus pinos, tus silencios, tu viento puro y tu paz. Una vez más me traes aquí para enseñarme tus secretos, tu amor, tu figura, tu gozo y tu grandeza. Sé que no merezco premio tan grande y menos aún merezco que confiadamente pongas en mis manos y antes mis ojos este frágil y delicado paraíso tuyo. ¿Por qué lo haces, Señor? ¿Por qué me quieres dar tanto y a mí que soy tan poco cosa? ¿Por qué me tratas con tanto cariño? Yo sé que estás aquí. Lates en cada silencio, roca, pino, cumbre, cielo y nube. Lates aquí porque oigo tu respirar y de ello que me asombre aún más. Además de traerme otra vez a este tan bello jardín tuyo, además de permitirme la entrada gratis y preparar para mí esta sinfonía de arroyos y bosques, además de ofrecerme con amor, el mejor de los paraísos, además de todo esto, te vienes aquí conmigo por estos montes tuyos y desde ellos, me hablas, me enseñas tus secretos, tus dulzuras, tus melodías, tus caminos y la belleza de los seres que pasees.

Por eso ahora miro a mi alrededor y me parece ver el mundo por primera vez. ¡Y es hermoso este mundo! Aquí azul, allí amarillo, allá verde, el cielo y el río que corre, el bosque y el monte que mezcla su misteriosa belleza y aquí en el centro, yo despertándome, poniéndome en camino hacia mí mismo y hacia el centro de la creación. Hoy veo el azul, azul, el río, río, aunque dentro de uno y otro sé que vive escondido lo único, lo divino, Tú, Dios mío. Y hoy sé que precisamente tu característica principal es el ser aquí amarillo, allí azul, allá cielo, más cerca bosque y yo aquí. El sentido y la realidad no se encuentra detrás de las cosas, sino dentro de ellas, dentro de todo. Gracias Dios mío, por traerme a este paraíso tuyo y enseñarme, a través de él, el camino que lleva hasta tu amor. Gracias.

Ya he bajado los primeros quinientos metros. Es el trozo de pista cortada que llega aquí, al collado donde en realidad arranca el espigón que voy a recorrer, se va hacia la izquierda buscando salvar por arriba el arroyo de la Tejadilla para irse luego repecho arriba hacia la cumbre del Gilillo. Por ahí anduve el otro día. Hoy, aquí en el collado, dejo la pista que se vaya con su curva hacia la izquierda y sigo recto. Aquí mismo existe una pequeña llanura ahora toda verde y llena de hozadura de jabalíes. Si me vengo un poco hacia la derecha, piso ladera del barranco de las Abubillas; si me voy otro poco para la izquierda, la ladera que piso pertenece al barranco de la Tejadilla. Por eso, yéndome por el lomo de la cuerda, mantengo el equilibrio entre los barrancos y ello, al mismo tiempo que los domino a los dos desde mi altura, los voy gozando y escrutando en un intento de formar un sólo paisaje de dos barrancos con sus arroyos y la colina o espigón que los separa o más bien los conforma.

Es este un lugar virgen. Y lo digo porque no hay turistas y creo que quizá no los haya nunca. Por aquí ni siquiera existe senda para andar a pie. Por eso ya es difícil recorrerlos a pie, por la incomodidad y el cansancio que ello supone, cosa que a mí me gusta, pero que a ellos no les agrada demasiado o por lo menos a un buen número. La tierra de esta loma, como suele suceder en muchas partes del Parque, es fértil. Aquí mismo, a unos metros del arranque de esta colina, existe una preciosa pradera. En su centro y a los lados está guardada por los robustos y siempre

majestuosos pinos laricios. A su vez, formando armonía y amistad, por aquí y allá crecen los majuelos, la hiedra, los piornos. Desde lo alto del picacho que hay delante de mí y que se alza arrancando desde la misma cresta de la loma, ha rodado una piedra. Bueno, han rodado muchas piedras rotas por la nieve y el viento. Pero mi piedra es especial. Grande, casi redonda, blanca porque es caliza y solitaria. Parece una estatua. Se ha quedado clavada en el rincón más bello de la pradera. Como una estatua o un monolito que algún ser humano hubiera puesto en este lugar. Pero desprende mucha más belleza que la que tendría si hubiera sido puesta por los humanos.

En la misma pradera, algo más próximo al picacho y volcando hacia la derecha, es decir, en lo que es vertiente del barranco de la Abubilla, se alza un magnífico juego de rocas. Son varias en casi todas las formas menos redondas. Estas no han rodado desde el picacho sino que son de aquí; han nacido aquí. Son puntas, trozos de lo que bajo tierra es un bloque rocoso. Lo que aflora, lo que se ve adornando la pradera dentro del hermoso desorden, son trozos de entre medio a dos metros de altas. Me acerco para conocerlo, para curiosearlo, para tocarlo y antes de llegar, varias torcaces alzan vuelo. Descubro que esto es un comedero. Hay cebada desparramada, pisadas recientes, excrementos, tierra suelta. Aquí le echan de comer a las palomas que revolotean por los pinos de estas laderas.

Por estas épocas, en los pinos del Parque, anidan y viven muchas tórtolas y tres especies de palomas. La torcaz, la zurita y la bravía. Son aves que poseen cuerpos rollizos, cabeza pequeña y patas cortas. Todas puede volar con mucha rapidez. La paloma zurita y la bravía son casi igual de grandes. Treinta y tres centímetros más o menos, siendo la zurita la que a menudo se encuentra junto a la torcaz. A partir de estas fechas en adelante, su alimento favorito en estas sierras, son los piñones del pino laricio. La torcaz es una devoradora incansable. En el buche de una de ellas, atiborrado a reventar, se han encontrado 190 hayucos que pesaban 69 gramos en total. En otras se encontraron las cantidades siguientes: 119 hayucos, 139 granos de trigo y 78 de cebada, en una; 1.131 granos de trigo y de cebada, en otra y 36 bellotas de un peso total de 81 grano en la última. Uno se pregunta cómo les cabrá todo eso... Cuando la torcaz se dedica a los insectos ingiere muchísimos. En una sola comida engulle hasta 950 larvas y crisálidas de pequeñas mariposas de los bosques.

Como en invierno se desplaza en bandadas de varios centenares, su paso por el campo deja huellas. Algunas torcaces habituales en nuestros bosques proceden del norte de Europa. Migran hacia el suroeste a razón de 50 a 90 kilómetro diarios. Es decir, vuelan durante una o dos horas cada jornada. La torcaz es la mayor paloma de nuestros bosques. En primavera, culta por los follajes, escapa a menudo a la vista, aunque sus arrullos, que resuenan en todas partes, traicionan su presencia. Se han habituado a vivir cerca del hombre y anida hasta en algunos parques de grandes ciudades donde alojamiento y seguridad.

Desde este punto diviso perfectamente la ruta que hace unos días hice, desde aquí hasta la misma cumbre del Gilillo.

LA GRAN TRUCHA -3 ~

Y va de flor en flor la brisa preguntándole su nombre, porque inquieto estoy y sediento de cosas lejanas. Retirada, a mis espaldas, van quedando las cumbres del Puerto Lorente con el pico del Cerro del Púlpito, más a la izquierda el pico Villalta y el Aguilón del Loco. Voy dejando la pequeña pradera donde comen las palamos y subo un poco este primer pico de la loma por donde ando. Me vuelvo hacia el arroyo de la Tejadilla y esquivo las rocas que se elevan sobre la joroba. Según la ciencia de la geología, este puntal que voy recorriendo es un anticlinal: pliegue o estrato que forma un saliente en forma de una A. Si fuera un saliente en forma de V, sería un sinclinal, pero en realidad lo más sencillo, es decir, que la cuerda por donde ahora me muevo, es una loma con una altura máxima de 1400 m.

Se parece a una gran trucha con la cabeza un poco achatada. La cola la tiene

donde he dejado el coche y la parte del morro y la cabeza algo chata, delante. A lo largo de su lomo, por donde la trucha tuviera la aleta superior, este pez mío geológico, tiene una gran joroba similar a la de los camellos. La llanura donde comen las palomas es el pequeño rellano antes de la primera joroba empezando por la cola. Ahora me encuentro pisando la primera chepa y bajo hacia la curva entre las dos corcovas. Donde podría sentarme si esto fuera un camello de verdad. Pero ya he dicho que se parece más a una enorme trucha que en el lomo tuviera las ojivas de un camello.

Por eso, cuando antes decía que este rincón para mí si es gran maravilla, pensaba en lo siguiente: si pudiera coger esta trucha y con todo lo que contiene, sus jorobas, sus dos caños de agua a los lados, sus mil gruesos pinos laricios ya viejos, secos algunos, repletos de muérdago otros, sus majuelos, sus torcales, sus estatuas rocosas, sus florecillas, sus silencios, su paz, sus pajarillos y el azul del cielo con los gamonitos y la cabeza chata, si pudiera cogerla y así tal como la estoy gozando yo y fuera capaz de situarla en la entrada de Sevilla, por ejemplo, estoy seguro que esto tan nada, en aquellos lugares sería una gran maravilla. De lo que se puedo deducir que este rincón, en medio de las cumbres y ríos de este Parque, sí queda pequeño porque los paisajes que le rodean son de mayor entidad, en volumen, que no en belleza. Sacado de aquí, lo que es lo mismo, mirado desde aquí mismo, pero sin compararlo con ningún otro trozo de sierra, es grande, muy grande, muy bello, muy lleno de profundidad, de encanto, de perfume a lejanías y a historia.

Y aquí no hay sólo una hoja de hierba, sino muchas pequeñas praderas entre los majuelos y las rocas, entre las grietas de las rocas que se rompen con la lluvia, entre los cascajales que se derraman hacia el valle del Guadalquivir. La hormiga que ahora mismo veo subir por la rama del pino seco, es igualmente perfecta. El pino es un bello ejemplar de laricio. Nació hará unos treinta años aquí mismo, en lo más alto de la cumbre. Clavó sus raíces en las rocas y al lado sur, mirando al Guadalquivir, creció hermoso. Durante muchos años resistió los vientos helados que desde la cordillera del Cabaña, descienden en los días de invierno. Resistió las grandes nevadas que también en los inviernos, año tras año cubren estas sierras. Resistió las heladas en esas largas y crudas noches de enero. Resistió las ventiscas, el sol asfixiante en los meses de verano. Resistió las sequías otoñales y los fortísimos vientos que Guadalquivir arriba ascienden hacia las cumbres. El pino es ta recio, tan fuerte, tan magnificamente preparado para la dureza de estas cumbres que nadie podía aventurar la suerte que luego, después ha corrido.

Porque hoy, este singular y extraordinario ejemplar de pino laricio, aunque sigue clavado en su roca encima de su atalaya, ya no está verde como en aquellos tiempos. Hace dos otoños, la tormente descargó sobre él, le alcanzó el rayo y desde las raíces hasta las copas más altas, lo dejó achicharrado. Poco días después todas sus ramas se tornaron pálidas y el viento del otoño lo despobló de hojas. Cuando las nieve se amontonó en su copa ya sin vida, ésta cedió por el peso, se dobló hacia el lado norte y se partió. Así acabó su vida uno de los gigantes del Parque. El fuerte, el bello, el rey de las cumbres, el que desafió al tiempo sin inmutarse desde lo alto de su cumbre, el que fue testigo del silencio y la soledad, dejó de vivir un día y se marchó de estas sierras para siempre.

Ahí lo estoy viendo y aunque todavía sigue siendo bello y único, ya está seco. Doblado hacia la tierra con sus ramas rotas y el tronco casi pelado. Cruje un poco cada día bajo los rayos del sol y se desmorona un trocito cada tarde empujado por el viento de estas cumbres. Aquí, frente a la roca redonda, amiga y compañera desde los años en que era pequeño hasta hoy que ya se muere, me siento. Aunque sí tengo prisa porque ya el sol brilla coronando las cumbres de Peña Juana y Puerto Pinillo, no tengo prisa porque ya sé bien que en estas sierras tengo que hacerme a ellas. Respirar con ellas y adaptar mi ritmo y latidos, al suyo. Y el suyo es lento. Sin concepto del tiempo o quizá otro concepto distinto al nuestro.

Lo miro, lo observo despacio y me dejo abrazar por el mismo viento que lo roza. Puede que el próximo invierno se tronche del todo y sus ramas se despeñen por la

ladera hacia el río. Quizá esto suceda y yo ya no estaré aquí para verlo porque, además, es posible que no vuelva por este trozo de sierra en muchos años. Hasta puede que no vuelva nunca más. Es la primera vez que vengo y no volveré más. Este pino no está junto a un camino para llegar a él con facilidad, sino en una zona rocosa y alejado de la pista por donde pasan los coches, por si alguna vez más volviera por el lugar montado en coche como los turistas.

La que viene Guadalquivir arriba desde el poblado de Vadillo hasta el nacimiento del río, ahora mismo la estoy viendo allá en lo hondo del valle. De vez en cuando sube o baja por ella un coche y adivino a sus ocupantes. Ellos no pueden verme a mí y ni siquiera se imaginan que por estas cumbres pueda haber alguien sentado en el centro del día, en una roca redonda tallada por la lluvia y rodeada de majuelos, hierba y otros pinos pequeños, frente a un gigante seco que se cae a trozos. Los turistas que suben por la pista van en sus coches y no me ven ni lo ven y en cierto modo me alegro.

Todavía hay cosas en estas sierras que no están al alcance de cualquiera. Todavía hay cosas que ellos ni pisan ni ven ni ensucian. Todavía hay paisajes con su paz y sus inmaculados y transparentes silencios de siempre. Todavía y de esto me alegro por la belleza que por un tiempo más seguirá intacta sobre las cumbres de estas sierras. Hoy, y puede que por un tiempo regularmente largo, siguen latiendo aquí aquellos hilillos que Juan Ramón recogía en su Platero: "la cumbre. Allí está el ocaso, todo empurpurado, herido por sus propios cristales que le hacen sangre por doquier. A su esplendor, el pino verde se erguía, vagamente enrojecido; y la hierba y las florecillas, encendidas y transparentes, embalsaman el instante sereno de una ausencia mojada, penetrante y silenciosa".

COLLADO DE LOS GAMONITOS - 4 ~

Me he venido por el lomo de mi hermosa trucha dormida, apartando el monte con mis manos, saltando de una roca a otra, respirando de vez en cuando frente al barranco de la ladera del Gilillo o frente al otro, el de Navahondona hacia el Guadalquivir. Me he venido poco a poco por esta trucha pétrea, tapizada de bosques y surcada de arroyuelos por la barriga, arrullada por los picapinos y empedrada de irregulares, pero bellas rocas blancas. Por aquí me he venido, sin camino, desde donde se convierte en polvo el pino seco. Allí lo he dejado con su esqueleto alzado hacia las nubes y ahora ya estoy por el Collado de los Gamonitos. Conforme voy llegando vengo cantando gracias a Dios por este nuevo paraje, en el centro de este singular concierto de picos sin fin.

Ya voy por más de la mitad del camino entre la cola y la cabeza de esta larga, estrecha, regordeta, pero bella loma. Subiendo hacia la última joroba del camello, antes de llegar a al cabeza, es donde crece este denso gamonal. En la pequeña pradera que se derrama desde la joroba hacia la curva del lomo. Por aquí las rocas son piedras sueltas y esparcidas por el rodal de tierra que forma la pradera.

Hoy este rasete está repleto de verde. Hace tres semanas se derritió la última nieve de la colina y como en esta zona da el sol bien de lleno porque es solana, la hierba brota enseguida y a continuación florece también rápidamente. Es una primavera muy corta y las plantas lo saben. Tienen que darse prisa para en este espacio de tiempo florecer, granar y esparcir las semillas antes de que el sol las seque plenamente.

En esta sencilla, pero deliciosa y magnífica pradera, abunda, en gran cantidad, el gamón o gamonito: Asphodelus album miller; asfodelo blanco. Esta especie es la más abundante de las tres que se dan en el Parque. La nuestra, la que ahora mismo se extiende ante mí llenando la pradera, es muy característica; con recios tallos erectos que lleva una espiga de grandes flores blancas o rosáceas.

Por la gran pradera, los gamones aún no han crecido mucho porque la primavera ha llegado hace unos días. Todavía hace mucho frío en las noches de estas sierras. Pero ellos ya han brotado y al paso de la brisa se mecen limpios y

verdes. Se desparraman desde el bosque, donde se amontonan las rocas y caen hacia el centro a un lado y otro. Atravieso por entre ellos con mis ojos clavados en el montículo rocoso, catedral de ensueños en la soledad de estas cumbres. Me late el corazón y dentro se me amontonan las sensaciones.

Después de tanto tiempo, todavía no he aprendido como comportarme y presentarme a estos paisajes. Los gamones me lo recuerdan:
- Fíjate que somos lo más parecido a un grupo de niños. Con este sol que ahora nos acaricia, jugamos al corro con el viento, saltamos alegres, con las rocas formamos pandillas, con el horizonte reímos sin fin y con el bosque besamos las estrellas. ¿Quieres aprender algo nuevo?
- Quiero dar un paso más hacia el latido de este bosque y el corazón de vuestra sonrisa.
- Tú conoces algo el camino y también un poco de esa dimensión.
- Pero aún ando empolvado y contaminado de la materia que me rodea y la carne del cuerpo en que vivo.
- Pues avanzar es fácil: Olvídate de los libros, de las cosas en tu cotidiana vida, deja tu mente en blanca, relájate y nada más.

Hago la prueba y sin dejar de andar me voy acercando a la roca. Me he perdido. Como tantas veces, me he perdido porque antes la grandiosidad de lo que me rodea quiero responder con grandiosidad, con asombro, con espectacularidad olvidando las reglas, principio de todas las bellezas: Lo sencillo, lo pequeño, lo natural, esto es lo hermoso y grande y no lo contrario. Por el lomo de mi hermosa trucha pétrea, los gamonitos se derraman verdes y silenciosos. Son el preludio de la primavera y la antesala de todas las bellezas cuando las nieves se derriten en estas cumbres. Como en un sueño, limpia mi mente de todo pensamiento, dejo en libertad mi cuerpo y me pongo en brazos de la armonía que me envuelve. Todo es sencillo y gozo. Los gamonitos verdes y silenciosos del montículo rocoso, palacio bello donde los haya, se desvanecen. En una pradera inmaterial nos fundimos y somos los mismos; mejor: somos todas las cosas.
- Este eres el tú auténtico hermanado a nosotros en el rincón donde nace la vida.

Castellones, en el lenguaje serrano, se llama al pequeño montículo sobre una colina o valle cubierto o coronado de rocas. El más famoso y conocido por aparecer en casi todas las guías, son los Castellones del Valle, ahí por el cruce de la carretera con Vadillo y la del Tranco. Pues esto que ahora mismo yo estoy pisando también podrían ser castellones. Es decir, castillo. Forman un grandioso conjunto de rocas que en lo alto de un montículo se han ido desmoronando, rajando, puliendo, tallando a su libre albedrío. Algunas parecen columnas que a un lado y otro sujetan bloques más grandes. Otras son como enormes torres en lo más alto. Hay otras que forman escalones, repisas, rellanos, cuchillos, agujeros, grietas, curvas... Todos son trozos del gran bloque del cerro. Este se desmorona poco a poco, pero no de una forma ordenada, sino libremente.

Lo recorro de un lado a otro y es aquí donde encuentro la belleza: en su desorden. En su desigualdad. No encuentro una roca que sea igual a la otra. Pasa lo mismo en todas estas sierras. Todo se repite una y mil veces, pero nada es igual. Y es que el universo entero tiende al desorden manteniendo al mismo tiempo el orden y la armonía más perfecta. Por eso este desorden, esta impresionante muestra de irregularidades que ahora piso, es lo más bello que nunca he visto. Jamás los humanos, con toda su ciencia, podrían nunca construir catedral semejante a esta. Los recorro relajado, sin inquietud, sin prejuicios, sin prisa y es verdad: resulta como un gran escaparate, como un muestrario gigante de juguetes y fantasías. Mi primer impulso es igual al impulso de cualquier niño frente a una tienda de juguetes. Lo quisiera coger todo, tocarlo todo, llevármelo todo, porque parece que de no ser así, no seré feliz. No sentiré gozo, no me encontraré agusto. Pero recuerdo ahora que en algún sitio leí que mejor que poseer, es ser y hacerme materia en lugar de poseer está materia y sin tardar descubro la diferencia. Me doy cuenta que es infinitamente más profundo y contagia mucho mayor gozo. Además, descubro que esta actitud es la más correcta, la más limpia, la más perfecta para la unión exacta con estas sierras. Para no ser uno yo y otro ellos, para no herirla

alejándome de mí y separarnos ambos de ese punto donde todo somos uno.

Las miro, las acaricio, las amo con la limpieza y alegría de un niño y sigo adelante. Subo a la cumbre, me adentro por las grietas de las rocas abiertas, toco sus paredes, acaricio el tronco del pequeño árbol creciendo en un de los agujeros de estas paredes, observo el pico del Gilillo por entre los dos monolitos formando equilibrio en lo más alto de la masa pétrea, salto hacia atrás buscando otra perspectiva para fotografiar la que parece la torre de todas las torres. Me deslizo por la pared del lado norte, avanzo dos o tres grietas cada paso, salto el escalón de la derecha donde las rocas están más desmoronadas, dejo atrás las esculturas que la lluvia pulió magníficamente, fotografío otra escultura, vuelvo a arrastrarme para bajar un poco más, saludo al barranco del arroyo pequeño, el del río se queda a mi derecha y después de casi una hora por entre las riscas blancas de este singular castillo, piso de nuevo tierra fértil. Es el collado después de la última joroba dirección a la cabeza de la trucha.

Llama mi atención, perdida por entre las flores de las rocas, jacintos de Cazorla, un pajarillos lleno de luz que sobre el verde prado canta y revolotea sin parar. Sigue el cielo claro, pero transparente de azul y de los pinos cercanos cae un leve concierto de trinos dulces. Por algunos trozos de estas sierras ya se nota más la primavera. La vida hierve a aunque el clima no acompaña, los pequeños habitantes de los bosques, los arroyos y las rocas, ya se desperezan. Antes de alejarme me vuelvo para atrás. Miro por última vez el empinado riscal que acabo de atravesar. Por el lado opuesto, es decir, por el Barranco de la Tejadilla, desciende en vertical un profundo abismo. Toda la pared se le ve repleta de majoletos que con sus intricadas raíces metidas por entre las rajas de las rocas, se mecen al aire repletos de vida. También suavemente se mueven las ramas de los pinos al paso del vientecillo que recorre la loma.

No hay más ruido en todo el rincón que el latido de mi corazón, el canto de los pajarillos, el silbar del viento y el suave aleteo del viejo arce clavado en las rocas. El día pasa casi imperceptible. Se desliza sereno hay silencio derramado entre estas sierras y por entre el lado invisible de mi alma. Un justo sentimiento me corre ahora mismo por dentro. Me noto como si estuviera ahora mismo recién despertado de un sueño. Mientras he estado durmiendo, mientras he andando por los destrozos del castillo pétreo que dejo atrás, ha sido sueño, pesadilla. He amado con detenimiento cada trocito de cada roca, cada arista, cada brizna de hierba con su gota de rocío y su temblor diminuto. He sido feliz hasta el exceso recorriendo estos paisajes envuelto en su silencio, su color blanco, el viento y la soledad. Ahora cuando despierto, cuando ya me voy alejando de esta riscalera, siento como si de pronto lo perdiera todo, separandome de aquí violentamente para siempre.

Puedo pensar y por un momento este sentimiento corre por mi alma, que ha sido un sueño. Que no es real el monte, que no existe. Que sólo es un deseo de paisajes, fantasías de mi mente. Y precisamente porque me estoy separando, siento tristeza. Busco los rayos de solo que acarician a los pinos laricios que deliciosamente se reparten por la cuerva de la loma. En pasando el pico rocoso que acabo de dejar atrás, se abre una pronunciada ladera y aquí, en las tierras de la loma, se abre una nueva pradera que entre peñascos y pinos, revienta de verde. Es muy buena la tierra que en este rodal se concentra y como el sol, a lo largo del día, le da de lleno y fuerte, la hierba ya ha brotado aunque por algunos sitios se ve muy "enrratoná".

Después de las nevadas que ha tapizado estas cumbres hasta hace muy pocos días, la lluvia no ha hecho acto de presencia. Al derretirse la nieve ha dejado empapada la tierra, pero como este suelo se encuentra mezclado con muchos guijarros, de piedrecitas más pequeñas y de rocas grandes, la humedad, en cuanto vienen tres días de sol, desaparece. Y más en lo alto de la loma. El agua subterránea se filtra hacia las zonas bajas. Ambas cuentas, a un lado y otro, se llenan de veneros. Por eso sobre la cumbre, las plantas tienen un ciclo corto. En pocos días se va la nieve, luego las heladas y los fríos, después la humedad y de momento el sol caliente fuerte y con ello la sequedad de las tierras. Las plantas

tienen que darse prisa en crecer, florecer, madurar las semillas y dispersalas para perpetuar la especie. La vegetación aquí vive en condiciones muy parecidas a las de las altas montañas. Inviernos y veranos muy duros con climas extremos y primaveras cortas. Otra cosa son los pinos laricios tan abundantes y tan hermosos por esta tierra y laderas.

Mis pinos, los que ahora mismo tengo aquí junto a mí, clavados en la loma, mecidos por la leve brisa que corre y habitados por mil pajarillos que saltan inquietos por sus ramas, no son tan nervados como los del texto, pero sí desde luego grandes y hermosos. Los achaparrados y nervados crecen allá por las cumbres del Cabaña, Puerto Pinillo, loma del Rayal y la cuerda de las Banderillas y por la sierra de la Cabrilla. Por esas zonas las nevada son grandes, el viento sopla fuerte y sol del verano aún es más extremo que por aquí.

Estos pinos míos, de troncos blancos, restos y gordos, estiran sus ramas hacia los barrancos y se entrelazan unos con otros. Forman un espeso bosque a cuya sombra crecen las praderas aquí ya no de gamonitos sino de hierbas variadas, piornos y otras plantas. Algunos en sus troncos, aún conservan las señales de cuando en aquellos tiempos los pegueros les sacaban la resina. Son tan fuertes que aunque les falte medio tronco en forma de cueva junto a la base, siguen firmes y lozanos desafiando al tiempo y las inclemencias de las cumbres. Llego al final de la loma. Es esta la que sería la cabeza de mi trucha. La loma por aquí tiene una pequeña llanura que la redondea más y la deja por completo chata.

Me la encuentro tan repleta de primavera que hasta le cae por los lados hacia los dos barrancos: el del Guadalquivir y el de la Tejadilla. Por entre la hierba se han desparramados los trozos de rocas en tal cantidad y tan blancos todos, que parece lo hubieran hecho queriendo. Son los pedazos de otra gran molen rocosas que en este punto afloró y con el tiempo se fue desmoronando. Convertida ha quedado en piedras pequeñas que no dejan de rodar de un lado a otro buscando las laderas que caen a los barrancos. Es una visión singular la que ofrece esta pradera con tantas rocas grandes algunas, otros pequeñas, redondas muchas, blancas y empinadas entre la hierba y por la superficie de la llanura.

Más al final, cuando ya el fin del lomo de la trucha, antes de comenzar la ladera que baja hasta el rincón donde se refugia la casa forestal de Los Rasos, se ve otra llanura que no es verde. Es decir, por ella aún no crece la primavera en forma de hierba y mil flores de colores. Sólo se ve en ella una extensa superficie, similar a la que ofrecería una calle asfaltada, pero en este caso lo del asfalto, son rocas vivas. Una gran losa llana que parece como si a caso hecho la hubieran alisado para luego más tarde abrirle rajas por todos sitios.

Sé que en geología esto se llama lapiaz de los cuales existen muchos sobre las cumbres de estas sierras. Pero como yo los conozco casi todos y tengo ahora mismo delante de mí este, puedo afirmar que no se parece a los otros. Con ser más pequeño, con estar justo en esta punta de la loma, lejos del paso de los turistas y otros aventureros, refleja y contamina más singularidad y belleza. Lo recorro despacio mientras lo piso, lo miro, lo fotografío, dejo que se me clave en el alma para mejor llevármelo al tiempo que lo voy descubriendo poco a poco hacia el lado del Guadalquivir. Es por aquí por donde presenta su mejor belleza y además, justo desde este punto, veo mejor el barranco por donde desciende el gran río. Lo recorro con mis ojos empezando por abajo hasta perderme por la tan sonada Cañada de las Fuentes.

Ya veo la pista que sube y la distingo casi hasta el Puente de las Herrerías. Veo con toda claridad el gran picacho de rocas por cuya panza abrieron un túnel para que atravesara el carril. El único túnel que existe en las carreteras de estas sierras junto con el del paso del Pantano del Tranco. Veo también el trazado de la senda que voy a recorrer en mi próxima visita a estas sierras. Sale de ahí, del valle que forma el río pegado a la casa de Los Rasos y sube por la ladera opuesta a la mía. Sube hasta la misma cumbre donde nace el arroyo de Los Habares y los cerros de Navahondona. Desde aquí la veo subir por entre bosques de pinares y buscando

los voladeros que caen al barranco. Recorreré esta senda la próxima vez que venga, porque desde ahora mismo empiezo a sentir la emoción y belleza que el rincón encierra.

Pero ahora, hoy , me sigo viniendo hacia el valle del río y comienzo la bajada. Dije antes que mi ruta venía sin senda y sigo igual. Sin senda, saltando por las piedras, pisando la pradera, apartando las ramas, buscando el paso de los animales y así poco a poco, dejando atrás la loma, el azul del cielo y su silencio para adentrarme en el bosque con su torrentera que he de atravesar para encontrarme con el río. Ya lo oigo desde aquí aunque todavía lo tengo lejos. Ya veo, mientras me acerco, la pista por donde suben los turistas hacia el nacimiento y ya me siento más extraño.

Cuando voy por estas sierras, no me gusta meterme por donde andan ellos y menos aún me gusta mezclarme con ellos o parecerme a ellos. No me gusta esto, pero esta ruta que hoy llevo tiene un trozo que se mete por donde ellos pasan con sus coches hacia el nacimiento y desde el nacimiento. Mi objetivo final, mi motivación central de la ruta de hoy, es la Cerrada de los Tejos. Por los parajes en que he trazado la ruta no tengo otra posibilidad que venirme por donde en estos momentos bajo. Ya por aquí se ven señales como de sendas aunque no lo sean de verdad. Parece como el arroyuelo que deja el agua al bajar, pero sé que tampoco es eso. Desde aquellos tiempos y no sé hasta cuando se seguirá repitiendo, siguen sacando de estas sierras troncos de pinos.

En aquellos lejanos tiempos lo usaban para la construcción de los barcos, para la madera más tarde y luego vino lo de la Renfe que se los llevaba para las traviesas de la vía del tren. Lo de la Renfe y también lo de la serrería de Vadillo, ya no funciona en estas sierras, así que no sé para qué historias cortan tantos pinos y sacan tantas maderas. Sé que la madera de estos pinos deja mucho dinero, así que ahí seguro está la clave. Lo cierto es que por donde ahora bajo, es un jorro. Los surcos que dejan los troncos de los pinos al ser arrastrados por las laderas hacia los barrancos y las pistas para desde ahí cargarlos en los camiones.

Mi camino es un surco parecido al que forma una senda de tanto usarla y también he visto muchos por estas sierras. Pero el más torpe se da cuenta que una senda , por estas laderas, nunca tiene un trazado como este. La sendas suben y bajan zigzagueando por laderas, barrancos y cumbres. Los surcos que dejan los troncos al ser arrastrados, casi siempre tienen un trazado como el que ahora piso. Aunque se podría decir que en realidad no tienen trazado. Desde lo más alto bajan rectos hasta lo hondo sin otra lógica que la de la distancia más corta y el nivel más pronunciado porque así el tronco baja con el mínimo esfuerzo.

El jorro por el que ahora bajo, desciende recto desde arriba buscando la pista que sube al nacimiento. Por eso este surco se encuentra tan roto. Las piedras se amontonan, es también el lecho de un pequeño cauce. La lluvia, cuando las tormentas descargan grandes cantidades de aguas sobre estas cumbres, se desliza hacia los barrancos por los sitios más cómodos. En este caso, torrencialmente por el surco del jorro que los troncos trazaron al ser arrastrados hacia lo hondo. A mitad de la ladera, el descarnado surco, está cortado por las ramas y troncos de un gran pino seco. Se dobló hacia el barranco y majestuosamente ha caído en la hendidura como si quisiera volverla otra vez a su estado primitivo.

Como si quisiera saldar o reconstruir la herida que los hombres abrieron. Da esa impresión. Como si la naturaleza, sumisa siempre a las fuerzas destructoras del hombre, pero rebelde y agresiva también a las dentelladas que los hombre le dan, quisiera demostrar que desea ser libre. Que quiere desarrollarse en desorden. Que no le gusta como la tratan los humanos y por eso, hasta cuando como este pino, aparentemente está muerta, actúa con fuerza para seguir siendo ella misma. Este pino ya casi podrido, roto y tumbado por entre el monte, parece transmitir tal mensaje.

Y para confirmarlo y llenarlo de más fuerza, aquí está la peonía. Ya ha florecido

y se mece hermosa clavada en el mismo centro del surco. Es la primavera con su nueva sabia y color y el otoño con su muerte y soledad. El pino seco y ya podrido y la peonía verde y florida en una armonía perfecta en el centro de descarnado surco. Peonías las hay por todas estas sierras, pero por esta época del año no han florecido aún sino en sitios como éste: solana y por lo tanto zona muy caliente y seca porque el sol le da con fuerza. Esta que aquí ahora mismo gozo, se encuentra, además, escondida entre ramas de pino, majoletos y sabinas. Algo oculta a los rayos del sol y junto a otras flores muy bellas, abundantes en este parque, el lino azul.

LA PEONÍA - 5 ~

Su nombre científico es Paeonia officinalis. Y en castellano también se le conoce como rosa de monte, peronia, rosa montesina, rosa del sarna, rosa de rejalgar, rosa de Santa María, rosa de Santa Clara, hierba casta, flor de la maldita. En portugués y gallego: peónia, erva-casta, rosa de lobo, herba tollede ira. En catalán: pampalònia, pelònia, piorna, rosa de la Mare de Déu, rosa d ase. La peonía es un planta vivaz que brota y florece en primavera y se agosta en el es tío. Alcanza la altura de 1,5 a 3 palmos y echa bajo tierra una cepa corta con diversos tubérculos fusiformes, alargados que recuerdan los del gamón. En la base del tallo se forman unas hojas a manera de escamas, a menudo rojizas o encarnadas como los tallos, los rabillos y los nervios de las hojas, como si lo bermejo de la de las flores sintieran impaciencia por manifestarse.

Las hojas son grandes y están divididas y subdivididas e gajos verdes y lampiñas en la cara superior, más pálidas o garza y a menudo vellositas en el envés. En lo alto del tallo se abre la flor, regular como una gran rosa roja o rosada, según las castas. El cáliz se compone de tres a seis sépalos cóncavos algunos de ellos más crecidos y desarrollados a la manera de hoja. La corola, de cinco a seis pétalos papiráceos. Los estambres son numerosos y tienen las enteras prolongadas y amarillas. El fruto se compone de dos a siete folículos carnosos, abrideros por la cara superior, con numerosas semillas redondas, de primero rojas y después negras.

Florece desde fines de abril en las bajuras. Según creencias que nos vienen de Bizancio, la peonía tiene poder de ahuyentar del demonio. Se cría en las laderas de gran número de montañas de la Península y de las Islas Baleares. Linné dividió la especie en macho y hembra, dando en nombre de macho a la que se considera así, de follaje verdinegro y brillante.

A pesar de que el uso médico de la peonía se remonta al siglo IV antes de Jesucristo, a pesar también de pertenecer a una familia como las de las ranunculaces que proporcionan drogas de tanta virtud, lo cierto es que de la peonía no existen datos completos. En las raíces se ha hallado glucosa, sacarosa, ácido metarabíco, ácidos orgáni cos y se creyó también haber aislado un alcaloides. Las semillas de estas plantas contienen mucho aceite. Diversas partes de la peonía se emplean contra la epilepsia desde los tiempos de Hipócrates y Teofrasto. Probablemente esta especie contiene principios tóxicos como acontece con frecuencia en las plantas de esta familia.

Andrés de Laguna dice que se de a beber, en polvo, a las mujeres que no purgaron bien del parto, porque provoca el menstruo. Si se bebe con vino, es útil a los dolores de tripas, sirve contra el mal de ictericia y contra el dolor de la vejiga y riñones. Cocida en vino y bebida restriñe el vientre. Bebidos diez o doce de sus granos rojos con vino negro y austero, detiene el menstruo rojo; y comidos mitigan las mordicaciones de estómago. Dados a comer o a beber a los niños cuando se le comienza a engendrar las piedras, se las resuelve. Los granos negros tienen virtud contra opresión de la pesadilla, contra la sufocación que causa la madre y contra los dolores que le atormentan bebiendose quince dellos con agua miel o con vino. Nace la peonía en altísimos montes y por los despeñaderos. (P. Fon quer. El Dioscóride renovado)

POR DONDE LOS PINOS CANTAN - 6 ~

Y en esta época del año, según va uno recorriendo los paisajes de estas sierras, se siente en el alma más y más la voz de esta realid ad y el perfume qu e ya exhala el jardín. Pero es cierto que aquí, desde siempre, sobra y sobrarán todos los jardines humanos. No haría nada más que estropear lo que es la obra más perfecta de jardinería en el planeta tierra. Ahora mismo ya lo estoy viendo.

Acabo de llegar a lo hondo del valle. Por aquí corre el Guadalquivir. No hace mucho ha nacido, sólo unos kilómetros más arriba, según el letrero oficial y algo más arriba según la realidad de mil manantiales que he visto con mis propios ojos. Por el punto concreto en el que acabo de aterrizar, sin haber sido elegido por mí en absoluto, la cuna que va meciendo a este Guadalquivir pequeño, pero ya pleno y gigante, son praderas verdes, pinos viejos, robles silvestres, troncos y rocas pulidas y florecillas de todos los colores. El río y el rincón es bello hasta reventar, pero ya estuvieron por aquí para romperlo.

Acabo de llegar al valle pequeño que va saltando poco a poco el también pequeño río limpio. Y aquí también acabo de pisar la pista que en aquellos tiempos construyeron para que vinieran ellos. Acabo de verlos. Dos de sus coches, todo terreno y potentes, vienen pista abajo desde el nacimiento. Otro de sus coches, más limpio y grande, sube pista arriba rumbo al nacimiento. Aquí está la señal. Los hombres ha puesto su grano de arena para modificar a su gusto y así romper lo que siempre fue bello. No lo han mejorado ni mucho menos, sino lo contrario: lo han roto, lo han machacado, lo han ordenado, porque esa es la tendencia: ordenar, dividir, restar. Todo por aquí ahora mismo es bello menos la pista forestal que lleva la nacimiento del río y los coches que por ella ruedan. Ya sé que de no existir el camino, pocos serían los que pudieran gozar del nacimiento. Pocos serían los que vinieran. Pero pensandolo despacio, daría igual. O mejor, para bien de todos, sería estupendo que no pudieran llegar con sus coches a rincones como estos. Estoy seguro que aún así, muchísima gente vendría por aquí, a ver el nacimiento del río. No vendrían con sus coches, sino andando, con sólo alguna mochila, la cámara de fotos, un bocadillo y su alma abierta a los paisajes y sensaciones que laten por las cumbres y montes de estos lugares.

De este modo, se conseguiría frenar la avalancha. Vendría por aquí sólo aquellos que realmente les gustara la aventura y estuvieran dispuestos a las molestias de una buena caminata bajo el sol o el frío. Aquellos otros, los enemigos de las incomodidades y amantes de llevar consigo todo tipo de comodidades, no vendrían. Se lo agradeceríamos nosotros y estos paisajes que saldrán ganando mucho.

Porque estoy muy convencido que para ver y gozar estas sierras, lo primero que sobra es el coche y lo segundo, todo lo demás. Me asombraba yo anoche cuando oí la noticia por la televisión: "El Parque Natural de Cazorla, ya tiene cubiertas todas sus plazas hoteleras hasta Semana Santa del año próximo". Me asombraba porque aunque algunos vea en esto, cosas buenas, yo que lo miro desde otro punto, sé que no es tan bueno. Para este parque va a ser malo, bastante malo todo lo que sea auge turístico sin más finalidad que sacar dinero a costa de las frágiles bellezas que todos por aquí nos hemos encontrado.

Sigo mi ruta rumbo a la Cerrada de Los Tejos. Avanzo un poco pista arriba dirección al nacimiento. Al cruzarme con ellos, como van en sus coches y yo voy andando, me miran. Alguno comenta: "Animo, que ya queda poco". Quizá es que me siento y me creo superior a ellos o por lo menos distinto, pero el caso es que me molesta el que me miren y me enjuicien desde su actitud por estas sierras. En el fondo no me quiero parecer a ellos, no quiero ser uno de ellos, no quiero confundirme con ellos y creo que en algún sentido tengo algún derecho: llevo más de diez años pisoteando todos los paisajes que rodean el nacimiento del Guadalquivir y sinceramente que me considero un grandísimo ignorante de estos rincones.

Aunque los conozca a fondo sé que es un cincuenta por ciento o más lo que todavía ignoro. Y además de verdad. Me sobra sudor derramado subiendo estos cortados. Laderas, cañadas, cuerdas y cumbres. Me sobran pasos en cada una de las rocas, pinos, manantiales, tejos y sabinas por estas hondonadas. Me sobran horizontes, nieve, lluvia, frío, sol, noches de luna y viento por el arroyo de los Tornillos, el Aguilón del Loco y el Rayal. Me sobran días, horas, silencios, lejanías, esfuerzos escondidos por barrancos y cumbres. Me sobran sueños, ilusiones, latidos, sensaciones y deseos profundos de fundirme cada día un poco con el latido de estas sierras. Me sobran gracias al creador de estas maravillas por permitirme gozar de ellas y llenarme, una vez y otra de las sensaciones y experiencias más limpias y hondas de mi vida.

Me sobran placenteros sueños a lo largo de mis noches en aquella casa donde vivo, desde donde una vez y otra me veo volando, surcando, abrazando, besando y amando cada brizna de hierba y cada chorrillo de agua palpitando en estos montes. Me sobra todo esto y muchas más emociones junto al papel trazando torpes líneas intentando decir algo de los paisajes que tan dentro llevo. Me sobra todo cuanto atrás he dicho, pero aún así tengo muy claro que desconozco miles y miles de secretos, bellezas, latidos, aromas, nacimientos y cumbres. Desconozco mil veces más de lo que conozco y sobre todo ignoro el más hermoso de los secretos o más bien, los dos secretos más bellos de estos paisajes: el camino que desde aquí parte a la cañada de las estrellas y desde allí sigue a las llanuras de la eternidad y el latido que por aquí palpita de todo cuanto fue en aquellos tiempos.

Estos dos secretos me faltan para descubrir y conocer y aunque día a día siento su fuerza respirando dentro de mí, no llego jamás a conocer su senda ni su cuenca ni cumbre. Por estas rozones me siento molesto cuando al tropezarme con ellos, me miran diciendo: "Invecil de él que sube andando con si quisiera decirnos que eso es mejor que venir en coche". Me siento molesto y raro porque no me gusta que me igualen. No me gusta que me interpreten desde su visión de estas sierras y que me marquen con su sello. Llego a la curva de la pista, justo a donde este camino, al llegar al río, lo cruza y gira hacia la izquierda para irse por la derecha hasta el macizo de Navahondona y así salvar la impresionante Cerrada de los Tejos. En la curva despido al camino y me vengo por el cauce del río. Voy buscando la cerrada de mi objetivo y mi secreto. No diré ni daré aquí muchas pistas que puedan servir para orientar hacia este rincón. Creo que hay que empezar a defender a estas sierras de los humanos en avalanchas e incluso de los que ahora mismo las dirigen y las venden por dos pesetas. Hay que empezar a defender estos montes de ellos, de los que dicen las quieren tanto y las llevan tan dentro y luego los ves y viven lo contrario.

No voy a decir por qué camino o senda se llega a esta cerrada que busco. La Cerrada de los Tejos, árbol que según se dice, en aquellos tiempos era muy abundante en la Península y pasado del tiempo casi ha desaparecido por completo. Su madera fue muy apreciada para la construcción de los barcos en tiempos de los Fenicios y Griegos. Y es que de verdad, la madera del tejo es dura.

Por las sierras de este parque yo sé dónde crece cada uno de ellos porque los he visitado casi uno a uno. Los he fotografiado, los he observado y gozado en el silencio de sus cañadas, junto al rumor de las corrientes, en las escabrosas laderas, en prado verde y en la espesura del bosque, entre las rocas de las cerradas, al abrigo de paredones y allí donde las rocas abundan. Por aquí, por estos barrancos y cañadas, hay muchos, pero entre todos existe uno muy especial. El milenario, el que llama el abuelo, pero que un buen día, le dieron por ponerlo en las guías de los turistas y así está hoy. Señalado, rayado, escrito en el tronco, en las ramas, en las raíces. Agujereado, rodeado de toda clase de basura, latas, botellas, plásticos, papeles. Sus ramas cortadas y la tierra y rocas donde durante tanto tiempo ha crecido en paz y en armonía con el entorno, pisoteada, trillada, llena de sendas por aquí y por allí y por todos sitios las señales humanas en forma de manchas y destrucción. Todo esto y mucho más es la desgracia que le ha caído a este tesoro de tejo.

Caigo ahora en la cuenta cuando en aquellos años venía a visitar este singular tejo. Toda la cañada era un paraíso de paz, de naturaleza limpia, de silencios y de hermosura. Por el lugar era muy difícil encontrarte con alguien como contraste a la feria, que en estos días, por el camino que lleva al tejo, puede verse. Recuerdo aquella soledad, aquellos majestuosos pinos laricios, las manadas de cabras monteses paciendo en la hierba fresca de esta cañada, los pajarillos con sus nidos entre las ramas de los majuelos y el viento con sabor a limpio. Recuerdo aquellos días y según veo lo que ahora está ocurriendo, no tengo más remedio que sentirme enfadado. Ya en otro lugar hablaré más largamente de este árbol y el lugar por donde aun crece.

POR LA CERRADA DE LOS TEJOS - 7~

Ya estoy aquí y como atrás decía, no voy a descubrir muchas pistas. Al comienzo de esta ruta mía en este rincón concreto, me he tropezado con el cauce del río. Corre por aquí remansado, limpio y sólo de trayecto en trayecto cae por alguna pequeña cascada, que más que cascada, son trozos de rocas sobre el lecho del cauce y por donde el agua, al pasar, tiene que componérsela estrechándose, cayendo en chorrillos o formando charcos. Todo destella belleza limpia, humedad de peñas, serenidad de bosques y silencios. Justo por aquí, al comienzo de esta ruta y por el río, hay una modesta cerrada. De un lado y otro baja un trozo de cordillera y el cauce, al llegar a la zona, la ha cortado dejando al descubierto dos grandes paredes rocosas. Un pequeño desfiladero con abrigos y mis árboles clavados en las rocas a un lado y otro. Sin embargo, el lecho del río, queda casi en llanura. Todo de pequeñas piedrecillas que ya son casi arena por donde el agua se remansa en forma de puñados de viento.

Quizá este punto pudiera ser la cerrada aunque se encuentre doscientos metros más arriba. Por aquí busco un tejo, porque aunque no lo he visto nunca ni lo he leído en ningún libro, sé que tiene que haber algún tejo. El nombre que lleva la cerrada remite a ello y deduzco que por aquí crecen algunos de esos árboles o al menos, crecieron. Busco y por este primer trayecto del río no veo ninguno. Ya voy dejando atrás el primer tramo. Sólo veo varios fresnos, algún arce, pinos, majoletos y otras plantas propias de estas zonas. Más arriba estarán, me digo y me concentro en gozar, desde la parte del río más próxima al nacimiento, el magnífico corte que el cauce ha tallado en las rocas para abrirse paso.

Cuando en el lenguaje serrano se habla de cerrada, se hace mención a un cañón abierto por las corrientes de las aguas en los ríos y arroyos. Las más conocidas en estas sierras son: La Cerrada de Elías, por el río Borosa, hoy llena de turistas en todas las épocas del año. La Cerrada de Utrero en el río Guadalquivir también muy divertida por la senda y demás adaptaciones allí realizadas para que los turistas la visiten cómodamente. La Cerrada del Pintor, obra de ensueño, donde el creador se explayó modelando maravillas para su propia gloria y aquellas criaturas suyas amantes de la armonía y en sintonía con el universo.

Esta escultura rocosa, tallada por el agua, pulida y perfilada por el viento, la soledad y el silencio, se encuentra en el arroyo de los Tornillos. Existe otra cerrada de menor entidad, también muy conocida o al menos visitada no por su espectacularidad, sino por ser paso obligado en el camino hacia una porción de sierra importante por donde se encuentra la Laguna de Valdeazores. Hablo de la Cerrada de la Garganta antes de llegar a la Nava de San Pedro. Pero la cerrada que deberíamos escribir con nombre propio con su belleza profunda y la transparencia de sus charcos, allá por donde todo es silencio y sólo hay rocas, corrientes, viento y cielo azul, es la de la Canaliega. La primera vez que la recorrí, no me lo creía y antes de verla, ya la había soñado, la había saboreado en mi alma y luego cuando la vi, no me lo creía.

Dios la puso allí donde pocos pueden llegar, por hoy, porque en otros tiempos ya intentaron acondicionar el desfiladero trazando senda y puentes. Do gracias al cielo que hoy aquello, lo conozcan pocos y por lo tanto, también va por allí poca gente. Algo más abajo, ya en el cauce del río, y hablo del Guadalentín, existen

maravillas que parecen sueños. Desde la Cerrada de la Canaliega e incluso algo más arriba hasta casi la desembocadura del río en el pantano de la Bolera, es todo una impresionante cerrada.

El día que la recorrimos, cogiéndolo desde arroyo frío, el que surca las laderas sur del pico Cabañas, fue para nosotros una experiencia tremenda. Bajamos por el arroyo desde arriba y fuimos a salir a la misma cola del pantano. Salimos, pero aquel día cuando por allí íbamos, todos terminamos, al final de aquella aventura, de si sería o no fácil salir de allí. Salimos, pero después de atravesar algunos trozos, nadar, escalar, rodear y hacer equilibrios por rocas y montes. Fue una bella aventura que ya describiré en su momento.

Por Tíscar, en la cueva del agua, existe otra bella cerrada. En el río de la Canal, también hay trozos de cerradas muy hermosos. Y por el arroyo del Infierno, por encima del Nacimiento de Aguas Negras. Pero de todas, de la que más bello recuerdo e impacto profundo tengo registrado entre las experiencias de mi vida, es la del arrayo de Los Tornillos. Remito a un escrito mío que titulo “Cerrada del Pintor, destellos de eternidad”.

Mientras he ido haciendome la reflexión que atrás he dejado escrita, voy subiendo por el cauce hacia la cerrada de hoy. Ya se ha quedado atrás el charco transparente en cuyo fondo, tiemblan las piedrecillas del lecho y en cuya superficie se riza el agua entre tonos azules y cristal. Sobre él cae la sombra del grueso tronco del fresno y bordan las rocas blancas que desde las cumbres han rodado hasta el cauce.

Ya se ha quedado atrás la pequeña pradera donde se le une a este río el cauce que viene por el Barranco de la Abubilla. Hoy le llega seco, pero hoy no está seco luego por la tarde descubriré allá arriba, cuando me encuentre con el rincón de la fuente o el manantial del majuelo. Ya he dejado atrás el charco profundo de reflejos negros y azules donde el agua se hace espuma porque se despeña desde una cascada de casi diez metros. Por entre el paso que dejan las rocas gruesas, entra todo el caudal del río y se despeña por la superficie de la misma roca. Es tanta y cae tan aplomo, que en su camino, antes de hacerse charco, por un momento es espuma blanca como si quisiera de nuevo volver a ser la nieve que ayer relucía en las cumbres. Cuando ya, en cascada bella y llena de cascabeleo, se rompe en el profundo charco, se hace olas blancas que pesadamente avanzan por la superficie desvaneciendose poco a poco, primero en burbujas de aire, luego en gotas frágiles y por último, en ondas azules que se duermen en las rocas de la orilla o en las pequeñas playas de arena.

Ya me siento gratificado, satisfecho, lleno aunque a lo largo de todo el día sólo hubiera gozado de este charco. Encierra tanto y se me cuela con tanta fuerza dentro que casi se me para el aliento. Y aquí, donde sólo hay grandes rocas a un lado y otro, corriente del que es el más bello de todos los ríos, laderas llenas de bosque y silencios a pesar del fragor del agua. Pero aunque siento que no es cualquier cosa este charco, cristal y roca, remanso y furia, condensación y esencias de estas sierras mías, me despego de él tirando de mi alma que se me queda aquí. Ya lo dejo atrás y salto por las rocas siguiendo la corriente hacia en centro de la cerrada. Tengo que subir porque el río por esta cerrada viene desde arriba y por lo que estoy viendo, toda ella no es sino más de medio kilómetro de cauce torrencial. Es este el primer gran escalón que el pequeño Guadalquivir, tiene que descender. Es ahora cuando recuerdo aquel texto que un día lei en el hermoso libro llamado “Guadalquivires”, que escrito por un equipo de especialistas, dice:

“En los 668 kilómetros de recorrido del río Guadalquivir, la parte más torrencial está comprendida entre la Cerrada de Utrero y arroyo Frío. En un recorrido de 3,4 kilómetros, tiene un desnivel de 180 m. La corriente es casi una catarata, un salto motivado por el contacto de cretácico con el jurásico. Desde la Cañada de las Fuentes hasta el Pantano del Tranco, 60 km. desciende 1.000 m. Desde el Pantano del Tranco hasta la desembocadura, 600 km. hay sólo 650 m. de desnivel. Desde arroyo María, 500 m. desde Sevilla 50 m la cota más baja de la Península. Recibe

el impacto de las mareas 100 Km. adentro. Desde su nacimiento hasta el comienzo de la Cerrada de Utrero, el Guadalquivir desciende 400 m.”.

En aquel libro, olvidaron mencionar que justo allá, donde nace el río, éste tiene un trozo que es tan torrencial o más que el mencionado en la Cerrada de Utrero. ¿Qué pasó? ¿Por qué se olvidó este trozo del río? Desde luego, en el fondo me alegro porque quizá debido a olvidos como este, la cerrada que ahora mismo voy recorriendo aun conserva el encanto de lo solitario, de lo desconocido, de lo virgen y pido a Dios que sea por mucho tiempo.

Dejo atrás ese chorrillo de agua que ve la luz ahí, entre varios majoletos, una roca, juncia y musgo. Parece un sueño. Brota a la izquierda del cauce que voy subiendo y así de pronto, al descubrirlo, me quedo parado frente a él. De un pequeño agujero, a borbotones, surge el agua que es limpia, limpia. Forma tres o cuatro pequeños canalillos hermosamente esculpidos en roca, hierba y musgo, se divide por aquí y por allí en curvas que caen, se oculta y caen, se juntan y otra vez caen, pero ya al cauce del río. Frente al manantial, su corriente, su dulce canción de cristal y selva, su verde, su silencio y su escondrijo aquí en este oscuro barranco, me paro. Lo miro, lo vuelvo a mirar, dejo que se me cuele dentro, bebo de su agua y me voy por la roca, lo miro desde otro ángulo y me restriego los ojos. No estoy seguro si me encuentro realmente aquí o sueño.

Lo filmo con la cámara, lo fotografío y aunque de nuevo tengo que seguir subiendo porque debo avanzar en mi ruta para saborearla en toda su plenitud, me quedo. Es la misma sensación, el mismo gozo y dolor de tantas y tantas veces y tantos sitios por estas sierras. Puedo decir y digo, aunque las cosas oficiales vayan por otros caminos, que aquí nace el Guadalquivir. Aquello que hay un poco más arriba donde los turistas llegan con sus coches y se extasían incluso leyendo los extraños versos de la roca, no es verdad. Ahí no nace este río aunque para saciar la sed de ellos, los otros hayan decidido que sí, que ahí nace el Guadalquivir. Pero entonces, esto que aquí veo ¿qué es? ¿Qué es la fuente que más tarde me encontré por bajo el majoleto por el Barranco de la Abubilla? ¿Qué es aquel manantial de la cumbre por el Cerro Villalta?

De los muchísimos textos que a lo largo de los años se han escrito sobre el nacimiento del río Guadalquivir, en la revista de Lope de Sosa, encontré uno que decía: “A los veinticinco kilómetros de marcha, aproximadamente, hay una hondonada en medio del valle a que conduce el camino, atravesada por un riachuelo insignificante: el Guadalquivir que lleva sólo unos metros de curso. En este “Valle de las Fuentes”, como le llaman los indígenas, tiene su origen nuestro río andaluz.

Cuando emprendimos la excursión, esperábamos encontrar como marco preciosa a las primeras aguas que del Guadalquivir salían a la tierra, unos contornos sublimes. Y cuando se acentuaba esta ilusión en el trascurso del camino tan rico en tonalidades de los más bellos caprichos de la naturaleza, imaginábamos surtidores pintorescos o cataratas espumeantes y rugientes. Sin embargo, en medio de parajes hondoso y amenos, este valle, tiene una melancolía y una soledad que invita el reposo. Sólo hay un pino erguido y solitario emergiendo de un suelo pedregoso y seco. Junto a su pie, unos pedruscos dejan por entre los resquicios paso a un chorro de agua cristalina y limpia. Recoge el remanso de una fuente pequeñita y lo deja desparramar en hilos, destrenzando su corriente con las rocas de sus orillas hasta encontrar otro arroyuelo que no lejos nade.

Orienta sus primeras aguas, el Guadalquivir, hacia el noroeste y poco a poco comienza a vadear su curso dando vueltas y revueltas por prados de césped y por rosaledas pintorescas. He aquí, pues, el origen humilde de un río genuinamente andaluz y poético que, después da vueltas por los campos de la Bética sublime y riega lentamente -como temiendo separarse de ellas- ciudades de ensueño, vivificándolas con su corriente y abriendo a su civilización los brazos del comercio, de su ideales y su cultura”.

Tendría que decir aquí que quizá la belleza del Guadalquivir está precisamente en que no es como la de otros grandes ríos. No hay espectáculos grandiosos en cuento a grandes cascadas, ni surtidores pintorescos ni sublimes contornos ni gigantescas curvas. Todo parece ser pequeño, sencillo, natural, pero aquí precisamente es donde se encuentra la sorpresa. Oculto a los ojos de los buscadores de asombros, el Guadalquivir, su nacimiento, sus cumbres de cabecera, se burla de ellos. Los decepciona como si quisiera alejar de aquí a todos aquellos que se presentan por estos paisajes con sus mentes y corazones repletos de imágenes y sueños que en nada se parecen a la realidad de este rincón. Las maravillas del nacimiento del Guadalquivir son distintas a las otras maravillas.

Su nacimiento son estas mil florecillas que brotan en las praderas, entre los majuelos, bajo las rocas, junto a los tejos, entre las raíces de los laricios allá en la soledad de las umbrías, en la oscuridad de los bosques y en el verdor de las llanuras. Sus maravillas son estas y otras muchas más pequeñas todas y ocultas a los ojos de la gran mayoría de los que por aquí nos aventuramos a venir.

Porque no me cansaré de repetir que el nacimiento de este río es el espectáculo más grande que jamás se puede soñar. No hay transparencias sobre la tierra que se pueda asemejar a las transparencias de los hilillos de agua que brotan de las fuentecillas de esta cuenca. No hay cumbres que esculpidas en rocas puedan reflejar contornos tan hermosos como los que rodean la cuna en que nace este río. No hay silencios, bosques y laderas tan únicas y majestuosas como las que se desparraman por estos amplios horizontes. No hay paisajes en el mundo que encierren más secretos y bellezas como las que dan vida y conforman la cuenca donde, en mil chorrillos, nace este río Guadalquivir. Por eso, porque es otra cosa este nacimiento, decepciona a muchos y así mantiene oculta su singular belleza. Sólo para que la gocen unos cuantos: aquellos privilegiados que buscan en estas sierras algo más que espectaculares “cataratas espumeantes y rugientes”. Aquí está el secreto de la gran belleza de este río por el cual, desde hace años, poco a poco me voy quedando.

Y a pesar de todo, las cascadas braman espumeantes y grandiosas. Diez metros más arriba de este manantial de la Cerrada de los Tejos, dejo atrás los cinco caños de agua saltando por el gruesos tronco del pino seco. Ha quedado atravesado en el mismo cauce. Entre cuatro rocas que lo aprisionan por arriba y otras cuatro que lo sujetan por abajo. La corriente se remansa un poco, se ensancha hacia los lados y después, rebosa. Cae por encima del tronco del pino abierta como un gran abanico, pero fraguando cinco gruesos caños de plata. Dos metros más abajo, formado por rocas todas diferentes en volumen, caras y aristas, otra vez la corriente se remansa en el charco azul. Es el mismo charco transparente, el mismo cristal puro que a lo largo de esta estela blanca que es el Guadalquivir surcando estas sierras, se repite, se prolonga y aun siendo el mismo, siempre es otro, siempre es nuevo. Este no es ninguno de los charcos que ya he dejado atrás y aunque sus aguas son azules con irisaciones que lo bordan de verdes y la cumbre una estela de espuma blanca, en nada se parece al de más abajo, ni al otro ni al otro.

Sigo saltando rocas, sigo subiendo garganta, sigo descubriendo pozas, chorrillos, canales, agujeros, escalones, cascadas y sigo descubriendo que aún no he llegado a donde el río es más torrencial, el desfiladero más cerrado, las rocas más gigantes, los saltos de aguas más impetuosos y las formas más extrañas y bellas. Aun no he llegado a este punto, pero ya siento desde aquí el ensordecedor ruido del agua saltando rocas, estrellándose en ellas, cayendo a las pozas, yéndose por las canales. Cada uno de estos saltos, pequeñas cascadas que no cataratas gigantes, emite su peculiar acento. Cada una tiene su sonido único que no es el de la otra ni se repite en ningún río de estas sierras. Todas suenan a agua, a nieve, a cristal, a espumas, pero cada una tiene su propio acento. Cada una es diferente en color, en música, en belleza, en figura. He aquí la personalidad propia de este río y su belleza. No se encuentra amontonada ni ordenada en un punto concreto sino distribuida y desparramada en mil destellos por aquí y por allá. Ahora recuerdo lo que el otro día me decía un amigo mío al hablarme de las cataratas de Iguazú:

“Todo allí es magnífico y está envuelto por un encanto especial, destacando con la fuera de lo mítico la Garganta del Diablo, donde se juntan catorce saltos distintos y el agua se precipita por una cañada de casi 90 metros de altura produciendo un estruendo ensordecedor. La potencia del agua en su caída provoca una bruma tal que incita a adentrarse en lo desconocido y en la esencia misma de lo inescrutable de la naturaleza. Todo es magia, incluso los nombres de los saltos: Escondido, Adán, Caín y Abel, Los Amores, el Cañón de San Martín...”

Vuelvo y digo lo de antes: nuestro río no es aquello, pero aquello tampoco es nuestro río, ni se le aproxima y de ello me alegro.

A partir del punto en que ahora me encuentro, tengo que hacer un gran esfuerzo tanto para seguir adelante como para meter en texto lo que voy recorriendo y también para resistir el embate en mi espíritu. La emoción me empieza a crecer y sinceramente estoy temblando. Me voy dando cuenta que hay mucho más de lo que esperaba. Me encuentro nervioso, inquieto, abrumado. Con tanta fuerza he deseado el encuentro con este rincón que cuando empiezo a pisarlo, me arde la inquietud dentro. Esto es la sincera y pura verdad.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para poder recoger en estas páginas, con la mayor exactitud posible, lo que por aquí voy viendo y pisando. Ya estoy en el charco del fresno. Y es a partir de este punto cuando yo creo empieza lo que pudríamos llamar Cerrada o cascada de los Tejos. Quiero, a partir de aquí, aun sin saber el trozo que me queda, dividir esta cerrada, en dos grandes bloques. El primer bloque iría desde este charco hasta la cerrada central, la que es toda verde por tanto musgo como tiene y cae abierta, sin deslizarse en la roca, desde unos tres metros de altura. El segundo bloque irá desde esta cascada hasta donde comienza el escalón en que empieza a caer el desnivel que forma la cerrada que voy explorando.

En el primer bloque o tramo, tengo cuatro puntos significativos.

* Charco del fresno, donde estoy ahora.
* Charco del pino de las raíces desnudas.
* Charco de las tres cascadas.
* Charco del Tejo.

CHARCO DEL FRESNO - 8 ~

Ya dije que aquí empieza la cerrada. Descubro que el desnivel es mucho más pronunciado, el río baja más torrencial, el desfiladero se cierra, y todo se presenta mucho más quebrado, roto, agreste y duro. El fresno es un viejo ejemplar que ha venido a nacer al borde mismo del charco, en el lado izquierdo, donde no hay ni un puñado de tierra. Surge de entre las rocas como si fuera precisamente eso: una roca más con forma extraña de las mil que se desparraman por este barranco. La primera parte de su tronco, según sale de las rocas, es u sólo pie que enseguida se divide en dos formando lo que en cualquier árbol sería la cruz. Es decir, la división del tronco principal, que siempre es uno solo, en dos troncos o ramas secundarias.

De todos los árboles que se dan por estas sierras, en el grupo de los Quercus, encinas, quejigos, robles, es donde con más exactitud se da esta posibilidad. Y como norma general, la cruz suele estar a partir de los dos o tres metros de altura. Pues nuestro fresno, tiene su cruz escasamente a medio metro de las rocas que lo sujetan. Enseguida se divide y luego no sigue creciendo recto, sino que se retuerce lleno de nudos, agujeros, cortes, musgo y ásperas cortezas y se dobla para el charco. Casi roza la superficie de las aguas con su tronco.

No es difícil adivinar lo duro que es para un árbol crecer y desarrollarse en este lugar. Cuando en invierno el río baja lleno, la fuerza de la cascada se estrella sobre él. Cuando las cumbres se desmoronan y en trozos se derrumba, las laderas acaban estrellándose sobre él. Cuando la nieve se amontona en estos barrancos,

sus ramas tienen que soportar el peso, a veces, durante meses enteros. Cuando los fríos de las heladas llenan de carámbanos barrancos, cascadas y manantiales, las ramas de este fresno, su tronco y sus raíces, son envuelto por el hielo a lo largo de días y noches. Es dura la vida para cualquier planta en este lugar y para un fresno como este, aún más.

Pero este árbol, este raro y magnífico ejemplar de fresno, es toda una auténtica maravilla. No podría haber nacido en lugar más hermoso que este, junto al charco que tan limpio, tiene todos los tonos de estas sierras, recogido y abrazado entre dos grandes rocas, alargado un poco y al final, por donde rebosa para irse de nuevo por la corriente, una pequeña playa de arena. En su centro, por donde le entra la cascada, verde oscuro por lo profundo. Casi metro y medio. Al lado derecho mirando hacia el nacimiento, una pared de rocas que no termina aquí sino que se alza hasta lo más elevado de la cumbre. Es una gran placa que arrancando desde lo hondo de este barranco, sube dando forma a la cuerda y a la cumbre que me sobre salen por la izquierda.

¿Y la cascada? Es potente, bella, cantarina, limpia y juguetona. Diez metros más arriba del charco, viene abierta. Precipitándose por la superficie de la roca en forma de sábana extendida. Tres metros antes del charco, las rocas la recogen dándole forma más redonda. Desde aquí cae a la otra roca que sirve de tapón en la entrada del charco. En realidad no es tapón sino cabeza de melón desde donde al caer el grueso chorro de la cascada, se desparrama como en un gran abanico y ya se funde con la cristalina masa del charco.

Por eso decía que es hermoso este charco con su fresno, la roca que bajo el fresno se curva hacia la masa del agua como si quisiera arropar la luz de este pequeño lago, su música y hasta su florecilla color miel. Una pequeña flor llamada vulgarmente margarita que se asoma a la corriente trabada en la pequeña repisa de la pared de la izquierda donde hay un puñado de tierra regada por las diminutas gotitas que desprende la cascada al estrellarse en la roca tapón.

La miro. La remiro. Me la bebo con mi alma y mientras sigo buscando saltar la dificultad que a mi paso me encuentro, la voy gozando desde otro ángulo. Cada rincón es un charco nuevo. Una corriente que desde aquí se aleja cada vez más bonita. Hay algunos autores, aquellos que en otros tiempos escribieron del Guadalquivir centrados en los rincones donde nace, que lo describen ampulosamente. Con extrañas expresiones que más bien parece que se refieran a montañas y bosques misteriosos y encantados. Algunos comparan estos paisajes a la sinfonía fantástica de Warne. Sencillamente creo que en las sierras que dan vida al Guadalquivir, no hay nada de fantástico en el sentido en que lo describen estos autores. Todo es bello, fascinante, grandioso, pero desde aquí al misterio de cavernas oscuras y embrujadas, hay una realidad grande.

Ahora que me muevo por el lugar, sí que me viene a la mente el mundo hermoso que Juan Sebastián Bach narra en sus maravillosas fugas. Se me viene a la mente esta imagen y viendo el agua saltar por las cascadas y remansarse en los charcos, asocio este paisaje a lo que describen esas deliciosas fugas. La corriente de río es la belleza de la voz que en la fuga canta. El tema se repite una y otra vez y siempre es bello, pero nunca suena lo mismo. La voz del bajo canta el tema y le contesta la segunda voz en otra tesitura mientras ahora la primera voz desarrolla otra melodía al tiempo que la voz más aguda contesta a la segunda. Así, en un juego enrevesado, bello y dulce, la pieza musical avanza recorriendo paisajes deliciosos que llenan de gozo el alma.

La corriente de este río a su paso por este trozo de cauce, es exactamente el desarrollo de una espléndida fuga al estilo de Juan Sebastián Bach. El agua, que es la melodía central, se esconde, salta, chorrea, se desparrama, cae al charco, rebosa, se divide, traza espumas, burbujas, gotitas blancas. Todo es el mismo juego, en mismo encanto, la misma belleza, transparencia y dulzura de una espléndida fuga a veces sonando en órgano, otra en clavecín y otras en oboe, según sea cascada, corriente dulce, charco plácido o destellos de olas.

Por el centro de esta magnifica fuga, desarrollandose eternamente día y noche, año tras año sin acabarse jamás, pero sin repetirse en ningún momento, acogiéndolo en su centro está la exuberante belleza de la impresionante sinfonía de Beethoven. Las rocas llenando el barranco, los paredones también de rocas a un lado y otro, los pinos clavados en todo lo alto, los troncos de los robustos laricios formando bosques, cada uno de estos elementos es un trozo de esa sinfonía. Acordes rocosos que sobre cogen, melodías de viento y pinos que traspasan, arpegios de plegamientos tectónicos que te aplastan, escalas airosas de tonos y semi tonos que en forma de escalones, agujas y repisas, se elevan hacia las nubes blancas que se asoman y se esconden por el pico de la colina. Graves profundos que en grietas y covachas por aquí y por allá se te muestran majestuosas. Dúos, cuarteos, quintetos, mil conjuntos de vaguadas, arroyuelos, cañadas y fuentes, todo ello mostrándome una vez y otra la belleza de la obra maestra mejor inspirada y más bellamente terminada de la creación.

Ya sabemos que no es posible la manifestación del arte sin forma, es decir, sin la exteriorización de la idea creadora que por medio del vehículo llegue a través de los sentidos humanos hasta el espíritu y ejerza su acción sobre la sensibilidad y la inteligencia del hombre. El arte de dar forma a la idea creadora, en esta caso musical, está sujeto a la lógica y a la estética no pudiendo existir sin orden, claridad, equilibrio y contraste. Una composición musical es el conjunto ordenado de ideas musicales dentro de una forma. La forma o estructura de una composición es privativo de compositor que puede crearla o adoptar una de las ya conocidas. Pero en este caso es privativa: no hubiera sido posible mostrar el cúmulo de belleza presente en esta cerrada, si el Creador no le hubiera dado una forma.

La fuga es una composición polifónica en la que dos o más voces exponen y repiten un tema. Una voz o instrumento expone el tema llamado sujeto o motivo que debe ser corto y característico. Una vez presentado con acompañamiento o sin él y en la tonalidad principal, aparece en otra voz o instrumento la contestación o respuesta, que es la repetición del sujeto o motivo en la tonalidad de la dominante. Mientras la voz o instrumento que había expuesto el tema inicial, opone un contrapunto llamado contrasujeto o contramotivo que acompaña al sujeto o a la respuesta en la acción sonora simultánea.

La respuesta puede entrar inmediatamente después de terminado el sujeto o motivo o bien antes de terminar. Los episodios o divertimentos son fragmentos en los cuales se desarrollan o varían los diseños melódicos del sujeto o del contrasujeto y tienen por misión preparar las sucesivas apariciones del sujeto, en las distintas tonalidades o en los estrechos. Estrecho es la entrada a la contestación o respuestas, antes de que haya terminado el sujeto o motivo. La existencia de estrechos es facultativa. Hay fugas que no los tienen.

El pedal es una nota prolongada en el bajo sobre la cual se hará toda clase de imitaciones y se reafirmará la tonalidad principal. La fuga puede ser vocal, instrumental o mista y estar escrita para un número determinado de voces o instrumentos. Dos, tres, cuatro o más. Es la forma más importante del estilo imitativo.

El poema sinfónico es una composición para gran orquesta de forma libre e inspirado en un argumento literario, sin la acción de la palabra, que permite al compositor desplegar toda su fantasía. Su estructura depende de la evolución argumental.

CHARCO DEL PINO - 9 ~

Ya me lo he dejado atrás y estoy ahora mismo entre los dos. Es decir: justo en la torrentera de la derecha que es donde cuelgan las raíces del pino. En realidad, este pino que se debate entre la vida y la muerte, tiene dos charcos. El que he dejado atrás es el que le entra una sola cascada. Todo el caudal del río en un sólo caño que desde este segundo charco del pino, baja curvándose, saltando escalones, jugando entre espuma y olas y por fin cae al segundo charco. Es más

pequeño que el del fresno, pero esto no quiere decir nada. En estas sierra he aprendido que las comparaciones entre arroyo pequeño y arroyo grande, pradera redonda o cuadrada, manantial caudaloso o menos, siempre encierran una realidad falsa. Siempre se equivoca quien así piense, hable o escriba.

La belleza no se mide o al menos yo no la mido por el volumen de la montaña o la roca. Menos aún la perfección de las formas y el contenido o vacío de ellas. Nuestro pequeño charco de la cascada solitaria a la sombra del pino que se muere, es único en este conjunto y laberinto de fantasías y sueños. El segundo, el de las dos cascadas antes del pino, parece querer detener en su poza toda el agua del río, como en un intento de ayudar al pino a que aún no muera. Por aquí, sin apenas notarlo porque estoy más pendiente del espectáculo que voy descubriendo a cada paso, me es más difícil avanzar. La última porción del torrente, se alza cada vez más vertical. El cañón se cierra y las rocas, por el surco que ha ido abriendo la corriente, se amontonan gigantes y desordenadas.

CHARCO DE LAS TRES CASCADAS - 10 ~

Es, hasta este momento, el más redondo, El más profundo, el más original y el que más agua recoge en su poza. La corriente le entra dividida en tres cascadas. La del centro que precisamente baja y se derrama a la amplia poza por el mismo centro de lo que sería el lecho del río. Un poco a la derecha cae la segunda. Más pequeña y girando algo para encontrarse, casi, con la del centro antes que las dos se conviertan en charco.

La de la derecha, ha buscado un surco pegada a la pared de la ladera de la montaña que me va parapetando por este lado. Ya que cae, es una gran melena blanca que al extenderse por el charco se convierte en pequeño lago color oro por los reflejos del sol y el tono de las piedrecillas de fondo. A la altura de esta poza, en la ladera, clavados varios laricios gruesos cuyos troncos blancos, parecen sujetar la torrentera que caen de la montaña. Sus copas verdes juegan en el remolino donde la cascada se deshace en tonos azules y copos blancas de espumas purísimas.

EL CHARCO DEL TEJO -11 ~

No estoy muy lejos del que más que charco parece un puñado de oro líquido. Unos diez metros por los cuales la corriente baja bañando rocas, rompiéndose brutalmente con fuerza, escondiéndose aquí y allá, persiguiendose en una carrera fantástica por la inclinación de la vertiente. Pero para acercarme hasta él, tengo que seguir abriéndome paso por peñascos y troncos viejos.

Aquí me sorprenden los grandes bloques de rocas de tobas amontonadas unas sobre otras. Se adivina que en otros tiempos esta cascada que ahora recorro, tenía otra figura. Las formaciones de tobas son los signos de lo que en aquellos tiempos pudo haber sido esto y hoy ya no lo es. El color de las rocas calcáreas suele ser blanco, amarillo, rojo y pardo. Su textura es compacta terrosa. La toba calcárea es una roca porosa o esponjosa mientras que el travertino es más denso y a menudo bandeado.

Las estalactitas son crecimientos colgantes a partir de los techos de las grutas y las estalagmitas son las acumulaciones correspondientes en el suelo. Internamente muestran anillos concéntricos de crecimiento. Las impurezas del óxido de hierro son responsables de los colores amarillo y rojo. Estas rocas se producen por la precipitación de calcita a la evaporación de agua alrededor de manantiales o en grutas donde forman depósitos delgados de poca extensión.

Pero lo importante es que aquí está el tejo. El primero que por el lugar aparece y que busco desde esta mañana. Al igual que el fresno, crece casi en el mismo borde del charco, al lado izquierdo, entre rocas. Y esto último ya no es extraño por aquí: lo que piso y el paisajes, cada vez es más pura roca. Se me presenta en bloque como casa de grandes, en enormes placas, sinclinales y anticlinales y en pequeñas

pendientes que en algunos caso es pura arena.

La caliza se puede presenta en roca color blanca, gris, crema o amarilla, cuando es pura. Rojo, pardo, negro, cuando es impura. La textura de las rocas calizas es extremadamente variable, con tamaño de grano muy fino a grueso, cristalina y con aspecto de azúcar. La presencia de fósiles así como su abundancia y naturaleza, en parte determin a la naturaleza de las calizas. Normalmente la estratificación está bien desarrollada. Contiene una gran variedad de fósiles y es raro no encontrar algún resto orgánico. Los fósiles pueden ser enteros, estar fragmentados o en parte destruidos por la cristalización.

En los tipos más fosilíferos, las rocas están comúnmente formadas por numerosos fragmentos de fósiles dispersos en una matriz intersticial de caliza de grano muy fino. En grandes afloramientos, a veces, se pueden observar estructuras a grandes escalas como en el caso de arrecifes coralinos en donde los corales están en su posición original. A menudo, las calizas están cortadas por vetas de calcita y filones mineralizados.

La mineralogía de las calizas incluye esencialmente calcita, barro calcáreo, pero se observan también cristales de mayores dimensiones que pueden proceder de caparazones de animales tales como placas de crinoides, o de recristalización, sobre todo en los filones. Algunas veces pueden contener sílice microcristalina en forma de sílex, en masas estratificadas o nodulares. Cuarzo, limo y sedimentos con barro pueden ser algunos de los constituyentes: cuando aumentan, las calizas pasan a areniscas calcáreas.

Las calizas bioquímicas se forman principalmente por acumulación de caparazones calcáreos de organismos y se encuentran ampliamente distribuidas. Se forma de tres modos principales: como arrecifes que comprenden corales, colonias algables, junto con los restos de animales que vivían dentro y encima de los arrecifes. Como extensas capas de calizas estratificadas constituidas por caparazones de organismos que viven en el fondo entre los cuales hay muchos tipos de gasterópodos, lamelibranquios y braquiópodos. Y como acumulación de caparazones de organismos que flotan. Los primeros dos tipos son característicos de aguas relativamente someras, mientras que las calizas formadas por organismos que flotan, se pueden forma en aguas muy profundas. Algunas calizas, que se reconocen por los tipos de fósiles, se forman en agua dulce.

El tejo, árbol creciendo junto al charco donde se para y remansa el río después de salir de la cascada principal en la garganta o cañón que recorro, es también viejo. De mil años o más y eso se puede comprobar por el deterioro de tronco y ramas. Casi todo son astillas del mismo color, casi, que las piedras. Tiene muchas ramas peladas, secas y algunas podridas. Se curva hacia el río y no es lógico: todos los embistes le vienen desde arriba, desde la cumbre y por donde le entra la corriente. Lo primero que fija mi atención según me voy acercando a este nuevo trozo remansado, es la cascada. Sólo veo el charco y medio metro de cascada cayendo al charco. Hay un saliente rocoso que desde mi ángulo, hace de pantalla tapándome buena parte del caño que en forma de cascada chorrea por la roca. Desde arriba desciende por un tobogán de aproximadamente doce metros de largo.

La canal, el lecho o reguera por donde en este tramo el río se derrama, ha sido horadado en la masa rocosa de la montaña. Por aquí, el cauce se pega por completo al lado derecho. Es como si este río, desde aquí mismo, desde su nacimiento, quisiera romper la sierra por el norte para así ahorrarse el amplio rodeo que para salir de estas montañas, da, para al final venirse hacia Córdoba. Ya aquí mismo se viene intencionadamente hacia el lado de la derecha y como por este lado se encuentra la gran cordillera de rocas vivas, las escava y las escava tallando surcos y pequeñas curvas.

La masa rocosa que es un paredón o más bien, la misma ladera de la montaña que tengo a mi derecha, lo rechaza una vez y otra devolviendo el agua hacia el centro del cañón por donde todo está empedrado de grandes trozos de rocas. Por

eso aquí la corriente es mucho más fuerte. Salta, podría decirse, alegre, ruidosa, revuelta, arremolineada y toda casi espuma por tanto chocar y romperse. Salta y brinca despeñándose hacia el barranco. La piso, la miro, la observo y me digo una vez y otra que como este trozo, el gran Guadalquivir no tiene otro igual en todo su recorrido. Es único por lo original de la cascada, las rocas, el alejamiento de caminos, su bosque y el barranco.

Algunos dirían que es poca cosa comparado con lo que en el artículo se menciona. No lo voy a discutir y dejo que cada cual siga con su idea de la belleza en su mente. Para mí, ya dije que no es el volumen en cuento a grande de cualquier trozo de esta naturaleza, lo que me impresiona.

Aquí expreso una vez más que esta cascada, encierra más belleza que cualquier otra de esas grandes y espectaculares repartidas a lo largo y ancho de la geografía española. Me quedo con esta aquí, en el primer trozo de mi Guadalquivir pequeño y estoy contento. Nadie la conoce. Nadie me la diputa. Nadie se molesta en venir a verla, a fotografiarla o escribir de ella. Soy casi dueño por ser casi el único que la recorre, la admira, la goza y se la lleva en su alma.

Me siento frente a mi cascada. No la que corría por el espléndido surco tallado en la roca cuyas aguas en muchos momentos se funden con las piedras o más bien parecen que las misma piedras se hacen agua, sino aquí, donde cae un chorro blanco que parece hilos de plata. Donde se remansa el gran charco cabecera del canal de la roca. Tendrá este salto como unos cuatro metros y está orientado no hacia el profundo y amplio valle abierto en estas sierras por el Guadalquivir, sino hacia el pueblo del Cazorla o el pico del Gilillo más próximo a mí. Es un escalón totalmente vertical, es decir, a plomo, recto desde arriba abajo por donde corre el cauce que ahora mismo lleva este río. Lo miro desde abajo, sentado en el pequeño recodo donde ya el agua cae y se recoge para irse por el surco de la roca viva y al mirar para arriba parece como si el caño de agua hubiera remontado la cumbre de una gran montaña y desde lo alto se despeñara, amenazante, hacia la otra vertiente. Es impresionante por todo. Por la forma de su belleza en el vacío, por la cantidad de chorros en que se divide, por la airosa y amplitud de su caída, por el tapiz espeso de musgo a lo largo de toda la cascada y roca bañada por el agua, por sus colores, sus formas, su música y el rincón donde está metida.

Esta es la más bella cascada en todo el recorrido del Guadalquivir. Se desploma justo en el centro de la hoy para mí, emocionante Cerrada de los Tejos. Desde este punto siguiendo, tendré como unos cuarenta y cinco minutos al pequeño lago donde empieza su caída la cerrada. De aquí para abajo tendré otros cuarenta y cinco minutos para llegar al final de la torrentera donde termina esta cerrada. Pero ni para arriba ni para abajo, existe otra caída de agua con la entidad en cuanto a altura y torrencialidad, como la que ahora mismo tengo ante mí. Esta es la cascada por excelencia dentro de esta cerrada y como ya dije, en todo el río.

Es aquí donde compruebo con claridad los extraños, pero hermosos contornos que han dejado al descubierto la erosión. Porque en realidad, la montaña que tengo a mi izquierda, la que tengo a mi derecha y este valle por donde se va el río y voy subiendo ahora, no son otra cosa sino un conjunto de grande placas tectónicas. Grandes paquetes calizos en forma de placas tectónicas, que al arrugarse, crean espectaculares ondulaciones. Las partes más altas o las crestas, serían los picos de las cumbres que ahora mismo tengo a un lado y otro. Las partes más bajas de estas ondulaciones, las que trazan una curva en forma de U, es la que ha aprovechado el Guadalquivir en una supuesta franja de debilidad fácilmente vulnerable a la erosión, para irse por ella y trazar su camino, hoy gran valle.

Por aquí, las rocas son más duras. Ha trazado surco, pero no ha podido cortar plenamente las placas rocosas. Esta cascada es el escalón de una de esas placas. Todo el cañón de la cerrada, sería la ondulación en forma de U, de la placa y por eso se da este desnivel tan grande y abundan tanto las rocas. La estructura en escamas, es la responsable de la morfología escalonada que presenta exactamente el rincón que voy recorriendo aunque ello se repite mil veces más en cualquier parte

de estas sierras. De aquí que mi río, mi cauce, mi corriente, en esta zona, forma una auténtica simbiosis el agua con la roca o al revés. De aquí que ya pueda explicarme la cascada tan bonita, una poza tan redonda, un escalón tan perfecto. Y todo parezca sólo eso: un juego dulce de aguas acariciando la roca, dando forma, tallando, puliendo sus aristas, lavando su cara y al mismo tiempo desgastando lentamente los perfiles más duros a lo largo de días, años y siglos. Por eso decía y repito, que pocos rincones, en estas sierras y España entera, son más bonitos que éstos.

Junto a esta cascada, frente a ella, gozando del líquido transparente despeñándose por ella, me quedaría días enteros; quizá la eternidad porque no puedo concebir que fuera de Dios y esto, exista en el universo algo que produzca más placer. Aquí me quedaría eternamente convencido que por ningún otro sitio encontraré jamás gozo más profundo al tiempo que tan limpio y tan pedazo de Dios. Hasta el silencio, que no existe, porque la cascada lo rompe, tiene acento distinto. Desde aquí sólo llegan a mis oídos sonidos de agua que corren o caen y no sé decir si esto es silencio, música, ruido o qué otra cosa. El caso es que me gusta y me satisface no poder oír ninguna otra cosa. Esto es lo único.

Es una delicia comparar la belleza que en aquellos tiempos encontraban por aquí todo el que era capaz o tenía la suerte de recorrer estos rincones. Y por otro lado, ahora que medio conozco algo los paisajes donde nace el río, digo que en casi nada se parece lo descrito en aquel texto antiguo a lo que hoy existe por el lugar. Y no es que sean distintos en lo fundamental, pero aquella soledad de al casa forestal y el entorno del nacimiento, ya no es verdad.

A partir del punto en que me encuentro, dentro de la blanca Cerrada de los Tejos, como es el centro, quiero terminar. Es decir: quiero dejar de describirla subiendo. Porque ahora pienso que es mejor contarla desde arriba, bajando hasta este centro. Lo recorrí otro día distinto y com creo que tiene un encanto nuevo, es por lo que termino ahora y empiezo arriba al de venir a parar otra vez a este mismo punto.

Seguiré subiendo en esta mi primera visita al lugar y contaré al menos seis o siete nuevas y belleza pozas, cascadas, canalillos, algún tejo más, rocas gigantes, pinos, rayos de sol con destellos de arcos iris a través de las copas de los pinos y llegaré hasta el pequeño embalse. Aquí de nuevo me quedaré sorprendido ante la verde y azul, transparente superficie de este lago sereno y luego me iré por la ladera de la derecha.

Ahí, un poco más allá, con el cauce a mis pies, bajo la paz y sombra de los laricios clavados en esta tremenda ladera, me sentaré. Ya son las cuatro de la tarde y aunque tengo hambre, ni siquiera lo noto porque la emoción me ha alejado casi por completo de la realidad material. Pero me sentaré y comeré. Seguiré luego y a veinte metros más adelante, me encontraré con el tejo soñado. El gigante entre los gigantes. El que está clavado en la pronunciadísima torrentera de la ladera que voy cruzando hacia el Barranco de las Abubillas. Lo veo. Restriego mis ojos y no me lo creo. No me lo creo por su corpulencia, su tronco, sus raíces desnudas algunas enterradas en las rocas y la mayoría, astilladas y rotas.

Me recrearé mirándolo y remirándolo sin saber si irme o quedarme, llevármelo o no sé qué. Pero seguiré agarrándome al monte para no rodar, me encontraré con las monteses plantadas tranquilas entre las sabinas y al volcar al Barranco de las Abubillas, tendré que descender para rodear la ladera que por aquí es roca viva y por lo tanto, imposible andar por ella. Bajaré al barranco, subiré por el cauce de este nuevo arroyo por donde ya oigo el agua corre y hasta me paro para descubrir a fondo el precioso charco de aguas blancas donde podría darme un buen baño si fuera verano y algo más arriba, me doy de bruces con el manantial del majuelo.

¿Qué hago con este nuevo trozo de paraíso que otra vez me grita tanto? Bebo en el manantial, lavo mis manos, me acuesto en el prado verde, vuelvo a beber y como ya la tarde se va yendo, decido seguir buscando el collado donde dejé la senda que

va al Gilillo. Seguiré por el mismo arroyo, sin agua porque es un cauce corto y torrencial y como ya voy relajado y al mismo tiempo me pesan los miles y miles de pasos saltando rocas, laderas, arroyos y demás, a lo largo del día, me siento cansado.

Me tumbaré varias veces en el mismo tapiz verde de la senda porque no tengo fuerzas. Realmente no tengo fuerzas. Y hasta creo que no podré llegar al coche aunque sé que no está lejos. Pero seguiré pensando que momentos de cansancio como este, ya los he vivido mil veces en estas sierras y siempre la final lo he podido contar. Hoy también saldré de aquí para contarlo. Pero cuando llegue al collado por donde está mañana comían las palomas, me siento morir. Las piernas me tiemblan, la cabeza me duele, los músculos no me responden.

Me tumbo boca arriba con los brazos abiertos frente al cielo, a la copa de los pinos, a la cumbre y al viento. "Descansaré un rato y podré seguir", me digo. Pero pasado media hora no tengo mucha más energía. "Un último esfuerzo". Me digo y casi con los pies arrastrando, sigo subiendo por que ya veo el coche. Y siento el placer de encontrarme en su interior, bebiendo un trago más de agua, poniendo el motor en marcha, subiendo por la pista hacia Puerto Lorente, por donde hoy ya no hay nieve ni turistas atascados en ella, y ya está.

El respiro y las inmensas gracias a Dios por todo. El día con los paisajes, la cerrada, el agua, los tejos, el silencio, el manantial, las monteses, mi cansancio, mi gozo, mi dolor y este haber podido hoy de nuevo estar casi, casi en las puertas del paraíso eterno. Gracias a Dios con la tarde que se va y porque de nuevo regreso sintiendo que aquí está el edén donde he podido caminar, respirar y vivir a lo largo de este mágico día.

Gracias a Dios, pero volveré al centro de la cerrada bajando desde arriba para abrazarla, saborearla y fundirme con ella a ver si así puedo describir mejor su apasionante belleza. A ver si así se me cuela más adentro y con su lenguaje fundido en mi alma, soy capaz de transmitir con palabras, la belleza que en este momento me paraliza y me deja estatua frente a ella sin saber qué hacer.

LA CERRADA
DE LOS TEJOS 2\12 ~

Como ya dije, hoy la hemos cogido por arriba. Pasado el puente que sujeta a la pista que sube al nacimiento, hay unas escalaras de cemento. La construyeron en los tiempos en que Icona mandaba por aquí y autorizaba la instalación de un campamento en el mismo nacimiento del río Guadalquivir. Justo aquí mismo se montaban aquellos campamentos. Unos metros más abajo de estas escaleras hay una pequeña llanura. No puedo descubrir si es una llanura natural o la hicieron para los montajes de aquellos campamentos.

Porque aquí, en el mismo centro de la llanura, vemos un rellano de ladrillos y cemento.
- ¿Qué será?
Pregunta uno de los cuatro que hoy recorremos esta cerrada.
- No te extrañe que sea un pozo negro.
Por uno de los extremos tiene un agujero. Se asoma y me lo confirma.
- ¿Pero aquí y en el mismo nacimiento de este gran río?

Aquí, en el mismo nacimiento del río Guadalquivir, a menos de diez metros de la corriente, construyeron el pozo negro donde en otros tiempos vertían las aguas sucias que salían de aquellos campamentos. Es verdad que hoy ya no dejan acampar por aquí, pero no se ha avanzado mucho en cuanto a la destrucción y contaminación de las aguas de este río, justo en el punto donde nace. Un poco más arriba de esta pequeña llanura, todo el camino que sube, es un auténtico aparcamiento para los coches. Por entre ello, o mejor, de ellos, los gases de los motores, el polvo de la tierra reseca de tantas y tantas rodadas, las voces y los gritos de los que se bañan en los charcos de las primeras aguas de este río, los restos de papeles, latas, botellas, pañuelos y por entre sus mesas improvisadas

aquí y allá donde devoran sus comidas, por entre sus motos, bicicletas, todoterreno, espectáculo de voces y vestimentas de colores. Por entre toda esta feria montada donde el Guadalquivir nace, hemos pasado.

Sin buscarlo, sin ir muy atentos, se nos cuela por los ojos el destrozo, el gran destrozo que un día y otro y año tras año, esta avalancha descontrolada, está infringiendo a los paisajes, a las aguas y al nacimiento de este río. ¿Tiene que ser así? ¿Quiénes lo permiten o quienes tienen responsabilidad sobre esto? ¿Es que lo mejor es hacer mucha propaganda de estas sierras para que vengan los turistas y una vez aquí, hay que dejarlos que hagan y vayan por donde quieren? ¿Quién dice que son cosas de aquellos tiempos? ¿Es que nuestro río y en su nacimiento no merece otro trato para bien de muchos?

Como me siento impotente por que no sé qué hacer para que esto que ahora veo y me duele, se termine o por lo menos se oriente de otra manera, hoy no quiero detenerme más en este asunto, que por otra parte creo que es urgente a solucionar en estas sierras. Nosotros hoy dejamos atrás los restos de este antiguo pozo negro. Cien metros más adelante, el pequeño embalse. Es justo donde el río empieza a caer por la cerrada. Tampoco sé cuándo lo construyeron, pero seguro que fue por aquellas fechas y también seguro por esto del campamento.

Cuando el otro día subía por aquí la primera impresión que se me clavó en el alma al ver este embalse, fue la de limpieza, transparencia, alejado de toda presencia humana y metido en la placidez de estas cumbres. Al verlo hoy, tengo otra sensación. El agua no es tan limpia y no lo dijo subjetivamente sino de verdad. En los bordes de este embalse y en su fondo, las algas, las rocas y las plantas que aquí crecen, no presenta ese color verde brillante indicador inconfundible de la pureza de las aguas. El color de las algas y plantas que ahora mismo veo en este charco, es grisáceo, oscuro, con tonos de cieno quizá debido a los que unos, otros y otros, van removiendo y tirando ahí más arriba.

El otro día, al llegar a este rincón, me paré un largo rato y seguí sólo después de gozarlo y fotografiarlo. Hoy, que vengo con ellos, pasamos casi de largo. Me hubiera gustado convencerlos para despertar en ellos el cariño y admiración por los rincones bonitos de este Guadalquivir, pero no lo conseguía. No me salía de dentro y fingir sobre estas sierras, no puedo. Remontamos el pequeño muro y ya vemos la cascada.
- La joya del Guadalquivir.
Les digo.
- En tantos kilómetros de río no es posible que este trozo sea el más bonito.
Comenta uno de ellos.
- Lo describí hace unos días y según lo comparé con todo lo que sobre este río tengo visto, sigo pensando que es el trozo más bonito.

Por aquí se ven muchas hozaduras de jabalíes. En los meses pasados, cuando todos estos paisajes estaban cubiertos por la nieve, los animales salvajes que llenan estos campos, tenían mucha dificulta para encontrar alimento. Cada una de las especies tiene sus recursos para salir adelante. Los jabalíes buscan su alimento bajo la tierra en los collados de las cumbres, por entre los bosques de pinos pequeños para comerse sus raíces y por las navas. Este invierno pasado, allá por el collado de la Loma de Gualay, Puerto Juan Baco, por donde se va el camino que lleva a la antigua casa forestal, entre los bosques de pinos jóvenes, he visto verdadero surcos abiertos por estos cerdos salvajes. Como las grandes nevada no les dejan tierra abierta para buscar alimento, en cuanto abren un rodal entre la vegetación, que es donde la nieve suele ser menos espesa, lo levantan todo buscando raíces y rizomas. Hoy, en concreto, por el centro de esta nava hondonada, donde un manantial brota y se encharca en pequeñas lagunas, descubrimos que la tierra está toda hozada. Junto al manantial, por entre la vegetación, pegado a los grandes troncos de pinos y por el arroyuelo que el agua abre para irse hacia el valle del río.

Aquí ahora, en la orilla de este embalse que rebosa hacia la cerrada, todo está

horadado en surcos profundos, barrancos grandes y canales alargados. Lo entiendo muy bien. En las grandes nevadas de unos meses atrás, junto al agua, la nieve se derretía mucho antes. Aparece la tierra y el clima es mucho más templado. El rincón es ideal para ellos no sólo por el alimento que bajo la tierra encuentran sino por lo escondido, lo fértil de esta ribera y lo protegido de las ventiscas y heladas. Ahora ya ha estallado la primavera y aunque la naturaleza está reventando, las heridas del crudo invierno y del ataque de estos marranos salvajes, las zarzas siguen rotas, las raíces resecas, la tierra levantada y sin hierba ninguna y las ramas de los árboles tronchadas.

EL JABALI - 13 ~

Se le llama también cerdo salvaje o marrano. Si es raro que el jabalí alcance un gran tamaño en nuestros bosques, no sucede lo mismo en Europa oriental o en Asia. Al lado de ciertos ejemplares excepcionales, nuestros animales parecen enanos. A mediado del siglo pasado, los machos mayores del norte del mar Caspio pesaban 320 kilos y medían 2,30 metros de longitud. En nuestros días estos monstruos son menos numerosos, pero no han desaparecido del todo.

Las defensas, es decir, los caninos inferiores sumamente desarrollados, tienen unos 10 a 12 centímetros de longitud. Los mayores alcanzan a veces 25 centímetros incluida la parte hundida en el maxilar. El apetito de este enorme cerdo salvaje es sencillamente voraz: se ha encontrado en su estómago hasta 5 kilos de hayucos o bien 900 larvas de abejorros, 1,5 kilos de saltamontes... ¡y el resto, en proporción!

A pesar de sus dimensiones, el jabalí pasa fácilmente inadvertido. Aunque es bastante frecuente, se trata del único mamífero grande todavía muy extendido en Europa, sabe esconderse bien y se desplaza mucho. Menos sedentario que el ciervo, recorre de buen grado, largas distancias para encontrar comida. Vive en los bosques, en las llanuras y en las montañas, cerca de los campos y de las praderas. Trepa hasta los 2.500 metros. Le gusta la humedad y se le encuentra a menudo en los cañaverales, al borde de los estanques o en terrenos pantanosos. Se revuelca con frecuencia en charcos de fango que agranda a fuerza de acudir a ellos. Este comportamiento tiene probablemente la función de refrescarle.

Sus huellas se asemejan a las de los cerdos domésticos, lo que no tiene nada de extraño, puesto que este último desciende del jabalí. Como su pariente próximo, emite gruñidos. Por la noche los jabalíes se dirigen a los prados donde encuentran su alimento. Por el día descansan en sus pocilgas, cama situada en medio de la maleza o en los helechos. En primavera engulle camadas de pájaros, gazapos y brotes. En verano, semillas y frutos. En otoño, bellotas, hongos, hayucos y castañas. Durante todo el año desentierra gusanos blancos, lombrices, bulbos y rizomas.

La punta del hocico se denomina morro, los pelos tiesos, cerdas. Las mirillas, son los ojos. Las patas terminan en cuatro dedos. Las dos pezuñas anteriores dejan huellas muy claras y las de los posteriores, hacen marcas más pequeñas aunque casi siempre visibles. La hembra prepara una especie de cama para sus pequeños, los jabatos. Se trata de un montón de hojas, hierba y ramitas, disimulado en un zarzal o bajo los matorrales que alcanzan un metro de altura aproximadamente. En la primavera nacen de cuatro a ocho pequeños.

El jabalí camina o trota y salta para franquear una zanja o cualquier otro obstáculo. Es un "barrenador" y ni las zarzas más espesas lo detienen. Un jabalí herido, asaltado por perros de caza o una hembra sorprendida con sus pequeños, pueden ser muy peligrosos. No vacilará en atacar al hombre para defenderse. El jabalí es también capaz de destripar un perro con sus defensas. (Vida secreta de los animales. M. Cuisín)

EL EMBALSE -14 ~

En este pequeño embalse al comenzar la cerrada, hay un muro de piedra. El agua del río hoy no rebosa por encima de la tapia. Sale en forma de caños, por

cinco o seis agujeros abiertos en la pared del muro, pero abajo, casi a nivel del cauce. Desde esta pared, el líquido se junta enseguida en un pequeño charco que es el primero de esta cascada. Se derrama menos violento y enseguida cae al segundo charco. Esta es la poza más grandes de toda la Cerrada de los Tejos. Hoy ya lo sé porque voy comparando la información que descubrir el otro día con la de ahora.

Aquí mismo, a la derecha según bajamos, crece el primer tejo. Un poco más abajo, también a la derecha, hay otro y más abajo aún, hay dos más. En total, por la derecha, cuatro tejos y por la izquierda dos, que son seis y el grande de la ladera yendo hacia la fuente de los majuelos. Por la derecha, acebos crecen tres muy pegados al cauce aunque eso sí: entre rocas y agarrados como pueden a la poca tierra que en las grietas de las piedras se retiene.

Desde la segunda poza, la grande, verde y profunda, se derrama el agua en forma de cascada. Es la segunda en importancia después de la gran cascada donde nos quedamos el otro día y situada en el mismo centro de la Cerrada. A esta primera la llamaré la cascada verde porque cae fundida casi por completo con el musgo, espeso césped de musgo agarrado en la enorme roca que hace de trampolín para que la cascada caiga. A la segunda la llamaré la gran cascada puesto que así es en cuanto al punto donde se encuentra y a la altura y volumen de esta caída.

Donde se derrama esta primera cascada, la verde, existe un charco no ya tan grande y desde aquí, el agua avanza un poco y comienza a precipitarse por el vacío de la gran cascada. No es tan largo este trozo de río desde la cascada del centro hasta el muro del pantano, como yo creía el otro día. Al bajar hoy voy descubriendo que las distancias son más cortas quizá porque vamos deprisa; quizá porque resulta más fácil descender que subir. Las emociones dentro de mi alma también son menos y hasta contradictorias. Ayer veía pureza y luz en estos parajes.

Al finalizar el siglo hemos descubierto que somos parte de un gran sistema que va de los planetas a los animales, a las células, las moléculas, los átomos y las estrellas. Somos un eslabón de la cadena del Ser. Uno de los gestos más antiguos del hombre es alza la cabeza y contemplar, con asombro, el cielo estrellado. Casi siempre esta contemplación termina con un sentimiento de fraternidad con el universo. Estrellas, colinas, nubes, pájaros, árboles, grillos, hombres. Cada uno en su mundo y nos obstante, todos se corresponden. Sólo si renace entre nosotros el sentimiento de hermandad con la naturaleza, podremos defender la vida.

Y ya me voy despidiendo de este bello rincón, a pesar de todo. Mientras lo he ido recorriendo, he gozado y he sentido dolor. Me voy despidiendo y antes de irme con ellos, nos sentamos aquí, frente al manantial que al final de la cerrada, brota bajo el acebo. Surgen por el lado derecho y no es el mismo que descubrí el otro día. Se encuentra algo más arriba, pero eso sí: es caudaloso, limpio y fresco. El agua que por aquí sale es la misma que allá por las cumbres del Cerro de Navahondona, fue nieve hace unas semanas. En las rocas que se amontona frente, nos sentamos. Uno de ellos, habla y dice:

- Reflexionando con lo que hoy he visto por el nacimiento de este río, con lo que oí, con lo que he leído en un sito y otro y con la opinión de aquellos pastores por la Sierra de Segura, puedo sacar una conclusión.
- ¿Cuál es la conclusión?
- La de que frente estas sierras, entre toda la gente que por aquí va y viene, la dirigen o la explotan, hay cuatro actitudes claramente diferenciadas cuando no encontradas. Cuatro grandes bloques de personas que son: los turistas, los empresarios, los serranos casi todos rendidos hoy ya a unos pocos y al dinero, y los otros. Los que son distintos donde podríamos encontrarnos nosotros: los que recorremos estos paisajes bajo el sol y la nieve y con el único deseo de hacernos naturaleza y viento entre los bosques.

El primer bloque, los turistas, frente a estas sierras, tienen una actitud y visión

pobre y la de ser sólo visitantes de paso. Los empresarios buscan el beneficio económico y aunque casi siempre escudados en la defensa de la naturaleza, sus hechos reales... Nosotros buscamos el gozo, la paz, sentarnos frente a una flor o una cascada y por eso somos más sensibles a cualquier elemento que no esté en sintonía con estos paisajes.

Ellos, los pastores serranos, los auténticos pocos serranos que ya quedan por aquí, ven esta sierra como lo que siempre fue: su mundo y por eso la sienten suya. Y por último, los dirigentes, los más extraños a estos montes y quizá los grandes enemigos de estos paisajes porque planifican, permiten e incluso desean proyecto absurdos, cuando no egoístas e interesados. Son los que más se benefician de estos montes al tiempo que son los menos libres en sus acciones y actitudes. En la economía y sociedad actual, los intereses egoístas y personales y las influencias políticas, tienen un lugar destacado. En este Parque también.

AGUILON DEL LOCO
O LA LEYENDA -15 ~

El nombre lo lleva una nava y el desfiladero rocoso que se eleva imponente y mira al valle y según cuenta la leyenda, arranca de tiempos lejanos cuando una persona se refugió en la cueva que se abre bajo este paredón azul rojo y aquí vivió, en la soledad de las montañas, pero en su mundo hermoso hasta que un día al defenderlo, resbaló y cayó al vacío y muerto quedó entre la nieve y sus hermanas la piedras.

Y según cuenta la leyenda, otros dos hombres lo recogieron y en la misma cueva le dieron sepultura y entre el claro hielo y la tierra y la hierba verde cuajada de rocío y el rumor del agua que mana de la fuente, quedó su cuerpo y su recuerdo y su historia junto a su sueño, para siempre, pero como decían que estaba loco por vivir solo en estos montes aunque nadie dice si fue porque huía de otros que quería maltratarlo o porque no tuvo otra oportunidad ni camino o porque muchos le cerraron las puertas, entonces...

Y según sigue diciendo la leyenda, por la presencia de aquel hombre que tampoco sabemos si fue serrano o de fuera, desde entonces y quizá hasta siempre, a este picón alargado y enorme que mira al sol de la mañana y está muy cerca del cielo, se le empezó a llamar el Aguilón del Loco y así es como se le conoce y todo, por aquel fatal accidente que no se sabe dónde comienza ni dónde acaba ni tampoco dónde tenía sus raíces clavadas o la fuente primera de su vida, pero aquí corre el arroyuelo y el aire limpio y la luz del sol y la asombrosa o excelsa montaña de la muerte o del sueño que remite a la belleza trágica, como esperando en el recuerdo de la mañana que un día será eterna.

DE LOS RASOS
AL NACIMIENTO 29-5-94
EL PRIMER VALLE - 1 ~

Estas sierras hoy las hemos cogido reventadas de primavera. Ya hace tiempo que descubrir que en los paisajes de estos montes, la primavera siempre llega un mes después que en Sierra Morena y por la campiña del valle del Guadalquivir.

A estas cumbres hoy le hemos entrado por detrás, cogiendolas dormida, en dirección opuesta a la que llevan los pocos que por aquí pasan. Le hemos entrado desde la casa forestas del Los Rasos, un poco por el río, cimbreando la escarpada umbría hasta lo alto de la cuerda. Siguiendo por la cumbre dirección poniente hasta Navahondona. Desde aquí nos hemos venido para la derecha y también por detrás, le hemos entrado a la cumbre del Cerro de Navahondona. Ya en lo alto, nos recogemos sobre la dolina, pozo arropado por las milenarias encinas y siguiendo la raspa, salimos al collado del nido del roquero. No avanzamos más por la cuerda de la cumbre porque es tarde y queremos comer junto a donde tengamos agua.

Le hemos entrado por detrás a los turistas en la Cañada de las Fuentes. Unos comen, otros duermen, algunos juegan con los niños en los charcos del río y otros van y vienen, pero para no variar, manchando agua y paisajes. También a la

Cerrada de Los Tejos le entramos por arriba. Y hoy me he convencido de algo que el otro día con la emoción no vi: está sucia. Por ese trozo del río ya han tirado muchos papeles, latas, botellas. La basura que hoy vemos, al ir desde ellos hacia la cerrada, es más está más patente.

También hoy, tres semanas después de aquel día, el cauce tiene mucha menos aguas y por lo tanto, se nota más en ella la contaminación que por la Cañada de las Fuentes, han echado. Pero hoy la hemos pisado despacio y la hemos conocido mejor, que era el motivo de nuestra ruta.

La mañana es limpia y ya el sol brilla por lo alto de la cumbre. El Guadalquivir corre transparente y como por aquí el valle es suave, la corriente, aunque solitaria y bullangera, baja más bien remansada. Como si quisiera quedarse enredada entre la hierba verde en las amplias praderas de las riberas. Ella bebe transparencia y quiere seguir pasando y dejando vida por donde va. ¿Qué son sino estas llanuras tupidas de flores? ¿Qué es este bosque de pinos algunos casi rozando las cumbres? ¿Qué esa manada de ciervos pastando en el recodo del río por donde lo hemos cruzado? ¿Qué son los abinares y encinares chorreando por las laderas que vamos a recorrer? ¿Qué es todo lo que ahora vemos aquí quieto, si no la perfecta obra del agua que por el río se va? ¿Qué esta montaña, aquella y aquella si no la obra modelada por el mejor escultor de todos los tiempos, el agua?

Basta aliarse con el agua para que lo yelmo se convierta en una algarabía. Y ahora mismo, ya estamos viendo la muestra de esta algarabía en forma de bosques, cumbres, arroyos, praderas y flores. Dejamos el coche en el mismo rellano en que corre la fuente de Los Rasos. Donde aquel día me fui por la ladera sur hasta la cumbre del Gilillo. Cruzamos la pista en la dirección opuesta a la de aquel día y atravesamos las praderas. La llanura hoy está toda verde y en ella, la hierba crecida. Ya por aquí, el valle a los lados del gran surco del río, comienza a abrirse dejando en sus orillas tierras llanas.

Todavía queda un buen trozo de río hasta llegar al gran valle de allá por arroyo Frío. Por eso este valle que ahora ya estamos pisando, no es definitivo, puesto que más abajo, vuelven a surgir las cerradas. Pero aquí está ya la primera de lo que a este río le gusta ser: valle además de río. Es la primera llanura en forma de valle natural a lo largo de sus 660 kilómetros. La segunda llanura aparece exactamente allá por el Puente de las Herrerías y la tercera empieza al final de la Cerrada de Utrero, desde Arroyo Frío para abajo. Punto donde el río se cierra y se abre como si ensayara para ver si le conviene quedarse montaña o hacerse río.

Aquí, en la casa de Los Rasos, en el tercer rincón hermoso después de la Cañada de Las Fuentes y la Cerrada de Los Tejos, también los hombres quisieron establecer su residencia. En aquellos tiempos construyeron algunas casas, fuentes y huertas. Organizaron campamentos y lo de siempre: el río contaminado, la paz de los valles rota, los humanos metidos hasta en el rincón más salvaje, el cauce asaltado y roto justo nada más nacer y el silencio y tranquilidad de los paisajes, quebrado. Esto es lo que hicieron en aquellos tiempos como sucedió en la misma Cañada de las Fuente y en la Cerrada de Los Tejos. Menos mal que una decisión acertada un día acabó con todas estas instalaciones. Pero sólo las tres primeras que he mencionado, puesto que todos sabes que lo del Puente de las Herrerías, lo de Vadillo y a partir de aquí, en escala progresiva, siguió y siguió hasta crecer y Dios sabe hasta donde va a seguir esto creciendo.

El gran río Guadalquivir, que es más valle que río, la de asaltos y destrozos que ha sufrido a lo largo de la historia. Pero nuestro valle hoy, gracias a Dios, parece tranquilo, libre de presencia humana, repleto de praderas y bañado por las aguas que bajan de la cumbre. A primera hora de la mañana rezuma mucho silencio. El cielo está sereno, algún grillo canta, la temperatura es suave y las flores se extienden por el campo.

Atravesamos el cauce y por la izquierda nos vamos río arriba. Por este lado sube una senda que es antigua. Tiene apariencia de ser senda de pastores aunque

también creemos que fue arreglada en la etapa de los ingenieros trotando por estas sierras y las casas forestales. Sube unos cien metros buscando un puente viejo construido de piedra sobre el río. Remonta levemente sobre la ladera, pero siguiendo el cauce del río. Topa de frente con la escarpada pendiente cuya superficie es toda una enorme pieza rocosa y al no poder seguir avanzado en esa dirección, tuerce a la izquierda por donde remonta cortando la ladera. La hierba nos llega hasta la rodilla y las rojas flores de las peonías, nos salen al paso en cada recodo. La vegetación ha ido arropando la senda a un lado y otro y como hace tiempo que el uso del camino dejó de ser frecuente, hoy está comido por el monte y roto por las avalanchas de piedras y arroyuelos en las épocas de las tormentas.

Esta ladera y más aún las partes altas, han sido y son fuertemente atacadas por el hielo y las lluvias. Toda la cresta es una auténtica astilla por donde no se puede ni andar y toda la ladera, cara norte de la cordillera que protege al Guadalquivir por la izquierda, ha sido modelada en una vertiente única en estas sierras.

Las rocas, que son una gran lancha o placa tectónica, forman espectaculares pendientes por donde la vegetación de aquello tiempos, aun sigue intacta. Es de ensueño ver los árboles encaramarse por los bordes de las cornisas como en una acuarela china. Crece uno por aquí por el que siento especial predilección: el roble y su compañero la encina. El primero fluctúa tanto como la misma montaña. Pasa de verdes tiernos en primavera a rojos naranja en otoño mientras un raro halo violáceo aúnan sus desnudas ramas en invierno. Nunca falla la hermosura de un roble meciéndose sobre las laderas y cumbres de estas sierras.

La vegetación que recoger esta bella cornisa, es por completo distinta a la de la cara norte de la cordillera o gran Cerro de Navahondona o la que existe en la cumbre o cara sur, por donde los bosques de pinos de repoblación, laricios y Pinaster, han sustituido casi por completo a los árboles autóctonos.

Según vamos subiendo, descubrimos que la senda va abriéndose paso ladera arriba aprovechando una repisa o escalón que baja desde la cumbre. Los pequeños prados repletos de hierba, flores y mejoranas, nos van saliendo al paso. La flor simboliza la belleza y la fragilidad de la vida entre el antes y el después de la muerte. Y las flores que crecen estas montañas recitan ese poema como pocas. Delicadas, etéreas, deparan la pigmentación más exquisita, el contraste más intenso con el borde de los abismos. Es hermosa la saxífraga acurrucada en las grietas, la silene y las siemprevivas formando pequeños cojines.

Por aquí, la presencia del hombre apenas ha transformado nada. Escasamente el trazado de la senda que vamos recorriendo. En estos, en aquellos tiempos, sí era respetuoso porque apenas rompía naturaleza. Sin embargo, los elementos naturales, sí han configurado magníficos escalones por donde caen las cascadas como la que atravesamos a media ladera antes de subir a la cumbre. Es un cauce corto que nace arriba, en las llanuras de la nava que buscamos para venir a precipitarse por esta ladera en forma de torrente. Justo aquí, por donde la senda lo cruza, hay uno de los gigantes del parque tumbado y medio podrido. Se encuentra en el centro del arroyo, entre los bloques de rocas redondos y lavados por el agua cuando por aquí corre. Porque no siempre este arroyo tiene agua. Lo explicaré:

La vertiente de la ladera es muy pronunciada. Toda ella y la cordillera que la forma, es pura roca. Cuando llueve, cuando descargan por aquí las tormentas y cuando el deshielo, a torrentes el agua cae por las cascadas y arroyos de está ladera. Pero en cuanto se van las nubes y las nieves, también los arroyos se secan porque no hay tierra para absolver el agua y las rocas la escurren según cae. Por eso todos los regatos que descienden por esta vertiente, son cortos y torrenciales. Más bien casi no debería recibir el nombre de arroyos, ya que sólo unos pocos días a lo largo del año, corren.

A propósito de esto: por este lado del Guadalquivir y desde el nacimiento hasta el Puente de Las Herrerías, no hay más arroyos que el pequeño del barranco de los Teatinos, el arroyo Amarillo y el de los Habares que le entra al río algo más arriba

del puente ya dicho. Desde donde nos hemos encontrado el viejo tronco del laricio, en el cauce seco de las rocas, si se mira hacia la cumbre, se ve la cascada que por ahí cae. Hoy no tiene agua porque ya está muy entrada la primavera y el agua de las nieves derretidas hace días que dejó de bajar desde la cumbre. Pero ahí está la cascada, o mejor dicho: el paredón calizo por donde se despeña la corriente. Justo por donde cae el agua, la roca está lavada, pero al mismo tiempo, presenta una gran mancha anaranjada. Es el color de la tierra de la llanura que vamos a descubrir.

Ahora mismo, este gran salto rocoso, es hermoso, muy hermoso allá sobre la cumbre, arropado por abajo, por arriba y por los lados por el espeso bosque de encinas negras y pinos verdes. Pero cuando por este paredón caen los caños de las aguas reunidas allá arriba, el espectáculo es de ensueño. No es posible llegar hasta él o por lo menos no es fácil por lo agreste y quebrado de este barranco.

Nosotros hoy, durante un rato, detenemos las marcha para gozar despacio el rincón. Tiene mucho silencio y produce gran placer saborearlo sin prisas. Saltamos por las rocas, nos sentamos en los troncos, nos vamos por el bosque y ya bien empapados de sombras, fresco y perfume de flores, seguimos la ruta. Se nos viene al recuerdo las imágenes de aquellos hombres y en aquellos tiempos sacando troncos de pinos desde los barrancos que quedan arriba y colgados en cables por las laderas que ahora recorremos.

Sube la senda más suavemente y aprovechando una repisa donde las rocas y la hierba compiten por el puñado de tierra que aquí se retiene, nos remontamos sobre el aguilón de roca que nos queda a la izquierda. Escalamos por entre sus salientes, grietas y astillas y nos asomamos al barranco. Desde aquí se domina todo el valle. Una gran hondonada por donde el río avanza abriendo surco y tallando riberas. Pero aunque es majestuosa la hermosa vista y además, es también fresco el airecillo que desde el valle sube, nos detenemos en las casas al final se ven.

Casi nos la tapan los pinos, pero se distinguen los suficiente para descubrir que son construcciones humanas. Parecen bellas, pero no lo son. Aunque las hicieron de piedra recogida en el entorno y de madera arrancada a estos bosques, resultan extrañas en un espacio como este.
- Las construyeron cuando adecuaron estas zonas para acampada.
Les digo.
- Pero no la derribaron cuando prohibieron estos campamentos. ¿Por qué? Y sin embargo, sí derribaron las hermosas aldeas de pastores y serranos por las sierras de las Villas y Segura.
- Aquellos eran pequeños.

Hoy también, como aquel día, por la chimenea de estas casas, dos o tres en una llanura pequeña entre arroyos Cerezo, la Tejadilla y el Guadalquivir, sale humo. No es que viva gente al estilo de aquellos serranos de las aldeas y cortijos que derribaron. Los que aquí ahora mismo viven son los amigos de tal o cual y por la suerte de esa amistad tienen el privilegio de ocupar estas casas. Los de hoy no serán los mismos de este invierno, pero aquellos y estos fueron y son favorecidos con privilegios que se nos niegan a los que somos del montón. Es quizá por estas causas por lo que no se derribaron estas casas a pesar de no cumplir ningún papel benéfico para estos paisajes. Contemplandolas, se me viene al recuerdo, la imagen del aquel día.

Subimos a lo alto del cerrillo y avanzando por la llanura, entre las encinas, vimos el chalé.
- Esto no estaba aquí antes.
- Es nuevo. Nunca ha estado aquí antes.
- ¿Notas si en tu interior algún sentimiento lo rechaza o lo acepta?
- Sí que lo noto. En mi interior hay algo que lo rechaza. Las sensaciones y los paisajes que llevo grabados en mi alma, desde mi niñez, son sin estos edificios. Entonces sólo existían los campos limpios, algo oscuros, húmedos, fríos y llenos de silencios eternos.

- Dicen que cuando uno se siente triste es cuando las fibras de la sensibilidad del alma rozan más de cerca el misterio de la vida. Y dicen también que las realidades más profundas, las mejores obras creadas por los humanos, nacen siempre bajo estas condiciones.
- ¿Pero por qué vuelvo yo a vivir tantas veces en mis sueños aquello que recorrí de pequeño?
- Quizá es que tu presente actual no es bello y de ahí que tengas necesidad de irte al recuerdo de tu niñez para seguir sintiendo la transparencia de aquel mundo.
- Quizá pueda ser esto y de ahí las causas de la tristeza que ahora mismo siento. Pero te lo repito: en estos campos no existía lo que ahora mismo veo.

Algo más arriba de donde se alzan las casas de Los Rasos, se ve el salto del arroyo Cerezo. Cuando este invierno, en navidad, bajé por ese arroyo, al llegar al salto, tuve que venirme hacia el lado derecho y volcar casi a la vertiente del arroyo de la Tejadilla para salvarlo. Por encima de este escalón, donde el arroyo taja una gran cascada, el cauce se remansa o es algo más llano. Ahí construyeron una pequeña casa en tiempos muy remotos y como eran serranos los que en ella se instalaron, junto al cortijo prepararon el terreno, trazaron bancales, construyeron una presa cerca de la cerrada, sembraron nogales y álamos y aprovechando el agua del arroyo, cultivaron hortalizas y verduras. Con las mismas piedras de aquel barranco, que son los abundantes trozos de rocas calizas de toda la sierra, levantaron corrales para las ovejas y las vacas e hicieron paratas para retener la tierra en hortales. Trazaron una pequeña senda hacia arriba y hacia abajo y por ella salían y entraban con sus mulos y burros, cada vez que tenían que ir al pueblo o a los cortijos vecinos.

La senda que sale hacia arriba recorre la ladera sur de la gran cuerda del Gilillo. Antes de llegar a la cumbre, se junta con la que viene desde Puerto Lorente por la cañada y juntas vuelcan por el mismo puerto de Gilillo hacia la vertiente norte buscando el pueblo de Cazorla. La otra senda, la que desde aquel cortijo en el barranco del arroyo se dejaba caer hacia abajo, busca el río. Al llegar a él se iba para tres sitios: río abajo, río arriba y la que nosotros ahora mismo subimos.

Hemos subido. Ya estamos casi en lo alto de la cuerda. Pero precisamente antes de coronar el punto más elevado, la senda se divide en dos: un ramal que gira hacia la derecha y sigue subiendo y el ramal que se va hacia la izquierda o más bien, viene de abajo y se junta con la que traemos. Sube desde el cortijo de los Ranchales. Majada fue al principio, cortijo después y luego casa forestal. Esta senda era la usada por los habitantes del cortijo. La casa de los Rasos y la de Gualay, para ir de un sitio a otro y más para salir desde todas estas casas forestales atrás mencionadas, hacia Cazorla. Si nos situamos junto al nacimiento del Guadalquivir, en muchos kilómetros a la redonda, en aquellos tiempos, sólo existían estos tres cortijos. Los Rasos, los Ranchelas y Gualay.

Seguimos la ruta dejando a la izquierda el camino que sube desde los Ranchales. El pequeño y último tramo antes de coronar es recto y empinado. Es singular el paisaje y más el bosque: pinos pequeños, casi enanos y suelo de rocas astilladas pero casi todas en miniatura. Las almohadillas espinosas nos indican que ya andamos a una altura bastante considerable: entre los 1500 a 1600 m.

En el recodo, tras unas rocas más grandes, sorprendemos un recudido rebaño de cabras monteses que tranquilamente pastan en los prados de estas alturas. Al vernos huyen y se van hacia el lado de la izquierda volcando para el barranco del arroyo Amarillo. Remontamos un poco más y frente a nosotros tenemos la Loma de Gualay.

El camino que por lo alto de la cumbre llevamos dirección a la llanura de la nava, nos va presentando las huellas de aquellos tiempos. También la de estos: el trazado antiguo, el que es de verdad camino serrano formado por el uso de pies de hombres con sus bestias y demás animales, se va por lo alto de la cumbre. El que es camino moderno, pista forestal para surcar estos montes con los coches todoterreno, que aunque sean de los guardas o personal forestal, son coches, a

veces, aprovecha el trazado y otras, la mayoría, se va más a la derecha volcando hacia el barranco del arroyo que nosotros hemos cruzado. Sin dudar que el antiguo es más bonito que el moderno, a parte ya, del poco destrozo que aquellos caminos hacían en el monte y lo mucho que rompe y afean una pista de estas.

LA DULCE LLAMADA - 2 ~

La primavera revienta por todos sitios y según vamos andando, la naturaleza se encarga de recordánoslo. Se mecen las flores por el césped verde de las llanuras, los robles ya se han vestido su gran traje de hojas nuevas, los pajarillos revolotean y hasta el tableteo de los pájaros carpinteros sobre los troncos de los pinos, de vez en cuando retumba por los barrancos.

Por la tierra de la pista vemos a un escarabajo que se afana en la fabricación de su pelota de excrementos.
- Es lo que yo os decía: si cuando caminamos por el campo, fuéramos atentos, veríamos que por estas fechas algo en el paisaje está cambiando.
Comenta uno de los del grupo. Y tiene razón: con los primeros calores del día el aire se ha ido impregnado de olores y hasta los escarabajos peloteros, dotados de un extraordinario olfato, llegan volando hasta los excrementos del ganado, indispensables para su ciclo vital.

La evolución de los seres vivos ha sido lenta y en ocasiones hasta caprichosa. Los aproximadamente 350.000 coleópteros que se conocen ocupan un lugar muy importante en la vida de nuestro planeta. Su adaptación les ha obligado a especializarse de tal forma que son capaces de nutrirse con todas las sustancias orgánicas conocidas y, en ocasiones, de algunas inorgánicas, como el plomo.

La familia de los Scarabeidae es probablemente una de las mayores de todas las familias de insectos, con aproximadamente 19.000 especies. Seguramente uno de los más conocidos de todos los escarabajos es el de estercolero, de amplia distribución mediterránea. Igual que otros muchos parientes suyos, se nutre de los excrementos del ganado, elaborando con ellos, gracias a sus patas en forma de pala, unas bolas que harán rodar hasta donde se encuentre la hembra.

Este trabajo nos será fácil pues generalmente suelen aparecer en escena otros machos y se producen muchas luchas por la pelota. El vencedor consigue arrastrarla hasta donde su compañera parece haber encontrado un terreno propicio para cavar, trabajo delicado que en la especie Copris lunaris suele efectuar la hembra, llegando algunas especies a elaborar galerías de metro y medio. Dentro de una pequeña cámara depositará un huevo en cada una de las bolas y entonces le dará forma de pera. Tras varias semanas de incubación nacerán las larvas que tendrán en los excrementos el alimento necesario para transformarse en pupa. Este es el estadio entre la larva y el adulto en el que no se alimenta.

Pero también el en aire hay otros cambios. Las primeras golondrinas son el síntoma inequívoco de una nueva primavera que suele dejar otros rastros en nuestro camino: los ciervos han perdido sus viejas cornamentas y queda abandonadas entre la maleza. Antes del otoño unos nuevos cuernos deberán estar preparados para la lucha.

En el mismo camino, la primera llanura con entidad, sorprende con su espectáculo de hierba y silencio. El sol de la mañana ya casi en lo alto, lo baña de luz y aunque este rincón presenta todas condiciones ideales para que las monteses lo tomen y por eso con sumo cuidado lo vamos descubriendo, no vemos ninguna. Tampoco ciervos o gamos. Y lo que pasa es lo que ya decía atrás: los animales salvajes, en esta época del año, no necesitan de las praderas que por aquí hay para alimentarse. Es tan grande la sierra y tanto hierba y brotes tiernos de monte tiene ahora por cualquier rincón, que no tiene por qué acudir a estas praderas para encontrarse con un buen plato.

Junto a la senda uno de los gigantes se ha secado. Pero lo primero que se nos mete por los ojos no es la sequedad de su esqueleto. Es su belleza. El porte que

presenta es magnífico y aunque ni sus ramas ni su tronco tienen vida, sigue irradiando elegancia y majestad. Pertenece al grupo de los laricios y debió secarse este invierno pasado, porque en las ramas todavía conserva las acículas y entre ellas las piñas aunque unas y otras por completo secas. Traspasadas por la sequedad y teñidas de ocre. El aspecto es como si hubiese dejado de vivir hace sólo unos días.

Al final de la pradera, a la izquierda yéndose para el barranco de arroyo Amarillo, se ve otro ejemplar y esto nos ayuda a recordar que los tres o cuatro veces que este invierno hemos recorrido estas sierras, por la parte de las cumbres, casi siempre nos hemos tropezado con algún gigante seco. ¿Es normal o está ocurriendo algo raro? Todos los ejemplares que he visto son de la especie laricio y casi todos bien grandes. Pinos adultos. Secos pero bien desarrollados.

No tengo mucha ciencia sobre los pinos laricios de estas sierras, pero nunca antes había visto tantos secos en tan poco tiempo. Aunque creo que puede ser normal que con las nieves del invierno cualquier pino de estos se pueda secar. A partir de hoy voy a estar atento por aquellos sitios que recorra para observar si el fenómeno se repite con más o menos abundancia.

Ya lo decía: a pesar de haber sido abandonado por la vida sigue siendo hermoso. Es bello y es especialmente bello el lugar en que clava sus raíces, aunque por ellas ya no corra sabia. Nos paramos junto a él y durante largo rato gozamos de su hallazgo. Enseguida nos brota el juego y por eso alguno de nosotros comienza a encaramarse tronco arriba. Por entre las ramas secas lo vamos recogiendo en la cámara de video. Lo rodeamos, lo tocamos, lo remiramos de arriba abajo, nos llenamos de su esbeltez, de su silueta recortada en el azul del cielo, comentamos nuestra sorpresa y le expresamos nuestro cariño. "La palabra magno le cuadra como al mar, como al cielo y como a mi corazón. A su sombra, mirando las nubes, han descansado razas y razas por los siglos como bajo el agua bajo el cielo y en la nostalgia de mi corazón". Es lo que decía Juan Ramón Jiménez de aquel árbol y de este pino aunque no lo conociera.

Hoy este pino seco se nos presenta en no sé qué cuadro de eternidad. Sobre la cumbre, lejos de todos, pero cerca del cielo, es más rumoroso y más gigante aún y parece como si nos quisiera transmitir un mensaje. Como si nos llamara a descansar a su paz, como el término verdadero y eterno de la vida. Pero como sobre esta cumbre todo nos rebosa y nos trasciende, nos arrancamos de él y seguimos la ruta, abrumados por el verde de la pradera, la inmensidad del cielo limpio y el aire puro de estas cumbres.

Sólo avanzar doscientos metros y entramos de lleno en la otra llanura. En la grande, en la de hermosura plena con nombre de majestad. Navahondona que como creemos nosotros se llama esta Nava Honda aunque el nombre se refiera a mucha más tierra que este rincón. Nombres tan bellos que pudieran ser los más hermosos de estas sierras y yo creo que no sólo los nombres sino también los paisajes, las cumbres, los bosques, praderas y esencias que por aquí se respira y se palpa. Es un trozo natural donde el creador se ha mostrado especialmente generoso.

La llanura se derrama desde lo más alto de la loma de Gualay, por donde crece el pino de las tres cruces y desde el collado donde nace el Barranco de los Teatinos. Por el norte la recoge y protege la original cumbre de rocas astilladas del Cerro de Navahondona. La definición de nava es de una llanura de mediana extensión recogida entre montañas. ¡Y qué bien le cuadra a este pequeño trozo verde!

Le hemos entrado por el lado de abajo. Por donde rebosa el agua de las nieves que se amontona y derriten en esta llanura. Hoy no es nieve lo que por aquí se acumula sino hierba fresca y verde. Una espesa y amplia alfombra verde que llena de alegría todos los rinconcillos de la llanura. Los majuelos ya han florecido y por entre los manojos de florecillas blancas con olor a miel revolotean mil mariposas

todas de colores llamativos. En los grandes laricios también ya han despuntados las acículas de las nuevas hojas y los enebros, sabinas y peonías, se mecen empujados por la suave brisa que recorre el bosquecillo de la llanura. Ya chorrea el sol por el verde de las recién nacidas hojas que se funden con los tallos de la hierba que cubre la tierra.

Se amontonan los piornos todos florecidos y aunque en sus ramas todavía se adivina el sufrimiento de la nieve amontonada sobre ellos hace tan sólo unos días, esta mañana se abre floridos mostrando entre sus afiladas agujas los tonos más bellos de la primavera. Entre los matorrales convive un ejercito de animalillos como el hermoso Pechiazul, el carbonero, las currucas y los escribanos. También los jabalíes han pasado por aquí. Sus hozaduras se ven por aquí y allá y los otros: el ciervo, la montés y el gamo, aunque no los vemos sus rastros, en forma de pisadas y excrementos, están por aquí.

¡Mira qué bien vuela! Qué regocijo debe ser para ella su vuelo esta mañana. Como si la naturaleza toda estuviera condensada en su puro vuelo. Todo acaba y termina en ella misma y su delicado vuelo y el resto del mundo ya no existe. ¡Mírala! ¡Qué delicia verla volar tan pura y sin respiro! No es una sola sino mil que rodean primorosas cada florecilla en cada majuelo abierta. Son las mariposas, las frágiles mensajeras de la primavera. Las que más la anuncian y saborean sus esencias.

Avanzamos y como a lo largo de toda la mañana nos ha ido creciendo dentro la ternura y el amor por el jardín que recorremos, ahora casi no nos atrevemos a pisar ni tocar lo que antes los ojos se extiende. Con el aliento contenido nos vamos para el lado derecho que es por donde rebosa hacia el barranco. Embelesados en el nacimiento y enredados en la luz de la mañana que por aquí se hace misterio de esencias y tonos, cuando un nuevo zarpazos, no de belleza, nos sacude con otro temblor. Por entre las ramas verdes aparecen los alambres hierros y cables.
- ¿Qué es?
Nos preguntamos casi al mismo tiempo. En el hallazgo concentramos la mirada mientras avanzamos. El deseo de saciar la curiosidad nos arde dentro.

- Parece un corral.
- ¿Pero aquí y con materiales tan modernos?
- Y si fuera un corral ¿qué encerrarían en él?
- Serán aparatos para investigar cosas.
Caemos en la cuenta que pisamos tierras que caen dentro de la reserva de la Biosfera.

Y efectivamente. En cuento llegamos nos cercioramos que lo que tenemos delante es una pequeña estación meteorológica. La han puesto dentro de un cercado de tele metálica que sujetan poste de hierro, en un cuadrado de tres metros de lado. Dentro han metido una placa solar con un aparato abajo por donde le entra y salen los cables. Al lado han puesto un pluviómetro, una veleta, un aparato para medir la velocidad del viento, una puerta con una cadena con su candado y por las tierras que le rodean mil rodadas de coches todoterreno. Lo que ma llama la atención es el impacto que semejante instalación ejerce en el paisaje. Con la cantidad de rocas y maderas secas de todas las especies que hay por aquí y lo bonito que sería una pequeña instalación meteorológica construida con estos materiales, y que la haya hecho aquí y de hierro, pinturas y cadenas con candados, no se explica.
- Y eso que esto son tierras de la reserva, en manos de científicos y demás conservadores.
Comenta uno.

"La categoría de la reserva se aplica a aquellos espacios de característica excepcionales que engloban un conjunto de ecosistemas de relevantes valores ecológicos, paisajísticos y científicos, cuya singularidad y fragilidad puede requerir para su conservación la exclusión de actividades humanas. La área de reserva denominada Navahondona-Guadahornillos y Bujaraiza están incluidas en montes del estado y corresponde a aquellos lugares donde se conservan la mayoría de los

endemismos vegetales del Parque. El uso preferente es la investigación, conservación a interpretación de la naturaleza.

Los usos prohibidos son cualquier tipo de actuación o intervención que pueda suponer una modificación del medio que comporte degradación de los ecosistemas. Las directrices de actuación son las que se dirigen fundamentalmente a asegurar una correcta conservación y gestión de estos ecosistemas. Se favorecerá la intervención que posibiliten una progresiva recuperación de los mismos. Las actividades ligadas a la investigación científica y a la interpretación y uso publico se podrán realizar en términos compatibles con la protección de estos espacios". Este trozo de texto corresponde a las normas de uso y disfrute del Parque Natural.

Y en cuento a la ida y venida de los coches todoterreno por esta zona, tampoco lo entendemos. Aunque sean los científicos o los encargados de vigilar la sierra, ellos.

Desde donde hemos venido, atravesando la tan bella nava y por aquí, alrededor del tinglado montado con fines científicos, han trazado pistas forestales. Se han metido con los coches por todos sitios. Viene ahora bien recordar aquello que el otro día leímos:

POR LA LLANURA DE LA NAVA - 3 ~

Desde la instalación de los cables y las placas solares seguimos nuestra ruta hacia el centro del gran tapiz verde: la nava. Y en el centro del paraíso, la llanura verde de Nava Honda donde especialmente hoy, el silencio y la paz es lo que rebosa por todos sitios, lo que nos encontramos es el manantial. El pequeño regato de cristal que corre camuflado entre hierba y sabinas rastreras. Nace bajo el pino de la copa ancha y el tronco gordo. No totalmente en el centro de la llanura sino algo al saliente.

Ahí mismo está el charquito pequeño, arropado por la sombra del pino y casi tapado, por los lados, de tallos de enebro y a su alrededor, por hierba espesa. Lo miras y es todo luz. Ni siquiera parece que hubiera agua de tan cristalina. Este charco parece que hace honor a lo que son todas las aguas que manan entre las rocas calizas de estas sierras. Es lo que dicen los libros: si son calizas, el agua tiene que ser cristalina y como esta agua casi siempre antes ha sido nieve y no lluvia, al bajar de las cumbres por los arroyos o brotar en las praderas por los veneros, no sólo no pierde su pureza de nieve sino que la pule al rozar las rocas y se hace viento. Este pequeño charco es un ejemplo de ello.

En el rinconcillo oscuro de la parte de arriba del charco, junto a la sombra de la rama del enebro, brota el cristal. Parece como si estuviera hirviendo por los borbotones que saltan sin parar. Lo miras y no te lo crees. Por el pequeño agujerito que se abre en la tierra y no en la roca como ocurre en otros sitios, fluye la abundancia que enseguida se hace charco y al rebosar, es arroyo cortando la pradera. A cada borbotón que ni sabes dónde empieza ni dónde termina porque toda es un puro caño de borbotones apiñados en unos casos y enfilados en otros, la tierra se mueve, tiembla, se abre, se cierra, se va hacia el centro del charco, se precipita en el fondo donde parece va a dormirse para siempre. Pero no se duerme porque el siguiente borbotón la empuja y el de atrás le da otro achuchón hasta llevarla al hilillo que ya es la corriente que rebosa y comienza a irse, silenciosa, por el surco y los pequeños recovecos del regato.

Sigues mirando y el manantial regurgita sin parar borbotones limpios que se espanden y se duermen. Sientes el deseo de agacharte y beber no porque tengas sed sino porque al verla tan limpia te parece deliciosa. Te agachas y con la mano coges un puñado. Enseguida descubres que aún es más limpia de lo que veías y más fría que casi cuando era nieve en la cumbre.
- ¿A qué sabe?
- Bebe y verás.

Desde luego sabe a agua, pero tiene un no sé qué que la hace distinta al agua que habitualmente bebemos en el mundo de la civilización.
- No podría ser menos y, además, madurada en el silencio de estas montañas, dormida en la oscuridad de estas tierras salvajes y contenida no en tubos de plástico o hierro sino en venas de arcilla y en cuencos de hierba.
- Me la bebería toda porque eso es lo que me parece que grita.

Por el fondo del charco, si miras despacio, verás los renacuajos que nacieron hace solo unos cuanto días. Si los coges en las manos te maravillarás de belleza tan pequeña, tan frágil y tan perfecta. ¿Cómo es posible que a estas alturas, en aguas tan frías y en soledades tan densas se de la vida en forma de tanta delicadeza? A lo mejor no lo hubieras creído, pero si lo ves con tus ojos y lo coges en tus manos con un puñado de agua, te convences aunque sigas sin creerlo. También si lo ves con tus propios ojos te convences de que junto a este pequeño pero espléndido charco del borbotón en el centro, se remansa otro igualmente pequeño que le supera en esplendor.

Te creerías que es una laguna en miniatura porque dentro de él crecen tantas plantas que más bien parece un jardín de juguete encerrado en una ola de agua limpia. Son plantas acuáticas y esto también te puede extrañar donde por la altitud, el frío por las noches incluso ahora ya en pleno primavera, se siente con fuerza. Lo miras y como la pradera, la alfombra de la pradera, los pinos de la ladera sur y la crestería de la cumbre enfrente, te reclama a gritos vivos, no sabes si seguir, quedarte, observarlos, bebértelos o dividirte para morir y no irte jamás.

- ¡Pero mira ese surco!
Viene rasgando la llanura por su centro desde la ondulación en que arranca esta pradera y el Barranco de los Teatinos. Te crees que el surco es de esos que hacía los arados tirados por mulos cuando araban estas tierras para sembrarla y aunque casi es igual, resulta el canal por donde, en la época del deshielo, baja el agua de la Loma de Gualay. Porque la loma está aquí, a la izquierda por donde han arañado la pista que desde el Nacimiento lleva a Puerto Llano y al Cabañas. Por ahí está el pino de las tres cruces, el Puerto del Baco, los Prados de Gualay y la Cueva de los Santos. Algún día nos iremos por esas soledades que tan recorridas, soñadas y amadas tengo.

Te impresiona el color de la tierra que el surco del centro deja al descubierto. Es roja, arcilla, caliza desmoronada, hojas del bosque podridas que por eso es también negra y blanca, pero roja. Sólo el centro del surco y las dos pequeñas laderas porque ya en lo alto también crece la hierba que en un amplio manto cubre la inmensidad de la pradera. Desde la pista que sube al Cabañas, antes de la curva del Pino de las Cruces, sale la que viene por donde hemos subido que cuando pasa por la nava, aquí donde está el surco, no quiere venirse por el centro y la bordea.

Con aquel amigo, un buen montañero, el mejor que luego fue víctima de la civilización de la ciudad, un día bajamos esta pista y era gloria la de mariposas que se arrancaban de entre la hierba a cada paso nuestro. Recuerdo que aquel día, al llegar a la nava, casi no quisimos tocarla por miedo a mancharla. Y no la tocamos porque aquel día llevábamos otra ruta y nos dijimos que esta de la nava quedaba en espera del momento oportuno.

Y aunque lo creas, tampoco hoy es el momento oportuno. ¿Por qué? No te lo sé decir, pero siento que para irse, para perderse, para fundirse con esta nava, hay que prepararse bien. Escoger bien el día exacto y estar, además, espiritualmente lleno de Dios. Y no lo digo por decir algo: lo siento, lo veo, lo vivo. Aquí late un misterio que hasta me da algo de miedo. Te lo digo en serio.

¿Qué hacemos entonces ya que estamos aquí en el centro? Primero mirar por última vez los charcos, regatos y manantiales que se desangra e hierve aquí en el centro y recordar que estos veneros no brotan bajo el nacimiento del Guadalquivir. ¿Por qué digo esto? Es que de veneros que dan agua al río, tengo varios por ahí descubiertos y voy complementando poco a poco nada más que por pura

satisfacción personal.

LAS FUENTES DEL GUADALQUIVIR - 4 ~

Durante mucho tiempo me he preguntado por el verdadero nacimiento del Guadalquivir. A lo largo de varios años he ido recorriendo todas la zona de las cumbres de cabecera donde se fragua este gran río. Hoy, 27-11-88, he realizado mi última excursión por estos lugares. A estas alturas del año no ha llovido gran cosa, aunque por estas sierras ya han caído las primeras nieves.

Subo por el Barranco de la Bacarizuela y a media altura, bajo un majuelo, descubro la primera de las fuentes o manantial que brota por encima del nacimiento oficial. Algo más arriba hay otro manantial y sobre la cumbre, en el centro de una gran nava, brota el tercer venero por este lado de la cuenca. Al bajar por la Cañada de las Fuentes, descubro cuatros manantiales más. Todos casi juntos, pero con aguas distintas. Por la cumbre de la Loma de Gualay sé que hay otro nuevo manantial y en la misma casa forestal, junto al nacimiento oficial, brota otro. En total son ochos las fuentes que brotan por encima del punto donde pusieron la placa que indica el nacimiento del río.

Al bajar por la Cañada de las Fuentes observo como el agua que mana un poco más arriba en gran cantidad, se pierde por el estrecho que hay un poco más abajo de los tejos y desde este tramo hasta el nacimiento oficial, todo el cauce está seco por completo. Incluso la misma cueva que hay debajo del puente del nacimiento, está seca.

En cambio arriba, en los manantiales atrás mencionados, el agua brota en cantidad y además, sé que algunos de estos veneros no se secan en todo el verano. ¿Cuál es en realidad el verdadero nacimiento del Guadalquivir? En el plano que adjunto con este texto señalo dónde están los manantiales más importantes que brotan en estas laderas. Doy por cierto que han sido descubierto y estudiados hace ya mucho tiempo.

Los tres manantiales que brotan por la hondonada de Las Bacarizuelas, caen cascada pendiente abajo y ya no ocultan sus aguas en todo el recorrido. Los de las Cañada de las Fuentes y los otros dos, ya he dicho antes que sí lo hacen y vienen a brotar de nuevo en el lugar para todo el mundo conocido por el nacimiento oficial del Guadalquivir. Pero en realidad ¿es aquí donde nace este río?

Y segundo, después de este ligerísimo paseo por la hondamente rica cuna del nacimiento del Guadalquivir, mirar las cresterías que tenemos a la derecha, la que por el lado norte protege a la nava en forma de muralla infranqueable. ¿Qué no sabes lo que es una crestería? Son accidentes que se forma cuando las rocas están inclinadas y los estratos duros alterna con otros más blandos. La erosión elimina éstos y origina un borde crestado como el que se ve desde el centro de esta nava.

Uno de los lados de la crestería está formado por la superficie de los estratos inclinados y duros, mientras que el opuesto está constituido por una ladera de roca blanca protegida de la erosión. La vertiente por donde hemos subido que se derrama hacia la cuenca del Guadalquivir. Las crestarías son comunes a lo largo de los flancos en todas aquellas montañas formadas por rocas sedimentarias inclinadas y se desarrollan tanto en los climas húmedos como en los áridos, pero en éstos son más agudas y de corte más neto, como consecuencia de la acción más débil de la intemperie y de la falta de bosques en tales regiones. Los anglosajones dan a estas cresterías erizadas el nombre de hogbaks, es decir, lomos de puerco-epín.

Así que desde donde termina este surco, nos vamos a volver para atrás. Vamos a pasar por ese pino aparaguado, de tronco corto y grueso que ha venido a nacer en la hondonada donde empieza el paredón rocoso y termina la nava. Nos gustará mucho quedarnos, por entre sus ramas y la tierra que los jabalíes esta noche han removido, un buen rato. Nos quedaremos por aquí un buen rato subiéndonos a la

cruz de este pino que la tiene a menos de un metro. Abrazando sus ramas que son trozos de silencios donde los años y las nieves se han parado. Nos haremos majestad con la gallardía de esta copa tan grande, retendremos el aliento para dar paso al del valle que se enreda por el bosque de este inmenso pino y luego jugaremos al juego de la soledad por la cumbre.

Si tú estuvieras te asombrarías de que aquí, precisamente donde los humanos todavía no han planificado ni la hondonada ni la crestería, se concentra tanta belleza. Porque este pino es belleza sobre una gran belleza y su tierra húmeda, su hierba verde, sus rocas puntiagudas por le lado norte, sus ramas secas allá en las copas, sus pajarillos ahí cantando, su majoleto enredado y por sus flores, las mariposas, el aire, el cielo por arriba y por abajo nosotros caminando casi pedidos.

Ahora después, desde aquí, nos vamos a ir hacia el lado en que el agua de la nava rebosa hacia el valle. Que es también ese lado por donde se derrama el talud de la cuerda que vamos a remontar. Al pie de los peñascales y de las otras laderas empinadas donde las rocas desnudas están expuestas al aire, los fragmentos originados por la erosión de los diversos agentes mecánicos de la meteorización, se amontona y forman los llamados taludes. En este caso, nuestra ladera es puro talud, se derrama hacia el valle del Guadalquivir. Por donde nosotros vamos a comenzar la ruta, es el punto donde arranca el talud, termina la cuerda y se desdibuja la llanura. La crestería de la cuerda va paralela al río, pero nosotros la vamos a recorrer en sentido contrario.

DONDE SE VE LA BELLEZA - 5 ~

Nos vamos a ir hacia ese punto porque además, ahí mismo estamos viendo la belleza muerte hundida entre las rocas. Ya he aprendido algo sobre los pinos secos de estas sierras. Entre las muchas cosas que la naturaleza nos enseña, no podía faltar esta: la enseñanza de la muerte, no como falta de la armonía inversa o como señal de la imperfección del mundo más hermoso. La muerte como esencia vital de mi vida para que así sepa que yo y todo cuanto veo y toco, es perecedero, no real. La inmortalidad, la eternidad, se encuentra al otro lado de la muerte. Este pino seco me dice que antes tuvo vida y dentro de unos años ya estará desmoronado por entre las rocas de estas cumbres. Y sin embargo, el tiempo está ahí, pasando lento, pero firme.

Yo lo sé bien: aquí no está nuestro lugar definitivo. Que por entre la muerte de este pino, mis pasos escalonando estas tocas y el tiempo llenando toda la inmensidad, hay una fuerza grande, un ser gigante que nos mira, nos ama y nos contiene hasta el momento justo. ¿No es Dios? ¿Quién sino o qué puede ser capaz de contener y poseer tantos océanos de misterios y bellezas? Yo sé bien lo que siento y veo aunque ahora no tenga palabras para expresarlo.

Bajo el pino seco, que sí es pino como tantos otros, pero que en nada se parece a ninguno de los que he encontrado por estas sierras, nos recogemos. Lo miras y te gusta ahí en el espíritu. Lo tocas y quisieras llevartelo aunque sabes que no puedes. Pero la verdad es que uno aquí, junto a él, siente placer, siente gozo y por eso te mueves de aquí para allá sin dejar de mirarlo y desde todas las direcciones y gozarlo a contra luz y sobre el azul del cielo.

Ya estamos un poco elevados sobre el valle. Este pino ha crecido y ahora se desmorona en una pequeña repisa ahora tupida de hierba, un poco ya alzada en la ladera. Algo más arriba se vez el otro gran pino, este hermosamente verde, casi aplastado y fundido entre las tocas. Hacia ese rincón nos vamos a ir para tomar la cuerda por este lado. Son ya las doce de la mañana y como ahora es cuando se nos presenta la parte más dura, aunque también más emocionante, debajo de este pino vamos a parar un rato. Es un sitio idílico por sus ramas que caen tanto que hay que apartarla para meterse bajo su sombra. También por el césped de hierba, la visión de la morra, el horizonte hacia el Gilillo y la mesa.

Aquí ellos sueltan el macuto y se preparan para comerse los dos kilos de

cerezas que ayer compramos en Ubeda. Dicen que han gastado mucha energía y que como queda un buen trecho y una buena cumbre, más vale preparse. Comeremos allá en la mesa de la Cañada de las Fuentes y puede que lleguemos sobre las cuatro de la tarde. Eso sino se nos complica el recorrido del rincón que vamos a explorar. Desconocemos por completo la zona y por lo tanto, no podemos preveer nada.

Pero por ahora, los tres se sientan entre las ramas y la sombra del pino verde a media ladera, con las cerezas por delante mientras me dedico a observar despacio la ladera, la cumbre y la vertiente hacia el valle, la llanura y el corte bruzco de esta cumbre hacia la nava. Ha llegado el momento de explicar un poco, desde la geología, el intrincado paraje por el que nos movemos. Que por otro lado, de todos los rincones de este Parque, los más complicados son las cumbres de Cabecera del Alto Guadalquivir.

Así que mientras ellos se decican a sus cerezas, voy a poner aquí algunas claves sencillas que muchos ya conocen bien, pero que para mí creo necesario exponer antes de recorrer esta cumbre. Empezaré diciendo que yo ya he descubierto qué es exactamente por donde nos movemos: estamos recorriendo la cresta de un gran anticlinar. ¿Que qué es un anticlinal?

Todo el que conozca el hecho de que los estratos sedimentarios son casi horizontales en su origen, quedará muy soprendido al hallarlos a veces curvados y otras con fuertes iciniaciones, fenomeno que, sin embargo, se da a lo largo de casi todas las cadenas montañosa y en algunas llanuras. Las dislocaciones se deben a empujes tangenciales y reciben el nombre general de pliegues y plegamientos. En un pliege se distinguen los lados o flancos.

Los estratos de una misma región pueden inclinarse en direcciones diferentes y pueden incluso oponerse en vertientes opuestas, como en el tejado de una casa, formando entonces lo que se llama un anticlinal, en el cual los estratos divergen hacia abajo. En otro lugar de la misma región los estratos pueden diverger hacia arriba formando un ángulo con el vértice hacia abajo, es decir, un sinclinal. Es fácil hacer una imagen mental de los anticlinales y sinclinales, pero si uno marcha al campo con la esperanza de ver como los primeros forman colinas y los últimos dan lugar a depresiones, se encuentra con que rara vez sucede así.

Muchas veces estas estructuras no aparecen debido a la erosión, que puede haber actuado en forma tal que haya dado origen a sinclinales situados en las colinas y anticlinales en los valles. En general, ni las cimas de los anticlinales ni los fondos de los sinclinales suelen ser visibles, pero en cambio es frecuente encontrar estratos que buzan hacia el norte y a pocas distancias los mismos que lo hacen hacia el sur. Entre ambos puntos los estratos deberían formar una curva o arco, la cina del anticlinal, pero las partes superiores de dichos estratos han desaparecido por la erosión y muchos de los inferiores han quedado cubiertos por un manto de rocas disgregadas. Es raro encontrar la cúspide de un pliegue claramente visible.

Los estratos de rocas pueden inclinarse en todas las direcciones a partir de una pequeña superficie formando una estructura en domo o bien pueden inclinarse desde todas las direcciones hacia un área reducida y forma una fosa sinclinal. En muchas regiones las rocas parecen inclinarse sólo en una dirección, sin que puedan identificarse anticlinales ni sinclinales. El interés geológico de los anticlinales residió principalmente en su carácter puramente científico del fenómeno geológico, hasta que se descubrió que en muchos se halla aprisionado el petroleo y que los principales yacimientos de este mineral se encuentran en ellos. La busca, la localización cartográfica de los anticlinales y su estudio por distintos procedimientos, constituye hoy una tarea de gran importancia.

Aclarado lo que es un anticlinal, diré que es un poco especial. Por la parte sur, la que da a la nava, se ha roto. La cumbre de este cerro es sólo la cresta, la cúspide. El otro lado. Otro de los lados se hundió y parece que de ahí surgió una bella dolina. Porque la nava que esta mañana estamos recorriendo y que ahora

contemplo desde la plataforma de este pino, es un gran trozo de tierra hundida entre la Loma de Gualay y este cerro llamado de Navahondona. A hundirse este lado del anticlinal, probablemente en otros tiempos, se formó aquí una laguna en la que sería el fondo de la dolina y donde hoy brota el manantial.

Hay razones para pensar que esto fue así porque este lado sur es fuertemente azotado por los vientos que desde el poniente cruzan por la Nava Alta del Espino, suben por el Barranco de los Teatinos y se rompen de lleno en lado sur de este anticlinal que poco a poco ha ido cediendo hasta dejar paso a la nava. También los vientos que le entra desde la cuerda del Cabaña y Puerto Llano, el primer obstáculo en su camino, es la cresta de este cerro.

Ante la presencia constante del viento, la lluvia, la nieve y el hielo, es normal que las rocas calizas de este pico vayan cediendo y aparezcan las formas o estructura características del modelado superficial de un macizo carbonatado: superficie lapiaz, sima, cañón, torca y dolina.

EL LAPIAZ - 6 ~

La raspa que dentro de un rato vamos a recorrer contiene todas estas modelaciones en gran abundancia. Yo diría que en tanta abundancia y tan bellas todas que quizá en toda la sierra no se encuentre un paisaje similar. Un rincón único donde en pocos metros cuadrados se pueden observar y estudiar todos los matices y manifestaciones de las rocas calizas. Por eso creo que es ahora el momento de explicar un poco el precioso modelado de este macizo.

Las rocas carbonatadas son una clase de rocas sedimentarias que reciben este nombre por estar formadas en más de un 90% por carbonatos. Las calizas y las dolomías son rocas carbonatadas. Son muy abundantes en la superficie de la Tierra y con frecuencia se presentan en grandes masas, tanto en extensiones como en espesor, formando los macizos carbonatados. Su modelado reviste un interés particular porque es característico y fácil de reconocer sobre el relieve. El modelado de estos macizos se conocen con el nombre de modelado kárstico, porque se presenta en una amplia región de Yugoslavia llamada Karst.

Las rocas calizas están compuestas, en su mayor parte, por mineral de carbonato de calcio, llamado calcita. El modelado de las calizas requiere una meteorización previa. Son rocas compactas, y por ello, difíciles de erosionar, y además, son insolubles. Sin embargo, las aguas que discurren por el macizo llevan disuelto anhídrido carbónico que al reaccionar con el agua produce ácido carbónico. El ácido carbónico ataca a la calcita de las calizas y la transforma en bicarbonato cálcico que sí se disuelve en el agua.

Por otra parte, las calizas no están formadas únicamente por calcita, siendo frecuente una porción variable de arcilla, que no se disuelve en el agua y queda en la zona donde se ha meteorizado la caliza o es transportada en suspensión por el agua. La meteorización química que sufren las calizas y el posterior transporte en disolución de los bicarbonatos resultantes de ella, no se realiza sólo en la superficie del macizo, sino también en su interior. Pues aunque las calizas son rocas originalmente impermeables, como son frágiles se fracturan con facilidad y de esta forma el agua penetra en el macizo a través de las fisuras, ensanchándolas y profundizándolas, lo que provoca, a medida que transcurre el tiempo, que el macizo se vaya horadando progresivamente.

Los agentes mecánico de la intemperie son los cambios de temperatura y la congelación del agua, el desarrollo de la vegetación, las actividades de los animales y la abrasión producida por el viento, el agua y el hielo. En la acción de tales agente influyen mucho las aberturas ya existentes en las rocas: tanto las grietas y fisuras debido a los movimientos del suelo, como ciertas aberturas originales entre las que se hallan los huecos causados por las expansiones gaseosas y las minúsculas cavidades que dejan entre sí los granos cristalinos. Partiendo de estos huevos iniciales de las rocas, los agentes mecánicos las resquebrajan y rompen hasta convertirlas en fragmentos sólidos, cuyo tamaño varia desde los enormes cantos

hasta el más fino polvo. Unos y otros fragmentos tienen la misma composición que la roca original, igual que habría sucedido si ésta se hubiese sometido a la acción de una trituradora.

Las rocas superficiales que se hallan al descubierto se dilatan cuando el sol las calienta y se contraen cuando se enfrían por la acción de la lluvia o del aire frío de las noches. Estos ligueros cambios de volumen no influyen sobre la destrucción de las rocas, a menos que afecten a grandes extensiones de ellas y se asemejan a los abarquillamientos y resquebrajaduras que se producen en los pavimentos y aceras sometidos a las variaciones fuertes de temperatura.

Quizá cañón es el menos significativo aquí, aunque podría ser ese gran valle que el Guadalquivir va abriendo a su paso desde el mismo nacimiento hasta el Pantano del Tranco.

Mientras ellos van terminando de comerse las cerezas que por otra parte es un placer saborearlas en un marco como este y a estas horas del día, hago mi última exposición de la roca que hay aquí mismo. Es una piedra de enormes proporciones, casi redonda, que ha rodado desde lo más alto de la cumbre. Seguro que tenía otra forma cuando aquí quedó atrapada, pero la meteorización de la lluvia y la nieve, la ha modelando hasta dejarla redondo y sólo con un pequeño punto de apoyo. Da la impresión que con un pequeño empuje puede salir rodando, pero no es así. Su frágil punto de apoyo es firme y está bien anclado. La miro desde todos los ángulos y como además, la piedra es bonita en sí, llama aún más la atención.

Recojo en el video el momento de las últimas cerezas y nos preparamos para atacar la travesía de este impresionante paraje. Desde aquí vamos a subir por la parte más elevada de la raspa. No será fácil porque según subamos, las rocas nos irán complicando el paso. Grandes bloques de rocas con sus profundas grietas, sus afiladas aristas, canales cerrados, anchos, estrechos, largos, agujeros de todos los tamaños y paredones casi imposible de salvar. Al andar por esta zona tendremos que hacerlo con sumo cuidado, pues un mal paso, un resbalón o una caída, puede ser fatal. Desde luego, no recomiendo a nadie una excursión por esta zona a no ser personas expertas en andar por montañas. Porque sé bien que no todo el mundo sabe moverse por el campo y menos aún cuando el campo es abrupto y quebrado como es el caso del monte que nos ocupa.

Según vamos subiendo a la izquierda iremos dejando la cada vez más espléndida llanura de la nava. A la derecha, ya remontado casi en lo alto, aparecerán las dolinas. Son muy abiertas sobre una amplia zona del lapiaz donde abundan los pinos laricios, los enebros rastreros y las sabinas. Por aquí crecen algunos ejemplares de encinas que son milenarias. Y es curioso: justo donde el paisaje es todo roca, donde en invierno más nieve se amontona, el viento sopla fuerte y los hielos brillan a lo largo de muchos meses, en este paisaje tan inhóspito y duro, las encinas crecen robustas, bellas y llenas de vida y con troncos esplendorosos. Aquí están cargadas de ramilletes floridos y cubiertas de mil tallos nuevos.

En llegando al paisaje de las dolinas, iremos hacia la derecha con objeto de pisotear todo este ese fenómeno cárstico tan impresionantemente bello. Se recoge como en una pequeña vaguada donde las escorrentías de las aguas no tienen salida para ningún lado. Como un gran embudo en cuyo centro las rocas se han hundido por aquí, por allá y por arriba y abajo. Habría que cruzar esta hondonada y volcar hacia el valle del Guadalquivir para explorar y conocer bien a fondo toda esa ladera. Intuyo que esa zona es enormemente original, pero hoy no la cruzaremos porque ya es tarde, el sol calienta fuerte y aún nos queda un buen trecho para el punto que nos hemos fijado para la comida.

Porque además, nos sentimos cogidos por completo tanto por el otro pino achatado al final de la dolina como por el saltamontes rechoncho y exactamente del mismo color que las rocas, que con el ritmo de solemnidad y de infinitud de esta cumbre, él recorre la superficie blanca de la losa para esconderse en una grieta.

Nos sentimos cogidos y no tenemos tiempo para observar, gozar y atender a un espectáculo tan intenso como este.

Uno de nosotros anda por ahí, algo más en la parte alta de la cresta y aunque lo llamamos para que goce en nuestra compañía tantas cosas emocionantes, no nos atiende. Lo vemos que se para en la sombra de la gran encina. La que casi en la cúspide de la cresta se mece con ritmos cadenciosos empujada por la brisa que de la nava sube. Apunta algo y de pronto nos dice:
- Subid y veréis.
- ¿Qué has visto?
- Son cuatro encinas gigantes, pero en su sombra se abre la maravilla.

Saltamos por las rocas subiendo la pendiente que desde la cumbre se derrama hacia el centro de la dolina. Nos late la emoción porque no podemos creer que lo de la cumbre sea más grandioso que cualquiera de los trozos que ahora mismo pisamos. En dos minutos nos encontramos junto a él que nos espera bajo la sombra de la encina. Ahora es cuando descubrimos que es espectacular esta encina. Su sombra es espesa, doradas como el oro los manojos de florecillas que cuelgan, armonioso el movimiento que la brisa imprime en sus amplias ramas, solemne su tronco, algo torcido hacia la dolina, sobrecogedora su figura por estar recostada en la cumbre entre tanta roca y soledad.

Un "yo quisiera hoy Señor, daros las gracias en medio de este jardín. Me parece que ya he aprendido aquí muchas cosas útiles en este paseo lento donde me voy dejando invadir por tu silencio pacífico", me sale del alma.

Si siempre se dijo que un árbol es algo maravilloso, una encina como esta y en este lugar ¿qué es? Dicen que los sabios no han logrado captar aún el secreto de los manojos de raíces vivas, laboratorios perfectos de la creación. Dicen también que las encinas se caracterizan por su gran amplitud ecológica. Viven hasta en las cumbres más altas y colonizan todo tipo de suelo. Dicen todo esto de una encina, pero lo que yo estoy viendo hoy, no me lo hubiera creído con facilidad de no haberlo tocado como lo estoy tocando.

La encina bajo cuya sombra estamos ahora mismo sentados, es centenaria y crece en un auténtico pedregal a más de 1600 metros de altitud. Viéndola y viendo donde crece enseguida piensas ¿qué sucede por aquí en invierno? Las nevadas caen una detrás de otra. Sobre esta cresta el viento siempre azota con toda sus fuerza. Y los hielos duran y duran meses. Pero en verano el sol cae firme sobre esta cresta un día detrás de otro achicharrando vegetación y piedras y por supuesto, secando hasta las más oculta gotas de humedad. ¿Cómo es posible que clima tan duro pueda ser soportado por árbol alguno? Es lo que me pregunto y el mismo silencio y la realidad me dan la respuesta. Es posible: aquí está la encina.

Y para que nuestro asombro llegue a sus límites, terminamos de subir los cien metros que nos quedan para llegar a la cumbre y ahí está la maravilla de las maravillas. Una sima de unos doce o catorce metros de profundidad, abierta entre grandes bloques de rocas. Abajo, casi al final, otra encina más. Una nueva vieja encina retorcida, clavada en las paredes como si lo hubieran hecho con un martillo, ampulosa y llena de vida. En la mitad de la pared de rocas que dan forma al gigantesco agujero, una nueva encima más y arriba, donde la cavidad comienza a abrirse hacia las entrañas de la cumbre, otras tres viejas encinas. A la derecha, a la izquierda y siguiendo la raspa de la cresta, cuatro más. Como si queriendo alguien las hubiese plantado aquí, pero cientos de años antes de que naciéramos ninguno de nosotros. Y sin embargo, nadie las plantó en esta cumbre. Nacieron ellas espontáneas y en qué sitio nacieron. Se les ve clavada y se mecen orgullosas rebosantes de vida justo, justo, en el punto más alto de la cumbre.

Ya nada más que para ver maravillas como estas, merece la pena subir a estas cumbres aunque para ello sea necesario andar por entre las rocas durante muchas horas. De esto estamos convencidos nosotros y por eso, en medio de tanta satisfacción y gozo, nos se nos ocurre otra cosa que bajar hasta lo hondo de la

sima. Bueno, bajan ellos, porque yo prefiero recoger el momento en la cámara de video. La encina les sirve de asidero y la superficie de las rocas de resbaladero.
- Esto sobre coge.
- Entiendo que sí y más en un lugar como este.
- Vemos agua aquí en lo hondo.
- Es lo que intuía.

Se comprende enseguida que esta sima en realidad, es un deposito de nieve en los meses de las nevadas. Ahora, con el calor de la primavera y más aún cuando llega el verano, la nieve aquí acumulada, se derrite y el agua no tiene otra salida que filtrarse por el fondo de pozo. Es normal que entre las rocas del final aun queden algunos charcos. En realidad, por estas grietas y estos pozos es por donde se estiran las raíces de las viejas encinas de esta cumbre. Por esas oscuras galerías de rocas rajadas y profundas, es por donde recogen su alimento y su fuerza este sorprendente bosque de gigantes solidarios.

Además, aquí abajo crecen otras plantas herbáceas y se refugian un montón de pequeños insectos. Conforme ellos los van descubriendo me lo van anunciando entre latidos de emoción, abrazos al tronco de la encina para sujetarse y recorridos asombrados de todos los agujeros de la sima. Por fin, salen otra vez a la luz. En estos momentos me encuentro enredado y distraído por entre la espesura de las copas de estos árboles. Ya están verdes o más bien, relucen de ese verde de primavera que el calor de estos meses les ha traído.

Se tocan sus copas unas con otras y es otra cosa que me llama la atención. ¿Cómo es posible que estas ramas no se rompan bajo el peso de las grandes nevadas? Caen hasta los pinos más recios que los he visto yo por los valles y laderas. ¿Cómo es que ellas resisten aquí precisamente donde las nevadas son más grandes? Estas interrogantes y otras muchas nos laten en la mente mientras seguimos la ruta y se nos quedan atrás es más bello espectáculo escondido en estas sierras.

Y ahora que digo, se esconde, me viene a la mente el deseo de que ojalá aquí sigan escondidas para siempre. Porque ese es otro asunto: a cualquiera de los que en estos días andan sacando dinero a costa de las sierras, en un momento dado, se le puede ocurrir que este es un buen lugar para mostrarselo a los visitantes. Todo lo que por estos días se dice en los periódicos, de los paisajes del Parque Natural, no es nada más que anuncios de rutas para ellos. ¿Cuándo, a muchos, se les meterá en la cabeza que las sierras de este Parque Natural, son algo más que hoteles, rutas y pistas para que vengan con su coches y dejen dinero?

LA ENCINA

¿Qué tienes tú, negra encina
campesina,
con tus ramas sin color
en el campo sin verdor;
con el tronco ceniciento
sin esbeltez ni altivez
con tu vigor sin tormento
y tu humildad que es firmeza?

En tu copa ancha y redonda
nada brilla,
ni tu verdioscura sombra
ni tu flor verdiamarilla.

Nada es lindo ni arrogante
en tu porte, ni guerrero,
nada fiero
que aderece tu talante.
Brotas derecha o torcida
con esa humildad que cede

El campo mismo se hizo,
árbol en ti, parda encina.
ya bajo el sol que calcina
ya contra el hielo invernizo,
el bochorno y la borrasca,
el agosto y enero,
los campos de la nevasca,
los hilos del aguacero,
siempre firme, siempre igual,
impasible, casta y buena,
¡Oh tú, robusta y serena,
eterna encina rural
de los negro encinares.

A. Machado

sólo a la ley de la vida,
que es vivir como se puede.

Y además, ante la presencia de estas viejas encinas sobre las cumbres del más quebrado y duros de los cerros, se te viene al recuerdo, algunas de aquellas cosas que también, en otros lugares, leíste sobre las encinas.

ESCRIBANO MONTESINO - 7 ~

Ya hemos recorrido gran parte de la ladera norte de este Cerro de Navahondona. Ya coronamos el collado que aunque es muy hermoso por tantas rocas blancas, pulidas y afiladas como sobre este parte del cerro se amontonan, no sabemos como se llama. Pero se nos ensancha el alma de tanta belleza arropada por el silencio y extendida hacia los horizontes azules que desde estas alturas de dominan. Durante un rato más seguimos entados frente a los paisajes y los infinitos perdidos por las cumbres altas y cuando ya hemos recordado la ruta que aquellos días trazamos por aquí, nos ponemos en marcha y volcamos por el collado.

Vamos andando y entre unos espinos vemos el pajarillo.
- Seguro tiene su nido cerca.
Miramos y lo vemos. Tiene un puñado de pequeños huevecillos y es tan perfecto que ni si quiera lo tocamos. El ave lo ha trazado de la manera más inteligente, modelado con la suavidad de la dulzura y levantado con las más frágiles briznas de hierba. Tiene también algunas motas de lana y ha venido a construirlo a medio metro del suelo, pero se podía decir que sólo un poquito más abajo de las estrellas. El arbusto crece entre las rocas redondeadas por al erosión. Pero el nido no se ve. Hay que apartar las ramas y buscarlo cuidadosamente para descubrirlo.
- ¡Cuidado de no tocarlo, porque podría aborrecerlo!
- Sí, ten cuidado.

Separamos unas ramas, las que tienen más follaje y lo vemos. Tiene cinco huevos del tamaño de una almendra y su tono es entre azul verde con algunas pintas negras. Verdes son las hojas del pequeño arbolillo donde se esconde y grises son las ramas entre cuyos nudos y pinchos, se entrelazan las pequeñas raíces y briznas de pasto del frágil nido.

Lo recogemos en la cámara de fotos y en el video, con la preocupación propia de no espantar mucho a este precioso pajarillo. Nos vigila por aquí cerca saltando por las rocas y arbustos. Pía y sus trinos son como si quisiera decirnos que no toquemos su nido, que se lo dejemos intacto porque para ella es su tesoro. Nosotros podemos pasar y seguir esta ruta sin ganar ni perder nada con este nido o sin él. Ella no podrá seguir llenando de alegría y trinos este rincón si ahora mismo destruimos su corazón.

Aquí se encuentra la diferencia: que ella es un frágil pajarillo revoloteando por entre las ramas y pinos de estas cumbres y nosotros somos los forasteros. Los dominantes, los que poseemos poder sobre la pequeñez de su cuerpo, su nido y mil cosas más en estas sierras. Tenemos en nuestras manos la posibilidad de romper o la posibilidad de conservar. En tan sólo uno segundos podríamos destruir estas sierras a pesar de ser tan fabulosas, tan gigantes y tan robustas. He aquí la visión más real de la auténtica belleza de estas sierras. A pesar de ser tan gigantes y de poseer toda la fuerza del universo, son al mismo tiempo, lo más frágil de la creación porque con sólo un pequeño estrujón con mis dedos, puedo acabar con ellos.

Pero no. Respiramos la última bocanada de aire de estas cumbres, acariciamos con nuestros ojos la fragilidad hermosa de los huevecillos de este nido, rozamos con nuestras manos la añosa superficie de las rocas blancas de este cerro, atravesamos orgullosos la frescura de la sombra del pino grande y sintiendo que aquí se queda, hasta el día de la eternidad, quizá el mejor trozo de nosotros, nos vamos. Nos vamos sin irnos, pero nos vamos siguiendo la cuerda del cerro en la

división en que baja el arroyo del Barranco de los Teatinos. Por lo alto de la cuerda, nuestra división va resta a la casa forestal de la Cañada de las Fuentes. Aunque según avanzamos, poco a poco vamos cayendo hacia el barranco.

- Ya sé cómo vamos a bautizar a este collado.
- ¿Cómo?
- Sólo para nosotros, le podemos poner "Collado del Escribano".
Lo dejamos así y en estos momentos se me vienen a la mente las palabras que el otro día oí a un amigo mío. Hablábamos de estos montes y me decía:

"Algo que me inquieta es esta compra y venta que los humanos, algunos humanos, nos traemos con la naturaleza. Porque si ella nació y fue antes que nosotros, no es fruto de nuestras obras sino que ha sido otro su Creador. Nos la hemos encontrado como un regalo ajeno a nuestros méritos y voluntad. ¿Quién nos ha dado permiso para que nos la apropiemos? ¿Para que la vendamos? ¿Para que trafiquemos con ella? Cuando todavía éramos niños, cuando aún no poblábamos la tierra, ya existía ella y hasta se las arreglaba muy bien con nuestra presencia, intervenciones y proyectos. ¿Por qué ahora no la respetamos y la dejamos en paz? Yo creo que ninguno de nosotros tenemos derecho a repartirnosla, a trocearla o venderla, a traficar con ella sin poseer un permiso escrito por ella misma. En serio que me inquieta esta compra y vente que los humanos nos traemos con la naturaleza".

- Y este recuerdo a las palabras de tu amigo ¿a qué viene ahora aquí?
Me pregunta uno de ellos.
- Me ha salido de dentro empujado, quizá, por la inmensidad que ahora mismo tenemos ante nosotros. Como cuando uno lo está pasando bien y de pronto tiene un recuerdo para los amigos ausentes. Así, por ejemplo, el nido que ahora mismo acabamos de ver, me remite a la idea de la firma de una carta. Aunque también puede ser una de las mil cartas que el Creador del Universo ha dejado desparramadas por estos lugares.
- Pero es que según vayamos surcando sierra, nos iremos encontrando señales como ésta y otras semejantes.
- Por eso parece que una voz dentro te dice que no la toques. Que la goces y aprendas, pero que la dejes donde y cómo está.

Unos metros más abajo de donde hemos visto el nido, descansamos a la sombra de la laricios. Ya lo he dicho: a este pequeño collado nosotros hoy lo bautizamos con los nombres de "Escribano Montesino o Collado del Escribano". Nos servirá para luego recordarlo. Bajo la sombre de estos gigantes del Parque, el vientecillo fresco que sube del nacimiento, nos acaricia. Por un rato corto gozamos también el pulido de loma de las rocas blancas de la cumbre y nos recreamos en las laderas que caen por el Barranco de los Teatinos. Siguiendo el pequeño vallecillo que la redondez que este monolito rocoso forma sobre la cumbre, hemos venido desde donde crecen las viejas encinas.

Arrancamos y ya es más cómodo el andar. Vemos que se espesa el monte y frente comenzamos a ver la siempre queridas Cañada de las Fuentes, Cañada de Trabino, Nava Alta del Espino y el majestuoso Cerro de Villarta. Es como una senda lo que este estrato rocoso y la hierba nos ofrece. Pero es también mucho mejor que una senda. A un lado y otro tenemos rocas, por el centro tierra cubierta de hierba fresca y de vez en cuando, matas de enebros y sabinas. Esto es más bello que una senda y mucho más delicioso que una pista o carretera.
- Es como si alguien hubiera adivinado lo que a nosotros nos gusta y a lo largo de mucho tiempo se hubiera dedicado a modelar estas piedras, a cuidad de esta hierba, a sembrar aquí estos pinos, a soltar estas caricias de viento y a configurar esas laderas y barrancos para que hoy al pasar por aquí, nos sintiéramos agusto.
- Eso parece porque sino ¿cómo explicarnos que todo esté exactamente como nos gusta a nosotros?

El sol nos da de frente y a estas horas, casi las tres de la tarde, quema como si fuera pleno verano. Sin embargo, vamos bajando y ya por esta zona, el bosque

de pinos se espesa y por eso sus sombras nos van arropando. Además, el aire que corre, leve brisa que sube por el barranco, después de haber bajado de las cumbres y atravesar el bosque, nos va refrescando el rostro y el resto del cuerpo un poco empapado por el sudor de la mañana. Sentimos el abrazo de la soledad y el silencio y como la felicidad que llevamos dentro ya empezó a hacerse grande con las primeras horas del día, en estos momentos nos parece nadar en un mar de dicha.

No hemos visto ni un ser humano en todo el día aunque sí sus señales y sí también sabemos que por algunos de estos rincones, ellos suben de tarde en tarde. Sólo pensar en esto parece que el paisaje pierde algo de su encanto. No me importa que por aquí pasaran pastores, arrieros o leñadores. Ellos no manchan la sensación de pureza primitiva de estos cerros. Si me importa saber que por aquí estuvieron otros que ni son pastores, arrieros o leñadores. Parece que sólo pensar esto ya no son lo mismo los paisajes que ahora nos gusta tanto. Es como si estos bosques y estas cumbres nunca les pertenecieran a ciertas personas. Como si hubiera que decirles que por aquí tienen prohibido aparecer. Vuelvo a decir que sólo pensar que ya han podido andar por algunos de estos cerros, parece que estos paisajes pierden dignidad, pureza y encanto. Y es que lo siento así. Porque eso de notar que hemos sido los primeros en gozar de estas maravillas, te da un gusto especial. No es lo mismo, lo contrario.

Por entre los pinos, en la dirección que llevamos, van apareciendo pequeñas sendas. No son de humanos. Los animales que bajan desde las paltas altas a beber al arroyo, las han ido trazando a lo largo de los días. Ya llega hasta nosotros el cascabeleo de las primeras aguas que corren por el arroyo de este barranco. Todavía es época en que este arroyo lleva agua que va aumentando según desciende hacia el barranco de la Cañada de las Fuentes. Entrados un poco más en el verano, estos manantiales van siendo cada vez más pobres hasta agotarse por completo. A parte de que por aquí, ya es el hombre el que ha venido en busca de las aguas que brotan de estos veneros.

Por el margen izquierdo del arroyo han metido máquinas para trazar una pista forestal que sube por el arroyo. Además, en la misma fuentecilla del manantial, aprisionan esta agua en un tubo de plástico. En la casa que construyeron algo más abajo, Cañada de las Fuentes, pusieron grifos, fregaderos, fuentes, piscinas, y para que todos esos artilugios sean útiles, con un tubo que va desde estas alturas, se llevan el agua hasta la casa. ¿Ves lo que antes decía? Sólo pensar que estos manantiales ya están ordenados y aprisionados por los hombres, se sienten de otra manera. Es como si perdieran su encanto. Como si no fueran trozos de estas tierras.

Por el barrano y el pequeño arroyo, subí aquella tarde que por primera vez vine a este rincón. Fue una hermosa sensación la de aquella primera vez que no olvidaré nunca. Me viene siguiendo el cauce y al llegar al escalón que forma la cascada, me metí por esas tremendas rocas. Es difícil este paso porque tienes que atravesarlo "gateando" por las rocas, agarrándote a ellas, escalando casi. Aquel día lo conseguí y luego subí con la idea de llegar hasta donde comienza esta cuenca, pero me quedé doscientos metros más arriba del escalón. Me impresionó la espesura del bosque, las sombras oscuras y alargadas, las pequeñas praderas verdes por donde las sombras se derramaban, el silencio del barranco con el agradable canto del arroyo y la imponente silueta de las cumbres frente a nosotros, a la derecha y a al izquierda.

Ya digo que aquel día me impresionó este rincón y se me quedó clavado en lo más hondo del alma. Desde entonces lo recuerdo, desde entonces lo quiero, desde entonces lo llevo conmigo y hasta en sueños me veo caminando por él. Es como aquel sueño de mi juventud, como el primer sueño del alma. Años antes, la última tarde anterior a la construcción a las pistas forestales que ahora, en todas las direcciones, recorren tanto este barranco como la Cañada de los Tejos y la Loma de Gualay, nos asomamos desde el collado de los pinos. La visión era de lo más gratificante. Sólo una pequeña sendilla que viniendo desde Puerto Llano y Gualay, bajaba por la ladera, llegaba hasta donde hoy se encuentra la casa forestal, pasa

por ahí, por donde oficialmente dicen nace el Guadalquivir, un trozo se iba hacia el Barranco de la Abubilla y Río Grande abajo, otro. Sólo esta sendilla por todo este gran barranco donde el Guadalquivir recibe sus primeras aguas para empezar a ser río.

A un lado, la ladera silenciosa con mil pinos y tejos y por donde las cabras y los ciervos corrían libres. Esas laderas majestuosas que sólo mirarlas lo dejaban a uno lleno de amor, de gozo y de plenitud. Los arroyuelos por aquí y por allá. Pequeños unos, saltando peñas, otros, silenciosos la mayoría y todos, sólo cristal adornados de narcisos, enebros, sabinas, sombras de pinos y nubes. Las nubes de aquellos tiempos por estos barrancos, siempre eran majestuosas. Señoriales se mecían desde las cumbres laderas abajo arropando todo el barranco, besándolo dulcemente, primero y dejando sus gotas de rocío sobre las fuentecillas salvajes y las rocas blancas.

Y la otra ladera, la de la derecha, por la que hoy bajamos. Sólo mirarla se sentía en el alma ese cosquilleo de encuentro con lo conocido, con lo soñado, con el placer de volver a sentirte de nuevo en los paisajes que de pequeño abrazaste, corriste y jugaste. Por allí el bosque que no era el mismo de los tiempos de aquella niñez. Por aquí el arroyo, seco en verano, solitario en invierno, algo reposado en primavera y lleno de hojas en otoño. Más abajo, la encina.

Para acá, el pino, en la torrentera la sabina rodeada de las otras viejas sabinas, de las rocas y las que en alguna primavera brotaban por primera vez. Luego, el recodo por donde la ladera al bajar, primero se quería convertir como en un sólo arroyo, luego no se hacía sino pequeña llanura y más adelante, ni una cosa ni la otra. Pero ahí, en ese formidable rincón donde parece juntarse el universo para dar forma al pequeño Guadalquivir, nosotros teníamos fijado un interés especial. Un día y otro, la oscuridad, el silencio, la soledad, nos llenaba de asombro.

- ¿Qué habrá en ese rincón?
Nos preguntábamos.
- ¿Qué habrá ahí? Siempre tan quieto, siempre tan insondable, siempre tan reguardado y recogido en sí mismo, como si no quisiera dejarnos entrar en la hondonada donde se duerme y se transforma.

Y desde nuestra niñez, cada día aquello nos parecía más bello, pero al mismo tiempo más misterioso, más lleno de secretos. A veces nos bajábamos un poco por la ladera y antes de llegar a donde todos los arroyos se juntan, nos sentábamos en las rocas, mirando siempre a la oscuridad del barranco. Allí, frente al halo misterioso que manaba del barranco, nos quedábamos horas y horas con nuestros ojos fijos en aquel paisaje. Era una experiencia que se clavaba en el alma y te dolía con todas las sensaciones. Como un intuir algo que sin duda era grande y bello, pero no se podía ni tocar ni ver.

Y luego aquella hondonada por donde también adivinábamos se iban todos los arroyos juntos para alejarse de estas sierras y dejarnos aquí con la sensación de la pérdida. Las laderas de un lado y otro, ya eran más grandes, con bosques más densos, vaguadas más pronunciadas y valles aún más oscuros y secretos. Intentábamos adivinar cuantas serían las cascadas por aquellos barrancos, cuántas las curvas del que ya era Guadalquivir, cuántos los charcos y cómo de grandes cada uno. "¿Y hasta dónde llegará, por qué sitio pasará, en qué se convertirá al final?"

Estas y otras muchas como estas eran nuestras preguntas, frente al barranco por donde entre bosques y oscuridades, el río ya se iba. Todas aquellas imágenes se nos iban grabando un día tras otro y jamás podíamos salir de aquel asombro. Todo para nosotros y estos barrancos, Cañada de las Fuentes hoy, era como un sueño, como una fantasía irreal que no podíamos precisar en que región existía. Tampoco a nosotros nos importaba demasiado porque no sabíamos mucho de las dimensiones materiales, espirituales, soñadas o fantásticas. Para nosotros era una realidad que estaba allí que estaba repleta de hermosura porque todo lo que

entraba por nuestros ojos reventaba de bello y producía mucho placer.

Todo hasta que uno de aquellos días, estando sobre el collado de los pinos, vimos máquinas que subían rompiendo el monte, allanando tierra, abriendo caminos, levantaron casas y pusieron placas donde ellos decían nacía el Guadalquivir.
- ¿Quiénes son y qué están haciendo?
Nos preguntamos, pero nadie nos dio ninguna respuesta. Tampoco nosotros éramos quienes para que alguien nos diera una respuesta. Quizá ni siquiera existíamos para ellos al juzgar por aquella actitud suya de ignorarnos. Como si no existiéramos.

Pero existíamos y como, además, desde muchos atrás habíamos sido los niños por aquel barranco y aquellas cumbres, en nosotros ya había nacido una pizca de pertenencia, en forma de amor, de todos aquellos silencios y bosques. ¿Cómo podía ser que aquellos que ahora venían de fuera, desde siempre ajenos a estas sierras, tuvieran la osadía de romper, modelar y construir en aquel barranco, por entre aquellos silencios y los inmensos bosques?

Fue un choque brutal para nosotros y desde aquel día ya empezamos a tener dos sierras, dos ríos, dos bosques, dos silencios, dos bellezas, con dos paisajes distintos. La de antes de las máquinas, época de nuestra niñez con los juegos y los sueños derramados sobre aquellos vírgenes arroyuelos y las que fue surgiendo después de las máquinas y la presencia de los hombres.

¿Cómo nosotros, desde aquel mundo tan irreal nuestro y tan absurdo, según nos dijeron, podíamos adivinar lo que a partir de aquel momento iba a llegar?¿Coches lujosos por las que siempre habían sido nuestras pequeñas sendillas y por donde con muchas fatigas se podía andar? ¿Gente, algunos con ciento de personas trajeadas y otros artilugios por todos los rincones de este siempre para nosotros, misterioso barranco? ¿Cómo podíamos nosotros imaginar esto?

Pero sobre todo, lo que no podíamos imaginar es lo que ahora vemos, y es moneda corriente a cualquier hora del día: bajar o subir por aquella senda, que ya es pista forestal, y al encontrarte con la gente no poder ni siquiera saludar ni decir adiós. Ahora ya no van andando, sino en coches que te cruzas para arriba y para abajo y ¿cómo va a decir adiós a un coche que es hierro, goma y gasolina contaminando el aire? ¿Cómo te vas a parar a charlar con los coches y menos preguntarles cosas de estos barrancos, sus silencios, sus arroyos y laderas? ¿Qué sabe un coche de estos asuntos y menos aún, qué sabe de aquel pajarillo que tiene su nido en el majuelo, de aquellas cabras monteses, de las plantas medicinales que a la sombra de las rocas crecen?

En fin, nosotros hoy ya hemos llegado al regato de agua que comienza a bajar por el Barranco de los Teatinos. Bebemos, lo cruzamos, cogemos la pista de la izquierda y al llegar al escalón donde el cauce forma cascada, remontamos un poco porque eso es lo que hace la pista, bajamos luego, cruzamos el otro arroyo que viene de la Loma de Gualay y antes de que nuestra pista se junte con la otra, la que sube desde el nacimiento y atraviesa la sierra, por donde antes iba la senda, vemos el pino. Sin duda que este no es el de Antonio Machado en sus versos describiendo en nacimiento del río.

Este pino y este punto de tierra llena de raíces por donde mana agua, es nacimiento que tenemos que sumar a otros muchos puntos. Aquí bebemos otro sorbo por aquello de sentir que hemos bebido allí, justo donde el agua brota y no hay ni tubos ni placas, y seguimos. Ya por aquí se ven pistas en todas las direcciones. Todos los picos y cuerdas que ahora comienzan a sobre pasamos, los tengo recorridos, soñados y besados en todas las épocas del año.

Por hoy, terminamos aquí la ruta que hace siete horas, esta mañana, comenzamos allá en la casa forestal de Los Rasos. A partir de ahora, antes de

abandonar este rincón, voy a dejar paso a las palabras que otros escribieron para hablar de la zona.

LO QUE SE DICE DEL RIO - 8 ~

"Paisaje de una soberanía salvaje. Enlace de troncos y ramas que parece luchar con pujanza bravía. Escalinatas de peñascos amontonados por cíclopes. Aguas purísimas que forma arroyos, cascadas, remansos y cuyo rumor es un encanto de misterio en la imponente y grandiosa soledad de las sierras. He aquí lo que expresa, lo que dice, a nuestros sentidos, esa fotografía tomada en uno de los lugares de la cuenca del Guadalquivir. El Betis glorificado por los poetas que en Reino de Jaén, nace invisible entre piedras y yerbatos. Belleza imponderable de la Sierra de Cazorla, ha penetrado el hombre con caminos accesibles al viajero por lo que hasta hace poco, eran lugares ignorados en muchos de cuyos senos, no puso la planta el hombre.

Hoy, el turismo puede recorrer esta región de encanto y gozar bajo los pinos gigantescos, sobre la trama de arbustos, sobre los suelos aromados, la evocación de los dulces versos de los poetas. El turismo, en el gran avance de la exposición de las riquezas naturales de España, abrirá aún más las entrañas de la sierra y a ella se llegará por nuevos caminos, complementarios de los que, para conservar su magnificencia, abrió la técnica de los ingenieros de montes. Ellos fueron los exploradores de sus escondidos tesoros. Tras ellos irán los artistas para aprisionar en fotografías y en cuadros, sus inapreciables, sus infinitas bellezas". De la revista Lope de Sosa. 1928.

"Pasado el kilómetro 15 de la carretera de Vadillo a Pozo Alcón, a la derecha, encontraremos una pista forestal cerrada. Esta pista acompaña un arroyo que nos quedará a nuestra derecha según subimos. En el plano topográfico, esta cañada recibe el nombre de Barranco de la Cañada de las Fuentes y al final de la pista hallaremos una zona repoblada. Pegada a la ladera izquierda veremos una masa de pinos entre los cuales destacan algunos tejos por su color más oscuro.

El tejo es un árbol poco frecuente en esta latitud reguardándose en las zonas montañosas. Su presencia en el Parque se reduce a escasas manchas y entre los ejemplares mayores destaca el llamado 'Tejo Milenario'. Para llegar ha dicha edad es necesario que el ejemplar alcance un perímetro aproximado a los nueve metros. Como curiosidad diremos que este árbol ha sido relacionado con la muerte debido a su utilización, en algunos países, como ornamento de cementerio.

No pocos visitantes han considerado grabar su nombre en rocas, árboles, incluso en el Tejo Milenario. Este claro signo de incultura y falta de respeto a la naturaleza, impropio de quienes se molestan e visitar estos lugares aunque los hechos demuestren lo contario, puede dar motivos para que las autoridades competentes cierren el paso a determinados enclaves, con lo cual se perjudicaría el resto de visitantes que pasean por el Parque como si de un museo se tratara". De la guía, Andar por el Parque de Gonzalo Cantos.

DONDE NACE EL GUADALQUIVIR -9 ~

"Me parece lector que veo tu sonrisa irónica de suficiencia al leer el título que antecede, recordando lo que de ello aprendiste en la escuela; pero te ruego que no juzgues mi atrevimiento, al formularlo, hasta que leas lo que sigue.

Porque hora es ya de que quede fijada con precisión el lugar del nacimiento del río Guadalquivir, sobre el que ha habido y aún hay diferentes e inexactas apreciaciones. Esta apreciación, por otro lado, es antiquísima, pues ya Plinio decía que el Betis nace, no como han dicho algunos, en Montesa de la Tarraconense, sino en la selva de Tujia, donde también brota el Táder, que baña el territorio de Cartago; luego, en Ilorca, se desvía de las hogueras de Scipión al este y entra en el piélago Atlántico que toma por provincia. El ponto escaso se acaudala con varios riachuelos que aumenten el cauce y la nombradía del río. En Osigitania se interna

por la Bética y allí sus olas hermosas y alagadoras van realizando a derecha y a siniestra los pueblos.

Siglos después Quevedo escribía estos versillos: 'Aquí en las altas sierras de Segura, que se mezclan zafir con el cielo, en cunas nace líquidas de hielo, y bien con majestad en tanta altura. Nace, Guadalquivir, de fuente pura..., y estos otros dedicados al Yelmo de Segura de la Sierra: ... en donde eres al cielo cama dura, das al Guadalquivir cuna en Segura. Y también Góngora ha escrito en otra parte: 'Rey de los astros río, río caudaloso, pues dejando tu nido cavernoso, de Segura en el monte vas vecino, por el suelo andaluz tu real camino...

En cambio, los vates contemporáneos cantan la cuna del Guadalquivir en otro lugar, y así el profesor-poeta, Rafael Láinez Alcalá, dice con musa de fino romance popular: 'Alegra Guadalquivir, niño de cumplida gracia, en su cuna de Cazorla, por sendas de pinos anda'. Y Juan Lozano escribiría en admirables octavas reales: '¡Serranías de Cazorla, bellas y fuertes!, benditas seáis entre las sierras de España... Dais a luz con lento y terno parir, las aguas prístinas del Guadalquivir'. Mientras González Brotons, nieto de Plutón y de las Musas, siguiendo del río su curso, cantará así: 'Río Guadalquivir, te vi en Cazorla nacer, te veo en Sanlúcar morir'. Y muy recientemente, el poeta premiado en los Juegos Florales sevillanos de este año, dedicados al Río Grande, comenzaba así su poema: 'Las ramblas de Cazorla, te ciñen tus mantillas, de césped y tomillo te embalsaman y orean'.

No obstante, mi respetado y querido maestro, don Juan de Mata Carriazo, sostuvo en un acto público que el Guadalquivir nacía en Quesada e igual opinión sustenta su paisano, mi amigo dilectísimo y admirado poeta, Bienvenido Bayona, quien en su quimera de poesía hasta ve reflejarse las típicas callejas de su pueblo en las aguas béticas, mientras cierta bruma debe ocultarle, allá en una lontananza cercana, la inmensa mole de la Sierra de Cazorla: 'El río Guadalquivir, tiene su cuna en Quesada..., en Ubeda tengo historia, en Córdoba y su sultana, en Sevilla tengo flores, y cuna tengo en Quesada'.

Nosotros podemos asegurar que las tres modernas y distintas afirmaciones, según las cuales la cuenca del Guadalquivir está en la Sierra de Segura, en la Sierra de Cazorla y en Quesada, son, en parte, verdaderas. Explíquemoslo: la afirmación de los poetas clásicos es verdad históricamente, porque en sus tiempos, como observa Navarro López, 'la circunscripción de Segura fue muy dilatada, comprendía todas las tierras que se extienden de norte a sur, desde más allá de Yeste, con sus famosos baños de Tus, hasta las fuentes del Guadalquivir en el Adelantamiento de Cazorla. De este a oeste, desde las altas crestas de La Sagra, en el Reino de Granada, hasta confinar con las jurisdicciones de Montiel y Villanueva de los Infantes, en las llanuras manchegas. Todavía en el primer tercio de la pasa centuria, la provincia marítima de Segura de la Sierra, en lo que a la Administración de montes atañe, incluía dentro de su perímetro cuarenta y un pueblos con cuatrocientos ochenta y seis montes poblados por más de doscientos setenta y cuatro millones de árboles. De esta demarcación forestal dependían las Subdelegaciones de Alcaraz, Yeste, Cazorla y Villacarrillo'. Es decir, que según aquella demarcación administrativa, ya de mero valor histórico, podía decirse entonces con cierta razón, que el Guadalquivir nacía en la sierra de Segura.

También otra mera demarcación administrativa actual, la división del territorio nacional en términos municipales, aunque reconociendo la antigüedad de su deslinde en el presente caso, justifica la afirmación de que el Guadalquivir nace en Quesada, mejor dicho, en su término municipal, monte forestal del Poyo de Santo Domingo, sitio llamado Cañada de las Fuentes, a 1.350 metros sobre el nivel de mar, y dentro de otras demarcaciones administrativas más amplias, cuales son el Partido Judicial de Cazorla y la provincia de Jaén.

Pero si el Guadalquivir es esencialmente un accidente geográfico, a la unidad geográfica de la Sierra de Cazorla, hay que referirle su nacimiento como enseñan en las escuelas. Si un río famoso en la por tantos conceptos famosa Sierra de Cazorla, como se escribe en los libros y se rotula en los mapas. Y si el río es un

bello motivo cantado por los poetas, en las bellísimas Sierras de Cazorla la brisa mueve la cuna de los pinares y los trovadores le cantan canciones de nacimiento que sueñan a villancicos de Nochebuena.

Más firme quedaría nuestra tesis si tuviéramos lugar de demostrar dos cosas, que ya fueron apreciadas por los geógrafos antiguos: primera, que son tres sierras distintas las de Las Villas, formando espolón y desplazadas hacia el norte, que ahora no hace al caso, y las de Segura y Cazorla, diferenciadas éstas entre sí por apreciables elementos geográficos, visibles al simple visitador de aquellos lugares, ya en su formación geológica, ya en la variedad de su fauna, ya en su diversidad topográfica, ya en sus explotaciones forestales, ya en sus redes de comunicaciones: siendo aquella, la de Segura, más redonda y suave, como una sierra femenina, y esta, la de Cazorla, más quebrada y áspera, como serranía masculina, aunque las dos, íntimamente desposadas, formen parte del macizo sub-bético, pero conservando siempre cada una su propia personalidad, deslindada entre sí por altas e inmensas llanuras desérticas, con nombres de hazañas honrosas, cual los Campos de Hernán Pelea, por honda cuenca de un río excepcionalmente transversal al curso normal de las aguas que por las sierras discurren, como el Borosa, y por un lago artificial de enormes proporciones, el Pantano del Tranco.

Y segunda: que dentro de la Sierra de Cazorla, la ausencia de diferencias similares a las citadas, impiden distinguir geográficamente una Sierra del Pozo, otra de Quesada, otra de Peal, otra de Cazorla y otra de la Iruela. Aunque administrativamente existen estas demarcaciones municipales, pues que el caminante pasa en estos lugares de un término a otro insensiblemente, sin apreciar más uniformidad absoluta en todos ellos. Pero esta tarea, por requerir tiempo para su perfecto análisis, la dejamos sin intentarla siquiera, dándonos por satisfechos con lo ya apuntado". (El Licenciado Pedriza. Revista, Paisajes, 1933)

EL DISCURSO -10~

"Comenzó el P. Cué su brillantísima oración diciendo que estamos junto a un río que acaba de nacer, con la misma postura que junto a la cuna de un niño recién nacido. Y manifestó que iba a seguir el mismo proceso humano y cristiano frente al misterio de aquella vida que empieza a abrirse. Primero, la partida de nacimiento y ella nos dice que el río Guadalquivir es cazorleño y así entra en la filiación patria; la partida de bautismo, esa ceremonia que es siempre fiesta en la Cañada de las Fuentes porque el río está naciendo perenne, bautismo con su propia agua, pura, de nieve, con óleo de unción de eses mismos olivos que se pasan la vida regando, con sal de la salinera de Cazorla y Peal y con la mano sacerdotal de un arzobispo, do Rodrigo Jiménez de Rada, el que fue fundador, padre y organizador del Adelantamiento de Cazorla.

El padrino fue Fernando III el santo, el que le rescata de manos moras iniciando la reconquista desde el Adelantamiento y acabándola en Sevilla. Un ángel de la Guarda: San Rafael, medicina de Dios para un río. Un nombre: el que los siglos le ha dejado porque lo que hace la Iglesia es convertir en cristiano lo que no lo era. Una madrina: la Virgen de Tíscar. ¡Quién si no, iba a serlo en la tierra de María Santísima! La Virgen de Tíscar que lo acuna con ese mimo de romance descriptivo de Antonio Machado, 'tiene un río azul en sus brazos'. Y un escudo, un monte, un ideal: el Rostro de Dios porque es giennense.

Y vemos a los dos ángeles guardianes del Santo Reino entregándole el lienzo blanquísimo, flanqueándole las dos torres esbeltas de la Catedral de Jaén. Este río se lo imagina el orador sellado con la cara de Dios. Irá copiando y reflejando el pino, la torre, el álamo, pero como imagen intrínseca, como fondo bajo las aguas, veremos la imagen de Dios.

Hace un canto al Guadalquivir que ha de ser sabio, con esa sabiduría de hombre como Séneca y, sobre todo, con esa sabiduría de los únicos que acertaron, los ermitaños de la sierra. Al Guadalquivir que también tiene que ser músico, con la música de Andalucía, la guarda tesoros y esencias de cante jondo. Y un

Guadalquivir poeta en tres características y tres estilos poéticos: la épica del alto Jaén, la lírica en tierras de Córdoba y luego, la dramática en Sevilla. Es un río poeta que va cantando el amor. Y hay quien quiere que sea también marino, pues Magallanes y el globo del mundo estuvieron colgados de la Cañada de las Fuentes, y hay quien lo quiere conquistador: América la ha hecho el Guadalquivir y así mismo hay quien lo quiere hacer torero, con sus escuelas, la rondeña y la sevillana. Aprenderá en las riberas cordobesas, después de pasar por las dehesas de Sierra Morena y culminará su doctorado junto a la Maestranza de Sevilla.

Finalizó su discurso, entreverado de fervorosos aplausos, diciendo que el Guadalquivir es bueno, con la plenitud sabrosa que damos los españoles a este adjetivo. Es un río eminentemente litúrgico, sacramental porque es además de agua, aceite, vino y pan elementos enteramente sacramentales. Y como los ríos no mueren, sino que siguen su vida en el mar, vive en el fondo con su historia, con su sabiduría mayor por viejo que por sabio, ensañando a todos con su universalismo y su sentido común". De la revista Paisajes.

RIO DESDEÑADO - 11 ~

"Es un gran solaz escribir junto al Guadalquivir; el Betis de los romanos, el Guad-el-quevir (Río Grande) de los árabes, el olivífero Betis cantado bellamente por Cervantes. Este río de las bellezas líricas, de los ensueños deleitosos, de las leyendas morunas, de los arrullos de amor. Amigo de don Juan y de doña Inés. Aventurero glorioso con Fernando III en la Reconquista y antes testigo de la varonil y tenaz independencia de los iliturgitanos contra cartagineses y romanos. Que pasa por Andújar somnoliento, serpenteando suavemente, escondiéndose con sigilo, como contrabandista inesperado y muy arriesgado, ofreciendonos una linfa turbia y pastosa, encogiéndose en su propia timidez como el que tiene los brazos apegados al cuerpo en quietud desvaída y desorientada.

No pasa por aquí rumoroso ni cantarino ni jocundo ni siquiera huraño. La placidez con que nos brinda no es obsequiosa, responde a su misma condición de ser venero inagotable de amores y de historias. Nace rumoroso en un bello y lejano rincón cazorleño. El rumor de sus aguas gozosas lleva muy lindamente el compás a las aves parleras que pueblan los tupidos y casi selváticos pinares y encinares de la serranía del Adelantamiento, cuyas maderas, transporta complacido, a grandes distancias. Pasa por su zona media ni envidioso ni envidiado.

El río turbulento y saltarín, alegre y juguetón de la sierra, esa ahora manso y silencioso, con su sentido exacto del sosiego. En el estiaje disminuye hasta convertirse en un aprendí de río. Cuando recobra otra vez su caudal y crece con las lluvias invernales, no se embravece ni se irrita: aumenta de volumen sin hacer daño a nada ni a nadie, como suele hacerlo traidoramente el Segura. El Guadalquivir no quita nunca lo que da; es Segura es pero que loa avaros: no da, presta y luego cobra réditos desmedidos con violencias trágicas. Y es que el Guadalquivir es musa de poetas, y como los poetas, mansos, dulce y sentimental. Cuando infante, retozón; cuando adolecente, silencioso y humilde; cuando adulto, de Córdoba a Sevilla, romántico y fervoroso; de Sevilla al mar, es una canción perenne al trabajo y a la riqueza". (Francisco A. Abad . Revista Paisajes)

PRIMER ESTUDIO HIDROLOGICO - 12 ~

"El Sr. Gobernador Civil comunica a los periodistas que ha sido concedido un crédito al Instituto Geográfico y Minero para que realice un estudio hidrológico de la provincia de Jaén. Diario Jaén, 29-XI-1962.

La lectura de la noticia que encabeza este trabajo, dada por el periódico de la provincia, me hizo recordar que desde hace unos años permanece en mi biblioteca un curioso libro editado en el pasado siglo, cuyo título es: 'Reconocimiento Hidrológico del valle del Guadalquivir', publicado por la junta general de Estadística, Imprente de Rafael Añoz, calle de Silva, núm. 6, Madrid, año 1864. Su autor don Pedro de Mesa, Ingeniero Jefe de primera clase del Cuerpo de Caminos, Canales y Puertos, Jefe de Detall de Operaciones hidrológicas en la Junta general de

Estadísticas. La autorización para su publicación va autorizada por el Marqués de Miraflores, Presidente del Consejo de Ministros por Orden del 16 de diciembre de 1863.

En la introducción se explica los motivos de la publicación y, entre otros, el informe que el Ingeniero Sr. Mesa había elevado a la Junta en 19 de mayo del 1862 sobre la forma de realizar las investigaciones y el plan a seguir en el primero de dichos trabajos en el Valle del Guadalquivir.

Se formaron dos brigadas que salieron al campo en 28 de julio del 62 dirigidas, la primera, por el Sr. Mesa, llevando como ayudante a don Benito Polo y la segunda, bajo las órdenes del ayudante don Vicente Pages, iba el estadístico don Andrés Iranzo. Regresaron a Madrid en noviembre después de haber recorrido cada una un trayecto de 5.000 kilómetros y haber recogido datos en una extensión de 100.000 Km. Se hicieron aforos tanto de los ríos principales como de los afluentes, nivelaciones, utilizando un barómetro aneroide, teniendo en cuenta otras anteriores, hechas a partir del 1842.

En la primera parte de la publicación se describe física e hidrológicamente el Guadalquivir, empezando por la llanura conocida por los Campos de Hernán Pelea, que considera el autor origen del Guadalquivir porque, al no tener salida el agua del deshielo, debe ser absorbida y alimentar a las fuentes del río. En esta primera parte va incluyendo un ligero estudio geológico de la cuenca.

En la segunda parte de la obra se dan datos hidrométricos del río con una serie de dibujos con perfiles, no sólo del río principal, sino también de sus afluentes de derecha e izquierda, dando indicaciones de dónde se podría y sería conveniente derivar aguas para riegos de las vegas colindantes. Da también ligera indicaciones de la existencia de molinos harineros y de la energía motriz que supone consumían. Así mismo indican las concesiones de aguas hacheas hasta la fecha, las lagunas, nacimientos de aguas minerales y salinas de la comarca y las comunicaciones existentes y precisas.

Divide el río para su estudio en cuatro regiones. La superior desde el nacimiento hasta el puente de Mangíbar, la media desde este puente hasta el de Alcolea, la inferior desde Alcolea a Sevilla y la última, que llama región marina, desde Sevilla hasta la desembocadura. Al tratar de las concesiones de aguas hechas en la región inferior, parte de una hecha en 18 57 al distinguido ingeniero y director que fue de la Escuela de Ingenieros Industriales de Sevilla. Recuerdas también el estudio hecho en 1842 por el Sr. García Otero, del que se publicó una memoria en 1847 sobre la navegación por el río, así como de todos los intentos hechos para ello en el siglo pasado, fundándose en la práctica de los convoyes franceses por el río durante la Guerra de la Independencia.

También critica el estudio de navegación y riego hecho por el ingeniero de caminos, don José Agustín Larramendi, explicando las ventajas que tendría dicho proyecto para la prosperidad de la región andaluza. Todavía seguimos discutiendo las ventajas e inconvenientes del ahora llamado canal de Bonanza. Por último, al final del trabajo pone unos cuadros comparativos del río Guadalquivir con otros grandes ríos del mundo, un mapa de la cuenca y tres planos con perfiles. La obra, en perfecto estado de conservación, queda en mi biblioteca, junto con un pequeño trabajo de un hijo del autor que fue ingeniero de minas y homónimo con su padre". (Narciso Mesa Fernandez)

UN DIA CON AMADOR
PASTOR DE FUENTE SEGURA

LA SALIDA -1 ~

El caso es que ahora mismo, a la siete y media de la mañana, nos preparamos para venir a la casa de nuestro amigo el pastor. Digo nos preparamos porque somos en total casi diez personas. Unos, los primeros, vamos a ponernos en marcha dentro de un rato: a las ocho y media. Y los otros, los más dormilones y

menos entusiasmados y convencidos de la importancia de este día, se pondrán en marcha, es decir, piensan salir de aquí a las diez de la mañana. Fíjate que Fuente Segura de Abajo que es donde vive la familia de Amador, queda de Ubeda a más de cien kilómetros. Y nosotros, al menos yo y unos cuantos más, vamos a llegar hasta la aldea de la Matea. Así que por esta razón y otras, somos los primeros en salir rumbo a esa zona de la Sierra de Segura.

Conmigo se vienen, además de un compañero, tres hijos de pastores que aprovechan el viaje para hacer una visita a sus casas. A ver, la casa de uno es la casa de uno y ellos la echan de menos porque así debe ser y más aún siendo jóvenes como son. Por aquí es por donde creo debo comenzar para explicar las cosas. Diciendo que ellos son estudiantes, hijos de pastores gracias a Dios, en este gran colegio de la SAFA en Ubeda todavía y ojalá para mucho tiempo. Todavía quedan jóvenes de estas aldeas y de la Sierra. Nació este colegio precisamente con esa finalidad: "La fundación Escuelas Profesionales Sagrada Familia tiene como finalidad promocionar las clases populares de Andalucía con una formación humana y cristiana". Los jóvenes de estas aldeas son para mí, en estos tiempos, los alumnos en mayor medida deberían ser atendidos, valorados y ayudados por esta institución.

El caso es como sigue: este amigo nuestro, pastor en Fuente Segura de Abajo, tiene aquí en este colegio, dos hijas estudiando. La más joven que es Caty con quince años y que estudia cuarto de ESO y Ana, ya casi con veinte años que estudia magisterio. Las conocí y los conocí hará unos diez años aquel día que pusimos la tienda para acampar allí mismo: en la llanura del río Segura, a dos pasos de su nacimiento y junto a estas aldeas. Aquel día los conocí y ni siquiera podía imaginar que andando el tiempo las hijas suyas iba a venir a hacer sus estudios a este colegio. Las cosas ruedan así a veces, sin que nadie lo pretenda y lo que ha sucedido es que como los padres están contentos por esto de que sus hijas estudien en este colegio y más aún, porque esta noble gente tienen un gran corazón, por las fechas estas del mes de mayo, ellos siempre tienen el detalle de regalarnos un cordero. El mejor de todos los corderos que por estos días corretean por la manada.

Vino él y nos pidió que el día tres fuéramos a Guarromán, por la zona esta de Sierra Morena que es donde tiene ahora las ovejas, a comernos este año el cordero allí con ellos. No pudimos por eso de estar aquí bastante liados con las cosas del colegio, con la Semana Cultural y la celebración del 50 aniversario de la Escuela de Magisterio.
- Pero el día veintisiete sábado sí puede ser.
Le dijimos que sí. Y así que fuimos organizando las cosas entre nosotros y como hoy es ese día, ya estamos puniéndonos en marcha para ir hasta Fuente Segura y quedarnos todo el día con nuestro amigo.

Ya no tiene las ovejas en Guarromán sino en las tierras de sus raíces. Y esto nos agrada a todos mucho más. A ellos porque se encuentran en su casa y como la casa de uno no hay nada y desde ahí nos pueden atender con mucho más cariño. Y para nosotros porque las sierras nos gustan mucho más que aquellos campos de Sierra Morena. Porque claro, además de venir a comernos el cordero con ellos también queremos gozar los paisajes y el aroma de estos montes.

Así que esta mañana, ya estamos organizando la salida y ahora mismo han terminado de desayunar Caty y Jesús. Antonio que también es hijo de pastor y vive en Pontón Bajo, aún duerme porque anoche estuvieron de fiesta. Después de cinco años termina él sus estudios en SAFA y el año que viene piensa irse al ejército profesional. Pero hoy quiere aprovechar el viaje y venirse con nosotros, cosa que personalmente me agrada porque así se ahorra unas pesetas y al mismo tiempo compartimos las cosas.

Jesús que también es hijo de pastor y cuyas ovejas y padre este año están por la zona del Pino Galapán, pero por el lado derecho, también se viene con nosotros.
- Aunque sólo esté unas horas en mi casa, quiero ir porque como la casa de uno no

hay nada. Ver a mi madre y hermanos ya me da fuerzas para seguir.
Me decía. Quiero aclarar que algunos de los jóvenes, internos en este colegio, se pasan hasta dos y tres meses sin ir a sus casas. Primero por lo lejos que esto coge de aquello, segundo por las comunicaciones y lo malo que está la carretera y tercero porque ellos no tienen tanto dinero como para poder viajar todos los fines de semana. Entre ida y vuelta las cuatro o cinco mil pesetas no hay quien se las quite y eso es mucho dinero para quienes en estas sierras tienen que conseguirlo con tantísimo esfuerzo.

Total: entre que Antonio se ha dormido, entre que voy a comprar alguna fruta al Merca Ubeda y unas cosas y otras, salimos de aquí justo a las nueve y media. Ya he dicho los viajeros, en este primer coche: un compañero, Caty, Jesús, Antonio y un servidor que soy el que va a llevar el coche. Los otros saldrán después y con ellos también se va otra alumna interna hija del pastor que vive en Pontón Alto. Todos son hijos de pastores y cada uno vive en un sitio. Antonio en Pontón Bajo, en las casas que hay justo cuando la carretera cruza el puente rumbo a Santiago, Jesús en la Matea y vive en una casa nueva que es una auténtica joya. También junto a la carretera, a la derecha cuando ya sales de la aldea rumbo a los Teatinos que se encuentran algo más arriba. Y Caty vive en la aldea de Fuente Segura de Abajo, justo pegadito al cauce del río y reguardada en las rocas del Poyo de la Noguera, La Losa. Vive casi sola ella y su familia. En esta aldea ahora mismo no hay nadie más.

Así que ya en carretera y como la carretera en esta ocasión es nueve desde Ubeda a Villanueva, recién estrenadita, al menos este trozo de ruta se convierte en una delicia. Ya metidos por el tramo que recorre el Guadalquivir hasta el Pantano del Tranco, se me viene al recuerdo lo que el otro día leía en la prensa: "¡Qué tristeza ver el Pantano del Tranco bajo mínimos a estas altura de la primavera!" Y bastante seco lo vemos, pero no es tristeza lo que sentimos porque los rincones y paisajes de estas sierras nunca son tristeza aunque sí desconsuela la poca agua porque esto indica que las lluvias, en los últimos años, han sido escasas y esto lo sufre todo el mundo. Más los serranos y entre ellos, los pastores, que otras personas.

NACIMIENTO DEL RIO SEGURA- 2 ~

En un abrir y cerrar de ojos, porque la hermosa mañana y la belleza de los paisajes nos hace placentero el viaje, ya rodamos por la orilla del río que nos deja en las primeras casas del bello pueblo de Ponto Bajo, justo al cruzar el puente. Antonio es de aquí y vive aquí mismo. Hoy se siente importante y sin que se lo pidamos nos habla de su tierra, según vamos cruzándola. Pero de todas maneras, de vez en cuando le preguntamos.
- ¿Es el más importante del Parque Natural, este municipio?
- Y también uno de los más grandes de España.

Si queréis aquí os podéis detener para visitar la iglesia de Nuestra Señora del Rosario. Pero creo que hoy no es día para que vosotros os dediquéis a estas visitas. Siguiendo dirección a Santiago, apenas a la salida del pueblo encontrareis a la derecha la carretera que conduce al Nacimiento.
- Esa explicación ya te la puedes ahorrar porque vivo en Fuente Segura de Abajo y ese camino me lo sé con los ojos cerrados.
Le dice Caty la pequeña de las tres hijas del pastor.
- Pues sigue tú ahora.
Contesta Antonio. Y Caty toma el relevo:
- Entre esas montañas peladas y la carretera que vamos siguiendo, enseguida veremos una amplia cañada repleta de hortales y árboles frutales. Es Cañada Manzano que como sabeis, nosotros siempre le llamamos "Caná Manzano".
- Es la misma Cañada que yo este verano pasado, vi tan llena de espentapajaros por todos sitios.
- La misma, pero como vez esta mañana está toda verde con sus manzanos primorosamente verdes y ya con sus pequeños frutos en las ramas.

Y esta mañana, mientras vamos subiendo por las hondulaciones suaves que nos dejaran en la casa del pastor, en la hierba de la pradera cuyas tierras fueron huerto en otros tiempos, vemos el ciervo.
- ¡Míralo, míralo!
Exclama Caty que ha sido la primera en descubrirlo. Es un ejemplar de trofeo. Ha bajado de las sierras que se nos queda a la izquierda. Trozo del gran pico de Mariazna y se ha puesto a comerse la hierba que crece entre los manzanos. A pesar de la presencia de ovejas los ciervos bajan a comer casi a la misma puerta de la casa del pastor.
- Retomamos el camino y a unos mil metros, también a nuestra derecha podremos observar la cortijada de Fuente Segura de Abajo donde vive una servidora desde que nació y donde han vivido mis padres de toda la vida. Aquí, si os apetece, podemos hacer una nueva parada y pasear por esa enorme loma alargada que sobresale por detrás de mi casa. Os lo digo a vosotros, porque yo la tengo más que andada.
- Esa loma me gusta a mí, por el capricho curioso de la noguera que ha nacido y crece en lo alto.
Digo yo de pronto interrumpiendo la narración.
- Pues yo os iba a decir, y ya concluyo, que en este gran cerro de pura roca alargada y blanca, dicen que hay constancia de un yacimiento por la aparición abundante de cerámica vidriada, comunes y de cocina así como por el hallazgo de restos óseos.
- ¿Y cómo se llama este medio monte?
- Es el Poyo de la Iglesia y el collado donde tienes que desviarte para ir a mi casa, desde siempre hemos oido que se llama el Collado de las Minas.
- ¿Es que hay alguna mina por aquí?
- El nombre le viene de la galeria que hicieron para meter el canal que baja desde la misma Fuente del Segura hasta esta cañada. Se hundió este tunel y luego tuvieron que hacerlo de cemento. Desde entonces esto se llama o lo llamamos nosotros el Collado de la Mina.

Mientras ella nos ha ido contando algunas de las muchas, emocionantes y bellas cosas que se refugian en este rincón donde tiene no sólo su corazón, sino sus juegos de niña, junto al río limpio y sus sonrisas más inocentes repartidas por este viento tan lleno de perfume serrano, descendemos la cuesta que nos deja en la misma puerta de su casa y junto a su familia. A la sombra de la acacia, toda ahora en flor y holiendo a miel, ladra su perra negra. Hace nada era una cachorrilla y ya está convertida en una auténtica perra pastor. Entra ella a la casa y enseguida sale su madre, la hermana Josefina y detra su padre, el pastor amigo de Fuente Segura.
- Vengan, lo primero siéntese ustedes y a ver qué van a tomar. ¿Un vaso de leche, un yogur, una tapa de chorizo?
Es lo primero que la madre nos dice, nada más vernos. Le explicamos, después de saludarla, que no hemos llegado todavía.
- ¿Cómo es que no han llegado si ya están en mi casa?
- Hemos llegado, pero no.

Y entonces le explicamos lo del segundo coche. Tambien que yo tengo que llevar a Jesús a su casa en la aldea de la Matea.
- Y mientras tanto, yo me quiero dar un paseo por una de estas montañas y regresar para cuando lleguen los otros.
Aclara también el compañero.
- ¡Pero tomen algo antes!
Sigue insistiendo la madre.
- En cuanto regresemos. Lo primero ya está realizado que ha sido traer a Caty con sus padres. A Jesús ya la estamos viendo nervioso porque son casi las doces y aún le queda para llegar a su casa, el compañero lo que quiere es subir a la montaña. Asi que cuanto antes de nuevo nos pongamos en marcha, va a ser mejor.
- Pero ¿a qué hora le eperamos?
- Para la una y media o las dos, seguro que ya vamos a estar todos por aquí.

Y sin más, arrancamos el coche y nos ponemos en ruta subiendo la cuesta

hasta la carretera que lleva al nacimiento, remontamos por ella para dejar al compañero por las partes altas, ahí por Cañada Cruz desde donde dice luego se vendrá andando por lo alto de la montaña y seguimos rumbo a la Matea. Pero antes de salir, el padre nos dice: "Si se va por ese camino va a hacer lo que yo le indique. Por el nacimiento, un poco más arriba, dejas al compañero y ahí mismo, a la izquierda, sale una pista de tierra. Lleva justo a la aldea del Patronato. Allí mismo enlaza con la carretera asfaltada que recorre el valle y lleva a todas las aldeas repartidas por esas tierras. Pasa por el centro de la Matea. Así que no tiene que volver para atrás.
- Y para que se dé un paseo el compañero ¿qué le aconsejamos?
- Para el compañero que tiene ganas de recorrer montañas yo le voy a decir lo que también tiene que hacer. La cueva del nacimiento con todo lo que eso tiene de historia y prehistoria.

Ya bastante informado por el pastor de Fuente Segura, que como era de esperar, es buen conocedor de su tierra, nos ponemos en marcha. Recorremos el trozo de carretera que nos separa del nacimiento y al trazar la curva que lo rodea vemos lo que aquí llaman la poza del manantial. Es una pena su visión porque nunca estuvo tan seca como hoy. Dejó de echar agua hace más de dos años y aunque el invierno pasado sí volvió a brotar, sólo fue por unos días. Después se secó y desde entonces no sale por aquí ni una gota de agua. Ni siquiera el invierno pasado llegó a brotar. Y es que este invierno pasado tampoco ha nevado que es lo que da muchas aguas a estas sierras.

-¡Qué pena verdad!
Comenta Jesús.
- Lo es, pero son problemas que se salen de las posibilidades de los humanos.
- ¿Tú sabes las cosas o leyendas que la gente de por aquí cuentan de este manantial?
- He oído algo así como que en una ocasión se cayeron dentro de la fuente dos vacas que se acercaron a beber. Las dos se ahogaron y unos días después alguien se encontró ahí dos pepitas de oro y las relacionó con las vacas.
- También dicen que en una ocasión vinieron dos buzos y se metieron por la galería buscando a ver hasta donde llegaban y qué encontraban por ahí dentro. ¿Sabes qué pasó?
- ¿Qué fue lo que pasó?
- Pues según cuentan los habitantes de por aquí, desde aquellos días este nacimiento empezó a echar menos agua cada vez hasta que ha llegado a secarse casi del todo. Le echan la culpa a los buzos porque creen que fueron ellos los que rompieron galerías por donde luego empezó a irse el agua. ¿Tú lo crees?
- La verdad es que existe una gran sequía. Lo otro también pudiera ser verdad, pero habría que esperar a que vengan otra vez aquellas nevadas de antes.

DESDE LA FUENTE
A CAÑADA LA CRUZ -3 ~

Desde la fuente a la izquierda, sigue la pista que asciende arroyo arriba. Se complica enseguida. Aparecen también enseguida los pinares y luego la división a la izquierda. Seguimos por este nuevo carril de la izquierda que es el que va adaptándose al fantástico barranco de uno de los brazos de la cruz. Antes de plantarnos en esta pista dejamos el compañero. Por fin ha decidido irse por las laderas del Calar de Mariasnal. Es un magnífico monte que nos queda más a la izquierda. La derecha nos va quedando Palomas y el Almorchón algo más adelante del que va a subir el compañero.

En cuanto la pista remonta este lugar mejora bastante porque el cauce del arroyo que hemos subido se abre mucho en una gran llanura dejando precisamente en el centro la llanura de Cañada Cruz y a los lados los macizos poblados de pinos laricios. Al frente, a la izquierda, el terreno se recoge y desde la cañada comienzan a surgir los arroyuelos que vienen a morir a esta llanura. Al menos tres son los importantes y ellos son los que forman la cruz porque cada uno entra desde un punto distinto.

No son arroyos importantes porque las distancias y los montes que por aquí existen tampoco lo son. Aunque depende, pero a simple vista ya se sabe lo que pasa. Las aguas que desde las laderas de estos montes bajan por los pequeños cauces que que surcan estas llanuras, sólo consiguen tallar arroyos cortos. Las aguas quedan recogidas en las llanuras y como las rocas de estos montes son puras calizas, enseguida se filtran y por donde primero alforan, en los años que hay abundancia de agua, es precisamente por el manantial de la fuente del Segura. La que hace un momento hemos visto por completo seca.

Precisamente porque esta llanura es más bien una laguna en los momentos de mucha lluvia, la pista al llegar, no la atraviesa sino que la rodea por el lado izquierdo. Una amplia curva que primero cruza el arroyuelo que baja del macizo del Mariaznal, queda ya un poco a la derecha y cruza el segundo arroyuelo que viene de las cumbres del Galayo y aquí mismo es donde se divide la pista. La que hemos traído, sigue avanzando en busca del tercer arroyo que es el que baja del Pico Palomas y por ahí se va en dirección a los Campos del Espino y Pinar Negro. Es este camino el Camino de la Casa de Pinar Negro, donde luego ya empieza a dividirse para las Hoyas del las Albaldía las Banderillas, los Charcones, Aguas Negras y Puerto Lézar.

- Todo un mundo el que te encuentras por el cual te voy a contar una aventura que pudo acabar en tragedia.
Me aclara Jesús justo en el momento en que ya empezamos a rodar por la pista que nos sale a la izquierda.
- Te voy a escuchar con interés, pero antes quiero que sepas algo.
- ¿Qué debo saber?
- Se trata precisamente de esta llanura aquí en Cañada Cruz ¿Tú has oído hablar de las habichuelas pintas de Pontones, tan famosas en otros tiempos?
- Algo he oído de ellas ¿Por qué?
- Es que esta tierra llana llama Cañada Cruz, que tenemos aquí delante ahora mismo, es la tierra donde en aquellos tiempos se sembraban. Y por la tierra un poco, por la altura otro poco y también el clima, es por lo que de aquí salían habichuelas tan ricas. Pintas las llamaban porque eran pintas de verdad y dicen que tenían fama en muchos sitios de tan sabrosas cuando te las comías tanto con verduras de los hortales como con "crillas" o morcilla de la matanza.
- Pues fíjate que por ahí podría yo empezar para contarte lo que antes te decía. Podría empezar por las llanuras verdes que ahora mismo vemos aquí en Cañá la Cruz.
- Eso sí, porque alguien la llama Cañada de la Cruz y yo creo que no es lo mismo. Su nombre de siempre y serrano de pura cepa es Cañá la Cruz, por los tres arroyos que le entran en forma de cruz, pero yo por un lado y otros por otro, poco a poco le vamos poniendo a estas sierras los nombres que no les corresponde. Pero ya que estamos aquí y vemos ese monte de enfrente ¿tú sabes su nombre?
- Me sé el nombre de ese cerro y de todos los otros que rodean o de alguna manera circundan esta cañada. Ese de ahí enfrente que nos hemos dejado a la derecha según subíamos es el Cerro Tornajo de los Peones.

LA EXTRAÑA
AVENTURA -4 ~

Siguiendo la ruta que llevamos justo al llegar a un monte que se llama Galayo, nombre curioso y bonito que te explicaré luego porque se trata de un nombre serrano, casi exclusivamente nuestro. Pero en fin, lo que quiero decirte es aquello de mi amiga.
- ¿Y qué es lo de tu amiga?
- Pues que estudia en Jaén y a su profesor se le ocurrió traerselos a todos de excursión, de marcha, de viaje fin de curso o qué sé yo, por estos parajes. Cincuenta y seis jóvenes nada más o nada menos, que como te puedes imaginar es toda una aventura si se trata de conocer estos montes en cuatro días. Pues mi amiga se apuntó creyendo que una excursión por estos montes iba a ser de lo más divertido.

Cuando termina de contarme esta historia ya empezamos a descender por las

laderas del Picón del Galayo en busca del nacimiento del arroyo don Domingo. Algo más adelante aparecerá la aldea con el mismo nombre. No acabo de creerme el relato que me ha contado y por eso le digo:
- Mira, lo del pino Galapán, es lo primero que me llama la atención en esta historia. Parece que alguien, no se sabe qué día y hora, tomó medida tanto del tronco como de la altura y más cosas y después lo puso en un libro. A partir de entonces cada vez que alguien dice algo de este pino, siempre copia los mismo datos. Y hace ya más de cinco o seis años que se publicaron aquellos datos por lo que yo creo que eternamente las cosas no van a ser lo mismo. ¿No te parece?
- A mí me parece que tienes razón. Cada año el pino crece y engorda un poco.

- Bueno, después de lo del pino, de todo eso que tú me has contado, tendría que decirte varias cosas, pero me quedaré sólo con lo que más me duele.
- ¿Qué es lo que más te duele?
- Que ahora vengan a convertir los parajes de estos campos y de estas sierras en general, en una feria. ¡Mira que meter por aquí a tanta gente si ni siquiera calcular las distancias ni saber si les gusta o no, la sierra! Es una insensatez pensar que eso es bueno tanto para la sierra como para los jóvenes. Pero es que, además, también los amantes de los todoterro creen que han descubierto el no va más y lo que estoy viendo es que no tardarán muchos años en que estos campos se conviertan en lo que se ha convertido el "Valle de los turistas".
- ¡Y qué verdad! Bueno, ya que hoy le estoy entrando a mi valle y a mi aldea por las tierras de los buenos serranos y ahora que pasamos por este monte ¿cómo se llama?
- Su nombre es el Picón del Galayo y ciertamente la ladera sur de este pico es una maravilla.

Son estos paisajes de alta montaña que rozan los 1.800 metros. Abundan por aquí los piornos, almohadilladas espinosas a los que Jesús, sus padres y los demás serranos llaman Cambrones. De aquí arranca el nombre de esa aldea que en otros tiempos dejaron abandonada y que se encuentra por la zona de la cumbre. La Hoya del Cambrón se llama. Ahora que acabo de hacer este descubrimiento me doy cuenta, una vez más, como ellos bautizaban a sus sierras y las cosas que en su sierra tenían con nombres preciosos. Arrancados de esta tierra para que todo siga siendo ella misma.

Desde el primer arroyuelo que sube por el lado sur hacia la cumbre del monte Galayo, ascendemos nosotros pasando junto a la Tinada de al Cruz. Es un edificio nuevo que la Junta de Andalucía hizo a los pastores. Como este han construido algunos más repartidos por las llanuras y montañas del lugar.
- ¿Y quién las usa o tiene derecho?
- Todos los pastores y lo usan. Si algún pastor lo necesita, por ejemplo para curar a las ovejas y en ese momento está desocupado, pues ese pastor viene y lo usa dejándolo libre en cuanto termine para que lo pueda ocupar otro.
- La solidaridad y el buen compañerismo de los buenos pastores de estas sierras.
- ¡A ver! Están todo el día solos en el campo. Si no se ayudan entre sí y son buenos amigos, mal lo pasarían.

Coronamos la cumbre de este gran macizo pelado. Frente a nosotros se abre una hermosa panorámica repleta de gran belleza. Primero las laderas del emblemático y bello Galayo. El barranco por donde empieza a nacer y a hundirse entre rocas el también emblemático arroyo de don Domingo que más adelante se llamará Prado Mojonero y después Rambla de los Cuartos Frío. Al fondo y mucho más lejos se ve el macizo de la Sagra hoy lleno de neblina aunque el día es caluroso y el viento está en calma.

Así que con el alma prendada ante el asombro de los paisajes verdes a pesar de la sequía del año, empezamos a descender hacia lo hondo de los primeros terrenos de este arroyo don Domingo y no sé por qué, pero el caso es que ahora mismo me viene al recuerdo lo de aquellos tres amigos míos.

LOS TRES AMIGOS -5 ~

Cada uno de ellos tiene una tienda. De ropa uno, de fotos el segundo y de libros el tercero. Y el primero con su tienda estaba tan contento que aunque había pasado ya tantos años él no quería conocer nada ni renovar ningún mostrador en su tienda.
- La solera, la identidad propia es lo que a mi tienda le da su personalidad única. Aquí no se cambia por cambiar o por estar a las últimas.
Y este amigo mío hasta tenía en la puerta de su tienda un pequeño bosque de cerezos. Todos los años los árboles se le cargaban de rojas frutas gordas y aquello era como las señas de identidad más puras de la tienda de mi amigo. En cuanto llegaba la primavera como los árboles se le llenaban de apetitosas cerezas rojas, los clientes de la tienda de mi amigo, cada vez que pasaban por allí, todo era llenarse las manos, la boca y hasta los bolsillos de aquellas tan ricas cerezas.
- No hay otra tienda igual en ninguna parte del mundo.
Era lo que siempre decía aquella gente y de estos alagos mi amigo se sentía muy orgulloso.

Y al pasar por estas tierras, como ahora se me ha venido al recuerdo la tienda de mi amigo, caigo en la cuenta también de una cosa: el padre de Caty, pastor con solera de las tierras estas de Fuente Segura, no hace mucho me decía que en la aldea esa de las Espumaredas, se crían las mejores cerezas del mundo.
- ¿Usted sabe dónde está esa aldea?
- He oído hablar de ella y tengo grandes ganas de ir un día por ahí y conocer a fondo tanto esa aldea con nombre tan hermoso como las otras y el entorno.
- Pues eso es verdad. Esa aldea es de la más bonita del mundo y como la levantaron los serranos justo donde nace el arroyo que también se llama de las Espumaredas y luego tuvieron que dejarla abandonada por aquello del coto y demás. Cuando de esta aldea echaron a las personas, las casas, las eras, los caminos y también las huertas, se quedaron para siempre abandonados. Y como ellos allí tenían sus nogueras y también sus cerezos, ahora, cada vez que la primavera se aparece por estos lugares, lo mismo que en aquellos tiempos, los cerezos se llenan de frutas rojas. Y como las cerezas son exquisitas y más las que dan estos árboles, yo, casi todos los años cojo la yegua, le pongo las aguaderas, recorro el camino que lleva hasta la aldea y me trigo cerezas para una semana.
-Eso sí está bien porque ya que las sembraron ellos, para que se las coman los pájaros, antes vosotros.
- ¡Y anda que a Caty no le gusta las cerezas!
Esto es lo que sé de mi amigo de las cerezas en la puerta de su tienda de ropa y esto es lo que sé de este amigo mío pastor en Fuente Segura. Además, mientras el otro día me contaba esto de la aldea, la yegua y las cerezas, yo lo estaba viendo con su yegua cargada de fruta atravesando los caminos que lleva y traen a la vieja aldea y estaba viendo a su hija Caty tan llena de gozo comiendo cerezas ricas sólo regadas con las lluvias limpias de estas montañas y perfumadas por el también limpio aire de estas cumbres.

El otro amigo mío decía todo lo contrario del primero:
- La tienda de fotos hay que modernizarlas por lo menos todos los años. Yo este año le voy a poner a la mía un gran mostrador de madera, cristaleras, suelo nuevo y como pueda la voy a ampliar. Cuando más grande y más moderna sea más le gustará a la gente.
Así que este amigo mío se pasaba el día pensando en modernizar su tienda de fotos y vendiendole carretes y pilas de botón a los turistas que iban por allí. Un día vi a uno de estos turistas presumiendo de cámara grande y moderna y al ver el hijo del pastor lo llamó para hacerle una foto.
- Ponte aquí que me lo quiero llevar de recuerdo. Ya no se ven pastores como vosotros y menos un niño como tú.

El turista le hizo un montón de fotos y como en ese momento se le agotaron las pilas de botón que llevaba la cámara, se las cambió allí mismo y las viejas se las dio al niño, hijo del pastor diciendo:
- Toma, para ti, para que juegues por no tirarla en el río.
Y así era como mi amigo, el de la tienda de fotos cada día más moderna, se encargaba de contaminar tanto al hijo pequeño del pastor como a las aguas del arroyo que por allí corre, porque a la correinte fue donde el turista también tiro la

caga de donde viene metido el carrete de fotos.

Mi otro amigo, el tercero con su tienda de libros, para darle a todo aquello un toque más natural y al mismo tiempo que se viera que él amaba todo lo que fuera verde, puso por allí un montón de plantas en macetas grandes.
- Estamos en los tiempos en que todo lo ecológico tiene mucha importancia. Si las personas mayores y también los niños se acostumbra a vivir entre plantas, eso será bueno.
Es lo que siempre decía y así se pasaba mi amigo medio día regando las macetas. Y ciertamente consiguió que el rincón estuviera verde. Pero cuando un servidor iba por allí y veía las cosas de mi amigo y luego venía por estas sierras, no acababa de comprender. Porque el rincón que mi amigo pretendía poner verde con muchas macetas y plantas grandes, no tenía nada que ver con los magníficos bosques de estas sierras. Tampoco tenía nada que ver con el rincón del joven.

EL RINCON DEL JOVEN -6 ~

Y me refiero a ese rincón que a él le gustaba tanto. El que es un trozo de curva del río y por donde los animales pastaban tan gustosamente. Era aquello una maravilla verlo desde la ladera de enfrente. Primero el joven cogía su flauta hecha de caña y por él mismo y desde el lado norte bajaba senda adelante desgranando sonidos. Y los sonidos que de aquella flauta salían además de embelesar el alma, llenaban el barranco del río tanto para arriba como para abajo. Al mezclarse las melodías con el rumor de la corriente y el movimiento que el vientecillo imprime a las plantas, el espectáculo que allí se daba, era mucho más que maravilloso. Los animales que pastaban por la orilla de las aguas o por las llanuras que este río tiene al lado norte, aún le daban al conjunto una pizca más de grandiosidad. Porque esa era otra: la pequeña llanura que se recoge ahí, como escondida entre juncos, tarayes y zarzas es otro paraíso más en pequeño. Y cuando por esa llanura pastan los rebaños, unas veces de ovejas, otras de cabras y en algunas ocasiones de vacas, la belleza se multiplicaba. Pero, además, cuando esta belleza queda enmarcada por esos espléndidos días de primavera y por las tardes doradas del verano, el rincón se parece a un verdadero sueño.

Exactamente todo esto era hoy y todavía un poco engrandecido por la presencia del joven cuando se le ve bajando por la ladera, adentrándose por entre las aguas de la corriente para saltarla por donde pueda y luego fundirse con la vegetación y los animales que ramonean o duermen su siesta. Tú tendrías que conocer como conozco yo la imagen que este rincón presenta cuando por él baja el joven tocando su flauta para quedarse perdido en el misterio del barranco. Cuando yo lo veo y traigo a mi memoria ese otro rincón de mi tercer amigo con sus cuatro macetas para tener cerca de sí un poquito de naturaleza, casi me rio. Es lo absurdo de esta realidad que a mí me ha tocado vivir y la inexplicable estructura y forma de vida que unos y otros han montado.

LOS CHARCOS AZULES -7 ~

En este camino que hoy llevamos rumbo a la Matea ya estamos nosotros bajando la ladera norte del Picón de Galayo y como por aquí todo lo que se ve llena de gozo el espíritu y los ojos de verde, me dice:
- En cuanto terminemos de bajar esta ladera vamos a caer a la hondonada que se forma entre este nacimiento del arroyo don Domingo y la cabecera de ese otro afluente que se le engancha un poco más adelante. Es una maravilla de arroyo ese trozo pequeño que desciende desde lo más alto del pico Palomas. ¿Tú has oído hablar de la Fuente de la Chaparra?
- Sí que he oído algo y hasta me parece que en una ocasión debí estar muy cerca de ella. Nace esta fuente también un poco al norte del pico a una altura de 1.886 metros. Y de toda esa zona es de donde se le va juntando el agua que luego va recogiendo el arroyo. Por qué ¿Tú has oído hablar de los charcos azules?
- Los charcos azules son muchos en estas sierras y yo, de unos he oído hablar y de otros tengo referencias por mis propios ojos. Pero si te refieres a unos charcos azules concretos que tú conoces y yo no, quizá es la primera vez que oigo hablar de ellos.
- Seguro que sí, porque me estoy refiriendo a unos charcos azules muy concretos

que aunque yo tampoco conozco sí me han dicho mis amigos que están por aquí.
- ¿En qué punto concreto de por aquí?
- Me parece que en el segundo barranco del segundo arroyo. ¿Ves ese gran pino clavado en la ladera del collado?

El pino que me indica sí que lo veo mientras ahora mismo llegamos a lo hondo del primer barranco. Se le ve clavado en la ladera verde del collado y desde lejos se parece al Galapán. Quizá no le llegue ni a la mitad, pero se parece y resalta más aún por lo solitario y la tierra inclinada del collado en que ha venido a crecer. Por eso le digo que sí.
- Lo estoy viendo y ¿verdad que es todo un señor pino?
- Claro que lo es, pero no es ahí donde yo quería quedarme sino al volcar. En cuanto volquemos ese collado que no sé cómo se llama aunque sí me lo ha dicho mi padre muchas veces, puede ser que veamos los charcos azules.
- Por si no los vemos ya que las escasas lluvias de este año pueden que los hayan dejado reducidos al mínimo o a la nada, dime ahora qué son esos charcos azules.

- Según a mí me han dicho, porque acabo de decirte que precisamente no los conozco, esos charcos son inmensos lagos de belleza. Cuando los ves desde lo alto de este lado lo que más te impresiona es su transparencia al mismo tiempo que sus tonos celeste, verdes y nieve. Cae primero una gran corriente desde este ladera y antes de convertirse en charco salta en una cascad. NI muy grande ni muy ancha, pero sí lo suficiente para que al caer el agua al charco todo se convierta en espuma con burbujas redonditas que parecen pequeños mundos flotantes. Enseguida se deshace tanto la espuma como las burbujas y lo que de esa corriente resulta es toda una maravilla.

Creo que es un charco grande, alargado para seguir el cauce que el arroyo ha oradado y al principio, como si fuera una playa de piedrecitas pequeñas. Después, una gran profundidad donde el agua se torna casi verde precisamente por eso: por la profundidad y luego otra vez playa que por la parte del arroyo se queda sólo en corriente donde el agua sigue bajando y por la parte de arriba, aparece la pequeña llanura también de piedrecitas blancas.
- ¡Qué maravilla de arroyo con un charco como ese que más parece un lago donde se remansa no agua sino viento mezclado con cielo ¿Verdad?
- Una maravilla de verdad y más maravilla cuando en él tú ves los juegos que según me han dicho a mí jugaban los jóvenes.
- ¿Qué juegos eran esos?
- Pues creo que se venían en pandillas y por la parte de arriba del charco ellos se organizaban, repitiendo una y otra vez siempre su juego favorito.
- ¿Y cual era su juego favorito?
- El de atravesar el charco no nadando sino andando. Desde la primera playa, uno detrás de otro, se iban andando adentrándose en las aguas y poco a poco quedaban sumergidos por completo en ella sin dejar de andar. Paraban sólo cuando llegaban a la segunda playa y entonces ahí, unos a otros se felicitaban. Mientras tanto, el resto del grupo contemplaba la escena desde las rocas de la cascada de la primera playa. Y según me han dicho, gozar de aquella escena era la visión más hermosa que jamás nunca naide pueda contemplar en esta tierra.

Así me interpreta su tierra mientras poco a poco nos vamos acerando no todavía a su aldea, pero sí a las vegas, llanuras y laderas que la rodean. Remontamos ahora la pequeñas cuestecilla que nos presenta el collado del pino y como el árbol ya nos queda tan cerca, vemos lo que bajo él descansa. Son tres pastores que se han juntado para comer.
- ¿Ves? Como a estas horas del día empieza a calentar el sol, las ovejas se recogen en la tinada de la derecha, junto a las rocas de la ladera o a la sombra de las carrascas. Es el momento en que los pastores se junta para charlar, comentar las cosas del ganado o para comer.

Los miro y desde luego es una singular estampa. En medio de la soledad y amplitud de estos campos, ellos se buscan entre sí por la necesidad de charlar de algo, para darse compañía y porque al mismo tiempo se ayudan. Hacen bueno así

unas de las características más bellas y singulares de estos hombres: el compañerismo, el compartir y la ayuda mutua. Es esto una cualidad humana muy desarrollada entre ellos y por eso les sale de la manera más sencilla y en el fondo hasta parece como si tuviera que ser así. Ellos pasan tantas horas fuera de sus casas y lejos de sus familias que en el fondo tienen verdadera necesidad de ser amigos entre sí. Podría decirse que la tierra por donde se mueven y el trabajo que realizan desde que nacen, les va enseñando estas buenas cosas y por eso llega un momento en que para ellos la bondad y el compañerismo es algo normal en su vida.

Remontamos el collado y como al otro lado se encuentra el barranco y en su centro el arroyo, casi nos hemos creído que de verdad, enseguida aquí vamos a ver ese hermoso paisaje de los charcos azules. Pero aunque al llegar a todo lo alto lo primero que vemos es este arroyo, los charcos no aparecen.
- Pues tendría que estar aquí.
Me dice como sorprendido de que se vean.
- Quizá tus amigos no te dijeron la verdad.
- Si me la dijeron.
- Entonces lo que puede haber pasado es que el arroyo se haya secado por la poca lluvia que hemos tenido estos años. Pero también puede haber pasado que lo que tus amigos te contaron fuera un sueño, un deseo de llevar a la belleza máxima la belleza de estas sierras.
- También puede haber sucedido eso, pero, aún así, yo creo que la verdad de esa fina belleza no merma en nada.
- Eso es lo que también creo yo. Aunque el paisaje no exista en la dimensión de la materia, en otra dimensión y contenido toda su esencia más pura, sí es verdad y se toca o casi se roza plenamente con borbotón de bellezas de estas sierras.
- En fin, que mi fantasía no es menos verdad porque ahora descubramos que aquí no existe ni charco ni arroyo ¿verdad?
- Y tan verdad.

EL GRAN PALACIO - 8 ~

Desde la tinada de la derecha ya se ven los llanos por donde se asientas las casas de don Domingo. Ya se ve el barranco de la gran Rambla de los Cuartos y como por estas fechas es casi plena primavera, a pesar de la sequía, los campos están verdes. La hierbecilla ha brotado y los árboles ya están repletos de mil hojas nuevas. Es un paisaje hermoso el que hoy presentan estos campos y como desde hace mucho tiempos estos lugares a mí me tienen fascinado, ahora estoy gozando de lo lindo. Desconozco yo casi por completo todavía este trozo del Parque y desde luego no es por falta de deseos. Los desconozco y es verdad que si alguien puede decir que le atrae y le gusta estas sierras con fuerza tremenda, ese alguien soy yo. No dejo de esperar que se presente la buena oportunidad de venir por aquí despacio y dedicarme a lo que tanto sueño.

Por esto que mientras vamos dejando atrás las partes altas de esta ruta de hoy, se me va quedando el alma en los paisajes que atravieso y los ojos en lo que va apareciendo a cada curva del camino. En todo momento no deja de escapárseme lo tópico y típico de estos casos:
- ¡Qué bonito!
- Y es asombroso.
- Parece un sueño.
- Todo eso es y, además, ahora que bajas por aquí me acuerdo de lo que un día me contó mi padre.
- ¿Qué es lo que un día te contó tu padre?
- Como él tiene tan conocido, andando y vivido estos campos, lo sabe todo y recuerda lo que ni siquiera está escrito.

Así que hablando de cosas de estas sierras él me contó un día que sobre aquel monte, donde el arroyo que corre en dirección sur se tropieza con el cerrillo y tiene que girar hacia el poniente, construyeron un chozo. Justo en lo alto del cerrillo para desde allí dominar bien tanto el barranco grande que da al río como la llanura que queda al frente y las laderas con paredones y arroyos incluidos, al lado norte.

Y me contó él a mí que aquel chozo, construido de monte y palos de encinas, una vez levantado sobre el pequeño cerrillo, parecía todo un gran palacio a donde acudían casi todos los pastores de la sierra tanto a dormir por la noche para no quedarse a la intemperie como a charlar y compartir su comida durante el día.
- Tú tienes que venir un día por allí y ver esa senda estrecha que baja por el arroyo.
Me decía mi padre.
- ¿Qué le pasa a esa senda, papá?
- Que es la senda más bella que nunca nadie se haya ocurrido trazar por ningún rincón del planeta. Baja desde la llanura del cortijo y en cuento se aleja de éste, se queda casi perdida por entre las zarzas y demás vegetación del arroyo. De vez en cuando se alza un poco sobre la ladera para no tropezarse con los carchos del arroyo y en cuanto ya avista el chozo, se deja ir directamente hacia él. Cuando uno se encuentra allí, en el rellano que existe en la misma puerta del chozo, si mira a la senda y ve venir por ella a los otros pastores de las cumbres, se te llena el alma de satisfacción.
- Pero papá, es que sendas y chozos para los pastores hay muchos en las sierras.
- Eso es verdad, pero como esta senda, con su chozo al final, su arroyuelo ahí mismo y el bosque de encina en las llanuras que hay al frente, no existe otra en todo el mundo. Tú tendrías que venir un día y ver si es verdad o no lo que ahora mismo te estoy diciendo.

Esto y otras muchas cosas era lo que mi padre siempre me contó de ese chozo del cerrillo y su senda. Desde entonces, no sé por qué, siempre sueño con ese rincón y hasta me parece un rincón mágico que un día tengo que visitar, como quería mi padre. Ahora que pasamos por aquí me he acordado de él y no he podido perderme la ocasión que su recuerdo produce dentro de mí.

PRADO FLORES -9 ~

Entre unas cosas y otras ya estamos llegando a la carretera asfaltada que sube desde la Matea. La tenemos aquí mismo y también aquí mismo tenemos el núcleo de casita pequeñas de la aldea de don Domingo. Pero lo que primero me llama la atención en cuanto me acerco a este lugar, son las praderas que atraviesan la carretera y se derraman por sus lados. Son unas llanuras amplias y como hoy es primavera están verdes y todas repletas de mil flores pequeñas.

- Es que precisamente este rincón se llama así "Prao Flores" o Prado de las Flores.
Me aclara. Y como el Prado de las Flores es tan bello decidimos parar unos minutos para gozar del silencio de la pequeña aldea. Desde este lugar ya se ven algunas de las muchas aldeas que vamos a empezar a recorrer dentro de unos minutos.
- Y como tú ya sabes, la Matea se encuentra al final del todo.

Y al final del todo es casi el comienzo de este valle formado por el arroyo grande de Frío Muso al cual ya se la han unido todos los otros pequeños que bajan de las laderas del Almorchón y este picón del Galayo que hemos dejado atrás.
- Sé yo algunas cosas de este rincón tan bello y tan vuestro, pero pienso que ahora que estamos aquí bien puedes tú contarme otras cosas para que mi información se complete algo más.
Le digo.
- Yo te podía contar algunas cosas de esta tierra mía aprovechando esta parada. Si te das cuenta el rincón este parece como un pequeño balcón sobre todo el amplio valle por donde las aldeas respiran.
- Parece un balcón y lo es. Así que si empiezas a contarme desde lo hondo del valle hasta aquí, en un recorrido imaginario ¿Qué es lo que tú me puedes decir de todo este valle?
- Pues te puedo decir que empezando el recorrido desde lo lejos, lo hondo del valle hacia nosotros, se describe así.

Y durate largo rato mi amigo se deshace en contarme los caminos, los nombres de los caminos, los arroyos, las fuentes, las vereas, los cortijos, los manantiales y hasta los pinos y los trozos de tierra que son pequeños huertos, nuevos y antiguo, de este rincón suyo que tan bien conoce y tanto quiere. Luego seguimos y...

LA GRAN NEVADA -10 ~

Rumiando en mi alma la presencia de este día entre ellos y en sus casas, en estos momentos ya venimos rozando los paisajes de otra de las aldeas del valle. Cortijos de Venancia que están justamente al lado del arroyo con el mismo nombre, al lado izquierdo del de la dirección que llevamos. También en el mismo arroyo y a la derecha, Loma Gérica.
- ¡Qué nombre más bonito y qué cerro más redondo!
- Es precisamente el picón del Galayo.
- ¿Y arroyo Muso?
- El que atravesamos no es todavía que va a desembocar a la Rambla de los Cuartos. El siguiente ya es arroyo Muso ¿y sabes lo que me pasa?
- ¿Qué es?
- Que al ver el arroyo me viene al recuerdo, la figura del pequeño cortijo construido precisamente ahí, muy pegadito al arroyo. Donde casi lo bañaban las aguas y muy enfrente de la ladera de los pinos.
- ¿Qué tuvo, tiene o qué paso en aquel cortijillo?
- Mucho no sé yo de él, pero si tengo muy clavado en mi mente aquello que un día me contaron.
- ¿Y qué fue?

- Me contaron que por la ladera que da al levante, aquella mañana pasta el rebaño de cabras. En la tinada de la loma se había quedado el pastor y como el ambiente por la mañana era algo frío y estaba nublado, en todo momento el hombre se estaba diciendo que tenía que irse en busca del rebaño. Y estaba él repitiéndose esto cuando por el otro collado de las carrascas, asomó no el rebaño sino una punta de cabras. Unas treinta cabras que se habían separado del grueso del rebaño y cogiendo el arroyo grande arriba, se vinieron luego para el otro arroyo de los álamos y después recorrieron la ladera para venir a salir al collado de las carrascas. Cuando el pastor vio este pequeño grupo de cabras se quedó algo extrañado porque no hacía ni quince minutos que acababa de ver la totalidad del rebaño pastando por la otra ladera. "¡Qué raro! ¿Cómo se habrán separado estos animales del conjunto de la manada y se han venido por este sito en tan poco tiempo? Se digo para sí realmente sorprendido al tiempo que le salía al encuentro. "Es como si hubiera ocurrido algo extraño porque sino, cómo puede explicarse este comportamiento tan anormal. Además ¿qué hago yo ahora?" Siguió diciéndose el hombre por momentos más lleno de dudas. Y su gran incertidumbre estaba en ¿qué hacía en aquel momento con aquella punta de cabras?

Pensó encerrarlas en la tinada y quedarse él también por allí en espera de que el resto de la manada llegara al caer la tarde. Pensó esto porque ello era lo que habitualmente sucedía. Cuando su rebaño se iba de careo por las laderas en que hoy se habían ido, lo que siempre sucedía era lo siguiente: los animales le entraban a la ladera por donde los dos arroyos se juntan y desde aquí se desparramaban llenando todo el monte hasta que ya, cayendo la tarde, alcanzaban el final de la solana. Llegado a este punto y hora del día, sin que nadie los condujera, los animales se recogían hacia el lado del arroyo que baja por la umbría y todos ellos perfectamente ordenados, se dirigen a la tinada. Esto era así puntual desde la primera vez que el rebaño tomó esta ladera. Y como ello lo sabe el pastor, ahora duda si quedarse en la tinada esperando a que al caer la tarde, la parte del rebaño que falta, regrese. Mientras tanto, puede meter en el corral el piquete que ha llegado desorientado o dejarlo por allí pastando mientras termina la faena de las cuatro cosas por hacer.

Parece que esto fue lo que aquel hombre pensó y decidió, pero quedandose con en la duda de hacer lo contrario: coger y llevarse el pequeño piquete despistado hasta donde estaban las otras cabras. De esto modo se aseguraba de dos cosas: ver qué había sucedido para aquel tan extraño comportamiento de los animales y que los animales siguieran su pastoreo hasta el final del día. Entre una cosa y otra estaba el hombre dudando cuando vio que la oscuridad del cielo, por las partes altas de la sierra, empezó a crecer. Como si lo que asomara por allí fuera la misma oscuridad de la noche. Sopló un poco el viento y aunque era época de frío, en aquel

momento no parecía que fuera a nevar. Pero al ver esta oscuridad al hombre se le aclararon las ideas. " Cogeré este grupo de cabras y volveré a llevarlo a donde están las otras no sea que allí halla pasado algo. Si me quedo aquí tan tranquilo a lo mejor luego más tarde no puedo remediar lo que ahora todavía sí". Fue lo que de nuevo se dijo y enseguida se puso en acción.

Recogió a las cabras, las condujo hasta la sendilla y en cuento terminó de remontar la pequeña ladera se encontró con el collado de las setas. Porque así es como dice mi padre que se llamó y creo que todavía se llama aquel collado. Un día estuve yo por allí buscando setas con mi familia y vi que el lugar hace honor a su nombre. Son como sombreros de grandes las setas que en esos terrenos se crían y como tú bien sabes, este tipo de setas también son únicas en el mundo.
- Yo sé no muy bien, pero sé que las setas de cardo que por estas tierras crecen, son exquisitas como ningunas. Las he comido en muchas ocasiones y casi siempre ha sido porque mis amigos los pastores me las han regalado. Cuando llega el otoño, como ellos son tan generosos y su corazón es tan grande, al menos a mí siempre me regalan buenas bolsas de estas setas porque ellos saben que me gustan mucho. Esto es una de las cosas que de las setas de tu tierra te puedo decir. Otra cosa es el pellizco que dentro de mí tengo ahí donde se me amontona tantos pellizcos.
- ¿A qué te refieres?
- Es que de las setas todavía no sé yo bien ni su secreto para cogerlas, dónde crecen con mayor preferencia y cuales son las mejores.
- ¿Nunca has cogido tú setas por estos campos?
- Sólo en dos o tres ocasiones, pero más bien como lo hacen los turistas y yo sé que eso ni es bueno ni es serio. Como te decía, tengo dentro de mí el resquemor de no haber gozado a fondo todavía el placer de echarme por estos campos a buscar las setas sintíendome uno de vosotros. Por que la verdad es que cada día os envidio más por esta y otras muchas cosas.

Es como si me sintiera frustrado, como si mi verdadera vocación hubiera sido la de andar por estas tierras como tu padre y otros. Pero en fin, de este asunto, que es mi secreto más hondo, ya no quiero hablar más. Sigue tú con lo de aquel hombre y sus cabras.
- Voy a seguir, pero ya que has sacado el tema, aunque sea meterme en donde no me llama, creo que de esa vocación tuya, algún día tendrás que decir lo que sientes de verdad.
- He pensado yo eso en más de una ocasión y como con vosotros, la gente sencilla de estas sierras, interior y humanamente no puedo ser nada más que lo que sinceramente soy, un día tendré que contaros hasta el final. Pero vamos con lo tuyo. ¿Qué sucedió con lo de aquel rebaño?

- Pues cuando el hombre llegó al collado de las setas, se echó barranco abajo y en diez minutos estuvo en la solana. Quiso en aquel momento preguntarle a los animale qué había pasado, pero claro, a las cabras como les iba a preguntar. Sin embargo, parece que no tardó en obtener la respuesta. Brilló en aquel momento un relámpago y a continuación estalló el trueno. "¡Va! Será una tormenta como otras muchas". Fue lo que se dijo y de inmediato empezó a buscar refugio. Por las rocas blancas de la gran pared que se encuentran a mitad de la ladera, también sé también se refugiaron las cabras. Lo que parecía que en un principio iban a ser sólo unos relámpagos, unos truenos y unos cuentos chaparrones, se convirtió en un auténtico diluvio. Caía la lluvia como su fueran cataratas que desde el cielo se hubieran desbordado y como las nubes eran tan espesas, se cerró por completo en una densa oscuridad. "¿Si ya es de noche con esta lluvia tan grande ¿cómo voy a irme de aquí con tantos barrancos, arroyos y monte como tengo por delante hasta llegar a la tinada y luego a mi cortijo donde tengo la familia?" Se dijo y tenía una gran razón: era totalmente imposible moverse de aquel refugio y más imposible era todavía pensar en atravesar aquellos campos para llegar hasta su cortijo.

Así que allí se quedó aguantando la lluvia mientras sentía como la ladera se iba convirtiendo en una pura cascada y los profundo barrancos en una densa tiniebla. No paró de llover en tres o cuatro horas seguidas y, además, torrencialmente. Pero

cuando ya la noche estaba tocando su centro o así, paró un poco la lluvia y se calmó el viento aunque el frío siguió aumentando. Empezó entonces a nevar con tal abundancia y copos tan grandes que en nada de rato, tanto la ladera como los barrancos y las llanuras, quedaron por completo tapadas por la nieve. ¿Tú has oído alguna ver hablar de las nevadas que por estos Campos siempre han caído?
- Sí que lo he oído y hasta varias veces me han cogido por aquí.
- ¿Y tú has odio decir lo que le ha ocurrido a mucha gente atravesando estos campos en esos días de nevadas grandes?
- También lo he oído, pero aquel hombre con sus cabras y con la nieve ¿cómo escapó?

- Pues casi no escapó, pero escapó. Cuando amaneció al día siguiente el hombre vio que toda aquella ladera, el barranco, las otras laderas de enfrente y toda la gran sierra de Segura, estaba tapada por un amplio y grueso manto de nieve. No pudo él ni siquiera saber dónde estaban sus cabras ni qué había sido de cada una de ellas. Tampoco, aunque lo hubiera sabido, podía hacer nada por ellas. Lo único que pudo y a duras penas, fue dejar el refugio, bajar hasta el arroyo que de tanta agua y tanta nieve por ningún sitio podía cruzar, pero por ese sentido de supervivencia y amor a la familia, al final lo cruzó por unas rocas grandes en la parte más cerrada y cuando, casi todo deshecho llegó al cortijo de su propiedad, ya si que no podía cruzar el arroyo que bañaba la vivienda. Se hundió en él, en la misma nieve que junto a la corriente ya se había amontonado y allí casi se quedó perdido ante las miradas de su propia familia y en la puerta de su casa. Algo impresionante que hay que verlo y vivirlo para sentirlo y comprenderlo.

Así que fíjate: lo que empezó con aquel piquete de cabras que se separó del grueso de la manada, acabó con una de las nevadas más grandes que se ha conocido en estas sierras.
- Pudo haber sido que los animales lo presintieron.
- Eso es lo que siempre he oído decir a las personas de esta tierra.

CONCLUSIÓN - 11 ~

Cuando ya el sol brilla casi en la mitad del cielo, entramos por las calles del pequeño pueblo y como la mañana y al momento se le siente suspendido esperando su llegada, en la puerta la madre lo saluda y lo besa y luego nos vamos al huerto que es donde ella anda trabajando y durante un rato más, regamos las tierras con el agua fresca y clara que viene de la fuente y ya que medio me he empapado, en unión del suelo, del perfume sobre el que ellos tienen montados sus sueños y sus luchas, rincón humilde, pero grandioso de los hermanos buenos, regreso.

Surco el valle que lleva al reino de las tierras profundas que son llanuras por las soledades de los pinos gruesos y las rocas que como granadas se abren y remonto a la vertiente por donde surgen los veneros del río blanco y en cuento ya estoy otra vez en el reino del silencio que atraviesa la corriente clara, rozando las paredes de las cuatro casas y por eso es espejo de ellos plenos y de las ovejas que en la riveras pacen y las gallinas y los perros, nos ponemos en camino y en el otro rincón sereno que se recoge entre las blancas casas del pueblo bello y tiembla al borde del río que salta alegre y corre en su empeño, ya tenemos lo que el pastor tanto sueña y anuncia desde lo más sincero:
- He aquí las mesas preparadas y el cordero asado y el aire, ya lo están notando: oliendo a gloria bendita y a salsa de tomillo y romero, así que a sentarse y comer que hoy soy yo el que quiere y quiero tener el gusto de invitarles.

Y ahora recuerdo, como recuerdo tantos otros muchos momentos y sueños de estas sierras amadas, que aquel día fue más que grandioso, destello de fina sonrisa porque lo que más se celebraba allí era el sincero encuentro de un grupo de hermanos serranos que ofrecían, como en tantos otros momentos, lo mejor de su trabajo junto con lo más puro de sus corazones, a otro grupo de amigos que venían de fuera para que comprendieran y se empaparan algo más, del calor que mana de esta tierra junto con el amor que llevan dentro, las personas que las pueblan en los momentos de mañanas calladas y de las horas inciertas de primaveras

preñadas.

Y luego, la excursión que no fue tal y el encuentro que sí fue sincero, alrededor del plato exquisito y adornado con esmero, con el día se fue terminando, pero como todas las cosas limpias que tocan y vienen de ellos, quedó temblando en la luz de las montañas excelsas que rodean al río al nacer y en los cientos de tallos de hierba que pisan y no pisan y el azul del cielo, abrazados con sus corazones en la transparencia inmaculada que les hace eternidad en forma de dulce inmenso.

Y claro que aquello no fue sólo una comida para alimentar al cuerpo, sino también un gran banquete que sació la inmortal alma con la fragancia de un beso y de aquí que cuando ya regresaba, me dije, para mí sólo y desde la caricia del viento: "¡Qué hermanos, estos serranos, con tan gran tesoro dentro que hoy, he creído que he soñado lo que ahora mismo sigo pensando es sueño! Así, que gracias por vuestra amistad y que Dios os lo pague y en cantidad, cuando crea es el momento".

INDICE:

BIBLIOGRAFÍA:

Joaquín Aroujo, suplemente del diario El País
Tesina fin de carrera ?
Varios números del Anuario Adelantamiento de Cazorla
Libro Guadalquivires
P. Font Quer. El dioscórides renovado.
Juan Luis G. Ripoll. Narraciones de caza mayor.
M. Cuisín. Vida secreta de los animales.
Gonzalo Cantos. Andar por el Parque de...
Ramón López Amador. Anuarido de Cazorla, 1962)